SERIE COMPLETA LIBROS 1-3



ENEMIGOS OSCUROS







UNA OSCURA TRILOGÍA ROMÁNTICA DE MATRIMONIO FORZADO ENTRE ENEMIGOS Y AMANTES DE LA MAFIA

ZOE DELANEY

Enemigos Oscuros

Serie Completa Libros 1-3

Una Oscura Trilogía Romántica de Matrimonio Forzado Entre Enemigos y Amantes de la Mafia

Por Zoe Delaney

Enemigos Oscuros: Serie Completa
Derechos de autor © 2025 Zoe Delaney

Posesión Despiadada Derechos de autor © 2024 Zoe Delaney
Traición Despiadada Derechos de autor © 2024 Zoe Delaney
Enemigo Despiadado Derechos de autor © 2024 Zoe Delaney

Todos los derechos reservados

Edición en Español © 2025
Publicado por Flourish Books (Jen Katemi)

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, personajes e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, organizaciones, eventos o lugares es pura coincidencia.

Índice

Nota del autor
Dedicatoria
Posesión Despiadada
- Capítulo Uno
- Capítulo Dos
- Capítulo Tres
- Capítulo Cuatro
- Capítulo Cinco
- Capítulo Seis
- Capítulo Siete
- Capítulo Ocho
- Capítulo Nueve
- Capítulo Diez
- Capítulo Once
- Capítulo Doce
- Capítulo Trece
- Capítulo Catorce
- Capítulo Quince
- Capítulo Dieciséis
- Capítulo Diecisiete
- Capítulo Dieciocho
- Capítulo Diecinueve
- Capítulo Veinte
- Capítulo Veintiuno
- Capítulo Veintidós
- Capítulo Veintitrés
- Capítulo Veinticuatro
- Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Traición Despiadada
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Enemigo despiadado
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Sobre la autora
Libros de Zoe Delaney

Nota del autor

Este es un libro de suspenso romántico de la Mafia *oscuro*, y como tal, habrá elementos que pueden ser desencadenantes para algunos lectores, incluyendo secuestro, proximidad forzada, consentimiento dudoso, uso de armas, muerte, mención de tortura, posible trastorno de estrés postraumático, y un héroe y una heroína moralmente ambiguos. Este libro y la serie son aptos para lectores mayores de 18 años.

Dedicatoria

A mis lectores, ante todo: gracias. Sin ustedes, esta serie no habría cobrado vida y estoy agradecido por cada uno de ustedes.

A mi maravillosa familia y amigos que creen en mi escritura y me animan incluso en mis momentos más oscuros: gracias.

A mi hermana Sandra, quien es la mejor para generar ideas y me ayudó a reelaborar un par de puntos de la trama para hacer este libro aún más potente: gracias.

Posesión Despiadada

Enemigos Oscuros

Libro 1

Un Romance Oscuro de la Mafia con Matrimonio Forzado y Enemigos a Amantes

Por Zoe Delaney

Capítulo Uno

«Los hombres débiles esperan las oportunidades. Los hombres fuertes las crean».

Orison Swett Marden

Río

Vivo para el negocio. Mato por el negocio.

Todos dicen que soy un monstruo sin emociones. Y tienen razón.

Por eso Danelli está frente a mí ahora, entregándome las noticias que he estado esperando.

Mi segundo al mando se aparta el pelo oscuro de los ojos. — Encontramos a la chica Carlotti desaparecida. Tenías razón todo este tiempo, Jefe. Está viva.

Para ocultar nuestra conversación, el ritmo de la música del DJ, amortiguado por el aislamiento acústico en las oficinas de mi club, se eleva a través del suelo de madera africana exótica, el ruido de fondo y el murmullo de la multitud son una de las ventajas de la ubicación del club.

Anhelo esos sonidos cuando no estoy en la oficina. Enmascaran el vacío dentro de mí; el espacio donde debería estar mi corazón. Y las sofisticadas mujeres que adornan la pista de baile abajo proporcionan un sinfín de opciones para mis apetitos sexuales.

La mayoría de ellas harán casi cualquier cosa por pasar una noche conmigo... Gregorio Agosti, jefe del sindicato criminal Agosti-Carlotti combinado.

Todas ellas descubren, demasiado tarde, que mis apetitos son oscuros y raramente se satisfacen de una manera que brinde placer sin dolor.

Miro fijamente a mi segundo, que acaba de entregarme la oportunidad dorada que he estado esperando. He estado buscando a

Bianca Carlotti durante los últimos siete años.

Princesa de la mafia.

Cabo suelto.

Uno que necesito eliminar.

No confío en mí mismo para hablar sin traicionar mi emoción, así que en su lugar, simplemente extiendo la mano para recibir el archivo que Danelli tiene apretado en el puño.

La emoción es una debilidad en nuestro mundo. Mi posición no está tan asegurada como para permitirme mostrar ni un atisbo de algo que no sea lo que todos esperan: frialdad. Indiferencia.

Pero la foto en la portada del archivo que Danelli me entrega no es lo que *yo* espero.

La mujer tiene el pelo largo y oscuro, no inmaculadamente peinado sino recogido en una especie de moño desordenado en lo alto de su cabeza. Sus ojos marrones están arrugados en los bordes, porque el fotógrafo obviamente la captó en medio de una risa. Una boca ancha con labios generosos y un salpicado de pecas en la nariz le dan un aire de inocencia.

No lleva maquillaje que yo pueda discernir, y su camiseta sobre los vaqueros es gris y casi sin forma.

¿Es realmente ella?

No es que ella necesariamente fuera consciente de su herencia, pero seguramente, si es la chica Carlotti, algo de su derecho de nacimiento debe permanecer. No se parece en nada a las mujeres que habitan mi mundo.

—¿Estás seguro de que encontraste a la mujer correcta?

Danelli se estremece ante mi tono gélido, sus ojos ensombrecidos se desvían hacia la foto en mi puño ahora apretado y su piel no es lo suficientemente bronceada para ocultar una repentina palidez. *Debería* estremecerse. Si su equipo se equivocó y levantó mis esperanzas para nada, habrá graves consecuencias.

—Sí, Jefe. Al cien por cien. Tomamos algo de su cabello y nos llevamos su cepillo de dientes. El ADN resultó ser una coincidencia. Es ella.

Me doy la vuelta y sirvo un whisky en uno de los vasos de cristal del juego antiguo detrás de mi escritorio, luego doy un par de sorbos mientras hojeo el resto del archivo y proceso la información que contiene.

Alias actual: Bree Walker.

Dirección actual: Franklin Park.

Lugar de trabajo: Centro de Rescate Animal Lots of Paws.

Se me escapa una breve carcajada. No muy lejos de donde habría terminado si se hubiera quedado en la vida para la que nació. Solo que habría estado lidiando con animales humanos en su lugar.

Las cejas oscuras de Danelli se fruncen. —¿La quiere muerta, Jefe?

Apoyo el vaso contra mis labios, mirando fijamente mi escritorio. La eliminación de este último cabo suelto sería la opción más rápida y fácil, pero algo detiene mi orden.

Frunzo el ceño, sin entender mis propios motivos.

Tal vez quiero conocerla antes de mandar matarla.

Tal vez quiero ver si la inocencia en sus ojos es real. Por su bien, espero que no lo sea.

La inocencia saca lo peor de mí.

—Todavía no —digo lentamente. Con cuidado—. Agárrala y tráemela. Hazlo antes del anochecer de mañana.

***

Bree

Los clubes no son lo mío, pero parece que Shelley no va a aceptar un no por respuesta.

—Bree, *tienes* que salir con nosotros esta noche. Es tu cumpleaños. ¡No tienes elección, chica!

Shelley agita sus dedos frente a mi cara mientras esperamos que Dave cierre. El personal de la tarde ya ha fichado, pero entrarán y saldrán por la puerta trasera. La entrada principal se cierra firmemente todas las tardes a las cuatro, cuando el refugio de rescate cierra al público.

Lo que significa que no tengo ninguna razón para no aceptar la invitación de Shelley para celebrar mi cuarto de siglo con martinis de espresso.

—Podemos vestirnos realmente bien por una vez —dice, dando un codazo a Dave mientras se une a nosotros en la acera—. ¿Tú también vienes? Bree cumple veinticinco hoy. Díselo. No puede simplemente irse a casa y sentarse en el sofá con un libro como siempre hace.

Dave me clava una mirada que parece inusualmente seria para un tipo que valora el tiempo tranquilo y relajado por encima de todo. —Deberías hacer algo más que trabajar todo el tiempo, Bree. No es saludable.

—Ah... —Parpadeo ante el comentario inesperado de alguien que pensé que era tan introvertido como yo—. ¿No odias los clubes y la escena nocturna tanto como yo? ¡Traidor!

Me sonríe, cuadrando los hombros. —Iré si tú vas.

Suelto un suspiro, pero ya he decidido. Qué demonios, ¿por qué no? El incidente con la bebida adulterada fue hace tres años ya.

Además, hay algo en la expresión de Dave cuando me mira. Algo nuevo que me provoca un suave cosquilleo en el estómago y me dan ganas de explorarlo más a fondo. —Está bien. Supongo que ambos tienen razón. Me hará bien salir por una vez. Es decir, veinticinco años es algo bastante trascendental, ¿no? A partir de aquí todo es cuesta abajo, o eso he oído.

Todavía estamos riendo cuando un elegante coche negro sube a la acera y se detiene junto a nosotros.

—¿Qué demonios...? —Dave nos arrastra a Shelley y a mí fuera de su camino, mientras dos de las puertas se abren de golpe y salen tipos que parecen gánsteres gemelos.

Ambos llevan trajes y gafas de sol oscuras encajadas en sus rostros, a pesar de que el clima de noviembre está nublado y a punto de lloviznar.

Pero no son las redundantes gafas lo que captura y mantiene mi atención.

Son las grandes pistolas negras en sus manos.

Mi boca se abre de par en par y mi corazón se me sube a la garganta.

—Mierda santa. —El improperio sale de mis labios involuntariamente, y tropiezo con Shelley, quien se agarra a mi brazo.

Obviamente está tan aterrorizada como yo.

¿Es algún tipo de ataque al refugio de animales?

No parecen activistas. Parecen caricaturas de criminales. Unos realmente aterradores.

¿Es un robo a plena luz del día?

Mi cerebro va a mil por hora, tratando de averiguar quiénes son y qué pueden querer, y si mis dos compañeros de trabajo y yo vamos a terminar muertos.

Uno de los matones mira al otro. —¿Cuál es?

—La de pelo oscuro. —El segundo me señala.

Oh, mierda. Shelley es pelirroja y Dave es rubio despeinado.

A pesar de las armas, abro la boca para gritar, pero uno de los matones me tapa la cara bruscamente con la mano, luego me levanta con tanta facilidad como si fuera una niña.

Alguien dentro del coche debe abrir el maletero, porque apenas tengo tiempo de forcejear antes de que me arrojen atrás y la tapa

se cierre de golpe. Entonces sí empiezo a gritar, a todo pulmón, pateando y golpeando todas las superficies del espacio cerrado.

¿Me están *secuestrando*?

El maletero ahoga los gritos de Dave y Shelley en el exterior, luego un sonido agudo de pop, pop, pop estrangula mi voz y envía una oleada de náuseas a través de mí ante el repentino silencio del exterior.

Dios mío, Dios mío, Dios mío...

¿Acaban de matar a mis amigos?

Me doy cuenta de que estoy jadeando y sollozando, y me rodeo el vientre con los brazos, tratando de contener el pánico.

Tiene que ser algún tipo de broma enferma.

Una broma de cumpleaños que terminará en cualquier momento y resultará en que me beba una tonelada de cualquier cóctel que me pasen para bajar de la descarga de adrenalina.

Tiene que ser una broma. Esto no puede ser real.

El coche arranca y me golpeo la cabeza con algo mientras bajamos, presumiblemente de la acera.

Espero que ese crujido haya roto algo debajo del coche. Espero que pierdan tanto aceite que la policía los detenga.

Policía. Un pensamiento penetra mi niebla de pánico. Recuerdo haber visto algo en la televisión una vez sobre romper una luz trasera si alguna vez te encuentras en la improbable situación de ser secuestrado y metido en el maletero de un coche.

Porque, ya sabes, enfrentarse a esa situación es tan probable.

Contengo una explosión de risa histérica y me arrastro hacia la parte trasera del espacio, buscando la luz trasera... Ahí está.

Hago un puño y empiezo a golpear, dándome cuenta rápidamente de que no tengo suficiente fuerza. Necesito patearla para sacarla.

Grito de nuevo, liberando todo el miedo de mi situación, y luego descubro que no puedo dejar de gritar.

El vehículo se desvía y luego frena bruscamente. Antes de que pueda patear la luz trasera, la tapa se abre y el mismo tipo que me levantó se inclina, mirándome fijamente. —Cierra la puta boca.

Ni siquiera pienso, simplemente me lanzo hacia él con el pie, dándole de lleno en la cara.

Él retrocede tambaleándose y luego se abalanza de nuevo, con el arma apareciendo de repente en su mano. —Pequeña puta de mierda. Pagarás por eso, zorra.

Me quedo paralizada, mirando el pequeño agujero negro mientras me empuja el arma justo en la cara. Nunca había visto un arma en la vida real, y mucho menos había estado tan cerca de una, hasta hoy.

Es todo lo que puedo hacer para evitar que mis dientes castañeteen mientras lucho por no perder el control.

Sin previo aviso, acciona una palanca —¿el seguro?— y luego me golpea con el cañón, justo en la mejilla izquierda. Caigo hacia atrás en el espacio del maletero, aturdida.

Su gemelo matón se acerca a su lado, llevando un gran rollo de cinta adhesiva gris.

—Esto la callará hasta que lleguemos —dice, con tono molesto.

Oh no. La cinta adhesiva significa violación. Muerte. Sin escapatoria. Los pensamientos dan vueltas en mi cerebro en un bucle, y empiezo a agitarme y golpear, sin hacer caso del arma, pero es inútil.

Uno me sujeta mientras el otro me tapa la boca con cinta. Luego me dan la vuelta boca abajo y me aplastan la cara contra la base alfombrada del maletero, mientras el otro me arrastra los brazos hacia atrás y me ata las muñecas fuertemente con la cinta. Hacen lo mismo con mis tobillos.

—Deberíamos darle una verdadera lección a la zorra. La puta me hizo sangrar la nariz. —Una mano áspera se mete entre mis piernas por detrás, con los dedos picando y hurgando, y gimo contra la alfombra.

Eso no. Por favor, eso no.

Entonces el otro dice: —El jefe la quiere intacta. ¿Estás dispuesto a arriesgarte a su ira probando la mercancía antes de tiempo?

La mano se retira rápidamente, y aunque odio al "jefe", sea quien sea, una pequeña parte de mí está agradecida por su intervención.

Incluso en su ausencia, sus matones obviamente le tienen miedo.

Entonces la tapa se cierra de golpe, dejándome en la oscuridad, y el coche arranca de nuevo. Ruedo entre Dios sabe qué escombros mientras escucho el suave ronroneo del motor del coche y me aferro a mi cordura por un hilo.

Lágrimas ardientes brotan y caen, sin control, por mis mejillas. Mi nariz también empieza a gotear incontrolablemente y, con entumecimiento, me pregunto si me asfixiaré antes de que su «jefe» tenga la oportunidad de violarme y matarme.

Intenta no pensar en tus amigos, que pueden estar muertos o no.

Intenta no hiperventilar.

Intenta mantenerte con vida.

Capítulo Dos

«Los monstruos son reales, y los fantasmas también. Viven dentro de nosotros, y a veces, ganan».

Stephen King

Rio

El cardenal rojo en su mejilla izquierda resalta porque el resto de su rostro está tan pálido. ¿Está a punto de desmayarse? No es que vaya a tener mucho impacto si lo hace, porque ya está tendida en el suelo de la suite de invitados, atada como un pavo de Navidad.

Su largo cabello oscuro se esparce en todas direcciones, y su mirada fulminante por encima de la cinta adhesiva que cubre la mitad de su rostro probablemente podría perforar el metal.

Esos ojos, casi dorados en este momento, son como melaza, con un tono más oscuro alrededor del borde de los iris que le da un aire seductor. La fotografía en el archivo no les hacía justicia.

Lentamente, me vuelvo hacia mi segundo al mando. —¿*Tú* la trajiste aquí y la dejaste así? ¿Quién la golpeó?

Él traga saliva, mirando a la mujer Carlotti con el ceño ligeramente fruncido. —No, señor... Jefe, quiero decir... No. Dos miembros del equipo Delta la trajeron. Esta es la primera vez que veo la situación.

—Di órdenes explícitas de no tocarla. Esa será mi prerrogativa, si y cuando lo decida.

—Sí, señor.

—¿Qué piensas hacer al respecto, Danelli?

—Hablaré con el equipo. Averiguaré quién la tocó y me encargaré del asunto.

—Asegúrate de hacerlo. Y luego considera cómo mis órdenes y las acciones que siguieron no coincidieron. No toleraré esa situación de nuevo. Esta es tu primera y *única* advertencia. Fuera.

Mi segundo sale apresuradamente de la habitación, cerrando la puerta tras él con un suave clic.

Danelli es un buen segundo al mando. Esa es la única razón por la que le doy un respiro en esta ocasión. Consideraré cómo castigarlo más tarde.

Dirijo mi atención a la mujer en el suelo. Incluso ahora, con su rostro manchado de lágrimas y mocos, me está mirando como si quisiera matarme.

Una sonrisa amenaza con curvar mis labios. Quizás la princesa de la Mafia está enterrada en algún lugar profundo dentro de ella, después de todo.

Me pongo en cuclillas frente a ella. —Voy a quitarte la cinta, y te quedarás quieta y no lucharás contra mí. Si lo haces, llamaré a mi segundo al mando y le diré que ponga una bala entre esos hermosos ojos color miel tuyos. ¿Entiendes?

Los ojos en cuestión se abren brevemente, y ella asiente.

No hay una manera fácil de quitar la cinta adhesiva. Arranco primero el material gris de sus muñecas, luego de sus tobillos, dejando su rostro para el final.

—¿Lista, Bianca?

Ella se sienta, frotándose las muñecas enrojecidas. Después de un momento, otro asentimiento rígido me da mi respuesta. Arranco la cinta. En el segundo que lo hago, ella se arrastra hacia atrás por el suelo en un movimiento similar al de un cangrejo hasta que su espalda golpea el borde del sofá.

Se pasa una mano por la cara, intentando limpiarse, antes de hablar. —No sé quién es usted, pero mi nombre no es Bianca. Tiene a la persona equivocada.

Su voz es baja y áspera. No estuvo atada el tiempo suficiente como para deshidratarse, así que el efecto ronco debe ser por el estrés.

Me pongo de pie e inclino la cabeza, estudiándola. Ese cardenal en su rostro está comenzando a hincharse. El miedo es evidente en sus facciones tensas y en la forma en que cruza los brazos sobre su vientre, y sin embargo, levanta la barbilla y me devuelve la mirada con una expresión desafiante.

No hay muchos que se atreverían a sostenerme la mirada tan audazmente.

—Soy Gregorio Agosti.

La simple frase tiene el efecto deseado. Sus labios se separan ligeramente antes de que baje la mirada.

Bien. Ese reconocimiento significa que no necesito explicarle el peligro en el que se encuentra si no hace lo que se le ordena.

—Usted es... Conozco ese nombre. De las noticias. Lo llaman Rio.

—En efecto. —Ha habido muchas noticias sobre mi organización, y sobre mí.

La mayoría, en estos días, son positivas, centrándose más en mis donaciones a la caridad que en otras cosas. He aprendido a lo largo de los años que el dinero puede comprar cualquier cosa. Incluso legitimidad.

Ella humedece sus labios con la punta de la lengua. No estoy seguro de qué es lo que capta y retiene mi atención en ese gesto.

—¿Sus... sus hombres... mataron a mis amigos? —Hay un temblor en esa última palabra susurrada, y sus cejas se juntan en un ceño fruncido.

Claramente, no le gusta mostrar debilidad.

Mi monstruo interior levanta su fea cabeza. Disfrutaré doblegando a esta.

—No tengo idea. No me preocupo por los daños colaterales, Bianca.

—*¿Colaterales*...? —Ella inhala bruscamente antes de que sus rodillas se levanten y las rodee con sus brazos.

Parece un pajarito roto.

Algo se agita en el vacío profundo dentro de mí.

Algo que desaparece rápidamente cuando ella se sienta erguida y habla con una voz más fuerte. —Es Bree. Bree Walker. *No soy* Bianca.

De repente, estoy aburrido de la conversación. Me muevo hacia la puerta de la suite. —Bree Walker está muerta. Naciste como Bianca Carlotti, y de ahora en adelante, ese es el nombre al que responderás.

—Ni de coña. —Su murmullo es casi imperceptible.

No estoy seguro de si pretendía que lo escuchara.

No me molesto en reprenderla. Ambos sabemos que hará exactamente lo que yo diga, al final.

—Hay un baño por allí. —Señalo al otro lado de la habitación—. Dúchate. Límpiate. Alguien volverá con un cambio de ropa para ti y algo de hielo para ese cardenal en tu rostro. Una hora, Bianca. Ese es el tiempo que tienes antes de que regrese.

Cierro y bloqueo la puerta, y cuando escucho los sollozos comenzar al otro lado, mi monstruo interior empieza a ronronear.

***

Bree/Bianca

Es un monstruo. Atractivo. Intrigante. Pero en su núcleo, sin emociones y depravado.

Esas noticias sobre él pueden evitar la verdad, pero todos en Boston saben que Rio Agosti dirige su banda mafiosa con mano de hierro y sin una pizca de compasión en su alma.

¿Acaso tiene siquiera un *alma*?

Toda la *ciudad* teme el alcance del cartel Agosti-Carlotti y su aterrador jefe.

Incluyéndome a mí, aunque nunca he tenido ninguna relación con el crimen de ningún tipo, y mucho menos con el crimen organizado.

Usted nació como Bianca Carlotti.

Se me eriza la piel al recordar esas palabras. Hice todo lo posible para no romper en llanto y suplicar por mi vida a sus pies.

Pero lo vi en sus ojos: el repentino deseo de que yo hiciera exactamente eso. Fue el único indicio de emoción que vi en él en absoluto.

No le daré a ese hombre la satisfacción de suplicar. No por nada.

No tengo idea si Dave y Shelley están vivos o muertos. No tengo idea de por qué los secuaces del monstruo de la mafia me agarraron. Claramente, debe ser un caso de identidad equivocada. ¿Cómo puedo convencerlo de eso?

¿Y si no puedo?

Las náuseas aumentan y me tambaleo hacia el baño. Incluso mientras localizo el inodoro y devuelvo el escaso contenido de mi estómago, mi cerebro da vueltas ante mi entorno. Este maldito baño es casi tan grande como mi apartamento.

Y... Brevemente, giro la cabeza. ¿Esa es una bañera de oro? Seguramente no puede ser oro *de verdad*, ¿no?

¿Qué tipo de personas viven así? Lujo y violencia, lado a lado.

Vuelvo a vomitar hasta que no queda nada más que expulsar, y luego abrazo la taza mientras sollozo.

Si quiero sobrevivir, tengo que dejar de llorar patéticamente e intentar descubrir cómo escapar.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Me pongo de pie, y cuando veo mi reflejo en el espejo con marco intrincado, retrocedo. *Dios mío*. Estoy cubierta de manchas de sangre y restos de vómito, y hay manchas húmedas en mi camiseta donde las lágrimas aún no se han secado. Mi mejilla izquierda está

hinchada, comenzando a ponerse morada. Me inclino y toco suavemente el área, haciendo una mueca de dolor.

¿Ese matón me rompió el pómulo? Espero haberle roto la nariz con mi patada.

Necesito ducharme, no solo porque estoy sucia, sino porque mi cerebro no deja de imaginar lo que puede pasar si no hago lo que él dice. Si me comporto, tal vez me deje ir.

Sí, claro. Porque parece un tipo decente que se apiadará de mí, seguro.

Ignoro mi voz interior y me tomo un par de minutos para explorar el resto de la suite, revisando la puerta primero, aunque escuché el clic decisivo de la cerradura cuando él se fue.

No parece haber otra salida. Hay ventanas en el baño, el dormitorio y la sala de estar —esta última con enormes cristales del suelo al techo que estoy segura son espectaculares cuando la luz del sol se filtra— pero ninguna se abre. Incluso si se abrieran, no hay balcón ni siquiera una escalera de incendios afuera. Solo una caída de varios pisos hasta el pavimento de concreto abajo.

Debemos estar en la ciudad, a juzgar por la vista de otros edificios afuera, ninguno de los cuales contiene señal alguna de personas que puedan llamar a la policía. Probablemente estamos encima de algún tipo de club, supongo, dado el zumbido amortiguado de música que se eleva a través del suelo.

¿Es este *su* edificio? ¿Dirige una serie de clubes, junto con todas sus otras actividades comerciales?

Tiene sentido. *Odio* los clubes.

El pánico amenaza, y encojo los dedos de los pies en la gruesa alfombra blanca bajo mis pies, tratando de mantenerme en tierra. Probablemente no me matará aquí. Quiero decir, ¿quién querría estropear la prístina blancura de esta decoración?

El papel tapiz texturizado en las paredes, estampado de nuevo en blanco con tonos dorados y plateados, proporciona una sensación

lujosa aunque ligeramente recargada, mientras que la chimenea eléctrica está flanqueada por sofás de cuero blanco y coronada por una gran repisa de mármol que combina con el mármol del baño.

En la habitación contigua está la cama más grande que he visto jamás, ¿seguramente debe ser hecha a medida? Me quedo mirando esa cama, preguntándome si otras mujeres antes que yo fueron retenidas aquí. Si les pasó algo... en esa cama... bajo sus manos y cuerpo firmes e implacables...

Y esa mirada muerta y sin emociones.

Me estremezco, guardando pensamientos peligrosos.

Todo en este lugar apunta al lujo y la decadencia.

Una lujosa jaula dorada.

Y yo soy el pobre canario atrapado por el monstruo, con un propósito aún por determinar.

Una mirada al reloj sobre la chimenea revela que ha pasado algún tiempo desde que él se fue. Mi corazón late salvajemente antes de asentarse, y me apresuro al baño y me ducho lo más rápido que puedo. Después, me seco el pelo con una toalla y me visto con una bata blanca y esponjosa que colgaba detrás de la puerta.

No puedo obligarme a ponerme mi ropa manchada de vómito. En su lugar, la meto en un cesto de ropa sucia en una esquina de la habitación, preguntándome si alguna vez la volveré a ver.

Luego me dirijo al área de estar y espero, tratando de respirar lentamente para mantener la calma, hasta que el clic de la cerradura de la puerta me hace saltar. Mi sistema ya nervioso vuelve directamente a la máxima alerta.

No es *él*. El monstruo. En cambio, entra una mujer mayor de pelo gris, sosteniendo una funda de ropa sobre un brazo, un par de tacones negros puntiagudos en una mano y una bolsa de hielo en la otra.

Por la forma en que está vestida, con un uniforme tradicional blanco y negro, supongo que debe ser una ama de llaves. Aunque, si esto es un club en un edificio de la ciudad, entonces "ama de llaves" es un término relativamente flexible.

—Hola, querida —dice, con una media sonrisa en su rostro.

—Por favor —salto de mi asiento, corro hacia ella y la agarro del brazo—. ¿Puede ayudarme? Necesito salir de aquí. Por favor, necesito...

—*Basta* —su tono es instantáneamente gélido, y la expresión agradable desaparece—. Vístase. Y arréglese el pelo; es un desastre. Luego póngase esto en la mejilla.

Me entrega la bolsa de hielo.

—Volveré en veinte minutos para ayudarla a disimular *eso* —señala mi cara hinchada—. Esté lista.

Cuelga la funda de ropa sobre el respaldo del sofá, deja los zapatos y sale de la suite. Espero escuchar el clic de la cerradura.

Y espero.

Y espero un poco más.

Finalmente, me acerco sigilosamente a la puerta e intento girar el pomo, un mareo casi me derriba cuando se abre.

Oh, Dios mío. *No me volvió a encerrar*.

Asomo la cabeza, mirando a izquierda y derecha, pero el pasillo está vacío. Un ascensor directamente frente a donde estoy muestra números iluminados arriba, indicando que el coche está descendiendo.

Maldita sea.

Los pensamientos abandonan mi cabeza y echo a correr.

Por el pasillo, en bata y descalza, me dirijo hacia la puerta del final marcada como Escaleras de Emergencia. Me detengo en seco, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas puedo oír nada más.

¿Qué pasará si hago esto? Si desafío a un señor del crimen de la Mafia y huyo. ¿Cuánto lograré avanzar antes de que me encuentre? Antes de que me... castigue?

Un escalofrío de algo demasiado oscuro para admitir recorre mi piel.

Sal de aquí, me digo a mí misma. *Ahora*.

Empujo la puerta de emergencia y me precipito a través de ella, solo para chocar contra un cuerpo masculino duro y rebotar contra el marco de la puerta, golpeándome la parte trasera de la cabeza. Gimo de dolor y miro hacia arriba.

Y más arriba.

Directamente a la expresión fríamente furiosa de Rio Agosti.

Capítulo Tres

«Todas las cosas verdaderamente perversas comienzan desde la inocencia».

Ernest Hemingway

Rio

El terror en su expresión es lo único que la salva de mi ira.

Cuando se desploma contra mi pecho, mirándome de esa manera, como si yo fuera el monstruo bajo la cama que ha venido a matarla, mi miembro se endurece al instante, y los pensamientos de matarla se desvanecen.

Sus manos arañan ineficazmente mi camisa de seda, y un pequeño gemido escapa de sus labios.

En lugar de alcanzar mi pistola, enfundada discretamente bajo mi chaqueta, agarro sus muñecas. Es tan delicadamente construida que puedo rodear ambas con los dedos de una sola mano.

Doy un paso adelante, la acción forzándola a través de la puerta cortafuegos hacia el pasillo, y luego giro hacia un lado hasta que su espalda está contra la pared. Suelto sus muñecas, inmovilizándola en su lugar al plantar un brazo a cada lado de su cabeza.

—¿Ibas a alguna parte, Bianca?

—Yo... —Se lame los labios, su mirada cayendo hacia el suelo.

La gruesa bata blanca, como su ropa sin forma de antes, oculta su cuerpo, aunque el escote permite vislumbrar tentadoramente la carne ligeramente curvada debajo. Me pregunto qué haría si le arrancara la bata de los hombros y la dejara caer hasta su cintura.

Mis manos se cierran en puños junto a su cabeza mientras mi necesidad aumenta. *Quiero* exponerla, enseñarle que no es aceptable desafiarme.

Me inclino, tan cerca que nuestros alientos se mezclan. Su aroma se eleva a mi alrededor, ligero y cítrico. —No hay escape, pajarito. Te irás de aquí cuando yo lo diga, y no antes.

Sus párpados revolotean, su mirada permaneciendo mayormente baja, permitiendo ver diminutas venas azules a través de sus párpados, como una red bajo su piel de porcelana.

—Lo siento —susurra, pero hay una nota en su voz que no suena del todo sincera.

—¿De verdad?

Sus ojos se abren de golpe entonces, mirando directamente a los míos. Tengo que luchar contra el impulso de retroceder por el impacto de sus profundidades ámbar tan cerca.

Algo se enciende en su expresión que el depredador en mí reconoce pero no puede nombrar. Podría besarla, ahora mismo, y cada instinto que poseo me dice que no me apartaría.

Me teme. Y me desea. Y odia ambas cosas.

—*De verdad* lo siento —dice.

La estudio, debatiendo conmigo mismo si vale la pena mantenerla cerca.

Probablemente está fingiendo docilidad para mantenerme de su lado, pero conozco la verdad. Todavía está considerando cómo escapar. Y sin embargo, esa mirada llena de terror mientras se apresuraba a través de la puerta cortafuegos no fue fingida.

Su miedo alimenta el deseo dentro de mí de una manera que no he experimentado en mucho tiempo.

El monstruo bajo la cama no es nada comparado conmigo.

Doy un paso atrás y hago un gesto hacia la suite que acaba de dejar. Sin decir palabra, se aparta de la pared y camina pesadamente de vuelta por el pasillo.

Al llegar a la puerta, se vuelve para mirarme. —Tus hombres me secuestraron de la calle y dispararon a mis amigos. Me ataron. Me

golpearon. ¿Realmente esperabas que *no* intentara huir?

—El hombre que te lastimó probablemente ya esté muerto. —Espero que el pronunciamiento le dé consuelo.

Por qué quiero ofrecerle eso a ella no es algo en lo que desee detenerme.

—¿Muerto? ¿Te refieres a como Dave y Shelley? Mis amigos. ¿Esa es tu solución para todo? Disparar y matar. ¿Y tus problemas simplemente... desaparecen?

No suena consolada.

Frunzo el ceño. —Sí.

La risa se le escapa; solo que el sonido está mal. No es alegre, sino que se cierne al borde de la histeria.

—No tengo la costumbre de matar a gente inocente, Bianca.

Abre y cierra la boca un par de veces. —Y sin embargo, mis amigos *eran* inocentes.

Su voz es un susurro, casi imperceptible.

Resisto el impulso de decir más sobre el asunto, en su lugar saco mi teléfono y marco un número. No necesito justificarme ante nadie, mucho menos ante una Carlotti.

—Vístete. Tienes cinco minutos, o entro ahí y te visto yo mismo, y si tengo que hacer eso, no te gustará. —Me llevo el teléfono a la oreja y me doy la vuelta para despedirla.

***

Bree/Bianca

El vestido es negro. Largo y elegante y ajustado, con diminutos tirantes de espagueti que probablemente no harán mucho para sostener mi escote, aunque tengo el pecho relativamente plano.

A los señores del crimen organizado les gustan sus mujeres hermosas y sexys y arregladas, o eso nos haría creer a todos los medios. Mujeres trofeo, en los brazos de sus hombres poderosos.

Este vestido calificará, pero estoy segura de que mi mejilla hinchada no encajará con el look. Especialmente sin maquillaje para cubrir los moretones.

Cinco minutos no me dan tiempo para hacer nada más que correr al baño, pasar un cepillo por mi cabello para arreglarlo, y luego sujetarlo en la nuca con un clip enjoyado que encuentro en el cajón superior del gabinete. Si esos son diamantes reales, entonces probablemente tengo más valor en dólares sentado en mi cabello ahora mismo que la casa promedio.

Luego corro de vuelta para desabrochar la bolsa de la prenda y ponerme el conjunto de ropa interior de encaje negro que encuentro dentro antes de ponerme el vestido.

Espeluznantemente, todo me queda perfectamente, incluso el juego de tacones para mis pies más grandes de lo normal. Casi como si supieran que venía y lo hubieran preparado todo de antemano.

Había una mirada en los ojos de Rio que decía que lo había presionado demasiado en el pasillo, y no quiero arriesgarme a un castigo si lo desobedezco una vez más.

El hombre que te lastimó probablemente ya esté muerto.

Mis manos tiemblan tanto que no puedo subir la cremallera del maldito vestido. Desearía que el ama de llaves hubiera vuelto, pero Rio probablemente la despidió por la noche.

Cinco minutos exactos después de que volví a entrar en la suite —lo sé porque estoy mirando el reloj sobre un pequeño escritorio en la esquina del área de estar— él abre la puerta y entra a zancadas.

Me doy la vuelta, solicitando silenciosamente su ayuda con la cremallera.

Momentos después, el toque de sus dedos en la piel de mi espalda baja, donde comienza la cremallera, envía zarcillos de calor a través de mí. Un escalofrío sube por mi columna desde la conexión.

Mi boca se tensa. Es un monstruo. Su toque no debería tener ningún efecto en mí excepto repulsión.

—Ven —es todo lo que dice cuando mi vestido está abrochado y me giro para mirarlo.

No hay emoción en su expresión. *Nada* se puede leer en sus ojos.

Él va delante, esta vez hacia el ascensor, donde presiona el botón sin comentarios.

No es hasta que estamos en la cabina, descendiendo, que se digna a mirarme a través de nuestros reflejos en los espejos que recubren las paredes. —Hice una llamada. Tus amigos están vivos.

¿Vivos? ¿Dave y Shelley no están muertos?

—Dios mío —No me había dado cuenta de cuánto estaba conteniendo hasta este momento. Me desplomo contra la pared de la cabina, con lágrimas picándome los ojos—. Pensé... es decir, escuché a tu hombre *dispararles*.

—Hospital. Es probable que uno cojee. El otro... —Se encoge de hombros.

¿Qué significa ese encogimiento de hombros? Me duele tanto la garganta que apenas puedo tragar. Parpadeo varias veces, tratando de mantener el control.

No quiero derrumbarme frente a este hombre. Sospecho que disfrutaría de ello.

—De acuerdo —logro decir después de unos segundos, y cuando mis piernas no se desploman debajo de mí y no vomito la bilis que queda en mi estómago, decido que nunca he estado más orgullosa de mí misma.

Un gruñido es su única respuesta. Luego las puertas del ascensor se abren con un timbre, y la música que había sido un zumbido de fondo en el piso de arriba retumba con fuerza, la explosión de sonido se precipita para envolver el espacio y quitarme el aliento.

La última vez que estuve en un club, me drogaron y casi fui agredida por un tipo que se ofreció a comprarme una bebida. No era este

club, pero el aspecto, la sensación, los sonidos y los olores son todos similares.

Lujo en la superficie, una apariencia de respetabilidad, y debajo, sexo y drogas y crímenes violentos esperando una oportunidad para estallar.

Empiezo a reír, casi incontrolablemente, solo me detengo cuando Rio pone una mano en la parte baja de mi espalda y me empuja hacia adelante, fuera del ascensor.

Varios hombres trajeados están esperando cuando salimos, y se unen a nosotros mientras Rio me guía por una pasarela elevada sobre la pista de baile un nivel más abajo. El suelo está repleto de cuerpos ondulantes. Un DJ trabaja en un banco de equipos en una tarima elevada en un extremo, mientras que el atareado personal de servicio entrega bandejas de bebidas a los clientes que esperan sentados en las mesas alrededor de los bordes de la sala.

El final de la pasarela se ensancha en lo que parece ser un área de observación estilo VIP, que contiene sofás de aspecto lujoso y fosos de conversación, con un bar de apariencia más refinada que se extiende por la parte trasera del espacio, detrás del cual varios miembros del personal extremadamente atractivos están mezclando y sirviendo bebidas.

Me siento donde Rio señala, en un sofá justo en el centro del área de observación, al frente cerca de la barrera acristalada; el punto de vista perfecto para mirar sobre el club.

—¿Este es tu lugar? —Le lanzo una mirada de reojo, una vez que ha terminado de murmurar al oído de un tipo fornido que no oculta el hecho de que lleva un arma.

Ese tipo, y otros tres, se mantienen cerca, vigilantes pero no intrusivos.

Rio se sienta a mi lado. Demasiado cerca. ¿Por qué no se sienta enfrente?

—El edificio es mío, y este club. Toda esta manzana de la ciudad es mía, Bianca. Así que, si corres, no llegarás lejos. Recuérdalo.

Las bebidas aparecen frente a nosotros como por arte de magia. Una rubia muy maquillada me entrega una copa de flauta llena de alcohol burbujeante de la bandeja en sus manos. Miro a Rio que espera, como si esperara que diera un sorbo.

Vuelvo a poner la bebida en la bandeja. —No quiero una bebida. No quiero estar aquí en absoluto. Y mi nombre no es Bianca. Es *Bree*. Te lo dije...

—Y *yo* te dije que te comportaras —A pesar de la música y las voces que se elevan desde abajo, su tono es autoritario.

Me molesta precisamente de la manera equivocada.

—¿Qué harás si no lo hago? ¿Matarme frente a toda esta gente...? —¿Qué puede hacer con tantos testigos? Seguramente, si simplemente me levanto y salgo de aquí...

Un jadeo sorprendido de la camarera precede a un estrépito cuando deja caer la bandeja. Los vasos se hacen añicos. Sus ojos están redondos y abiertos y llenos de horror mientras cae de rodillas entre los escombros, disculpándose profusamente.

No puedo decir si su horror es por su propio percance o por lo que dije.

Rio la ignora, como si ni siquiera estuviera allí. Ignora al otro personal que se apresura a ayudarla a limpiar el desastre.

En su lugar, se inclina tan cerca de mí que su aliento me roza la mejilla y la oreja cuando habla. —Si no te comportas, Bianca, te inclinaré sobre esta barandilla, te levantaré el vestido y te daré la zurra que tan claramente anhelas.

Capítulo Cuatro

"Un pájaro enjaulado se posa sobre la tumba de los sueños..."

Maya Angelou

Bree/Bianca

Sus palabras me golpean donde menos lo espero, con una oleada de calor justo entre mis piernas.

Oh, Dios. *No*.

No quiero sentir nada positivo por este monstruo.

Todavía estoy tratando de procesar mi reacción cuando dice:

—Y ni una sola de estas personas, querida —extiende una mano para indicar a todos en las cercanías—, moverá un dedo para ayudarte. Porque, a diferencia de ti, ellos conocen las consecuencias si lo hacen.

Debería estar horrorizada por sus palabras, por mi respuesta. *Estoy* horrorizada.

¿Realmente me azotaría frente a todos, aquí mismo en el club? ¿Por qué mi cuerpo insiste en traicionarme ante ese pensamiento? No entiendo qué me está pasando.

No puedo respirar. Está demasiado cerca.

Me levanto de un salto y rodeo la mesa baja frente a nosotros, poniendo un espacio bienvenido entre él y yo. Ahora estoy justo en la barandilla, la misma sobre la que acaba de amenazar con inclinarme, y me giro alejándome de su mirada indescifrable y agarro el metal plateado con tanta fuerza que me pregunto si podría dejar marcas accidentalmente.

Siento como si hubiera muerto y despertado en una extraña especie de infierno.

¿Quién vive así, con la amenaza de violencia y muerte manchando cada respiración, cada acción? ¿Quién cree que está bien secuestrar a una persona común de la calle, disparar a sus amigos y luego esperar que se siente y beba tranquilamente en un club solo unas horas después, rodeada de personas que llevan armas?

Pero peor que todo eso... ¿qué clase de mujer enferma siente que el deseo enciende sus partes íntimas ante la idea de ser azotada por su secuestrador, frente a una multitud de extraños?

Todos abajo son ajenos a lo que está pasando aquí arriba.

Si grito a todo pulmón, ¿alguien me oirá? ¿A alguien realmente le importará?

Estoy a punto de intentarlo, hasta que lo siento cerca detrás de mí. Ni siquiera tengo que mirar para saber que es él. Su aroma, algún tipo de loción para después del afeitado más sutil de lo que esperaría de un señor del crimen, llega a mis fosas nasales.

Odio que huela bien.

Debería oler a muerte.

—¿Por qué estoy aquí, Gregorio?

—Me llamaste Rio antes.

No quiero darme la vuelta y enfrentarlo. *No puedo* enfrentarlo. No todavía. No mientras los pensamientos de ser azotada siguen dando vueltas en mi cabeza.

Miro fijamente a la multitud ignorante. —No sé *cómo* llamarte.

—Rio será suficiente.

—Bien. Rio. Por favor, responde a mi pregunta.

Suspira y se mueve para pararse a mi lado. Le lanzo una mirada, aliviada de que parezca estar enfocado en la multitud en lugar de en mí.

—Estás aquí porque estoy a punto de tener una reunión de negocios que no puedo retrasar, y porque te necesito conmigo cuando lleguen

los resultados de tus pruebas de ADN.

—¿Mis... *qué*? —Ahora sí me giro para mirarlo—. ¿Cuándo... Cómo...

Inclina la cabeza hacia mí y sonríe con suficiencia. Sus ojos permanecen oscuros e indescifrables, pero sus labios se levantan como si finalmente estuviera disfrutando.

—Mi equipo tiene un sistema de ADN rápido instalado. Están procesando la cinta adhesiva que te quitamos antes, junto con mechones de tu cabello. Los resultados son inminentes, y cuando lleguen, confirmaremos tu identidad contra el ADN de tu última prima restante que murió el mes pasado en prisión.

Hay tantos aspectos impactantes en esa declaración que no sé por dónde empezar.

Si pensaba que tenía problemas para respirar antes, ahora es como si todo el aire del edificio hubiera sido succionado.

—Yo... ah... —Dejando de lado el hecho de que se supone que las pruebas rápidas de ADN solo están disponibles para organizaciones como el FBI...— ¿Entonces no estás seguro de que soy ella? ¿Bianca? Si los resultados no coinciden, ¿me dejarás ir?

—Estoy seguro. Ya hemos probado tu ADN una vez. Esta segunda prueba es solo para confirmar. Tu verdadera familia permitió que tu niñera te llevara y huyera cuando tenías solo seis meses. Justo antes de que la mayor parte de tu familia fuera eliminada, Bianca.

Las palabras burlonas susurran sobre mí, y quiero sollozar. ¿Eliminada? ¿Se refiere a asesinada?

—El rastro se perdió cuando la niñera te puso en el sistema de adopción. Por un tiempo, al menos. Pero encontramos a la niñera, seguimos el rastro, y aquí estás.

Sí, fui adoptada, pero también lo fueron miles de otros. Millones de otros, probablemente.

¿Por qué asume que soy una Carlotti, y al parecer la única sobreviviente?

Mis padres adoptivos me contaron lo que le pasó a mi familia biológica, y no involucraba nada remotamente relacionado con la Mafia o el cartel: mis padres biológicos murieron cuando un conductor borracho embistió su auto con un camión, y cuando mi único pariente restante, una tía abuela anciana, falleció el mismo mes de cáncer, me pusieron en el sistema y eventualmente me adoptaron. No tengo primos que yo sepa. Ciertamente ninguno que haya pasado tiempo en prisión.

Los resultados de ADN no coincidirán; estoy segura de ello. De lo que no estoy tan segura es de si este loco mafioso realmente me dejará ir. Parece estar obsesionado con que yo sea Bianca Carlotti, quien supongo es alguien que podría desafiar su base de poder, dado que él es el jefe nominal del cartel Agosti-Carlotti.

Una pequeña pieza del rompecabezas encaja en su lugar.

Necesita mantener su posición, y le preocupa que yo pueda amenazarla.

La situación sería risible si no fuera tan aterradora. No puedo creer que esté sucediendo, y no sé cómo hacer que se detenga.

Tiene a la chica equivocada. No soy una Carlotti. Ni en un millón de años.

***

Rio

Tiene la mirada de un ciervo congelado frente a los faros, pero no puedo tomarme más tiempo para explicar o mimarla. Danelli ha aparecido en el área VIP, lo que significa que Anders ha llegado abajo.

Esperaba la llamada telefónica sobre los resultados del ADN antes, pero no importa. Me ocuparé de los negocios con Anders y luego me enfocaré de nuevo en la chica Carlotti después.

Asiento a mi segundo. *Estoy listo. Hazlo subir.*

Me vuelvo hacia Bianca. —Espera en el bar hasta que termine.

No necesita escuchar esta conversación, aunque debe estar visible. Tan pronto como los resultados del ADN confirmen las cosas, le haré saber lo que realmente necesito de ella, más allá de ser un cebo para el jefe de Anders.

Esta vez no discute, sino que corre al otro lado de la sala y se desliza sobre un taburete en el rincón más alejado del espacio. Bien. Exactamente donde la quiero, aunque es obvio que está tratando de alejarse de mí lo más posible.

Lástima para ella que no haya rincones oscuros donde mi influencia no llegue en esta ciudad.

Vuelvo a captar la mirada de Danelli y hago un gesto con la barbilla en dirección a Bianca, indicándole silenciosamente que la vigile. Después de un momento de vacilación, en el que sigue mi mirada, se acerca a donde ella está sentada, pero sus ojos están curiosos cuando me mira de vuelta. No quiero saber de qué se trata esa mirada.

Entonces suena el timbre del ascensor, y Anders está aquí.

Es hora de olvidar cualquier cosa personal y concentrarse solo en el asunto en cuestión. La posible traición de mi equipo —mi familia— por parte del jefe de Anders, Rossi.

El hombre del traidor y sus dos acompañantes han sido cacheados antes de que se les permitiera subir. Saben que es una condición para reunirse conmigo que dejen sus armas en la puerta.

Igualmente, sé que al menos uno de los tres, si no todos, puede que aún tenga un arma escondida en alguna parte de su cuerpo que mis hombres no detectaron. Yo haría lo mismo si estuviera en su lugar. Nunca entregues voluntariamente todas tus armas. Supervivencia del más apto 101.

Tomo asiento en el sofá que dejó vacante la chica Carlotti, y le hago un gesto a Anders para que se una a mí.

Su mirada está en todas partes, evaluando y calculando, antes de tomar asiento en el sofá frente al mío. No esperaría menos que la

vigilancia que muestra. Si Anders no trabajara para Rossi, probablemente le ofrecería un puesto en mi equipo.

Sus secuaces hacen un movimiento para unirse a él, pero dos de mis hombres dan un paso adelante, deteniéndolos.

Anders agita una mano, haciéndoles saber que se queden donde están, cerca del bar. Como si fuera su elección, y no la mía, cómo se desarrollará esta reunión.

Levanto una ceja y espero a que empiece.

—Eres difícil de alcanzar, Rio —dice—. Rossi envía sus saludos y su agradecimiento por acceder a verme esta noche, después de... ya sabes...

Sonríe con un aire falso de amabilidad que no engaña a nadie. Probablemente vio la mano del secuaz de Rossi, con los dedos aún agarrando la pistola, que mi equipo envió de vuelta a Rossi en una caja después del intento de asesinato fallido.

Fui amable. Incluso devolví las balas, aunque en una segunda caja.

Me inclino hacia adelante, apoyando las manos en mis rodillas, y lo miro fijamente con la expresión que sé que algunos han descrito como una visión de muerte inminente.

Su nuez de Adán se mueve mientras traga, y su sonrisa se desvanece hasta desaparecer.

—Accedí a reunirme contigo, Anders, porque tengo un mensaje para tu jefe y necesito que se lo entregues en persona.

Con naturalidad, saco mi pistola de la funda a mi lado y coloco el cañón sobre una rodilla.

—Joder, Rio. No vine aquí para causar problemas...

—Dile a Rossi que tengo a la chica Carlotti —lo interrumpo.

La cabeza de Anders se levanta de golpe, y su boca se abre antes de girar para reevaluar la habitación.

Su mirada se posa en Bianca, sentada sola en el bar con un atento Danelli cerca, sus largas piernas cruzadas de manera elegante. Un pie de tacón alto se mueve en una pequeña señal de nerviosismo. Una cascada de cabello oscuro cae por su espalda, sujeto en la nuca por un clip brillante.

La mejilla y el ojo hinchados no son visibles desde este ángulo, y parece en todo aspecto la segura princesa de la Mafia mientras mira fijamente su bebida, removiendo el contenido distraídamente con una pajita.

Algo desconocido se agita dentro de mí. Lo reprimo. Necesito concentrarme en el asunto en cuestión.

Anders vuelve su mirada hacia mí. —¿Ella? Mierda, tío, ¿estás seguro? Todo el mundo la ha estado buscando durante años.

—Y *yo* la encontré. —Miro mi Rolex. No es necesario que sepa que aún tengo que recibir la confirmación del ADN—. Nos casaremos dentro de una semana, y la unión Agosti-Carlotti será oficial e irrevocable. El cártel será mío. Dile a tu jefe que si desea seguir haciendo negocios en este estado, será mejor que se retire ahora. Ha perdido, pero hay oportunidad para ambos, si se mantiene en línea.

—*Tu* línea, quieres decir. No le va a gustar eso.

Anders está pálido, mi mensaje es claro, pero necesita fingir un poco para salvar las apariencias. No me molesto con eso. El ego de Anders es problema de Carlos, no mío.

—Sí. Mi línea. Y no me importa si a Carlos le gusta o no. Puedes irte. —Asiento a Danelli, y varios de mis hombres dan un paso adelante para asegurarse de que los tres visitantes sean escoltados fuera.

Cuando se han ido, me reclino, satisfecho. No se requirió derramamiento de sangre, al menos por esta noche.

Poner a Bianca junto al bar no solo fue para evitar que escuchara nuestra discusión. Era para darle un lugar donde refugiarse, en caso

de que Anders o sus hombres decidieran que preferían disparar primero y hacer preguntas después.

Mi teléfono suena en ese momento con el mensaje que he estado esperando.

Leo el texto y abro el informe que lo acompaña antes de mirar a Bianca. Ella me está mirando con una mirada tormentosa que se transforma en confusión, y luego en miedo absoluto, mientras mira el teléfono en mi mano y vuelve a encontrarse con mis ojos.

Sonrío, un depredador con su presa.

Bianca Carlotti está a punto de llevarse la sorpresa de su vida cuando le muestre estos resultados.

Es hora de establecer permanentemente el cártel Agosti-Carlotti, y poner en marcha este maldito juego de matrimonio.

Capítulo Cinco

«Casi todos los hombres pueden soportar la adversidad, pero si quieres poner a prueba el carácter de un hombre, dale poder».

Abraham Lincoln

Bianca

Miro fijamente los resultados de ADN que confirman que soy Bianca Carlotti, la última heredera de la familia criminal Carlotti.

—Ah-ah. De ninguna manera —niego con la cabeza.

Una vez que empiezo, parece que no puedo parar. Niego y niego hasta que Rio extiende la mano y me agarra la barbilla para detener el movimiento.

—Eres ella. Ya lo sabía aquí —se golpea el pecho con el puño—. Estos resultados lo confirman.

—Son falsos. No te creo.

Las náuseas me revuelven el estómago. Parece que me estoy haciendo costumbre vomitar desde que caí en esta pesadilla más temprano hoy. Menos mal que no he comido nada en horas y no me queda una mierda en el estómago para devolver.

—No me importa si me crees o no. Necesitaba saberlo, y ahora lo sé. Así que, así es como va a desarrollarse esto, Bianca.

Abro y cierro la boca. Afirmar que soy Bree Walker parece discutible en este punto. Nadie lo cree aquí, excepto yo. Y estos resultados...

Miro de nuevo el informe. Esto no es una organización improvisada que inventó algo. Este informe proviene de una de las instalaciones médicas más prestigiosas de Boston.

A menos que el membrete también sea falso.

¿Mis padres biológicos eran realmente de la Mafia? No puedo imaginarlo. Todo el concepto está tan alejado de la vida que siempre he conocido que parece una idea ridícula.

Levanto la mirada hacia los ojos de Rio, y por primera vez, veo algo más que vacío. Está emocionado por esta noticia de una manera que me asusta aún más.

Me asusta y me emociona. Y no quiero sentir *nada* en esa dirección.

—Cuando dices que esto va a desarrollarse... Eh, ¿puedo volver a casa en algún momento?

Incluso mientras hago la pregunta, sé que la respuesta será una que no quiero escuchar.

Parece casi compasivo antes de que sus labios se levanten ligeramente en las comisuras.

—*Ya estás* en casa. Esta es tu vida ahora. Deberías empezar a hacerte a la idea, porque no va a cambiar.

—¿Vivir encima de un club, encerrada en la suite de arriba, con qué propósito?

No sé por qué sigo presionando, provocándolo. Su reputación puede ser legítima en los medios estos días, pero las historias oscuras del pasado permanecen. Gregorio Agosti no es alguien a quien antagonizar. De ninguna manera, forma o modo. Los que lo hacen tienden a terminar «desaparecidos».

Y no quiero desaparecer. Acabo de cumplir veinticinco años. Me *gusta* la vida.

—No aquí. Te llevaré a la finca de mi familia por la mañana, y luego, eventualmente, nos casaremos.

—Vale —no quiero decir, *vale, estoy de acuerdo*. Mi cerebro simplemente deja de funcionar, y no me queda más que entumecimiento.

Vale en este caso significa, *literalmente no tengo idea de cómo pensar, sentir o responder a lo que acabas de decir, monstruo*

psicópata.

Mi silencio no parece desconcertarlo. —Así es como va a desarrollarse esto, Bianca. Te convertirás en mi esposa, y yo obtendré el control del cartel Carlotti de una vez por todas. Legalmente. Porque lo firmarás a tu nuevo esposo como regalo de bodas.

Después de que me despide y uno de sus hombres me devuelve a la suite de arriba, sus palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza.

La mujer que trajo la ropa antes regresa en algún momento con más ropa y una bandeja de comida. Estoy sentada en el sofá, acurrucada en la esquina abrazando mis piernas, cuando la puerta se abre con un clic y ella entra.

—Necesitas comer, jovencita.

Miro fijamente mis uñas de los pies pintadas de rojo. Me las pinté esta mañana antes del trabajo... *Ayer* por la mañana, corrijo, mirando el reloj sobre el escritorio y dándome cuenta de que son más de las 2:00 a.m. Pensé entonces, cuando añadí el color rojo brillante a las puntas de mis dedos, que era divertido agregar un poco de brillo para mi cumpleaños, una ocasión para pasar con mis amigos.

No encarcelada aquí por un maníaco sexy que insiste en que soy la hija perdida hace mucho tiempo de un cartel que obviamente pretende controlar mediante el matrimonio.

Aprieto mis manos contra mis piernas. —Gracias, pero no tengo hambre.

—No. Vas a comer —deja caer la bandeja sobre la mesa de café y desliza toda la mesa más cerca de mí, gruñendo mientras lo hace—. Me quedaré hasta que termines.

Se cruza de brazos, con aspecto resuelto.

Santo cielo, ¿esta pesadilla va a terminar alguna vez?

Me siento correctamente y estudio la bandeja. Al menos el sándwich es ligero; dada la hora, no quiero intentar forzar una comida grande. Soy una persona madrugadora. Normalmente me levanto y desayuno solo unas horas después de ahora.

¿Qué es *normal* ahora? Una vocecita en mi cabeza interviene, la que siempre me lleva por el camino equivocado cuando la escucho.

¿Y si realmente está diciendo la verdad?

Seguramente no.

Es decir, he oído hablar de la familia Carlotti, por supuesto, y de lo que les sucedió. Creo que incluso puede que se haya hecho una miniserie de televisión en algún momento. Cualquiera que haya crecido en esta ciudad conoce al menos algo de las familias criminales que manejan las cosas desde las sombras.

Pero no hay nada en mi historia que insinúe que soy la que se escapó. La bebé que, según los rumores, fue arrojada al río y se ahogó, o fue llevada por la niñera antes de que el resto de la familia fuera asesinada en una cena. Todo dependía de quién contara la historia para saber qué se decía.

Siempre me gustó la idea de que la bebé fuera rescatada. Esa versión habla de mi propio comienzo en la vida.

Así que es posible, me provoca la voz interior.

Tenía seis meses cuando me entregaron a una agencia de adopción dirigida por la iglesia en South Boston.

Las náuseas llenan mi estómago, una vez más, pero esta vez las ignoro y me meto trozos de sándwich de mantequilla de cacahuete en la boca, sintiéndome lo suficientemente obstinada como para mirar con enojo a la mujer mayor mientras lo hago.

Ella pone los ojos en blanco y su boca se adelgaza, pero al menos permanece en silencio hasta que termino.

No quiero admitir que me siento menos nauseabunda una vez que he comido. En su lugar, solo agarro la taza de té de la bandeja y

envuelvo mis manos alrededor de su agradable calor, girándome para mirar hacia las llamas falsas en la chimenea para no tener que ver más su cara de juicio.

Unos minutos después, se marcha, y lanzo un suspiro de alivio.

Si tan solo el resto de esta situación se resolviera tan fácilmente.

El problema es que, con Rio y la gente que lo rodea, mi muerte puede ser la única salida de este escenario completamente jodido.

***

Rio

Casi logro convencerme de que estoy revisando a Bianca porque es mercancía valiosa.

Pero no hay necesidad de que yo haga esto. Tengo personal para trabajos menores, y una revisión a Bianca debería ser algo menor.

Sin embargo, hay algo en ella que me atrae. Algo que no deseo nombrar.

Se ha cambiado al conjunto de pijama que le dejaron mientras estábamos en el club. Un camisón color marfil que termina justo por encima de las rodillas, con algún tipo de chaqueta que no hace nada para ocultar el relieve de sus pezones bajo la tela de satén.

Recorro su cuerpo con la mirada, y no estoy seguro de que ella se dé cuenta de que su gesto protector de cruzar los brazos sobre su vientre en realidad resalta en lugar de disimular sus delicadas curvas.

Es muy delgada, nada parecida a las mujeres generosamente curvilíneas que disfruto en mi cama. No hay nada en ella que justifique la ola de lujuria que me recorre; nada que encienda el interés hasta el punto de que no pueda mantenerme alejado.

Me obligo a considerarla con una mirada imparcial. Al menos comió el refrigerio que le envié. La ama de llaves me informó de eso hace media hora.

Pero eso parece ser el límite de su cooperación. Ahora mismo, sus ojos respiran fuego, y todo su cuerpo tiembla mientras me enfrenta.

—Quiero dejarlo claro, Rio. Nunca aceptaré casarme contigo. Por ninguna razón. Eres un monstruo —inhala bruscamente en esa última palabra, como si temiera haber ido demasiado lejos.

Con cualquier otra persona, lo habría sido.

Me acerco, asegurándome de que lea la verdad en mi expresión.

—*Soy* un monstruo. Nunca deberías olvidarlo.

Extiendo la mano para tocar su mejilla, trazando la delicada estructura ósea y preguntándome si alguna vez será lo suficientemente fuerte para vivir esta vida que he planeado para ella. Se siente tan cálida y suave. Aparto mi mano de sus frágiles facciones y me doy la vuelta. Si no lo hago, no estoy seguro de lo que pueda hacer.

—Te casarás conmigo.

—No —hay una nota en su voz que no entiendo. Desafío, y algo oscuro subyacente que no puedo descifrar.

Me giro para enfrentarla.

Se lame los labios, y su mirada cae sobre los míos. La ola de lujuria en mi entrepierna se enciende en algo mucho menos sutil.

Avanzo hacia ella, y retrocede, y sigue retrocediendo hasta que llega a la pared junto a la puerta del dormitorio. Me acerco, colocando una mano a cada lado de su cabeza y extendiendo mis dedos sobre la pared.

Su cabello oscuro cae suavemente alrededor de su rostro y sobre sus hombros. Su respiración es frenética, sus pechos se elevan y caen contra mi camisa de seda. Sus labios están entreabiertos, y su mirada sigue en mi boca, a solo centímetros de la suya. Su dulce perfume cítrico llega a mis fosas nasales.

Cierro los centímetros restantes entre nosotros y rozo mis labios contra los suyos.

Suave, tan suave, pero la promesa de algo mucho menos dulce está allí en el pequeño gemido que escapa de su garganta. Muevo una de mis manos para agarrar su cuello, manteniendo mi agarre ligero. Su pulso late rápido bajo mis dedos, y su cabeza se inclina ligeramente hacia atrás, como si me diera permiso para más.

La fragilidad que percibí en ella ha desaparecido. De alguna manera, se ha esfumado en el espacio de unos segundos.

—Te odio tanto —susurra contra mi boca.

Sonrío, sintiéndome cruel.

—Bien. Deberías.

Muerdo su labio inferior, no lo suficientemente fuerte como para sacar sangre, pero sí para provocar otro pequeño sonido de Bianca.

Libero su boca, pero permanecemos así por un momento o dos más antes de que me aparte, quitando mi mano de su cuello para permitirle deslizarse y alejarse de mí si lo desea.

No se mueve. Simplemente se apoya allí contra la pared, mirándome, con las manos cerradas en puños a sus costados.

Mi corazón se salta un latido. Esa mirada en sus ojos no es temerosa ni confusa. Es oscura y llena de pasión y rabia. Mi polla se hincha, pesada e incómoda, y casi libero un gemido por la dificultad de volver a controlar mi cuerpo.

—Déjame, Rio —dice, con la voz ronca—. Necesito dormir ahora.

Joder. Si cualquier otra persona me ordenara salir de una habitación...

Mis puños también se cierran, y me concentro en respirar uniformemente, antes de decidir darle algo de margen esta vez. Aún no conoce las reglas de este mundo. Pero las conocerá.

Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, con la intención de sacar su presencia de mi cabeza una vez que salga de aquí.

—Hablaba en serio. Te *casarás* conmigo —digo cuando llego a la entrada.

Mi voz es suave, pero ella se estremece.

Decido agregar un incentivo.

—Si no lo haces, Bianca, me aseguraré de que el refugio de animales donde trabajabas sea cerrado, y que nadie que trabajó allí vuelva a encontrar trabajo en este estado. Nunca. Siempre hay consecuencias por tus acciones. ¿Entiendes, pajarito?

Capítulo Seis

«Nunca estamos atrapados a menos que elijamos estarlo».
Anais Nin

Bianca

Tus acciones tienen consecuencias. El tono cruel de Rio reverbera por la suite mucho después de que se haya ido. *Te casarás conmigo*.

Aprieto la sedosa colcha mientras revivo esa pequeña escena. Sobre mi puto cadáver.

Mi puto cadáver que late de deseo después de ese delicioso y monstruoso casi beso.

¿Qué me pasa?

Llevo mis dedos a mis labios, aún sintiendo su esencia a mi alrededor. Sobre mí. Puedo oler su sutil aroma cada vez que me muevo. Mi labio inferior duele donde lo mordió, pero con un dolor que es más un recordatorio del beso que un verdadero daño.

He oído hablar del síndrome de Estocolmo. ¿Quién no? Pero esto no es eso. *Odio* a Gregorio Agosti con pasión. El hecho de que mi cuerpo lo desee, independientemente de su comportamiento, me repugna.

No quiero desear a un monstruo.

Me dejo caer contra las almohadas, pensando en cada momento desde que sus matones me arrebataron de la calle.

¿Podría estar diciendo la verdad? Si asumo por un momento que lo es, y realmente soy la heredera Carlotti desaparecida, ¿importa? ¿Hará que su comportamiento sea más excusable o cambiará lo que quiero de esta situación?

Ni de coña.

Quiero volver a casa, a mi propia vida, y no tener nada que ver con este loco ambiente lleno de crimen organizado y hombres musculosos de la mafia que creen que pueden gobernar su pequeño mundo con puño de hierro y amenazas de violencia y muerte.

Parece que no tengo otra opción que seguir su plan. Por ahora. Pero Rio no me conoce tan bien como cree.

Puede que haya o no empezado la vida como Bianca Carlotti, pero seguro que no pienso quedarme sentada y aceptar el papel que quiere que interprete.

No puede vigilarme las veinticuatro horas del día, y en el momento en que cometa un error, me largaré de aquí. Directa a los federales. Puede que encienda mi cuerpo involuntario con su maldito y molesto carisma sexual, pero no me importa. Haré que encarcelen al monstruo por todo lo que pueda inculparlo.

Y me reiré cuando se lo lleven esposado.

***

Vienen a buscarme a las diez de la mañana siguiente. Apenas dormí, excepto unas pocas horas cerca del amanecer. Me he levantado, duchado y vestido desde las ocho, y cuando el ama de llaves trajo una bandeja con el desayuno poco después, me aseguré de comerlo todo. Necesito mantener mis fuerzas si quiero salir viva de esto.

Dijo que me llevarían a la finca familiar a las afueras de la ciudad. Por alguna razón, espero ver a Rio en la limusina negra cuando me escoltan dos de sus hombres escaleras abajo, pero no hay nadie dentro, aparte del conductor en el frente detrás del cristal tintado.

Al principio, mi corazón da un vuelco cuando me doy cuenta de que podría tener la oportunidad de escapar en una parada de semáforo, pero entonces los dos matones me siguen y toman asiento frente a mí.

Me miran con idénticas miradas en blanco, y me pregunto cuánto les paga y qué tipo de trabajo sucio hacen para él. Escoltarme a la casa

familiar de Rio debe parecer un paso atrás desde... lo que sea que haga el músculo de la Mafia a diario.

—Gracias, chicos. Es agradable viajar *dentro* del vehículo esta vez en lugar de en el maletero —bromeo en un momento dado, pero no hay respuesta, así que me hundo en el asiento de cuero y miro por la ventana de cristal oscuro.

El viaje hacia el oeste y luego hacia el sur dura menos de una hora. Un vistazo a las señales de tráfico indica que estamos en algún lugar cerca de Dover cuando finalmente nos desviamos de la carretera y nos detenemos frente a la entrada de lo que solo puedo describir como una especie de complejo. Hay un muro alto que se extiende en cada dirección, y las altas puertas de hierro forjado negro están firmemente cerradas.

Es decir, hasta que el conductor habla en un sistema de intercomunicación y las puertas se abren para permitirnos entrar.

Cuando miro por la ventana trasera una vez que pasamos al interior, las puertas ya se han cerrado. Los muros escondían un hermoso jardín con un ligero toque tropical. ¿Cómo lo mantienen así en los meses más fríos? ¿Tan verde y exuberante y lleno de color? ¿Quizás es tan rico que simplemente arrancan todo y vuelven a empezar cada temporada?

Lo bueno es que cada ventana de la gran casa que se ve más adelante debe dar a pura belleza. ¿Lo malo? ¿Cómo diablos voy a escapar de este lugar?

El camino de entrada se curva hacia arriba y alrededor hasta una gran entrada con pórtico. Nos deslizamos hasta detenernos frente a enormes puertas dobles que se abren instantáneamente para revelar a alguien listo para recibirnos. ¿Otra ama de llaves? Está flanqueada por dos hombres de traje que parecen lo que deben ser. Músculo contratado con fines de seguridad.

Genial.

Uno de mis matones abre la puerta y sale de la limusina, indicándome que lo siga.

Cuando estoy fuera, me tomo un momento para alisar mi vestido y mirar alrededor. No puedo ver nada excepto altos muros en la distancia más allá del jardín. Finalmente, vuelvo mi mirada a la mujer que espera en lo alto del corto tramo de escaleras.

—Pasa, Bianca. Tu suite está lista. Gregorio volverá a tiempo para cenar contigo, así que tendrás la tarde para familiarizarte con tu nuevo hogar.

Un dolor de cabeza presiona mis sienes, y trabajo mi mandíbula para evitar rechinar los dientes.

No puedo creer que ayer a esta hora estaba en mi trabajo en el refugio, bañando y desparasitando a uno de los nuevos gatos recién llegados y preguntándome si Dave finalmente se armaría de valor para invitarme a salir.

Dave. Y Shelley. Una sensación de malestar se asienta en mi estómago. Rio dijo que estarían bien, pero ¿puedo creerle?

Subo los escalones de la entrada y entro en la casa sin responder a la mujer, quien para ser honesta no parece esperar una respuesta. ¿Quizás secuestra mujeres y las trae a casa regularmente?

En el fondo, sé que no es así. No estoy segura de cómo lo sé, pero lo sé.

Rio Agosti es todo negocios, y traerme aquí contra mi voluntad, con el objetivo de casarse conmigo, parece una respuesta ridículamente ilógica —incluso emocional— a una situación que no estoy segura de entender completamente.

¿Cómo puede esperar ganar el control del imperio empresarial Carlotti simplemente casándose conmigo? ¿Así es como funcionan los negocios de la Mafia? ¿Dos personas se casan y luego el hombre automáticamente gana el control del imperio de la mujer, quiera ella entregarlo o no?

Suena arcaico, como algo de la época medieval en la que las mujeres no tenían derechos en absoluto.

Tiemblo y me abrazo.

Así es exactamente como suena, y de alguna manera, estoy atrapada en medio de una pesadilla de la que no sé cómo salir.

***

Una vez dentro, me detengo y evalúo mi entorno. Estoy en un enorme vestíbulo de entrada con suelo de mármol blanco y negro y grandes columnas que llegan hasta techos altos, todo lo cual grita dinero y grandeza. Los muebles son ornamentados y no de mi gusto —todo cuero blanco y madera profusamente tallada— pero su opulencia combina con la decoración.

No tengo la oportunidad de explorar la planta baja en este momento. El ama de llaves hace un gesto hacia una gran escalera curva, sobre la cual cuelga la lámpara de araña más grande que he visto jamás. Estiro el cuello mientras la sigo escaleras arriba, mirando la luz brillante.

Por lo que sé, esa lámpara de araña podría estar hecha de diamantes en lugar de cristales. Parece encajar con la necesidad de Rio de un esplendor ostentoso tener algo así especialmente hecho.

Los tipos de seguridad se quedan abajo, y estoy agradecida por ese pequeño respiro. Esos bultos de armas en sus chaquetas son intimidantes, por decir lo menos.

En la parte superior de las escaleras hay un largo pasillo alfombrado. A mitad de camino, la mujer se detiene frente a un juego de puertas dobles y abre una de ellas con una llave que saca de un bolsillo.

—Esta será tu suite, hasta que Gregorio indique lo contrario —dice con calma.

—De acuerdo —hablo por primera vez desde que llegué—. Gracias.

Quiero decir, no es su culpa que su empleador sea un monstruo.

Sus cejas se levantan como si la hubiera sorprendido.

—De nada —dice en un tono ligeramente más cálido—. Debo decir que no eres lo que esperaba cuando Gregorio explicó la situación.

Apuesto a que no lo soy. ¿Había imaginado una perfecta princesa de la Mafia? ¿Alguien que pudiera colgarse del brazo de Rio como una posesión brillante y complaciente, y permanecer en silencio excepto cuando se le hablara?

—¿Te dijo que sus hombres dispararon a mis amigos cuando me secuestró de la calle? —Inesperadamente, mis ojos se llenan de lágrimas, y parpadeo con fuerza.

He estado tratando de mantener ese recuerdo lo más reprimido posible.

Están vivos. Recuerda eso.

Su boca se afina, e ignora mi pregunta.

—Te dejaré instalarte y explorar. Toca el timbre sobre la chimenea cuando estés lista para el almuerzo. Te lo traerán.

Señala a través de la puerta hacia mis habitaciones, luego se gira para irse.

—¿Cómo te llamas? —pregunto rápidamente, preguntándome si me ayudará a escapar si establezco una conexión personal.

—Soy Francine —dice. Su mirada se cierra—. Por favor, no intentes irte, Bianca. Hay más guardias aquí de los que puedas imaginar, y no deseo verte herida. Mi sobrino estaría muy disgustado si su futura esposa resultara dañada.

¿Mi sobrino?

Se aleja por el pasillo, dejándome boquiabierta tras ella.

Está bien, entonces. Tacha a la tía Francine de la lista de personas que podrían ayudarme. Vuelvo a tener solo un nombre en esa lista.

Yo misma.

***

Rio

—Está hecho, Gregorio. Ella está dentro —el tono de mi tía es difícil de interpretar, y maldigo la reunión que me mantuvo aquí en la

ciudad hasta tarde en el día.

Hubiera preferido estar en la finca en persona para juzgar la reacción de Francine ante Bianca. Suena... insegura.

—Bien. ¿Algún problema? —Golpeo con mis dedos el escritorio de madera, esperando su respuesta.

¿Por qué mi tía está insegura? Pienso en cuántas veces Bianca ha aparecido en mi mente desde que la dejé anoche.

Muchas más veces de las que quisiera.

Un ceño fruncido baja mis cejas. ¿Qué tiene ella que me afecta tanto? Pero entonces, tal vez no soy yo. Tal vez es Bianca quien tiene un efecto inquietante en todos los que conoce. ¿Es por eso que mi tía suena como suena ahora mismo?

—No hubo problemas, Gregorio. Pero tiene una actitud. No es respetuosa contigo. Y no parece entender completamente su situación. ¿Estás seguro de que es la correcta...? —Francine se interrumpe, como si se diera cuenta de su error al cuestionarme.

—Es ella —mi tono es frío para recordarle que nunca cometería un error de principiante como identificar erróneamente a la heredera Carlotti—. Y no lo entendería. No todavía. No se le ha explicado adecuadamente. Un hecho que pretendo rectificar esta noche durante la cena. Asegúrate de que todo esté listo para mi llegada.

Presiono el botón para terminar la llamada, y luego junto las puntas de mis dedos mientras considero cómo proceder mejor.

El matrimonio con Bianca será una transacción comercial, nada más. Y en los negocios, soy conocido por mi naturaleza despiadada. Eso es en lo que necesito concentrarme esta noche.

No en la forma en que su cabello cae tan suavemente por su espalda. No en la forma en que sus ojos cambian entre una inocencia atractiva y una pasión llena de rabia en sus profundidades. Definitivamente no en el ligero aroma cítrico que, incluso ahora, horas después, persiste en mis fosas nasales.

Dejo escapar un gruñido y me giro hacia el mueble bar para servirme un whisky.

Concéntrate.

Pronto, poseeré a la princesa Carlotti, y el plan en el que he estado trabajando durante más años de los que me importa recordar finalmente se hará realidad.

Capítulo Siete

«La venganza es dulce y no engorda».
Alfred Hitchcock

Bianca

Paso el resto del día explorando la suite que me han asignado e intentando averiguar cómo escapar.

El espacio consta de varias habitaciones decoradas lujosamente, todas con grandes ventanales del suelo al techo que dan a un largo balcón. Me aventuro a salir al balcón en el fresco aire de la tarde y descubro que la finca familiar de Rio da a la orilla de un río, con vistas que serían impresionantemente hermosas si no fuera por las circunstancias que rodean mi llegada aquí.

Hay un sendero que conduce desde la casa hasta un muelle de desembarco en el río. Supongo que tiene un barco, o varios, por lo que sé, pero no hay nada atracado allí en este momento.

Considero trepar por la barandilla y de alguna manera deslizarme por la pared, pero me doy cuenta de la futilidad de ese pensamiento cuando noto hombres con walkie-talkies en mano, obviamente patrullando los terrenos.

Uno de los hombres tiene un perro grande atado, y en un momento se detiene y mira hacia mí.

Al principio, me encojo ante su escrutinio cubierto por gafas de sol, pero luego controlo mis nervios y me muevo hacia adelante para agarrar la barandilla del balcón y mirarlo fijamente.

Puede que esté completamente fuera de mi elemento, asustada de que me maten en cualquier momento e insegura de cómo, o si alguna vez saldré de esta situación, pero me niego a mostrar ese miedo a ninguno de estos matones.

Así que, levanto la barbilla y lo miro con furia, y después de varios segundos, él y el perro se mueven hasta que desaparecen entre los árboles.

Cuando cae la noche, Francine aparece en la puerta de mi suite.

—Rio espera que se vista para la cena. Esté lista a las siete y media, Bianca.

Después de que se va, reviso la puerta, asumiendo que estará cerrada, pero me sorprendo al encontrarla abierta. Salgo al pasillo, con el corazón latiendo fuertemente mientras recuerdo lo que sucedió la última vez que intenté esto en el club. El pecho de Rio era tan duro e implacable.

Me arrastro silenciosamente por el pasillo alfombrado hasta el conjunto de escaleras que usé esta mañana. Estoy a mitad de camino, conteniendo la respiración, cuando un hombre aparece aparentemente de la nada y me estudia desde la base de la escalera.

Sus manos están cruzadas calmadamente frente a él, y no hay animosidad particular en su expresión, pero el mensaje es claro. Ese camino también está cerrado para mí.

Las lágrimas brotan y trago con dificultad mientras regreso a mis habitaciones, tratando de mantener mis emociones bajo control. Las lágrimas caen de todos modos, deslizándose por mis mejillas, y me apresuro al baño y me desvisto, decidiendo meterme bajo la ducha para ocultar mis sollozos de cualquiera que pueda estar escuchando.

Por lo que sé, toda mi suite podría estar equipada con micrófonos y cámaras para vigilar cada uno de mis movimientos.

Es como si hubiera quedado atrapada en una pesadilla interminable. No puedo ver ninguna manera de despertar y volver a la realidad.

Me siento en la base de la ducha, dejando que el agua caliente corra sobre mis hombros y espalda.

—Soy Bree —susurro, una y otra vez—. Bree Walker. Incluso si nací como Bianca, ya no soy ella. Y no quiero casarme con un asesino.

***

A las siete y media en punto, un golpe en la puerta de mi suite indica que es hora de lo que sea que Rio haya planeado para mí. Mi ritmo cardíaco se dispara.

Después de estudiar la casi interminable variedad de opciones de ropa en el enorme vestidor (de hecho, ni siquiera puedo llamarlo vestidor; es toda una habitación), elijo un sencillo vestido recto color marfil y unos tacones nude.

Probablemente quiere que me vista como algún tipo de vampiresa, pero para alguien más acostumbrada a jeans y camisetas, esto es lo más elegante que puedo lograr para un hombre que detesto.

Me aplico un poco de maquillaje sobre la mejilla (la hinchazón ha disminuido, pero los moretones se han hecho más visibles) y dejo mi cabello suelto, dejándolo caer sobre mis hombros y espalda. Puede ayudar a ocultar algunas de mis emociones si no puedo contenerme durante la cena.

Francine levanta una ceja y frunce los labios cuando me ve, pero no dice nada. Me escolta escaleras abajo y a través del vestíbulo hasta un gran comedor sin que se diga una palabra entre nosotras. Claramente, no he pasado la prueba con mi elección de vestido para la noche.

Qué lástima, tía.

Rio ya está esperando en la habitación, de pie junto a un aparador con tapa de mármol y sirviéndose una bebida. Parece que viene directamente de la oficina, con pantalones de traje color carbón y una camisa blanca, aunque sin corbata ni chaqueta.

Hay un cansancio en la línea de sus hombros que no había notado antes, y sin embargo, cuando se gira y me estudia, el cansancio desaparece instantáneamente.

Me examina de pies a cabeza y de vuelta, pero no puedo leer nada en su rostro más que su habitual impasibilidad.

—¿Una copa? —dice finalmente, levantando la licorera en su mano.

El líquido en su interior es de color rubí, y asumo que debe ser vino tinto, tal vez dejado para respirar por algún leal miembro del personal.

—Claro —me encojo de hombros, preguntándome cómo se desarrollará esta noche.

¿Será civilizada en la superficie, con la pretensión de que somos una pareja ordinaria de prometidos enamorados y ansiosos por planear nuestra boda?

—Siéntate —dice Rio, entregándome una copa de vino y señalando uno de los lugares preparados en la mesa—. Hablaremos de términos durante la cena.

Supongo que la civilidad está sobrevalorada en su mundo.

Quiero permanecer de pie, solo para contrariarlo, pero ¿cuál sería el punto? Tomo asiento donde me indica, en uno de los dos lugares preparados en una mesa de comedor que debe tener capacidad para unas veinte personas cuando está llena.

—Entonces, ¿esta es la finca de tu familia? —Ante su asentimiento, añado—: ¿Dónde está tu familia, entonces? No he visto a nadie hoy excepto a tu tía y a los tipos de seguridad.

Se mueve a su lugar, directamente frente a mí, y se toma su tiempo para sentarse. —Tengo dos hermanos menores, ambos ausentes por asuntos familiares en este momento. Mi hermana está en su último año de internado y se unirá a nosotros cuando se gradúe. Vivirá aquí hasta que le asegure un matrimonio adecuado. Mi tía y su hijo Tommaso también viven aquí, aunque Tommaso también está fuera visitando a la familia en Italia.

—Esa es toda la familia que tengo o necesito, Bianca. Mi papel es liderar el negocio y asegurar su supervivencia en este mundo despiadado en el que vivimos.

Hay tanto mal en esa breve explicación que no estoy segura de cómo responder. Su pobre hermana. ¿Un matrimonio arreglado? No

quiero provocarlo demasiado, pero hay una omisión evidente en su explicación.

—¿Y tus padres? —pregunto—. ¿Dónde están...?

Me clava esa mirada aterradora que secretamente he apodado su expresión casi muerta, y desisto de terminar la frase.

—Lo siento —digo, agachando la cabeza para dar un rápido sorbo de vino.

El alcohol no hace nada para calmar mis nervios.

No responde. En su lugar, nos sentamos en un silencio incómodo hasta que un camarero entra en la habitación y sirve nuestro primer plato. Es sopa, pero no tengo idea de qué tipo aparte de notar que es verde. Estoy demasiado tensa para identificar el sabor. La perspectiva de cenar frente a este hombre se está volviendo más difícil por segundos.

No es hasta que el camarero sale de la habitación que él inclina la cabeza hacia un lado y dice en un tono conversacional:

—No tengo padres, Bianca. Fueron asesinados hace mucho tiempo por uno de mis rivales de negocios. Tú, pajarito, vas a formar parte de mi plan de venganza.

***

Rio

Muchos pensamientos dan vueltas en mi cabeza mientras avanza la cena. El que más me molesta es la forma en que mi corazón pareció saltarse un latido cuando Bianca entró al comedor.

No permito nada en mi vida que amenace mi autocontrol. Claramente, la presencia de Bianca hace precisamente eso. Y sin embargo, la necesito aquí para asegurar el negocio Carlotti de manera legal y apuntalar la base de poder de los Agosti para que nadie pueda arrebatarla.

Con ese vestido casi blanco, su cabello cayendo por su espalda como una cascada oscura, y tan poco maquillaje que puedo ver un puñado

de pecas en el puente de su nariz, así como el moretón púrpura en su pómulo donde el hombre de Danelli la golpeó, no se parece en nada a las mujeres de mi mundo.

Es inocente e ingenua, y si hubiera otra forma de obtener lo que necesito, la dejaría ir.

No la hay.

Si no la uso yo, lo hará uno de mis rivales. Y serán menos indulgentes que yo en cuanto a cómo será tratada.

La inocencia de Bianca es solo un activo en este mundo, hasta que alguien la asegure para sí mismo.

Necesito asegurarme de que ese alguien sea yo.

Espero hasta que se sirven el postre y el café antes de hablar sobre el asunto.

—Hay una reunión más tarde esta noche en la que necesito que estés presente —digo.

Ella salta en su silla, como si mi voz misma la asustara, pero luego su boca se fija en una línea terca y me lanza una mirada que dice muy claramente que no me tiene miedo. Emite tantos mensajes contradictorios que no puedo descifrarla del todo.

—¿Qué tipo de reunión, y por qué me necesitas allí, Rio?

—Una reunión de negocios. Deseo presentarte como mi prometida, y necesito que cooperes con ese concepto.

—Hmm. —Se golpea los labios con un dedo, la acción atrayendo instantáneamente mi atención hacia su boca.

Quiero devorar esa boca hasta que esté hinchada y suplicándome más. Y luego la quiero envuelta alrededor de mi polla mientras hundo mis dedos en su hermoso cabello y guío su cabeza mientras me da placer.

Me muevo en mi silla, ignorando el deseo que comienza a endurecer mi carne. —Hablaba en serio antes, Bianca. Habrá graves

consecuencias para aquellos que te importan, si no cumples con mis deseos.

—Oh, sí. Te creo. —Levanta su taza de café y da un sorbo, antes de devolverla al platillo con una fuerza que amenaza con romper la porcelana—. Seguiré tu ridícula idea, por ahora. Pero por favor, créeme cuando te digo que haré todo lo que esté en mi poder para evitar casarme contigo. Te odio, Rio, más de lo que he odiado a nadie en mi vida. Y la idea de casarme contigo? Me revuelve el estómago. Preferiría sacarme los ojos con un tenedor antes que soportar tu toque... Oh...

Se interrumpe cuando me pongo de pie de un salto, y se lleva una mano a la garganta cuando rodeo la mesa. La agarro por la parte superior de los brazos y la levanto de la silla, atrayéndola contra mí para que no haya ninguna duda en su mente sobre el efecto que sus palabras tienen en mí.

Ella me mira, su expresión una mezcla de miedo, furia y deseo involuntario. La hinchazón en su ojo herido ha disminuido, aunque el moretón aún se está formando. En cierto modo, hace que el inusual color de sus ojos resalte más.

Cuando le sonrío, casi puedo escuchar el gruñido de rabia que sé que quiere estallar de ella.

—¿Mi toque te repugna, dices? —Presiono mi erección contra su estómago, y sus ojos se entrecierran.

—Tu pasión puede ser alimentada por el placer o puede ser alimentada por el odio, pero no puedes ocultar tu necesidad, Bianca. Lo siento, y ahora conoces mi respuesta.

—No...

—Oh, pajarito. Sí. —Me inclino, probándola, y rozo mis labios contra los suyos.

Un pequeño sonido de maullido se le escapa, y no se aparta.

—No quiero querer. —Su voz es tan débil que casi no está ahí, y sus ojos brillan con lágrimas contenidas—. Te odio a ti y a todo lo que

representas.

—Lo sé. Y deberías. Pero jugarás tu papel esta noche, Bianca, porque si no lo haces...

—Bastardo.

La bofetada en mi mejilla viene de la nada. Capturo su muñeca, una oleada de excitación golpeándome más fuerte que cualquier golpe que ella pudiera dar jamás.

Esta vez, cuando tomo sus labios, dejo de lado el concepto de gentileza y aplasto su boca bajo la mía, exigiendo sumisión.

Hay límites para lo que estoy dispuesto a soportar, incluso de ella, y Bianca acaba de cruzar una línea de la que no habrá vuelta atrás.

Para ninguno de los dos.

Capítulo Ocho

«... el sexo, el deseo, el amor, pueden en algunas luces parecer sinónimos, y en otras como elementos completamente ajenos entre sí».

Garth Greenwell

Bianca

El beso de Rio no tiene nada que ver con el deseo. El acto está diseñado para disciplinarme, pura y simplemente. Todo por el hecho de que me atreví a levantarle la mano.

Sé que ese fue el momento en que me pasé de la raya. Lo habría golpeado más fuerte si no me hubiera dado cuenta en el último segundo e intentado echarme atrás.

Aun sabiendo que su motivación proviene del castigo, no puedo controlar la maldita respuesta de mi cuerpo ante esta deliciosa y monstruosa embestida.

Su presencia es tan poderosa, tan fuerte, que me envuelve por completo. Aunque lo odio, aunque una parte de mí desea que estuviera muerto o en la cárcel, no puedo ocultar el hecho de que hay algo en él que enciende mi cuerpo.

No necesita hacer nada. Solo necesita estar cerca, y es como si todas mis terminaciones nerviosas se iluminaran por sí solas.

Nunca he sentido eso por nadie, y menos por alguien que realmente considero aborrecible.

¿Qué me pasa? ¿El trauma de las últimas veinticuatro horas me ha vuelto un poco loca?

Mi boca se abre automáticamente para dejarlo entrar, mis labios, dientes y lengua comienzan una danza sensual con el diablo que se ha atrevido a invadirme de esta manera. Sabe a café, a vino y a una especie de esencia masculina cruda que sé que es únicamente suya.

Lo odio y lo amo a partes iguales. Gimo, necesitando liberarme de la conexión, pero como si tuvieran vida propia, mis manos se aferran a su camisa de seda, arrastrándolo para obtener más.

Su aroma se eleva, una yuxtaposición agradable y picante al beso, como una metafórica bofetada de vuelta. Es como si estuviera diciendo: «Esto es lo que podrías tener, este hombre fuerte, sexy y poderoso que te desea intensamente, pero esto es lo que te mereces: el castigo; la falta de respeto. Y la prueba de que puedo arrancarte una respuesta, Bianca, lo quieras o no».

Joder, lo odio.

Joder. No puedo tener suficiente del bastardo.

De alguna manera, termino con el trasero sobre la mesa del comedor, la vajilla y los cubiertos barridos a un lado en un desorden irregular para hacer espacio. Mis piernas se abren de par en par mientras su erección se desliza arriba y abajo contra mi centro. Es enorme, y me pregunto qué se sentiría si empujara hacia arriba y dentro de mí con todos esos centímetros firmes de carne.

La oleada de deseo que se extiende desde nuestra conexión erótica es tan fuerte que tiemblo debajo de él.

Y aún así, ese beso castigador continúa.

Sus dedos se clavan en mis caderas, su agarre firme mientras me mantiene en su lugar sobre la superficie pulida de la mesa. Me aferro a sus brazos, los músculos que se ondulan bajo mis palmas solo añaden a su terrible atractivo.

Cuando sus labios dejan los míos, grito. Un lamento que contiene tanto autodesprecio como necesidad.

«Estás enferma», grita mi mente. «Debes estarlo, para dejarlo hacerte esto».

Él acaricia mi cuello con la nariz, besando y mordiendo, y maldita sea si no inclino la cabeza hacia atrás para permitirle hacerlo más libremente.

Un jadeo de sorpresa y el estrépito de un cristal roto son lo que finalmente nos interrumpe.

Rio levanta la cabeza lentamente, liberando mi cuello casi con pereza, y se gira hacia un lado para mirar a quien ha entrado.

No me importa quién sea. No puedo enfrentarlos, no comprometida de esta manera. Me quedo medio tumbada, jadeando con necesidad insatisfecha, mis mejillas tan calientes que imagino que deben estar muy sonrojadas, y mantengo la mirada clavada en el pequeño hueco en la base de la garganta de Rio.

En la superficie, parece tan imperturbable como siempre, pero desde tan cerca noto el pulso carotídeo más rápido de lo normal moviendo la piel de su cuello, y sé que está más afectado de lo que deja ver.

Retrocede, dándome espacio para cerrar las piernas y bajar de la mesa. Bajo la cabeza y me arreglo la ropa, alisándola todo lo que puedo, antes de finalmente levantar la mirada.

Francine, con los ojos aún muy abiertos, está de pie en un charco de algo húmedo, con cristales rotos alrededor de sus pies.

—Solo estaba... —Aclara su garganta—. Se olvidaron de rellenar el whisky, Gregorio. Sé que lo querrás más tarde...

Rio hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Que limpien esto. Recibiremos a nuestros invitados en mi oficina, tía —Su mirada baja brevemente al suelo—. Con una licorera fresca de whisky. Y puros. Sabes que a Carlos Rossi le gustan los buenos puros.

¿Carlos Rossi? Incluso yo he oído hablar de él. Ha aparecido en las noticias de vez en cuando durante muchos años, arrestado múltiples veces por una serie de delitos, pero de alguna manera nunca condenado.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. ¿Es esa la reunión de negocios a la que se espera que asista? ¿Como la prometida de Rio? No quiero estar aquí en absoluto, pero particularmente no quiero terminar en el radar de alguien como Carlos Rossi.

«Pero ya lo estás», me recuerda una pequeña voz interior. «Rio Agosti es igual que él».

***

Rio lidera el camino hacia su oficina y, sin saber qué más hacer, lo sigo como una ovejita mansa.

En todas partes de esta casa, el espacio es enorme, y su estudio no es la excepción. No solo hay un escritorio y una silla ejecutiva enormes, desde donde supongo que Rio dirige su negocio del cártel cuando está aquí, sino que las paredes están forradas de estanterías llenas de libros entremezclados con piezas de arte de aspecto costoso, y a un lado hay un juego de sofás Chesterfield frente a una chimenea de gas sobredimensionada.

El marco de mármol de la chimenea es de un negro brillante, contrastando con las llamas azul-doradas visibles en el hogar. Sobre la repisa hay un cuadro: un retrato de una pareja que se parece tanto a Rio que supongo que deben ser sus padres.

Sus padres muertos.

Su madre tenía el mismo cabello oscuro y estructura ósea cincelada que Rio, aunque sus ojos bailan con picardía y su boca ancha se eleva en una sonrisa. ¿Es así como se vería Rio si permitiera algo de emoción?

Su padre... Me estremezco ante la mirada plana y fría de ese hombre, evidente incluso en la naturaleza ligeramente estilizada de la pintura. El artista ha captado lo que instintivamente sé que debe haber sido muy cercano a la realidad.

¿Cómo habría sido crecer como el hijo mayor de un hombre como ese? ¿Su madre tuvo mucha influencia o peso en la vida de Rio, o fue preparado desde el principio para ser inexpresivo y calculador, para ese momento en que lo inevitable ocurriera y el Agosti mayor perdiera su control sobre el poder?

Me siento en la esquina del sofá más cercano, mientras Rio permanece de pie con la espalda hacia la chimenea, observándome.

El cuero está frío contra mi piel desnuda cuando apoyo el brazo sobre el lateral enrollado, pero pronto se calienta.

Cuando Francine llega con licor y puros, le pregunta a Rio si necesita que me cambie a algo más formal.

Intento no poner los ojos en blanco. Siento tanta lástima por todas las mujeres en este extraño mundo de la mafia: parece que existe la suposición automática de que ninguna de ellas puede pensar por sí misma. ¿Debe el hombre tomar todas las decisiones, incluso hasta lo que la mujer puede o no puede usar?

Estoy tentada de intervenir y decir algo por el estilo hasta que Rio niega con la cabeza.

—Está perfecta así. Incluso con ese ojo morado. Su inocencia brilla, lo que lo irritará más.

Cierro la boca sobre las palabras que estaba a punto de decir. No puedo decidir qué me sorprende más: su comentario sobre mi inocencia o el hecho de que dijo que soy perfecta. Ninguno de los dos términos es preciso.

Después de que su tía nos deja solos, aclaro mi garganta. No quiero admitir nada, pero necesito que conozca los hechos antes de que lleguen sus socios comerciales.

—No soy virgen, Rio, si es de eso de lo que se trata.

Él suelta una risa áspera, pero no hay humor evidente en el sonido.

—Lástima. Me habría gustado ser tu primero. Pero no importa. Tu experiencia sexual no es relevante.

Reprimo un escalofrío ante la idea de que alguien como Rio Agosti tomara mi virginidad. No puedo imaginar que alguna vez sería lo suficientemente gentil para eso sin dejar grandes cicatrices emocionales, y de repente estoy agradecida por el torpe encuentro con un compañero de estudios en mi primer año de universidad. Puede que no haya encendido mi mundo, pero al menos el chico fue gentil.

—¿Puedes explicarme de qué se trata esto, entonces, por favor, y qué esperas que diga o haga?

—Sí —se inclina hacia adelante—. Tu desaparición hace todos esos años desencadenó una serie de eventos, Bianca, que comenzaron con una carrera para asegurar el negocio de tu familia, y fue seguida por el asesinato prematuro de mis padres. Ahora que he confirmado tu identidad, la pieza final está a punto de jugarse, y nuestra familia tendrá su venganza.

Mi mirada se eleva automáticamente hacia el retrato y luego vuelve a Rio. Me estudia sin ningún indicio de emoción en su rostro, a pesar del tema desgarrador. ¿Es realmente incapaz de sentir?

—¿Cómo?

—Carlos Rossi y mi padre hicieron una apuesta. Quien encontrara primero a la princesa Carlotti desaparecida la traería a su familia y la criaría como propia, tomando formalmente el negocio Carlotti en el proceso y ganando la carrera para controlar Boston y más allá.

¿Una carrera para controlar Boston?

—Entonces, ¿esto se trata de una apuesta entre dos señores del crimen... por el control de una *ciudad*?

—No solo la ciudad. Todo el estado, Bianca. E incluso más allá de eso. Las apuestas son mucho más altas hoy que en la época de mi padre.

Las náuseas que inexplicablemente se habían calmado un poco a lo largo del día de repente vuelven a surgir en mi estómago. ¿Qué hará si vomito sobre el Chesterfield? ¿O sobre esta alfombra elegante bajo mis pies?

Respiro hondo, tratando de controlarme, e intento una explicación.

—Fui adoptada de bebé. Mis padres eran gente común antes de que mi madre falleciera en un accidente automovilístico hace un par de años. Ella era maestra en una escuela primaria local, y mi padre trabajó en rescate animal durante muchos años. Su amor por los animales me llevó a mi trabajo en Lots of Paws.

»Después de que mamá murió, mi padre se fue a pasar tiempo en Tailandia en un santuario de animales. Hacer lo que ama lo está ayudando a sanar del dolor. Pero ya no tengo noticias de él con tanta frecuencia, ya que vive en un área bastante remota del país. La comunicación es bastante complicada.

De hecho, papá me llamó la mañana de mi cumpleaños, lo que significa que probablemente ni siquiera sabrá que estoy desaparecida de mi vida habitual durante al menos otros cuatro o cinco meses.

—¿Tu punto?

Aprieto los dientes antes de mover la mandíbula para tratar de liberar la tensión.

—Mi punto es que no estoy familiarizada con tu mundo. Incluso si lo que dices es cierto, y yo soy esa... esa *persona*. Lamento que tus padres murieran, pero no sé nada sobre sus muertes. No tengo nada que ver con nada de esto, y no quiero verme involucrada. Por favor, Rio. ¿No puedes simplemente dejarme ir ahora?

Mi voz se quiebra, y un indicio de *algo* aparece detrás de sus ojos. Un músculo se contrae en su mejilla, pero luego el movimiento se detiene y el sentido de vacío en su expresión regresa.

—No. Eres la heredera del cártel Carlotti, Bianca. No puedes cambiar ese hecho, aunque quieras. Necesito tu herencia para darme la ventaja y asegurarme de estar en posición de vengar el ataque a mi familia, sin riesgo de represalias. Debes seguir adelante con esto, por el bien de tus amigos, tu lugar de trabajo. Por *tu* bien, de hecho. Yo...

Un discreto golpe en la puerta lo detiene a mitad de la frase, y su pecho sube y baja en un par de respiraciones rápidas, como si acabara de revelar más de lo que esperaba en este momento.

La desesperación inunda mi sistema. No podré convencerlo de que cambie de opinión.

—Adelante —ladra, y un hombre de traje oscuro entra en la habitación.

Lo he visto antes, cuando estaba atada en el suelo de la suite de Rio, y luego más tarde, merodeando en el club. Fue el equipo de *este* hombre el que disparó a mis amigos y me dio el ojo morado.

Me levanto rápidamente y me muevo alrededor del sofá, poniendo su sólida estructura entre el matón y yo.

—Danelli —dice Rio, notando mi movimiento pero sin comentarlo—. ¿Han llegado?

—Sí, jefe —dice el hombre, mirándome con abierta curiosidad antes de volver a Rio—. ¿Debo hacerlos pasar?

—En efecto —responde Rio—. Después de que hayas enviado a nuestros hombres. Tres equipos aquí deberían ser suficientes. Empecemos esta fiesta, ¿de acuerdo?

Capítulo Nueve

—Un hombre sabio saca más provecho de sus enemigos que un tonto de sus amigos.

Baltasar Gracián

Rio

Me irrita permitir que Rossi y sus hombres pongan un pie en mi finca familiar, pero mi seguridad está en su mejor momento en este complejo y tiene sentido celebrar la reunión aquí.

Además, ahora que se ha corrido la voz sobre la identidad y el paradero de Bianca, necesitaré todo mi arsenal para mantenerla a salvo hasta nuestra boda, y el mejor lugar para hacerlo es justo aquí.

Rossi entra en mi oficina flanqueado por dos de sus hombres, uno de los cuales es Anders. Los demás esperan en las puertas principales en un grupo de SUVs, sin permiso para cruzar el umbral de mi propiedad.

Se le dijo que dos podían acompañarlo, y eso es lo que he permitido.

Rossi es bajo y rechoncho, calvo en estos días, y engañosamente amigable en su semblante. Debajo de la fachada de abuelo, es tan despiadado como yo.

Y eso lo convierte en un enemigo peligroso.

Se dirige directamente hacia mí, pero se detiene en seco cuando nota a Bianca. Ella parece haberse encogido en sí misma, presionándose contra una de las paredes y envolviendo sus brazos alrededor de su cintura.

Las cejas de Rossi se elevan de manera casi cómica. Me permito una sonrisa lenta. Sé lo que está viendo, y sé por qué la conmoción

distorsiona sus facciones por un segundo antes de que la máscara inexpresiva descienda una vez más.

Tengo en mi posesión una fotografía de la madre de Bianca, Rina, y si no fuera por la naturaleza despeinada del largo cabello de Bianca en comparación con el elegante bob que llevaba su madre, ella y Rina podrían ser gemelas.

Rossi conocía bien a Rina, según dicen, y sé que no necesitaré mostrarle los resultados de ADN para convencerlo de que Bianca Carlotti está en la habitación con nosotros ahora mismo.

—Carlos.

—Rio. Me alegro de verte, viejo amigo —Rossi se acerca más lentamente que antes, lanzando miradas entre Bianca y yo.

Cuando llega a mí, extiende una mano para estrecharla. Lo miro fijamente, sin moverme, hasta que baja la mano y se la limpia torpemente en el costado de sus pantalones.

—Sí. Bueno. Ya has recibido mis disculpas, pero ahora las tienes en persona. Un malentendido, Rio, y no volverá a suceder.

—Un intento de disparo no es un malentendido, Carlos.

—No. No, en efecto.

Doy un paso adelante y señalo el sofá, esperando hasta que él esté sentado antes de sentarme frente a él. Sus hombres permanecen cerca, vigilantes e impasibles, al igual que mis tres equipos hacen lo mismo desde diferentes puntos de vista alrededor de la habitación.

Con un gesto mío, Danelli trae una bandeja que contiene whisky, vasos y el humidor de puros cubanos que guardo para ocasiones como esta.

Una vez que se sirven las bebidas y hemos cortado y encendido nuestros puros, me permito un momento de disfrute y observo el rastro de humo que se eleva desde el extremo del puro.

Luego me giro hacia Bianca y extiendo mi mano libre. Espero que pueda leer el mensaje en mis ojos.

Compórtate, pajarito.

—Ven, querida. Deseo presentarte.

Sus dientes trabajan en su labio inferior por un momento, pero después de una breve vacilación en la que sus ojos se entrecierran y puedo sentir su impulso de desobedecerme, se separa de la pared y camina hacia mí con movimientos ligeramente bruscos. Toma asiento a mi lado, tan cerca que puedo sentir el temblor de su pierna contra la mía. Agarro sus dedos y coloco nuestras manos unidas sobre su muslo.

—Carlos Rossi, te presento a Bianca Carlotti. Mi prometida.

—Encantado, querida, estoy seguro —Rossi inclina la cabeza y luego ofrece una sonrisa lobuna que muestra casi todos sus dientes.

Bianca retrocede, luego parece recuperarse, sentándose más erguida. Su temblor se desvanece.

Un orgullo inesperado surge en mi pecho. Sea lo que sea o no sea, esta chica tiene una gran fortaleza interior.

Es una lástima que sea simplemente un peón en este juego. Pero así es nuestro mundo.

—Igualmente —la voz de Bianca es abrupta, como si tuviera que forzar la palabra más allá de algún tipo de barrera en su garganta.

Mira nuestras manos entrelazadas, y la sujeto con más fuerza cuando siento que comienza a soltarse de mi agarre.

—¿Rio te contó que conocí a tu madre cuando era joven, querida? Una mujer tan encantadora. Eres la viva imagen de Rina.

—Rina —repite el nombre, esta vez en un tono más natural, y luego mira a Rossi—. ¿La conociste? Eso es muy interesante. ¿Conociste también a mi padre? ¿Cuál era su nombre?

—No le has contado mucho, Rio, ¿verdad? Qué vergüenza. El nombre de tu padre era Stefano, querida.

Bianca asiente lentamente.

—Stefano. Y Rina. ¿Los mató usted, señor Rossi? ¿Mató a mi madre y padre biológicos?

***

Bianca

La mano de Rio se sacude en mi pierna, la única indicación de su conmoción por lo que acabo de preguntar.

Pero tengo que saber. Ahora que se ha abierto la caja de Pandora, necesito saber más sobre mis padres biológicos. Y qué les sucedió.

Si alguno de los dos hombres sentados en este sofá conmigo tuvo algo que ver con sus muertes, haré todo lo que esté en mi poder para derribarlos.

Los destruiré por destruir a mi familia.

Las palabras reverberan en mi cerebro como si vinieran de algún otro lugar por completo. ¿En qué estoy pensando? Esta no soy yo, pensando en venganza y planeando la destrucción de otras personas. Este es el tipo de cosas que Rio podría decir.

Solo he estado en este mundo un día y poco, y ya está distorsionando mi pensamiento.

—¿Y bien? —insisto, sabiendo que no debería, pero incapaz de detenerme—. ¿Los mató usted, señor Rossi?

—Te perdonaré esta vez, querida. Porque eres la hija de Rina. Y porque... —Su mirada se desvía hacia Rio y vuelve—. Porque eres la prometida de *él*. Pero no me presiones con esto. Yo no maté a tus padres. Amaba a Stefano como a un hermano, y amaba a tu madre... —Su ojo izquierdo tiene un pequeño tic antes de añadir en voz baja—: Sí. Amaba mucho a tu madre.

Observo al anciano sentado frente a Rio y a mí, y por alguna razón, le creo. Hubo una nota en su voz en ese momento que me alertó...

—¿Entonces no amaba a mi madre como a una *hermana*?

Él inhala bruscamente y exhala lentamente. —No —admite—. No la amaba de esa manera, como a una hermana. Quedé devastado

cuando...

Se interrumpe y, para mi sorpresa, saca un pañuelo y se seca los ojos. ¿Qué demonios? ¿Acabo de hacer llorar a un jefe de la mafia?

Rio me da una palmadita en el muslo como si estuviera complacido conmigo y suelta mi mano, recostándose para sentarse más cómodamente en el sofá.

La tensión que ni siquiera me había dado cuenta que impregnaba el aire de la habitación se relaja un poco. Incluso los gorilas de seguridad dispersos por todas partes parecen un poco menos tensos cuando miro alrededor.

Eso es, hasta que Rio abre la boca y habla. —Estaríamos encantados si asistieras a nuestra boda, Carlos, para vernos unir en santo matrimonio. ¿Serás nuestro invitado? Mi *amigo*.

Hay acero en su tono, y el infierno podría congelarse con la cantidad de hielo que de repente vuelve a descender en el aire alrededor de todos nosotros.

—Por supuesto, Rio. Estaré encantado —dice Carlos. Su expresión sugiere lo contrario. Claramente está descontento con la invitación de Rio—. Eres un hombre muy afortunado. ¿Cuándo es el día especial?

—El próximo jueves —dice Rio con suavidad, y mi boca se abre de par en par.

Hoy es sábado, según mis cálculos, dado que mi cumpleaños fue el viernes. ¿Fue solo ayer que me secuestraron en la calle?

Mi cumpleaños, recuerdo, con una sensación hueca en la boca del estómago, era el día en que se suponía que celebraría un futuro brillante y prometedor, y posiblemente una próxima cita con Dave. En cambio, estoy sentada aquí en el complejo de un jefe de la Mafia, discutiendo mi boda de la próxima semana con hombres que matan a otros a la menor provocación.

Hombres que dispararon a mis amigos.

Monstruos que destruyen vidas mientras charlan sobre licor y estúpidos puros que apestan la habitación.

Entonces un pensamiento golpea mi cerebro, y me giro para mirar a Rio. De ninguna manera podría tener una licencia de matrimonio arreglada en tan poco tiempo.

Él sonríe con suficiencia como si adivinara mis pensamientos.

Por supuesto. Probablemente tiene a todo un conjunto de funcionarios de la ciudad en su bolsillo. Solo tiene que chasquear los dedos, o hacer que uno de sus esbirros llame, y todo el papeleo estará en su lugar en un instante.

Me levanto y me dirijo a la chimenea, mirando fijamente la rejilla y rezando por calma. Siento como si estuviera a punto de tener un ataque de pánico, y no quiero perder el control a ese nivel frente a estas personas.

Me concentro en las llamas danzantes, estudiando sus pequeños centros azules iluminados por gas rodeados de luz dorada anaranjada, y respiro. Inhalo. Exhalo. Inhalo y exhalo. Sigo así. No entres en pánico. No frente a Rio o Carlos Rossi.

Después de lo que parece una eternidad, pero probablemente son solo unos segundos, mi ritmo cardíaco se calma y mi respiración se ralentiza a un ritmo más normal. Pero no sé cuánto tiempo más puedo contener mis emociones sin desmoronarme en lo que siento como un millón de pedacitos.

Ha habido demasiado que afrontar desde ayer. Y sospecho que mañana traerá más de lo mismo. O peor.

Como si Rio estuviera de alguna manera sintonizado con mi tumulto interior, de repente aparece a mi lado. —Deberías descansar, cariño. Es tarde. Carlos y yo tenemos más asuntos que discutir, pero no es necesario que te preocupes por ello. Ve a la cama. Te veré más tarde.

Su tono y sus palabras insinúan a todos en la habitación que ya somos íntimos como pareja, y la ira crece, quemando el pánico.

Coloca una mano en mi espalda, extendiendo sus dedos y acariciándome suavemente, y luego se inclina para besar mi mejilla. —Lo hiciste bien, pajarito. Estuve orgulloso de ti esta noche.

Esas palabras son solo para mí, susurradas en mi oído de una manera que calienta mi piel.

Es una suerte para él que esté de espaldas a su invitado porque no puedo evitar una mueca de puro disgusto.

Siento más que oigo su risa casi silenciosa mientras mueve sus labios a mi sien, y su aliento me calienta allí también.

Él sabe, tan bien como yo, que mi mueca no fue porque odie su toque.

Sino porque no lo odio.

Capítulo Diez

«... sintió que la energía entre ellos cambiaba, como una serpiente que se enrollaba sobre sí misma, devorándose por completo, con la ira y la pasión alimentándose mutuamente».

Sylvain Reynard

Bianca

Rio me deja en paz durante los siguientes días, pero en cierto modo eso es peor, no mejor, porque permanezco en vilo, sin saber cuándo o dónde aparecerá y decidirá atacar.

Mi esperanza de que alguien haya denunciado mi desaparición y que la policía ya me esté buscando después del secuestro es efímera.

Francine me trajo el desayuno a mi habitación la mañana después de conocer a Rossi y lanzó una última puya al salir.

—No pienses que alguien te ha echado de menos, Bianca. Nuestra familia tiene un largo alcance y los cabos sueltos ya están atados. Podrías quedarte aquí en este recinto durante los próximos dos años y nadie cuestionaría tu paradero.

Luego se fue, dejándome sola para reflexionar sobre qué demonios quería decir con *los cabos sueltos están atados*.

Amigos, vecinos y compañeros de trabajo silenciados... ¿*Cómo*? ¿Con dinero? ¿Amenazas? ¿Más balas?

Sigo reviviendo ese momento en que me empujaron al maletero del coche y escuché el *pum, pum, pum* de una pistola. Imaginando a Dave y Shelley tirados en el pavimento, desangrándose frente al lugar de trabajo que todos amamos tanto. Mis extremidades tiemblan cada vez que las terribles imágenes cobran vida en mi cabeza.

Y en el silencio de mi suite, mi odio hacia Rio crece.

Decido exigirle respuestas cuando regrese, pero, por supuesto, no hace nada de eso.

Es como si supiera que estoy preparándome para una pelea y quisiera evitar esa posibilidad a toda costa antes de que llegue el día de nuestra boda.

El día de nuestra boda. *Mañana*.

Mi estómago se contrae al darme cuenta de que a estas horas mañana, Gregorio Agosti será mi marido. Y si me niego a seguir con la farsa del matrimonio, otros sufrirán las consecuencias.

¿Será el nuestro un matrimonio solo de nombre? ¿Una transacción comercial? ¿O esperará más? ¿Esperará que comparta su cama, que le entregue mi cuerpo además de mi herencia?

Mis entrañas se revuelven ante la idea, pero no tengo tiempo para pensar en lo que eso significa. Todo un ejército de mujeres me ha rodeado desde media mañana, midiendo mi cuerpo y mis pies, sosteniendo muestras de tela que ya han sido confeccionadas en magníficos vestidos de novia, probándome zapatos y combinando cosméticos con mi piel, labios y ojos.

En un momento me empujan a una silla y, mientras la gente de la tela y el vestido se afana al otro lado de la habitación, una peluquera se acerca y comienza a cortar las puntas de mi pelo en lo que murmura que es «un arreglo muy necesario». Frente a mí, una técnica de uñas que usa una mesa portátil remoja mis uñas en preparación para algún tipo de proceso de manicura.

La técnica lo llama esmalte en polvo y chasquea la lengua por el estado de mis manos. —Parece que has tenido años de duro trabajo manual, cariño —dice, negando con la cabeza—. ¿Qué has estado haciendo?

No me molesto en tratar de explicar que las uñas largas y con manicura costosa no suelen funcionar bien en un refugio de animales. —Nunca me he hecho una manicura.

—Obviamente. Bueno, tendremos que hacer puntas también —dice —. ¿Estilo francés?

—Haz lo que quieras.

Intento no descargar mi frustración en estas proveedoras de servicios. No es su culpa que el hombre que las contrató para este evento falso sea un monstruo. Pero no puedo evitar indagar un poco. Probando cada posibilidad de escape, por inútil que parezca.

—Mientras terminas esa mano, ¿te importaría si tomo prestado tu teléfono para hacer una llamada rápida? —pregunto—. Parece que he extraviado el mío.

Ante mi pregunta, todo sonido y actividad en la habitación cesa como si se hubiera apagado un interruptor.

Los ojos de la técnica se entrecierran mientras me mira, luego baja la cabeza sobre mi mano. —Ni hablar.

Oh. Así que esta gente *sí* está en la nómina de Rio, no son solo contrataciones casuales. ¿Hay alguien en todo Boston que no lo esté?

La peluquera se inclina y murmura en mi oído: —Ten mucho cuidado, querida. Este mundo no es uno del que puedas escapar una vez que estás dentro.

Un escalofrío helado recorre mi cuerpo, y no parezco capaz de moverme por voluntad propia después de eso. Excepto cuando cada una de ellas me pide que haga algo, y me obligo a fingir que no estoy paralizada por el miedo.

Bajar la cabeza, levantar los dedos, cerrar un ojo mientras prueban un conjunto diferente de pestañas postizas. Ponerme de pie y quitarme la ropa hasta quedar en ropa interior para que puedan comprobar que las pequeñas alteraciones que han completado en el vestido elegido realmente hacen que la prenda se ajuste correctamente.

Alguien me entrega un plato de comida en un momento dado y me dice que coma. Lo hago, pero después, no tengo idea de lo que

había en el plato.

Finalmente, todas parecen satisfechas y salen de mi suite, prometiendo regresar temprano mañana a tiempo para el evento real.

Me dejan sola, de pie en medio de la habitación, con mis uñas perfectamente arregladas con puntas francesas, mi nuevo y supuestamente muy mejorado peinado, y la rabia comenzando a hervir en lo profundo de mí, una rabia que quema la sensación de congelación y evita que el terror se eleve.

Alimento la rabia con todo lo que tengo dentro. Mis manos se cierran en puños, las uñas nuevas clavándose en mis palmas.

Un par de sandalias de tiras está en el sofá, olvidadas por una de las modistas.

Tomo uno de los tacones color marfil, sopesándolo en mi mano. —*¡A la mierda con todos ellos!*

Luego me giro y lo lanzo directamente al gran espejo sobre la chimenea. El zapato golpea y hace añicos el espejo en fragmentos que llueven por todo el suelo.

¿Siete años de mala suerte por romper un espejo? No podría ser peor que mi situación actual, ¿verdad?

—Qué carácter, qué carácter, Bianca —La voz suave y profunda viene de detrás de mí, y me giro para encontrar a Rio de pie justo dentro de la puerta.

Sus brazos están cruzados sobre su pecho mientras se apoya contra la pared en una pose casual. Una sonrisa despectiva decora su rostro.

Sin pensarlo, agarro el segundo zapato y se lo lanzo, gritando en su dirección. —*¡Bastardo!* ¡Te odio, maldito! ¡Déjame ir, tú jodido...

—¡Basta! —Se separa de la pared en un instante, agachándose mientras el zapato pasa volando sobre su hombro.

Y luego viene hacia mí. Rápido.

Intento darme la vuelta y correr, pero él me agarra los brazos antes de que pueda girar. Mi impulso, y el suyo, nos arrastra, y tropiezo hacia atrás cayendo en el sofá con Rio encima de mí.

Su peso me expulsa el aire del pecho, y nuestras extremidades se enredan.

No puedo respirar en absoluto, pero no me importa. Ya he tenido suficiente. Pateo y lucho debajo de él, jadeando para conseguir aire y gruñendo todo lo que logro inhalar de vuelta. No tengo idea de qué se ha apoderado de mí, excepto saber en el fondo que así debe sentirse llegar al límite de tu tolerancia.

Su expresión, lívida al principio, se transforma lentamente en diversión, y luego en algo completamente distinto.

Deseo.

Lo leo profundamente detrás de sus ojos normalmente inexpresivos mientras me mira fijamente, y me quedo quieta, de repente consciente de la enorme erección presionando contra mi vientre.

Oh, demonios. ¿Mis forcejeos y maldiciones causaron eso?

Él cambia ligeramente su peso, y se vuelve más fácil respirar, pero no se baja de mí.

En su lugar, se acomoda más cómodamente, hasta que la dureza de su excitación presiona mi monte de Venus, ejerciendo presión directamente sobre mi clítoris y efectivamente inmovilizándome debajo de él.

No puedo moverme, porque si lo hago, me frotaré contra él, incitando a que las sensaciones entre mis piernas se intensifiquen, y no quiero eso en absoluto.

—Tu pasión es ardiente, más de lo que esperaba —dice, el soplo de su aliento acariciando mis labios—. Es excitante.

—No es pasión —estudio su barbilla firme, sus mejillas angulosas, y noto la forma en que su boca tiene un aire cruel pero sensual. Miro

a cualquier parte menos a sus ojos. Esos ojos oscuros, llenos de deseo—. Es ira.

Su labio se curva en una esquina, y no puedo evitarlo. Levanto la mirada hacia la suya.

Así de cerca, me doy cuenta por primera vez de que los ojos que pensé que eran casi negros son, de hecho, de un atractivo color marrón chocolate. Tiene finas líneas en las comisuras, como la mayoría de las personas más allá de cierta edad, supongo, pero no esperaba ninguna vulnerabilidad en absoluto, y las líneas sugieren un indicio de susceptibilidad humana.

Me quedo sin aliento por una razón completamente distinta. Acostados así, por solo unos segundos, parece ofrecer algo más que la persona del jefe mafioso sin corazón.

Me muerdo el labio inferior, humedeciendo la zona con la punta de la lengua, y me muevo ligeramente, olvidando no hacerlo. La oleada de deseo entre mis piernas es tan fuerte que casi gimo en voz alta.

Entonces sus pupilas se dilatan, y la sensación de vulnerabilidad y algo humano desaparece. La oscuridad regresa a su expresión.

—¿No están entrelazadas, pajarito? La pasión y la ira. Al igual que el placer y el dolor.

—No en mi mundo —logro decir, y él sonríe suavemente, como si acabara de decir algo ridículo.

—El asunto es, Bianca, que ya no estás *en* tu mundo. A partir de ahora, eres parte del mío.

***

Rio

Cuando ella separa los labios así, sacando la punta de su lengua rosada para humedecerlos, me cuesta todo no aplastar su boca bajo la mía.

Hasta que mueve las caderas, frotándose inadvertidamente contra mi polla erecta, y mi control flaquea.

—Bianca —su nombre sale medio estrangulado, y bajo la cabeza y paso mi lengua por su boca, queriendo probar lo que está ofreciendo inconscientemente.

Ella cierra los ojos, como si no pudiera soportar mirarme tan de cerca, pero no hace nada para evitar mi breve invasión.

—¿Por qué estás aquí esta noche? —su voz es apenas un susurro—. ¿No es de mala suerte, la noche antes de la boda, que el novio vea...

Traga saliva, claramente incapaz de terminar.

—¿Mala suerte? Acabas de romper un espejo, pajarito.

—Ah, sí. Es cierto.

Cambio mi peso más hacia mi brazo derecho para poder levantar un dedo de mi mano izquierda y trazar una línea por su garganta. Tan delicada. Descanso mi mano allí, con los dedos extendidos, y ambos sabemos que podría apretar con fuerza si quisiera, y no habría nada que ella pudiera hacer para detenerme.

Ella vuelve a tragar de manera convulsiva, lo que vibra bajo mi agarre, y me pregunto si alguna vez ha tenido a un hombre empujando profundamente en ese espacio. ¿Empujando profundamente y reclamando su garganta con su polla?

Como si pudiera sentir la dirección de mis pensamientos, sus ojos se abren de golpe, y mi corazón salta en un patrón extraño ante el recordatorio cercano de su coloración inusual. El anillo más oscuro del iris alrededor del delicioso centro dorado. Ojos marrones, pero nada parecidos a otros ojos marrones que haya visto jamás.

—Un mal presagio para nuestro matrimonio, ¿no es así, Rio? ¿Toda esta mala suerte? Quizás deberías simplemente dejarme ir —sus labios se levantan en una pequeña sonrisa, pero sus cejas se fruncen—. Firmaré los papeles para lo que quieras. Puedes quedarte con mi herencia. Mi fortuna familiar de la Mafia, o los derechos oficiales del apellido Carlotti, o lo que sea que necesites de mí. Te lo daré libremente, si simplemente me dejas ir.

—No.

—Pero...

Detengo su inútil protesta con un beso. Un beso corto pero intenso en el que reclamo su boca de la manera en que lo hago con todas las otras mujeres que he tenido. Duro y contundente, y sin consideración por nada más que marcarla con posesión.

Mía.

Ella gime, el sonido tan efectivo como una bofetada cuando reverbera desde su garganta hacia la mía. Involuntariamente suavizo mi enfoque, tratando de entender por qué ese sonido me afecta tan fuertemente.

Entonces ella gime de nuevo, pero hay una nota diferente en el sonido esta vez, una nota que envía una señal directa a mi ingle. De repente, sus manos se aferran a mi espalda, sus uñas clavándose a través de mi camisa, y me atrae hacia ella.

Entonces me devuelve el beso.

El abrazo cambia completamente a algo con lo que no sé qué hacer. Ya no es dirigido por mí en una muestra despiadada de posesión. En su lugar, sus labios y lengua contra los míos son sensuales, delicados, provocando una respuesta completamente diferente en mí.

¿Qué está haciendo? Ahora soy yo quien gime mientras ella absorbe mis sonidos en su boca, su garganta, y sus piernas se mueven debajo de mí, abriéndose más hasta que sus muslos acunan mis caderas.

Su fragancia se eleva a mi alrededor, impregnando el momento con algo casi inocente. Algo con lo que estoy completamente poco familiarizado.

Necesito librarme de esto. Pero no puedo. Ella es demasiado potente.

Sigo besándola, siendo besado por ella, deseando más. Queriendo alcanzar su inocencia y dejar que me envuelva hasta que los pecados de mi vida sean borrados.

No hay dolor en este abrazo, solo placer. Esto no es pasión. Ni ira.

No sé qué es esto.

Pero tengo que detenerlo ahora, antes de que ella me desarme por completo.

Capítulo Once

"El matrimonio es el lado oscuro de la luna de miel".
Marilyn Monroe

Bianca

No logro descifrar si voy a vomitar, desmayarme o sufrir un ataque al corazón y morir de estrés aquí mismo en la entrada de la capilla nupcial.

El pintoresco edificio está situado en los terrenos de la finca de Río, rodeado de belleza natural. Y sin embargo, dentro, entre estas cuatro paredes de piedra que me oprimen tanto que apenas puedo respirar, la fea mentira está a punto de desarrollarse.

Voy a casarme contra mi voluntad con un jefe mafioso, un hombre que podría haber matado a mis padres. Los nervios típicos del día de la boda no son nada comparados con este escenario.

Mientras miro hacia el altar por el pasillo, la soledad me golpea de nuevo. No conozco a nadie en los bancos, excepto a Francine, sentada en la primera fila junto a un joven que se parece a ella. Presumiblemente su hijo Tommaso. El primo de Río.

Y allí, por supuesto, está Carlos Rossi, sentado aproximadamente a mitad del pasillo en el lado de la capilla normalmente asignado a la novia.

Interesante.

Un mar de rostros extraños me mira con curiosidad sin disimulo mientras Danelli, la mano derecha de Río —su segundo, como le llaman—, me agarra con fuerza del brazo y prácticamente me arrastra por el pasillo a un ritmo ligeramente más rápido de lo que dicta la solemne música nupcial.

El vestido elegido para mí es un diseño sin tirantes, largo hasta el suelo, de satén marfil, que se ajusta a mi figura tan estrechamente

que me preocupa que las costuras puedan romperse si tengo que sentarme más tarde. Un largo velo de tul ondea detrás de mí, sujeto a una diadema de diamantes que descansa sobre mi cabello, el cual han dejado caer por mi espalda en ondas perfectamente estilizadas.

Pensé que la diadema era falsa cuando la sacaron. Diamantes de imitación en lugar de piedras reales. Hasta que todo el equipo asignado para vestirme empezó a reír cuando cometí el error de mencionarlo. Solo puedo imaginar cuánto vale la pequeña corona: probablemente más que mi salario anual, apostaría.

Todo en esta situación es igualmente disparatado y horripilante. ¿Hay alguien aquí que hable por mí? ¿Que le diga a esta gente loca que no está bien secuestrar a alguien de la calle y luego organizar su boda apenas una semana después?

Recorro con la mirada cada rostro, buscando un atisbo de simpatía o apoyo. No hay ninguno. En cambio, bajo la curiosidad, veo indiferencia, cálculo, fastidio. Y subyacente a todo ello, hay un toque de miedo que impregna el aire.

¿Todos le tienen tanto miedo a Río? ¿Es realmente tan despiadado como para tener a toda una capilla llena de gente como rehenes mientras hace lo que le place?

Quizás el miedo es solo mío.

Respiro hondo mientras me acerco al altar y dejo salir el aire lentamente cada vez. Me recuerdo a mí misma que no debo entrar en pánico. Me recuerdo que aunque pueda estar atrapada en esta situación de pesadilla por ahora, aún no estoy muerta.

Mientras todavía pueda respirar, nunca aceptaré este estado de cosas como mi nueva realidad. Río puede obligarme a casarme con él hoy y tomar posesión de mi herencia, pero nunca será dueño de *mí*.

Ese es el voto que me hago a mí misma mientras levanto la barbilla y encuentro su mirada. *Pronto podrás poseer mi cuerpo, pero nunca serás dueño de mi alma.*

Él lleva un traje negro formal con una camisa negra en lugar del blanco nupcial estándar. Su atuendo, junto con el destello de diamantes en sus puños, habla de lujo, riqueza y poder. Rezuma atractivo sexual, y el golpe de deseo en mi vientre es inesperado.

Tropiezo en mis últimos pasos. Danelli me agarra del brazo, me estabiliza y luego me entrega a Río antes de apartarse. Río me mira con aprobación y con un duro borde de emoción brillando en las profundidades de su expresión.

Estoy tan sumergida en los ojos de Río que el movimiento a su lado me sobresalta. Nikolas, el hermano menor de Río. Aún no lo he conocido oficialmente, pero Francine mencionó en una de sus breves visitas a mis habitaciones que Nikolas apoyaría a Río hoy, permaneciendo a su lado.

Lanzo una mirada al hermano antes de volver a centrarme en Río. Nikolas no es exactamente un reflejo de su hermano mayor, con el pelo más largo y despeinado y un aire más informal, pero con un traje oscuro y corbata, sigue siendo notablemente guapo, aunque sin la sensación subyacente de poder amenazador que emana de Río.

Nicky, le llamó Francine, su mirada suavizándose cuando lo mencionó. Aparentemente, regresó a casa de un viaje de negocios para este evento. Claramente no es tan poderoso o reverenciado como Río dentro de la familia, pero presumiblemente debe tener algunas características redentoras para inspirar tal mirada de afecto de su tía.

Hay otro hermano, recuerdo, llamado Luca, pero aparentemente no pudo llegar a tiempo. Tampoco la hermana de Río, según Francine. Me han dicho que los conoceré pronto, pero no hoy en nuestra boda.

¿Acaso importa? Esta no es una boda real.

Miro fijamente a Río, tratando de contener la rabia y verter todo mi miedo y aversión hacia él en mi expresión.

Tan pronto como me aleje de ti, organizaré una anulación.

Y una redada policial.

Él me estudia intensamente, su boca ancha y plana y sus ojos oscuros sobre esos pómulos afilados que le dan un aire altivo. Otra oleada de deseo me golpea justo en el estómago. Solo lo he visto con trajes y ropa elegante, así que hoy no debería ser diferente a cualquier otro día.

Y sin embargo, lo es.

Nunca me he sentido más atraída por un hombre en mi vida, y nunca he estado más desesperada por huir de él, tan lejos y tan rápido como pueda.

Demasiado tarde. Su mano toma la mía, y estoy en su agarre —a punto de convertirme en otra de sus posesiones— y no hay nada que pueda hacer para detener esta farsa, a menos que quiera arruinar las vidas de personas y negocios que me importan.

—Eres verdaderamente hermosa, Bianca —sus palabras son suaves, sorprendentemente dirigidas a mí en lugar de a la multitud que observa, y al instante soy transportada a anoche, al momento en que su beso pasó de ser castigador a seductor.

El momento en que cedí y comencé a devolverle el beso.

En el momento en que su mano bajó y se deslizó dentro de mis pantalones de chándal, un dedo explorador encontró y rodeó mi clítoris ya hinchado.

Recuerdo cómo me arqueé hacia su palma, gimiendo en su boca y escuchando un gemido en respuesta. Cómo separé mi boca de la suya, jadeando mientras él rozaba mi botón de un lado a otro, luego deslizó su dedo por mi hendidura ya húmeda, recogiendo humedad, antes de hundirse profundamente en mi canal como si perteneciera allí.

Como si ya fuera dueño de ese espacio.

La invasión se sentía incorrecta y, sin embargo, tan correcta. Me mantuve allí, justo al borde del orgasmo, por lo que pareció una eternidad, pero entonces él empujó hacia adentro y hacia afuera con

su dedo ligeramente curvado, y tan simple como eso, caí al precipicio en una explosión de placer que atravesó mi cuerpo.

Cuando mi clímax se desvaneció y mis temblores cesaron, él se inclinó y besó mi mejilla.

—Eres hermosa, Bianca. Especialmente cuando te corres. Y pensar que eso fue solo con un dedo.

Justo así, el hechizo se rompió. Giré la cabeza hacia un lado y me limpié la boca en el hombro cubierto por mi camiseta antes de volver a mirarlo.

—Te odio más de lo que he odiado a nadie. Odio que mi cuerpo responda a ti cuando mi cerebro no quiere. Lo odio con pasión.

—Ah, ahí está. ¿Lo ves? Pasión y enojo. Estaba flotando ahí para ambos, después de todo.

La risa sacudió todo su cuerpo, y mientras se quitaba de encima de mí y se ponía de pie, deseé tener la fuerza para pelear con él adecuadamente.

Metió la mano en un bolsillo y sacó su teléfono, presionando un par de botones antes de empujar la pantalla en mi línea de visión. —Solo un pequeño recordatorio, hermosa Bianca, de por qué tu cooperación es tan vital mañana.

Intenté mirar a cualquier otro lado menos a la imagen en la pantalla de su teléfono, pero por supuesto, no pude evitarlo. La entrada principal de Lots of Paws se alzaba en mi visión.

—Desearía que estuvieras muerto, Rio Agosti —escupí las palabras mientras guardaba su teléfono y se dirigía hacia la puerta.

Mi único consuelo en ese momento fue que, a diferencia de mí, él no había experimentado el clímax. Esperaba que se tropezara al salir y se rompiera ese enorme pedazo de carne erecto de su cuerpo.

—Sin duda algún día se cumplirá tu deseo, Bianca.

—Y espero que algún día —grité, mientras abría la puerta y salía al pasillo—, yo sea quien te mate.

Me enfoco en ese pensamiento mientras intercambiamos nuestros votos matrimoniales en la capilla.

***

Rio

Está hecho. Bianca Carlotti es mi esposa, el acto presenciado por todos los que necesitaban ver cómo preservaba la base de poder de la familia Agosti y unía formalmente nuestros clanes. Formalmente y dentro de la ley.

Sus ojos escupían veneno mientras aceptaba los votos, y en un momento Nicky se inclinó para murmurar en mi oído: —Yo no me dormiría al lado de esa, hermano. Podrías no despertar.

Lo atravesé con una mirada destinada a callarlo, pero simplemente se encogió de hombros y me sonrió. —Tu funeral, Rio.

Nicky es la única persona a quien le permito alguna libertad cuando se trata de bromas. Confío en él con mi vida.

La recepción en el salón de baile de mi finca está en pleno apogeo, y siento la creciente inquietud en Bianca, sentada a mi lado en la mesa principal. Su pierna se sacude arriba y abajo mientras su pie golpea constantemente el suelo. El movimiento bajo el mantel está oculto para todos excepto para mí.

Ella me mira en un momento, sus ojos mayormente velados por largas pestañas. —¿Vas a...? —Se detiene, traga saliva—. ¿Tú... esta noche...?

La comprensión amanece. Aún no está segura si tengo la intención de reclamar mis derechos maritales, y la incertidumbre está aumentando su tensión.

—Aún no lo he decidido.

—Oh. De acuerdo. —Su mirada cae a su plato, en el cual la comida permanece mayormente intacta.

Ella me hace cosas, me hace sentir más de lo que quiero. Y en mi posición, es peligroso sucumbir a la emoción. Los sentimientos y el

sentimentalismo te hacen débil, un blanco más fácil para cualquier enemigo que busque una grieta en la armadura.

Mirando a los invitados, calculo rápidamente. Probablemente el ochenta por ciento no estaría infeliz de verme muerto. Al otro veinte por ciento no podría importarle menos.

No puedo permitirme acercarme a Bianca. No de esa manera, con sentimiento. Me debilitará.

La cercanía física, por otro lado, es más segura. Ese beso anoche... La forma en que su boca se abrió cerca del final, la forma en que su rostro se contrajo como si estuviera en agonía, el gemido medio estrangulado y jadeante que estalló en el momento en que tuvo un orgasmo alrededor de mi dedo...

Mierda. Mi polla lo recuerda demasiado bien. Mi carne hinchada se tensa contra mis pantalones, llena y palpitante.

Coloco una mano sobre la de Bianca más cercana a mí en la mesa y la aprieto con fuerza. —Tenemos que bailar pronto, esposa. Es lo que se espera.

—¿Bailar? —Vuelve a levantar esos hermosos ojos hacia los míos, y la inquietud en ellos es obvia.

—En efecto. El baile de bodas. —No puedo esperar para tenerla en mis brazos, y sin embargo, el control será primordial.

Necesito mostrar a los invitados, la mayoría de los cuales son colegas de negocios o rivales, que mi armadura no tiene puntos débiles. Mi boca se tensa ante la idea de lo que puede suceder si alguien percibe una grieta.

—Habrá gente que se acercará a nosotros con serpentinas. Si te entregan algo, tómalo. También pueden enrollar las serpentinas alrededor de nosotros. Simplemente sigue la corriente si eso sucede. Es tradición.

—Oh. Serpentinas. Claro. —Frunce el ceño—. No había oído hablar de esa tradición antes.

—¿Has asistido a muchas bodas italianas?

—Bueno. No. No he asistido a ninguna boda. Hasta hoy.

La repentina tristeza en su tono incita molestia. No cuestiono si la emoción está dirigida a ella o a mí mismo. En su lugar, la apago y me pongo de pie, arrastrándola conmigo.

Asiento al cuarteto en la esquina que ha estado tocando diligentemente música de cena. Cae un silencio, y entonces comienza un vals de boda, y todos se giran en sus asientos y comienzan a aplaudir y vitorear, observando mientras llevo a mi esposa a la pista.

—Te estás casando con una gran fortuna, Bianca —murmuro, mientras la guío en los primeros pasos de nuestro baile de bodas.

Cuando la atraigo completamente hacia mis brazos y contra mi cuerpo, sus suaves curvas parecen encajar perfectamente. Ese aroma cítrico suyo llega a mis fosas nasales, y no puedo evitar una rápida inhalación. Absorbiendo más de ella, a pesar de mi intención de mantenerme distante.

—Te cuidaré, como mi esposa —añado, con un impulso poco característico de ser amable.

Ella se tensa, luego se hunde un poco, permitiéndome hacerla girar. —Estoy segura de que lo harás —dice, sus palabras ligeramente amortiguadas contra mi pecho—. Como una de tus posesiones. No como una persona real, con sentimientos y necesidades y *deseos*...

Se interrumpe, tosiendo ligeramente como si se arrepintiera de esa última palabra.

Me permito una sonrisa salvaje por encima de su cabeza, luchando por el control incluso mientras mi miembro se hincha una vez más. No hay manera de que ella pueda evitar sentir *eso* contra su vientre.

—¿Deseos? También me ocuparé de esos, Bianca. Y te introduciré a *nuevos* deseos... unos que tu inocente cerebrito nunca imaginó hasta ahora.

Su cabeza se echa hacia atrás, y finalmente, su anterior vivacidad regresa, alejando la aprensión. Sus ojos comunican fuego, pero nada sale de su boca abierta excepto un bufido de aliento.

Entonces ya no estamos solos en la pista de baile, rodeados por otros mientras la gente nos pone serpentinas en las manos. Su puño se cierra con fuerza mientras agarra una serpentina, y luego la hago girar de nuevo, envolviéndonos apretadamente en las ataduras de papel que simbolizan la verdad.

Bianca Carlotti es mía ahora. Toda mía.

Y nadie volverá a separar el cártel Agosti-Carlotti jamás.

Capítulo Doce

"No es lo que miras lo que importa, sino lo que ves".
Henry David Thoreau

Bianca

Te introduciré a nuevos deseos... unos que tu inocente cerebro nunca soñó. Sus palabras burlonas resuenan en mi cabeza, una y otra vez, mientras espero que mi marido venga a mi suite.

¿*Marido*? Esa palabra por sí sola me envía escalofríos de horror por la columna.

Estoy casada con el jefe de la mafia Gregorio Agosti*.*

Nunca en un millón de años habría soñado que algo así pudiera suceder. ¿Querrá Rio reclamar sus derechos maritales? ¿Se lo permitiré si lo intenta?

Camino de un lado a otro frente a las ventanas de mi sala de estar, observando las luces parpadeantes en el vasto jardín y el vaivén de los botes en el embarcadero del río, antes vacío. El retumbar de la música sube desde algún lugar abajo, donde los invitados aún están de fiesta, celebrando la boda de Rio Agosti y su novia constructora de carteles.

Yo.

Mierda.

¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo saldré de esto? ¿*Podré* alguna vez salir de esta situación... viva?

Mi estómago se revuelve y aprieto los puños mientras sigo recorriendo la longitud de la habitación una y otra vez, preguntándome cuántos guardias habrá apostados ahí fuera en la oscuridad. Más que el número habitual, apuesto. Dado el calibre de la lista de invitados de abajo.

—Espérame arriba, pajarito —susurró Rio después de que terminara nuestro baile de bodas, antes de levantar una de mis manos a sus labios y besar mis nudillos.

No había podido controlar mi estremecimiento que denotaba tanto disgusto como deseo. El tira y afloja de ambos me está destruyendo por dentro.

—Subiré para arroparte. Cuando esté listo para ti.

Sus ojos en ese momento ya no eran inexpresivos. En cambio, brillaban con una promesa. Una promesa que me está desgarrando.

Lo quiero aquí, aunque sea para acabar con esto de una vez. Y no lo quiero aquí, porque su presencia encenderá estas extrañas necesidades en mi cuerpo, y no quiero reconocer nada positivo sobre ser secuestrada y forzada a casarme con un hombre como Rio Agosti.

Lo odio. *Lo odio*. Pero ya no puedo negarlo, ni a él ni a mí misma. También lo deseo.

Y ese deseo alimenta mi odio aún más.

Desearía que estuviera muerto*.*

El reloj en lo alto de la pared en una esquina de la suite marca las once, y suelto un suspiro. Se está manteniendo alejado a propósito. Estoy segura de ello. Nos casamos a las 2:00 p.m., y han pasado horas desde que los invitados me despidieron del área de recepción.

—Jódete, imbécil —escupo las palabras, tan vitriólicas como si él estuviera frente a mí. Es fácil ser desafiante cuando estás sola—. No voy a esperarte despierta más tiempo.

Marcho al baño y me arranco el estúpido vestido de novia, sin importarme si lo rasgo en el proceso. No es como si alguien fuera a usar la maldita cosa otra vez. Me froto la cara hasta que queda libre de maquillaje, y luego me quito la ridícula ropa interior de puta con la que me vistieron hoy. Finalmente, estoy desnuda. Respiro aliviada.

Por fin puedo volver a ser yo misma.

Al menos por un rato. Hasta que *él* llegue.

Me pregunto si tendrán algún pijama de franela o incluso una vieja camiseta en el área de cambio. Estoy riéndome de lo absurdo de mis propios pensamientos mientras salgo del baño, y entonces me detengo en seco cuando me doy cuenta de que ya no estoy sola.

—*¡Rio!*

Está de pie dentro de la puerta de la suite, su chaqueta y corbata ya desaparecidas. Sus ojos se ensanchan, solo por una fracción de segundo, mientras recorre mi desnudez de pies a cabeza. Parece tan sorprendido como yo, luego el fugaz vistazo del verdadero Rio desaparece, y vuelve a ser impasible.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, pero el gesto es obviamente fútil.

Entonces él cruza el espacio, cerrando la distancia entre nosotros antes de que pueda hacer más que aspirar una respiración entrecortada y curvar mis dedos de los pies en la alfombra en un vano intento de anclarme a algo. Lo que sea.

Unos brazos fuertes me rodean, arrastrándome contra un cuerpo duro, y luego su boca reclama la mía de una manera que no deja dudas en ninguna de nuestras mentes.

Soy suya*.*

Y no hay nada que pueda hacer para cambiar ese hecho.

Lo peor —lo *peor* de todo— es que en este momento, no hay nada que *quiera* hacer para cambiarlo.

***

Rio

Su boca se abre a mi embestida, dejándome entrar y respondiendo como si no pudiera tener suficiente de mí.

Yo no puedo tener suficiente de ella.

Su aquiescencia me sorprende. Y sin embargo, también no. Siento la necesidad en ella, y adivino que no sabe qué hacer con ella.

Probablemente nunca ha explorado ese lado de sí misma. Vamos a divertirnos mucho, Bianca y yo, cuando ella vaya más allá de su actual estado de rabia hacia la aceptación de su situación.

Nuestras bocas se devoran como si estuviéramos privados de oxígeno y el otro fuera nuestra fuente de vida. Sus labios y lengua bailan con los míos mientras su dulce sabor llena mis sentidos.

Un gemido se escapa de su garganta y entra en mi boca. Me trago el sonido y lo devuelvo como un gruñido involuntario.

Nos separamos, mi respiración temblando en mi pecho. Aspiro aire. Ella tiembla en mis brazos, jadeando, pero sé que no tiene frío. Su piel bajo mis manos cuando las paso arriba y abajo por su cuerpo desnudo está cálida y suave.

Agarro su trasero desnudo, amasando su carne, manteniéndola lo más cerca humanamente posible del centro de mi necesidad aunque la tela de mis pantalones aún nos separa.

Mi miembro palpita confinado en la tela. La necesidad de llenarla, de poseerla, me presiona desde todas las direcciones. Debo tener a Bianca —mi *esposa*— antes de que termine esta noche.

Debo tenerla *ahora*, antes de que la necesidad me vuelva loco y destruya cualquier vestigio de control que me quede.

¿Qué es lo que tiene ella que me atrae tan completamente?

Cuando entré en la suite y la vi emerger con esa risa irónica suavizando su feroz expresión, su piel pálida y sus curvas sutiles enmarcadas por la luz dorada del baño, mi respiración se detuvo por completo mientras mi ritmo cardíaco se disparaba a niveles peligrosos.

Esta mujer me hace algo, y es hora de saciar el deseo.

Empiezo a desabotonarme la camisa, pero ella aparta mis dedos, haciéndose cargo de la tarea mientras sus ojos furiosos arden en los míos.

Llevo mis manos a mis pantalones, desabrochando los cierres y dejándolos caer, permitiéndole apartar mi camisa y quitármela, antes de salir rápidamente del resto de mi ropa.

Mi miembro se yergue en cuanto es liberado, proclamando cuánto la deseo. Su mirada cae sobre mi erección y se queda allí, como fascinada. Se lame los labios, sus hermosos labios, y luego sus ojos vuelven a los míos.

Oh, sí.

—De rodillas, pajarito —ordeno, solo que hay una nota ronca en mi voz que no puedo disimular. Por primera vez en mi vida, siento una sensación de vulnerabilidad frente a otro ser humano. Me confunde. No me gusta. La empujo al suelo con más fuerza de la que pretendo —. En tu boca. Ahora.

Sus manos en mis muslos tiemblan; me mira a través de sus pestañas, una cortina exuberante que oculta brevemente la ira y el odio que suelen alojarse en sus ojos. Luego sus labios se levantan en una esquina en esa expresión irónica que estoy empezando a disfrutar.

—Ten miedo, Rio. Podría arrancártelo de un mordisco.

Se hunde sobre mí antes de que pueda responder, llevándome profundamente en su boca y garganta, y solo puedo gemir mientras su caliente humedad me cubre, y la sensación de ser lamido y chupado destruye cualquier pensamiento racional.

Gimo de nuevo cuando su lengua roza la punta de mi miembro, y mi deseo se dispara hacia lo incendiario.

Sí, tengo miedo. Lo admito, en lo más profundo de mi ser.

Tengo miedo de lo que me estás haciendo, Bianca Carlotti-Agosti.

Pero nunca lo diré en voz alta. Ni a ella. Ni a nadie.

Capítulo Trece

«A veces, la persona que más deseas es de quien es mejor estar alejado».

Desconocido

Bianca

Actúo por instinto. Nunca he practicado sexo oral antes. Ni siquiera sé por qué lo estoy haciendo tan dispuesta, tan fácilmente, como si lo hubiera hecho mil veces antes. Como si no pudiera tener suficiente de él.

Como si lo amara.

Dicen que el amor y el odio están estrechamente entrelazados. ¿Tal vez sea eso? Cualquiera que sea la razón, no puedo evitarlo. Todo mi cuerpo arde de necesidad. Nunca he sentido nada como los impulsos que se elevan y me abruman mientras saboreo y chupo la carne rígida de Rio.

Este es mi marido. Mi *marido*.

Me obligó a casarme, y no quiero estar aquí.

Podría morder con fuerza. Destruir su masculinidad. Como mínimo, podría hacerlo sangrar tanto que tendría la oportunidad de correr y esconderme del monstruo con el que acabo de casarme.

Él también es consciente de ello. Lo veo en sus ojos mientras me mira, sus dedos enredándose con un movimiento brusco en mi cabello. Lo escucho en esos gemidos y gruñidos que suenan como locos, que brotan de su pecho y garganta.

Y ahí radica el dilema. Quiero hacerle daño; lo odio por lo que ha hecho. Por lo que *es*. Pero en este momento, donde se ha hecho vulnerable y ha entregado esa vulnerabilidad a mi cuidado, algo me detiene.

Quiero esto. Nunca he querido algo tanto en mi vida.

Quiero su aroma a mi alrededor, sobre mí, dentro de mí, mientras su deseo se eleva para encontrarse con el mío.

Quiero saborear su carne caliente y salada, sin saber quién ha estado aquí antes que yo. Sin importarme.

Estoy tan mojada entre las piernas que puedo sentir la humedad filtrándose para cubrir mis muslos. Bajo una mano para explorar, y mis dedos se deslizan por todas partes antes de encontrar y acariciar mi clítoris.

Arqueo la espalda, las sensaciones gemelas de mi propia mano y su carne dura en mi boca son casi demasiado para soportar. Como si pudiera sentir lo cerca que estoy de perder el control, de repente detiene el movimiento de mi cabeza con una mano firme y desliza su polla fuera de mi boca. Luego me levanta, me levanta como si estuviera hecha de meras plumas. Hasta que estoy lo suficientemente alta como para envolver mis piernas alrededor de su cintura y mis pechos se aplastan contra su firme pecho.

—A partir de ahora, no te tocas a menos que yo lo diga —gruñe contra mis labios—. Tu coño es *mío*.

Toma mi boca de nuevo, besándome con fuerza, y libero un jadeo en él mientras sus dedos alcanzan y se sumergen en mi hendidura desde atrás. Se desliza arriba y abajo en mi humedad. Se siente diferente cuando *él* me toca allí. Tan diferente.

Me froto contra sus abdominales.

Luego me sobresalto cuando mueve su mano y golpea mi nalga. No es suave. Lo suficiente para dejar un ardor quemando mi carne. Lo hace de nuevo, luego vuelve a mi hendidura, sumergiéndose de nuevo en la humedad que no puedo controlar.

Joder. Quiero esto. Lo quiero a *él*. Tanto.

Pero ¿por qué? ¿Cómo me está traicionando mi cuerpo de esta manera? ¿Tan completa y absolutamente?

—Te odio —respiro las palabras contra su cuello, y lágrimas calientes llenan mis ojos.

No voy a llorar, maldita sea. No ahora. No por *esto*.

—Lo sé. Y alimenta mi deseo, Bianca. No tienes ni. Puta. Idea.

Empuja en mi canal con un dedo, y me pongo rígida en sus brazos, mi cuerpo temblando casi involuntariamente ante la invasión. Sus labios bajan por mi cuello, y mi cabeza se inclina hacia atrás, permitiéndole un acceso más fácil. Un segundo dedo empuja dentro de mí, y libero un gemido. Camina conmigo hacia la cama, bombeando sus dedos dentro y fuera de mí, con una mirada feroz en sus ojos, antes de quitar sus dedos y dejarme caer en el colchón.

Caigo de espaldas, rebotando un poco por la fuerza con la que me suelta tan rápido. Levanta los dedos cubiertos de humedad a sus labios, y su lengua sale como para saborear la esencia que he dejado allí.

—Mía —sus ojos son pozos oscuros, imposibles de leer.

Me deslizo hacia atrás en la cama hasta que alcanzo el cabecero. Avanza sobre sus manos y rodillas hacia mí, sus músculos de los hombros y bíceps ondulando. ¿Cómo es que está tan en forma? ¿Tan en forma cuando debe pasar la mayor parte de su tiempo detrás de un escritorio? Manos firmes separan mis muslos, y espero que se deslice entre ellos y hunda su polla profundamente dentro de mí.

Pero no lo hace. En lugar de eso, se queda quieto, mirando fijamente mi coño expuesto.

¿Qué está pensando? ¿Estoy demasiado mojada? ¿No lo suficientemente mojada? ¿Puede decir solo con mirar que apenas he tenido sexo? ¿Le excita esa vista, o le repugna?

Intento resistir el impulso de cubrirme. Aprieto los puños mientras agarro las sábanas, pero su continuo escrutinio es mi perdición. Deslizo una de mis manos y extiendo mis dedos para ocultar mi coño de su vista.

Sus cejas se juntan, y lentamente, sacude la cabeza.

—Ahora eres mi esposa, Bianca. No hagas eso.

—Que te jodan —ni siquiera es un verdadero desafío. No puedo lograr más que un susurro.

Sonríe.

—Sí. Lo harás.

Luego toma la mano ofensora, quitándola de mi coño y entrelazando sus dedos con los míos. Levanta mi brazo por encima de mi cabeza. No sé por qué, o qué está haciendo, hasta que...

Clic.

Algo se aprieta alrededor de mi muñeca. No duele, pero cuando tiro, no puedo bajar el brazo. Giro la cabeza y miro boquiabierta el puño de cuero incorporado en el cabecero. ¿Cómo no supe que esos bucles eran más que decorativos? Mientras tiro de mi mano, probando la fuerza del bucle que ahora rodea mi muñeca, él aprisiona mi otra mano sobre mi cabeza también.

Sacudo mis brazos, mirándolo fijamente, arqueando mi espalda fuera de la cama. Mi corazón late con fuerza mientras considero todas las cosas que podría hacerme ahora.

Estoy indefensa. A su merced.

Mis entrañas se aprietan, pero no de terror. Odio mi propio cuerpo en este momento, incluso más de lo que odio a Rio.

—Déjame ir —mirando fijamente sus ojos oscuros, no veo misericordia. Lo último que quiero hacer es suplicar, pero tengo que intentarlo—. ¿Por favor?

Se arrodilla entre mis piernas, impidiendo que las cierre, con las manos relajadas sobre sus muslos mientras me estudia.

—Por el amor de Dios, Rio. ¡*Por favor*!

—Lo haré. Pero aún no. ¿Sabes por qué, Bianca?

No puedo articular más palabras. Niego con la cabeza.

—Porque tu coño está goteando e hinchado, y me dice lo que te niegas a admitir en voz alta.

Me sonríe con suficiencia, pero apenas lo noto. Su polla está tan dura y lista, y desde este ángulo parece incluso más grande que antes.

—Te gusta ser dominada más de lo que lo odias.

Las lágrimas llenan mis ojos y se desbordan, cayendo por mis sienes hacia mi cabello. Sacudo mis brazos, probando las ataduras de nuevo, pero se mantienen firmes. Abro la boca para suplicarle que me libere, pero algo detiene mi voz.

Algo oscuro en mi interior, escondido en lo profundo, que se alza en el momento en que intento hablar. Dejo de intentar cerrar mis piernas y en su lugar las abro más, dejándole ver. Él ya lo sabe, por supuesto.

Me gusta.

Me tomará así, y lo disfrutaré. Y luego lo odiaré aún más.

Asiente como si entendiera mi batalla interior.

Luego se inclina hacia adelante, cerniéndose sobre mí, con una mano a cada lado de mis costillas. —¿Por qué no lo hiciste?

—¿Por qué... —Trago convulsivamente, y la inquietud se arrastra, superponiéndose al deseo. Esto no está en el guion de seducción con ligero bondage que acababa de empezar a imaginar en mi cabeza—. ¿Por qué no hice... *qué*?

Me sonríe, pero no hay alegría en su expresión. —Tuviste la oportunidad. ¿Por qué simplemente no me arrancaste la polla de un mordisco?

***

Rio

El miedo que parpadea en sus facciones me es familiar. Estoy acostumbrado a verlo en todos los que me rodean en algún momento, y sin embargo, en los ojos castaño dorado de Bianca, parece fuera de lugar.

No estoy seguro de por qué.

Extiendo la mano y rodeo su cuello con una de mis manos. Extendidos, mis dedos y palma cubren fácilmente el área bajo su mandíbula, y aprieto ligeramente, disfrutando de la sensación de su trago involuntario contra mi palma.

Esto es a lo que estoy acostumbrado en mis parejas sexuales. Temor y deseo, entrelazados. Su miedo siempre gana, y eso alimenta mi lado cruel. Mi polla se contrae, recordándome que mi liberación con Bianca está muy atrasada.

La necesité desde el momento en que la vi por primera vez, atada en el suelo de la habitación del hotel.

Incluso antes de eso. Cuando tus hermosos ojos me miraron desde la foto que le di a Danelli. Desde el momento en que supe que te habíamos encontrado. Y que estabas destinada a morir. O a ser mía.

Estoy a punto de abrir sus piernas aún más con mi rodilla, listo para entrar, cuando ella deja escapar un pequeño suspiro tembloroso.

—Quería hacerlo —dice, las palabras vibrando contra mi palma—. Dios, cómo quería hacerlo.

Es tan valiente, mi pequeña ave. Tengo mi mano alrededor de su cuello, pero aun así, no rehúye la verdad.

—Y no lo hiciste, porque... —Estoy genuinamente curioso.

Estaba preparado para que lo intentara, por supuesto, pero podría haber causado un daño significativo si hubiera querido, antes de que la apartara de mí.

—Porque confiaste en que no lo haría —susurra—. Así que, al final, no lo hice.

Frunzo el ceño, sin entender lo que quiere decir con eso.

Si la situación fuera al revés, yo no me habría comportado como ella lo hizo. Con contención.

Aprieto mi mano en su cuello. En lugar del gemido que espero, suelta una risa aguda.

—Aún te odio —dice, y maldita sea si su barbilla no se levanta, dándome incluso más fácil acceso para apretar su garganta si así lo elijo.

Joder. Esta mujer. Me desestabiliza tanto que no sé cómo reaccionar.

Retiro mi mano de su cuello y flexiono mis dedos, frotando mi palma y aún sintiendo el calor de su carne en mi piel.

Una nueva ola de deseo me invade tan rápido que no tengo tiempo de jugar con ella. En su lugar, simplemente agarro sus caderas, me alineo en su entrada sin ninguna finura en absoluto, y luego empujo, fuerte. Me deslizo completamente hasta que su canal me agarra desde la cabeza de mi polla engrosada hasta la base.

Ella suelta un medio grito. —¡Oh, por la puta madre!

Joder. Está tan jodidamente apretada. Dijo que no era virgen. ¿Estaba mintiendo? *Joder*.

No puedo controlar el impulso de moverme, la necesidad de sentir sus músculos ondular a mi alrededor mientras salgo casi por completo y luego bombeo de nuevo. Y otra vez.

Ella comienza a sollozar, pero su cuerpo se mece debajo de mí, moliéndose para encontrarse conmigo con tanta fuerza como la que yo le aplico. —Dios, te odio tanto. Tanto, joder.

—¿Odias *esto*? —Embisto de nuevo, y ella solloza con más fuerza.

—No. Te odio a *ti*.

—¿Quieres esto?

—Sí. Oh, Dios mío, sí.

Sus pechos están en mi cara, y agarro uno y lo guío a mi boca, chupando y mordiendo su pezón y arrancando gemidos casi incontrolables de su garganta.

Su sabor, su aroma, su *todo*, se eleva a mi alrededor hasta que no hay nada más que ella. Y esto.

Agarro su trasero, manteniéndola en su lugar mientras mis movimientos de embestida se intensifican. —Si me lo dices ahora mismo, me detendré, Bianca. Y te liberaré de esas esposas.

Su respiración raspa en el aire, igualando la mía, mientras continúo follándola y espero su respuesta.

—¿Y bien? —No puedo aguantar mucho más.

Necesito correrme. Su canal me agarra, y todo su cuerpo hace este extraño arqueamiento tembloroso.

Joder, está tan condenadamente caliente. No puedo...

—No te detengas. Oh, Dios, *por favor* no te detengas.

Sus palabras y el grito que las acompaña me empujan al borde, y gruño mientras me corro dentro de ella. Ella me sigue solo un segundo después, un calor apretado quemando mi carne mientras el clímax nos toma a ambos y sus músculos se contraen en un frenesí a mi alrededor.

Me derrumbo sobre ella mientras nuestros cuerpos aún tiemblan y se estremecen. Mi pecho se agita mientras intento respirar, luego ruedo hacia un lado para no aplastarla. De alguna manera, logro estirarme y soltar las esposas.

Espero que se levante de inmediato de la cama, que se aleje de mí lo más que pueda. Pero no lo hace. Se acurruca contra mi torso, sus manos liberadas acarician mi pecho mientras su cabello rebelde se mete en mis ojos y mi boca. Su corazón acelerado latiendo al mismo ritmo que el mío es un extraño consuelo que no puedo explicar.

Por alguna razón, en lugar de apartarla, la rodeo con mis brazos y acaricio su espalda, abrazándola fuertemente. Como si nunca quisiera dejarla ir.

El afecto es una emoción que no puedo permitirme mostrar, y estoy seguro de que estoy a punto de pagar por mi momento de debilidad.

Capítulo Catorce

"Es difícil odiar a alguien una vez que lo entiendes."
Lucy Christopher, *Robada*

Bianca

¿Es esto el síndrome de Estocolmo? Me acosté con mi esposo jefe de la mafia, el hombre que me secuestró en la calle y me obligó a casarme con él. El hombre que sigo diciendo que odio.

Y sin embargo, no solo le permití tocarme, *follarme*, sino que quería que lo hiciera. Deseaba su carne dura y caliente profundamente dentro de mí, con un deseo más loco e intenso que cualquier cosa que haya sentido antes.

¿Qué me pasa? Estoy enferma. Debo estarlo, para haber permitido eso. Debo estarlo, para querer más de lo mismo. Más. Ahora mismo. Solo que no va a suceder, porque me he despertado sola en la cama.

Me di la vuelta para tocarlo, y no hay nada debajo de las sábanas más que vacío.

Creí sentirlo en la noche, sus brazos musculosos rodeándome. Vagamente recuerdo acurrucarme contra él, sintiendo sus dedos acariciar mi espalda, escuchando su suave risa en mi oído. Una risa que movió mi cabello y me hizo cosquillas en el cuello.

¿Sonreí ante eso? ¿Realmente sonreí e hice un gemido de satisfacción mientras empujaba mi trasero contra su entrepierna y pensaba en lo que podríamos hacer por la mañana después de dormir un poco?

Joder. Definitivamente estoy enferma. Y esto tiene que ser el síndrome de Estocolmo. No hay otra explicación para este nivel de locura dando vueltas en mi cabeza.

Me quedo en la cama, pensando en Rio, preguntándome qué es lo que me fascina de él y me atrae a su órbita.

Porque, sin importar lo que amenace —muerte, tortura, destrucción del refugio de animales y las carreras de todos los que trabajan allí— no hay nada que realmente pudiera impedirme decirle que no si realmente quisiera.

Debe haber una pequeña parte de mí que quiere ser tocada por un monstruo.

¿Es porque soy de su mundo, aunque no lo supe hasta hace unos días? ¿Está en mi sangre? Como una princesa de la mafia perdida —una maldita Carlotti si debo creer a Rio— tal vez hay una oscuridad en mi alma que lo reconoce a él y a su mundo como el lugar al que realmente pertenezco.

No. Me siento, arrojo las sábanas y me dirijo pisando fuerte al baño para ducharme. No acepto eso. No lo creo. No fui así durante los veinticinco años anteriores de mi vida, y me niego a reinventar mis valores y mi código moral solo porque estoy confundida sobre mi deseo por mi secuestrador.

Aunque ahora sea mi esposo.

Francine entra con el desayuno poco después de que termino de vestirme. Me mira de reojo cuando ve lo que llevo puesto, pero no me importa. He elegido un par de pantalones crema simples y una blusa verde oliva por comodidad en lugar de glamour. Estaban en el vestidor, así que tengo que asumir que se me permite usarlos en algún momento. He añadido zapatos planos sin cordones y decidí no maquillarme.

No tengo idea si los invitados de la boda siguen aquí, o si se supone que debo desfilar frente a ellos de nuevo, pero si es así, pueden verme con ropa normal por una vez en lugar de un vestido de noche y tacones.

Sonrío dulcemente a Francine mientras me sirvo un café de la jarra de plata y luego le doy un mordisco a la tostada. —¿Qué hay para hoy, entonces, tía? —hablo con la boca llena de tostada—. ¿Más tiempo pasando el rato en la suite aquí?

—Bueno, yo... —Frunce el ceño—. Francine estará bien. Tía si es necesario. Tita... —Arruga la nariz, y sé exactamente cómo la llamaré de ahora en adelante—. Verificaré con Rio, pero creo que es posible que se te requiera fuera hoy.

Casi me atraganto con la tostada. En realidad, no esperaba una respuesta positiva. Salir significa que puede haber oportunidades de escapar.

—Está bien, eso suena... bien —omito el "tita"—. Realmente quiero salir de aquí, y claramente, la única forma de lograrlo será portarme bien. Por ahora—. Gracias.

—De nada —Se gira para irse, luego hace una pausa—. Realmente fuiste una novia hermosa, Bianca. Tú y Rio se veían bien juntos. Creo que, con el tiempo, aprenderás a ser muy feliz con mi sobrino.

Parece genuina con una calidez en sus ojos que es nueva. No puedo responder de ninguna manera, excepto con un pequeño asentimiento que ella nota antes de irse abruptamente.

Este mundo. Es diferente a todo lo que he conocido. No los entiendo en absoluto. La mayor parte del tiempo, parecen fríos e insensibles, impulsados puramente por la venganza o la necesidad de aumentar su interminable riqueza. Y luego, de repente, capto un débil atisbo aquí y allá de lo que parece ser humanidad. En Francine hace un momento, y en Rio anoche cuando me rodeó con sus brazos y me abrazó como si le importara.

Me desconcierta. No quiero que sean humanos. No quiero ver nada positivo en esta horrible situación. Necesito concentrarme en la verdad: que Rio dirige un cartel de criminales asesinos que se burlan de la ley y matan personas para ganarse la vida. Que me secuestró, disparó a mis amigos —o al menos sus hombres lo hicieron— y me ha mantenido cautiva desde entonces.

Esa es mi nueva realidad, y necesito recordarla cada segundo de cada día durante el tiempo que me quede aquí en este complejo.

Y por el tiempo que me permita vivir.

***

Rio

Hoy estoy depositando confianza en Bianca al dejarla salir de su suite. Por supuesto, no podrá escapar, al menos no lejos. Mi equipo de seguridad se encargará de eso. Pero ella no sabe cuán de cerca será vigilada, y será interesante ver qué hace cuando le permita al pájaro enjaulado probar un poco de libertad.

—Ven, mi querida esposa —la observo desde mi asiento detrás del escritorio y le hago un gesto para que entre mientras sigue vacilando en la puerta de mi oficina—. Conoce a tu nuevo cuñado, Nicky.

Bianca se ve fresca y limpia, más joven que sus veinticinco años con poco maquillaje y su cabello oscuro cayendo por su espalda. Duda un momento más, arrastrando un pie hacia adelante y hacia atrás, y luego levanta la barbilla y entra en la habitación con una pequeña sonrisa.

—En cierto modo nos conocimos ayer en la boda —dice ella—. Pero encantada de conocerte oficialmente, Nicky.

Extiende una mano, y mi hermano me lanza una sonrisa divertida antes de alargar el brazo para estrechar su diminuta mano entre la suya mucho más grande. —Encantado, Bianca. Rio es un hombre muy afortunado de tenerte a su lado.

Suelta su mano rápidamente. Sabe que es mejor no intentar retener demasiado tiempo algo que he reclamado como mío.

—Hmm. —Desvía brevemente la mirada hacia mí, y el fuego que leo en sus ojos enciende al instante mi miembro—. Estoy segura de que la suerte tiene poco que ver con la vida de Rio. Es demasiado calculador y estratégico como para permitir que la suerte juegue algún papel.

Nicky se ríe, y resisto el impulso de gruñir cuando dice: —Entonces ya conoces bien a tu marido.

—No —dice ella, sorprendiendo tanto a Nicky como a mí. Una vez más, sus ojos buscan los míos—. Creo que mi nuevo marido tiene

muchas capas complejas, y no creo conocerlo mucho en absoluto.

Interesante observación. La estudio atentamente, buscando algún signo del pajarillo asustado que era cuando mis hombres la trajeron aquí. En solo unos días, ha perdido la timidez que enciende mi necesidad natural de controlarla. De aplastarla.

No estoy seguro de cómo me siento al respecto. No conozco otra forma de ser, que no sea usar mi poder para controlar a todos los que me rodean. La aparente confianza recién adquirida de Bianca en mi presencia desafía todo lo que sé sobre ella. Y sobre mí mismo.

No me gusta.

—Déjanos, Nikolas. —Ladro la orden, deseando estar a solas con mi esposa al menos unos minutos antes de que comience nuestro siguiente compromiso.

Y queriendo que mi hermano se vaya porque no puedo permitirme que nadie perciba ninguna incertidumbre en mi manera de actuar.

La incertidumbre en mi posición significa pérdida de poder. Pérdida de prestigio. Posiblemente incluso la muerte.

Debe haber algo implacable en mi tono porque Nicky no duda. Le hace un rápido saludo con el dedo a Bianca y desaparece por la puerta, cerrándola silenciosamente tras él, pero no sin antes lanzarme una mirada inquisitiva.

Bianca se sienta a medias contra el respaldo de uno de mis sofás que flanquean la chimenea, estudiándome con una expresión impasible. Pero se rodea el cuerpo con los brazos en un gesto revelador.

Alzo las cejas al darme cuenta de que su confianza es, al menos en parte, una fachada.

—Entonces, ¿cuál es el plan ahora, Rio? —pregunta—. ¿Necesito estar encerrada en esa suite todo el tiempo? ¿O necesitas que actúe para los invitados, suponiendo que la mayoría de ellos aún estén aquí? ¿Qué quieres de mí ahora que estamos casados?

¿Qué quiero de mi esposa? —Quiero muchas cosas de ti, Bianca. Pero empezaremos con algo sencillo. Hay un almuerzo en el río hoy para los invitados de la boda que aún permanecen aquí.

—Quiero que me acompañes al evento, que se celebrará en mi crucero, y quiero que actúes como si estuvieras disfrutando de tu nueva vida como mi esposa. Habrá personas importantes en el almuerzo. Personas que necesitan vernos presentar un frente unido. Así que empecemos con eso, Bianca, y veamos cómo avanzamos a partir de ahí.

Ella hace un mohín de una manera deliciosamente molesta, y una vez más mi miembro se agita. Su boca en mi carne anoche fue la perfección. Había una vacilación en sus acciones cuando me tomó entre sus labios que hablaba de inocencia, pero las sensaciones que provocó con ese suave movimiento de arriba abajo, chupar y lamer me hicieron luchar para evitar correrme allí mismo en su garganta.

Su lengua sale para humedecer su labio inferior, y tengo que contenerme para no rodear el escritorio y aplastar su boca bajo la mía.

—¿Y bien?

No ha respondido.

—¿Intentaremos actuar como marido y mujer, Bianca? ¿O llamaré a mis hombres y te haré colocar de nuevo en la suite?

—De acuerdo. —Su voz es pequeña y ligeramente ronca. Se aclara la garganta—. Lo haré. —Luego suspira, y sus brazos caen a los costados—. Supongo que quieres que me arregle toda como un maniquí de plástico otra vez, ¿no?

Inclino la cabeza, sin estar seguro de por qué hay una parte de mí que disfruta del leve tono mordaz en su voz. No lo toleraría de nadie más, excepto posiblemente de Nicky, y no puedo precisar por qué se lo permito a ella.

—Creo que no —digo al fin—. Eres perfecta tal como estás.

—¡Oh!

Sonrío ante su sorpresa. —Pareces joven e inocente. No esperarán eso.

Sus hombros se hunden. —Claro. Por supuesto.

Finalmente, me pongo de pie y salgo de detrás de mi escritorio. Ella se encoge un poco cuando llego a su lado. Es confiada, y a la vez no. Esa dicotomía también me excita. Todo sobre Bianca me excita.

—¿Te vas a portar bien hoy, pajarito?

—Si eso me permite algo de libertad, entonces sí —dice, levantando la barbilla y mirándome audazmente a la cara.

Pero hay un destello de algo profundo detrás de sus ojos. ¿Resentimiento? ¿Desafío?

El desafío me excita más que cualquier otra cosa.

Desafíame. Te reto, Bianca.

Agarro sus caderas y la arrastro contra mí, queriendo que conozca mi necesidad. Caliente, dura y lista.

Sus ojos se ensanchan y sus labios se abren. El desafío desaparece, y en su lugar hay un deseo crudo y desnudo.

—Recuerda este momento, pequeña esposa —digo, inclinándome y casi, pero no del todo, tocando mi boca con la suya—. Te deseo. No te equivoques. Y te tendré de nuevo. Una y otra vez. Hasta que grites pidiendo piedad y liberación a partes iguales.

Su respiración se acorta, pequeños jadeos escapan de su garganta.

Aparto un mechón de pelo de su sien y acaricio con la punta del dedo su mejilla hasta la línea de la mandíbula.

—Pero primero, te exhibo ante nuestros invitados. La realeza de la mafia está aquí hoy, y tú eres ahora una reina entre ellos. Solo te advierto, te guste o no ese hecho, actuarás como si te gustara, o sufrirás las consecuencias.

Capítulo Quince

«No estamos atrapados por nuestros pensamientos. Lo que generalmente hacemos, sin embargo, es crear pensamientos que nos atrapan».

Joshua David Stone

Bianca

Me repito constantemente que estoy cooperando con mi secuestrador porque eso me dará la mejor oportunidad de escapar.

En este mundo, la cooperación equivale a libertad, y aquí estoy, en el crucero de lujo de Rio en el río, haciendo todo lo posible por comportarme como él desea. Pero últimamente he tenido mucho tiempo a solas sin nada más que hacer que pensar —y darle vueltas — a todo. Y hay más en mis motivos que un simple deseo de ganar mi libertad de Rio Agosti.

Por mucho que odie quién es y lo que representa... Por mucho que quiera alejarme y verlo castigado por lo que me hizo a mí y a mis amigos... mi maldito cuerpo traidor se burla de mis pensamientos vengativos.

Mi cuerpo lo desea con una intensidad que nunca esperé o creí posible, y eso enturbia las aguas cuando se trata de tomar decisiones sobre cómo y cuándo huir.

Observo alrededor del crucero, lleno de mujeres hermosas y hombres poderosos, levanto mi copa de champán a mis labios y bebo lentamente. El espumoso francés es caro —lo mejor que el dinero puede comprar, como todo lo demás en este barco— y la comida que reparten los camareros impecablemente vestidos ha sido diseñada para tentar incluso al comensal más exigente.

No es que pueda comer nada. No cuando mi estómago está hecho un nudo y el ácido burbujea tan ferozmente que siento como si se estuviera quemando un agujero a través de mis entrañas.

El sol calienta mis hombros y espalda, la tarde se perfila como una de las más cálidas de la temporada hasta ahora, y el murmullo de conversaciones a mi alrededor está lleno de felicidad y satisfacción.

Este es mi almuerzo posterior a la boda. Se supone que *yo* también debería estar feliz. En el mundo real, de donde vengo hace poco tiempo, habría estado extasiada si me acabara de casar y estuviera organizando una fiesta vespertina en el río en un lugar tan pintoresco.

En *este* mundo —el mundo de los cárteles y los señores del crimen— la felicidad parece un sueño imposible.

Me alejo de la multitud y miro fijamente el agua marrón del río que golpea suavemente los costados del crucero, contemplando las posibilidades de supervivencia si simplemente saltara por la borda y me hundiera bajo las turbias profundidades.

Era buena nadando en la escuela. Puedo contener la respiración más tiempo que la persona promedio. Si el agua es lo suficientemente profunda para sostener este gran barco y los varios otros que actualmente están atracados en la propiedad ribereña de Rio, seguramente sería lo suficientemente profunda como para que las corrientes que giran y arremolinan a nuestro alrededor pudieran arrastrarme sin ser vista bajo la superficie, ¿no?

¿Dónde está Rio ahora? ¿Y Francesca, y Nicky, y toda la gente de seguridad que ha estado vigilando? Miro por encima de mi hombro y nadie parece estar mirándome.

Podría hacerlo. Podría deslizarme por un costado y desaparecer antes de que se den cuenta de lo que ha pasado. ¿Dispararían al agua si lo hiciera? ¿Importaría?

De todos modos, estoy prácticamente muerta si me quedo aquí. No puedo imaginar que Rio quiera mantenerme cerca más tiempo del necesario para mostrar a este mundo cruel y deslumbrante que somos pareja. Para demostrar que, en efecto, tiene el control sobre la fortuna Carlotti.

Una vez que haya terminado de exhibirme y se firmen los papeles oficiales, ya no me necesitará. Y en ese momento, seré prescindible. Daño colateral en un trato que lo cimentará como el hombre más poderoso de esta región.

La convicción se cristaliza en mi mente, y cuidadosamente coloco mi copa de champán en la bandeja de un camarero que pasa. Luego agarro la barandilla de la cubierta con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos.

Respiración profunda, por encima del borde, quitarme los zapatos y nadar con la corriente bajo la superficie hasta que ya no pueda contener la respiración. Resurgir, respirar y luego hacerlo de nuevo. Y otra vez. Hasta que esté tan lejos de Rio como pueda llegar.

Puedo hacer esto. *Puedo*.

Entonces... ¿por qué no lo hago?

¿Por qué simplemente me quedo aquí, agarrando la parte superior de la barrera como si estuviera congelada en el lugar? ¿Por qué no me... *muevo*...

Miro fijamente el agua durante un minuto. Dos.

Hasta que el momento de escape pasa, y una voz profunda en mi oído dice:

—¿Otro champán, pajarito?

Ni siquiera lo miro. No puedo. O estará regodeándose con una sonrisa de satisfacción, o estará enojado con esa rabia fría como el hielo más aterradora que la ira ardiente que la mayoría de la gente muestra cuando está molesta.

—Claro. ¿Por qué no? —¿Por qué diablos no? Tal vez debería emborracharme.

Extiendo la mano y él desliza una copa llena en ella. La llevo a mi boca y doy un gran sorbo. Casi un trago.

—Tranquila —dice en voz baja—. Aún queda mucho antes de que termine este día, Bianca.

Entonces sí lo miro porque hay una nota en su voz que no esperaba. ¿Preocupación? No puede ser.

Pero ahí está, en lo profundo de sus ojos. Preocupación y curiosidad. Ni regodeo ni rabia.

—¿Por qué no lo hiciste? —Sigue hablando en voz baja.

—¿Por qué no... Espera. ¿Tú... *sabías*? —¿Cómo podía saber lo que había estado considerando? Lo que casi había hecho.

—Por supuesto que lo sabía. Te estaba observando desde la cubierta superior. —Levanta la barbilla y sigo su mirada hacia donde más personas están mezclándose en la cubierta más alta sobre nosotros.

—¿Y aun así no bajaste corriendo para evitar que saltara? ¿O enviaste a tus matones para mantenerme en mi lugar?

—Si huyes, sabes lo que pasará. Y no hay lugar donde puedas esconderte de mí, Bianca. Siempre te encontraré. Así que esperé. Quería ver si lo harías. Repito mi pregunta. ¿Por qué no saltaste por la borda cuando tuviste la oportunidad?

Lo miro con el ceño fruncido, tratando de articular mi razón para no intentar escapar, pero al final, me quedo con la verdad.

—No lo sé. Quería hacerlo. Casi lo hice, y luego, simplemente no lo hice.

No es mucha respuesta, pero el breve gesto en la comisura de sus labios me muestra que no está demasiado decepcionado con mi respuesta.

—Honestidad. Me gusta eso de ti, Bianca. Sé siempre honesta conmigo, y yo te corresponderé de la misma manera.

—De acuerdo —me giro y vuelvo a mirar el agua, estremeciéndome cuando una ligera brisa se levanta de repente, agitando mi cabello —. ¿Vas a matarme?

Una breve risa es su respuesta.

Le lanzo una mirada—. Honestidad, Rio. Por favor.

Apoya los antebrazos en la barandilla junto a mí, y espero lo que parece una eternidad antes de que abra la boca como si fuera a responder. Pero entonces la cierra de golpe cuando un grupo de hombres se acerca a nosotros.

Uno de ellos es su hermano Nicky. Otro es Carlos Rossi, el hombre que dijo que conocía y amaba a mi madre. No tengo ni idea de quiénes son los demás. Probablemente estuvieron en nuestra boda, pero las caras de todos eran un borrón ayer.

—No puedes acaparar a la hermosa novia toda la tarde, hermano. ¿Cómo estás esta tarde, Bianca? Veo que has sobrevivido a la noche de bodas con Rio —Nicky levanta mi mano libre y planta un beso en mis nudillos, sus labios se demoran un segundo de más en mi piel.

El gesto es extrañamente entrañable, y un desafío evidente para Rio, que parece erizarse a mi lado.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco ante la exhibición de testosterona de ambos, y en su lugar lanzo una sonrisa tensa de saludo a Nicky antes de arrebatar mi mano y volverme hacia Rossi—. ¿Cómo está hoy, señor Rossi? Confío en que haya disfrutado de nuestra... boda.

Mi voz gotea sarcasmo, y por alguna razón, todos los hombres se ríen como si hubiera dicho algo muy divertido.

—Por favor, querida. Llámame Carlos —luego mira a mi marido—. ¿Puedo robarle a tu novia, aunque sea por unos minutos? No muy lejos. Quizás podríamos sentarnos justo allí.

Señala hacia un banco acolchado que ofrece un poco de protección contra el sol.

Abro la boca para aceptar, pero Rio responde antes de que pueda decir una palabra—. Puedes. Cinco minutos, Rossi. Hay otros a quienes deseo que conozca.

Carlos sonríe, pero no hay alegría en su expresión—. Por supuesto. Ven, querida.

Ofrece su brazo, obviamente esperando que lo tome. Cuando lo hago, me guía hasta el banco y espera a que me siente antes de unirse a mí.

—La próxima vez, pregúntame directamente —digo, tratando de ser educada pero sin ocultar mi molestia—. No necesitas preguntarle a *él*.

Niega con la cabeza—. No funciona así en nuestro mundo, Bianca.

—Entonces, ¿soy una... *posesión* de Rio o algo así? Ahora que estamos casados, ¿él... qué? ¿Me *posee*?

—Eres suya, sí —Carlos asiente con calma como si simplemente estuviera hablando del clima.

Soy suya.

Nunca seré suya. Y sin embargo, de alguna manera, sé que ya lo soy.

Miro fijamente a Carlos, preguntándome cuán cercano era a mis padres—. Entonces, si te pidiera que me ayudaras a escapar de Rio...

Sus ojos se agrandan.

La desesperación me invade cuando leo el "no" en su expresión sin que tenga que decirlo en voz alta—. ¿Por el bien de mi madre? —añado—. Dijiste que la amabas. ¿No es así? *Por favor*, Carlos.

Mi voz se espesa mientras mi garganta se obstruye con lágrimas repentinas. ¿Nunca podré escapar de este lugar?

Debería haber saltado al río cuando tuve la oportunidad.

Tonta. Maldita tonta indecisa.

Carlos se inclina hacia adelante y brevemente me da una palmadita en la rodilla—. Sí, amé a tu madre. Te pareces tanto a ella, querida. Y por esa razón, deseo darte un pequeño consejo.

—¿Consejo? —En algún momento, he perdido la copa de champán. Cruzo los brazos sobre el pecho para detener el nervioso movimiento

que mis dedos anhelan hacer—. Está bien, te escucho.

—Rio pronto te hará firmar la renuncia a tus derechos sobre el imperio Carlotti. Es vasto, Bianca, y como única Carlotti que queda, eres una mujer extremadamente rica por derecho propio. Tu padre era un hombre de negocios inteligente y dirigía un equipo eficiente en su época.

Una risa amenaza con burbujear y salir de mi garganta obstruida.

¿El *equipo* de mi padre? ¿El *maldito equipo* de mi padre?

Carlos sigue hablando. Parpadeo para alejar mi inminente histeria e intento concentrarme en sus palabras.

—Firma los papeles. Haz todo lo que te pida. Y cuando llegue el momento adecuado, intervendré y te ayudaré a recuperarlo todo. Pero debo advertirte, querida. Nunca intentes huir de Rio. Su alcance es demasiado poderoso.

Saca un pañuelo y se seca la frente. Todavía estoy procesando sus palabras anteriores sobre mi padre. Mi familia. Mi *imperio*.

—Le fascinas, por el momento —continúa Carlos—. Eso es obvio para todos los que os ven juntos. Pero no te equivoques, si huyes, nunca te lo perdonará. Te perseguirá y te matará. Y luego matará a todos los que hayas amado o apreciado. Es quien es, Bianca. Es todo lo que conoce, y no quiero que experimentes jamás el terror de estar en el lado equivocado de Gregorio Agosti.

Capítulo Dieciséis

«El matrimonio es la única guerra en la que duermes con el enemigo».

Francois de La Rochefoucauld

Bianca

¿Cómo puedo mantenerme en el lado correcto —como dijo Carlos Rossi— de Gregorio Agosti? ¿Es posible evitar que caiga el hacha metafórica cuando estoy casada con un jefe de la mafia? Nunca estoy segura de cuándo o desde qué dirección aparecerá la próxima amenaza.

Durante el día hago poco más que sentarme en mi suite mientras varias personas me visitan para proporcionarme caras manicuras, pedicuras, tratamientos faciales y capilares.

Una mañana llega una mujer con un séquito que trae percha tras percha de ropa. Me invitan a elegir las piezas que quiero mientras la mujer mide cada centímetro de mi cuerpo para poder personalizar mis elecciones.

La visita es aterradora por lo que implica: un futuro a largo plazo como esposa de Rio, donde realmente podría necesitar todas estas piezas de ropa elegante, y todo lo que puedo pensar es en poder escapar algún día y volver a mi antigua vida.

Excepto que mi antigua vida se ha ido.

Nada volverá a ser lo mismo, incluso si logro salir de aquí y reunirme con el equipo de Lots of Paws. No es que me aceptaran de vuelta después de lo que sucedió justo en su puerta.

El problema más grande es que no puedo *desconocer* lo que ahora sé: que nací en una familia de la Mafia; que mi sangre está manchada por la violencia que tocó a mis amigos y amenazó a las personas y el lugar de trabajo que me importan.

No hay vuelta atrás de eso.

Francine continúa trayendo comida con su habitual manera inexpresiva, y de vez en cuando, se me permite salir —acompañada, por supuesto— a los jardines de la finca para pasear y tomar aire fresco.

En realidad, nunca he estado más aburrida en mi vida. ¿Es así como la gente rica llena sus días? Siempre he estudiado o trabajado y me he cuidado a mí misma, y en el centro de rescate, cosas como manicuras y peinados perfectos son una total pérdida de tiempo y dinero.

Las noches, sin embargo, se han vuelto completamente diferentes de mis días. Las dos primeras noches después del almuerzo en el río, Rio me dejó completamente sola. Debería haberme sentido aliviada, pero en lugar de eso me encontré dando vueltas en la cama y preguntándome si de alguna manera había dejado de desearme.

¿Por qué debería importarme si ya no me desea? Debería estar contenta por eso. Pero durante esas dos noches, solo logré conciliar el sueño cerca del amanecer, enredada en mis sábanas de seda y preguntándome si Rio estaba en la cama de otra mujer. Enterrado profundamente dentro de su coño dispuesto y haciéndola gritar mientras se corría, como me hizo a mí.

La tercera noche, la claustrofobia pudo conmigo. Dejé las cortinas del dormitorio abiertas de par en par y abrí las puertas que daban al gran balcón. Cuando me acostara, al menos tendría aire fresco entrando en la habitación y podría ver las estrellas mientras contemplaba mi loca existencia actual.

Mientras me giraba de la ventana hacia la cama, una sombra se movió cerca de la puerta del dormitorio. Solté un pequeño grito y automáticamente salté hacia atrás, tratando de ocultar mi desnudez.

—¡Rio! ¡Me has asustado!

Él entró completamente en la habitación, y la luz de la luna iluminó sus rasgos. Estaba serio, como siempre, y no pude leer la expresión en sus ojos, que permanecían en la sombra.

Se movió rápidamente, rodeando la cama y agarrando una de mis muñecas con un agarre firme.

La excitación se acumuló entre mis piernas ante su toque. Ante la ligera rudeza en sus movimientos mientras me acercaba a él.

Ante la aspereza en su tono cuando anunció:

—He tenido negocios inesperados las últimas dos noches, pero ya está hecho. Te deseo, *cara mia*.

¿*Cara mia*? No tuve tiempo de procesar la frase y su significado antes de que su boca se aplastara contra la mía, y fui transportada instantáneamente a un estado de necesidad. Necesidad de él. De su toque. Mi cuerpo lo había estado anhelando durante días, y no me había dado cuenta de cuánto hasta ese momento.

No hubo juegos preliminares esa noche más allá de ese primer beso aplastante. Cuando nos separamos, ambos respirando pesadamente, simplemente me levantó, me arrojó sobre la cama y luego me dio la vuelta sobre mi estómago.

Mientras yo jadeaba y me revolvía entre las sábanas, tratando de encontrar apoyo con manos y rodillas, él se bajó la cremallera de los pantalones y agarró mis caderas, arrastrándome hacia él y empalándose profundamente dentro de mí.

Di un grito ante la invasión, pero se sentía tan condenadamente bien que mi grito fue seguido por un gemido decadente. Meneé el trasero, tratando de forzarlo aún más profundo, y entonces él comenzó a embestir.

—Oh, Dios mío, Rio. Sí. Más.

Él gruñó sobre mí.

—Cállate, mujer.

—No, yo...

El escozor de una fuerte palmada en mi nalga izquierda detuvo instantáneamente mis palabras.

En su lugar, solo gemí y supliqué silenciosamente por más bajando mi cara directamente sobre las sábanas para darle el mejor acceso posible.

Me folló duro y rápido, y la oleada de calor dentro de mí cuando se corrió me llevó al borde de mi propio orgasmo.

No hubo delicadeza esa noche, solo necesidad. Nada de ternura, solo liberación. Hasta que me llevó al baño, y empezamos todo de nuevo bajo el aguijón de una ducha caliente y humeante.

Ahora, Rio visita mi cama cada noche y se queda hasta casi el amanecer. Por mucho que crezca mi ira y frustración por mi encarcelamiento, también crece mi deseo por mi marido.

Puede que sea reacia a admitirlo, pero ya no puedo negarlo, ni a él ni a mí misma.

Estoy desesperada por el toque de Rio. Y por alguna razón, él también parece desesperado por el mío.

***

Hemos tenido sexo todas las noches durante las últimas dos semanas. Sexo increíble y estremecedor. Nunca supe que podía ser así: cuanto más lo tienes, más lo deseas. ¿Es así con todo el mundo, o solo se siente así porque mi cuerpo lo desea tan intensamente?

Las cortinas permanecen abiertas de par en par cada noche, y he llegado a disfrutar la experiencia de ver el amanecer cada mañana. Es una de las pocas cosas que realmente amo de mi situación actual, y sé que probablemente dormiré para siempre con las ventanas sin cortinas, sin importar lo que depare el futuro.

Ver a Rio dormir es una de las pocas ocasiones en las que siento que estoy viendo al verdadero hombre bajo la rígida máscara que lleva en cada momento de vigilia. La constante dureza de sus facciones se suaviza ligeramente durante el sueño, su mandíbula está menos tensa, y me encuentro trazando suavemente los contornos de su rostro mientras apoyo mi mejilla contra su pecho y escucho su respiración lenta y constante.

La primera vez que toco su rostro, se despierta instantáneamente y aparta mi mano tan rápido que mi corazón da un vuelco.

Su mirada está híper alerta, recelosa, hasta que se da cuenta de que solo soy yo intentando acariciar su mandíbula. Después de varios segundos, suelta mi muñeca y se acomoda de nuevo contra las almohadas, cruzando los brazos detrás de su cabeza.

—No duermo frente a otros —dice sin rodeos.

—Excepto conmigo. —Hay una inesperada oleada de orgullo al darme cuenta de que soy una de las pocas personas a las que ha permitido echar un vistazo detrás de la máscara, aunque no hubiera tenido la intención de permitirlo, o de quedarse dormido frente a mí.

—Eso parece.

El más leve indicio de vulnerabilidad en su tono es tan impactante que automáticamente extiendo la mano y paso mis dedos por su mandíbula una vez más, queriendo consolarlo. Se tensa, pero esta vez permite la caricia sin detenerme.

Ahora, cuando lo toco mientras duerme, se mueve pero no se despierta completamente. Ocasionalmente, su boca, que suele parecer cruel, se levanta en las comisuras en una leve sonrisa.

Hacer sonreír a Rio se ha convertido en una de mis cosas favoritas en toda esta locura.

No tengo idea de lo que está pasando entre nosotros. Todavía lo odio, o al menos odio quién y qué es, y lo que me ha hecho a mí y sin duda a muchos otros a lo largo de los años, pero me fascina de una manera que ningún otro hombre lo ha hecho jamás.

Rio es un monstruo hermoso y fascinante, y yo soy como una polilla atraída por la proverbial llama monstruosa.

Una mañana, cuando Rio está a punto de salir de mi cama, la locura de nuestra situación explota de la nada y llena mi cabeza y mi corazón.

Agarro su brazo, sin estar segura de lo que estoy haciendo o por qué. —Por favor, Rio.

El sol está asomando por el horizonte, y los rayos dorados comienzan a deslizarse por el paisaje exterior. Esta vez, se ha quedado más tiempo de lo habitual, y su evidente renuencia a dejarme cada mañana es quizás lo que me ha envalentonado esta vez.

Se detiene ante mi súplica, luego sus músculos de la espalda se ondulan mientras se endereza y balancea sus piernas sobre el borde de la cama. Me mira por encima del hombro, con las cejas arqueadas inquisitivamente.

—¿Por favor qué?

Me siento, acercando mis rodillas hacia mi pecho y aferrándome a la sábana para cubrir mis pechos desnudos. —¡No puedo vivir así más!

Las palabras brotan de mí, y sus cejas levantadas se bajan en un ceño fruncido. Sus ojos se oscurecen, su desagrado momentáneamente obvio incluso en las sombras de la luz temprana de la mañana. Luego, la aterradora "nada" que mostró cuando lo conocí por primera vez desciende sobre su rostro.

Trago saliva con dificultad. Odio esa mirada de "nada".

Casi me había olvidado de ella porque no la he visto en varios días. Me asusta más que su ira, esa mirada, porque lo convierte de nuevo en un monstruo desapegado que puede tomar decisiones de vida o muerte sin parecer preocuparse por las consecuencias.

Aprieto los bordes de la sábana en mis puños cerrados. Puede que tenga miedo, pero por el bien de mi cordura, tengo que hacer mi siguiente pregunta.

—No estoy acostumbrada a estar sentada sin hacer nada, Rio. A que la gente me mime. No es mi estilo. Necesito *hacer* algo con mi vida. Un trabajo, alguna forma de contacto con el mundo exterior, ¿un teléfono? ¿Acceso a internet? Incluso un periódico sería un

comienzo. Me estoy volviendo loca por el aburrimiento. Por la desconexión con todo y con todos. Excepto contigo.

—¿No soy suficiente para ti?

Abro la boca para mentir y decir "sí, por supuesto que lo eres", pero la verdad sale en su lugar. —No. No lo eres.

Parpadea como si lo hubiera sorprendido de alguna manera.

—Me pediste que siempre fuera honesta contigo.

—Lo hice. —Se queda quieto como si estuviera pensando antes de añadir—: Estás pidiendo contacto con el mundo exterior.

Ante mi asentimiento, me estudia un momento más, luego se levanta y se pone su ropa. No hay prisa en sus acciones; rara vez la hay. Siempre está en control, metódico y sin emociones, y ahora no parece ser la excepción.

—Ambos sabemos lo que pasará si permito eso —dice al fin, cuando está completamente vestido.

Se dirige a la puerta y me mira con una expresión ilegible.

—No lo haré. —Niego con la cabeza y parece que no puedo dejar de hacerlo—. Lo prometo. No huiré. Si prometo por mi vida, y por las vidas de mis amigos y colegas de trabajo, no huir, ¿por favor me darás *algo*? ¡Por favor!

Finalmente, levanta un hombro ancho en un encogimiento. —Lo consideraré. Hay un evento de gala mañana por la noche al que se espera que asista...

Sus ojos se estrechan como si estuviera considerando y descartando la idea de que yo pudiera asistir junto a él. Intento parecer lo menos amenazante posible, dejando deliberadamente que la sábana caiga y exponga mis pechos desnudos. Sutilmente, arqueo un poco mi espalda, empujándolos hacia adelante en su campo de visión.

Dios, ¿en qué me ha convertido?

Su mirada cae sobre mi cuerpo expuesto, luego abruptamente se da la vuelta y se va.

Bueno, tanto para usar el sexo para vender mi mensaje.

Me dejo caer contra las almohadas, luchando contra el impulso de gritar mi frustración en voz alta. Una vez más, me han dejado para enfrentar el amanecer de otro día como la esposa de Rio. Sola.

Y sin solución sobre cómo escapar de esta situación loca e intolerable.

Capítulo Diecisiete

«En el sentido más verdadero, la libertad no puede ser otorgada; debe ser alcanzada».

Franklin D. Roosevelt

Bianca

Más tarde esa mañana, cuando Francine llega con una cafetera y un muffin de arándanos —le había mencionado a Rio una noche que me encantan los arándanos—, hay una sorpresa esperando en la bandeja del desayuno junto a la cafetera y la comida.

Un periódico doblado.

Mi primera comunicación —de cierta manera— con el mundo exterior a este complejo aislado.

Lo agarro rápidamente antes de notar que la fecha es de hace una semana más o menos. Se me hunde el corazón. Noticias viejas, entonces. Aunque incluso eso es mejor que nada.

Francine debe ver mi decepción porque de repente habla.

—Él pensó que le gustaría ver esta edición en particular. Página cinco.

Obedientemente abro el periódico en la página que indica y no puedo evitar el jadeo que se me escapa. Hay una foto enorme de Rio y yo en nuestra boda. Parece haber sido tomada después de la ceremonia justo cuando salíamos de la capilla. Mi brazo está entrelazado en el suyo, mi mano descansando en su antebrazo, y su otra mano cubre la mía. Él me está mirando con el más leve indicio de una sonrisa enigmática en sus labios.

El calor llena mis mejillas mientras estudio la mirada embelesada que le estoy dando a cambio. Incluso entonces, mi deseo por él debe haber sido obvio para todos los que nos rodeaban. Mi deseo, y

una especie de pasión ardiente que podría ser interpretada de varias maneras diferentes por personas que no me conocen.

Ira. Impaciencia. Desesperación por terminar con las festividades y llevar a mi nuevo marido a la cama. Cualquiera de ellas podría aplicarse, aunque *yo* sé que fue la rabia por las circunstancias lo que alimentó mi sistema ese día.

Dios, ni siquiera parezco *yo* en esta foto. Miro mi reflejo en el espejo sobre la chimenea en el área de estar.

Ya no me parezco en absoluto a la antigua yo.

Parezco la esposa de un mafioso. Pulida y elegante y con una pasión casi oculta ardiendo justo bajo la superficie, oscureciendo mis ojos y levantando mi barbilla en desafío.

La consternación me golpea en el estómago cuando me doy cuenta de que probablemente todos de mi antigua vida habrán visto esta foto y leído el artículo adjunto que ocupa la mayor parte de la página. El periodista debe haber sido preparado por la gente de Rio. Por supuesto que lo habría sido. Así es como funciona en este mundo.

El artículo habla sobre mi descubrimiento de mi verdadero origen, e insinúa que Rio amablemente me ayudó a navegar el camino para convertirme en Bianca Carlotti. Afirma que nos enamoramos instantáneamente y tuvimos un noviazgo relámpago que terminó en nuestro matrimonio. Concluye que la unión de dos grandes familias del área de Boston solo puede significar grandes cosas para esta ciudad y la región.

Joder. Me.

Arrojo el periódico a la chimenea, la ira hirviendo dentro de mí mientras veo el papel arder.

Ninguna mención de la verdad. Del hecho de que me secuestró a punta de pistola. Que sus matones *dispararon* a mis amigos. Que me golpearon en la cara, me metieron en el maletero de un coche, y

que él me *obligó* a casarme con él amenazando con lastimar a personas que me importan.

¿Ha olvidado todo eso? ¿Es simplemente un psicópata que reescribe la realidad para adaptarla a su propia versión distorsionada de la verdad?

Yo no lo he olvidado. Y nunca lo haré.

Francine gruñe y sacude la cabeza mientras ambas vemos arder el periódico. Hay censura en su mirada cuando me aparto de las llamas.

Qué mala suerte. Ella es tan horrible como él. Levanto la barbilla y la miro fijamente, desafiándola a decir algo sobre el artículo.

En lugar de eso, dice:

—Él quiere que esté lista para una reunión a las once. Tiene papeles que firmar, creo. Y luego esta noche, asistirá a la gala de su brazo. Argumenté en contra de lo último, por supuesto, pero él insiste.

—¿Me va a dejar salir a la gala? —La miro boquiabierta, mi mente dando vueltas con la noticia inesperada. Luego la otra parte de lo que dijo penetra—. Espera. ¿Papeles para firmar? ¿Te refieres a...?

Mi corazón se salta un latido. Así que, supongo que hoy es el día en que le cedo el imperio Carlotti a Rio Agosti. A menos que me atreva a desafiarlo, por supuesto. Pero si hago eso, probablemente las personas que me importan terminarán muertas.

***

Está hecho. Los papeles están firmados, y Rio ahora está formalmente en control del imperio Carlotti que ni siquiera sabía que existía hasta que sus hombres me arrebataron de la calle y pusieron toda mi vida patas arriba.

Levanto mis ojos hacia los de Rio, ignorando al equipo de abogados alrededor de la mesa de conferencias que están guardando contratos y papeleo de vuelta en sus maletines y haciendo movimientos para salir de la oficina donde acabo de firmar mi vida.

—¿Estás contento ahora, *esposo*? —No me molesto en ocultar la amargura en mi tono.

No es que quiera el dinero para mí. No tendría idea de qué hacer con tanta riqueza, o cómo dirigir un cártel. Y no quiero tocar nada que probablemente esté creado con sangre. No tengo idea exactamente de lo que mis padres hicieron para construir el imperio Carlotti, pero no puedo imaginar que todo fuera limpio y legal.

No en esta industria. Esta *vida*.

No. Ninguna de esas cosas impregna mi voz con vitriolo.

Lo que realmente tiene mi estómago revuelto es la forma en que Rio procedió para asegurar mi fortuna como suya. Si mi nacimiento y herencia me hubieran sido explicados de una manera civil y racional, y se me hubiera permitido tomar decisiones por mí misma en relación con mi vida y mi futuro, tal vez hubiera podido hacer una diferencia positiva en las vidas de tantas personas.

Cuando Rio me secuestró, hizo que *dispararan* a mis amigos, y destruyó todo lo que alguna vez supe sobre mi vida —incluyendo mi propia identidad—, me quitó la capacidad de elegir por mí misma. Y a pesar de que su presencia me excita sexualmente, no puedo perdonarle por quitarme el derecho humano básico relacionado con la elección.

También hay una pequeña parte de mí —una parte que estoy tratando de ignorar— que teme el momento en que anuncie que ya no me necesita. Tiene mi dinero. Mi nombre. Y los derechos de mi herencia familiar, tal como es.

Ya no me necesita. Me pregunto si obtendremos una anulación o un divorcio.

Rio encuentra mi mirada, y un rayo de temor me atraviesa ante la falta de emoción en sus rasgos. Incluso después de la cercanía física que hemos compartido, parece completamente impasible por todo excepto los negocios.

¿Y si no quiere un divorcio? ¿Y si simplemente me hace matar? Seguramente sería mucho más barato para él simplemente ponerme una bala en la cabeza y arrojarme con botas de cemento al río detrás de su propiedad.

Como si pudiera sentir el miedo que dispara mi pulso, la boca de Rio se curva en una esquina. Sin embargo, no hay humor en esa sonrisa suya, solo desdén. Coloca sus manos cuidadosamente sobre la mesa de conferencias, con los dedos extendidos, y se levanta lentamente.

—Estoy satisfecho con el resultado de la reunión de hoy —su mirada se cierra aún más, y se gira antes de volver casualmente como si acabara de recordar algo—. La gala de esta noche es una prueba. Si la fallas, habrá consecuencias. *Esposa*.

Su sonrisa desdeñosa se ensancha, volviéndose lobuna, y luego se va en un torbellino de movimiento, dejándome con una sala llena de abogados y un guardaespaldas que indica con aire impasible que debo precederlo hacia la puerta.

***

Rio

Va en contra de todo lo que soy permitir que Bianca asista a la gala esta noche. Habrá más de cuatrocientos cincuenta invitados, incluyendo agentes encubiertos, estoy seguro, dada la lista de invitados. Y el evento, que se celebrará en el Renaissance Waterfront, será ampliamente cubierto por los medios, lo que añade otra capa de complejidad para mantener a Bianca bajo control.

Habrá muchas oportunidades para que mi esposa se escape de mí o hable públicamente sobre cómo se produjo nuestro matrimonio. Se arrepentirá si lo hace.

Muchos de los medios presentes están en mi nómina, y aquellos que no lo están sin duda pueden ser persuadidos para escribir lo que me convenga a mí y a mi familia.

Aun así, instruyo a Danelli cuidadosamente de antemano, asegurándome de que entienda la importancia de mantener los ojos

sobre Bianca en todo momento. Incluso si tiene que duplicar la seguridad habitual o pagar una prima al equipo. Cualquier cosa que sea necesaria para que hagan su trabajo y eviten que ella huya tiene mi aprobación.

Hablaba en serio cuando se lo dije en la sala de conferencias antes. Si supera la noche de hoy y se comporta, puede que se gane más libertad. Si no lo hace, habrá consecuencias y sentirá mi ira.

El escalofrío que recorre mi espina dorsal mientras la espero en la entrada principal de la finca no me es familiar, ni tampoco lo son las dudas que rondan mi cabeza.

Yo no dudo. Sé lo que quiero y hago lo que sea necesario para conseguirlo.

Control. Y poder. Van de la mano. Así es como me criaron y cómo mantengo mi posición a la cabeza de esta familia.

Bianca ha creado una pequeña grieta en mi confianza innata. Necesito remediar eso. Pronto.

Y sin embargo, no puedo obligarme a deshacerme de ella, aunque ambos sabemos que ya no la necesito ahora que el imperio Carlotti está oficialmente alineado con el mío.

Las imágenes se suceden en mi mente. La forma en que me mira con tanto odio, y luego sus ojos se oscurecen y se derriten cuando la tomo en mis brazos y reclamo su cuerpo. La forma en que se muerde el labio inferior cuando está nerviosa, pero balancea sus caderas con tranquila confianza cuando se mueve. La forma en que su aroma se eleva a mi alrededor, enviando mis sentidos a la sobrecarga cada vez que está cerca. Ese pequeño sonido que hace cuando empujo con mi polla lista en su coño caliente, una mezcla entre gemido y quejido que envía una descarga eléctrica directamente a mi ingle.

Todo en Bianca es contradictorio e intrigante. Como si la mujer que fue criada para ser —Bree— hubiera sido superpuesta por su sangre Carlotti, pero Bree se niega a rendirse y desaparecer por completo.

Ella es tanto Bree como Bianca, todo en uno, y de alguna manera ha tallado un camino profundo en mis pensamientos sin que yo me diera cuenta de cuándo o cómo.

Mi polla se agita, como si solo pensar en ella hubiera recreado su aroma y sus sonidos y su irresistible llamado de sirena. Cambio el peso de un pie a otro, sofocando la necesidad inoportuna.

Habrá tiempo para eso más tarde. Si se comporta. Y si no, entonces mi pequeña esposa bien podría encontrarse recibiendo una muy merecida azotaina. Aunque, a juzgar por sus respuestas hasta ahora, una azotaina puede ser menos disuasoria de lo que pretendo.

Miro mi reloj; está cerca de llegar tarde. Estoy a punto de enviar a alguien arriba para que la revise cuando veo movimiento en lo alto de las escaleras.

Desciende lentamente con sus tacones como si tuviera un poco de miedo de caerse, y no es hasta que llega al último escalón que me doy cuenta de que no he respirado desde que apareció.

Inhalo aire por la nariz y luego lo expulso, profundo y lento. Cuando finalmente estoy de vuelta en completo control, hablo:

—Te ves impresionante, Bianca. Hermosa.

Su vestido es largo y de un plateado brillante. La tela abraza sus curvas, dejando poco a la imaginación a pesar del corte modesto del escote. Al menos, es modesto en el frente. En la parte trasera, que noto cuando ella se gira ligeramente, el vestido expone la mayor parte de su espalda.

Su cabello está recogido por una vez, asegurado en un estilo suelto con un broche tachonado de diamantes, y sus generosos labios están cubiertos de un rojo rubí profundo.

Levanta su mirada hacia la mía, escrutando mi rostro como si tratara de medir mi reacción. Un tono rosado se extiende por sus mejillas, haciéndola aún más hermosa, si eso es posible. Baja la mirada, luego vuelve a mirarme a través de sus largas pestañas oscuras.

Miradas falsamente inocentes como esa son donde puedo ver tanto a Bree como a Bianca.

—Gracias, Rio. Tú... —tose y aclara su garganta—. Tú también te ves muy guapo con tu esmoquin. Como siempre.

Extiendo mi mano. Ella no se mueve, permaneciendo quieta casi demasiado tiempo antes de finalmente dar un paso adelante y entrelazar nuestros dedos. La conduzco hacia la limusina que espera bajo el pórtico y la ayudo a entrar al vehículo antes de subir tras ella. Mientras el conductor sale de la finca hacia el hotel del paseo marítimo, mantengo la mano de Bianca en la mía, sintiendo una oleada de algo embriagador que no he experimentado antes.

Permanezco en silencio durante el viaje, pasando la mayor parte del trayecto tratando de identificar qué es. No es hasta que estamos llegando a la entrada del hotel que finalmente lo descifro.

Vivo. En presencia de Bianca, me siento vivo.

Y eso podría ser un gran problema, porque significa que le he permitido meterse bajo mi piel.

Capítulo Dieciocho

«Hay una delgada línea entre el amor y el odio».
Simone Elkeles

Bianca

Hubo un momento, mientras Rio me observaba bajar las escaleras de su mansión, en el que simplemente no pude respirar. El calor ardiente en su mirada mientras me miraba fijamente fue tan inesperado que casi tropiezo.

Por suerte, logré recuperar el control de mis piernas repentinamente temblorosas y llegar al final sin desplomarme a sus pies.

Es tan guapo, de una manera oscura y taciturna, aunque no creo que sepa o le importe su propio aspecto. El esmoquin negro con camisa blanca y corbata negra es el atuendo tradicional, pero en Rio, con sus anchos hombros y su poderosa presencia, el look se transforma en algo impresionante.

Cuando me tendió la mano, me quedé paralizada. Se sentía como un momento crucial en lo que sea que fuera esta *cosa* entre nosotros. Él es mi secuestrador, mi carcelero, mi marido y ahora mi amante. Y mis sentimientos hacia él siguen siendo una gran bola de confusión en mi pecho.

Se sintió como una especie de compromiso cuando di un paso adelante y entrelacé mi mano con la suya.

Un compromiso para pasar la noche en sus términos y reconocer la pizca de confianza que me está ofreciendo sin intentar huir.

La gala está en pleno apogeo cuando llegamos. Cientos de invitados deambulan por el vasto espacio del salón de baile Pacific Grand, bebiendo y picoteando canapés servidos por un ejército de camareros. No tenía idea antes de llegar de qué se trataba el evento, pero mirando alrededor la decoración y los carteles, me doy cuenta de que debe ser para una beneficencia de un hospital.

Empiezo a morderme el labio inferior con los dientes, los nervios me traicionan, pero luego recuerdo que llevo lápiz labial y disimuladamente me paso la lengua por los dientes, esperando que ahora estén libres de pintalabios.

¿Cuántos de los presentes están involucrados en el crimen? ¿Saben el hospital y los miembros de su junta directiva de dónde proviene probablemente parte del dinero recaudado?

Antes de que pueda seguir con esos pensamientos, Rio desliza un brazo alrededor de mi cintura y me sostiene firmemente contra su costado. Sus dedos rozan el borde de mi pecho, y contengo la respiración ante la sensación ondulante que se extiende desde su toque.

Se inclina para susurrarme al oído:

—Me gusta que pueda encenderte tan rápido, Bianca. Solo con las puntas de mis dedos. Me complace.

Lo miro fijamente, y la expresión en sus ojos transforma mi tensión interna en deseo instantáneo. Desearía que estuviéramos de vuelta en mi habitación, en mi cama, antes de darme cuenta de que nos ha detenido en el lugar perfecto para que los fotógrafos que deambulan capten una foto de nuestra entrada. Justo cuando lo miro con lo que probablemente parece adoración.

De nuevo.

Las cámaras están por todas partes, disparando en rápida sucesión mientras él nos gira ligeramente y asiente a algunos de los fotógrafos. Finalmente, nos adentramos más en la sala.

—Bien hecho —murmuro—. Muy calculado.

—Por supuesto. Quiero que todos vean que estamos unidos como pareja esta noche —dice—. Aunque no estaré a tu lado toda la velada. Tengo negocios que atender.

—¿Negocios? Por supuesto que los tienes. —Mi tono es seco, pero obedientemente sonrío a uno de los fotógrafos que se demoran mientras toman otra foto final de la «feliz» pareja recién casada.

—Nunca estaré lejos de ti, Bianca.

—¿Tú o tu equipo de asesinos?

Él no se inmuta ante mi intento de provocarlo.

—No te preocupes, Rio, sé lo que esperas de mí esta noche. Me portaré bien.

—Asegúrate de hacerlo.

Detiene a un camarero que pasa, coge dos copas alargadas llenas de vino espumoso, me entrega una y toma un sorbo de la suya.

Sus ojos se encuentran con los míos por encima del borde, y mi estómago se revuelve.

Levanto mi copa y tomo un gran sorbo fortificante.

—¿Habrá alguien que conozca aquí esta noche? ¿Esperas que entable conversación con alguien en particular, o debo simplemente deambular y ser vista? ¿Qué necesitas que haga, Rio? ¿Por qué me has traído aquí?

No me hago ilusiones. Rio me quiere aquí para sus propósitos, no los míos. Mi súplica por algo más que el encarcelamiento en su finca probablemente solo llegó en un momento oportuno.

—No estarás sola por mucho tiempo. La gente acudirá a ti. Querrán conocerte, hablar contigo, porque todos sienten curiosidad por la nueva señora Bianca Agosti. Si preguntan cómo nos conocimos, sé vaga. Diles que nuestras familias se conocen desde hace años. Eso, después de todo, es esencialmente cierto.

Levanta una de mis manos y deposita un ligero beso sobre los nudillos en un gesto que se siente ensayado.

—Volveré más tarde para reclamarte un baile, Bianca.

Resisto el impulso de apartar mi mano de un tirón y, en su lugar, entorno los ojos hacia él.

—Vete entonces —logro decir—. Mejor no hagas esperar a tus colegas de *negocios*.

Sus labios se aprietan en una fina línea.

—Mantén esa actitud y pagarás por ello más tarde, mi querida esposa. En el dormitorio.

—Oh, qué maravilla. —Mantengo mi tono ligero y ligeramente sarcástico, pero no puedo negar la punzada de deseo que me atraviesa al pensar en lo que su castigo en el dormitorio podría implicar.

Momentos después, Rio desaparece, tragado por la multitud, y me quedo sola por lo que parece la primera vez desde que este monstruoso torbellino comenzó fuera del Centro de Rescate Lots of Paws hace tantas semanas.

Por supuesto, no estoy realmente sola. Hay varios de los matones de Rio repartidos por la sala, incluido el que dirige su equipo de seguridad. Su segundo al mando, me dijo Francine.

Danelli encuentra mi mirada escrutadora con su habitual expresión impasible. Él también va vestido de esmoquin como Rio, oscuramente apuesto y con un aspecto ligeramente peligroso. Pero no es ni de lejos tan poderosamente sexy como su jefe. Parece que mi marido es el único en la sala que puede despertar deseo en mí con solo una mirada de soslayo o un delicado roce de sus dedos contra mi piel.

El segundo de Rio levanta su copa en un saludo burlón, y me aparto de él en un desprecio deliberado y comienzo a deambular, escaneando la multitud para ver si hay alguien que pueda conocer. Poco probable, ya que estos no son el tipo de personas con las que alguna vez me relacioné como Bree Walker.

Pero si hay alguien, cualquiera, que me conociera antes, tal vez pueda hacer llegar un mensaje subrepticio para explicar un poco lo que pasó y de alguna manera desenredarme de este lío.

Una mano ligera en mi codo me detiene apenas unos segundos después de comenzar mi exploración de la sala.

—Hola. Te ves hermosa esta noche, querida. Tanto como tu madre.

Carlos Rossi me sonríe con sus ojos centelleantes que de alguna manera ocultan la verdad del monstruo que sé que debe yacer en su interior. Son todos tan buenos en eso: ponerse la máscara de la civilidad.

Los dos guardias de seguridad que lo flanquean van armados, y no son tan buenos ocultándolo como los hombres de Rio. O tal vez es solo que sus trajes no son tan caros, y el corte de sus chaquetas no esconde completamente el bulto de sus armas.

—Hola, Carlos. Qué sorpresa verte aquí.

Él se ríe de mi tono irónico.

—En efecto. Todo el que es alguien está aquí esta noche, querida. Estoy seguro de que habrá mucho interés en ti. ¿Ya puedes sentir las miradas de la multitud sobre ti?

Su comentario me hace mirar a mi alrededor con inquietud. ¿Realmente todos me están mirando?

Oh Dios. Algunos *realmente* lo están haciendo.

Noto a un hombre en particular, mirando más intensamente que los demás. Está de pie a un lado de la sala junto a una mujer rubia con un largo vestido rojo. Me siento vagamente incómoda bajo el escrutinio, pero cuando encuentro su mirada, él se gira y le dice algo a la mujer, y se alejan juntos hacia la pista de baile.

Falsa alarma. Debo haberme equivocado sobre el interés del hombre. Supongo.

Me vuelvo hacia Rossi, frunciendo el ceño.

—¿Tú también estás aquí para la reunión de negocios de Rio?

Su mirada se agudiza, y la inquietud me invade. ¿Acabo de revelar inadvertidamente algo que no debería? *Ups*.

—¿Reunión de negocios? —dice—. No sabía que hubiera una programada para esta noche. ¿Quién asistirá, si se puede saber? Aparte del joven Gregorio, por supuesto.

—Ni idea. Esta es la primera vez que se me permite salir de la finca de Rio —No puedo evitar el ligero tono de amargura en mi voz—. No hay manera de que me dejara participar en ninguno de sus negocios —Entonces me doy cuenta de cómo puede sonar eso. Como si yo *quisiera* involucrarme—. No es que yo *quiera*, entiéndame —añado rápidamente.

Rossi me estudia durante varios segundos. No puedo decir qué está pensando. Pero de repente, la personalidad del tío de ojos brillantes parece muy lejana, y el calculador y posiblemente violento jefe del crimen aparece muy cerca de la superficie.

Mi respiración se acorta mientras visiones de todas las películas de mafia que he visto alguna vez pasan por mi mente. El rápido cambio de la civilidad a la violencia. La forma en que la gente común está ocupada en sus asuntos cotidianos, y de repente son acribillados en un mar de sangre y gore.

Como Dave y Shelley.

Aunque eso fue por órdenes de Rio, no de Carlos Rossi, pero aun así... Mismo mundo. Mismo potencial de peligro.

Me aferro con fuerza a mi copa de champán y trago saliva.

—Creo que estás diciendo la verdad —dice al fin—. No estás tan interesada en seguir los pasos de la familia después de todo.

—Ajá. Sí. Quiero decir, no. No lo estoy —Asiento como una idiota, y sigo asintiendo, incluso cuando él se despide.

—Ha sido encantador verte, Bianca. Nos encontraremos de nuevo pronto, estoy seguro.

—Claro. Genial.

Carlos se desvanece entre la multitud, y finalmente puedo respirar con normalidad una vez más.

Mientras me doy la vuelta y doy un par de pasos temblorosos en la dirección opuesta a Rossi, noto de nuevo a la pareja que me estaba mirando antes. Todavía están en la pista de baile, girando y dando

vueltas como los demás a su alrededor, pero hay algo en ellos que me pone los pelos de punta.

El vestido de la mujer es sin tirantes y ajustado, su cabello recogido en un elegante moño. Él lleva el esmoquin obligatorio, y en la superficie, encajan perfectamente con esta multitud. Pero hay algo vigilante en sus expresiones mientras miran más allá que el uno al otro. Y su mano en la curva de la espalda de ella parece... bueno, más fraternal que íntima.

Me pregunto cómo será cuando Rio me tome en sus brazos para el baile solicitado. *Si* lo hace. Especialmente después de que se entere de que accidentalmente dejé escapar lo de su reunión.

Una cosa es segura: no habrá nada fraternal en el abrazo de Rio.

Mi marido tenía razón en una cosa. Estoy inundada de gente que se acerca para presentarse. Parece que todos quieren un pedazo de la famosa esposa del empresario mafioso. O al menos, quieren satisfacer su curiosidad sobre qué fue lo que lo atrajo hacia mí en primer lugar.

Mi dinero, quiero gritarles, una y otra vez. Mi nombre. El imperio de mi familia. Y ahora él lo tiene todo, y no tengo idea de si -o más bien, cuándo- decidirá descartarme.

En lugar de gritar, sonrío y asiento y murmuro respuestas educadas a las diversas preguntas que todos me lanzan. ¿Cómo nos conocimos? ¿Cuánto tiempo hace que lo conozco? ¿Fue un noviazgo relámpago? ¿Cuándo fue el momento en que me di cuenta de que estaba enamorada del infame Rio Agosti? ¿Soy consciente de que es sospechoso de varios crímenes graves?

Esas últimas preguntas fueron hechas por una pareja mayor que claramente no está en la nómina de Rio. Un dolor de cabeza me agarra las sienes, y ahogo un gemido. Necesito alejarme. Necesito espacio.

Necesito recuperar mi antigua vida.

Murmuro una disculpa indistinta y me apresuro hacia el tocador. Cuando la puerta se cierra detrás de mí y escaneo la antesala y la encuentro vacía, doy un suspiro de alivio.

Gracias a Dios. Necesito unos minutos para recuperar el aliento. Cruzo hacia el espejo más alejado y tomo asiento en la silla acolchada, posicionada para aquellas que desean retocar su cabello y maquillaje. Simplemente me siento aquí, mirando mi reflejo y preguntándome quién diablos me está devolviendo la mirada.

Bree Walker se ha ido. Tengo que enfrentar ese hecho por fin. No queda nada de la joven inocente, excepto quizás muy dentro de mí. Soy Bianca Carlotti -por ahora, Bianca Carlotti-Agosti- y tengo que averiguar quién es esa y cómo puedo encontrar mi nueva normalidad de ahora en adelante.

Dejo caer mi cabeza entre mis manos y gimo en voz alta, quedándome así hasta que escucho el susurro de la puerta exterior abriéndose.

Cuando levanto la cabeza, me encuentro con la mirada calculadora de la mujer rubia con el vestido rojo sin tirantes.

Capítulo Diecinueve

«La venganza es un plato que se sirve frío».
Eugene Sue

Bianca

—Hola —la mujer me dedica una pequeña sonrisa tensa y luego camina para tomar el asiento a mi lado. Arroja su bolso de mano sobre el mostrador frente a ella—. Soy Felicity.

—Hola —no le doy mi nombre a cambio, sintiéndome cautelosa.

¿Quién es ella y qué quiere?

Sonríe con ironía, como si no esperara nada más de mí que mi mirada silenciosa.

—No tenemos mucho tiempo, Bree.

Me sobresalto violentamente al escuchar mi antiguo nombre, un nombre que segundos antes lamentaba haber perdido, pero ella ya está mirando alrededor como para asegurarse de que estamos solas y se pierde mi reacción de sorpresa.

—Trabajo para una agencia federal. Sabemos lo que te pasó y necesitamos tu ayuda para derrocar a tu nuevo marido, Gregorio Agosti.

Me quedo boquiabierta mirando a Felicity, si es que ese es su verdadero nombre, tratando de procesar lo que está diciendo. Una agencia federal. ¿Se refiere al FBI?

—Hubo testigos, por supuesto, de tu secuestro, pero hasta que apareciste en los medios como la novia de Gregorio Agosti, no estábamos cien por ciento seguros de quién te había llevado.

—Yo... eh... —¿*Testigos*? Me inclino hacia adelante y le agarro el brazo—. Dave y Shelley. Mis amigos que estaban allí... ¿Están...?

Ni siquiera puedo formular la pregunta. Lágrimas calientes de preocupación queman mis ojos, y las parpadeo furiosamente. ¿Y si Rio me mintió cuando dijo que sobrevivieron? ¿Y si en realidad están muertos?

Felicity da unas palmaditas a mis dedos antes de apartar su brazo de mi agarre.

—Están bien. Bueno, tu amiga Shelley está bien. Le dispararon por encima de la cabeza, probablemente para asustarla y alejarla del vehículo, diría yo. David Trentham aparentemente se abalanzó sobre ellos, tratando de llegar a ti. Le dispararon en el muslo izquierdo. Estará bien, eventualmente. Tengo entendido que salió del hospital y se está recuperando en casa.

Oh, gracias a Dios. Están bien. Realmente están bien.

No me había dado cuenta de que había estado cargando tanta preocupación por ellos hasta este momento. Me desplomo en mi silla. Al menos Rio me dijo la verdad sobre eso.

La boca de Felicity se tensa.

—Ninguno de los dos está hablando. Creemos que Rio llegó a ellos de alguna manera. Ya sea con una amenaza o un soborno. Pero con tu ayuda...

Mete la mano dentro de su bolso, saca una pequeña tarjeta blanca y lisa, y la deja caer sobre el mostrador frente a mí.

—Tómala. Mi número está ahí, al igual que el de mi compañero. Llama a cualquiera de nosotros, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y te sacaremos de ahí, Bree.

¿Sacarme de ahí? —¿Qué significa eso exactamente?

—Podemos ponerte en un programa de protección de testigos. Protegerte de él, y luego cuando testifiques sobre lo que te hizo...

—¿*Testificar*? Espera un momento. No he aceptado eso.

Me mataría. Mataría a mis amigos. A mis colegas. Destruiría a todos y todo lo que una vez conocí si lo traiciono de esa manera.

Aunque todo en mí está gritando por ser rescatada de esta terrible situación con Rio, la repentina aproximación de esta mujer es algo que no sé muy bien cómo procesar. No la conozco de nada. No ha dicho para qué agencia federal trabaja, si es que trabaja para alguna.

—¿Trabajas para el FBI?

Una breve risa escapa de sus labios rubí. —No.

—¿Qué agencia federal, entonces? ¿Quién demonios eres?

Felicity me mira sin parpadear. —Ayúdanos, Bree, y nosotros te ayudaremos. Es una situación en la que todos ganan. Excepto ese criminal de Agosti.

Tiene sentido que testifique contra Rio por secuestrarme. Después de todo, él lo hizo. Puede que no haya ordenado a sus hombres que le dispararan a Dave, pero la realidad es que lo hicieron.

En este momento, justo ahora, tengo la oportunidad de abrir la boca y aceptar lo que Felicity me está pidiendo.

Mi mente divaga. *Solo di que sí. Solo di que sí. Dilo.*

De alguna manera, no puedo.

Una situación en la que todos ganan menos Rio.

Es como ese momento en el barco de Rio en el río cuando miré hacia las aguas turbias marrones. ¿Por qué no me tiré del barco ese día y me hundí bajo la superficie con al menos una oportunidad parcial de escapar? De huir.

No lo hice entonces, y todavía no sé exactamente por qué.

—¿Él iría a prisión? —Si lo traiciono. Si testifico.

—¿Con tu testimonio? Estoy segura de que sí. Una vez que hables, los demás también lo harán.

—¿Y qué? ¿Me pondrían en protección de testigos?

—Sí, como dije —el tono de Felicity es impaciente, y vuelve a mirar alrededor—. Estamos tardando demasiado. Ambas necesitamos

volver allá afuera, Bree, y...

—Por favor, no me llames así.

Frunce el ceño como si estuviera confundida. —¿Qué? ¿*Bree*?

—Mi nombre es Bianca. Aparentemente. No Bree. Aunque nunca lo supe hasta hace poco.

—Bueno. Está bien. *Bianca* —se pone de pie de un salto—. Piénsalo. Llámanos. Estaremos esperando.

Mientras sale del tocador, miro fijamente la tarjeta blanca frente a mí. Lentamente, la recojo, considerando qué hacer. La doblo por la mitad, y luego por la mitad otra vez. Finalmente, la meto en mi zapato. Cuando me dirijo hacia la puerta, tengo la extraña sensación de que me están quemando una marca en la planta del pie.

Y si alguien mira lo suficientemente de cerca, verá que la marca dice claramente: *traición*.

***

Rio

Danelli dijo que entró al baño hace más de diez minutos. ¿Qué demonios está haciendo? No hay ventanas de salida, así que sé que no puede haber escapado, pero ¿y si alguien ahí dentro la ha lastimado? Debería haber insistido en que Danelli incluyera al menos a una mujer en el equipo de seguridad. Me aseguraré de que lo haga en el futuro.

Abro la boca para ordenarle que entre a revisar cuando la puerta se abre. Una mujer rubia vestida de rojo sale y se dirige hacia un hombre que la espera. Lo saluda con un beso, y se van tomados de la mano.

Mi instinto se agita. Algo no está bien. Confío implícitamente en mi instinto.

—¡Sígueme adentro. Ahora! —lanzo la orden por encima de mi hombro, pero ya estoy entrando sin esperar a que mi segundo me siga.

Mientras irrumpo por la puerta, casi choco con Bianca, que está en el acto de alcanzar el pomo de la puerta.

—¡*Joder*! —giro, evitando por poco chocar con ella, luego la agarro por los brazos—. ¿Qué demonios te tomó tanto tiempo? Pensé...

Me interrumpo, odiando que mi voz y comportamiento muestren algo más que calma y control.

Su boca se entreabre mientras me mira con ojos grandes y asustados. Sus mejillas están pálidas y parece... petrificada, a falta de una mejor palabra.

—¿Estás bien? —espeto—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Aparte de que me has asustado. ¿Por qué crees que ha pasado algo? —Agarra su bolso con fuerza—. Me sentí un poco mal. ¿Quizás por el vino? Solo necesitaba unos minutos sin que todo el mundo viniera a preguntarme por *ti*.

—Ya veo. —Entrecierro los ojos—. Incluyendo a Carlos Rossi, según tengo entendido.

—Oh. —Al menos su palidez disminuye cuando sus mejillas se sonrojan ligeramente—. Sí. Lo siento por eso. Si algo debe ser un secreto, probablemente deberías hacérmelo saber en el futuro.

—No hay daño hecho. Llegó demasiado tarde para tener algún impacto en el resultado.

Le sostengo la puerta y volvemos a entrar en el salón de baile.

—¿El resultado de qué? —Sus manos se aferran a ese bolso; parece estar usándolo como un escudo—. Quiero decir, lo siento, no es asunto mío.

Por alguna razón, su curiosidad apenas disimulada me divierte en lugar de molestarme. Decido darle un poco de margen. —Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío. He recibido confirmación de algo que he sospechado durante mucho tiempo en relación con Carlos Rossi y sus hombres, y he arreglado un pequeño quid pro quo.

Se detiene en seco. —Pero... ¿estás diciendo que vas a... *matarlo* en represalia por algo que te hizo?

—Yo no he usado esa palabra, pequeña. No necesitas saber más. Excepto que debes ser consciente de que Rossi, como todos nosotros en este mundo nuestro, conoce la consecuencia de enfrentarse a la familia Agosti.

Ella retrocede ligeramente, y decido suavizar mis palabras con un toque de humor. —Además, no quería que ganara la apuesta que teníamos en juego. Parece ser un mal perdedor.

—¿Te refieres a la apuesta sobre *mí*? Mi nombre. El dinero de mi familia. —Su voz se aplana de repente, sin vacilación ni horror como hace unos momentos. Sus dedos se blanquean mientras se aferra a su bolso.

Mi instinto me dice de nuevo que algo no anda bien.

Le hago un gesto a Danelli, quien da un paso adelante. —Registra su bolso.

—Sí, jefe.

—Espera, no, yo... —Intenta retroceder, pero Danelli fácilmente le quita el bolso de sus dedos reticentes.

Hace un rápido trabajo de registro, luego se lo devuelve y niega con la cabeza.

Nada sospechoso.

—¿Acaso tu hombre se excita ahora estudiando mi lápiz labial y mis tampones?

Ignoro su infantil provocación y extiendo mi mano. —Me debes un baile, Bianca. Suponiendo que te sientas con ánimos, ¿no?

—¿Por qué no habría de estarlo?

Levanto las cejas. —Dijiste que te sentías mal. Y hay un tono en tu voz. Ligeramente antagónico.

—Bueno, ya sabes cómo es. Hablar de golpes y muerte. *Registrarme*. Pero mi malestar fue temporal. Estoy bien ahora. Vamos a bailar, Rio.

Ella coloca su mano en la mía y me permite llevarla a la pista de baile, pero cuando la tomo en mis brazos, está rígida y poco receptiva.

—Relájate —ordeno mientras la música cambia a un ritmo más lento. Su aroma se eleva y me envuelve, y aprieto mi agarre, sacudiéndola un poco cuando permanece impasible—. Tengo ganas de ponerte sobre mis rodillas, pajarito.

Después de un momento, cualquier tensión que la mantenía rígida comienza a disminuir.

—¿Lo prometes? —Su tono se ha vuelto seductor ahora en lugar de beligerante.

Parece haber superado el extraño humor en el que estaba minutos antes.

—Si lo deseas, entonces no es un verdadero castigo.

—Supongo que no. —Damos vueltas por la pista en silencio, y luego ella vuelve a hablar—. No me has llamado así mucho últimamente.

—¿Qué? ¿Pajarito? ¿No te gusta el término?

Ella niega con la cabeza. —Debería odiarlo. Lo que significa; lo que representa. Un pájaro enjaulado. Atrapado.

—¿Pero no lo odias?

Ella suelta un suspiro. —Quiero hacerlo, pero no. No lo odio. Hay algo en la forma en que lo dices...

—¿En serio, pajarito?

Esta vez, ella se estremece y presiona su cuerpo más firmemente contra mí. —Sí. En serio.

Permito que mi mano vague desde su cintura hasta su cadera. Es pequeña, pero tan curvilínea y femenina. —Entonces lo diré más a

menudo.

Deslizo mis dedos alrededor del borde de su vestido, disfrutando de la piel de gallina que se levanta en su piel. La espalda de su vestido es tan baja que puedo sentir donde comienza la curva de sus nalgas.

La golpeo ligeramente allí, disfrutando del pequeño maullido que escapa de sus labios. Me inclino y tomo brevemente su lóbulo de la oreja entre mis dientes, tirando suavemente. —Eres una bruja, pajarito. Atrayéndome con tu magia. Y sin embargo, te has portado muy bien esta noche. Estoy complacido contigo.

La música se eleva, y la conversación cesa mientras sucumbo a la sensación de mi hermosa esposa en mis brazos. Sé que Danelli y el equipo están vigilando a nuestro alrededor, y por unos minutos, me permito simplemente *sentir*.

Ella me está cambiando, esta mujer, de maneras sutiles, y no estoy seguro de si es para mejor o no. Tengo menos enfoque, menos control, cuando estoy cerca de ella. Tendré que volver a levantar mi guardia. Pronto.

Por ahora, al menos hasta que concluya esta canción, sostendré a Bianca y permitiré que algo más suave entre en mi consciencia.

Pero no olvidaré ese mensaje instintivo que mi intuición trataba de decirme antes cuando ella estaba en el baño.

Algo no anda bien. Algo malo se avecina.

Si ese instinto se relaciona específicamente con mi esposa, o con una amenaza menos obvia, está por verse.

Capítulo Veinte

«Perdónate por amar a la persona equivocada».
Anónimo

Bianca

Creo que Rio está ordenando un asesinato de otro hombre por una apuesta que hicieron. Sobre *mí*.

La náusea se agita en mi estómago mientras me hace girar en la pista de baile. No sé cómo librarme de la culpa por algo así. ¿Es eso a lo que se refería cuando mencionó el quid pro quo en relación con Rossi? ¿Y si lo consigue? ¿Y si acaba matando a alguien por *mi* culpa?

Antes fingía estar enferma para superar el impacto de ver a Rio solo segundos después de haber metido esa pequeña tarjeta blanca en mi zapato. Ahora, la enfermedad que agita mi estómago es real. Pero no puedo hacer nada al respecto. Al menos esta noche. Es demasiado tarde para llamar a Felicity y decirle que *sí*. Quiero ayuda. Quiero alejarme de esta locura.

Esta vida definida por la violencia.

Y, sin embargo, mientras Rio continúa sosteniéndome y guiándome por la pista, mi cuerpo comienza a relajarse, como si mi ser físico y mi mente fueran dos entidades separadas. Una no parece tener suficiente de él. La otra se siente repelida por quién y qué es él.

Ese término —pajarito— comenzó como una frase despectiva y controladora. Lo sé. Yo soy la que está en la jaula, y él tiene la llave. Ahora, hay algo más cuando lo dice, como si la puerta de la jaula se hubiera abierto y él estuviera tratando de atraerme hacia fuera.

Algo ha cambiado entre nosotros.

¿Es por eso que no hablé con Felicity? ¿Encontraré la fuerza para hacerlo en el futuro?

Las emociones se arremolinan dentro de mí, exacerbando mi náusea. La duda, la confusión, el miedo y el deseo se mezclan en una horrible y ardiente bola de tensión. Y aun así, a través de la tensión, me doy cuenta de que no quiero que Rio me suelte.

Sus brazos me rodean con firmeza; su aroma es casi reconfortante. Lo cual es ridículo dado quién y qué es él. Debería sentirme asqueada conmigo misma por dejar que un hombre así me toque; me sostenga. Me afecte de la manera en que lo hace. *Estoy* asqueada.

Pero cuando me mira ahora, a diferencia de cuando nos conocimos, hay algo real en su mirada. Es como si finalmente me viera —a la verdadera yo, y ahora hay destellos de emoción en su expresión que nunca estuvieron antes.

¿Lo he conmovido realmente de una manera positiva? ¿O es simplemente mi imaginación tratando de dar sentido a una situación horrible y encontrando deseo y necesidad mutuos donde realmente no existen?

—A veces tu rostro es un libro abierto, pero en otros momentos, no tengo idea de lo que estás pensando, Bianca. Te escondes de mí. Como ahora mismo...

Mueve una mano de mi cadera a mi rostro, acariciando mi mandíbula antes de forzar mi barbilla hacia arriba con uno de sus dedos. —¿Qué está pasando por tu mente en este momento?

Lo miro fijamente, a sus ojos, y creo ver un atisbo de pasión en lo profundo de su mirada. —Me pregunto si alguna vez veré al verdadero tú, Rio. Si alguna vez me dejarás entrar completamente.

No sé por qué digo eso. Sé que probablemente no es lo que él quiere o espera oír, pero en este momento, no parezco capaz de pronunciar nada más que la verdad.

Su boca se curva hacia arriba, solo por un segundo, pero cualquier destello de humor es tan raro que parece súper significativo viniendo de Rio. —Nunca dejo entrar a nadie, Bianca. Es así como he logrado mi posición y cómo me mantengo en la cima.

Otro giro, y luego se inclina para susurrar en mi oído: —Pero tú me intrigas. Mucho más de lo que esperaba, pajarito. Y hay algo en ti que me atrae, lo quiera o no.

La náusea en mi vientre retrocede, superada por repentinas mariposas mientras mi estómago da un vuelco y se asienta en el deseo.

Como si pudiera sentir mi necesidad, su agarre sobre mí se aprieta. —Es hora de ir a casa, esposa mía. Voy a hacerte gritar antes de que termine la noche.

—Sí, por favor. Llévame a casa, Rio. Quiero que me hagas gritar.

Pensaré en Carlos Rossi mañana. En Felicity y la sombría agencia federal para la que puede que trabaje o no. En asesinatos y violencia e imperios robados.

Y en un paralizante autodesprecio.

***

Rio

Bianca dice la palabra *casa* en relación con mi finca junto al río, y casi me deshace. Entrelazo mis dedos con los suyos y salgo a zancadas de la pista de baile, arrastrándola detrás de mí.

Le hago una señal a Danelli con un brusco asentimiento, y él toca su auricular antes de hablar subrepticiamente en el micrófono, presumiblemente diciéndole a alguien del equipo que traiga el coche a la entrada.

Hazme gritar, dijo ella. No puedo esperar para complacerla.

Bianca no se parece a ninguna otra mujer que haya conocido. No es ni inocente ni experimentada. Es ambas cosas, y ninguna. No puedo categorizar a esta mujer en mi cabeza.

Excepto por saber que no puedo parecer tener suficiente de ella. Y en ese hecho, bien podría ser mi perdición en algún momento en el futuro.

Para cuando llegamos a la entrada del hotel y el equipo de seguridad nos avisa que es seguro salir, la limusina nos está esperando. El chofer sostiene la puerta, y ayudo a Bianca a entrar antes de deslizarme detrás de ella. Cuando el chofer sube a su asiento, le ordeno que siga conduciendo hasta que yo le diga que se detenga, y luego cierro la mampara, dándonos privacidad a Bianca y a mí en la parte trasera.

—¿Conducir a dónde? —pregunta Bianca con curiosidad, su tono ligeramente sin aliento—. ¿No vamos de vuelta a tu finca?

—Ven aquí. —La jalo a través del asiento y la levanto sobre mi regazo en una posición que obliga a su hermoso vestido a subir por sus piernas y amontonarse alrededor de su cintura, exponiendo la suave piel de sus muslos.

—¡Oh! Yo... Te siento...

Su pequeña mueca de sorpresa ante mi miembro ya endurecido presionando ahora su núcleo es una invitación que no puedo ignorar. Capturo su boca en un beso, y ella instantáneamente suelta un pequeño sonido y comienza a devolverme el beso.

Agarro sus caderas y amaso su redondeado trasero, atrayendo su monte hacia mí mientras su cuerpo se mece ligeramente hacia adelante y hacia atrás. Lo está haciendo justo bien. *Jodidamente. Bien*.

Interrumpo nuestro beso para soltar una pequeña risa. —Aprendes rápido. —Mi voz es ronca, áspera.

—Dios, se siente tan bien, Rio. Tan bien. Estás tan duro, y listo...

—*Tú* me haces eso, pajarito. Con una mirada, un toque, o incluso ese gemido de tu garganta cuando te reclamo con mis besos.

—¿Te refieres a esto? —Bianca se inclina esta vez para apoderarse de mis labios, y cuando deslizo mi lengua en su boca para saborear su calidez, un pequeño gemido brota de su garganta y se pierde en la mía.

Oh, pequeña bruja, exactamente *así.*

Levanto una mano para acariciar uno de sus senos a través del vestido plateado, disfrutando de la curva que encaja perfectamente en mi palma, mientras deslizo las yemas de los dedos de mi otra mano por su muslo para rozar el trozo de encaje que cubre su sexo.

Incluso a través de la tela, siento su calor y su humedad. Está lista para mí, tan lista, y todo lo que hemos hecho es besarnos.

El aroma de su deseo se eleva a mi alrededor, y mi miembro se endurece por completo. Necesito estar dentro de ella.

Curvo mis dedos bajo sus bragas y me deslizo en su hendidura, rozando la humedad mientras ella interrumpe nuestro beso y se inclina ligeramente hacia atrás para permitirme un mejor acceso a su centro. Su cabeza cae hacia atrás, y alcanzo con mi otra mano para agarrar y quitar el clip de diamantes que sostiene su cabello.

La masa oscura cae por su espalda, rozando mi piel mientras deslizo los finos tirantes de su vestido por sus hombros. La tela cae, exponiendo sus hermosos senos.

Los pezones son de un rosa rosado, tensos y listos para ser succionados. Los rozo con un dedo, uno tras otro. —Estos son míos.

—Sí. Todos tuyos. —Su voz es entrecortada, sus ojos cerrados.

Me tomo un momento para estudiar sus rasgos: la delicada estructura ósea, sus labios anchos ligeramente separados, sus pecas que incluso con el maquillaje completo aún logran asomarse.

Todo en Bianca proclama tanto inocencia como seducción.

Todo en ella es diferente, nuevo. Emocionante.

Rápidamente, desabrocho mis pantalones, luego agarro sus caderas y la levanto, posicionando la entrada de su canal en la punta de mi miembro.

Sus ojos se abren de golpe, esas profundidades doradas y marrones no iluminadas por la ira por una vez. Esta vez, solo el deseo me devuelve la mirada.

—Ahora, fóllame, pajarito. Fuerte. Y no pares hasta que te dé permiso para hacerlo.

***

Bianca

Me hundo sobre la dura carne de Rio, y se siente tan condenadamente *correcto*. Me llena, profundo y doloroso, y por un momento, ni siquiera puedo moverme porque no quiero destruir la exquisita sensación de convertirme en uno con otro ser. Convertirme en uno... con *él*.

Luego sus dedos se aprietan en mi trasero, instándome a moverme, y ya no puedo mantener la quietud. Él empuja debajo de mí, sacudiéndome hacia arriba, y comienzo a moverme, tratando de encontrarme con él embestida tras embestida mientras me balanceo hacia adelante y hacia atrás y me froto con fuerza contra él.

Sus manos están en todas partes, en mis caderas, mi trasero, luego suben a mis senos mientras agarra y amasa mi carne. Inclina su cabeza y toma uno de mis pezones erguidos en su boca, succionándolo con tanta fuerza que el deseo se mezcla con el dolor.

Me encanta. No hay separación entre los dos. Dolor y placer. Se entremezclan, y me muevo más rápido, más violentamente, mientras él bombea con más fuerza dentro de mí.

—Oh, Dios, Rio. Duele, pero se siente tan bien. Tan jodidamente bien...

Su respiración está tan entrecortada como la mía. Me encanta tener ese efecto en él. Que nos afectemos mutuamente de la misma manera loca.

—Córrete para mí, Bianca. Córrete para mí. *Ahora mismo*.

Su orden me lleva al borde del orgasmo, y comienzo a sacudirme y a gritar. Luego el calor arde dentro de mí mientras él gime y libera su semilla, y el momento se convierte en algo más. Algo tan intenso que ni siquiera puedo describirlo.

Un grito erupciona mientras todo lo que he estado conteniendo firmemente dentro de mí se rompe y se desmorona. El sonido reverbera alrededor del espacio confinado de la limusina, una y otra vez. No puedo detenerlo, no puedo dejar de gritar... Es como si mi clímax hubiera abierto las compuertas, y simplemente no puedo *parar*...

Su boca aplasta la mía, llevándose mi sonido dentro de él, silenciándome con sus labios, dientes y lengua. Eventualmente, las sensaciones dentro de mi cuerpo comienzan a disminuir, y caigo hacia adelante sobre su pecho, permitiendo que mi cabeza se acurruque en el hueco de su hombro. Escuchando nuestras respiraciones entrecortadas finalmente comenzar a calmarse.

Nos quedamos así por varios minutos. Él todavía está dentro de mí, pero incluso cuando me doy cuenta de eso, se desliza hacia afuera y me mueve de su regazo al asiento a su lado. Pasamos un par de minutos arreglando nuestra ropa, y luego me alejo de él, inexplicablemente avergonzada.

Mi reacción fue exagerada. Y, sin embargo, no podía detener esos gritos que salían de mí más de lo que podía dejar de... bueno... respirar.

Sus dedos rozan mi espalda, solo brevemente, como si quisiera proporcionar consuelo pero no supiera cómo. Luego su mano se aleja, y se inclina hacia adelante para golpear en la ventana divisoria.

Cuando se baja, mantengo la mirada desviada, esperando que el conductor no pudiera ver ni oír lo que estaba sucediendo detrás de él. Saber lo que probablemente está sucediendo y verlo u oírlo directamente son dos niveles diferentes de incomodidad.

—Llévanos a la finca.

—Inmediatamente, señor.

La ventana vuelve a subir, y una vez más estamos encerrados en este pequeño capullo. Un capullo que ahora huele a sexo y satisfacción.

—Te hice gritar.

Dejo escapar una risa ante el tono de suficiencia en su voz. —Sí, en efecto lo hiciste. —No puedo resistir mirarlo. —Fue demasiado, lo sé.

Una sola sacudida de su cabeza me sorprende. —No. Me gusta el sonido de tus gritos. Quiero más de eso, Bianca.

—Oh. —Me quedo sentada en silencio por un momento, digiriendo eso. Luego digo con sinceridad—: Yo también, Rio. Mucho más.

Incluso mientras digo las palabras, la voz de Felicity hace eco en mi cabeza.

Necesitamos que testifiques contra tu esposo. Estaremos esperando tu llamada.

No puedo evitar preguntarme si mis futuros gritos serán inducidos solo por el deseo. Si me pongo del lado malo de Rio, bien podrían ser inducidos por algo mucho más aterrador que hacer el amor con un jefe de la mafia.

Capítulo Veintiuno

«Quien fuiste, quien eres y quien serás son tres personas diferentes».

Desconocido

Bianca

Me quedo boquiabierta ante la caja que contiene el teléfono móvil sobre el amplio escritorio frente a mí, preguntándome si esto es una trampa.

Estoy en la oficina de Rio en la ciudad, la que está encima de su club nocturno, y el sol de la tarde se cuela por los ventanales que van del suelo al techo cerca del sofá de cuero. Un par de sus matones me trajeron aquí hace unos minutos.

En un momento estaba sentada fuera en el balcón de mi suite en la finca, viendo cómo la brisa agitaba los árboles junto al río mientras terminaba mi almuerzo de ensalada de pollo, y al siguiente me estaban escoltando abajo y metiendo en un coche negro que esperaba, para traerme aquí, al club donde me llevaron por primera vez hace todas esas semanas, atada como un pavo de Navidad.

¿Semanas? He perdido un poco la noción del tiempo, pero creo que el secuestro pudo haber sido hace unos dos meses.

—¿Es esto real? ¿Qué es esto, Rio?

Él gruñe ante mi evidente conmoción y me estudia, juntando las puntas de los dedos bajo su barbilla.

—¿Qué parece? Te estoy dando un teléfono móvil, Bianca.

—Pero creía que no confiabas en mí —Temo extender la mano y tocarlo por si el teléfono desaparece mágicamente. Lo deseo *tanto*.

—Te has ganado algo de confianza. Primero por tu comportamiento en la gala hace dos semanas, y en las salidas que has tenido desde entonces.

Pienso en las pocas salidas que me han permitido. Un par de veces pedí ir a un centro comercial solo porque quería sentirme normal. No es posible cuando estás flanqueada por matones de seguridad todo el tiempo, pero al menos era otra conexión con el mundo exterior.

Y luego ha habido una visita de vuelta aquí al club antes de hoy, donde Rio se reunió una noche con un contingente de empresarios y pareció querer exhibirme en ese momento.

Podría haber huido en cualquiera de los viajes al centro comercial, aunque con dificultad dado el constante escrutinio cada vez que salgo de la finca, pero siempre hay oportunidades para escabullirse entre la multitud. Incluso los mejores agentes de seguridad necesitan apartar la vista del objetivo ocasionalmente, aunque solo sea para escanear su entorno.

Pero elegí no huir. Y creo que finalmente he descubierto por qué.

Estuve convencida durante mucho tiempo de que tenía síndrome de Estocolmo, pero durante mis muchas horas de soledad, he llegado a la conclusión de que la necesidad de quedarme tiene algo que ver con mi herencia. Mi identidad. Tuve una familia de nacimiento, tuve *padres*, que no me abandonaron como siempre pensé. No fue por falta de amor que me entregaron a esa iglesia.

En cambio, fueron asesinados, y mi niñera intentó salvarme del mismo destino escondiéndome. Necesito saber más. Necesito averiguar quién es realmente Bianca Carlotti, y la mejor manera en que puedo hacerlo por ahora es quedarme aquí y aprender más sobre esta extraña vida mafiosa en la que aparentemente nací.

Quedarme no tiene nada que ver con mis complicados sentimientos hacia Rio. Toda esa cosa de amor-odio que amenaza con volverme loca. No. Por supuesto que no.

Mentalmente pongo los ojos en blanco ante mi propia mentira descarada.

—Esta es tu recompensa por buen comportamiento —dice Rio, empujando la caja hacia mí—. Tómala.

Algo tan simple como un teléfono móvil no debería crear tanta emoción y alegría. Cojo la caja con dedos temblorosos.

—Gracias —Se me ocurre una idea—. Supongo que monitorizarás su uso.

Una casi sonrisa revolotea en sus labios.

—Supones correctamente. No confío en ninguna persona al cien por cien.

No sé por qué esa declaración me divierte, pero me encuentro sacudiendo la cabeza y riendo.

—No. ¿Por qué lo harías? Aun así, aprecio esto.

Mucho más de lo que sabes. Una conexión real con el mundo exterior. Por fin.

Él asiente a Danelli, que está de pie en silencio junto a la puerta de la oficina, y sé que esa es mi señal para irme. Aprieto la caja contra mi pecho y me dirijo a la puerta. Su oficina es hermosa, toda de madera oscura, muebles lujosos y obras de arte caras. No es de extrañar que disfrute haciendo negocios desde aquí cuando puede.

En la puerta, me detengo y me vuelvo. Ya que se siente generoso, bien podría preguntar.

—¿Estaría bien si llamo a mi viejo amigo Dave? Y, tal vez, ¿quedar con él para tomar un café rápido algún día? Solo, ya sabes, para asegurarme de que se está recuperando bien del disparo —*De tus hombres*.

No digo esa última parte en voz alta, pero Danelli aspira bruscamente como si hubiera pedido algo completamente impactante. Tal vez lo he hecho. Tal vez en este mundo, la gente no «toma café». O tiene amistades platónicas.

O hace seguimiento de sus víctimas de disparos.

Rio solo me mira con esos ojos oscurecidos y esa expresión inescrutable, y finalmente dice:

—Sí. Eso es aceptable.

Luego baja la mirada a un conjunto de papeles frente a él en el escritorio, y sé que he sido despedida.

Mientras Danelli me acompaña al ascensor donde uno de sus hombres se adelanta para hacerse cargo del deber de acompañante, me toca ligeramente el brazo.

—Nunca lo he visto tratar a nadie con la indulgencia con la que te trata a ti.

Estoy tentada de bromear-no-bromear con una respuesta del estilo: *¿Qué? ¿Te refieres al secuestro, al matrimonio forzado y al estilo de vida carcelario desde entonces?*

Al final, me quedo en silencio y solo asiento porque sé a lo que se refiere Danelli. Rio está demostrando ser un ser humano complejo, y está claro que no da su confianza a la ligera. Incluso si, según los estándares de la sociedad normal, mi marido es un monstruo, parece haberse suavizado un poco cuando se trata de mí. Un hecho que me fascina tanto como me repele.

Hay una gran responsabilidad sobre los hombros de uno si un monstruo deposita su confianza en ti.

—Que Dios te ayude si alguna vez traicionas al hombre. Ten eso en cuenta, Bianca, por tu propia seguridad. Estás empezando a caerme bien, y no quiero tener que matarte.

***

Espero hasta estar de vuelta en la finca y sola en mi suite antes de llamar a Dave. Me siento notablemente ansiosa por el próximo contacto, como si mi vida antigua y mi nueva vida estuvieran a punto de chocar, y yo pudiera terminar como daño colateral en algún lugar en medio de las dos.

No quiero tener que matarte.

Ciertamente espero que no, Danelli.

La conversación entre Dave y yo es incómoda; mucho más forzada de lo que esperaba o deseaba. Pero claro, desde su punto de vista,

la última vez que me vio me estaban metiendo a punta de pistola en el maletero de un coche, y cuando intentó lanzarse para salvarme, le dispararon por sus esfuerzos. Luego, de repente, aparezco en los medios, recién casada con el tipo que ordenó mi secuestro.

¿Qué habrá pensado?

Es un milagro que siquiera atienda mi llamada.

—¿Estás realmente bien? —le pregunto por tercera o cuarta vez, después de que finalmente accede a encontrarse conmigo en Happy Beans, una cafetería cerca de mi antiguo lugar de trabajo.

El personal del centro de rescate solía ir allí por café todo el tiempo, y todavía puedo recordar las preferencias de bebidas de la mayoría de mis compañeros de trabajo.

Me gusta la idea de volver allí para encontrarme con Dave, pero al mismo tiempo, espero no toparme con nadie más de Lots of Paws. ¿Cómo puedo explicar mi situación actual de una manera que tenga sentido? Apenas puedo entenderla yo misma.

—Ya te lo he dicho, Bree. Voy mejorando. Mucho mejor que hace unas semanas.

—Vale, bien. Eso es realmente bueno. —Sueno tan patética que quiero darme un golpe en la cabeza—. ¿Y qué hay de Shelley? Ella no, eh, fue...

No puedo decirlo en voz alta. Lo hace todo demasiado real.

—¿Disparada? —Dave lo dice por mí—. No, ella no. Yo fui el desafortunado.

Su tono es irónico; ligeramente amargo.

—Lo siento mucho —susurro—. Lo siento mucho.

No sé qué más decir. Nunca supe que era secretamente una bebé de la Mafia, arrebatada al nacer y plantada en una supuesta vida "normal". No lo sabía.

—No es tu culpa, Bree. ¿O debería llamarte *Bianca*? —La pregunta debe ser retórica; no espera una respuesta—. Y aunque a Shelley no

le dispararon, no lo está llevando muy bien, para ser honesto. Dejó su trabajo hace unas semanas. Citó el TEPT como razón. Cada vez que se presentaba a trabajar, aparentemente todo lo que podía pensar era en hombres grandes con armas grandes, y seguía reviviendo el momento en que pensó que moriría. Al igual que yo.

—¿Cuando vuelves a Lots of Paws, quieres decir?

—No. Quiero decir todo el tiempo.

Oh.

—No he vuelto, Bree. No he sido capaz de poner un pie de nuevo en esa acera, mucho menos entrar por la puerta del trabajo. Revivo ese momento cada noche cuando cierro los ojos.

Abro la boca para responder, pero no sale nada. Rio les hizo eso. Mi marido les arrebató la inocencia y les dio pesadillas que probablemente tendrán el resto de sus vidas. Mi marido, cuyo comportamiento estoy como que aprobando al quedarme aquí con él y no intentar escapar.

No "como que", corrijo mis pensamientos. *Al menos sé honesta*.

Mi presencia *aprueba* su abominable comportamiento. Y eso debe ser horrible para Dave y Shelley.

En el silencio que sigue, Dave ríe sin humor. —Muy bien, entonces. Nos vemos el viernes en Happy Beans, Bree.

Cuelga antes de que tenga la oportunidad de responder.

***

Rio

Solo el tiempo dirá si he cometido un grave error al confiar en Bianca con su propio teléfono móvil. Pero la creciente emoción en su expresión cuando se dio cuenta de que el teléfono era suyo provocó un escalofrío de algo inesperado en mi pecho.

Tendré que crear más momentos como ese para mi esposa. Disfruto de su sonrisa cuando se vuelve genuina en lugar de forzada. La

transforma en una verdadera belleza y me recuerda su relativa inocencia en nuestra noche de bodas.

Un repentino dolor en mi polla me recuerda que me salté su cama anoche. No me abstendré esta noche. Mi cuerpo la anhela, como un adicto necesitando su dosis.

Un tono de llamada estridente interrumpe el tren lujurioso de mis pensamientos, el sonido anunciando que mi interlocutor no es un miembro inmediato de la familia. A todos ellos se les ha asignado un tono de pitido bajo. Este será uno del equipo de Danelli. Pero entonces, ya lo sé. He estado esperando esta llamada durante la última hora.

Presiono el botón de respuesta. —¿Está ahí?

—Sí, Jefe —llega la respuesta—. El cargamento llegó a los muelles exactamente a la hora que dijeron. Cuatro contenedores. Los hemos revisado. Está todo ahí.

—Bien. Que Danelli contacte al comprador y arregle un encuentro. Aquí en mi club, el sábado por la noche.

—Lo haré.

He estado distraído con pensamientos sobre Bianca, encontrándome cuestionando cada decisión que tomo y preguntándome qué pensará ella. ¿Me juzgará? ¿Me mirará con fuego y pasión en sus ojos, o solo veré censura?

En este caso, tendría poco motivo para censurarme. Un cargamento de equipos para amueblar un nuevo establecimiento de juego difícilmente es lo mismo que un envío de drogas o armas. De hecho, sería completamente legal, excepto que el comercio de equipos de juego está resultando ser una forma razonable de canalizar dinero de algunas de nuestras ramas menos saludables de la empresa mientras hacemos la transición a algo más legítimo.

La mayor parte de nuestro negocio estos días está digitalizado, se realiza en línea. Envíos como el actual se están volviendo más raros. Los envíos físicos que pueden ser rastreados significan que más

cosas pueden salir mal, y hacen mucho más difícil permanecer bajo el radar de las diversas agencias que estarían encantadas de derribar a la familia Agosti por cualquier medio posible.

A pesar de la naturaleza mayormente legal de este envío en particular, mi instinto me dice que algo anda mal esta semana. No puedo señalar exactamente qué es lo que ha levantado mis sospechas. He tratado con este comprador en particular —de la familia Carbone— varias veces a lo largo de los años. No creo que mi inquietud provenga de esa dirección.

Carlos Rossi ha estado manteniendo un perfil muy bajo últimamente. Tengo planes en marcha que lo involucran, pero aún no he dado la orden de seguir adelante con esos planes, y no creo que él esté al tanto de lo que se avecina.

Pero aun así, mi instinto dice *cuidado*. Solo he ignorado mi instinto una vez antes, y mi falta de acción hizo que mataran a mis padres. Sabía que algo andaba mal esa noche, y en lugar de contactar a mi padre para hacérselo saber, deseché mis preocupaciones como estúpidas y sin importancia y pasé la noche de fiesta en un hotel de Nueva York con tres mujeres dispuestas.

Mientras el rival de mi padre lo abatía a tiros durante la cena y acabó con mi madre cuando ella se lanzó frente a mi padre para intentar —en vano— salvarlo.

No volveré a cometer ese error.

Necesito dejar de pensar en el sexo con mi esposa y volver a concentrarme en los asuntos de negocios antes de que mueran las personas equivocadas.

Capítulo Veintidós

—Las comodidades del pasado deben dejarse atrás para alcanzar los sueños del futuro—.

Desconocido

Bianca

Cuatro de los hombres de Rio me acompañan a la cafetería Happy Beans. Al menos no intentan sentarse en la misma mesa que yo, aunque hacen una revisión bastante obvia del lugar cuando llegamos, y me dictan dónde debo sentarme.

Luego, una pareja se desliza en el reservado detrás del mío, y la otra pareja toma posición en una mesa cerca de la puerta.

¿Qué harían si me levantara y me sentara en un lugar diferente al que me ordenaron? A juzgar por sus expresiones impasibles pero alertas, puedo adivinar que no me gustaría el resultado. Probablemente implicaría que me metieran de vuelta en ese SUV negro de afuera y más tiempo en aislamiento en la finca de Rio, contemplando el error de mis acciones.

Me siento en silencio hasta que Dave llega, casi diez minutos después de la hora acordada. Justo cuando he llegado a la conclusión de que debe haber decidido dejarme plantada, entra en la cafetería. Se detiene y mira alrededor por un momento, como si no estuviera seguro de quedarse o no. Luego me ve y avanza.

Está usando un bastón, y su progreso cojeando a través del café es lento. A pesar de que es alto y está decentemente construido, parece más pequeño de lo que recuerdo. Menos viril. Mi corazón duele por lo que podría haber sido entre nosotros.

Lo que probablemente *habría* sido, hasta que Rio hizo pedazos nuestras vidas.

Ese interés naciente que sentí en mi cumpleaños —la esperanza de que Dave finalmente me invitara a salir y pudiéramos explorar el hilo

de atracción entre nosotros— se ha ido. Ahogado en la estela del tsunami que Rio desató sobre mi vida, mi cuerpo... y mi corazón.

Finalmente, Dave llega a mi mesa y se queda allí, mirándome. ¿Se estará preguntando si debería abrazarme o no? Me pongo de pie de un salto, con la intención de tomar la iniciativa, pero él retrocede, y me quedo congelada ante el inesperado desaire.

Se desliza en el reservado, inclinando su pierna lesionada para que sobresalga un poco. Y me quedo allí parada sintiéndome tonta por esperar un abrazo dadas las circunstancias. ¿Por qué diablos me abrazaría? Probablemente me odie por lo que él cree que es una traición a nuestra amistad.

Me *casé* con el hombre que ordenó que le dispararan. Y sí, me obligaron a casarme con Rio, pero con al menos un par de oportunidades para huir desde entonces, tengo que aceptar la responsabilidad por el hecho de que he elegido quedarme.

Lentamente, me deslizo de vuelta a mi asiento, con las mejillas calientes. —Lo siento, solo pensé...

No sé qué planeaba decir mi cerebro confuso. Mis pensamientos están dando vueltas al verlo. Mi vida real de repente se siente como un recuerdo lejano, y no sé exactamente cómo reconectarme con la parte de mí que era Bree, o cómo reconectarme con Dave, para el caso.

Su mirada es de reproche mientras se acomoda y me mira fijamente. —Viniste aquí con los mismos hombres grandes y sus armas que pueblan mis pesadillas —dice, y miro alrededor a los matones, el horror filtrándose a través de mí.

—Oh, Dios mío. ¿Fue uno de estos tipos? —Toda esa experiencia fue un borrón de terror. No creo que Rio asignara a ninguno de los hombres de esa noche para vigilarme ahora. ¿Lo haría?

Mientras encuentro la mirada de uno de los matones que tomaron el reservado de al lado, el tipo —creo que su nombre es Leon— discretamente sacude la cabeza.

Bien. Ninguno de estos tipos, entonces. El alivio afloja mis músculos, y me recuesto contra el asiento del banco. Luego me siento cuando me golpea la realización. Oh. Así que realmente están escuchando.

Mientras proceso eso, Dave suelta un resoplido. —Estoy tratando de no mirarlos en absoluto, Bree. No lo dije literalmente. Lo dije metafóricamente. ¿Están aquí para proteger el nuevo activo marital de Gregorio Agosti? ¿Su *esposa*?

Casi escupe cuando dice el nombre de Rio. Frunzo el ceño ante la virulencia, tratando de dirigir la conversación hacia algo menos controvertido que las armas y mi marido.

—Ya pedí nuestros cafés —digo—. Los mismos que siempre tomábamos en el pasado. ¿Espero que esté bien?

La duda me asalta. Debería haber esperado. Por lo que sé, ahora podría odiar los lattes con un ligero espolvoreo de chocolate encima y solo beber té.

—Está bien, Bree. Gracias. De hecho, es bueno verte.

¿En serio? Me habría engañado.

Ante mis cejas levantadas, se ríe. El sonido seco parece liberar un poco de la tensión que nos ha mantenido a ambos desde que entró.

Se inclina hacia adelante, ajustando su posición y poniendo sus manos sobre la mesa, y por impulso, me estiro y agarro sus dedos. Se sobresalta bajo mi agarre, luego se calma, permitiendo el contacto.

—Pensé que te encontrarían muerta después de esa noche —admite —. ¿Sabías que venían por ti?

Suelto sus manos y meto las mías firmemente en mi regazo. Mejor para ocultar el temblor. —¡Por supuesto que no lo sabía! Nunca he tenido nada que ver con... bueno, ya sabes...

—¿La mafia? Ja. Yo tampoco. Hasta esa noche.

—¿Estás realmente bien, Dave? ¿Te estás curando?

Asiente. —Sí. Los médicos dijeron que probablemente tendré una cojera permanente, pero no siempre necesitaré esto. —Golpea la cabeza del bastón, apoyado contra el lado del asiento del banco—. Solo tomará tiempo, y un montón de terapia física, para recuperar la fuerza y el tono muscular.

—Eso es bueno. Quiero decir, no lo de la cojera, pero el hecho de que se curará en su mayoría.

La camarera llega en ese momento para dejar nuestros cafés en la mesa y, cuando declinamos la comida, se aleja para tomar un pedido de otra mesa.

—Leí sobre tu pasado en los medios —dice, sin tocar su bebida—. Está por todo internet. El hecho de que alguna vez fuiste una Carlotti. Una princesa de la mafia. Hice algunas investigaciones mientras me recuperaba. Esa familia —*tu* familia, supongo— aparentemente alguna vez fue tan poderosa como los Agosti lo son hoy.

—Sí, eso me han dicho. Los medios han estado disfrutando el hecho de que surgí aparentemente de la nada.

—Y no puedes negar que están fascinados por el hecho de que te casaste con el bastardo que te secuestró de la calle. Te *casaste* con él, Bree? Vamos. ¿Por qué *coño* harías eso?

El dolor oscurece su expresión, y me envuelvo con los brazos alrededor del medio, tratando de contener el sollozo que quiere estallar libre.

Esa es la pregunta del millón de dólares.

Decido ser lo más sincera posible con él. No se merece menos de mí. Después de todo, intentó salvarme la vida aquel día, y tiene derecho a su amargura ahora.

—Al principio, creo que estaba en estado de shock —mi voz suena ronca, y me aclaro la garganta antes de continuar—. Estaba entumecida. Luego, completamente aterrorizada. Después me enojé. Tan condenadamente enojada. Intenté escapar una vez. Pero Rio

hizo lo que mejor sabe hacer. Amenazó con lastimar a las personas que me importan si no hacía lo que él ordenaba. A ti, a Shelley y a todos los que trabajan en Lots of Paws. Probablemente a mi padre también, si alguna vez puede encontrarlo en las remotas montañas de Tailandia.

—Luego, al descubrir que había nacido como Bianca Carlotti, me di cuenta de que no había sido abandonada por mis padres biológicos como siempre había pensado. Quiero saber más sobre quién era, quién *soy*. Y aprender todo lo que pueda sobre mi familia biológica. Hay personas en el círculo de Rio que los conocieron, Dave. Stefano y Rina Carlotti. Eran reales y, por lo que he escuchado hasta ahora, realmente me amaban. Me entregaron a la niñera para esconderme porque sospechaban lo que se avecinaba y querían protegerme.

Parpadeo con fuerza, decidida a no llorar. Además, necesito reunir valor para la siguiente parte, que es mucho más difícil de admitir ante alguien que no sea yo misma.

Tomo una respiración profunda y la dejo salir lentamente.

—Más tarde, descubrí que había algo en Rio... algo que me atraía y me retenía... algo que nunca antes había sentido...

—¿Qué? ¿*Amor*? —su tono es despectivo hasta que mira profundamente en mis ojos y lee la verdad enterrada allí.

—*Jesús*, Bree. ¿Realmente lo *amas*? ¿Tú, joder, amas a *Rio Agosti*? —su labio se curva hacia arriba, transformando su rostro en una expresión que solo puede describirse como asqueada.

Me siento más erguida en mi asiento.

—Por favor, no me llames Bree, Dave. Si has estado leyendo sobre mí, entonces sabes que ahora uso el nombre de Bianca.

Su boca se tensa.

—Vaya. No tengo palabras. Quiero decir, *vaya* —levanta una mano y se la pasa por el pelo, dejando el mechón rubio más despeinado de lo habitual—. Has cambiado, Bree. Quiero decir, *Bianca*. Nunca

esperé eso de ti. Es un *asesino*, por el amor de Dios. Un criminal común. Un...

—Rio Agosti es muchas cosas, pero no es *común*. Y por terrible que haya sido toda esta situación en los últimos dos meses, ahora también es mi esposo.

Dave me mira boquiabierto como si ya no supiera quién soy, y luego sacude la cabeza.

—Realmente te ha manipulado, ¿verdad? Jesús, la Bree que yo conocía nunca se habría dejado caer bajo el hechizo de un asesino de la mafia. *Nunca*.

Me deslizo fuera del reservado y me pongo de pie, dejando mi café sin tocar. Esta reunión fue claramente un gran error. Debería haberlo dejado en la llamada telefónica.

—El asunto es, Dave, que no soy Bree. Ya no. Y supongo que nunca conociste a la verdadera yo. Lo cual no es sorprendente, dado que *yo* tampoco conocía a la verdadera yo. Simplemente no me di cuenta de eso hasta que conocí a Rio.

Asiento a Leon, el tipo de seguridad que respondió a mi pregunta no formulada antes, indicando que estoy lista para irme.

—Lamento mucho que te hayas lastimado, Dave. Es realmente terrible lo que te pasó. Y lamento que Shelley esté experimentando TEPT. Sospecho que yo también lo tendré, en algún momento, cuando todo esté dicho y hecho y deje de reprimir todo.

—Pero necesito averiguar más sobre quién soy, y... y... Sí, odio quién es él y mucho de lo que hace, pero *me he* enamorado de Rio. Nunca quise ni esperé hacerlo, pero así es. Y necesito entender lo que eso significa para mí de ahora en adelante.

Levanto la barbilla y me alejo de Dave y su expresión aún horrorizada. Lejos de mi antigua vida. Lejos de todo lo seguro y familiar. Lejos de todas las esperanzas y sueños sobre mi futuro y las cosas hermosas que solía pensar que mi futuro podría contener.

Y apenas puedo ver la salida por mis lágrimas.

Capítulo Veintitrés

«... no hay giros equivocados, solo caminos inesperados».
Mark Nepo

Bianca

Paso las siguientes veinticuatro horas encerrada en mi suite, llorando silenciosamente sobre las almohadas por la pérdida de mi inocencia. Así es como la veo: *Bree*. Era mi lado inocente. Antes de Rio.

No creo que ella siga dentro de mí, pero aún no sé quién y qué es Bianca. Rechazo la cena, para disgusto de Francine, y paso la mayor parte de la noche acurrucada en posición fetal en medio de mi enorme cama, preguntándome si Rio vendrá a visitarme.

Rezando para que no lo haga, porque no tengo la fuerza emocional para lidiar con su presencia omnipresente en este momento.

Devastada cuando no lo hace. Porque cada átomo de mi cuerpo lo anhela, en cada momento de vigilia. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido a mi cama como lo ha hecho la mayoría de las noches en las últimas semanas? ¿Ha encontrado a alguien más, ahora que ya no me necesita para ceder el negocio de mi familia?

Dios, soy un desastre. Soy un maldito desastre emocional.

En algún momento cerca del amanecer, finalmente me quedo dormida, solo para despertar sobresaltada unas horas después cuando una súbita realización me golpea.

Me siento de golpe, agarrándome el vientre. Tengo tres semanas de retraso en mi ciclo.

La sangre se drena de mis mejillas, y siento como si estuviera a punto de desmayarme. Me tambaleo hacia el baño y me salpico agua fría en la cara antes de mirar mi reflejo en el enorme espejo de bordes dorados sobre el lavabo.

Unos ojos conmocionados me devuelven la mirada. Podría estar llevando al hijo de Rio.

Francine elige ese momento inoportuno para tocar y entrar en mi suite. La oigo moverse por la zona del salón, abriendo las puertas del balcón para dejar entrar la brisa matutina como hace todos los días si el clima es agradable. Tararea un poco, el tintineo de la vajilla y los cubiertos indica que está preparando mi desayuno en la mesa cerca de la ventana.

Suena más feliz de lo habitual. Me pregunto qué lo habrá provocado. No puede ser nada relacionado conmigo. Curvo mi mano protectoramente alrededor de mi estómago. Ella no sabe que la vida como la conocemos todos puede estar a punto de cambiar para siempre.

Me tomo un minuto o dos extra para secarme la cara antes de salir a saludarla. Sin duda me obligará a comer, dado que me salté la cena anoche, y el conocimiento envía una nueva oleada de náuseas a través de mi sistema.

No es de extrañar que haya tenido episodios de malestar últimamente, si realmente estoy embarazada. Había atribuido mi falta de apetito a la ansiedad, pero ahora...

No puedo procesar la idea de que realmente pueda estar llevando al hijo de Rio. Cambiará todo si es así.

Voy a tener que hacerme una prueba, de alguna manera, sin que nadie más se entere.

Tomo un par de respiraciones profundas, y cuando me siento estable, me dirijo al salón.

—Buenos días, Francine —estoy orgullosa de lo tranquila que sueno, cuando por dentro estoy temblando con tantas emociones revueltas —. Suenas alegre hoy.

—Buenos días. *Estoy* sintiéndome... alegre, como usted dice. Tommaso llega hoy para una visita más larga. Como sabe, la última vez solo se quedó brevemente para asistir a la boda de Rio.

Y la mía. Me muerdo una sonrisa. Está tan enfocada en su familia, pero claramente, aún no he sido aceptada en su mente como parte de ese círculo élite.

—Eso es emocionante para usted, Francine.

Tomo asiento en la mesa del desayuno, complacida de ver tostadas como parte de la oferta esta mañana. Puedo manejar las tostadas. Creo.

—Lo es —me lanza una gran sonrisa que parece genuina, y la vista es tan inesperada en su rostro habitualmente sombrío que casi me río—. Él dirige la rama de Filadelfia del negocio para Rio, y no lo veo tan a menudo como me gustaría.

Su sonrisa desaparece tan rápido como vino. —Tendrá que comer hoy, querida. Rio se quedó en la ciudad anoche, preparándose para algo esta noche. Ha pedido que lo acompañe en su club más tarde, así que necesitará un sustento adecuado hoy.

—¿Sabe qué es lo que tiene planeado? ¿Para qué me quiere allí?

La expresión de Francine no cambia. —No pregunto los detalles, querida. Pero será tarde, creo. Y tendrá que arreglarse. Volveré más tarde para ayudarla, si lo necesita.

Una oleada de gratitud me invade, y con ella, tristeza por la mujer frente a mí. La pregunta sale de mí sin pensarlo. —¿No quiere *más* que simplemente ser el ama de llaves de Rio, Francine? ¿Tiene su propia casa, e intereses, y... bueno, vida? ¿No podría mudarse a Filadelfia para estar más cerca de Tommaso?

Me callo ante la mirada de asombro en sus ojos.

—Este *es* mi hogar. Rio, sus hermanos y hermana... los amo a todos tanto como a mi propio hijo. Haría cualquier cosa por cualquiera de ellos. Este es mi mundo, Bianca, y soy feliz en un papel donde puedo ser de servicio.

Se gira para irse, claramente molesta.

—Lo siento —le grito cuando llega a la puerta—. No quería molestarla. Solo... bueno, realmente quería darle las gracias por cuidarme tan bien.

Algo se suaviza en su expresión. —De nada, querida. Puedo notar que Rio está muy encariñado con usted, y eso es importante para todos aquí. Creo que, con el tiempo, usted y él encontrarán la verdadera felicidad juntos.

¿Felicidad? ¿Con Rio? Mi mano inadvertidamente va a mi estómago, y descanso mis dedos sobre el área donde un bebé podría estar creciendo. Necesito saber, de una manera u otra.

—¿Le importaría preguntar al equipo de seguridad de turno si me llevarían de compras hoy?

Sus ojos inmediatamente se entrecierran como si sospechara un truco.

—Me sentía un poco deprimida anoche, pero estoy segura de que algo de terapia de compras ayudará a alegrar mi estado de ánimo. Volveré con tiempo de sobra para prepararme para visitar a Rio en el club. ¿Por favor?

Después de un momento, asiente. —Muy bien —mira significativamente la comida que queda en la mesa—. Siempre y cuando coma.

Como respuesta, tomo mi tostada con mantequilla y la muerdo con determinación, lanzándole una rápida sonrisa con la boca llena.

Ella sacude la cabeza y suelta una risita. —Esté lista en una hora, entonces, Bianca. Les haré saber que necesita... *terapia de compras*.

Arruga la nariz ante la expresión antes de darse la vuelta para irse, y me obligo a comer la tostada y luego un pequeño cuenco de ensalada de frutas frescas también.

Todavía no estoy segura, por supuesto, pero si *es* posible que esté esperando un hijo de Rio, necesito empezar a cuidarme. Y eso significa no saltarme más comidas.

***

Al final, no es tan difícil como esperaba conseguir discretamente un test de embarazo. Una vez que Rio empezó a dejarme salir, me proporcionó algo de dinero en efectivo para cosas como cafés o gastos menores. Dinero para alfileres, lo llamó de manera un poco anticuada, aunque la cantidad es demasiado excesiva para ser considerada "dinero para alfileres" desde mi punto de vista, a menos que me acostumbre a comprar café hecho con oro líquido.

Les explico a los matones de turno hoy que necesito parar en una farmacia para comprar "cosas de mujeres", y aunque me acompañan a la tienda, al menos me dan algo de privacidad cuando me dirijo con determinación a la sección de productos femeninos.

Pago en efectivo y guardo mi compra discretamente en mi bolso de gran tamaño, donde me quema mientras finjo disfrutar del resto de la excursión de compras. Acabo comprando un conjunto de lencería innecesario solo para poder demostrar que el viaje no fue en vano, si alguien llega a preguntar.

Cuando regreso a la finca, escondo el test en un montón de ropa en mi enorme vestidor. Todavía no me atrevo a hacer la prueba. Aunque es lo único en lo que puedo pensar durante toda la tarde y hasta bien entrada la noche.

Francine llega obedientemente después de la cena para ayudarme a vestir, aprobando mi elección de un vestido rojo ajustado con un escote bajo que me llega por encima de la rodilla, dándole un aire ligeramente festivo. Lo combino con tacones de aguja y me recojo parte del pelo con otro clip de plata incrustado de diamantes que hace juego con mis pendientes colgantes, dejando que la mayor parte de mi melena caiga por mi espalda.

Ahora me siento menos incómoda con los tacones y el maquillaje. Casi se siente bien "pintarme" la cara, ya que ayuda a ocultar mis emociones y proporciona una barrera, aunque sea mental, entre yo y todos los pares de ojos que estudian cada uno de mis movimientos.

—Buena elección —dice Francine mientras me sube la cremallera del vestido y luego me da una palmadita suave en el hombro para indicar que ha terminado—. El rojo realza tu color. Complementa el tono de tu piel y tu cabello oscuro de manera hermosa, Bianca. Eres una joven muy atractiva.

—Gracias —Estudio mi reflejo en el espejo de cuerpo entero del vestidor, sintiéndome más "Bianca" y menos "Bree" por momentos.

Mi mirada baja hacia mi estómago; está tan plano como siempre.

Tal vez me equivoco. Tal vez solo estoy retrasada. O quizás la tensión nerviosa de los últimos meses simplemente ha alterado las hormonas de mi cuerpo.

La idea de que tal vez no esté embarazada después de todo es extrañamente desconcertante. No puedo determinar si estoy esperando un resultado positivo o negativo. De cualquier manera, mis nervios están tan tensos que la energía zumba a través de mí, haciendo difícil permanecer quieta.

—¿Me darías unos minutos, por favor, Francine? Solo quiero retocar mi maquillaje y mi pelo. Diles a los chicos que estaré lista para salir en quince minutos.

La tía de Rio asiente y se va para transmitir el mensaje. Me apresuro hacia donde escondí el test de embarazo antes y lo saco. No hay manera de que pueda pasar esta noche sin saber con certeza de una forma u otra.

Es hora de descubrir la verdad.

***

Debe haber algo universal sobre el estrés de orinar en una prueba de embarazo y esperar el resultado. Ya sea que una mujer quiera que sea positivo o negativo, la espera se siente como una tortura.

Este momento en el tiempo podría cambiar mi vida irrevocablemente. O podría ser simplemente una falsa alarma. Camino de un lado a otro por el baño, mis tacones resonando en el

mármol y el sudor cubriendo mis palmas mientras me retuerzo las manos.

Si *es* positivo, ¿Rio estará feliz? ¿O enojado? ¿Cómo me sentiré *yo*?

Mi respiración se acorta y mi corazón late con fuerza mientras finalmente dejo de caminar y miro fijamente la prueba que ahora muestra un resultado muy claro.

Dos líneas. Para nada tenues. Un positivo muy decisivo.

Estoy embarazada del hijo de un jefe de la mafia.

Capítulo Veinticuatro

«Evitar el peligro no es más seguro a largo plazo que exponerse abiertamente. La vida es una aventura atrevida o no es nada».

Helen Keller

Rio

Necesito a Bianca a mi lado esta noche porque me hizo falta estar con ella anoche. No quiero admitirlo ante nadie, pero si hay algo que soy —al menos conmigo mismo— es honesto.

Me costó todo permitirle asistir a esa cita de café con su amigo. Él la conocía, antes. Intentó salvarle la vida. Si ella lo veía como heroico... Si se daba cuenta de lo que se estaba perdiendo y decidía que quería volver a ese estilo de vida, tendría que intervenir y evitar que lo hiciera.

Y probablemente su odio hacia mí volvería a surgir.

El informe que recibí del equipo de turno ese día fue satisfactorio. Dijeron que ella me defendió ante su antiguo amigo. Y le admitió que me ama.

Los pensamientos sobre Bianca llenan mi cabeza cuando debería estar concentrándome en los negocios. Pero he llegado a disfrutar de su expresión ligeramente embelesada cuando me mira ahora. Escucho el aumento del ritmo de su respiración cuando entro en la habitación, y disfruto del ligero rubor que colorea sus mejillas incluso mientras finge ante todos los que nos rodean que no tengo ningún efecto sobre ella.

Conozco la verdad sobre lo que mi presencia le provoca.

Y lo que la suya me provoca a mí. Todo sobre Bianca Carlotti-Agosti me excita.

Imagino hundirme en su cuerpo dispuesto, o deslizar mi polla dura entre sus labios calientes y ansiosos y permitir que su hermosa boca me chupe hasta dejarme seco. Mi verga se contrae hasta quedar semidura al instante.

La deseo. Más de lo que he deseado jamás a ninguna mujer. Y sin embargo, sé que desearla me hace débil. No puedo permitirme debilidades en un mundo en el que el más mínimo indicio de vulnerabilidad podría significar una disminución de mi poder y control.

Podría significar el caos. O la muerte.

Mi necesidad de Bianca me hace vulnerable, pero no parezco poder apagarla.

A pesar de eso, tenerla a mi lado en el club esta noche se siente correcto. Ha demostrado que se puede confiar en ella, hasta cierto punto al menos, y me gusta la idea de introducirla más en nuestro negocio familiar, aunque sea de la manera más pequeña para empezar.

La reunión con los representantes del comprador debería ser sencilla. La familia Carbone ya conoce el producto y el precio. Han recibido envíos similares de nosotros varias veces antes. Nuestras negociaciones ya se han completado. Esto será simplemente una reunión de cortesía para concluir el contrato, y aprovecharé la oportunidad para decirles que este será el último envío de este tipo.

Mis sentidos me dicen que sea cauteloso, pero no creo que el posible peligro provenga del trato con los Carbone.

Presiono el botón del intercomunicador en mi escritorio y le pido a mi asistente, Dana, que llame a Danelli a mi oficina.

—Estate extra alerta esta noche —le digo cuando asoma la cabeza por la puerta—. Por si acaso. Equipos adicionales de servicio, y necesito que todos vayan armados.

Danelli se endereza y entra completamente en la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta tras él.

—¿De verdad, jefe? ¿Deberíamos posponer la reunión, entonces? Sus instintos suelen ser acertados. Puedo...

—No —lo interrumpo—. Quiero que esto se haga y que el envío se recoja mañana por la noche a más tardar. Simplemente necesito que estés preparado para cualquier cosa. No solo esta noche, sino todo el tiempo. Rossi ha estado muy callado últimamente.

—Sí, jefe.

Se gira para irse, con la preocupación frunciendo sus cejas. Bien. Quiero que esté preocupado. Yo estoy preocupado, y no me gusta nada ese estado.

Al llegar a la puerta, me mira.

—¿Y Bianca? ¿Quiere que vuelva a la finca? Ya viene de camino aquí, pero siempre puedo decirles que den la vuelta y la lleven a casa.

Durante unos segundos, debato en mi cabeza. No sé qué me tiene tan nervioso, pero mi instinto me dice que estoy tomando la decisión correcta al traerla a la ciudad esta noche.

—Mi esposa se queda conmigo durante esto. Pero asegúrate de que haya protección adicional en la finca esta noche también.

El ceño de Danelli se profundiza.

—Sí, señor.

Se va, presumiblemente, a organizar seguridad adicional y asegurarse de que todos estén armados y listos para cualquier cosa.

Quizás después de esta noche, podré dejar de lado esta duda persistente de que algo no es lo que parece. Hasta entonces, Bianca permanecerá a mi lado donde puedo protegerla mejor, si es necesario.

Y si todo va bien en la reunión, estaré en condiciones de acostarme con ella más rápidamente.

Esta noche, tengo la intención de llevar a mi esposa a mis habitaciones sobre el club y follarla hasta que grite pidiendo clemencia. Pidiendo el olvido. Pero no antes de que ambos

ascendamos al cielo cuando ella envuelva sus brazos y piernas a mi alrededor, y yo libere mi semilla caliente y dispuesta en lo profundo de su hermoso y apretado coño.

Bianca es mía, y esta noche tengo la intención de reclamarla de una manera que asegure que olvide todo sobre su pasado, y sepa que yo soy su única opción para el futuro.

***

Bianca

Espero subir en el ascensor al ático de Rio, o al menos al nivel donde está situada su oficina, pero en su lugar, los matones me llevan directamente al área VIP del club. Es tarde, ya pasadas las once, pero supongo que en este mundo de oscuridad, las reuniones nocturnas son comunes, y las 11:00 p.m. en el mundo de los clubes probablemente se considera temprano, no tarde.

La música resuena a través de mí en un bajo *tum tum tum* mientras diviso a Rio en el área del salón del entresuelo sobre la pista de baile. Está sentado en uno de los sofás en una pose relajada, con los brazos extendidos sobre el respaldo del sofá y un tobillo descansando ligeramente sobre su otra rodilla.

Se ve pensativo y sexy, y desearía tener el coraje de simplemente acercarme contoneándome hasta él y subirme confiadamente a su regazo, presionando mi coño contra su entrepierna e ignorando a todos los demás en el área.

Por supuesto, no hago nada de eso. En su lugar, simplemente camino hacia él, pasando por el bar VIP donde me senté para observar sus negocios la última vez que estuve aquí. Mientras me acerco, una camarera llega antes que yo y se inclina para entregarle una bandeja de bebidas. El movimiento empuja sus abundantes pechos justo en su cara, y los celos se alzan dentro de mí, rápidos e inesperados.

Él es mío.

La sensación de la música en mis venas es casi tribal, primitiva. El ritmo parece encajar con mi estado de ánimo salvaje.

Mío. Mío. Mío.

Una parte de mí está aterrorizada de contarle mis noticias, y la otra parte quiere soltarlo de golpe y medir su reacción.

Él es mi marido. Y pronto, será el padre de mi hijo.

¿Cómo se sentirá al respecto?

Ignora a la camarera, y ella hace un puchero y se aleja. Su mirada permanece fija en mí, intensa e ilegible, y no puedo evitar el contoneo ligeramente exagerado de mis caderas mientras recorro el último tramo de espacio para cerrar la distancia entre nosotros.

No parece importar lo que piense mi cerebro. Mi cuerpo automáticamente entra en modo sexy cada vez que Rio está cerca.

Me detengo frente a él y lo miro fijamente, esperando escuchar qué quiere de mí. Estoy desesperada por hablar y, al mismo tiempo, igualmente desesperada por mantener mi secreto un poco más.

Este tira y afloja no es diferente de cualquier otra cosa que haya sentido cuando se trata de interacciones con este hombre. Él inspira conflicto dentro de mí a cada paso.

Como si sintiera mi tormento interior, sus ojos se entrecierran ligeramente. Luego, su boca se curva en las comisuras. ¿Disfruta saber que me hace dar vueltas con mis emociones?

Palmea el asiento a su lado y, cuando obedezco, baja su mano para acariciar mi muslo. La carne está expuesta ya que mi vestido se ha subido un poco, y el roce de sus dedos contra mi piel hace que se me erice la piel a su paso.

Levanto la barbilla y encuentro su mirada. En ese momento, él permite que su máscara se deslice. La pasión ardiente que leo en las profundidades de sus ojos hace que se me corte la respiración.

—Te ves hermosa, Bianca. Sexy como el infierno —su voz es baja y rasposa, y aun así puedo oírlo perfectamente a pesar del zumbido de

la música de fondo.

Es como si mi sistema estuviera sintonizado con él, y aunque los sonidos de un club lleno de gente se elevan a nuestro alrededor e intentan invadir nuestro espacio, de alguna manera solo existe Rio.

—Aunque siempre lo estás —añade.

—No viniste a mí anoche. *Mierda*. No quiero decir eso, pero la acusación simplemente sale de mi boca.

Una de sus cejas se alza brevemente. —¿Me extrañaste, esposa?

Ahora es mi turno de entrecerrar los ojos. —¿Tú qué crees?

—Dilo.

—¿Por qué?

—*Dilo*.

La orden insinúa algo desesperado. Algo que alimenta mi deseo. Rio no está tan en control como quiere que todos crean.

Le sonrío y me acerco. Me encanta el sonido de su respiración entrecortada de esa manera. Me encanta el delicioso aroma que emana y asalta mis fosas nasales. La necesidad se acumula entre mis piernas.

¿Puede olerlo? ¿Mi deseo? Eso espero. Estoy húmeda y anhelando su toque. Quiero la sensación de sus dedos justo ahí contra mi clítoris. Acariciando a lo largo y alrededor de mi hendidura. Deslizándose en mi canal en una promesa de lo que está por venir.

—Sí, te extrañé, Rio. Mucho. Y no quiero dormir sola esta noche. *Marido*.

Su mano sube y rodea mi garganta. Aprieta, ligeramente, como si me recordara, o quizás a sí mismo, quién está a cargo. Sé exactamente quién está a cargo en este momento. Podría hacerme cualquier cosa, y yo se lo permitiría.

—Rio, te deseo tanto...

—Jefe, ya están aquí.

La voz de Danelli y su presencia imponente rompen el hechizo, y Rio me suelta y se recuesta con un pequeño gemido. Dudo que alguien más pueda escuchar ese sonido por encima de la música, pero estoy lo suficientemente cerca para captar el arrepentimiento.

—Pronto, Bianca. Te lo prometo.

—Bien.

Entonces la máscara sin emociones vuelve a su lugar, y dirige su atención a un grupo de hombres de negocios vestidos de traje que caminan hacia nuestro grupo de sofás. Rio se levanta y me pone de pie antes de cementarme a su lado con un agarre firme.

Me estremezco un poco al rozar el metal bajo su brazo. Rio lleva un arma.

Echo un vistazo alrededor y me doy cuenta de que hay más de su seguridad aquí de lo habitual. Muchos más. Están por todas partes. ¿Qué está pasando? ¿Es peligroso estar aquí esta noche? ¿Debería irme? Ya no es solo en mí en quien debo pensar ahora; es en mi bebé... *Nuestro* bebé...

Mientras mis pensamientos vuelan y mi ritmo cardíaco aumenta, me doy cuenta de que Rio no me pondría deliberadamente en peligro. Incluso sin su conocimiento de nuestro hijo, se preocupa más por mí de lo que quería o planeaba. No estoy segura de cómo lo sé, pero lo sé. Se preocupa mucho por mí, a su manera retorcida.

—Carbone —el tono de Rio es tenso—. Toma asiento. Tenemos negocios que discutir.

El hombre más bajo en el centro del grupo de seguridad dirige su mirada hacia mí. Reprimo un escalofrío instantáneo ante la frialdad de sus rasgos. Se parece un poco a Carlos Rossi, pero sin el brillo de abuelo.

—¿Con *ella* aquí?

—Te refieres a mi esposa, Bianca Carlotti-Agosti? Te dirigirás a Bianca con respeto. O perderás tu lengua.

Ante mi gemido de angustia, el brazo de Rio se tensa, manteniéndome firmemente en mi lugar cuando intento alejarme.

Después de un momento, el otro hombre asiente respetuosamente en mi dirección. —Mi error, señora Agosti. Es un placer conocerla.

No puedo hacer nada más que asentir. Si hablo, puede que accidentalmente se me escape un gemido o empiece a llorar. ¿Rio realmente le cortaría la lengua? Deslizo mi brazo alrededor de la cintura de Rio. Si no lo hago, temo que mis piernas temblorosas no puedan sostenerme.

Todos estamos en el proceso de volver a tomar asiento en los diversos sofás cuando de repente estalla un griterío abajo y la música se detiene bruscamente.

Ni siquiera tengo tiempo de mirar hacia abajo para ver qué está pasando. Se oye un extraño sonido de *pop, pop, pop*, luego una serie de fuertes explosiones, y entonces Rio se lanza sobre mí, derribándonos al suelo mientras todo el infierno se desata a nuestro alrededor.

Capítulo Veinticinco

«La realidad apesta, quiero que me devuelvan mis sueños».
Sandra Chami Kassis

Bianca

El suelo alfombrado está pegajoso contra mi mejilla. Huele asqueroso, como a licor rancio.

Tendré que decirle a Rio que necesita un nuevo equipo de limpieza cuando esto termine. Pensamientos estúpidos e insustanciales siguen apareciendo en mi cabeza, como si el tiempo se hubiera detenido y realmente tuviera la capacidad de considerarlos en una burbuja de calma en medio del caos.

¿Estoy muerta? ¿Es esto lo que se siente estar muerta?

Sí, definitivamente necesita un nuevo equipo de limpieza.

Los gritos se intensifican; los disparos son más fuertes.

El caos invade la calma.

Me doy cuenta de que tengo la boca abierta y estoy contribuyendo al sonido de los gritos. Pero no puedo parecer capaz de apagar el ruido de pánico que brota de mi garganta.

Me aferro a la camisa de Rio, sintiendo su corazón latiendo contra mi pecho y escuchando su gruñido de rabia mientras alcanza su arma.

¡*No*! Arañó su brazo. No más armas. *No más*.

Pero él evade mi agarre y rueda fuera de mí, subiéndose a sus rodillas. Apunta su arma y dispara antes de que pueda detenerlo. La explosión es tan fuerte que me ensordece. Quiero gritarle que se quede abajo. Que se mantenga a salvo. Que deje que sus hombres hagan lo necesario y evite que le den un balazo. Él es el objetivo; tiene que serlo.

¿A quién más estarían disparando? Quienquiera que *ellos* sean.

Va a ser padre, y puede estar muerto en unos segundos. *Yo* puedo estar muerta en unos segundos.

Y mi bebé...

Encojo las piernas hasta quedar acostada en una pequeña bola apretada, con los brazos alrededor de mis rodillas. Creo que puedo estar balanceándome de adelante hacia atrás. No puedo decirlo. Hay demasiado movimiento y ruido y los gritos y disparos... Está por todas partes a mi alrededor.

Debería cerrar los ojos. No quiero ver la muerte venir por mí y mi bebé.

Pero no puedo dejar de mirar. Y la muerte se ha instalado en todas las direcciones.

El hombre de negocios con los ojos fríos está tirado en el suelo a unos metros de mí. Al menos, *tenía* ojos fríos. Ahora, solo parece vacío; vacío.

Incluso mientras lo miro boquiabierta, notando el agujero bordeado de sangre en su garganta, escucho una voz llamando mi nombre.

—Bianca. Muévete. Ahora. —Es Leon el matón, arrastrándose hacia mí por el suelo. Me agarra del brazo y me pone de pie—. Muévete, mujer.

Sigo mirándolo fijamente. No puedo hacer que mi cerebro funcione. Ni mis extremidades. Me empuja hacia adelante, no en dirección al ascensor sino hacia el otro lado, por un pasillo y hacia un conjunto de escaleras que ni siquiera sabía que existían.

Me protege con su cuerpo mientras me arrastra lejos de la pelea.

—¡Espera! —Jesucristo, ¿todavía estoy gritando? Finalmente, logro controlar el sonido, tragándome el terror hasta que solo se escapa un gemido ocasional—. Rio. ¿Dónde está? ¿Está...?

—Danelli lo tiene cubierto. Necesito llevarte a un lugar seg...

Pop pop pop. Los ojos de Leon se abren de par en par mientras me mira, luego su boca se afloja, y la vida simplemente desaparece de

sus facciones. Se desploma en el suelo a mis pies.

Lo miro fijamente. ¿Él también está muerto? Así sin más. He estado presente cuando han tenido que sacrificar animales en el centro de rescate, pero nunca he visto morir a un ser humano. Justo frente a mis ojos. Un momento vivo y al siguiente... *nada*.

Miro hacia atrás y veo hombres todavía disparando armas, gritando, chillando, gente corriendo por todas partes, alrededor de los cuerpos muertos, resbalando en toda la sangre...

¿Dónde está mi marido?

Tropiezo de vuelta hacia el bar. Ni siquiera sé qué estoy planeando. Adónde voy. Qué se supone que debo hacer en este lío de horror.

Entonces me doy cuenta de que estoy chillando su nombre. —*Rio. Rio*. —Una y otra vez. *Ahí*. Lo veo, con el arma levantada y apuntando a alguien. ¿Quién? ¿Es ese...? —*¿Anders?*

El hombre de Carlos Rossi. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué está apuntando un arma a Rio? ¿Por qué está...?

Oh, vale, Anders también está muerto. Mi marido acaba de dispararle. Justo en la cara. No le queda cara. Miro boquiabierta el desastre de sangre y hueso y materia cerebral por todo el suelo. *Era* Anders. Ya no lo es.

Nada tiene sentido para mí. Quiero que esto termine. Quiero irme a casa. Quiero mi antigua vida. Quiero...

Caigo de rodillas y empiezo a sollozar.

Quiero a Rio.

***

Rio

Traje a Bianca a un baño de sangre. Ni siquiera puedo girar la cabeza para ver si mis hombres la pusieron a salvo. Porque si lo hago, estoy muerto. Y si estoy muerto, ella me seguirá al olvido tan pronto como los hombres de Rossi la alcancen.

La rabia arde en mi sangre, pero no cederé a su efecto distractor.

Mantente enfocado. Sobrevive. Y entonces la venganza seguirá tan seguro como el sol saldrá por la mañana.

El peligro que sentí no era del trato con Carbone. Al menos en eso tenía razón. Era Carlos Rossi, esperando entre bastidores. Lo cortaré en *putos pedazos* cuando alcance al hombre que amenazó mi mundo. Mi familia. Mi esposa.

Estaba contando con su afecto por Rina Carlotti para detener su mano, al menos en relación con Bianca. Se parece a su madre, y Rossi estaba embelesado con la mujer cuando eran más jóvenes. Me equivoqué, y ahora mi familia puede estar a punto de pagar las consecuencias. Igual que antes, cuando mi falta de atención llevó a la muerte de mis padres.

Danelli y dos de sus hombres están tratando de sacarme del área, pero me niego a moverme. Esta es mi equivocación para arreglar.

El segundo de Rossi levanta su arma, con una intención mortal en su mirada. Disparo primero, directo a la cara de Anders. No hay posibilidad de fallar a esta distancia. El cuerpo cae, y así sin más, la pelea ha terminado.

Solo que no ha terminado, ni de lejos, porque Danelli me aparta y sus palabras me llenan de pavor. —La finca también fue atacada. No estoy seguro de cuántos están caídos, o quiénes. Es un caos allí, aparentemente.

—Averígualo. *Ahora*. Mi hermano. Mi tía. Mi prima. Todos se están quedando en la finca esta noche.

Como lo habría estado Bianca, si no hubiera tenido el instinto de traerla aquí.

—Sí, señor. —Su expresión es impasible, pero sus ojos están preocupados—. Tan pronto como lo sepa, usted lo sabrá.

Dirige a sus hombres para que reúnan al resto del equipo de Rossi, agrupándolos y obligándolos a arrodillarse frente al bar. Luego se hace a un lado, hablando por su auricular.

Carbone está muerto, atrapado en medio de una disputa que ninguno de nosotros vio venir. Dos de sus hombres también han caído, y los que quedan de los que trajo consigo ya están al teléfono, hablando con urgencia con quienquiera que se encargue de la limpieza.

Es poco probable que yo sea el objetivo de su venganza. Conocen a Anders también —todo el mundo en la ciudad lo conoce— y saben que eso significa que Rossi debe estar detrás de este intento de asesinato.

Me dirijo a zancadas hacia los cobardes bastardos del equipo de Rossi, todos me miran con miedo en los ojos. *Bien*. Levanto mi arma y apunto a cada uno de ellos, uno tras otro. El terror en sus expresiones alimenta a mi bestia interior sádica. Ha estado dormida durante algún tiempo. Pacificada por la presencia de Bianca.

Aparté la vista del negocio. Y mira dónde nos ha llevado eso. No más.

Cuando transfiero mi mirada al último tipo, su boca se abre y se cierra mientras traga convulsivamente, y el sudor cubre su frente. Le sonrío, y él retrocede sobresaltado.

¿Qué ve en mis ojos? ¿Su muerte? ¿Mi bestia interior?

Coloco mi arma en la parte superior de su nariz entre sus ojos y me inclino cerca.

—Eres el afortunado de hoy. Vivirás para entregar un mensaje a tu jefe.

El hombre deja escapar un extraño gemido, pero asiente rápidamente.

—Dile a Rossi que voy por él. Voy por su familia. Sus hijos. Sus malditos *nietos*. Su mundo. Voy a destruir todo lo que aprecia. Y lo dejaré para el final para que pueda ver cómo se desmorona y cae su imperio. ¿Entendido?

El hombre asiente de nuevo y gimotea, y lo agarro del brazo y lo levanto bruscamente.

—Vete, entonces. De vuelta con tu jefe. Y sabré si no entregas mi mensaje palabra por palabra. Créeme. *Lo sabré*.

Mientras el hombre sale corriendo, el sonido de un sollozo femenino entra en mi conciencia. Levanto la mirada entonces para ver a Bianca de rodillas, un brazo fuertemente envuelto alrededor de su cintura y el otro con el puño contra su boca.

Sus ojos, mirándome fijamente, están atormentados.

Llenos de nada más que horror y repulsión.

Capítulo Veintiséis

"Puedes amar a un monstruo, incluso puede amarte a ti, pero eso no cambia su naturaleza".

Eliza Crewe, *Crushed*

Bianca

Mantengo el puño presionado contra mi boca porque si no lo hago, más gritos podrían estallar y esta vez no parar nunca. Estoy a punto de quebrarme y romperme en un millón de pedazos diminutos. Estoy casi segura de que el padre de mi bebé está a punto de ejecutar a esos hombres arrodillados frente a él.

Si lo hace, eso elevará su cuenta del día a seis, si incluyes al de antes. Anders.

¿Cuento a Anders? Estaba a punto de disparar a Rio y sin duda a mí después, así que al menos ese podría considerarse defensa propia. Protegiendo a los suyos. Protegiéndome a mí.

Pero los otros...

¿Están a punto de morir simplemente porque están en el bando equivocado en una guerra que parece no tener fin? ¿Es esto una guerra? ¿Es ese el término correcto?

Miro alrededor de la habitación, a los cuerpos y la sangre. A los hombres arrodillados frente a Rio, mirando a su probable verdugo con el conocimiento de la muerte inminente en sus ojos.

Sí. Esto *es* una guerra. Una guerra por la ciudad de Boston y más allá. Una guerra con el poder, el dinero y el control como premio final.

Y mi marido está en el centro de todo.

Mi cerebro deja de funcionar en este punto. No puedo procesar nada más sobre esta situación. Es demasiado horroroso.

Alguien me arrastra y me pone de pie. Me atrae hacia un pecho firme. Me sostiene con fuerza. Me mece. Quien sea huele bien. *Seguro*. Su aroma enmascara el olor a sangre y muerte, al menos por unos segundos. Me hundo en el abrazo, agradecida por el respiro.

¿Quién diría que la muerte podría oler tan abrumadoramente horrible?

Me doy cuenta de que están llamando mi nombre, una y otra vez.

—Bianca. ¡*Bianca*! *La mia bella moglie*. Pajarito. Vuelve a mí. Ah, ahí estás. De vuelta con nosotros.

Parpadeo mirando a Rio. Es él quien me sostiene. El que me ha dado una sensación de seguridad. El que me llama de vuelta de donde sea que me fui. Todavía tiene un arma aferrada en su mano.

Una risa desquiciada sale de mí ante la ironía. —Sobrevivimos a una tormenta de balas, Rio. Tú, yo y el bebé.

El anuncio sale inesperadamente de mi boca, que no parece estar conectada a mi cerebro en este momento.

No tenía la intención de decírselo así. No estaba segura de si se lo diría en absoluto.

Sigo riendo. ¿Por qué no puedo parar?

Sus cejas se alzan y su boca se abre. Así que así es como se ve un momento de asombro total. Luego la cierra de golpe. Hay un repentino tic en su mejilla, una expresión cruda en su rostro que nunca antes había visto. Por primera vez desde que puse los ojos en Rio después de mi secuestro, parece... inseguro.

—No puedes estar... ¿Estás...? —Sus cejas se convierten en la única parte expresiva de su rostro. Se bajan, juntándose en un ceño fruncido—. Debes estar en shock, Bianca —Se gira y ladra una orden a alguien—. Sácala de aquí. Ahora.

—Sí, Jefe. ¿Dónde...?

—No a la finca. Obviamente. Llévala a mi barco. Está amarrado en Constitution Marina.

La finca. Las palabras anteriores de Danelli revolotean en mi mente. *La finca también fue atacada*.

—¿Francine? ¿Está bien? Espero que esté bien. —Ni siquiera me agrada particularmente esa mujer. Pero últimamente ha ido creciendo en mí. La ferocidad con la que ama y sirve a su familia, *mi* familia ahora, merece respeto—. Su hijo llegaba hoy. Estaba tan feliz.

Rio me da una pequeña sacudida y se inclina para mirarme fijamente a la cara. Está realmente alterado. ¿Pueden verlo los demás? Sospecho que no. Pero estoy empezando a conocerlo. Y vislumbro su miedo profundo detrás de esos ojos oscuros. Creo que me *deja* verlo, solo por un momento, aunque no estoy segura de por qué permitiría que alguien, incluso yo, viera su vulnerabilidad.

De alguna manera, siento que no tiene miedo por sí mismo. En cambio, Rio tiene miedo por su familia. Tiene miedo por mí. Y tiene un miedo mortal por nuestro bebé.

Al menos tenemos eso en común.

Casi levanto una mano para acariciar su mejilla, consolarlo... hasta que recuerdo todos los cuerpos. Y la sangre. Aprieto los dedos en un puño en su lugar y mantengo mi mano a mi lado.

—Bianca —dice en voz baja—. Ve ahora con Matteo. Haz lo que él diga, cuando lo diga. Me uniré a ti cuando... —Echa un vistazo alrededor y luego vuelve a mí—. Cuando pueda.

—¿Vas a matarlos a todos ahora?

Sus ojos se suavizan por un segundo. —No pienses en ello, pajarito. Quiero que estés a salvo. Tú y...

Su mirada baja a mi vientre, la contemplación como una suave caricia.

Extiendo los dedos de una mano sobre mi vientre aún plano, como si pudiera proteger al pequeño de la escena violenta en la que se encuentran sus padres. Abro la boca para decir algo, pero ni siquiera estoy segura de qué intento decir. No parece que esté pensando con claridad ahora mismo.

Antes de que pueda articular mis pensamientos caóticos, un matón que no he conocido antes se acerca y agarra mi brazo. No es brusco, sin embargo. Más insistente que otra cosa.

—Venga, señora Agosti.

Este debe ser Matteo. Supongo. Me dejo arrastrar lejos de Rio y la horrible escena que probablemente veré en mis pesadillas desde ahora hasta el día que muera. Pero cuando llegamos a la puerta, no puedo evitar volverme a mirar.

Como un espectador en un accidente de coche. No quiero mirar. No quiero ver. Pero simplemente no puedo evitarlo.

Rio está de pie en medio de la carnicería, todavía mirándome. Parece el diablo mismo, alto, oscuro y sombrío en medio de los caídos en su sangriento reino del Infierno.

¿Vale la pena, Rio? ¿El precio que todos pagan por el poder en este mundo terrible?

Me vuelvo hacia Matteo. —¿Qué significa *la mia bella moglie*?

Un resoplido del hombre a mi lado, luego dice en voz baja: —Significa, mi hermosa esposa.

Empiezo a darme la vuelta para seguirlo, cuando noto a la camarera de antes, saliendo a gatas de detrás de la barra. La última vez que la vi —antes del ataque— me molestó muchísimo con su evidente adulación hacia Rio. Ahora, me alegro de ver que sobrevivió, al igual que algunos otros miembros del personal de servicio.

No todos lo lograron. Hay empleados del club nocturno entre los cuerpos en el suelo. ¿Cómo llamó Rio una vez a Dave y Shelley? Daños colaterales. Incidentales.

¿Es todo el mundo alrededor de Rio un incidental?

Quizás la barra está reforzada, precisamente para este tipo de situaciones. Si yo estuviera en el lugar de Rio, reforzaría todo a mi alrededor. Todo el tiempo.

Matteo tira de mi brazo, disipando mis pensamientos aleatorios, y me empuja por la puerta hacia el pasillo casi oculto.

Al hacerlo, me estremezco ante el repentino sonido del ya familiar *pop-pop-pop*. ¿Es Rio quien aprieta el gatillo, o es uno de sus hombres? ¿Importa quién sea? Todos son asesinos.

Pero solo uno de ellos es el padre de tu hijo.

Me escabullo como una cobarde, siguiendo a Matteo y sabiendo que no puedo hacer nada para salvar a esos hombres. Mientras me guía escaleras abajo y hacia un coche oscuro que espera, me pregunto si este mundo violento es el único destino posible para mi hijo.

***

Rio

Si pudiera cambiar algo de hoy, sería asegurarme de que Bianca no estuviera cerca de este baño de sangre. La devastación en sus ojos cuando me miró... y luego ese pequeño comentario... Me destruyó. *Ella* me destruyó.

Está esperando un hijo mío.

Nunca he estado más aturdido en mi vida. Y en este momento más que en cualquier otro, no puedo permitirme distracciones.

Mis mejillas palidecieron cuando hizo el anuncio. Pude sentir cómo la sangre abandonaba mi rostro. ¿Pudo ella percibir mi conmoción? Por su expresión, pude notar que ni siquiera era consciente de lo que estaba diciendo. ¿Era verdad, o su mente divagaba por lo que acababa de presenciar?

Creo que decía la verdad. Lo siento en los huesos. Voy a ser padre.

Me froto la cara con la mano como si pudiera borrar la suciedad de esta vida. Pero, por supuesto, no puedo. Necesito concentrarme.

Necesito averiguar cómo manejar este maldito desastre. Necesito saber si mi hermano sigue vivo. Mi tía. Mi primo.

Joder.

Rossi pagará por esto.

El sonido de disparos resuena detrás de mí, y me giro instintivamente levantando mi arma. Pero no necesito usarla. Los cinco hombres que trabajaban para Rossi ya no existen. Uno de los hombres de Danelli ha terminado el trabajo que yo debería haber hecho.

El trabajo que no pude hacer cuando vi la censura en la expresión de Bianca.

Miro por encima de su hombro hacia Danelli, quien encuentra mi mirada directamente, pero hay preguntas en su rostro ensombrecido. Preguntas que no puedo responder en este momento.

¿Por qué no los maté ya? ¿Por qué estoy aquí parado, aparentemente perdido, en lugar de tomar el control como normalmente lo hago, en cualquier situación, por más grave que sea? ¿Por qué estoy dudando cuando debería estar siendo el más decidido que he sido en mi vida?

¿Por qué mi mente está en Bianca, cuando debería estar firmemente concentrada en el asunto entre manos?

Aunque Danelli no exprese ninguna de sus preocupaciones frente a los demás, siento su duda. La siento dentro de mí mismo.

Mi familia fue atacada, en más de un frente. Algunos de ellos incluso ahora pueden estar muertos o muriendo.

Y me tocará a mí vengarlos.

Rossi descubrirá que esta guerra entre nosotros, que sin duda pensó que terminaría hoy, apenas ha comenzado.

Y ahora es matar o morir, porque si no, Bianca y mi hijo podrían quedar atrapados en el fuego cruzado.

Capítulo Veintisiete

«Si miras largo tiempo un abismo, el abismo también mirará dentro de ti».

Friedrich Nietzsche

Bianca

Para cuando llego a la marina con Matteo, y pasamos por todo el proceso de comprobar que no haya peligro antes de que me apresure a subir a bordo, mi cerebro vuelve a funcionar. Más o menos.

Aunque mis nervios están destrozados y mis manos no dejan de temblar.

Rio llamó a esto su barco, pero es más bien un lujoso superyate que un barco. Al menos, para mi mente inexperta en embarcaciones.

Sigo a Matteo escaleras abajo, bajo cubierta supongo que se llama, y me muestra un área de camarote privado que contiene tanto un dormitorio como una sala de estar.

—Espere aquí en el salón a Rio. Siéntase como en casa, señora Agosti. Hay bebidas en el bar si las necesita —indica un botón en la pared cerca de la puerta—. Pulse eso si necesita algo. Las únicas personas a bordo son el personal de máxima confianza de Rio.

—De acuerdo —me abrazo a mí misma—. Gracias, Matteo.

Se da la vuelta para irse, pero lo llamo de nuevo.

—¿Puedes avisarme si te enteras de algo sobre los que están en la finca? Especialmente, bueno... ¿Francine?

Me estudia en silencio por un momento, luego asiente.

—Si me lo permiten, entonces sí. Le avisaré.

¿Si se lo permiten? Supongo que trabajar para Rio significa que nadie hace nada sin el permiso del Jefe.

—Eso es justo. Gracias. Y por favor, llámame Bianca en el futuro.

Inclina la cabeza, y esta vez lo dejo ir, y luego me hundo en uno de los sillones y me inclino sobre mis rodillas, luchando contra las ganas de vomitar.

Cada vez que cierro los ojos, veo muerte. Trozos de masa cerebral volando por todas partes. Fragmentos de hueso. Sangre. Tanta sangre.

Así que, en su lugar, mantengo los ojos abiertos, parpadeando lo menos posible, y miro fijamente la alfombra bajo mis pies. Pelo lujoso. Parece suave. Me quito los tacones y lo compruebo, moviendo los dedos de los pies. Es tan suave como parece.

Pero este color casi blanco no es práctico en el mundo de la Mafia. Nunca podrían sacar la sangre si la muerte también viniera a llamar aquí.

Finalmente, me incorporo y me reclino contra el sofá. ¿Cómo puedo justificar traer un hijo a este mundo? ¿Cómo le diré alguna vez que su padre es un monstruo? ¿Un asesino?

Al menos él reconoce quién y qué es. Y al menos lo hace con un propósito: mantener su imperio y mantener a su familia a salvo.

¿Cuál es mi excusa? Lo amo, y por mucho que odie quién es y lo que representa, ese amor no se ha disipado.

Pensé que lo haría, después de lo que pasó esta noche.

Durante el viaje hasta aquí, a la marina, examiné mis sentimientos, suponiendo que el amor se habría ido. Que sentiría solo repulsión y odio y que la necesidad de escapar —de huir lejos y rápido— volvería a surgir en mis pensamientos.

La repulsión está ahí. Se asienta en mi estómago, revuelto con ácido. La vida humana no debería ser tan poco valorada. Aunque estaba claro que Anders estaba a punto de matar a Rio, y ese era un caso claro de matar o ser matado, eso no explica a los demás.

Odio lo que él es con cada célula de mi cuerpo. Pero el amor sigue ahí, a pesar de eso. Lo deseo, incluso ahora. Quiero sus brazos a mi alrededor. Quiero su polla profundamente dentro de mí mientras follamos y nos olvidamos por unos minutos del horror de lo que acaba de suceder. El horror de vivir esta vida.

Y *odio* sentirme así, *más* de lo que lo odio a él.

¿En qué me convierte eso?

Tal vez soy tan monstruo como él. Más aún, quizás, porque no nací en esta vida. Me criaron para tener un conjunto diferente de valores morales. Debería saber mejor.

Pero sí *naciste en esta vida, Bianca.* La traidora voz interior se entromete y no se irá.

Naciste princesa de la Mafia, y esta vida está en tu sangre.

Recuerdo la pequeña tarjeta blanca que la agente Felicity me entregó hace tantas semanas. No creo que sea del FBI. Creo que realmente trabaja en algún tipo de agencia de aplicación de la ley, pero no estoy segura de cuál. De todas formas, la tarjeta hace mucho que desapareció, rota en pedacitos y tirada por el inodoro. Pero memoricé el número antes de destruir la evidencia de una posible traición.

Podría llamar a ese número ahora mismo, si quisiera, antes de que Rio regrese. Antes de que más de su personal invada mi espacio personal y me quite la capacidad de hacer algo sin un escrutinio constante.

Podría salvar a mi hijo de un futuro de violencia y muerte haciendo esa llamada. Pero al hacerlo, condenaría al padre de mi hijo a una vida en prisión.

Sé lo que *debería* hacer. Pero aún no sé lo que *haré*.

Y en ese hecho justo ahí, me doy cuenta de que soy mucho más monstruosa de lo que mi esposo jefe del crimen alguna vez fue o será.

***

Rio

No estoy seguro de qué esperar cuando entro en el salón. ¿Bianca me mirará con esos ojos acusadores? ¿Sigue en estado de shock, incapaz de procesar lo que sucedió antes? ¿Ha caído en la locura?

La suite está en silencio, el salón vacío. Frunzo el ceño y me dirijo al dormitorio. Está acostada despierta en medio de la cama, acurrucada de lado con los brazos alrededor de sus rodillas. Se ha duchado —su cabello esparcido por las almohadas está suelto y mojado— y se ha puesto una gruesa bata blanca. Sus pies están descalzos, y parece más joven de lo habitual con su rostro sin maquillaje y ese rocío de pecas sobre su nariz que le da un aire inocente.

Ya no es inocente. No después de esta noche.

Lentamente, gira la cabeza para encontrarse con mi mirada. No queda shock en sus rasgos, ni señales de locura. Simplemente está callada, estudiándome con una expresión que no puedo leer.

—¿Podrías ducharte, Rio? Y luego únete a mí.

Doy un paso más cerca de la cama, pero ella levanta una mano.

—No. Necesito que te duches. Por favor. No... —su mano cae, y su agarre alrededor de sus rodillas se aprieta—. No te acerques a mí hasta que te hayas duchado. Frótate bien. Mucho.

—De acuerdo. Pero tenemos que hablar, Bianca.

—Sí. Tenemos que hacerlo.

Quiero decir más. Quiero pensar en algunas palabras que la consuelen. Pero no sé qué decir ni cómo hacerlo. Nunca he consolado a nadie antes. Nunca tuve la necesidad, ni el deseo.

Ella aparta su rostro de mí, hundiéndolo en la almohada, y después de unos segundos más en los que lucho por encontrar las palabras, simplemente la dejo allí y me dirijo a la ducha para quitarme los últimos restos del ataque.

No me molesto en vestirme después. Necesito sentir a mi esposa, piel con piel. Cuando regreso, Bianca parece tener la misma idea. Se ha quitado la bata y está acostada boca arriba, desnuda.

Abre sus brazos, y sus pechos se alzan, con los pezones erectos y apuntando. Luego separa ampliamente sus piernas, con las rodillas dobladas para mostrar los pliegues rosados de su sexo. Ya está húmeda y lista.

Mi miembro se endurece al instante ante la visión.

—Abrázame, por favor, Rio —su voz se quiebra al pronunciar mi nombre. Traga saliva convulsivamente antes de aclararse la garganta. Luego levanta la barbilla—. Fóllame. Haz que lo olvide.

***

Bianca

Rio está sobre mí en segundos, sus labios chocando contra los míos y sus manos aparentemente en todas partes a la vez mientras acomoda sus caderas entre mis piernas abiertas. Su carne ya está rígida, presionando contra mi vientre mientras se frota contra mí.

Gimo ante la sensación que se extiende desde nuestra conexión. Deseando más. Necesitando más. Necesitándolo todo.

No puedo creer que esté haciendo esto. Deseando sexo después de un evento tan horrendo. Pero anhelo a Rio. Lo necesito más que nunca. Quiero su fuerza, su poder, su *posesión*, como nunca antes lo he querido.

Me retuerzo debajo de él, cediendo al impulso y dejando que el pensamiento se disipe. Me arqueo cuando unos dedos fuertes pellizcan uno de mis pezones, retorciendo el botón hasta el punto del dolor.

—Sí —grito entre dientes apretados—. ¡Más!

Él inclina la cabeza y se lleva mi pecho a la boca, lamiendo y mordisqueando la carne. Me estremezco ante el dolor y gimo aún más, sabiendo que tendré marcas de mordidas mañana.

No es suficiente. Nunca será suficiente.

A él le excita mi dolor. Y desde que conocí a Rio, sé que a mí también.

Paso mis manos por sus duros músculos y su piel sedosa, clavando mis uñas profundamente cuando llego a su espalda. Desahogándome. Marcándolo. *Mío*.

Él gruñe y levanta la cabeza, mirándome fijamente con ojos tan oscuros e intensos que sé que nunca veré el fondo de ese pozo de negrura dentro de él.

¿Qué ve él? ¿Tengo yo la misma oscuridad dentro de mí?

¿Somos iguales, Rio y yo?

Abruptamente, me da la vuelta sobre mi estómago antes de levantar mi trasero y darme una nalgada. El ardor es repentino y agudo y me provoca lágrimas instantáneas. Lo hace de nuevo, y dejo escapar un chillido involuntario. A pesar del shock y el dolor, levanto mi trasero más alto, queriendo más.

Necesito más. Lo necesito todo. Para poder olvidar.

—¡*Fóllame*! —apenas puedo pronunciar palabras; mi voz está tan ronca y llena de deseo—. Dios, Rio, por favor. Dame el olvido. Después de hoy, dame al menos eso.

No queda pensamiento después de eso, solo instinto. No más juegos previos, solo follar.

Agarra mis caderas y luego me penetra de una sola y dura embestida. Me balanceo contra él, retorciéndome sobre su miembro, instándolo a ir más rápido, más fuerte, a *destruirme*...

—Joder, Bianca. Joder, mujer. Te necesito. Te necesito tanto... —Su ritmo vacila, se vuelve errático, y su carne dentro de mí crece imposiblemente más grande. Más dura. *Perfecta*.

El orgasmo surge dentro de mí, no clitoral sino desde lo más profundo. Se enrolla, crece y se extiende como una ola de tsunami a través de mi cuerpo hasta que ya no puedo contenerlo más, y grito y

me sacudo incontrolablemente debajo de él mientras la fuerza de mi liberación me lleva al límite.

Vagamente escucho su rugido detrás de mí y siento sus temblores y el calor pulsante dentro de mí mientras se precipita conmigo al borde del clímax.

Pero incluso mientras mi cuerpo se convulsiona junto con Rio y sigo rogando por el olvido, las horrendas imágenes de sangre y vísceras y ojos muertos que miran fijamente permanecen grabadas en mi mente y quemadas en mi memoria.

Capítulo Veintiocho

«Es imposible subestimar la importancia de tus decisiones de hoy».

Gautama Buda

Bianca

—¿Estás segura de que estás embarazada, Bianca? —Acaricia mi vientre después de hacer el amor, su toque es ligero y tan lleno de amor que no puedo contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos.

¿Cómo puedo conciliar esta mano, que me acuna tan delicadamente, con la que sostuvo un arma, que *mató* a personas, hace solo unas pocas horas?

Y sin embargo, es la misma mano; el mismo hombre. El monstruo *es* el hombre que amo.

No sé qué hacer.

Me estoy mintiendo a mí misma en este momento. Por supuesto que sé qué hacer.

Llama a Felicity. Llama al agente. Y sal de aquí, por el bien de tu bebé.

Entrelazo mis dedos con los suyos sobre mi vientre, la tristeza me abruma. —Eso creo. Me hice una prueba casera que dio positivo. Supongo que necesitaré un análisis de sangre para estar segura, pero... sí.

—Me has hecho muy feliz con esta noticia.

Sus dedos trazan mi abdomen, y la más pequeña de las sonrisas juega en sus labios mientras se inclina y deposita un tierno beso en mi hombro.

Me alejo un poco de él, no quiero que me mire cuando mis lágrimas comiencen a caer, pero él me hace girar de nuevo para enfrentarlo.

No hay forma de esconderse de Rio. Ni siquiera en este momento en que estoy aterrada de que esa pueda haber sido la última vez que hagamos el amor.

Cuando estoy aún más aterrada de que pueda descubrir que estoy considerando huir.

—¿Mataste a esos hombres, Rio, después de que me fui? ¿Los que trabajaban para Rossi?

Simplemente me mira intensamente como si intentara leer mi mente.

—No vas a responder a esa pregunta, ¿verdad?

Sus cejas se juntan. —No deberías estar involucrada en ese lado de las cosas. —Se gira sobre su espalda, levanta los brazos y los coloca debajo de su cabeza sobre la almohada—. Haré arreglos para que veas a nuestro médico de familia lo antes posible. Normalmente, él vendría a verte a la finca, pero...

La finca. —¿Está bien todo el mundo allí? ¿Qué pasó? ¿Está...? —Me detengo cuando él comienza a negar con la cabeza y su boca se tensa.

Mi corazón se detiene casi por completo antes de lanzarse a un ritmo más rápido de lo habitual.

—No —dice—. Hubo un ataque simultáneo en la finca y en el club. Mi hermano está bien, al igual que Tommaso.

—Pero... Francine... —Las lágrimas obstruyen mi garganta. Ya sé lo que va a decir.

—Mi tía está muerta.

El tono parece frío e impersonal, pero ahora lo conozco mejor. Escucho la corriente subyacente de dolor crudo en esa simple declaración.

—Dios, Rio, lo siento mucho. —Extiendo mis brazos y lo abrazo, y nos quedamos así durante varios minutos en silencio.

Finalmente, inhala un suspiro entrecortado y lo libera lentamente. —Me dicen que se interpuso frente a Nicky. Detuvo la bala destinada a él, aparentemente. Murió por su familia, y ese acto de valentía nunca será olvidado.

Abruptamente, se levanta de la cama y sale de la habitación, dirigiéndose al área del salón. Escucho el tintineo del hielo y luego el sonido del líquido vertiéndose en un vaso.

Me acuesto boca arriba y miro fijamente el techo revestido de madera, envolviendo mis brazos alrededor de mi cintura para ahuyentar un repentino escalofrío.

Pobre Francine. No la amaba, pero no merecía eso. Nadie lo merece.

Y sin embargo, parece que la violencia y la muerte son una ocurrencia regular en esta vida.

No puedo seguir haciendo esto. No puedo.

Un sonido agudo suena cerca, haciéndome saltar, mi ritmo cardíaco acelerándose de nuevo antes de darme cuenta de que es simplemente el teléfono celular de Rio. Él contesta rápidamente, y me siento y dejo colgar mis piernas sobre la cama, con la intención de ir a darme otra ducha.

Estuve en el baño antes durante más de media hora, bajo un chorro de agua tan caliente que dolía, pero era como si no pudiera quitarme el hedor a sangre y muerte. Sé que solo está en mi mente. Me lavé y me froté hasta que me dolió la piel. No es posible que tenga ningún rastro de sangre en mí. Pero aun así... Tiemblo. Otra ducha no hará daño.

La voz de Rio se eleva ligeramente en el salón, su cadencia cambiando a una de molestia. —...con Carbone muerto, tendremos que blanquear de otra manera. Haz que Carnarvon mire...

La voz se desvanece, y con ella, mi sensación de temor crece. Salto de la cama y corro al baño.

No quiero oírlo. No quiero oír nada que pueda tentarme a entregarlo. Pero ahora no puedo desoírlo.

Tendremos que blanquear de otra manera.

Abro el agua tan caliente como puedo tolerarla y me deslizo bajo el chorro, rogando una vez más por algún tipo de olvido del dilema moral en el que se ha convertido mi vida de alguna manera.

***

A la tarde siguiente, camino de un lado a otro en el salón, con mi teléfono celular en la mano mientras trato de reunir el coraje para hacer la llamada que sé que debo hacer.

Mi esposo o mi hijo.

A eso se reduce este momento, y al final, no hay elección posible. Supe lo que tendría que hacer en el momento en que miré a los ojos de Rio esa noche mientras él estaba de pie sobre esos pobres hombres condenados.

Confía en mí, no mucho, pero entonces, él no confía mucho en nadie. Y sin embargo, hay un ablandamiento dentro de él, al menos cuando se trata de mí. Lo veo en sus ojos cuando me mira. Está empezando a preocuparse por mí, y no creo que se haya permitido sentir por otra mujer de esta manera.

Eso solo hace que lo que estoy a punto de hacer sea aún peor. Se siente como el acto de traición definitivo.

Mis náuseas son tan fuertes que no he podido retener nada en todo el día. No puedo decir si la náusea revuelta en mi estómago es por las hormonas del embarazo o por el estrés de saber que estoy a punto de traicionar a mi esposo.

Rio está fuera hoy, reuniéndose con Tommaso para finalizar los arreglos funerarios de su tía.

Agarro mi teléfono con fuerza. Tengo que llamarla. A Felicity. Es eso o criar a mi hijo para que se convierta en alguien como su padre. Inmune a la violencia y la muerte, y empapado de inmoralidad.

Estoy a punto de marcar el número cuando recibo un mensaje de texto de un número desconocido.

Mi corazón da un vuelco cuando leo las palabras en la pantalla.

Anders actuaba sin autorización. Nunca querría hacerte daño, querida. Quiero que estés a salvo, a toda costa. Por favor, créeme. Nunca le haría daño a la hija de Rina.

¿Rossi? Me desplomo en el sofá, mis piernas tiemblan tanto que no creo que puedan sostenerme. ¿Es esto una trampa? ¿Me está usando para enviarle un mensaje a Rio? ¿Para intentar detener cualquier ataque de venganza contra su propia familia? Conociendo a Rio, habrá venganza, y estoy segura de que será mucho más violenta que lo ocurrido la otra noche.

Leo el mensaje de nuevo. ¿Y si es sincero? Nunca tuve la sensación de que Rossi quisiera hacerme daño. ¿Y si está diciendo la verdad? ¿Y si Anders *estaba* actuando sin el permiso de Rossi?

Un atisbo de idea se forma, y golpeo suavemente el teléfono contra mi mejilla mientras pienso.

¿Y si hay una manera de escapar de este mundo violento sin traicionar a Rio en el proceso?

¿Podría funcionar?

¿Tengo la fuerza para usar la conexión de Rossi con mi madre para evadir no solo a Rio, sino también a los federales?

Rápidamente, envío un mensaje de respuesta, pidiéndole a Rossi que me llame. Quince minutos insoportablemente largos después, lo hace.

—Bianca, querida. ¿Le transmitirás a Rio que-

—Por favor, Carlos, escucha —mi corazón late con fuerza y mis manos tiemblan.

Rossi guarda silencio, luego finalmente dice:

—¿Sí? —El tono de tío amable ha desaparecido.

—Prometo que le haré saber a Rio lo que dijiste sobre Anders. Pero a cambio, necesito tu ayuda.

—¿Con qué?

—Para desaparecer.

Después de esa llamada telefónica, permanezco sentada durante un tiempo, aterrorizada por lo que acabo de poner en marcha. Mis piernas no me sostendrían si intentara ponerme de pie ahora mismo.

Cuando las luces se encienden automáticamente sobre mi cabeza en el techo del salón, me doy cuenta de que debe estar oscureciendo afuera. Rio probablemente volverá pronto.

Se me ha acabado el tiempo. La decisión ha sido tomada y la suerte está echada.

Tomando una respiración profunda, la suelto de golpe, y luego levanto mi teléfono una vez más y marco el número que he tenido grabado en mi memoria desde la noche del baile de gala.

Capítulo Veintinueve

—La traición es la única verdad que perdura.
Arthur Miller

Rio

No queda rastro del baño de sangre que ocurrió aquí en mi club hace solo tres semanas. El equipo de limpieza de la firma es de primera categoría, al igual que los trabajadores de la construcción y los reparadores en nuestra nómina. Aparte del cierre del club durante un par de días, es como si el ataque de la gente de Rossi nunca hubiera sucedido.

Y sin embargo, sucedió, y ese momento lo cambió todo. Tenía la venganza en mente para desenmascarar al asesino de mis padres, y planeaba usar a Carlos Rossi para hacer salir al perpetrador.

Ahora, la vieja venganza puede esperar. Una nueva venganza ha tomado su lugar.

Los hombres de Rossi intentaron lastimar a mi esposa y al niño que crece en su vientre. *Mataron* a mi tía. Nada se interpondrá en el camino de mi retribución. Rossi está firmemente en mi mira.

No me preocupa en este momento la policía. Hace tiempo que sé que es beneficioso tener a las fuerzas del orden en tu nómina, y como consecuencia, su investigación sobre el incidente del tiroteo fue breve.

Estoy sentado en mi oficina sobre el club, escuchando el bajo zumbido de la música desde abajo. No es tarde, pero como es viernes por la noche, la música comienza temprano para captar a la multitud del trabajo que quiere festejar un poco antes de regresar a casa desde la ciudad.

Ninguno de ellos parece saber —o importarle— que múltiples cuerpos fueron retirados del mismo suelo en el que ahora bailan.

Esa noche —cuando Bianca me dijo que llevaba a mi hijo— perdí a mi tía en el ataque a la finca. Enterramos a Francine en la parcela familiar a las afueras de la ciudad en un servicio al que asistieron cientos de personas. Tommaso ha ordenado un monumento elaborado para marcar su lugar de descanso final con honor. Cuando el monumento esté listo, realizaremos otra ceremonia más pequeña con solo la familia inmediata presente.

Me reclino en la silla, inexplicablemente cansado. Por un momento, me pregunto cómo sería haber nacido como segundo o tercer hijo, y no el mayor. O incluso haber nacido en otra familia por completo, fuera de esta vida en el negocio.

¿Cómo se sentiría no tener el peso de toda una organización sobre tus hombros? ¿Sería diferente? ¿Menos inclinado a alimentar la oscuridad que yace dentro de mí? ¿Sería más adecuado para alguien como Bianca?

Dos inocentes juntos en una vida que incluye anteojeras puestas y la ingenuidad intacta.

¿Sería esa una vida satisfactoria? ¿O el aburrimiento de vivir dentro de la ley —vivir con convenciones— sería nuestra perdición? ¿Mi lado oscuro anhelaría realizarse independientemente de mi sangre?

Sé cómo se siente Bianca respecto a mí. Siento la complejidad y ambigüedad de sus emociones cada vez que estamos en la misma habitación. Sus hermosos ojos marrones no pueden mentir.

Parte de mí se arrepiente de haberla traído a esta vida, pero ese otro lado más básico se regocija en el hecho de que la mujer que inicialmente pensé que necesitaría ser eliminada de alguna manera ha terminado capturando mi corazón y tomando su lugar a mi lado.

Pensamientos frívolos. Inútiles. Necesito volver al trabajo. Giro la silla y me sirvo un whisky de la jarra de cristal que guardo detrás de mí, y luego me vuelvo para reanudar la lectura del contrato frente a mí.

Levanto el documento, pero solo he tomado un sorbo del líquido ámbar cuando se desata un alboroto más allá de la puerta de la

oficina. Gritos y forcejeos, una mezcla de voces masculinas y femeninas. Coloco el vaso cuidadosamente sobre el escritorio y alcanzo debajo del escritorio para apoyar mi mano en el arma asegurada debajo. El cañón apunta hacia la puerta. Quien entre estará muerto en segundos si intenta hacerme daño o atacarme.

—No, lo siento. ¡Deténganse! No pueden...

La puerta se abre de golpe, y un grupo de extraños irrumpe en la oficina, seguidos por mi secretaria Dana, que siempre trabaja hasta tarde los viernes, y tres de mi equipo de seguridad. Mi mano en el gatillo del arma se relaja, pero solo ligeramente.

Puedo decir inmediatamente que estos extraños son agentes de la ley. Dos hombres y una mujer, bien vestidos y todos con un aire de vigilancia ansiosa. Probablemente federales en lugar de locales, supongo. Las señales son inconfundibles una vez que sabes qué buscar.

La mujer da un paso adelante, agitando un papel en el aire antes de dejarlo caer frente a mí.

—Gregorio Agosti, tenemos una orden para registrar estas instalaciones.

No miro el documento. En su lugar, la miro intensamente, surgiendo una familiaridad, y mi corazón da un extraño latido, casi como si acabara de saltarse uno.

La conozco.

O al menos, la reconozco. Es la rubia que estaba en el baño con Bianca en el baile de gala hace varias semanas. La noche en que mi instinto me dijo que algo andaba mal. Pero estaba tan concentrado en Bianca que ignoré mi instinto sobre cualquier cosa que pudiera estar mal.

La mujer continúa con más palabrería, pero la ignoro, tratando de controlar mi conmoción.

¿Cuál es el papel de Bianca en la presencia de esta mujer en mi oficina? ¿Tiene *algún* papel? ¿Es consciente de que estas personas

son nuestros enemigos?

¿Los envió aquí para derribarme en represalia por secuestrarla y sacarla de su vida anterior? ¿Ha estado jugando un juego largo, jugando conmigo, atrayéndome con su sexualidad inocente y su promesa de eternidad a través de nuestro hijo?

No. No puedo creer eso de ella. Bianca no me traicionaría de una manera tan monstruosa. No cuando lleva a mi bebé. No cuando me mira de la forma en que lo hace, con amor —por reluctante que sea — en su expresión.

Suelto completamente el arma y me reclino en mi silla con los brazos cruzados. La encontrarán cuando registren, por supuesto. Junto con otras armas escondidas por todo el edificio.

Pero mi equipo legal siempre se ha asegurado de que tenga los papeles y licencias necesarios para todo en esta oficina —y el club de abajo, de hecho. Hasta el último bolígrafo o botella de vino.

No encontrarán nada incriminatorio aquí.

Danelli irrumpe en este momento, obviamente alertado por uno de sus hombres. Levanto una mano, frenando su ímpetu.

—Pueden registrar —le digo a la mujer lentamente—, pero si dañan una sola cosa en este edificio, le facturaré a su departamento el costo.

—¿Una amenaza, Agosti? —Uno de los agentes masculinos da un paso adelante, con beligerancia en su tono y postura.

Tan predecible. Tan ineficaz.

Levanto una ceja en su dirección.

—No. Un hecho.

La mujer frunce el ceño a su colega, haciéndole retroceder subrepticiamente. Habla por un auricular, diciéndole al resto del equipo de búsqueda que suban y comiencen.

Los ignoro a todos entonces y me dirijo a Danelli. —Trae a Carnarvon aquí ahora. Lo recibiré en el club.

Carnarvon y su equipo de abogados están contratados, y no hay nadie en quien confíe más en una situación como esta para asegurarme de salir ileso. Su firma ocupa un espacio de oficina en el primer piso de este edificio, así que espero que en menos de cinco minutos mi abogado o su representante esté sentado a mi lado en el club.

—Sí, jefe —Danelli sale apresuradamente de la habitación, ya levantando su teléfono móvil a su oreja.

Mi secretaria es la siguiente en recibir instrucciones. —Comunícame con Bianca. Hablaré con ella en breve —Ante el asentimiento de Dana, finalmente me dirijo a Matteo, uno de los miembros del equipo que está de servicio esta noche—. Vigílalos. Asegúrate de que no rompan nada ni se lleven nada que no deban. Recuérdales que los demandaré si se exceden de los límites de la orden judicial.

Sin mirar de nuevo a la rubia o a sus compañeros, salgo de la habitación y me dirijo al club en la planta baja.

***

—Nadie puede encontrar a Bianca, señor.

Mi secretaria ha llegado al club solo un minuto después de Carnarvon y dos de sus secuaces. Carnarvon está en proceso de tomar asiento y colocar su maletín en la mesa baja frente a los sofás cuando hace una pausa ante el anuncio de Dana.

Su rostro, habitualmente impecable y sereno, muestra líneas de preocupación poco habituales.

Parpadeo un par de veces, tratando de procesar lo que acaba de decir. —Eso es imposible. ¿Qué coño quieres decir con que nadie puede encontrarla? Está en el barco con todo un equipo de seguridad vigilándola. No puede haber desaparecido sin que ellos lo sepan. ¡Encuéntrala!

—No pueden —los dedos de Dana se retuercen. Conoce mi lado oscuro y claramente no quiere que se dirija a ella—. Han buscado

por todas partes. Han registrado todo el barco. Parece que... se ha esfumado.

La furia y el miedo me llenan a partes iguales. ¿Acaso Rossi logró llegar a ella de alguna manera? ¿No dejé suficiente seguridad? ¿Están muertos mi esposa y mi bebé?

—Encuéntrala —gruño entre dientes apretados—. Ahora.

Agarro mi teléfono móvil que está sobre la mesa y marco el número de Bianca. Va directamente al buzón de voz. Termino la llamada y lo intento de nuevo. Y otra vez.

Mientras se conecta por tercera vez al buzón de voz, veo a la agente rubia caminando con confianza frente al bar en dirección a nuestro grupo de personas. Un gruñido escapa de mi garganta al verla, y estoy más cerca que nunca de perder el control por completo. Le doy la espalda y hablo con urgencia al teléfono, poniendo cada onza de autoridad que tengo en el mensaje.

—Bianca. Llámame ahora. No me importa dónde estés o qué estés haciendo. *Llámame. Ahora. Mismo*.

Cuelgo y me tomo un momento para respirar. No puedo perder el control frente a estos agentes. No puedo perderlo frente a nadie. Soy el Jefe.

Necesito recomponerme y actuar como el Jefe. Peligroso. Sin emociones. Lógico y razonable. Si no lo hago, alguien más dará un paso al frente y tomará mi lugar, y el nombre Agosti será reducido a polvo.

Hago un trabajo razonable recuperando el control de mi temperamento. Razonable, hasta que me doy la vuelta y mi mirada se encuentra con la de la mujer rubia.

Ella me sonríe con suficiencia, con una mirada conocedora en sus ojos. —Necesita venir con nosotros ahora, Gregorio. Aunque debo confirmar que no está bajo arresto. Todavía.

—Entonces no necesita ir a ninguna parte con ustedes —el tono seco de Carnarvon corta el repentino silencio.

Ella lo ignora, clavándome una mirada que me hiela la sangre. —Nunca la encontrará, ¿sabe? No se moleste en buscar. Tenemos a Bree en un lugar seguro, y usted nunca volverá a acercarse a ella.

Aspiro bruscamente y luego exhalo lentamente. *¿Ellos. Tienen. A Bree? No, no a Bree*. —El nombre de mi esposa es Bianca.

Me pongo de pie, los sonidos a mi alrededor se distorsionan y deforman. Vagamente, oigo el jadeo de Dana y a Carnarvon llamando mi nombre, luego gritos y alaridos mientras la niebla negra me envuelve.

Levanto la mesa y la lanzo a través de la habitación contra el bar.

Capítulo Treinta

«Uno puede huir de todo excepto de sí mismo».
Stefan Zweig

Bianca

El autobús sale de la terminal en una nube de humo y un estruendo de ruido, y me hundo en mi asiento, esperando parecer cualquier otra viajera que no tiene fondos para ir en avión.

Me ajusto la peluca castaña clara, esperando que no parezca demasiado falsa. Con lentes de contacto de color que vuelven mis ojos azules, y con estos viejos vaqueros, camiseta y una mochila desgastada tirada en el asiento vacío a mi lado, no creo que me parezca en absoluto a Bianca Carlotti. Ni siquiera me parezco a Bree Walker. Ya no. Bree se ha ido hace mucho, y Bianca esperemos que se hunda en el olvido tan pronto como llegue a Augusta.

Olvido. Le supliqué a Rio que me llevara allí aquella noche, y por un tiempo en sus brazos, casi logró entregarme a su acogedor abrazo. Pero los recuerdos y las pesadillas siempre vuelven. La violencia y la muerte me persiguen. El olvido es fugaz. A menos que, por supuesto, elija la finalidad de la muerte.

Curvo mis dedos sobre mi vientre. Está empezando a redondearse un poco ahora, y las náuseas están aumentando conforme avanzan los días. Eso es bueno, según he leído. Significa que las hormonas son fuertes y el bebé tiene posibilidades de sobrevivir. Me pregunto si el estrés está empeorando las náuseas. Ciertamente hay mucho de eso recorriendo mi cuerpo.

Cada vez que nos detenemos y algunos pasajeros suben y bajan, tengo que luchar para controlar mi respiración. El sudor cubre mis axilas y gotea por mi espalda, y luego volvemos a rodar, y nadie parece prestarme atención.

Hasta una parada en particular, cerca de Portsmouth, creo, y un tipo con traje oscuro sube a bordo. ¿Quién lleva traje en un autobús? ¿Está aquí por mí? Me tenso mientras parece estudiar a los pasajeros uno por uno. Su mirada se posa en mí, y contengo la respiración, tratando de no encontrarme con sus ojos.

Rezando para que no se acerque a mí. Rezando para que no sea uno de los hombres de Rio. O uno de los de Rossi. O un federal.

Empieza a bajar por el pasillo, llega a mí y pasa de largo. Estoy demasiado asustada para girar la cabeza y ver dónde termina, pero oigo el roce de la ropa y el chirrido del cuero falso mientras se desliza en un asiento en algún lugar del lado opuesto al mío.

El autobús arranca, y espero, conteniendo mis gemidos solo por pura fuerza de voluntad. Cuando no pasa nada, finalmente reúno el coraje para echar un vistazo detrás de mí. El tipo está desplomado contra la ventana, con los ojos cerrados y la boca medio abierta, ya dormido.

No está interesado en mí.

No es un matón de la mafia, entonces.

Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios.

Eventualmente, me relajo un poquito, pero aún no puedo dormir. Estoy demasiado cerca del límite, siempre en alerta. Espero poder asentarme pronto cuando llegue a donde sea que vaya y darle a este niño un mejor comienzo que vivir con nervios y adrenalina.

Esa vieja vida nunca cambiará, pero mi nueva vida tiene que ser diferente.

Canadá, allá voy. Pasando por Augusta, Maine, si todo va según lo planeado.

Mi plan. No el de los federales. Y seguro que no el plan de Rossi. Felicity y su equipo nunca tuvieron la oportunidad más allá de una reunión inicial de interrogatorio para llevarme a esconderme. Rossi llegó primero.

Él es quien me proporcionó dinero en efectivo y documentación de identidad falsa, pero cree que me detendré en Augusta. Ya tiene un apartamento preparado allí para que me mude de inmediato.

Pero no tengo intención de dejar a un monstruoso señor del crimen por otro. No tendría sentido dejar a Rio en absoluto si simplemente permitiera que Rossi ocupara su lugar como mi protector. O mi carcelero.

No. A partir de hoy, no confío en nadie más que en mí misma para protegerme. Soy lo suficientemente fuerte para hacer esto por mi cuenta. Tengo que serlo, por mi propia supervivencia y la de mi hijo. Nadie se interpondrá en mi camino.

Solo que, por cada kilómetro que el autobús me aleja de Rio, lejos del peligro, también me lleva más lejos del hombre que robó mi corazón y reclamó mi alma.

Y mi corazón se rompe un poco más cada vez.

***

Rio

A Carnarvon y su equipo les tomó menos de cuatro horas sacarme de la sala de interrogatorios de la agencia y traerme de vuelta aquí a mi oficina. Danelli ha revisado el lugar en busca de micrófonos, y me han asegurado que está limpio. Al menos por ahora.

Cuando les digo a todos que me dejen, Carnarvon se detiene en la puerta. La lástima en su expresión mientras me mira casi le cuesta la vida. Estoy tambaleándome tan cerca del borde.

—Puedo confirmar que el soplo vino de su esposa, señor —dice.

—¿Sobre el trato fallido con Carbone? ¿Los tiroteos? —Por supuesto que sería sobre los tiroteos. El horror en sus ojos ese día nunca la ha abandonado realmente.

Debería haberlo visto; haberme protegido contra sus efectos negativos. Pero cuando se trata de Bianca, siempre he estado ciego, al parecer.

—Sí y no. El trato de Carbone, pero no los tiroteos.

Eso me sorprende. Inclino la cabeza en dirección a mi abogado.

—Continúa.

—El lavado de dinero. Están buscando evidencia de que usó el trato de Carbone para canalizar dinero sucio.

—Ah. Más fácil de probar para ellos, supongo, que un tiroteo masivo donde no hay cuerpos, ni balas o casquillos, ni sangre.

—En efecto.

—Vete.

Carnarvon arrastra los pies, la vacilación aumentando mi ira. Me doy cuenta por primera vez de un pequeño sobre blanco en su mano. Lo miro fijamente, y él traga saliva antes de avanzar rápidamente para dejar el sobre en mi escritorio.

—Esto llegó hoy para usted.

Es de ella. Casi puedo oler su aroma elevándose de la misiva, aunque sé que debe ser pura imaginación.

—Sal. Ahora.

Esta vez Carnarvon obedece, el miedo tensando su mandíbula mientras se retira, dejándome solo para reflexionar sobre la traición de mi esposa. La única mujer —la única persona— con quien alguna vez he bajado la guardia.

Me dirijo al aparador y me sirvo un whisky, mirando fijamente el líquido ámbar y pensando sobre el amor y la familia, la traición y la venganza.

Y la rabia se eleva, y se eleva, hasta que ya no puedo pensar; hasta que ya no puedo ver la bebida en mi mano. La niebla negra, como mi padre solía llamarla cuando me invadía, oscurece mi visión, mi audición, todos mis sentidos.

Abro la boca y rujo, permitiendo que toda la ira y el dolor salgan de mí en un torrente. Y entonces me dejo llevar y destruyo la oficina a

mi alrededor.

Después, me poso en el único mueble intacto del espacio: la silla de cuero de respaldo alto que solía estar detrás de mi escritorio.

El escritorio en sí está hecho pedazos, al igual que todo lo demás en la habitación que alguna vez fue cavernosa y siempre elegante. Ahora está llena de fragmentos de cristal y vidrio y trozos de madera rota. Los estantes que contenían papeles y libros están torcidos o volcados sobre la alfombra. Las obras de arte están en el suelo. El espejo sobre la chimenea frente a las ventanas del suelo al techo ahora está muy agrietado.

Estudio mi reflejo distorsionado, sin sentir nada cuando mi rostro deformado me devuelve la mirada.

Nada excepto la fría rabia que aún arde en lo profundo de mi ser.

Ella me traicionó.

Ella. Me. *Traicionó*.

Veo el sobre blanco asomando entre los escombros, descansando sobre un marco de foto en el suelo. Me inclino, alcanzando entre el desorden, y saco tanto la misiva como la fotografía enmarcada que antes estaba en mi escritorio. Una foto de boda de Bianca y yo, tomada cuando salíamos de la capilla.

Abro el sobre y saco la única hoja de papel que hay dentro. Las palabras se desdibujan mientras leo, y me froto los ojos para aclararlos. Nunca me permitiré llorar. Nunca. Por nada.

Rio, debes odiarme ahora. Lo siento mucho. Necesitas saber que Carlos Rossi no estaba al tanto de los ataques hasta después. Anders estaba actuando por su cuenta, sin permiso de su jefe.

Procesaré esa información más tarde. Ahora, me concentro solo en la última línea garabateada de la nota.

Te amo, Rio. Siempre lo haré.

La nota cae al suelo mientras acerco la foto enmarcada, estudiándola. Ella me está mirando, con los labios entreabiertos y los

ojos brillando con una miríada de emociones. Amor y odio. Incluso entonces, no podía ocultar el deseo; la necesidad.

A pesar de su odio hacia mí y todo lo que represento.

Apoyo el marco en el suelo frente a mis pies, pensando en el amor y el odio. Deseo y traición.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta para sacar mi teléfono móvil —de alguna manera, a pesar de la devastación que acabo de infligir en mi oficina, todavía llevo puesto mi traje— y marco un número que conozco bien.

—Investigaciones Dartside. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Rio.

Un siseo audible al otro lado confirma que mi nombre es suficiente introducción. —Sí, señor. ¿Cómo podemos ayudarle hoy?

—Necesito que encuentren a alguien. Una mujer. El trabajo es de vida o muerte. Y el presupuesto es... —Hago una pausa, considerando—. El presupuesto es ilimitado. Sea lo que sea necesario, esta mujer debe ser encontrada y traída ante mí. Como asunto de suma urgencia.

Antes de que nazca mi hijo.

Alcanzo de nuevo debajo de mi chaqueta y esta vez saco la pistola que Carnarvon me devolvió en el momento en que salimos de las oficinas de los federales.

Compruebo. Está completamente cargada. Bien. Distraídamente, hago girar el tambor, mirando la foto. El momento en que fue tomada era una instantánea en el tiempo donde estaba, si no feliz, al menos satisfecho con hacia dónde se dirigía mi vida con Bianca.

Giro, clic. Giro, clic.

Era un tiempo antes de que mi tía fuera asesinada. Un tiempo antes de que mi familia fuera amenazada. Un tiempo antes de que mi *maldita esposa me traicionara*.

Giro, clic.

¿Qué es un poco más de vidrio entre este desastre?

Amartillo la pistola y la apunto a la foto, estabilizando el cañón, enfocándome en el rostro de Bianca.

Mi hermosa esposa. *La mia bella moglie.*

Y entonces aprieto el gatillo.

Voy por ti, pajarito.

***

Espero que hayas disfrutado el primer libro de la trilogía *Enemigos Oscuros*. La historia continúa en el segundo libro, *Traición Despiadada*.

***

Traición Despiadada

Enemigos Oscuros

Libro 2

Un Romance de Mafia Oscura con Matrimonio Forzado y Enemigos que se Convierten en Amantes

Por Zoe Delaney

Capítulo Uno

«Huye, querida mía, de todo aquello
Que no fortalezca
Tus preciosas alas en ciernes».
Hafez

Aria

Hace mucho tiempo, yo era Bree. Luego un monstruo me secuestró y me reinventé como Bianca Carlotti-Agosti, la esposa de un jefe mafioso.

Hoy respondo al nombre de Aria, y vivo una vida tan alejada de la alta sociedad de Boston como es posible.

Aunque sé en mi corazón que Bianca aún vive. Enterrada en lo profundo, pero está ahí. Sosteniendo una vela a mi pasado en la oscuridad dentro de mi alma enferma y devastada.

—¿Señora Lowe? ¿Hola? ¿Aria Lowe?

La impaciencia en el tono de la recepcionista indica que debe haber estado llamando mi nombre por un tiempo.

Me pongo de pie de un salto e inmediatamente me tambaleo cuando me golpea un mareo. *Vaya*. Extiendo la mano a ciegas y siento las manos reconfortantes de alguien en mi brazo y mi espalda. Estabilizándome.

—Cuidado, cariño. La presión arterial está por todas partes durante el embarazo.

Parpadeo y me enfoco en la mujer a mi lado. Otra paciente por el aspecto de su vientre, que está aún más hinchado que el mío. Estoy de más de seis meses ahora. Ella debe estar casi lista para dar a luz. Me sonríe y suelta mi brazo cuando le devuelvo la sonrisa.

—Lo sé bien —añade en un tono irónico—. Este es mi cuarto.

—Vaya. Felicidades. Y gracias. —Mi manera sigue siendo reservada, aunque estoy agradecida por su ayuda. No estoy acostumbrada a socializar con la gente estos días. Incluso este breve intercambio me llena de ansiedad.

No seas tonta. Es una clínica de obstetricia estilo pro-bono en el centro de Cleveland, que se realiza una vez cada quince días para aquellos que no pueden permitirse un nivel de atención médica más estándar. O aquellos que no pueden permitirse que sus datos personales se añadan al sistema de salud adecuado.

Aquellos como yo.

Huyendo de mi esposo jefe de la mafia *y* de los federales que quieren condenarlo.

No es Canadá, el lugar al que tenía la intención de huir. Ni de lejos. Pero Cleveland era a donde se dirigía el autobús el día que llegué a Augusta. Me bajé de un autobús y busqué el primero que saliera de allí. Y de alguna manera, cuando llegué aquí, finalmente me sentí segura.

Por primera vez en meses, sentí que nadie me estaba observando. Por fin podía respirar.

Esta ciudad no es el lugar donde es probable que me encuentre con alguien de mi antigua forma de vida. Ni esta clínica.

No te pongas ansiosa, me digo a mí misma. No es bueno para el bebé.

—Soy Nita —dice la mujer, señalando a la recepcionista, que ahora me mira con el ceño fruncido—. Te he visto aquí antes. Mejor ve antes de que pierdas tu lugar en la cola.

—Oh, sí. No parece feliz. —Me dirijo hacia el mostrador, pero luego un impulso me detiene.

Me vuelvo hacia Nita. Es mayor que mis veinticinco años, quizás por diez años más o menos, pero sus ojos son amables y parece casi maternal en su manera de ser.

Qué agradable sería tener una presencia amable en mi vida. Qué agradable sería tener *cualquier* presencia en mi vida. La soledad de mi existencia actual es casi paralizante.

Abro la boca para sugerir que vayamos a tomar un café después de que terminen nuestras citas —aunque en realidad, sería té en lugar de café ya que no puedo soportar el sabor del café en este momento —, pero al final, no digo nada. Simplemente le lanzo otra sonrisa rápida y me dirijo a mi cita.

La última vez que tuve amigos, los matones de mi marido les dispararon.

Ya no puedo permitirme acercarme a nadie, sin importar lo sola que me sienta. No podría soportarlo si fuera la causa de que alguien más saliera herido.

O muerto.

Y no puedo permitirme dejar escapar nada sobre quién era o de dónde vengo. Porque ser arrastrada de vuelta para enfrentarme a Rio Agosti probablemente me mataría, en cuerpo y alma.

He traicionado al hombre que amo. Mi marido. Un monstruo.

Pero viene por mí; lo siento en los huesos.

E incluso si de alguna manera sobrevivo al castigo mortal que sé que me impondrá por mi traición, *no* permitiré que mi hijo sea criado en esa forma de vida.

Moriré antes de entregar a mi bebé a mi marido.

***

Mi apartamento amueblado de una habitación en Clark-Fulton es pequeño y tan básico como se puede, pero al menos el espacio está limpio y los ocupantes del edificio están tranquilos la mayor parte del tiempo. El alquiler es barato, y el propietario estaba dispuesto a aceptar el pago por adelantado de tres meses. Así que sé que tengo estabilidad por un tiempo.

Estabilidad y un lugar seguro donde Rio tiene pocas posibilidades de encontrarme.

Aunque las conexiones de mi marido son extensas, no puedo imaginar que haya algo en este vecindario que merezca su atención y, si mantengo la cabeza baja y no me relaciono con otras personas, debería estar lo suficientemente segura. Eso espero.

Los federales son otro asunto. Probablemente me estén buscando también, no para arrestarme, sino para usarme para derribar a Rio. Me niego a ayudarlos a hacer eso.

Puede que haya huido de él. Puede que esté aterrorizada por las consecuencias si me encuentra. Pero él robó mi corazón, y nunca lo entregaré de esa manera.

Usé la identificación falsa que Carlos Rossi arregló para mí para encontrar este apartamento y registrarme en la clínica de obstetricia cercana, a solo un par de paradas de autobús. Pero todo lo demás es solo en efectivo, y nunca salgo de casa sin mi peluca y lentes de contacto puestos.

Hace aproximadamente una semana, vi a alguien merodeando cuando salía del edificio de apartamentos, y me puso en alerta. El tipo no parecía uno de los matones de mi marido. No iba de traje, y no tenía esa expresión dura y sin emociones a la que me acostumbré en Boston.

Pero había algo en él... La forma en que simplemente merodeaba en el lado opuesto de la calle sin ningún propósito que yo pudiera discernir. La rapidez con la que se dio la vuelta y comenzó a alejarse después de que nuestras miradas se cruzaran brevemente. Pero no miró hacia atrás, y una vez que desapareció al doblar la esquina, mis sentidos arácnidos empezaron a calmarse.

Solo un tipo cualquiera. Nada de qué preocuparse. No lo he vuelto a ver desde entonces, y empiezo a sentirme un poco más tranquila, a pesar de la dolorosa soledad.

Supongo que debería sentirme culpable por haber tomado el dinero y los documentos de identidad que Carlos Rossi me dio para

establecerme en Augusta. Dijo que tenía un apartamento listo y un equipo en el terreno que iba a ayudarme a establecer mi nueva vida allí. Sorprendentemente, no siento demasiada culpa.

Puede que Rossi no fuera quien apretó el gatillo aquel día en el club de Rio cuando murió toda esa gente, pero Anders, el hombre que dirigió el ataque, era la mano derecha de Rossi, su *consigliere* como lo llaman en ese mundo.

Al igual que Danelli es el segundo de Rio. Y por mucho que Rossi protestara diciendo que no sabía nada sobre el ataque a Rio, una parte de mí no le cree. Danelli nunca podría hacer nada sin que Rio lo supiera.

Así que, o Rossi es un mentiroso, o su control sobre su familia se está debilitando. Y por lo que entendí durante el breve tiempo que viví en ese mundo, cualquiera de esas opciones, o ambas, son intensamente peligrosas.

Ya sea mentiroso o débil, las manos de Rossi están tan manchadas de sangre como las de cualquiera de ellos.

No quiero nada de eso. Y algún día, cuando mi nueva vida esté completamente establecida y encuentre un trabajo, tengo la intención de devolverle el dinero a Rossi. De forma anónima, por supuesto. Pero no quiero estar en deuda con Rossi, como tampoco lo quiero estar con Rio.

Hago esto por mi bebé. Una nueva vida. Un nuevo comienzo. Lejos de la larga sombra de la vida —y la muerte— de la Mafia.

Y aunque lloro hasta quedarme dormida todas las noches, anhelando el contacto de Rio, su fuerza, su energía, nadie más tiene por qué saberlo nunca.

La próxima vez que asisto a la clínica de obstetricia, Nita está allí en la sala de espera. Esta vez, sonríe y da unas palmaditas en el asiento a su lado cuando entro.

—Ven a sentarte conmigo, Aria. Vamos a charlar.

Mi corazón da un salto. Aparte de un par de vecinos que saludan con la mano pero no se detienen a hablar, y el chico de la tienda local donde compro la comida, no he hablado con nadie desde la última vez que estuve aquí hace dos semanas. La idea de *charlar*, como lo llama Nita, es a la vez estimulante y estresante.

No confíes en nadie. No compartas nada que pueda llegar a oídos de Rio.

Con cautela, tomo el asiento a su lado.

—Gracias, Nita. ¿Cómo te sientes?

Me froto la barriga que se expande. Apenas estoy entrando en mi último trimestre. Nita parece estar cerca del final de su embarazo y se mueve en su silla como si intentara, sin éxito, encontrar una posición cómoda.

Espero que ese sea mi caso en uno o dos meses más.

—Un poco más de sueño me vendría bien, pero eso nunca va a pasar con otros tres niños en casa. Y todos menores de cinco años.

Levanto las cejas.

—¿En serio? ¿Cómo te las arreglas? Espero que tu marido... —me detengo torpemente, consciente de que estoy haciendo suposiciones sobre su vida—. Lo siento. No quiero entrometerme.

No quiero fomentar preguntas sobre mi vida. Mis secretos. Me imagino cómo podría ir eso. *¿Mi marido? Oh, es un jefe de la mafia que probablemente me matará cuando me encuentre. Eso si los federales no me encuentran primero.*

Probablemente eso no sería una buena manera de iniciar una amistad. Estudio la expresión de Nita, cansada pero aún con una sonrisa amistosa y un brillo en los ojos. ¿Quiero ser amiga de ella? ¿Es posible hacer conexiones aquí sin ponerme en peligro a mí misma o a mi bebé? ¿O a ella?

—No tengo marido —dice con naturalidad. No parece molesta por mi pregunta, simplemente se encoge de hombros con filosofía—. Se

largó tan pronto como le conté sobre este —se da unas palmaditas en el estómago, y su sonrisa decae—. Gracias a Dios. Espero que nunca vuelva.

—Oh. Bueno —murmuro, sin saber cómo responder.

¿Qué tan malo debe haber sido para que ella esté feliz de tener su cuarto hijo sin el apoyo de una pareja?

Se ríe, un sonido ligero y cristalino que hace que mis labios se curven en una sonrisa involuntaria.

—No pongas esa cara tan triste. ¡Yo no lo estoy! ¿Quieres tomar algo después de nuestras citas?

—Um...

—Oh, ya sabes, no me refiero a *beber* beber. Como un café o algo así, es lo que quería decir. Cuando no estoy tan embarazada, suelo trabajar en un restaurante no muy lejos de aquí. Todavía tengo descuento de empleada.

Su mirada esperanzada me clava, y de repente estoy cansada de estar sola. A la deriva en un mar de completos extraños sin nadie con quien hablar. Estar desconectada realmente apesta.

Rio nunca lo sabrá. No puede hacerle daño como lo hizo con Dave y Shelley. Estará bien.

—Claro. Me encantaría, Nita. Gracias.

En ese momento, la recepcionista llama su nombre, y ella se levanta torpemente.

—Genial. Me quedaré aquí después y te esperaré. Nos vemos luego.

Mientras Nita se aleja tambaleándose para su cita, rezo por no haber cometido el mayor error de mi vida. Por mí. O por ella.

Capítulo Dos

"En efecto, soy un rey, porque sé gobernarme a mí mismo".
Pietro Aretino

Aria

El restaurante al que Nita me guía está a solo una cuadra de la clínica. Cuando finalmente entramos y nos sentamos en un reservado de la esquina, me lanza una mirada curiosa.

—¿Estás en algún tipo de peligro, Aria?

—¿Qué? ¿Por qué preguntas...?

Sonríe.

—No dejabas de mirar por encima del hombro mientras caminábamos... bueno, supongo que "contonearnos" sería el término más preciso... hasta aquí. Incluso ahora sigues observando nuestro entorno. Y elegiste *ese* asiento, que te da una vista perfecta de la puerta y de todos los que entran.

Siento que mis mejillas se ruborizan. Estar alerta ante el peligro se ha vuelto un hábito tan arraigado en los pocos meses desde que escapé de Rio que ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo hoy.

No puedo contarle la verdad, pero necesito darle algo. Parece que ha pasado una eternidad desde que tuve amigos de verdad, pero aún recuerdo cómo se supone que funciona. Dar y recibir.

—Sí, yo... eh... no quiero que mi ex descubra dónde vivo. Él es... —*Complejo. Peligroso. Sexy como el infierno y fácilmente la persona más aterradora que he conocido*. Me decido por—: Problemático.

Su mirada es sabia mientras escudriña mi rostro. Luego asiente.

—Está bien, cariño. Todos tenemos secretos del pasado en esta parte de la ciudad.

Me pregunto qué quiere decir, y estoy a punto de preguntar cuando llega la camarera con una cafetera. Nita acepta, pero yo niego con la cabeza.

—¿Podría tomar té, por favor?

—Y tarta —añade Nita—. Dos porciones de tarta de manzana. Gracias, June. Con una bola de helado para cada una. —Me sonríe de nuevo—. Yo invito.

—Oh no, yo...

—Insisto —dice Nita con firmeza, mientras la camarera desaparece detrás del mostrador—. Descuento de empleados, ¿recuerdas? Puede que sea madre soltera, pero puedo permitírmelo. Además, parece que hace tiempo que no comes bien.

Odio admitirlo, pero tiene razón. Solo tengo los fondos que Carlos me dio para mi nuevo comienzo, y necesito que duren tanto como sea posible. He estado viviendo frugalmente, y una porción de tarta de manzana caliente pagada por un alma generosa suena como el cielo en este momento.

—Entonces, gracias —digo, sintiendo una calidez que me invade.

He olvidado lo agradable que es tener a alguien en mi vida que se preocupe por mí. Mi padre probablemente sigue aventurándose por los rincones salvajes de Asia. Supongo que me pondré en contacto con él cerca de la fecha de mi cumpleaños para que no se preocupe cuando no pueda localizarme en mi antiguo número, pero eso es dentro de unos tres meses.

En realidad, se supone que dé a luz cerca de la fecha de mi cumpleaños. Aunque espero que el bebé no nazca en mi cumpleaños exactamente, dado que ahora también es el aniversario de cuando Rio me secuestró en la calle.

—Prometo disfrutar de mi tarta y helado de todo corazón —digo.

Reímos juntas, y en ese momento, un germen de esperanza florece en mi pecho. Tal vez sea posible hacer que esta nueva vida funcione. Tal vez sea posible dejar el pasado atrás, y algún día incluso tenga la

oportunidad de volver a ver a mis viejos amigos y compañeros de trabajo y explicarles lo que pasó con más detalle. Disculparme por arruinar sus vidas.

Pero incluso después de que la deliciosa tarta y el té caliente empiezan a llenar mi estómago y calmar mis nervios habitualmente crispados, sigo mirando cada vez que suena la campana sobre la puerta, estudiando quién entra para ver si reconozco algún rostro. O una mirada endurecida.

Y el miedo sigue dentro de mí. Simplemente está más enterrado que antes. Porque conozco a Rio Agosti casi tan bien como me conozco a mí misma. Y él nunca dejará de buscarme hasta el día en que dé su último aliento. Yo era su posesión, y lo traicioné cuando huí. Un acto que estoy segura que nunca, jamás perdonará.

Por mucho que espere lo contrario, es realmente solo cuestión de tiempo antes de que me alcance, listo para impartir el castigo que cree que merezco. No tengo duda de que ese castigo será severo. Solo espero que perdone a nuestro hermoso bebé antes de hacerlo.

***

Rio

Llego al final de la piscina de la terraza en la azotea y giro en el agua, comenzando otra vuelta de regreso por el mismo camino que acabo de nadar. Hago esto cada mañana, una y otra vez, de ida y vuelta, las vueltas sirven tanto de ejercicio como de distracción.

Han pasado más de tres meses, y no la han encontrado.

Desde la masacre en la finca y la pérdida de mi tía Francine, no puedo soportar pasar mucho tiempo allí. Todo está impecable, por supuesto, y se ha instalado nueva seguridad, pero en su lugar, paso la mayoría de mis días —y noches— aquí en mi ático sobre el club. Trabajando, nadando y planeando venganza contra aquellos que dañaron a mi familia.

Contra mi esposa, que robó mi corazón y luego a mi hijo.

Tendré mi venganza sobre mis enemigos, y esa venganza será lo más dulce de todo.

Hasta ahora, Danelli y su equipo han rastreado cada posible pista en busca de rastros de Bianca. La firma de investigación privada que contraté, Dartside Investigations, la rastreó hasta Augusta y luego la perdió. Incluso ordené a la firma que pusiera feelers en Tailandia, para rastrear a su padre y confirmar que no ha tenido contacto con él.

Su padre adoptivo, es decir. Su padre biológico —junto con el resto de la familia Carlotti— llevan mucho tiempo muertos. Por lo que he podido averiguar a lo largo de los años, Bianca es la última de su linaje. Al menos, hasta que nazca nuestro bebé.

Una rabia familiar arde en mis venas al pensar en mi hijo siendo arrebatado de debajo de mis narices. Ciertamente, Bianca aún no podría haber tenido al niño, pero necesito tenerla de vuelta bajo mi atenta mirada antes de que eso suceda. Nunca dejaré de buscarla hasta que ella y mi hijo —el heredero de los imperios Carlotti y Agosti— estén de vuelta en su lugar legítimo.

A mi lado.

Solo que esta vez, se doblegará a mi voluntad y me obedecerá. Y nunca volverá a escapar de mí.

Le permití entrar en mi vida, en mi *corazón*, y a cambio, hizo trizas el amor y la confianza que le otorgué y me lo arrojó a la cara en forma de un millón de fragmentos afilados.

No cometeré el mismo error dos veces.

Llego al otro extremo de la piscina climatizada y me preparo para girar una vez más, pero me detengo cuando uno de mis hombres se acerca. Puedo notar por su andar que tiene noticias. Sus pasos son apresurados, su respiración agitada, y su mano se cierra y abre alrededor de su teléfono móvil como si estuviera a la vez emocionado y temeroso de transmitir lo que sabe.

Debería tener miedo. Mi humor estos días es... digamos, voluble. Y no estoy de humor para nada que no sean buenas noticias.

Señalo una pila de toallas blancas encima del armario cerca de la pared, y él se desvía de su camino para coger una y luego corre para entregármela. Me tomo mi tiempo, secándome la cara, tratando de controlar mi impulso de agarrarlo por las solapas de su chaqueta y arrastrarlo al agua. Desahogar mi ira omnipresente en el mensajero no logrará nada excepto una sensación momentánea de satisfacción.

Cuando mis emociones están bajo control, lanzo la toalla a un lado y lo clavo con la mirada.

—¿Y bien?

La nuez del hombre sube y baja mientras traga nerviosamente, y mi bestia interior ronronea. Me gusta el miedo que infundo en los demás. Afirma el poder que ejerzo sobre mi imperio.

—Creo que la hemos encontrado, Jefe.

Lo que sea que esperaba de él, no son esas palabras. Como mucho, esperaba una nueva pista. Una nueva ciudad para empezar a registrar. Parpadeo un par de veces para ocultar mi sorpresa, sumergiéndome en el agua y dejándome flotar hacia atrás por un momento o dos. Luego me giro y me dirijo hacia la escalerilla al lado de la piscina, tomándome mi tiempo mientras salgo y me dirijo a coger otra toalla blanca impoluta.

Solo cuando tengo una toalla sobre los hombros y otra alrededor de las caderas me doy la vuelta y miro al mensajero. Su cara está pálida, sus ojos brillan de emoción. Sabe cuánto significa esto para mí, y odio que lo sepa.

Mi boca se tensa.

—Por *ella*, te refieres a...

—Sí, señor. Bia... quiero decir... la Sra. Agosti. Su esposa. Creo que hemos encontrado a su esposa.

—¿Dónde?

—En Cleveland, Jefe.

La ubicación no tiene sentido. Parece tan aleatoria; casi absurda. Puedo entender que cruzara la frontera hacia Canadá, o se dirigiera al sur o hacia la Costa Oeste. Incluso que desapareciera en una ciudad cercana como Nueva York con sus infinitas oportunidades para esconderse entre la población.

—¿Y sabes esto... cómo?

—La firma que contrató recibió un soplo sobre un nombre falso que ella podría haber usado. No estoy seguro de dónde vino el soplo. Enviaron a alguien a investigar y querían confirmación de que tenían a la mujer correcta antes de tomar cualquier acción. Enviaron esto.

Cuando extiende su móvil para que lo vea, su mano tiembla tanto que apenas puedo enfocarme en la pantalla. No importa. Reconozco el contenido de la foto en exhibición. Un juego de anillos a juego —de compromiso y boda— se encuentra sobre lo que parece ser un mostrador de baño barato. Coloqué esos anillos en el dedo largo y delicado de Bianca en nuestra boda hace varios meses.

Mi corazón da un vuelco, el latido más rápido de lo normal retumba hasta mi garganta. Ajusto la toalla alrededor de mi cuello.

Conservó su juego de anillos de boda. ¿Por qué conservaría sus anillos?

De todos los lugares donde pensé que mis hombres la encontrarían, Cleveland no estaba en la lista de posibilidades.

—Sí —le doy al mensajero un breve asentimiento—. Son los suyos. Tráeme a Danelli. Lo quiero en mi oficina en una hora.

—Sí, señor —se apresura a cumplir mis órdenes, ya marcando un número en su móvil mientras corre hacia la salida de la terraza de la azotea.

Levanto la barbilla, inclinando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. El calor del día probablemente comenzará pronto. El verano en

Boston puede ser caluroso y sofocante, pero aquí arriba en la terraza de la azotea, por encima del constante bullicio de la ciudad, la brisa de la mañana temprano aún mantiene un agradable toque de frescura.

Los pensamientos giran mientras catalogo opciones de acción. Mi esposa será traída de vuelta en cuestión de días. Horas, si me salgo con la mía. Y siempre lo hago. Entonces comenzará la diversión.

La emoción se acumula en mi vientre. La emoción de una cacería exitosa.

Bianca, mi amor. Mi traidora. No volverás a escapar de mí.

Capítulo Tres

«Si te arrebatan de los pies, es hora de ponerte de rodillas».
Fred Beck

Aria

Por primera vez desde que llegué a Cleveland, la felicidad calma mi mente. *Estoy a salvo.* El mantra se repite una y otra vez en mi cabeza mientras Nita y yo compartimos historias sobre las incomodidades del embarazo y nuestras esperanzas y sueños para nuestros nuevos bebés una vez que lleguen a este mundo.

Ella va a tener un niño. Lo descubrió en una de sus ecografías, pero yo he elegido no saberlo. Parece más emocionante así. Y no es como si tuviera el presupuesto para salir y comprar un montón de artículos para bebé en azul o rosa.

Estoy a salvo. Mi bebé está a salvo. Sobreviviremos a esto.

Y ahora tengo una nueva amiga para ayudarme a combatir la soledad.

Reír con Nita mientras comíamos tarta de manzana con helado se sentía poco familiar, pero hay una ligereza en mis pensamientos y un rebote en mis pasos mientras me dirijo de vuelta a mi apartamento. Levanto mi rostro para disfrutar del calor del sol de la tarde. Cuando entro en mi edificio, me siento esperanzada por primera vez en mucho tiempo.

La vida que conocía antes de Rio se ha ido hace mucho. Mi vida como esposa de Rio —aunque sé que él me amaba y siento como si nunca pudiera respirar correctamente de nuevo sin él— ha terminado.

Es hora de seguir adelante. Y tal vez mi amistad con Nita me ayude a hacerlo. Nuestras próximas citas obstétricas están programadas para coincidir, una tras otra, y ella ha sugerido que vayamos a

caminar a un parque cercano después, siempre que no haga demasiado calor.

Mis pasos son ligeros en las escaleras. Mi apartamento está a dos pisos de altura, y normalmente arrastro los pies, aferrándome a la barandilla y resoplando. Hoy el ascenso es fácil. No me había dado cuenta de cuánto me habían pesado el miedo y la tristeza.

No es hasta que llego a mi rellano que me detengo. Mi vecino está en su puerta, hablando con un policía alto y de aspecto muy imponente. Ambos se giran para mirarme mientras me quedo allí, y mi corazón da un vuelco y se me sube a la garganta.

¿Está el policía aquí por mí?

—Eh, Aria —me llama mi vecino, arrastrándome a lo que sea que esté pasando, me guste o no—. ¿Has notado que te falte algo últimamente? A varios nos han entrado a robar —Mira al policía—. Ella vive ahí —Señala la puerta de mi apartamento, y me acerco, tratando de calmar mi corazón acelerado.

Los robos no son infrecuentes en este vecindario. No es nada. Tiene que ser nada. No todo lo malo tiene que ver con Rio o los hombres que trabajan para él.

—¿Te han robado, Rick? —pregunto, molesta porque mi voz suena tan débil y aguda.

Mi vecino asiente y me muestra una sonrisa torcida.

—Sí. Por suerte no tengo nada demasiado valioso. Se llevaron un par de cosas pequeñas, pero probablemente se rindieron rápido cuando vieron la mierda que hay en mi casa.

—Señora —El policía da un paso adelante y se presenta como el oficial Howard—. ¿Ha notado algo fuera de lo común, señorita...?

Levanta una ceja, invitándome a dar mi nombre, y un repentino pavor enfermizo me invade.

¿Y si los federales todavía me están buscando? ¿Y si de alguna manera hay un vínculo en algún lugar entre Aria Lowe y Bianca

Carlotti, o incluso Bree Walker, la chica que solía ser? ¿Y si le doy mi nombre y descubre quién soy y lo reporta?

Trago saliva con dificultad, y los ojos del policía se entrecierran mientras me estudia. Lo estoy poniendo en alerta con mi vacilación.

Le ofrezco una sonrisa falsa y mi nombre falso.

—No he visto nada sospechoso, oficial. Lo siento —Miro hacia mi puerta—. ¿Debería revisar dentro, solo por si acaso...?

—Sí. Hágalo —dice el policía con suavidad.

¿Demasiado suave? ¿Sospecha de mí?

Me toma un par de intentos meter la llave en la cerradura. Mis manos están temblando un poco demasiado. Pero al menos la puerta sigue cerrada y, cuando entro, el apartamento se ve tal como lo dejé.

No es que haya mucho aquí para robar, pero hay un pequeño televisor y un equipo de sonido que serían fáciles de llevar. Todavía están sobre el mueble de entretenimiento en la esquina.

—Parece estar bien —confirmo, el alivio en mi tono probablemente evidente para el policía que está en la puerta escaneando la habitación.

Señalo el equipo de entretenimiento intacto, y el policía asiente brevemente. Luego me dirijo al pequeño dormitorio y paso al baño, más por ser minuciosa que porque haya algo valioso en cualquiera de esos espacios para un ladrón.

Me detengo en seco.

La adrenalina sube violentamente por mi cuerpo en un repentino arrebato. Me agarro al marco de la puerta para evitar caer al suelo, y apenas logro contener un sollozo de terror.

Allí sobre la encimera, colocados pulcramente uno al lado del otro, están mis anillos de boda y compromiso. Los anillos que he mantenido escondidos en una caja de tampones sin usar en el fondo de mi cajón del baño desde que llegué aquí. Los anillos que juré no

volver a ver nunca más, a menos que me desesperara y necesitara empeñarlos.

Los hermosos y ostentosos anillos que Rio colocó en mi dedo el día que me convertí en su esposa y prometí frente a una multitud de extraños amarlo, honrarlo y obedecerlo.

Los anillos que se convirtieron en un símbolo de mi cautiverio y me ataron a él y a su mundo violento. Irrevocable y para siempre.

***

Aria/Bianca

No tengo idea de cómo logro tambalearm de vuelta al pasillo y actuar como si todo fuera normal frente a Rick y el policía visitante.

De alguna manera, sonrío y asiento y hablo, y eventualmente el policía se va, aparentemente satisfecho, pero no tengo idea de lo que realmente se dijo, ni de cómo terminé de vuelta dentro de mi apartamento, con la puerta firmemente cerrada, y yo sentada en el suelo con mis brazos alrededor de mis rodillas.

Me ha encontrado. Pronto enviará a sus matones a buscarme. ¿Dispararán de nuevo, como lo hicieron la última vez? ¿Morirá gente inocente a mi alrededor?

Me balanceo hacia adelante y hacia atrás, sabiendo que tengo que huir. Sabiendo que mi incipiente amistad con Nita quedará en el olvido porque ni siquiera tendré la oportunidad de despedirme. Igual que antes, cuando Dave y Shelley recibieron disparos, y desaparecí de sus vidas como si nunca me hubiera importado ellos *ni* mi trabajo en el centro de rescate.

Odio con todo mi ser que esta sea ahora mi vida y que Rio me haya obligado a esto.

Lo que más odio es que el monstruo que acecha en las sombras de mi vida sea el padre de mi hijo. Y que no pueda dejar de amarlo más de lo que puedo dejar de respirar.

El odio y el amor, dijo una vez, *son dos caras de la misma moneda*. Tenía razón. Rio es mi vida, y probablemente anunciará mi muerte.

Dejo de balancearme y pongo las manos sobre mi abultado abdomen. *Pequeño, te prometo que haré todo lo posible para intentar mantenerte a salvo*.

La idea de proteger a mi hijo me impulsa a actuar. Me levanto de un salto y me apresuro por el apartamento, cogiendo mi mochila de la estantería superior de mi armario. La mayoría de las pertenencias aquí no son mías; vinieron con el apartamento, que se alquiló completamente amueblado. Así que solo me toma unos minutos meter mi escasa colección de ropa, dinero y artículos de aseo en mi bolsa.

La adrenalina alimenta mis movimientos, y mis extremidades tiemblan, pero no puedo permitirme perder ni un minuto más. Él estará aquí pronto. O al menos, sus hombres lo estarán. Y solo puedo imaginar qué instrucciones pueden haber recibido.

Traicioné a un jefe de la Mafia. Puede que aún sea su esposa, pero en su mundo, probablemente merezco morir.

Finalmente, los anillos sobre el mostrador son los únicos objetos míos que quedan. Los examino durante varios segundos, tentada de dejarlos como una señal para los hombres de Rio cuando vengan por mí. Una señal de que no me importa él ni nuestro matrimonio. Un mensaje de *jódete* que recibirá alto y claro.

Pero eso sería una mentira. Y cuando levanto la mirada hacia mi reflejo atormentado en el espejo sobre el lavabo, leo la verdad en mi expresión afligida.

Por supuesto que me importa. Me importa *desesperadamente*. Si aceptara abandonar la vida de la Mafia, correría de vuelta a él en un instante.

Pero no lo hará. No puede. No necesito pedirle lo imposible, pues lo *conozco*. La vida en la que nació es parte de su sangre. La muerte y la violencia pueden manchar su alma, pero es parte de quien es.

Agarro los anillos y los meto en el fondo de mi mochila, tratando de ignorar la voz traidora dentro de mi cabeza que se burla: "Pero tú también naciste para esa vida, Bianca. Tu sangre, tu alma, está tan oscura y manchada como la suya."

Una última mirada alrededor del pequeño espacio que ha sido mi hogar durante los últimos tres meses más o menos, y tiro de la puerta, esperando a medias ver a los matones de Rio ya en el pasillo.

No seas estúpida, me digo a mí misma. Quien haya estado aquí necesita tiempo para llevar el mensaje a Rio, y luego él necesitará tiempo para organizar un equipo que venga aquí y... ¿Y qué? ¿Matarme? ¿Secuestrarme de nuevo? ¿Lastimarme, como seguramente debo haberlo lastimado a él?

No tengo idea de lo que pueda haber planeado para mí. Pero tendrán que atraparme primero.

Estoy segura de que no tiene a nadie ya sobre el terreno aquí en Cleveland; su alcance no puede estar en todas partes, y no veo por qué esta ciudad estaría en su radar en absoluto.

Tengo tiempo para escapar. Estoy segura de ello.

Me apresuro hacia las escaleras, tropezando a mitad del último tramo en mi prisa. Me agarro a la barandilla para estabilizarme y procedo más serenamente hacia el primer nivel. No puedo permitirme un tobillo torcido, o peor aún, que le pase algo a mi bebé si me caigo.

Despacio y constante, Aria. Canto las palabras en mi cabeza, una y otra vez, como un encantamiento calmante. *Despacio y constante, un pie delante del otro, y pronto, estarás oculta una vez más*.

Llego a la calle y miro a ambos lados en busca de signos de persecución antes de dirigirme hacia la parada de autobús más cercana, a solo unas puertas de mi edificio. Ningún sedán oscuro o coche de ciudad a la vista. Ningún matón con traje. Todavía no, al menos.

Pienso tomar el primer autobús que pase, y luego decidir qué hacer después una vez que esté en camino. Tendré que abandonar el nombre de Aria Lowe, por supuesto. Él tendrá esa información ahora, dado que encontraron mi lugar y entraron.

Estoy tan cansada de cambiar mi nombre. Cansada de tratar de reinventarme, cuando todo lo que quería hace menos de un año era salir y disfrutar de mi vigésimo quinto cumpleaños celebrando con un martini de espresso.

Eso parece hace tanto tiempo ahora. Una vida. Más que eso, incluso.

Luché por mantener a Bree Walker, pero al final, acepté que Bianca Carlotti era mi destino; mi derecho de nacimiento. El nombre Aria es útil, y desearía *ser* ella, pero no lo soy. No importará cómo me llame, ahora o en cualquier momento en el futuro. Bianca Carlotti-Agosti es quien siempre seré, en lo más profundo, ya sea que quiera serlo o no.

Estoy estudiando el horario en el lateral de la parada de autobús, tratando de decidir si esperar aquí o dejar esta zona a pie y encontrar otro lugar desde donde tomar mi próximo autobús a ninguna parte, cuando el ronroneo de un motor detrás de mí hace que mi ritmo cardíaco casi se detenga.

Los coches ordinarios no suenan tan suaves, tan poderosos.

Lentamente, me doy la vuelta, sabiendo lo que veré antes de que la verdad se materialice ante mis ojos.

Una gran limusina negra se desliza hasta detenerse a mi lado, y quiero gritar y gritar y gritar porque sé exactamente lo que significa. Pero cuando abro la boca, nada sale excepto un pequeño gemido.

Hasta que la puerta trasera se abre, y emerge una pierna cubierta de pantalón negro, seguida por otra. Cuando el hombre de gran complexión emerge y se despliega en toda su estatura, me quedo boquiabierta ante la aparición frente a mí. Mi gemido anterior se convierte en un lamento.

Porque este no es uno de los matones de Rio. No es Danelli, el segundo de Rio, a quien he estado vigilando por encima del hombro desde que huí.

De pie frente a mí, mirándome con la expresión más fría que jamás he visto en ningún ser humano, está el propio Rio Agosti.

Vino por mí. Personalmente.

Mi marido, aquí en persona para vengarse de la mujer que lo traicionó. Y no puedo hacer nada más que seguir mirándolo fijamente, porque cada parte de mi cuerpo está congelada en su lugar por el terror.

Capítulo Cuatro

"La forma más común en que la gente renuncia a su poder es pensando que no tiene ninguno."

Alice Walker

Rio

Su cabello y ojos son diferentes, pero reconocería a mi esposa en cualquier parte. Su mera presencia me energiza como nadie más, y ninguna cantidad de pelucas o lentes de contacto de colores pueden ocultarla de mí.

Está más delgada de lo que recuerdo, sin contar el vientre embarazado, por supuesto. Pero sus pómulos sobresalen, su mandíbula está más definida, y sus mejillas están pálidas. Demasiado pálidas. Esas señales me dicen que no se ha estado cuidando tan bien como podría. Como debería, cuando está llevando al heredero Agosti.

Sus ojos son enormes en su rostro, rodeados de círculos oscuros que deberían hacerla parecer mayor, más cansada. Pero en cambio, solo parece... frágil. Delicada. No lo que esperaba.

Pero el desafío en su expresión tensa y el fuego en sus ojos — aunque sean de un azul falso, no su habitual marrón miel— son tan intensos como recuerdo de antes. E instantáneamente, mi cuerpo se tensa en una excitación no deseada.

Mierda. No esperaba que aún tuviera tanto efecto en mí.

No *quiero* sentir nada por esta mujer excepto una fría y dura ira.

Cuando llamé a Danelli a mi oficina, tenía toda la intención de ordenarle que subiera a mi jet privado para venir aquí en mi nombre. Las palabras que salieron de mi boca sorprendieron a mi segundo, pero me sorprendieron aún más a mí.

—Prepara el jet. Voy a buscar a mi esposa.

—Espere, jefe, no creo que usted... —Se tragó lo que fuera que planeaba decir después de que lo clavé con la mirada, y asintió en su lugar—. Sí, señor. Haré las llamadas.

No sé por qué estoy aquí. Como un recadero. Un mensajero. Debería haber dejado que Danelli viniera en mi lugar. Que yo esté aquí envía el mensaje equivocado a todos. Me hace parecer enamorado. Patético.

Debería ser el cazador *acechando* a su presa, no persiguiéndola como un cachorro.

Pero aquí estoy, y aquí está ella, y quiero simultáneamente ponerla sobre mis rodillas y darle una paliza, o abrazarla y no dejarla ir jamás.

Débil. Ella me hace débil.

—Sube al coche. Y luego quítate la peluca y los lentes de contacto. —Mi tono es gélido.

Bien. Al menos me queda algo de control cuando se trata de ella. Aunque sea solo mi voz.

Doy un paso a un lado y le hago un gesto para que entre, pero en lugar de obedecer inmediatamente, da un pequeño paso hacia atrás. Todavía pensando en huir, incluso cuando sabe que es imposible.

—¿Cómo me encontraste? —Su voz flota entre nosotros, apenas un susurro, pero mis sentidos están tan sintonizados con ella que capto otros matices en su tono.

Está aterrorizada, y al mismo tiempo, está furiosa, pero hay algo más corriendo bajo las palabras, no exactamente alivio. No puedo identificar qué es. Si no supiera mejor, adivinaría que es un elemento de deseo. Pero eso no puede ser. Nunca habría huido en primer lugar si el deseo aún viviera en su corazón.

Y sin embargo, es ese elemento desconocido e indefinible lo que excita mi sangre de una manera que no puedo explicar.

—Rossi nos llevó a Augusta y nos dio tu nombre falso. —Incluso con esa pista, los investigadores perdieron su rastro después de eso, hasta un fortuito golpe de suerte.

—¿Carlos Rossi? Pero él... ¿Por qué lo haría...?

Frunce el ceño, y sonrío ante su obvia confusión, aunque la falta de humor en mi expresión debe ser clara porque retrocede ante la sonrisa.

—Sí. Lo pensó dos veces antes de ayudarte, Bianca, especialmente cuando no llegaste al encantador hogar que había preparado para ti. Al final decidió que prefería entregarte a enfrentar mi ira cuando descubriera lo que había hecho.

—¿Está él... Tú...? —Su mano revolotea en su garganta como si no pudiera articular su pregunta.

—¿Lo maté? —*Quise hacerlo, pajarito*. Estuve tan cerca que le puse la pistola en la cabeza y solo me detuve cuando suplicó por su vida.

Hago un gesto de nuevo, y esta vez, ella sube al compartimento trasero de la limusina sin protestar. Cuando ambos estamos sentados, con ella frente a mí, doy un golpe con los nudillos en la partición detrás de mi cabeza para indicarle al conductor que se mueva. Ella hace lo que le ordené y se quita la peluca y los lentes de contacto, luego se revuelve el pelo con la mano, soltando sus propios mechones ligeramente sudorosos. La estudio de cerca, queriendo evaluar su reacción a mis siguientes palabras.

—Rossi mostró un poco de sensatez al venir a mí, y después de suplicar por su vida, proporcionó información sobre un rival que podría haber estado involucrado en acciones contra mi familia. Por lo tanto, lo he perdonado. Por ahora. Excepto por uno de sus dedos. Eso no se lo perdoné.

Ella jadea.

—¿Su... *dedo*? ¿Le cortaste...?

Abre y cierra la boca un par de veces, como si planeara agregar algo más y luego cambiara de opinión.

Mi monstruo interior disfruta de su conmoción. *Sí, pajarito. Este es a quien has traicionado*.

—Pero no es a Carlos Rossi a quien le debes mi visita hoy. *Tu* traidor está un poco más cerca de casa que eso.

—¿Mi traidor? ¿Qué quieres decir?

Me inclino hacia adelante, empujando deliberadamente en su espacio, notando el parpadeo de sus ojos. Ella es tan consciente de mí en un sentido físico como yo lo soy de ella.

—Quiero decir, mi querida Bianca, que el *karma* es una perra. Tú me traicionaste, y a su vez, tu amiga Nita te traicionó a *ti*.

***

Bianca

—No te creo. —Eso no puede ser verdad. Nita no haría eso.

Pero incluso mientras lucho contra el impulso de lanzarme sobre él y abofetearlo por su malvada mentira, sé en el fondo que está diciendo la verdad.

Debe ser así. ¿De qué otra manera podría saber sobre Nita?

A menos, por supuesto, que sus matones me hayan estado acechando durante algún tiempo y hayan escuchado mi encuentro para tomar café con ella. Pero yo estaba vigilando la puerta, y no había nadie lo suficientemente cerca para escuchar nuestra conversación.

El hielo llena mis venas cuando un pensamiento se entromete.

—¿Está Nita bien? No la lastimes. Por favor, ella no tiene nada que ver con tu mundo. Tu violento y enfermo mundo. Tiene hijos.

Una de las cejas de Rio se levanta, y su nariz se arruga ligeramente como si yo fuera simplemente un trozo de basura en la suela de su zapato.

—¿Mi mundo violento y enfermo? Sí, es violento. Sí, puede ser enfermo a veces. Pero no es simplemente *mi* mundo, Bianca. Es

nuestro. Naciste en la vida de la Mafia, y nuestro *mundo* corre por tus venas. No seas tan rápida para juzgar.

Levanta su teléfono móvil y toca la pantalla unas cuantas veces, luego me lo extiende. No quiero mirar. Sé que cualquier cosa que esté tratando de mostrarme será algo malo. Algo hiriente. Pero no puedo evitar que mi mirada caiga sobre la pantalla.

Veo un artículo de noticias sobre personas de negocios prominentes en Boston—"movers and shakers", los llama el artículo. Y justo ahí, decorando el artículo, hay una fotografía de Rio conmigo colgada de su brazo. Debe haber sido tomada la noche del evento de gala donde conocí por primera vez a la agente federal, Felicity. Reconozco mi vestido y el fondo del hotel en la marina.

—Ella vio esto en su feed de noticias y te reconoció —dice Rio con suavidad, mientras un sentimiento de náusea sube por mi garganta —. Y luego llamó a mi oficina. Dana le pasó el mensaje a Danelli. ¿Aún no me crees?

—No —susurro, pero por supuesto ambos sabemos que estoy mintiendo. Su explicación suena a verdad.

Dana es la asistente de Rio, y puedo imaginar su emoción al recibir tal llamada y poder complacer a su jefe con la noticia.

Como todos los que trabajan para Rio, ella lo adora y le teme en igual medida.

Apoyo mi cabeza contra el asiento y cierro los ojos, tratando de bloquearlo. ¿Cómo puede estar pasando esto? ¿No hay ningún lugar seguro fuera del alcance de Rio Agosti?

—Toma.

Abro los ojos para verlo extendiendo su teléfono de nuevo, solo que esta vez ha marcado un número, y el teléfono está sonando. Cuando una mujer contesta, pone el auricular en altavoz para que ambos podamos oírla más claramente.

—¿Hola? ¿Quién es? ¿Hola? —La voz de Nita llena el espacio en el coche.

Quiero vomitar sobre el regazo de Rio, pero en su lugar, simplemente digo:

—Nita. ¿Por qué? *¿Por qué?*

Hay una brusca inhalación al otro lado, y luego Nita responde con una voz llena de arrepentimiento:

—Lo siento mucho, Aria. ¿O debería decir Bianca? Pero cuando vi esa foto y me di cuenta de quién eras, yo... —Hace una pausa, como si se tomara el tiempo para elegir cuidadosamente sus palabras.

No importa qué palabras use. La traición es traición.

—Tuve que pensar en mis hijos, Aria. Cuatro menores de cinco años, y su padre idiota se fue. Lo tomé a la ligera contigo, pero no puedo hacerlo, cariño. No por mi cuenta. Necesitaba el dinero para ayudar, al menos por un tiempo. Realmente lo siento, ¿sabes?

—Claro. Como sea. Espero que te haya pagado bien. Adiós. —Me inclino hacia adelante y presiono el botón de finalizar antes de que Rio pueda hacerlo, luego me muevo por el asiento hasta que estoy lo más lejos posible de mi marido. Me envuelvo con mis brazos, luchando contra las náuseas.

Lo cierto es que ni siquiera puedo culpar a Nita. No realmente. Ella hizo exactamente lo mismo que yo. Yo traicioné a Rio y huí de él para proteger a mi hijo. Ella me traicionó por sus hijos. Simplemente fue mejor haciéndolo que yo.

Como dijo Rio, *karma*. Realmente es una perra.

Suelto una risa por la ironía, luego sigo riendo, hasta que la risa se convierte en sollozos, y me tapo la boca con una mano en un vano intento de detener los sonidos histéricos que emergen.

Él guarda su teléfono, luego se sienta en silencio, estudiándome.

El silencio es peor que su temperamento furioso. Puedo notar que está hirviendo con emociones no expresadas, pero la falta de expresividad significa que solo estoy esperando la explosión. Y

cuanto más tiempo no llega, más difícil se vuelve simplemente esperar la reacción.

Finalmente, no puedo soportar el silencio por más tiempo.

—¿Vamos a conducir todo el camino de vuelta a Boston? ¿Y a dónde vamos en Boston? ¿Todavía vives en la finca junto al río, o tienes algún lugar nuevo donde pasas el tiempo? —*Desde la masacre*. No digo esto último, pero su ojo se contrae en el más mínimo gesto revelador.

El recuerdo claramente aún le afecta. Como debería. Perdió a su tía en ese ataque a la finca, junto con varios empleados.

—Bueno, Rio, ¿qué? Tengo derecho a saber qué vas a hacer conmigo.

—¿*Tú* crees que tienes derechos? ¿Después de tu traición?

No hay emoción en su tono. Ni luz en sus ojos. Tal vez inventé todos los sentimientos más suaves que pensé que había desarrollado hacia mí en mi breve tiempo como su esposa.

O tal vez esos sentimientos eran verdaderos, y los destruí cuando huí. Tal vez estaba tan poco acostumbrado a confiar en alguien que cuando traicioné esa confianza, todo lo humano en él simplemente se marchitó y murió.

—Por favor, Rio. ¿Estamos conduciendo de vuelta a Boston?

La comisura de su ojo vuelve a contraerse brevemente, antes de que se frote el área con un dedo. El tic desaparece como si nunca hubiera existido.

—Volaremos de regreso. El aeropuerto no está lejos.

Su boca se cierra de golpe, como si incluso esa breve explicación fuera demasiado para haber revelado.

—¿Vas a matarme, Rio?

No pretendo que la pregunta salga tan temblorosa, pero cada parte de mí está aterrorizada por lo que me espera.

Él se ríe, un sonido breve y sin humor. Me presiono contra el cuero del asiento, pero no hay a dónde ir.

—Aún no, pajarito —responde en un tono suave.

La suavidad es engañosa. Escucho la ira subyacente debajo.

—Estás llevando a mi hijo. Cuando nazca el bebé, reconsideraré tu futuro entonces.

—Pero...

—No, Bianca. No hay pero. No hay si. No hay tal vez. Cállate ahora. Tengo trabajo que atender.

Se aleja de mí, girando su cuerpo para ya no estar frente a mí, y presiona un par de botones en la puerta a su lado. Una mesa se eleva desde el suelo de la limusina, y rápidamente muevo mis pies a un lado para que no queden atrapados en el mecanismo. La mesa sostiene una brillante laptop plateada. Abre la tapa y comienza a teclear, y el resto de nuestro viaje al aeropuerto transcurre en silencio.

Tengo tantas preguntas sin respuesta, la mayoría de las cuales tengo miedo de hacer.

Aún no, dijo. ¿Qué significa eso? Cuando mi bebé llegue, ¿va a matarme y tirar mi cuerpo al río detrás de su finca? ¿Voy a recibir el tratamiento de botas de cemento del que todos hablan en las películas? ¿Es eso algo real en el mundo de Rio?

Por supuesto que lo es, susurra mi mente. *Sabes qué tipo de mundo habita*.

No puedo controlar mi corazón acelerado, y tomo respiraciones profundas y entrecortadas, luchando por ralentizar todo y detener el miedo que recorre mi sistema. La estrategia de respiración no funciona.

No sé exactamente qué tiene Rio planeado para mí de vuelta en Boston, pero sí sé una cosa. No será agradable.

Y, muy posiblemente, podría resultar mortal.

Capítulo Cinco

"Todos somos cautivos de algo, incluso de cosas que no queremos admitir".

Raven Kennedy, *Glint*

Rio

Quiero tocarla. Quiero apartar este maldito portátil y arrastrarla a mi regazo. Recordarle lo que teníamos juntos. Antes de que huyera. Pero eso dice más sobre mí y mi frágil control que sobre cualquier otra cosa, y últimamente, siento que me aferro a mi poder por los pelos.

Así que, por ahora, mantengo mis manos en el teclado y la ignoro estudiadamente mientras finjo examinar algunos informes enviados por mi equipo contable. Su aroma llena el interior de la limusina, y me esfuerzo por no ser obvio cuando inhalo los cítricos que impregnan el aire.

Extrañé su aroma. La extrañé a *ella*.

Que mi propia esposa huyera de mí era una cosa, pero ahora la tengo de vuelta, y no se me escapará de nuevo.

Carlos Rossi y ese lío con Anders es otro nivel de desastre.

Anders invadió mi hogar. Mató a mi propia sangre. Quizás no en nombre de Rossi, pero definitivamente no actuaba por cuenta propia. Alguien tiraba de sus hilos, y es hora de que descubra quién y le haga una visita.

La venganza no es un plato que se sirve frío. Cuando se trata de la familia, la venganza se sirve tan caliente que quema todo lo que toca.

Quien envió a Anders va por mi familia. Por mi negocio. Por *mí*.

Su mensaje fue alto y claro, y algunos están escuchando; preguntándose si he perdido mi control sobre Boston. Necesito

recuperar mi control antes de que estalle una guerra total.

Carlos Rossi reveló información útil sobre Anders, y esa es la única razón por la que no está muerto. Por ahora, lo necesito vivo para que siga proporcionándome la información que requiero para mantener mi posición al frente de la familia.

La investigación de Rossi descubrió que Anders había cambiado su lealtad a un nuevo jugador en el campo. Nadie ha podido averiguar quién es, de dónde vino o dónde está ahora, más allá de rumores sobre un nombre. Anton. O Antonio.

Danelli y mis diversos equipos están en el trabajo, al igual que la firma de investigación privada que uso de vez en cuando. No ha salido a la luz nada sobre alguien llamado Antonio o Anton, o varias otras derivaciones de ese nombre.

Le echo un vistazo a Bianca, preguntándome si conoce a alguien llamado Anton. No puedo creer que fuera otra cosa que una completa inocente cuando me la trajeron por primera vez. Las comprobaciones de antecedentes fueron demasiado exhaustivas como para pasar por alto algo significativo. Aunque la idea es absurda, no la descarto por completo. Su traición pudo haber ocurrido solo después de que nos casáramos, cuando los agentes federales en el evento de gala le metieron en la cabeza la idea de derrocarme.

Pero la confianza se destruyó el día que huyó. Y no sé si alguna vez la recuperará.

Otro correo electrónico capta brevemente mi atención. Ha habido problemas en el muelle. De nuevo. Es la tercera vez en los últimos dos meses que uno de nuestros envíos se ha retrasado en tránsito. Mi boca se tensa. El muelle es nuestro, personal clave comprado y pagado desde hace más tiempo del que puedo recordar. Desde la época de mi padre, de hecho. No debería haber problemas con ninguno de nuestros envíos, incluso si los federales han decidido intervenir y causar problemas.

Marco el mensaje para tratarlo tan pronto como regrese a mi oficina y tenga la oportunidad de hablar en privado con Danelli. Mientras tanto, escribo una respuesta a mi abogado, Carnarvon, diciéndole que investigue el lado financiero de las cosas y se asegure de que nada ha cambiado en ese aspecto.

Desde que Bianca huyó, siento como si hubiera estado luchando contra incendios en cada esquina. Cada problema ha sido pequeño y rápidamente resuelto, pero es solo cuestión de tiempo antes de que alguien decida intentar nuevamente destronar la base de poder de los Agosti-Carlotti.

Mis pensamientos inevitablemente vuelven al hombre misterioso detrás del ataque que mató a mi tía. Debo encontrarlo. El hombre, quienquiera que sea, atacó el corazón de mi familia y mi hogar. Eso no puede quedar impune. Si permito eso, entonces merezco perder mi posición.

Eso es lo que Bianca probablemente no entiende. Su acto de desafío contra mí tenía el potencial de debilitar nuestro control sobre esta ciudad. Su intento de libertad, viniendo tan pronto después del ataque a mi familia, ha significado que debo apretar mi control sobre el negocio.

Pública y poderosamente.

Si no lo hago, entonces nos arriesgamos a una guerra territorial total.

Y desafortunadamente para mi querida esposa, ella es la que está a punto de sufrir las consecuencias.

***

Bianca

Rio me ignora durante la mayor parte del viaje. El vuelo no es largo, pero parece una eternidad. Me colocan en un asiento en el extremo opuesto de la cabina al de él, y un asistente me abrocha el cinturón. Como si fuera una niña y no pudiera hacerlo yo misma. A mitad del vuelo, mi espíritu contrario me domina, y me levanto y me muevo al

asiento de cuero frente a Rio, sentándome y mirándolo fijamente con la esperanza de captar su atención.

Él levanta la vista brevemente, me atraviesa con esa intensa mirada color chocolate, luego hace un gesto con la mano, y el asistente aparece aparentemente de la nada, tomando suavemente mi brazo y urgiéndome a volver a mi asiento designado.

¿Así es como va a ser de ahora en adelante? ¿Me está castigando con la ley del hielo?

Parece infantil, y no lo que esperaba de un hombre como él.

Casi espero una mazmorra y esposas. Y no del tipo esponjoso y erótico.

No es hasta que estamos de vuelta en Boston y dentro de otra limusina, deslizándonos por la ciudad que solía llamar hogar, que se digna a hablar una vez más.

—¿Por qué conservaste los anillos?

—¿Perdón? Es decir... ¿te refieres al anillo de boda que tus hombres fotografiaron? ¿En mi baño?

Su asentimiento es corto y brusco.

—Bueno, porque... —¿Por qué *los* conservé? ¿Por qué los tomé en primer lugar?—. Yo...

Te amo, y quería un recordatorio de ese amor, aunque lo que teníamos fuera retorcido, tóxico y malsano.

—Porque valen dinero y planeaba empeñarlos en el futuro cuando los necesitara —digo.

Espero que su expresión se endurezca, que sus ojos chispeen con disgusto.

En cambio, su boca se tuerce hacia arriba y suelta una pequeña risa. —Te conozco, Bianca. Y cuando mientes, la comisura derecha de tu boca se contrae ligeramente.

¿En serio? Me llevo los dedos a los labios. Su sonrisa se ensancha.

Mi corazón da un vuelco, pero no de miedo. Cuando sonríe así, aunque sea solo por un momento, mi cuerpo responde a su cercanía como siempre lo ha hecho. Con un destello de necesidad tan inapropiado como indeseado.

Me giro y miro por la ventana, intentando recrear la distancia entre nosotros. Alzo las cejas cuando me doy cuenta de dónde estamos. La limusina reduce la velocidad mientras se acerca a las puertas de la finca de Rio en Boston.

—¡Oh! No pensé que volverías aquí, después de Francine...

Me trago el resto de la frase. Francine fue cómplice de mantenerme cautiva, pero lo hizo porque Rio quería que lo hiciera, y ella amaba a su sobrino —a toda su familia— con todo su corazón. ¿Cómo puedo culparla por eso? Incluso llegué a apreciarla, al final. No merecía morir. Las lágrimas amenazan con salir y parpadeo para alejarlas.

—Lo siento por tu tía, Rio. No estoy segura de habértelo dicho realmente, pero ella y yo... me caía bien. Y lamento tu pérdida.

Él gruñe. —No había vuelto hasta ahora. Y gracias. Francine fue leal a nuestra familia hasta su último aliento.

Hay una pausa, y luego añade: —La memoria de mi tía vivirá en todos nosotros.

Sus últimas palabras rozan la parte posterior de mi cuello. Me sobresalto y me giro para mirarlo. Tan cerca. Su brazo se extiende detrás de mi cabeza a lo largo del respaldo del asiento. Si inclino la cabeza hacia atrás, aunque sea un par de centímetros, podría apoyarme en su hombro o en su brazo.

La tentación de hacerlo es casi abrumadora, especialmente cuando su aroma fresco me envuelve. La loción para después del afeitado que siempre me gustó, sutil y sexy, juguetea con mis fosas nasales e infunde en mis extremidades una repentina letargo.

Levanto la mirada hacia su rostro y leo lo que obviamente quiere que vea en este momento. Deseo. Deseo crudo y desnudo, superpuesto con una ira latente.

No puedo evitarlo. Alzo la mano y acaricio su fuerte mandíbula. —¿Me odias, Rio, por lo que hice?

Él se inclina hacia mi caricia, por apenas un segundo, antes de que sus ojos se entrecierren y el momento de conexión desaparezca. Se aparta ligeramente en el asiento, y yo dejo caer mi mano en mi regazo.

—No te odio. Odio lo que me hiciste. Y en mi posición, no puedo dejar ese acto sin castigo. Lo sabes, ¿verdad? Seguramente, conocías las consecuencias de desafiarme.

Aprieto y aflojo los dedos, observándolos casi con indiferencia. —Sí, lo sabía. Pero tenía que arriesgarme. Por ella. O por él.

Poso brevemente mi mano sobre mi vientre, y su mirada baja para estudiar mi barriga.

—¿Cómo vas a castigarme? —Desearía que mi voz no fuera tan ronca. Revela tanto sobre el efecto que tiene en mí.

Es tan grande, tan vital, que su mera presencia hace que sea difícil respirar, y mucho menos hablar.

Él abre la boca, hace una pausa como si estuviera considerando sus palabras, y luego asiente hacia la ventana. —Hemos llegado.

Su anuncio es un conveniente cambio de tema, y yo suelto un suspiro frustrado.

La limusina reduce la velocidad y luego se detiene frente a la grandiosa entrada del pórtico de la finca donde pasé tanto tiempo antes de huir. La finca donde nos casamos, en la capilla en los terrenos de esta gran casa.

Aparte del obvio deseo de no estar aquí en Boston en absoluto, mis sentimientos sobre el regreso son conflictivos. Sigo preguntándome dónde estaba Francine cuando la abatieron a tiros. Sé que algunos de los hombres de Rio también perdieron la vida en el tiroteo aquí en la finca.

No soy muy supersticiosa, pero aun así, la idea de tanta muerte justo aquí en nuestro hogar es inquietante. Estoy segura de que no habrá rastro de lo que sucedió, aunque Rio, por su propia admisión, no haya vuelto desde entonces.

El lugar habrá sido limpiado y restaurado a su antigua gloria, y la vida aquí sin duda ha continuado como siempre, al igual que todo en este mundo violento en el que me he visto arrastrada.

Una patada en mi interior me sobresalta, y acaricio suavemente mi vientre, sacando fuerzas del conocimiento de que mi bebé está bien y se está haciendo notar. El conductor de la limusina ha bajado y nos abre la puerta, pero me detengo cuando me doy cuenta de que Rio me está mirando intensamente.

O para ser más precisa, está mirando de nuevo mi vientre embarazado, como si él también hubiera sentido esa patada.

Imposible, y sin embargo lo supo. El bebé patea de nuevo, y yo salto.

Él extiende una mano, luego se detiene con los dedos extendidos en el aire. —¿Puedo...?

Es su hijo. El pensamiento rebota dentro de mí como una bola en una máquina de pinball antigua.

Huí de él para proteger a mi bebé de esta vida, de este mundo. Pero por primera vez, realmente me doy cuenta de lo que le hice.

Hice lo imperdonable. Le arrebaté a su hijo.

Capítulo Seis

"Si somos valientes, el amor rompe las cadenas del miedo de nuestras almas".

Maya Angelou

Bianca

Rio tiene tanto derecho a estar involucrado en la vida de este bebé como yo. No importa quién o qué sea, santo, hombre o monstruo.

—Por supuesto —respondo, extendiendo la mano para tomar la suya.

Lo guío hacia donde sentí la última patada. Él coloca su mano sobre mi abultado abdomen, un gesto sorprendentemente íntimo, y se hace el silencio en el vehículo mientras esperamos. Tiene la cabeza inclinada. Está muy concentrado.

Justo cuando estoy a punto de darme por vencida y sugerirle que retire su mano, otra patada golpea mi interior. Rio deja escapar un jadeo ahogado. Sus ojos se abren de par en par y sus labios se separan ligeramente mientras levanta la mirada hacia mí.

Las lágrimas nublan mi visión ante la maravilla de su expresión.

Casi le arrebaté este momento.

He sido egoísta, y aunque todavía creo que hice lo correcto al intentar proteger a mi bebé del mundo del crimen organizado, no puedo protegerlo de Rio. Él tiene derecho a conocer a su propio hijo. Y cada niño tiene derecho a conocer a su padre.

Yo *no* tengo derecho a quitarles la opción de estar en la vida del otro.

—Lo siento, Rio —aprieto sus dedos, y a pesar de mis esfuerzos por contenerlas, un par de lágrimas se escapan. Se deslizan silenciosamente por mis mejillas, una cayendo sobre el dorso de nuestras manos unidas.

Él usa su mano libre para limpiar la humedad con la yema de su pulgar. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y se centra en mi núcleo.

Oh. No me había dado cuenta de que podía sentirme excitada estando embarazada. No sé si eso es normal. Nunca había conocido a nadie embarazada antes que Nita, y no habíamos llegado a la etapa de hablar sobre cosas íntimas como... *eso*. La sensación entre mis muslos es un dolor familiar, pero de alguna manera magnificado cien veces más de lo que era la última vez que estuve con Rio de manera sexual.

¿Es porque lo he extrañado tanto como le he temido? No me había sentido excitada desde el día que me subí al autobús hacia Augusta, pero anhelaba su poderosa presencia en mi vida cada momento de vigilia, incluso cuando sabía que era insano.

Es mi obsesión. Tenía razón cuando hablaba en el pasado sobre el amor y el odio como dos caras de la misma moneda.

Debe notar mi reacción. Sería imposible no hacerlo cuando mis muslos se separan casi involuntariamente como invitando su toque en el vértice entre ellos. Mis mejillas se calientan ante la necesidad cruda que oscurece sus iris casi hasta el negro.

Su mano en mi vientre se tensa, y me preparo, esperando que se incline y reclame mi boca con la suya.

Soy tuya, Rio. Aunque no quiera serlo. Ambos lo sabemos.

Mis labios se separan, y espero. Pero al final, él no se mueve hacia mí.

En cambio, dice suavemente:

—Es fuerte. Eso es bueno.

Hay orgullo en su tono.

De alguna manera, logro soltar una leve risa.

—Querrás decir que *ella* es fuerte. Por supuesto que lo es. Tiene mi sangre. Y la tuya.

Él gruñe.

—Ya veremos. Niño o niña, Bianca, estaré contento mientras nuestro hijo esté sano.

La respuesta perfecta. *Dios mío*. Es más fácil si sigue siendo un monstruo. Esta versión de Rio no parece monstruosa en absoluto, y eso hace mucho más difícil mantener cualquier barrera entre nosotros.

Recuerda lo que dijo, me recuerdo a mí misma.

No te mataré. Todavía. Consideraré tu futuro después de que nazca el bebé.

Alguien fuera del coche se aclara la garganta, y el momento se disipa en el aire. Bajo torpemente del vehículo, y dos matones de traje oscuro se adelantan para agarrarme por los brazos. Me flanquean, asegurándose así de que no pueda moverme un paso en ninguna dirección sin su cooperación.

—¡Espera, Rio! ¿Qué...?

—Ya sabes dónde llevarla, Mitch —le dice al hombre parado a mi izquierda—. Tienes tus instrucciones.

Luego se da la vuelta, sube las escaleras que marcan la entrada y desaparece dentro del edificio, dejándome con estos dos extraños armados e inexpresivos. Extraños que representan todo de lo que intenté huir. Extraños que me conducen por la entrada principal tras los pasos de Rio.

Cuando llego al vestíbulo, automáticamente me dirijo hacia la escalera, pero el hombre llamado Mitch me jala en otra dirección completamente distinta.

Me guían por el largo pasillo, pasando por la oficina de Rio en la planta baja y otras habitaciones en ese nivel, hacia un pequeño ascensor cerca de la parte trasera del edificio que noté la última vez que estuve aquí pero nunca llegué a explorar. Solo hay un nivel por encima de nosotros, así que no me sorprende cuando el ascensor se dirige hacia abajo en lugar de hacia arriba. Las puertas se abren a

un corredor, brillantemente iluminado con tubos fluorescentes y con paredes y suelo de hormigón.

¿Qué tan profundo estamos bajo tierra? No tenía idea de que hubiera toda una madriguera de habitaciones y pasillos en las profundidades de la propiedad. ¿Qué estaba pasando bajo mis pies mientras yo vivía en relativa inocencia arriba?

Mi corazón late aceleradamente cuando nos detenemos frente a una puerta metálica abierta. Todo el lugar da vibras de prisión. Cuando echo un vistazo al interior y veo una suite de dormitorio y sala de estar completamente equipada con paredes empapeladas en oro y blanco y una gruesa alfombra color crema, empiezo a negar con la cabeza.

—No. No, no, no... —¿Me está encerrando, literalmente, en un calabozo? Bromeé en mi mente sobre un calabozo y esposas, pero no esperaba realmente... —. Sobre mi cadáver.

Planto mis pies más firmemente en el suelo y apoyo mis brazos contra el marco de la puerta, pero es inútil. Uno de los matones desprende mis dedos aferrados del marco, y el otro me levanta y me lleva por el umbral hacia mi nuevo hogar.

Me deja caer junto a la cama y se mueve rápidamente de vuelta a la puerta.

—Alguien traerá la cena en un par de horas —dice el que se llama Mitch, y luego se van.

Así sin más, me quedo sola en esta jaula dorada. Encarcelada, una vez más, por un monstruo de la mafia y su equipo de matones.

***

Rio

Me encuentro de pie frente a la ventana de mi oficina en la finca, contemplando el atardecer. Las puertas francesas plegables conducen desde la oficina hacia la terraza pulcramente pavimentada y ofrecen una vista de los ondulantes jardines que descienden hacia el río que bordea mi propiedad. Los rayos del atardecer tiñen el

paisaje de un dorado anaranjado, y si fuera un hombre emotivo, quizás me conmovería tal vista.

Por el rabillo del ojo, vislumbro la capilla donde Bianca y yo nos casamos, y mi boca se tensa al recordar todo lo que ha sucedido desde entonces. Ese día parece haber ocurrido hace una eternidad. ¿Realmente fue hace menos de un año?

Bianca ha puesto todo patas arriba desde entonces.

La estuve buscando durante tanto tiempo antes de ese día, y no tenía idea de qué haría con ella cuando la encontrara.

Igual que ahora. ¿Qué voy a hacer con mi rebelde esposa fugitiva?

Puede que aún esté enojado con ella —y al principio estaba ardiendo, incandescente de ira— por el hecho de que huyó, pero entiendo por qué lo hizo, y no puedo culparla por querer proteger a su hijo.

Nuestro hijo.

Esta vida es a menudo violenta, rara vez segura, y todas las acciones tienen consecuencias. Desafortunadamente para Bianca, mi hermosa pajarita, eso la incluye a ella. Nadie puede ser una excepción a esa regla. Si permito que una persona se aproveche de mí, mi base de poder se derrumbará y caerá más rápido de lo que puedo parpadear.

No *quiero* castigar a mi esposa. *Tengo* que castigarla. No tengo elección.

Me aparto de la ventana para enfrentarme a mi segundo, quien debe tener la paciencia de un santo para soportar mis recientes estados de ánimo día tras día.

Ha estado esperando en silencio desde que preguntó qué deberíamos hacer con Rossi. Esperando a que estuviera listo con una respuesta.

—Rossi es un problema que tendrá que ser resuelto —concedo—. Más pronto que tarde. Pero aún lo necesito vivo, por ahora. Estoy

seguro de que tiene información sobre el pasado que quizás ni siquiera sabe que es valiosa. Necesito esa información, Danelli.

—Sí, jefe. —La expresión de mi segundo muestra perplejidad. Con razón espera más explicaciones.

No puedo decirle que he estado operando por instinto en lo que respecta a Rossi, habiendo sospechado durante algún tiempo que las muertes de mis padres y las de Bianca están relacionadas, a pesar de que los crímenes ocurrieron con varios años de diferencia. En mi posición, no se consideraría suficiente tener un presentimiento sobre algo. Pero ahora tengo pruebas, y es hora de actuar.

—Carnarvon envió un informe esta mañana que confirma que el ADN encontrado en la escena del asesinato de mis padres coincide con una muestra encontrada en el lugar de la bomba que mató a los padres de Bianca.

Danelli es bueno. Solo revela su sorpresa mediante un ligero ensanchamiento de los ojos. —¿Ese vínculo se descubrió apenas ahora?

—Las pruebas eran menos avanzadas en aquel entonces. Ordené volver a analizar todas las evidencias.

Danelli asiente pensativamente y no necesita preguntar cómo mis hombres pudieron acceder a las pruebas forenses de archivos de casos sin resolver. Conoce mis métodos que implican untar las manos adecuadas y usar amenazas cuando el soborno no funciona.

—¿Y Rossi es el denominador común?

—Era un asociado de mi padre y estaba enamorado de la madre de Bianca. Puede que no estuviera directamente involucrado en sus muertes, pero estoy seguro de que sabe algo. Es un conducto hacia el pasado, y lo mantendré cerca hasta que ya no lo necesitemos.

Danelli gruñe. —¿Entonces desaparece?

—Precisamente.

Regreso a mi escritorio y tomo asiento, apoyando los codos sobre la extensión de caoba y entrelazando los dedos mientras estudio a mi segundo. —Hablé con Rossi nuevamente esta tarde. Él también ha escuchado más rumores sobre un nuevo jugador en escena que aparentemente dirigía a Anders y a los hombres que lo siguieron hacia la perdición en mi club. Confirmó que el nombre que había escuchado susurrar era Antonio. No Anton. ¿Te suena ese nombre?

—No, jefe. Es decir, conozco a un par de Antonios, no es un nombre poco común —responde Danelli.

Su rostro mantiene su habitual ceño fruncido. Es un buen segundo, asumiendo las preocupaciones de nuestra familia casi con la misma intensidad que yo.

—Pero ninguno de los dos es lo que yo consideraría un jugador, y ninguno tendría las agallas para enfrentarse a usted. Son peces pequeños. Uno es un viejo que juega a las bochas en Langone Park, y el otro es dueño de un restaurante cerca de Battery Wharf.

—¿El muelle? —Mi atención se agudiza—. Tengo entendido que hemos tenido algunos problemas nuevamente en el muelle, Danelli.

—Estoy seguro de que no está relacionado con el restaurante de este tipo, jefe. Pero lo investigaré. ¿El mismo problema que las últimas dos veces?

—Sí. Nuestros envíos fueron retenidos, justo el tiempo suficiente para poner en duda nuestra capacidad de entrega a tiempo. Revisa el envío en busca de dispositivos de rastreo antes de que se entregue al cliente esta vez. Y haz una visita a nuestros amigos en la nómina. Creo que necesitan un recordatorio.

Danelli se endereza. —Lo haré, jefe. ¿Qué tan fuerte debe ser el mensaje?

—El más fuerte. —Sé lo que esa orden significa para al menos una persona, pero no hay elección en el asunto si deseo evitar un baño de sangre mucho mayor. Una o quizás dos muertes para prevenir muchas.

En el pasado, no lo habría pensado dos veces antes de dar tal orden. Ahora, me encuentro preguntándome qué pensaría Bianca si estuviera aquí en la habitación con nosotros. ¿Me miraría con esos ojos tristes y críticos y me pediría que reconsiderara mi decisión? ¿Me encontraría deficiente si me niego?

—No toleraré la traición, Danelli. —*Excepto de mi esposa*. Apago rápidamente la burla interior—. De *nadie*.

Él se estremece ante la repentina ferocidad en mi tono. —Sí, señor. Me encargo de ello.

Se gira para irse, luego se detiene.

—¿Sí? —espeto.

—Me pregunto por qué se usó el equipo de Rossi en el ataque a tu club. Y... —traga saliva antes de añadir—: Por qué atacaron a tu familia aquí en la finca. ¿Por qué apropiarse del equipo de otro en lugar de formar el suyo propio? ¿Y por qué específicamente el suyo?

Es una buena pregunta de mi segundo al mando, y una que yo también he estado considerando. —No sé la respuesta a esa pregunta en particular. Pero en cuanto a por qué se eligió específicamente al equipo de Rossi, creo que pudo haber sido con la esperanza de iniciar una guerra entre dos familias poderosas. Desviando nuestra atención de algo más que podría estar a punto de suceder.

Otra razón para mantener vivo a Rossi. Por ahora. Es una pieza del rompecabezas; estoy seguro de ello. Simplemente no sé qué parte.

Hago un gesto con la mano, despidiendo a Danelli. —Haga que los equipos continúen su búsqueda de información sobre el nombre Antonio. Involucre también al equipo de investigadores privados de Dartside.

¿Existe la posibilidad de que el reciente ataque de Anders esté vinculado con el pasado? No se encontró ADN que coincidiera con la escena del crimen de mis padres en el club, ni aquí en la finca, pero

eso no significa nada. Quien ordenó los ataques contra mi familia probablemente no habría asistido en persona.

Si la persona que mató a los padres de Bianca buscaba la herencia de los Carlotti, entonces fracasó miserablemente. Pero ¿por qué involucrar a mis padres y matarlos varios años después? ¿Qué podrían tener que ver con esto? En ese entonces, yo era joven y estaba enfocado en las fiestas. Era el heredero, no el Jefe. No tenía conocimiento de Bianca y ciertamente ningún plan de casarme con ella o de incorporar la herencia de los Carlotti al negocio de los Agosti.

La familia de mi esposa. Mis padres. Mi tía. Tanta sangre derramada ya. ¿Y para qué?

Cuando encuentre a la persona o personas responsables, habrá ríos de sangre en represalia. Se está gestando una guerra, y solo hemos visto el comienzo de la carnicería.

Capítulo Siete

"El valor es la gracia bajo presión."
Ernest Hemingway

Bianca

Mi primer instinto cuando me empujan a esta prisión de lujo y cierran la puerta de golpe es darme la vuelta y golpear con los puños el metal, gritando hasta que alguien venga a sacarme. Seguramente ni siquiera Rio sería tan monstruoso como para dejarme aquí abajo sola para siempre. ¿O sí?

Pero incluso cuando me giro hacia la entrada ahora bloqueada, me detengo en seco. Pensé que estaba sola en la suite. Pero no lo estoy.

Dos mujeres están sentadas silenciosamente en el sofá de la sala de estar de la suite. Ambas me observan atentamente. Una tiene un estetoscopio colgado alrededor del cuello, y la otra está vestida con uniforme de enfermera.

¿Rio me consiguió atención médica? ¿Me encerró aquí abajo en un calabozo, amenazó con matarme y aun así ha organizado asistencia médica? Nada con Rio es nunca fácil o sencillo.

Me cruzo de brazos sobre el vientre, sintiendo tantas emociones mezcladas que es un milagro que no entre en combustión espontánea.

—Supongo que están aquí para examinarme y asegurarse de que mi bebé esté sano.

La mujer con el uniforme de enfermera me da una pequeña sonrisa y señala hacia la cama tamaño king que está entre ellas y yo, y no se me ocurre ninguna razón para no obedecer. Cruzo la habitación y me siento en el borde del colchón. La del estetoscopio parece menos amigable. Se adelanta mientras la otra mujer se inclina hacia un bolso en la mesa de café baja. Saca un brazalete de presión arterial

y un monitor y se acerca con la evidente intención de colocármelo en el brazo.

—Acabo de ser secuestrada. Otra vez. Así que la lectura podría ser un poco alta en este momento —bromeo.

La doctora chasquea la lengua en señal de desaprobación.

—No sea infantil, señora Agosti —dice, confirmando mi reacción inicial. No seremos *amigas*—. Estamos aquí para ayudarla y asegurarnos de que el resto de su embarazo sea lo más libre de estrés posible.

¿Libre de estrés? ¿Libre de *jodido* estrés?

Parece no notar mi expresión incrédula.

—Soy la doctora Conner —continúa con suavidad—, y esta es mi asistente, Selina. Por favor, coopere, ya que eso será mucho mejor para el niño. Y para usted.

Tiene razón. *Odio* que tenga razón. Y sé que estoy siendo infantil, pero Rio ha hecho lo único que sabe que odiaré más que nada. Me ha quitado mi libertad. ¿Cuánto tiempo me mantendrá aquí abajo? ¿Por el resto de mi embarazo?

El miedo oprime mi corazón. ¿Por el resto de mi *vida*? ¿Y si nunca me deja salir de nuevo?

Aturdida, extiendo mi brazo y permito que la enfermera coloque el brazalete y luego ajuste la parte del monitor de la máquina.

—Entonces, ¿vamos a ser todas compañeras de calabozo aquí abajo durante todo este tiempo?

¿Por qué no puedo dejar de soltar comentarios sarcásticos? Esta no soy yo. Odio estar actuando como alguien que no reconozco, alguien con el impulso loco de patear y gritar y golpear las paredes con los puños por pura frustración. Alguien que suelta estupideces sarcásticas cada vez que abre la boca.

Me aclaro la garganta.

—Miren, lo siento —lo intento de nuevo—. Estoy un poco alterada en este momento. Esta mañana estaba viviendo en Cleveland, comiendo tarta de manzana con helado con alguien que pensaba que era un amigo. Y ahora estoy... Sí. Aquí. Estoy segura de que ambas están ansiosas por ayudarme a mí y a mi bebé, y lo aprecio.

A pesar de todo mi miedo respecto a Rio y lo que eventualmente pueda hacerme, esa mirada en sus ojos cuando sintió al bebé patear me dijo que nunca dañará a su propio hijo. En el mundo de Rio, en su mente, puede que yo sea simplemente una incubadora para su hijo, pero mientras ese sea el caso, está cuidando de ambos lo mejor que puede.

A su manera retorcida.

La doctora sonríe aprobatoriamente, como si pudiera escuchar la verdad en mi tono. Finalmente estamos en la misma sintonía.

—Eso está mejor —dice—. Ahora, si no le importa, me gustaría hacerle un examen físico, y luego podemos charlar y tomar algo de su historial, señora Agosti.

—Claro —me recuesto en la cama cuando me lo indican, y permito que la doctora me toque y presione mi cuerpo y haga muchas preguntas.

Finalmente, se declara satisfecha con el estado de mi embarazo.

—Aunque probablemente podría comer un poco más —dice, estudiándome de pies a cabeza con un pequeño ceño fruncido—. Dejaré indicaciones al respecto cuando subamos.

—Oh. Entonces, ¿ustedes *no* se quedan?

El pánico revolotea en mi pecho. Estoy absurdamente alterada ante la idea de que me dejen aquí sola. Ni siquiera conozco a estas dos profesionales médicas, y sin embargo, me aterra la idea de que me dejen.

La enfermera, Selina, responde a mi pregunta mientras la doctora guarda sus cosas en el maletín.

—Estará bien, señora Agosti. Estaremos de guardia las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y podemos estar aquí en menos de diez minutos.

—Por favor, llámeme Bianca —corrijo automáticamente.

Señora Agosti aún me suena demasiado extraño. Bree Walker hace tiempo que desapareció, y la pobre Aria Lowe de Cleveland apenas tuvo oportunidad de vivir. Reprimo el impulso de reír, sin querer explicar lo que encuentro divertido, cuando la verdad es todo lo contrario.

Nada en mi vida con Rio Agosti es divertido.

La enfermera me sonríe de nuevo, ajena a la angustia que se agita en mi cabeza.

—Bianca —repite—. Vendremos cada par de días para chequeos regulares, así que no pasará por esto sola. Traeremos un escáner portátil la próxima vez, y la doctora hará algunas imágenes.

Ese nivel de apoyo es mucho más de lo que tenía en Cleveland. Es más de lo que muchas personas tienen incluso si no están siendo retenidas contra su voluntad.

—Gracias —logro decir, sabiendo que una parte profunda de mí también está agradeciendo a Rio.

Debería estar llena de rabia, o terror, o ambos, por lo que ha hecho. Y tal vez lo estoy, un poco. Mis sentimientos hacia Rio son tan complicados que ni siquiera yo los entiendo realmente.

Pero la verdad es que *no* me mató por huir, cuando posiblemente lo habría hecho si hubiera sido cualquier otra persona.

Y al enviar a esta doctora y enfermera claramente competentes para cuidarme, está enviando el mensaje de que sí valora el bienestar de nuestro hijo.

En eso sí coincidimos.

Esta vez, la risa escapa de mi garganta antes de que pueda ahogar el sonido. Una pequeña carcajada, nacida de una inminente histeria,

pero el momento es suficiente para que tanto la doctora como la enfermera esbocen una sonrisa en respuesta a lo que perciben como una reacción positiva al anuncio de la enfermera.

Si tan solo supieran.

La enfermera cruza la habitación y presiona un timbre de intercomunicador incrustado en la pared junto a la puerta de metal, luego sale cuando la abren, seguida rápidamente por la doctora.

Alcanzo a ver a Mitch y a otro matón apostados en el pasillo antes de que la puerta se cierre de golpe detrás de ellas. Recuerdo cómo Francine dejó la puerta sin llave una vez, cuando llegué por primera vez a la suite sobre el club de Rio, y cómo corrí, solo para chocar directamente contra el pecho duro y musculoso de Rio en la escalera de emergencia.

Esta vez, ni me molesto en revisar la puerta. Incluso si cometieran el error de dejarla sin llave, no hay forma de que pueda pasar a esos matones, y mucho menos salir sin ser vista de este laberinto de habitaciones subterráneas y escapar de la finca.

¿Y adónde iría? A diferencia de la última vez, no tengo dinero ni identificación falsa. No tengo a dónde huir.

Toda la emoción que he estado conteniendo desde que entré en el edificio de mi apartamento en Cleveland y vi esos anillos en el mostrador del baño, de repente empieza a burbujear desde donde la he mantenido profundamente enterrada. La única ventaja de estar atrapada aquí abajo sola es que nadie está cerca para presenciar mi llanto histérico y cada vez más feo.

***

Rio

No veo a Bianca durante los siguientes días, no solo porque soy un hombre ocupado, sino porque ella despierta en mí emociones desconocidas que no sé cómo manejar.

Desde el momento en que nací, fui criado para ser el jefe de esta familia. Mi padre era un hombre duro, difícil de complacer, como

tenía que ser para dirigir la organización con tanto éxito como lo hizo. Él inculcó en mí la misma frialdad y despiadada indiferencia.

Y estaba orgulloso de mí por eso.

Me llevó una vez a una "negociación" el día después de mi decimotercer cumpleaños. Dijo que ya era un hombre y necesitaba entender completamente lo que eso significaba. No hubo negociación ese día. Mató a todos sus enemigos en la habitación, excepto a uno.

Luego me entregó su pistola y dijo:

—Termina el trabajo, Gregorio. Sé un hombre.

Lo hice, y me miró con aprobación por primera vez en su vida.

Nunca le dije que vomité cuando llegamos a casa, después de que logré llegar a mi habitación. Nunca le dije que no dormí durante muchas noches después de eso, reviviendo una y otra vez el momento en que la víctima me miró con terror en sus ojos y me suplicó que lo dejara vivir. El olor de la muerte. Su aspecto. La pura suciedad de todo ello.

No podía sacar nada de eso de mi mente.

Mi madre conocía mis luchas, y me dijo que encerrara la oscuridad en una caja en lo profundo de mi corazón, y que nunca la dejara salir.

Pero la oscuridad sigue ahí, enterrada tan profundo que se ha convertido en parte del tejido de mi ser. Siempre está ahí, amenazando con alzarse y tomar el control de todo en una negra bruma de rabia.

Mi padre me enseñó que ser blando es arriesgarse a morir.

Bianca me *ablanda*. Y como jefe del cártel Agosti, no puedo permitirme ser blando. *No* lo permitiré.

Y así, ella permanece en la suite del búnker bajo llave, al igual que la oscuridad que cubre mi alma permanece encerrada en lo profundo de mi corazón.

Capítulo Ocho

"...la cantidad de amor que sientes por alguien y el impacto que tienen en ti como persona, no está de ninguna manera relacionado con el tiempo que los has conocido."

Ranata Suzuki

Rio

Quiero mantenerme alejado, pero los pensamientos sobre Bianca llenan cada momento de mi vigilia. Finalmente, cedo al impulso de ir a verla. Me dirijo al ascensor y veo a la ama de llaves esperando allí con una bandeja de cena, el botón ya iluminado.

Cuando tomo la bandeja y la despido, me lanza una mirada de asombro, como si verme realizar una tarea tan mundana hiriera sus sensibilidades. La mujer no es tan eficiente como lo era Francine dirigiendo mi casa, pero aprende rápido y estoy seguro de que ahora que estamos de vuelta en la finca, las cosas pronto funcionarán tan bien como lo hacían en el pasado.

—Está bien —digo—. De todos modos, voy para abajo. Debo hablar con mi esposa.

—Sí, señor —Se apresura a irse, dejándome entregar la comida que la obstetra de Bianca insiste que necesita: filete, verduras y jugo de naranja para ayudar con la absorción del hierro.

—Parece estar bien en general —dijo la doctora Conner antes de irse el primer día—. Pero no creo que haya estado comiendo tan bien como podría. Asegúrese de que reciba frutas y verduras frescas a diario, y sugeriría carne roja al menos un par de veces por semana para garantizar que esté recibiendo el hierro que ella y el bebé necesitan. Caminatas por el jardín también, para que pueda tomar algo de sol, hacer ejercicio suave y respirar aire fresco. No en el calor del día, por supuesto, sino quizás por las mañanas o las tardes. Volveré en dos días para revisarla de nuevo... ¿a menos que nos necesite antes?

—Si es así, se les notificará —le dije. Le estoy pagando una fortuna para que esté disponible las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, junto con su enfermera. Si Bianca las necesita, están contratadas para estar aquí en diez minutos. La elegí porque estaba en una lista de las tres mejores obstetras de la ciudad. Los otros dos eran hombres, y no toleraré que otro hombre se acerque a la vagina de mi esposa, ni siquiera en un contexto profesional y médico.

Cuando entro en la suite de Bianca, está acurrucada en el sofá blanco frente a la chimenea eléctrica. Lleva una camiseta gris holgada que le llega hasta la mitad de los muslos, con las piernas desnudas. Tiene los pies recogidos debajo de ella con solo los dedos asomando, y hago una nota mental para arreglar una esteticista para sus uñas ahora que está de vuelta.

No es que necesite nada para hacerla más hermosa. Siempre ha tenido una belleza natural, incluso antes de que la trajera aquí. Aunque ahora mismo, su rostro está manchado y es evidente que ha estado llorando.

—Sé que es verano allá arriba en el mundo real —dice—, pero aquí abajo, la temperatura es la misma de día o de noche. Podría ser cualquier día del año, y me apetecía mirar las llamas.

Coloco su cena en la mesa de café baja frente a ella y tomo asiento en el sillón opuesto.

—No necesitas mi permiso para encender la chimenea, Bianca. Esta suite es tuya.

—Esta mazmorra, querrás decir.

Un tono de ira impregna su voz. Hace que mi monstruo interior ronronee. Debería tener cuidado, no sea que presione demasiados de mis botones. No puedo garantizar lo que sucederá si me empuja demasiado lejos.

—Llámalo como quieras. Este es el precio que pagas por huir de mí.

—¿El precio? ¿El *precio*? —Se lanza a sus pies, y me pregunto si está a punto de correr hacia mí, pero en su lugar, comienza a caminar de

un lado a otro. Sus pies descalzos se hunden en la alfombra gruesa, y sus dedos se encogen como si incluso ellos albergaran una rabia oculta—. Soy tu *esposa*, Rio, no tu enemiga mortal. No puedes mantenerme encerrada aquí abajo para siempre. *¿Verdad?*

La última pregunta sale sonando como un lamento. Deja de caminar y cruza los brazos sobre su vientre como si tratara de contener su angustia. He notado que hace eso a menudo cuando está molesta.

La acción empuja sus pechos hacia arriba, que se ven más redondeados y llenos de lo que recuerdo. El embarazo, presumiblemente, pero el resultado es tentador, y junto mis dedos frente a mis labios, tratando de no mostrar una reacción.

—Has creado un dilema para mí, querida esposa —No estoy seguro de que aceptará mi explicación, pero es la única que tengo.

Casi me río de mi propia vulnerabilidad. No suelo explicarme ante los demás. Usualmente.

—Como jefe de una organización grande y poderosa, mis enemigos son muchos, y la mayoría están esperando en las sombras para atacar en el momento en que muestre cualquier debilidad. Huiste de mí, Bianca, con mi hijo en tu vientre, y si no tomo ninguna acción por eso, entonces no solo mis enemigos me percibirán como débil, sino que reconocerán que significas algo más para mí de lo que quizás se dieron cuenta. Te usarán a *ti* como una oportunidad para moverse contra mí.

Sus cejas se fruncen mientras considera mi explicación.

—Entonces, ¿todos saben que me mantienes encarcelada aquí abajo?

—Todos los que necesitan saberlo.

Se pellizca el labio inferior entre el pulgar y el índice. Mi polla se anima ante la acción sensual.

—Es una situación compleja —agrego—. No deberías haber huido.

Ella suelta un suspiro y deja caer la mano de su boca.

—¿Me estás castigando de una manera que todos pueden presumiblemente respetar, pero al hacerlo, también me mantienes a salvo? Porque... ¿te importo?

¿Cómo puede dudarlo? La trato de manera diferente, con mucha más libertad, que a cualquier otro ser humano.

—No he ocultado el efecto que tienes en mí, Bianca. Pero uno podría deducir, por el hecho de que *tú* contactaste a los federales y luego huiste, que *tú* no te preocupas por *mí*.

—Yo... Bueno...

—¿Hmm?

—Sabes que eso no es cierto, Rio. Te dejé esa nota. Para explicar...

—Ah, sí. La nota. Dijiste que me amabas. Es cierto.

—Lo dije. Porque es verdad —Frota suavemente su barriga de embarazada.

No estoy seguro si la acción es deliberada, para ganar mi favor, o inconsciente. Por su expresión ligeramente desenfocada mientras vuelve su mirada a las llamas en la chimenea, sospecho que es lo segundo.

—Siempre te amaré —dice, después de un minuto de silencio—. Aunque haya huido. Aunque esté furiosa porque me hayas traído de vuelta y encerrado aquí abajo. Mis sentimientos por ti, *sobre* ti, son muy... complicados, Rio.

—Sí. Como lo son los míos por ti.

Todo sobre Bianca me desconcierta. Reprimo mis pensamientos arremolinados, respiro lenta y constantemente para calmar mi sistema, y señalo su comida.

—Necesitas comer antes de que tu cena se enfríe.

—No tengo hambre.

—Bianca. Tu estómago ha gruñido dos veces desde que entré en la habitación —la miro fijamente, y ella levanta las manos al aire.

—Está bien.

Regresa pisoteando al sofá y se sienta de nuevo, mirando la bandeja frente a ella antes de finalmente tomar los cubiertos y comer. Hay silencio en la habitación mientras lo hace, el siseo del fuego falso creando un ruido de fondo sorprendentemente relajante. Me reclino en mi silla y me concentro por un momento en la danza de las llamas doradas y anaranjadas en la chimenea, entendiendo por qué quería el fuego encendido aunque la temperatura aquí abajo se mantiene constante.

Finalmente, empuja la bandeja y deja escapar una risita. —El chef sabe lo que hace. ¿Es el mismo que... antes?

Se recuesta en el sofá y vuelve a meter los pies debajo de ella. Se ve tan joven e inocente, pero sus ojos tienen una tristeza que no estaba ahí hace unos minutos. Le agradaba Francine, recuerdo, y pasó mucho más tiempo en compañía de mi tía que yo durante el último año.

—Todo el personal superviviente regresó una vez que la propiedad fue reparada y... limpiada —mi vacilación es leve, pero la mirada de Bianca se clava directamente en la mía.

Ella me conoce. Y sabe cuánto la muerte de mi tía carcome mi conciencia. Francine no merecía ser acribillada simplemente por estar emparentada conmigo.

Su sangre, literalmente, fue derramada en los escalones de esta casa, y será vengada. Me aseguraré de ello.

—El equipo de seguridad se ha duplicado desde entonces —añado, queriendo asegurarle su seguridad—. Y se han implementado medidas adicionales alrededor de la propiedad. Estas habitaciones subterráneas son lo más seguro que existe. Estoy en proceso de trasladar mi oficina aquí abajo también. Nadie llegará hasta ti en este búnker, Bianca. Te lo puedo asegurar. No pasarán por encima de mí o de mis hombres dos veces.

—Te creo —todavía se ve frágil, pero hay un toque de color en sus mejillas desde que comió que le da un brillo más saludable.

La satisfacción me invade. Vuelvo a una de sus preguntas anteriores.

—Si te comportas, no necesitarás permanecer aquí abajo para siempre. Simplemente necesito hacer una declaración manteniéndote encerrada por un período de tiempo.

—¿Oh? Bueno, al menos es algo —sus ojos brillan, y esta vez no con tristeza. La ira fresca se entrelaza en su tono una vez más—. Puedes llevarte la bandeja ahora, Rio. Voy a darme una ducha.

Desdobla sus piernas y se pone de pie, y mis instintos de cazador se despiertan. Yo también me levanto, no dispuesto a permitirle salirse con la suya con esa burla imperiosa.

—Ya te duchaste —advierto—. Pude oler la fragancia fresca de jabón y champú emanando de tu cabello y piel en el momento en que entré en la suite.

—Yo... Bueno —se echa el cabello hacia atrás—. Necesito otra.

Se gira en dirección al baño, pero delata su incertidumbre sobre mi reacción cuando lanza una mirada por encima de su hombro. Doy un par de pasos hacia ella, y sus ojos se ensanchan cuando nota mi excitación. Mi miembro está duro y listo; lo ha estado desde el momento en que tiró de su delicioso y carnoso labio inferior.

Todo el lugar huele a ella y me recuerda todas las veces en el pasado que yacimos enredados en los brazos del otro.

Su boca —su hermosa y generosa boca— se entreabre ligeramente, y se gira y corre hacia el baño. La puerta se cierra de golpe.

Oh, pajarito. No te escaparás de mí tan fácilmente.

Avanzo a zancadas por el espacio y abro la puerta con la misma fuerza con la que ella la cerró. Se abre de par en par, y la fuerza del impulso hace que el pomo golpee contra la pared. Ella se gira para enfrentarme desde donde está de pie agarrando el borde del lavabo.

—Rio, por favor, sal. No quiero esto.

—¿No lo quieres?

Cubro los pocos pies que nos separan. No puede retroceder. Su trasero está presionado contra el borde de la encimera, mi erección empujando contra su vientre.

La acorralo entre mis brazos, cubriendo sus manos que aún agarran el borde de la encimera con las mías. Sin escape. —¿Estás segura de que no quieres esto, Bianca? Ha pasado un tiempo.

—Yo... —sus ojos se dirigen a mis labios, y la punta de su lengua sale para humedecer los suyos.

Le sonrío, pero dudo que mi expresión transmita una vibra amistosa. —Dime sinceramente que no has anhelado mi toque de la misma manera que yo anhelo el tuyo, y saldré de aquí y te dejaré en paz.

Un pequeño gemido se le escapa, y niega con la cabeza.

—Ambos sabemos que no puedes decirme eso. Y si lo intentas, será una mentira.

—No... Yo... Rio, por favor...

—¿Por favor qué, Bianca? La verdad. *Ahora*.

—Quiero...

Me inclino hacia adelante para susurrar en su oído. —¿Qué quieres, Bianca? Dímelo, y puede que decida dártelo. Aquí mismo, ahora mismo. ¿Quieres que te deje sola? ¿O me quieres en esa ducha, o encima de esta encimera? ¿O prefieres que te levante y te lleve allí a tu suave y cómoda cama, donde enterraré mi cabeza entre esos muslos deliciosos tuyos y me sumergiré en tu delicioso y fértil núcleo con mi ávida lengua?

Ella gime. —No sé si podemos. ¿Es seguro? Quiero... Oh Dios, Rio. *Quiero*... tanto. No puedo, nunca, parecer encontrar la fuerza para decirte que no.

¿No sabe si podemos? La iluminación me golpea, y suelto una de sus manos para apartar un mechón de cabello oscuro suelto de su rostro.

—Lo confirmé con tu doctora antes de que se fuera hoy, Bianca. Como estás bien, el sexo es seguro hasta el momento del parto, siempre que te sientas con ánimo. ¿Te sientes con ánimo, esposa mía? Porque te he deseado tanto como te he odiado, cada momento de vigilia, desde que huiste.

Capítulo Nueve

—Odia el pecado. Ama al pecador.
Mahatma Gandhi

Bianca

El sexo es seguro hasta el parto.

Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios.

Mi cuerpo arde de deseo. No quiero admitirlo ni a mí misma ni a él, pero no hace falta. Rio conoce mis deseos tan íntimamente como conoce mis miedos. Mis piernas amenazan con flaquear mientras el dolor en mis pechos y en mi centro se vuelve más insistente.

¿El embarazo hace que la necesidad sexual sea más fuerte? No recuerdo este nivel de excitación antes. Este anhelo profundo y poderoso que parece estar apoderándose de cada parte de mi mente y que atraviesa mi cuerpo en oleadas.

—No quiero estar aquí, Rio. No quiero estar atrapada en esta prisión subterránea tuya. Pero aún quiero *esto*. —Levanto mi mano libre y la extiendo sobre su pecho—. Te quiero a *ti*.

Que Dios me ayude, todavía estoy enferma por él.

Intento generar repugnancia hacia mí misma en mis pensamientos, esperando que calme el deseo inapropiado, pero no tiene sentido. Mi mente no coopera. Mi cuerpo ha pasado el punto de la razón.

Lo deseo. Lo *amo*. Lo necesito. Y probablemente pueda hacer lo que quiera conmigo, excepto lastimar a nuestro hijo, y lo aceptaré.

—Por supuesto que sí, Bianca. Eres *mía*. Y estamos destinados a estar juntos, nos guste o no ese hecho a ninguno de los dos.

Cuando aparta mechones de pelo de mis ojos y acaricia mi mejilla con un pulgar cálido e insistente, todo en lo que puedo pensar es en cómo se sentirá ese pulgar en mi clítoris, dibujando círculos

alrededor del botón hinchado hasta que me retuerza bajo su toque y grite de satisfacción.

Lo deseo. Quiero *esto*, y sí, lo odio por encarcelarme de nuevo. Pero es mi marido, y lo amo.

Amo y odio a Rio Agosti, y lo he *extrañado* tanto que duele.

Levanto mis brazos y los envuelvo alrededor de su cuello. Cuando inclina su cabeza y toma mi boca —reclamándome una vez más como suya— siento más que escucho su gemido satisfecho, como una vibración profunda que reverbera dentro de mi propio pecho.

Sabe ligeramente a whisky y cigarros, además de algo únicamente Rio, un sabor que no he olvidado, pero la realidad es mucho más seductora que el recuerdo. Gimo mientras su lengua se enreda con la mía, explorando, poseyéndome...

Y entonces rompe el beso y me levanta en sus brazos.

Jadeo y le doy un golpecito suave en el hombro.

—No, Rio. Espera. Soy demasiado pesada...

Me ignora, en cambio se gira y se dirige al área del dormitorio de la suite y me baja sobre el edredón que decora la cama.

—Nunca demasiado pesada para mí, *la mia bellissima moglie*.

Me quito la camiseta suelta y luego levanto las caderas para ayudarlo a deslizar mi ropa interior. Sus dedos rozan mis caderas y muslos en el más ligero de los toques, y me estremezco mientras se me pone la piel de gallina.

—Estoy embarazada, no frágil —bromeo, recostándome en la cama.

Dejo caer mis rodillas para que mi sexo quede expuesto. Él se quita solo los zapatos y se arrastra sobre la cama, aún completamente vestido. Se arrodilla entre mis piernas, forzándolas a separarse más, y luego baja la cabeza.

Cuando la punta de su lengua lame mi hendidura, me arqueo hacia él, queriendo más. Necesitando más. Necesitándolo todo a él. Sus dedos bailan en mis muslos internos, aún demasiado ligeros para mi

gusto, haciendo remolinos y patrones mientras lame mi clítoris y luego baja hasta la entrada de mi canal.

Me siento tan llena, tan hinchada y dolorida, que no sé cuánto tiempo podré aguantar. Es como si estar embarazada hubiera mejorado todas las terminaciones nerviosas en esa área, y un gemido se me escapa ante las exquisitas sensaciones que está creando allí mientras agarro el edredón con dedos desesperados.

—Tan deliciosa —murmura. Las palabras son un zumbido bienvenido contra mi carne—. Estás húmeda e hinchada y lista, y apenas hemos comenzado.

—*Rio*. —Su nombre es un gemido en mis labios.

Cierro los ojos, bloqueando la vista del techo sobre nosotros. No quiero pensar en dónde estamos ahora mismo, las circunstancias que nos volvieron a unir. Mi necesidad es demasiado grande, demasiado urgente.

Piensa después, susurra mi cerebro. *Siente ahora*.

Y lo hago. Cada caricia, cada toque, cada lamida mientras lame mis jugos y me lleva al borde del orgasmo con su hábil lengua y dedos.

Luego se ha ido, aire frío entre mis piernas reemplazando su aliento caliente y su boca. Abro los ojos y levanto la cabeza, queriéndolo de vuelta. Queriendo las sensaciones sin sentido que su presencia enciende en mi cuerpo.

No se ha ido lejos. Está de pie al lado de la cama, mirándome fijamente. Sus ojos están oscuros e indescifrables, su boca brillante con mis jugos.

—Vuelve, Rio. Hazme el amor, por favor. Te necesito. *Todo* de ti. —Alcanzo sus pantalones, con la intención de desabotonar y liberar su órgano obviamente erecto.

Pero da un pequeño paso hacia atrás, justo fuera de mi alcance.

—¿Qué...?

—Eres mía, Bianca. *Mía*. Nunca lo olvides.

Me esfuerzo por sentarme, sin estar segura de qué necesita de mí.

—Y soy tuya. Siempre he sido tuya, desde el momento en que nos conocimos.

Pero aún así no vuelve a mí.

—Cuando te fuiste, destrozaste mi corazón. Nadie ha tenido jamás ese nivel de poder o control sobre mí, Bianca. *Nadie*.

Su expresión cambia instantáneamente de indescifrable a llena de dolor.

Llena de dolor, y bordeada de furia.

—Quise matarte cuando te fuiste. ¿Sabías eso, querida esposa?

Bueno, esto no va como esperaba. Hay algo que lo domina que no estaba allí momentos antes. Algo oscuro e inherentemente peligroso.

Esto es el "algo" del que huí.

Acerco mis rodillas hacia mi pecho y las rodeo con mis brazos. Me muevo lentamente, mi ritmo cardíaco catapultándose. No quiero hacer nada que asuste a la bestia.

—Supuse que sería así —susurro—. Lo siento, Rio. De verdad lo siento. Realmente creí que mi decisión era lo mejor.

Me encojo, tratando de hacerme más pequeña, apenas respirando. Quiero parecer menos un blanco para cualquier oscuridad que lo esté impulsando.

Permanecemos así durante varios segundos, inmóviles, hasta que él parpadea varias veces y sacude la cabeza.

Sus hombros se relajan ligeramente.

—He intentado no dejarte presenciarlo, Bianca. Hay una oscuridad en mí...

—Lo sé —mi corazón aún late con fuerza por la descarga de adrenalina nacida del terror, pero la angustia en su expresión es real, y me duele verla—. Está bien. Ya lo sé. Y aun así te amo.

No está *bien*. De ninguna manera. Pero ahora mismo, parece importante que él escuche lo contrario.

—Te necesito, Bianca. Necesito... —su voz es ronca, áspera, y hay una repentina incertidumbre en su expresión que nunca antes había visto.

Podría alejarme rodando, justificadamente dado el terror que aún corre por mi cuerpo. Pero si hago eso, si lo rechazo en este momento, puede significar algo más de lo que cualquiera de nosotros pueda entender completamente. Y podría tener consecuencias mortales.

Extiendo una mano hacia él, notando el temblor en mis dedos.

—Ven aquí, Rio. Ven a mí. Yo también te necesito. Por favor.

Él da un paso adelante y me permite desabotonar y liberar su miembro. No se quita ninguna otra prenda. Luego se abalanza hacia adelante, sobre la cama, arrodillándose sobre mí y sujetando mis manos por encima de mi cabeza antes de que pueda tomar aliento.

Sus ojos son pozos oscuros de emoción. Tantas emociones arremolinándose en sus profundidades. Su boca está tensa, y obviamente está luchando por mantener el control.

—Necesito estar dentro de ti. Eres *mía*.

Sus manos sueltan las mías para explorar todo mi cuerpo, acariciando mis pechos, mi estómago, mis caderas, y bajando hasta mi monte de Venus de manera frenética. No puedo seguir el ritmo de su contacto. Es como si necesitara reclamar cada centímetro de mí como suyo, así que me quedo quieta y le dejo hacer lo que necesita.

Finalmente, se detiene, y soy libre de tomar su miembro y guiarlo a mi entrada. Estoy tan húmeda y lista que sería vergonzoso si no fuera por el gruñido que sisea de sus labios cuando la cabeza de su órgano se hunde fácilmente en mi centro.

—Dios, Bianca. No puedo contenerme. No ahora. No así.

—No te contengas —me arqueo, y él embiste, asentándose completamente dentro de mí.

Jadeo ante la hermosa intrusión.

—Mía —dice de nuevo, una y otra vez, puntuando cada palabra con una embestida potente.

Profundo. Más profundo. Hasta que ya no puedo negarlo más.

Monstruo u hombre. O ambos. No importa.

Él me *posee*.

—Tuya.

La conexión se extiende con una tortura exquisita mientras él continúa embistiendo y gimiendo, y mi necesidad crece hasta niveles imposibles. Grito su nombre mientras me deshago, mi centro pulsando a su alrededor mientras él también alcanza el límite y se precipita al orgasmo con un enorme rugido.

Mi éxtasis cae inmediatamente y lucho por contener un sollozo al recordar la oscuridad furiosa dentro de él, y el conocimiento de que la bestia, sea lo que sea, es una parte integral de él.

Podemos fingir, ahora mismo en este momento, que nuestro matrimonio puede repararse y que podemos vivir una vida llena de felicidad y dicha, pero eso es todo lo que sería. Fingir.

La realidad es algo bastante diferente, y esta dicha pronto se desvanecerá cuando la fría y dura luz del mundo exterior regrese.

Capítulo Diez

"Es más fácil perdonar a un enemigo que a un amigo."
William Blake

Rio

He organizado la reunión con Rossi aquí en la finca porque este es mi territorio, y lo pondrá en desventaja. Necesito que esté en desventaja para este primer encuentro cara a cara desde que Danelli le quitó el dedo meñique de la mano izquierda.

Bianca no ocultó su horror al enterarse de esa noticia, pero Rossi salió bien librado y lo sabe.

Hoy, quiero mirarle a los ojos y asegurarme de que está diciendo la verdad. Y si no lo está, no será simplemente otro dedo lo que perderá. Serán todas sus extremidades. Si es mi enemigo, quiero que conozca el miedo antes de morir por traicionarme.

Danelli está situado cerca de la puerta, y varios miembros de su equipo Alfa están aquí en la biblioteca, pero ubicados discretamente para que pueda conversar con Rossi sin que todos nos escuchen.

Me estremezco un poco cuando mi segundo al mando se refiere a su equipo en esos términos. Le encanta todo lo militar, y yo tolero su necesidad de nombrar a los diversos equipos de seguridad de esa manera. Me basta con saber que el equipo Alfa de Danelli incluye a sus mejores hombres, y confío en que tenemos la seguridad necesaria para mantener el control en caso de que Rossi tenga planes de traicionarme.

Es poco probable, dado que insistí en que dejara su seguridad en la puerta, pero después de algún alarde, aceptó la condición porque sabe que no tiene otra opción.

Tengo una pequeña sorpresa reservada para él más tarde, pero primero, debemos hablar de negocios.

Cuando Rossi es escoltado a la sala que llamamos el área de estar informal, me giro desde los altos ventanales que dan a la extensión de césped que baja hasta el río. Desde aquí no puedo ver la capilla, y por una vez, estoy agradecido. Necesito tener la mente despejada hoy, y no puedo permitirme pensar en Bianca.

Ella enturbia mis pensamientos y me hace cuestionar cada decisión. Especialmente las difíciles, las moralmente ambiguas. Cada vez que estoy con ella, es como si llegara a lo más profundo de mí y ajustara algo, afinándome, y salgo del encuentro irrevocablemente cambiado.

Nadie ha tenido ese efecto en mí antes, y no me gusta la sensación de incertidumbre que trae consigo.

La incertidumbre, en mi posición, puede significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Afuera abundan el cielo azul claro y el sol brillante, pero aquí en mi dominio, la temperatura se mantiene fresca, y la madera oscura de mis muebles y las pilas de libros que forran dos de las paredes proyectan sombras interminables dentro de la habitación.

Vivo en las sombras. Parece apropiado encontrarme aquí con otro de mi clase.

Deliberadamente permanezco junto a la ventana, de espaldas a la vista, obligándolo a cruzar la alfombra hacia mí. La luz del sol da en su rostro.

—Rio, mi viejo amigo. Es bueno verte en persona nuevamente.

—¿Lo es? —pregunto con una sonrisa. Rossi se queda inmóvil al instante, sabiendo que una sonrisa mía no significa que me sienta alegre—. Viejo amigo.

Vacila, como si no supiera qué hacer, luego parece recomponerse y continúa avanzando antes de detenerse frente a mí.

Miro hacia abajo a sus manos apretadas, sin ningún vendaje. —¿La herida ha sanado, entonces?

—Mayormente —se encoge de hombros—. Aún duele, pero la cicatriz es mínima y no hay señales de infección.

Hay un atisbo de deferencia en su manera que no he visto en visitas anteriores. Está claramente cauteloso, con razón.

—Te devolví a tu esposa, para mostrar buena fe —dice, con un tono de reproche.

—¿Me la *devolviste*? —arqueo las cejas, mostrándole que reconozco y descarto su descarada tergiversación de los hechos.

—B-bueno —tartamudea—, te di la información que necesitabas para comenzar la búsqueda. Te di la ubicación y su nuevo nombre.

Gruño, reconociendo que hay un atisbo de verdad en sus palabras. Pero no se librará tan fácilmente. —Me diste la información *después* de darle los medios para escapar en primer lugar.

—Yo... Bueno... Yo... —su nuez de Adán sube y baja—. Ella ya estaba huyendo, con ayuda de los federales. Simplemente pensé que intervendría y la mantendría vigilada. Asegurarme de que su paradero no se convirtiera en un misterio. Siempre planeé mantenerte informado.

—¿De verdad?

Se frota las palmas de las manos, luego hace una mueca y las deja caer a sus costados. —Te lo juro por mi *familia*, Rio, que no sabía que Anders planeaba lo que hizo. Te he ofrecido mis más sinceras condolencias por tu tía, y te he ofrecido el uso de mis hombres, mis propios recursos, para encontrar y destruir a quien te hizo esto. Y recuerda, nos lo hicieron a ambos, no solo a ti.

Estudio su rostro, iluminado por la luz del sol que inunda la habitación, buscando cualquier señal de engaño. Parpadea, claramente incómodo con el brillo, pero sus ojos no se mueven nerviosamente ni se desvían. No hay tics musculares. Ni sudor. Ni cambios en el tono de su voz. Nada.

—He dicho muchas veces desde ese día, Rio, que te habría dicho dónde estaba ella. Estoy seguro de que me crees, o ya no estaría

respirando. ¿Correcto?

El viejo aún sabe cómo jugar este juego, parece.

Lentamente, asiento, y luego señalo el sofá cercano. Nunca más volveré a aceptar su mano, ni lo llamaré amigo más que en broma, pero aún no he sacado mi arma y le he disparado entre los ojos.

Un buen día para Rossi. Hasta ahora.

Él también lo sabe.

La tensión en sus hombros se relaja un poco cuando digo: —Toma asiento y háblame.

—Gracias, amigo mío.

Ignoro el comentario de amigo. *Mantén a tus enemigos cerca*.

Me siento frente a donde Rossi se ha acomodado. —Sabes cómo mi familia se vio afectada ese día. Y tú y yo sabemos que, al usar a tu hombre para hacerlo, quien sea que ordenó el ataque contra mí y mi familia probablemente quería iniciar una guerra entre nosotros.

—En efecto —sus ojos oscuros se agudizan.

Me recuerda que a nadie, incluido yo, le conviene subestimar a este hombre.

A una señal mía, uno de los hombres de Danelli se apresura con una caja de puros. Hago un gesto, confirmando que puede ofrecérsela primero al hombre mayor.

Una vez que nuestros puros están cortados y encendidos, me reclino en el sofá. —¿Quién se beneficiaría de una guerra entre nosotros, Rossi? Esa es la pregunta que necesito que me respondas.

Él se inclina hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas. El humo se eleva en espirales desde el puro que sostiene flojamente entre los dedos de su mano derecha.

—No lo sé con certeza, pero estoy dispuesto a apostar que tiene algo que ver con este... Antonio —dice, casi escupiendo el nombre —. Y solo te estoy contando este siguiente hecho porque escucho

rumores de que estás teniendo problemas similares a los nuestros en el muelle, pero tuvimos un camión que salió de nuestro almacén en las afueras de Nueva York y nunca llegó a su destino.

Apenas logro controlar mi conmoción y me tomo un momento para estabilizar mi respiración. —¿Hacia dónde se dirigía?

—Se dirigía a nuestro almacén en Albany.

—Déjame ver si entiendo bien. ¿Uno de tus camiones, un cargamento entero, ha desaparecido literalmente?

—Así es —Rossi se recuesta, su expresión sombría, antes de mirar su puro como si acabara de recordarlo. Le da una furiosa calada.

Mi pulso se acelera, pero hago mi mejor esfuerzo por no mostrar mi inquietud.

A diferencia de Rossi, levanto el puro y le doy una calada de manera lenta y medida, antes de decir: —Entonces la guerra ya ha comenzado, Carlos, y aún no sabemos quién es nuestro enemigo. Anticipé esto, y ya he convocado una reunión de la junta.

Los ojos de Rossi se ensanchan, y su boca se entreabre ligeramente. —¿Los jefes de familia? ¿Todos ellos? ¿Juntos de nuevo en una habitación? ¿Cuándo? Y más importante aún, ¿dónde?

Le sonrío, consciente de que la sonrisa no llega a mis ojos. —Esta noche. Aquí en la finca. Qué conveniente que ya estés aquí. Y sí, han pasado tres años desde que estuvimos todos bajo el mismo techo. Pero es hora. Debemos unirnos contra nuestro enemigo común, y luego tenemos que derribarlo antes de que nos destruya a nosotros mismos. Viejo *amigo*.

***

Bianca

La mujer que me trae el almuerzo me avisa que es posible que me llamen para asistir a una reunión más tarde hoy, y que debo vestirme apropiadamente. ¿Qué significa eso? ¿Qué tipo de reunión, y quién estará allí?

Ella simplemente se encoge de hombros cuando le pregunto y me deja sola para comer otra comida solitaria.

Ha pasado una semana desde la última vez que vi a Rio. Desde que bajó la guardia y reveló más de sí mismo de lo que yo sabía cómo manejar. Desde que su monstruo se alzó y me asustó de muerte.

Supongo que es por eso que se ha mantenido alejado desde entonces. Porque no puedo imaginar que haya disfrutado exponiendo cualquier parte de su ser interior, ni siquiera a mí.

No quiero amarlo, pero lo hago. Y supongo que él siente la misma atracción y repulsión compleja, amor y odio cuando se trata de mí.

He intentado hacer lo que me dijo desde esa noche, y ser tan cooperativa como pueda. La doctora y la enfermera han venido cada dos días para revisarme, y dos de los matones me llevan arriba y me dejan caminar por los jardines dos veces al día, por la mañana y al atardecer.

Siempre me esfuerzo por ver un atisbo de Rio, pero debe recluirse en esos momentos porque no he captado ni la más mínima señal de su presencia desde que dejó mi cama aquella noche.

Solo sé que aún reside aquí porque se lo pregunté a la enfermera, Selina.

La orden de asistir a una de sus reuniones me llega como una sorpresa. Supongo que me quiere allí para poder enviar algún tipo de mensaje a sus compinches de negocios. Probablemente para mostrarles que estoy firmemente bajo su control de nuevo.

No ha ocultado el hecho de que aún me desea, pero también ha sido franco sobre el daño que causé a la familia al huir.

Necesito hacer una declaración encerrándote, dijo cuando me trajo aquí.

Esa "declaración" comenzó en el momento en que me puso aquí abajo y me quitó mi libertad. De nuevo. Él sabe cuánto odiaba eso la última vez. Y cuando ordena que asista a una reunión de su elección, sin darme ninguna información sobre dónde, por qué o con

quién, agrava el castigo al confirmar, tanto a mí como a todos los que importan, que no tengo autonomía. No tengo elección sobre nada excepto el requisito de servir a sus necesidades.

Debato la sabiduría de ponerme un conjunto de pijama cómodo y meterme en la cama para una siesta por la tarde, pero sin duda eso simplemente retrasará lo inevitable. Así que, al final, me ducho y me visto con lo que creo que puede ser un atuendo adecuado para una reunión de negocios, y luego me siento a esperar.

Después de media hora, empiezo a dudar de mí misma. Ahora pienso que probablemente no quiere que me vea "empresarial" en absoluto. Conozco a Rio y conozco este estilo de vida dominado por hombres. Las mujeres, ya sean esposas o amantes, son solo para exhibir. Son un adorno, y lo que probablemente espera de mí en esta reunión es una muestra de apoyo de una mujer que se arrepiente de su mal comportamiento y hará cualquier cosa para volver a caer en su gracia.

Podría tratar de desafiarlo, pero sería una pelea que seguramente perdería. ¿Qué puedo hacer, atrapada aquí abajo? Mi mente vuelve de nuevo a mi decisión de cooperar. Lo mejor para mí y mi bebé es cumplir con sus deseos tanto como pueda, y eventualmente, puede que confíe en mí lo suficiente como para devolverme mi libertad.

No estoy segura de si esa es toda la verdad, pero mi mente rehúye enfrentarse a cualquier otra razón. La forma en que me miró la última vez que se fue, con calidez suavizando los duros planos de su rostro. La sorprendida delicia en su expresión, rápidamente controlada, pero la vi, cuando nuestro bebé pateó por primera vez bajo su toque.

No, no pienses en eso. No lo humanices. Sigue siendo un monstruo. Le cortó el dedo a Rossi, por el amor de Dios.

Me deslizo fuera de los pantalones de maternidad color carbón y la camisa de satén blanco que había elegido porque el corte inteligente ocultaba mi barriga de embarazo, y reviso varios otros artículos de

ropa en mi armario. Finalmente, me decido por un minivestido color borgoña que es tan ajustado que no dejará nada a la imaginación.

En el fondo, sospecho que Rio querrá recordar a quien esté en la reunión que la mujer que le dio el traje Carlotti ahora está esperando a su hijo.

Y si quiere presumir de su esposa embarazada, este es el atuendo para lograrlo.

Estoy vestida y completamente maquillada en lo que llamo mi look de esposa de mafioso con clase cuando vienen por mí.

Dos matones, como si de alguna manera pudiera evadir la escolta y huir si enviara solo uno.

Ninguno de estos hombres me resulta familiar, y recuerdo con una punzada de dolor que mi matón favorito, Leon, fue acribillado aquel día en el club. Acribillado mientras intentaba protegerme.

Trato de apartar eso de mi mente y dejo que me guíen fuera de mi suite-mazmorra a lo largo de un pasillo de hormigón. Mis tacones de aguja resuenan con un clic-clac mientras caminamos. Cuando llegamos al ascensor al final del pasillo y entramos en la cabina, ambos hombres permanecen en silencio.

Subimos un nivel, y espero emerger en la suave calidez vespertina de la mansión de Rio, pero cuando las puertas se abren, parece que aún seguimos bajo tierra.

¿Otro nivel entre la casa y mi mazmorra? ¿Acaso Rio tiene toda una ciudad excavada bajo la casa en la que una vez viví? ¿Cuántos niveles hay aquí abajo?

Los matones siguen sin hablar, pero uno se detiene frente a una puerta de aspecto sólido antes de llamar y luego hacerme un gesto para que entre cuando alguien la abre. Mi corazón ya late con fuerza, y ahora tengo dificultades para tragar, ya que toda la saliva en mi boca y garganta parece haberse secado.

¿Qué encontraré dentro? ¿Qué quiere realmente Rio de mí? Era seguro para mí jugar con la idea de que quiere exhibirme, pero ¿y si

estoy completamente equivocada? ¿Estoy a punto de sumergirme en el peligro una vez más?

Capítulo Once

"Donde hay unidad siempre hay victoria".
Pubilius Syrus

Bianca

Entrelazo mis dedos frente a mi vientre de embarazada, sintiéndome de repente extra protectora, antes de entrar en lo que parece ser una sala de conferencias larga y lujosamente decorada.

Y entonces me detengo en seco.

Una docena de pares de ojos —más si cuentas a los guardias repartidos por el espacio— me miran con diversos grados de indiferencia o curiosidad. Todos hombres mayores, todos vestidos con caros trajes, y todos sentados alrededor de una enorme mesa de conferencias rectangular. Rio está sentado a la cabecera de la mesa, observando mi entrada con una expresión impasible.

Se levanta cuando entro. Tras un momento, los otros hombres lo miran y se levantan también. Estoy segura de que su acción de respeto es por Rio, no por mí.

¿Son estos los jefes de familia, o sus representantes, de los que he oído hablar pero nunca he conocido colectivamente así?

—Pasa, querida esposa —dice Rio, su mirada oscura sin revelar nada todavía—. Únete a nosotros en la mesa. Caballeros, todos recuerdan a Bianca Carlotti-Agosti de nuestra boda, ¿no es así? Como pueden ver, ahora está de vuelta conmigo y espera a mi hijo.

Tenía razón, entonces.

Me alegro de haberme arreglado es todo lo que puedo pensar mientras rodeo la mesa hacia donde Rio aún está de pie con una mano extendida. Agarro su mano ofrecida, agradecida por el calor familiar en este mar de extraños. Incluso si ese consuelo momentáneo lo ofrece el propio Rio.

Espera. No todos son extraños. Un par de ojos es más cálido que los demás, y me doy cuenta con una oleada de emociones encontradas que Carlos Rossi también está sentado en esta mesa.

No puedo evitar que mi mirada se detenga en sus manos, buscando el daño infligido por Rio. No estoy exactamente segura de lo que debería sentir por este hombre. Se suponía que iba a ayudarme a escapar de esta vida, y en su lugar, le dio información a mi marido para salvar su propio trasero. Pero para ser justa, yo también lo engañé y usé su dinero para huir más lejos de lo que él había planeado para mí.

Y ahora tiene que lidiar con un dedo menos en una de sus manos.

Rio me atrae hacia él y murmura en mi oído, tan bajo que estoy segura de que nadie más capta las palabras.

—Un frente unido, pajarito. Eso es lo que necesito.

Lanzo una mirada hacia arriba y me pregunto si soy la única que puede ver cuánta tensión está conteniendo. Esa mandíbula apretada y la forma en que sus hombros se encogen ligeramente, demasiado altos para estar cómodo, lo delatan.

Debe estar lidiando con un dolor de cabeza infernal por el estrés.

Lo que está en juego aquí es obviamente alto, y el miedo se enrosca en mi estómago mientras la verdad se hace evidente. En este mundo, y en las circunstancias indefensas en las que me encuentro actualmente, Rio es verdaderamente el único en quien puedo confiar para mantener a mi bebé a salvo de cualquier tiburón que ande rondando.

Estos hombres son los tiburones. Y sus ojos afilados están buscando cualquier indicio de debilidad.

Me muerdo el interior de la mejilla para evitar que se me escape una risa completamente inapropiada. Sería una risa nacida de la ironía, no del humor, pero estoy segura de que nadie en esta mesa lo entendería así. Como si huir del hombre que amo no fuera lo suficientemente absurdo, ahora me enfrento a la realidad de que el

hombre al que amo y temo es la única persona que conozco que puede ofrecer un refugio seguro para mí y mi hijo.

Me presiono contra él, dándole un pequeño asentimiento, relajándome ligeramente ante el destello de aprobación en sus ojos oscuros.

—Buena chica.

Sostiene una silla, y me siento entre él y Rossi, que es el que está más cerca. Me giro hacia este último y le dedico una pequeña sonrisa educada, aunque no me siento para nada amistosa hacia él.

Me inclino y le digo en voz baja al hombre mayor:

—Siento lo de su mano.

Inmediatamente quita ambas manos de la mesa y las esconde en su regazo.

El tema está claramente prohibido, así que cambio de táctica ligeramente.

—Siempre planeé buscar una forma de devolverle el dinero que me dio. Se lo prometo.

—Oh, te creo, querida —susurra él, igual de bajo—. Pero el hecho es que me traicionaste, así que elegí traicionarte a ti. Soy una persona pragmática, después de todo, y sé lo que tengo que hacer para mantener a tu marido de mi lado.

—Traición en todas direcciones, al parecer —respondo, y esta vez no me molesto en mantener la voz baja.

Una risita, rápidamente ahogada, viene de alguien más en la habitación, y Rio pone una mano en mi muslo y aprieta. ¿Una advertencia para que me comporte? Pongo mis manos sobre la mesa frente a mí, apretándolas con fuerza y esperando que nadie pueda ver cuánto tiemblan mis dedos.

Soy la esposa de Rio, me recuerdo a mí misma. Y como tal, es poco probable que me hagan daño en su presencia.

Me trago el miedo, levanto los ojos y lentamente recorro la mesa, encontrando la mirada de cada hombre aquí. Uno tras otro. Estudio sus rasgos, catalogo sus miradas y noto cuáles contienen desdén, desinterés o odio real.

Puede que sea la persona más joven en la habitación. Puede que sea la única mujer en la habitación. Pero no dejaré que un grupo de viejos matones me intimide.

Sí, claro. Mi mente se burla. *Y eres tan valiente que estás lista para esconderte bajo la mesa si uno de ellos te mira de reojo*.

Después de varios segundos de silencio, uno de los hombres a mitad de la mesa inclina la cabeza de manera respetuosa.

—Tiene coraje, Agosti. Eso se lo reconozco. Elegiste bien.

—Así es, Enzo —confirma Rio, y la mano en mi muslo aprieta de nuevo, pero esta vez suavemente.

Luego sus dedos vagan hacia arriba, rozando brevemente mi monte y provocando una onda de conciencia que hace estremecer mi piel. Hay un pequeño resoplido de mi marido, un sonido que confirma que ha notado mi respuesta a su toque y que haría mucho más si estuviéramos solos.

Luego vuelve su atención a la sala y se inclina hacia adelante, pasando de ese toque sensual a todo negocios en un abrir y cerrar de ojos.

—Probablemente se estén preguntando por qué los he reunido a todos en este momento. Los jefes de familia... todos excepto Gianni Martelli, quien actualmente está en camino desde Italia de vuelta a los Estados Unidos. A algunos de ustedes no los he visto en casi tres años.

Un murmullo se extiende alrededor de la mesa, y algunos de los presentes se mueven incómodos en sus asientos, como si no estuvieran seguros de lo que mi marido está a punto de decir. ¿Habrán venido hoy preguntándose si serían acribillados? Hay seguridad en la sala, pero al mirar alrededor, noto que todos los

hombres parecen ser los propios de Rio. Estos jefes de familia, si es que lo son, deben estar tan incómodos como yo en esta situación, sin su seguridad acompañándolos.

Mucho más que yo, probablemente. Al menos yo tengo a Rio y a su equipo de mi lado.

Por mucho que Rio *sea* el monstruo que todos dicen que es, estoy empezando a entender que, cuando estoy involucrada, es menos monstruoso de lo que la gente espera. No creo que me trajera deliberadamente a esta sala si estuviera esperando, o de hecho, planeando algún tipo de masacre.

Lo confirma cuando clava una mirada dura en cada uno de los asistentes a la reunión y habla en un tono alto y claro.

—Los he traído a todos aquí a Boston para una discusión franca. Parece que tenemos un enemigo común, caballeros. Alguien que ha empezado a hacer movimientos en el tablero de ajedrez. Tratando de enfrentarnos unos contra otros. Pequeñas interrupciones en el muelle, o entregas que nunca llegan. ¿Alguno de ustedes... Ah, Enzo. Puedo ver por tu sobresalto que tú también has experimentado algo similar.

El hombre al que Rio se dirige asiente, un movimiento corto y brusco que indica que no deseaba compartir esa información con esta sala.

—Uno de nuestros almacenes en el sur se quemó hace tres semanas, los bienes en su interior completamente destruidos —confirma.

Un hombre calvo con barba de chivo sentado en el otro extremo de la mesa de Rio y yo gruñe.

—Interesante. Una de nuestras instalaciones fue allanada hace un mes por los federales. Aparentemente tuvieron un soplo, y tomó mucha maniobra por parte de nuestro equipo legal, y pagos discretos, para sacar a varios de nuestros empleados del lío en el que se encontraron.

Rio levanta la barbilla y mira fijamente al hombre de la barba al otro lado de la mesa.

—¿Has identificado la fuente de la filtración, Darov?

No puedo evitar encogerme ligeramente en mi asiento. Recuerdo cuando era niña en la escuela y la maestra preguntaba quién había dibujado la imagen grosera en su pizarra. Por supuesto, no fui yo, pero mi cara aún se sonrojaba cuando la mirada de la maestra recorría la sala.

Probablemente todos aquí saben que los federales se me acercaron. ¿Creen que fui yo quien les dio el soplo sobre este hombre, Darov?

Nunca habría podido delatar a Rio. Lo amo demasiado. Pero se me ha dejado claro que mi llamada a Felicity inició una cadena de eventos que le causó algunas dificultades, y su abogado, Carnarvon, tuvo que trabajar duro para mantenerlo a él y a varios de sus hombres fuera de las garras de la ley.

—No he identificado la filtración —concede el hombre—. Se rumoreaba que era alguien de la organización Martelli. —Mira furioso alrededor de la sala—. Y es interesante que la suya sea la única familia no representada aquí hoy. —Luego gruñe—. Pero cuando mis hombres investigaron más a fondo, no encontraron nada. Si, como usted dice, hay alguien trabajando para enfrentarnos unos contra otros, entonces es solo cuestión de tiempo antes de que la situación se intensifique.

Rio asiente.

—Precisamente. El caos, la muerte y la destrucción que seguirían proporcionarán una cobertura perfecta para que alguien entre y tome el control mientras todos estamos en la garganta del otro.

La tensión en la sala aumenta mientras todos se miran con sospecha. Automáticamente me acerco más a Rio. No conozco a la mayoría de estos hombres, pero si son los jefes de las organizaciones mafiosas de la región noreste, entonces esta reunión de personas es posiblemente una de las más peligrosas del país en este momento.

—Es por eso que estamos aquí —dice Rio—. Para asegurar que el equilibrio de poder no cambie. Para reabrir las líneas de comunicación entre nosotros que se han deteriorado con el tiempo. Si nos unimos contra nuestro enemigo común, entonces él no tendrá éxito. Y cuando identifiquemos quién es...

O ella, pienso rebeldemente. *Podría* ser una mujer.

Se pone de pie y mira a todos alrededor, luego golpea la mesa con el puño. Salto de sorpresa, notando que no soy la única que lo hace.

—*Entonces lo aplastaremos hasta convertirlo en polvo*.

Entre los murmullos, esta vez de aprobación y acuerdo, de repente tengo problemas para respirar. Este es el lado de mi marido que temo. El lado que vislumbré la última vez que estuvimos juntos. El lado violento, en un mundo que ofrece una visión de matar o ser matado. Todas estas personas parecen entender y aceptar eso como la norma.

Pero no es la norma. No está bien cortar los dedos de la gente porque te molestan, o querer aplastar a alguien hasta convertirlo literalmente en polvo.

Como si Rio pudiera sentir mi angustia, me pone de pie y desliza un brazo alrededor de mi cintura.

Unidad. Una muestra de fuerza.

Su toque es a la vez posesivo y reconfortante. Lo cual es una locura cuando también me aterroriza.

Independientemente de mis emociones turbulentas, está enviando un mensaje claro a todos los presentes de que soy suya y, por lo tanto, no debo ser tocada. Levanto la barbilla y deslizo mi brazo alrededor de él también. ¿Quiere mostrarnos unidos? Aquí estamos, Dones de la Mafia.

Por muy asustada que esté por mi futuro, encuentro cierto consuelo en saber que Rio hará todo lo posible para protegerme a mí y al bebé si estalla una guerra territorial.

Me aprieto contra él, respirando profundamente y soltando el aire en una lenta exhalación, tratando de mantener la calma, al menos externamente.

No me derrumbaré. Soy fuerte. Tengo que ser fuerte por el bebé.

Porque en este mundo violento en el que me encuentro nuevamente, los fuertes son los únicos que sobreviven. Y cualquiera que sea débil será aniquilado.

Aplastado hasta convertirse en polvo.

Capítulo Doce

«Nuestra mayor gloria no está en no fracasar nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos.»

Ralph Waldo Emerson

Bianca

Rio y sus invitados de negocios pasan más tiempo hablando, pero la atención ya no está en mí mientras comienzan a elaborar diversas teorías y planes de acción. Quienquiera que sea su enemigo, lo más probable es que no le quede mucho tiempo de vida. Estos son algunos de los hombres más poderosos del país, y si pueden unirse y compartir sus recursos, no habrá quien los detenga.

Pienso con una punzada de nostalgia en los días en que trabajaba en el centro Animal Paws, donde mis horas se llenaban alimentando, bañando y paseando perros, y cuidando de otros animales enfermos y abandonados. Entonces estaba rodeada de personas felices y despreocupadas que, como yo, amaban su trabajo y disfrutaban la idea de ayudar a las criaturas necesitadas.

Hace un año, jamás en un millón de años me habría imaginado sentada en una sala de conferencias con un grupo de jefes de la mafia, escuchando mientras planean la desaparición de un enemigo actualmente sin nombre.

Rodeo a mi bebé con las manos y cierro los ojos, tratando de ignorarlos a todos, pero cuando una mano cálida cubre las mías, abro los ojos de golpe para encontrar a Rio —por supuesto, ¿quién más se atrevería a tocarme en su presencia?— mirando mi barriga con curiosidad.

—¿Está pateando otra vez?

—Él, o mejor dicho, *ella*, está tranquila por ahora —digo. Ante el destello de preocupación que cruza su rostro, niego con la cabeza—.

Todo bien. Siempre está quieta a esta hora de la noche. Se animará tan pronto como me acueste a dormir.

—O *él*.

Suelto una media risa, sin poder creer que realmente pueda compartir un momento de alegría mientras estoy en una habitación llena de asesinos y criminales. Pero el momento parece extrañamente íntimo, y cuando finalmente gruñe y retira su mano, casi extiendo la mía para arrastrarlo de vuelta.

Eventualmente, la mesa redonda se disuelve y se sirven bebidas en el extremo de la sala. La gente se divide en grupos de dos o tres, y el murmullo crece. Uno de los hombres —creo que podría ser el que se llamaba Enzo— se dirige hacia mí, pero Rio me toma del brazo y me aparta, cortando el camino del hombre y dejando claro que cualquier conversación conmigo está prohibida.

—¿Asustado de lo que pueda decir, Rio? —pregunto, medio en broma.

Aparta un mechón de mi cabello de mi hombro antes de inclinarse para murmurar en mi oído—. Siempre estoy inseguro de lo que puedas decir o hacer, pajarito. Pero te desempeñaste bien ahora. Puede que decida recompensarte más tarde.

Arqueo una ceja, atreviéndome a presionarlo un poco más dado su evidente buen humor—. Apenas hice algo, excepto presentarme. ¿Cuál fue el punto de exhibirme así? Claramente no se esperaba que contribuyera a la discusión en absoluto. ¿Fue solo para mostrarles a todos que soy una ovejita mansa, de vuelta bajo tu control una vez más?

—¿Tú, una ovejita mansa? —Sus labios se curvan—. No, Bianca. Nadie te ve de esa manera. Mucho menos yo. Sin embargo, eres *mía*. Y quería recordarles a todos y cada uno de los hombres muy poderosos en esta sala que si alguien se mueve contra ti, se mueve contra *mí*.

Eres mía.

Inesperadamente, las palabras envían fragmentos de deseo estremeciendo mi cuerpo, y me recuerdo inmediatamente del momento en que me senté aquí en la mesa por primera vez y él rozó mi monte. A plena vista de estos hombres. Y cuánto quería que estirara sus dedos solo un poco más...

Parece tener una habilidad misteriosa para adivinar mis pensamientos. Su sonrisa esta vez es amplia y lobuna, mostrando la mayoría de sus dientes—. ¿Extrañas mi toque, Bianca? ¿Quieres la carne de tu marido hundida profundamente dentro de ti, llevándote a un orgasmo estremecedor?

Cruzo los brazos sobre mi estómago. Debajo de la tela de mi vestido donde se frota tentadoramente contra mis pechos, mis pezones se endurecen en puntas dolorosas—. No sé si estremecedor, Rio. Eso es discutible, realmente.

—¿Oh, en serio? —Se ríe, el sonido flotando a mi alrededor como una cadencia burlona—. Te lo prometo, Bianca. Si decido darte un orgasmo esta noche, *será* estremecedor.

Todavía estoy tratando de formular una respuesta cuando hace una señal a un par de matones para que se acerquen—. Escolten a mi esposa de vuelta a su suite. Su asunto aquí ha concluido.

Se da la vuelta, efectivamente despidiéndome, y me inclino y le doy un toque en la espalda—. ¿Eso es todo? ¿En serio? ¿Ya... terminaste conmigo?

Su cabeza se inclina, pero no se gira. Como si no valiera el esfuerzo.

—Por ahora —dice, aún de espaldas a mí—. Pero si decido ir por ti, ten por seguro que cualquier orgasmo que logres *será* el más estremecedor que hayas experimentado jamás, *mia cara*.

***

Rio

Recorro la sala después de la reunión, charlando individualmente con cada uno de los jefes de familia y tratando de concentrarme en los negocios en lugar de la sexy mujer que probablemente estará

esperándome en su suite. Esperando y preguntándose si la visitaré y le daré el alivio que anhela.

¿La visitaré esta noche? Aún no lo he decidido. Su frustración crecerá si me mantengo alejado, al igual que su necesidad. Saber que me desea, y hacerla esperar hasta un momento de mi elección para ceder al placer de su cuerpo, es una forma de afrodisíaco en sí mismo.

Pero me estoy castigando tanto a mí mismo como a ella con la abstinencia, y no estoy seguro de poder pasar otra noche con mis bolas doliendo, mis sábanas enredadas por las vueltas, y mi cerebro no enfocado donde debería estar.

En el enemigo que nos amenaza a todos.

Al igual que yo, los demás a quienes he invitado aquí están preocupados, aunque ninguno de nosotros desea mostrarlo. Una muestra visible de debilidad en nuestro mundo equivale a arrojar el guante.

Aquí. Soy débil. Ven a tomar mi imperio. Ven a tomar todo lo que valoro.

Y así, todos nos pavoneamos y fingimos tener las cosas bajo control. Cuando la realidad es que un extraño claramente ha entrado en nuestro medio y está sacudiendo las cosas. Y ninguno de nosotros tiene la más mínima idea de quién es o cómo detenerlo.

Al menos ahora, todos estaremos atentos a cualquier cosa inusual, y las líneas de comunicación entre nosotros se han reabierto. Así que el enemigo ya no se enfrenta a una sola familia. Se enfrenta a todas las familias del noreste del país combinadas.

Rossi se acerca a mí, con un cigarro en una mano y un vaso de whisky en la otra. Una parte de mí está molesta porque se ha adaptado tan bien a la pérdida del dedo.

—Será difícil que alguien se mueva contra nosotros ahora que se han abierto los ojos de todos. Inteligente de tu parte, Rio, unir a las

familias. Pero una palabra de precaución. Tu padre intentó lo mismo, unos meses antes de morir.

Mi mente se aleja de los pensamientos sobre Bianca y me concentro en Rossi. Él da un pequeño paso atrás bajo mi repentina mirada intensa. —¿Mi padre quería unir a las familias? Nunca me informaron...

—Eras joven. Nadie pensó que durarías en el papel, así que nadie creyó necesario informarte de todo lo que había sucedido antes de la muerte de tus padres.

—Y sin embargo, aquí estoy, más de diez años después. Todavía en el papel, y más fuerte que nunca. Quizás sea hora de que *sí* se me informe, Rossi, de todo lo que sabes. Porque si no...

Esta vez, cuando dejo la frase en el aire, Rossi no proporciona una respuesta. Simplemente asiente, con un destello de miedo notable en su expresión, antes de levantar su vaso a los labios para vaciar el contenido de un solo trago convulsivo.

Varias horas después, los invitados finalmente se marchan. Tengo la intención de ir directamente a mi suite para considerar lo que he aprendido esta noche y dormir unas horas antes de que el espectáculo comience de nuevo por la mañana.

Pero en su lugar, me encuentro tomando el ascensor hacia el búnker donde vive Bianca. Al menos aquí abajo, sé que ella y el bebé estarán tan seguros como sea posible. Este nivel es lo suficientemente fuerte como para resistir explosiones, y hay formas limitadas de entrar y salir si alguien intenta un ataque dirigido con armas.

Parte de mi razón para encerrarla aquí abajo es un castigo, por supuesto, pero igualmente, la intención es mantenerla a salvo.

Si no la hubiera perdonado ya por escapar, no estaría aquí. Tengo la fortuna de su familia; firmó todo poco después de nuestra boda. No la necesito viva por ninguna otra razón que no sea personal. Y sin embargo, de alguna manera, en el espacio de varios meses, ella ha puesto mi mundo y mis creencias patas arriba.

Ya no puedo concebir un mundo sin ella. Lo cual es problemático en sí mismo, dado que ella huyó porque no podía concebir una forma de vivir y sobrevivir en mi mundo.

No encajamos de ninguna manera, forma o modo.

Pero no me importa. Nunca renunciaré a ella. Especialmente ahora que lleva a mi hijo. Para bien o para mal, somos una familia, y nunca volverá a escapar de mí.

Capítulo Trece

"La esperanza es lo que tiene plumas y se posa en el alma"
Emily Dickinson

Bianca

Esperé durante horas a que Rio viniera antes de darme cuenta de que no tenía intención de visitarme esta noche. Es un bastardo, sin duda, y ahora que he dejado de esperar y me he acurrucado en la cama con mi sexy camisón, estoy tentada de alcanzar entre mis piernas y darme el orgasmo estremecedor que me prometió.

El único problema es que sé que no será lo mismo si él no está aquí.

Que se joda. No es dueño de mi cuerpo.

Pero tan pronto como deslizo un dedo en mi hendidura ya húmeda y lo paso alrededor de mi clítoris, me detengo. No está bien. Aunque me muero por aliviar la olla a presión de tensión sexual que atenaza mi cuerpo, algo se siente mal al hacer esto sin él.

Gimo frustrada y lanzo mi cabeza hacia atrás contra la almohada, pero retiro mi mano y me giro de costado para encoger las piernas.

El fuego y la necesidad en mis venas me impiden dormir hasta cerca del amanecer, si mi reloj de cabecera es preciso, y cuando la ama de llaves llega con mi desayuno, tiene que sacudirme para despertarme.

Parpadeo hacia ella antes de despertarme completamente y acepto la bandeja que me entrega. Como de costumbre, contiene un muffin de arándanos y una taza de té, que se ha convertido en mi bebida preferida actualmente. El café tiene un sabor amargo, casi metálico, que nunca tuvo antes, y espero que una vez que tenga al bebé, mi gusto por el café regrese. Incluso el olor me desagrada estos días.

Pero junto al muffin hay una adición poco habitual en la bandeja: una tarjeta blanca con bordes dorados. Una invitación para unirme a

Rio en su yate para almorzar y pasar una tarde en el agua. Tiro la invitación, tentada de enviar una respuesta de vuelta confirmando que se puede ir al infierno. Me pregunto a quién necesita impresionar esta vez. ¿Más gángsters de la mafia? ¿Personas en posiciones de poder que se han corrompido con el tiempo y ahora están en la nómina de Rio?

¿Será esta nuestra vida de ahora en adelante? ¿Yo atrapada aquí en mi solitario calabozo, convocada cuando necesita recordarle al mundo que está casado, y luego empujada de vuelta aquí, muy por debajo de su finca, para ser olvidada hasta la próxima vez que necesite exhibirme?

Pero al final, decido no ser infantil. La invitación proporciona una oportunidad para alejarme de la finca por un corto tiempo y recibir algo de aire fresco y sol en mi rostro. Probablemente hace demasiado calor allá arriba en el mundo real, siendo el final del verano, pero la salida espero que rompa la monotonía de mi nueva existencia al menos por un día.

Solo espero que Rio me dé la oportunidad de sentarme al sol antes de devolverme aquí a mi mazmorra.

***

Cuando los matones me escoltan a través del área con césped de la propiedad y hacia abajo hasta el muelle del río donde está amarrado el yate de Rio, levanto mi rostro hacia el sol, disfrutando del calor en mis mejillas.

Dios, nunca pensé que extrañaría el aire fresco tan intensamente. Incluso con los dos cortos paseos que se me han permitido cada día, no parece suficiente.

Afortunadamente, he elegido un vestido veraniego ligero con estampado floral que presenta una falda acampanada que termina en mis rodillas. No tenía conocimiento del clima aquí arriba, pero he adivinado correctamente. Boston en verano es caluroso, así que realmente no necesitaba mucho poder cerebral para averiguarlo.

Uno de los matones me guía por una pequeña rampa hacia el yate, y hago una nota mental para preguntarle su nombre cuando regrese a recogerme. Al otro regular también. No es su culpa que trabajen para un monstruo. Y no todos los hombres de Rio son desalmados. Bueno, supongo que tal vez lo son, pero no me gusta pensar que estoy rodeada de hombres que asesinan a otros simplemente porque se les ordena.

Rio, por otro lado, es quien *da* las órdenes. Así que técnicamente, sus hombros son los que cargan con el peso de la responsabilidad por decisiones como esas. Los matones son solo los mensajeros.

El yate parece estar vacío cuando llego a la cubierta. Me doy la vuelta y frunzo el ceño al Matón Uno, que ha plegado la rampa de embarque y no parece estar siguiéndome a bordo.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿No hay una fiesta o evento o algo a lo que Rio quiere que asista?

El Matón Dos se acerca al Uno y se encoge de hombros. —Se nos dijo que la trajéramos aquí, a esta hora. Así que eso es lo que hemos hecho, señora —Mira más allá de mí, por encima de mi hombro, e inclina la cabeza con deferencia—. Hola, Jefe. ¿Necesita algo más?

—No por el momento.

Me giro al escuchar la voz familiar y encuentro a Rio apoyado en la puerta del área del capitán. Lleva pantalones negros ligeros y una camisa negra casual de manga corta, y me quedo boquiabierta ante la vista inesperada y totalmente sexy. Aparte de cuando hemos hecho el amor y nos hemos quedado enredados desnudos en los brazos del otro, nunca he visto a Rio vestido con algo que no sea ropa de negocios.

—¿Cuál es la ocasión? —logro decir después de una pausa, cuando se hace evidente que él no va a hablar primero.

—Me tomé la tarde libre.

¿Puedo quedarme más boquiabierta? Creo que no. —¿*Tú* te tomaste la tarde libre? Nunca haces eso.

Entonces sonríe, solo un poco, pero transforma sus serias facciones en una expresión de absoluta belleza. Mi respiración se entrecorta y se detiene en mi garganta.

—Y sin embargo, aquí estoy —dice—. Haciendo novillos. Contigo.

¿Está tratando de coquetear?

Doy un paso adelante, tomando su mano cuando la extiende hacia mí. —No lo entiendo, Rio. Pensé... quiero decir, ¿hay más gente a la que quieres mostrarme? ¿Dónde están?

Él niega con la cabeza. —Hoy no. Hoy somos tú y yo. Tengo algunas cosas que decirte, y tu médico insistió bastante en que empezara a dejarte salir más al aire libre y a la luz del sol.

—Oh. Esto es para ayudar al bebé. Por supuesto.

—No. No solo por el bebé, *mia cara*.

—Oh —Debo sonar estúpida, repitiendo la misma palabra, pero me ha desconcertado con su inesperada calidez y su aspecto casual.

No reconozco esta versión de Rio Agosti. No actúa en absoluto como un jefe mafioso insensible. No *parece* un jefe mafioso con esa camisa de cuello abierto y su cabello oscuro ondeando en la suave brisa que recorre la cubierta del yate.

—Tenemos una tripulación mínima a bordo hoy, y seguridad, por supuesto —dice—. Pero aparte de eso, estaremos solos durante nuestro viaje.

—De acuerdo. —Es asombroso lo rápido que me he acostumbrado a la compañía de los guardaespaldas. Esta vez, después de la traición, por así decirlo, no se me ha dado la oportunidad de salir y moverme. Pero la presencia del equipo de seguridad de Rio a bordo hoy es extrañamente reconfortante en lugar de intimidante—. ¿Aún tienes a Danelli a cargo de...?

—Danelli es el mejor *consigliere* en el negocio. Es leal hasta la médula, y probablemente siempre lo tendré a cargo de mi seguridad, Bianca. —Frunce el ceño ligeramente como si considerara lo que acaba de decir—. A cargo de *nuestra* seguridad.

Nuestra seguridad. Me gusta cómo suena eso.

—Bien —y lo digo en serio.

Danelli y su equipo quizás no salvaron a Francine y a aquellos del personal de Rio que murieron, justo aquí en la finca, pero eso fue solo porque el segundo de Rio estaba con nosotros en el club, disparando a matar y manteniéndonos a Rio y a mí con vida en medio de la lluvia de balas que nos rodeaba. Nadie, ni siquiera Danelli, es lo suficientemente sobrehumano como para estar en dos lugares a la vez. Y, dado lo que sucedió, sospecho que es poco probable que vuelva a cometer un error.

Si lo hace, sabe que Rio lo matará.

—Entonces, ¿vamos de viaje hoy? ¿Solo tú y yo? —Y nuestros matones. Y el equipo que navega el barco, el equipo que ahora mismo se apresura y se prepara para zarpar. La vibración del motor del barco llega desde debajo de mis pies. Solo otro día en la tierra de la Mafia, donde nunca estamos realmente solos—. ¿Cuál es la ocasión, Rio?

Todavía sostiene mi mano y, en lugar de responder de inmediato, tira para llevarme escaleras arriba hasta la cubierta superior. El sol está caliente; hace tiempo que no salgo, y en Cleveland el calor se sentía diferente a este. Menos intenso. O tal vez es simplemente porque mi embarazo está avanzando y ahora siento el calor más intensamente. Aun así, una vez arriba, hay una fuerte brisa que rompe el calor, y me acerco a la barandilla y levanto la barbilla, observando el paisaje que pasa mientras el barco comienza a descender por el río.

Rio se para cerca, tan cerca que el calor de su cuerpo me envuelve como el abrazo de una manta pesada.

—Quería pasar tiempo contigo fuera de la finca —dice, finalmente respondiendo a mi pregunta anterior—. Me has causado mucha angustia, Bianca, tratando de averiguar qué hacer contigo sin perder la cara entre mi gente. Ahora somos una familia, y necesitamos decidir cómo lidiar con eso a partir de ahora.

Me giro para mirarlo, esperando que tal vez retroceda un poco. Pero no lo hace. Se mete en mi espacio, justo contra mi vientre, y coloca sus manos en la barandilla a cada lado de mí. Estoy envuelta en su abrazo. Levanto la mirada hacia sus ojos y leo el deseo que hierve en sus profundidades.

El mismo deseo que siento cada vez que pienso en él. Cada vez que lo veo. La atracción es obviamente fuerte, pero sigue siendo el jefe de una organización criminal, y su mundo es tan peligroso como siempre lo ha sido.

—Sabes por qué huí. ¿No es así? —Pongo una mano en su pecho. Bajo mi palma, su corazón late rápido, y el mío se acelera para igualarlo—. Nada ha cambiado, que yo pueda ver. Temo por nuestro hijo, Rio. Temo la violencia que probablemente teñirá la mayor parte de su vida. Parece ser algo inevitable en tu mundo. Y no sé cómo reconciliar eso con las esperanzas y sueños que tenía para mi futuro. ¿Cómo mantenemos a nuestro bebé a salvo?

Él cubre mi mano con la suya. —Este es tu mundo también, *mia cara*. No puedo prometer que la violencia no levantará su fea cabeza. Probablemente lo hará. Hay una posible guerra gestándose, como escuchaste en esa reunión. Sospecho que la muerte viene por más de una de las personas en esa sala de conferencias anoche.

Retiro mi mano de debajo de la suya y me giro para mirar el agua, alejándome de él. Esos ojos vigilantes son demasiado profundos, demasiado complejos. Demasiado conocedores.

—¿Por qué me querías allí? ¿Fue realmente solo para mostrarles a todos que estoy de vuelta bajo tu control? ¿Que aún posees el cartel Carlotti además del Agosti? Ya saben eso, Rio. No necesitaba estar allí.

—Eso fue parte de ello. Pero también fue porque tú *eres* mía, y eso significa que nunca te alejarás de esta vida. Aunque lo intentes. Y así, Bianca, necesitas entender lo que está en juego, y conocer el tipo de peligro que puede acechar en las sombras. Te mantuve aislada de todo la última vez. Y te he mantenido abajo en tu... mazmorra, como la llamas, aunque prefiero pensar en tu suite como un espacio seguro para ti más que como una celda de prisión.

»Pero esa situación no puede continuar. Eres mi esposa, y estás esperando a mi hijo, y quiero que el mundo nos vea unidos como una familia. Te necesito de mi lado. No puedo luchar en dos frentes al mismo tiempo, contra ti y contra enemigos sin nombre en el mundo exterior, porque entonces no puedo concentrarme en ninguno. Y eso es lo que podría hacer que todos muramos.

El agua marrón del río se arremolina bajo la proa del yate, recordándome el día después de nuestra boda. Miré hacia esas profundidades turbias y consideré saltar para escapar de él.

No habría llegado muy lejos. Lo más probable es que hubiera golpeado una roca en el fondo del río o me hubiera roto el cuello o algo así.

Levanto la barbilla hacia la brisa, cerrando los ojos por un momento y disfrutando del calor del sol en mi rostro. Han pasado tantas cosas desde ese día. Buenas y malas. Pero estoy agradecida de estar viva, y contenta de haber tomado el camino que tomé, porque ha resultado en una nueva vida creándose dentro de mí.

Acuno mi vientre, sintiendo una ola de gratitud que debería estar en conflicto con mi situación de cautiverio. Pero no puedo ser otra cosa que agradecida por haber sido bendecida con la posibilidad de convertirme en madre.

Un movimiento llama mi atención cuando abro los ojos de nuevo, y observo cómo un pájaro se sumerge bajo la superficie y luego se eleva, alejándose aleteando con algo triunfalmente sostenido en su pico. Matar o ser matado. Está en todas partes, incluso en la naturaleza.

—¿Me amas, Río? —pregunto, sin saber por qué sale esa pregunta en particular. Por qué necesito saber la verdad sobre sus sentimientos—. Es decir, ¿me amas *de verdad*? ¿O sigo siendo simplemente una posesión valiosa, incluso ahora que ya tienes mi herencia y ya no me necesitas para eso?

Unas manos fuertes me agarran por los hombros y me gira, sosteniéndome cuando me tambaleo un poco por el movimiento repentino.

—Sí, te amo, pajarito.

Me clava esa mirada intensa que, en el pasado, me asustaba. Siempre pensé que estaba tratando de decidir si viviría o moriría cuando me miraba así.

Ahora, en un destello de comprensión, me doy cuenta de que simplemente refleja la forma en que vive su vida. Intensa y apasionada, pero con la mayor parte de esa intensidad contenida firmemente bajo la superficie, burbujeando allí en un remolino de fuego sin llegar a liberarse nunca.

¿Es por eso que la oscuridad se asienta tan firmemente dentro de él? ¿Es porque nunca ha tenido una salida para liberarla?

Me sacude ligeramente, como si fuera consciente de que mis pensamientos han divagado.

—Nunca pensé que fuera capaz de amar a alguien con esta profundidad, Bianca. No creo que jamás ame a otra persona como te amo a ti. Me distraes por completo, y cuando huiste, mi amor se convirtió en odio. Estaba *sediento de sangre*.

Sus ojos centellean y me estremezco, viendo la rabia que aún subyace bajo sus palabras suaves.

—Pero incluso si hubieras estado frente a mí en ese momento, quiero creer que no te habría hecho daño. Puedo hacer, y haré, lo que sea necesario para mantener el control y proteger a mi familia y a la organización que dirijo, pero tú...

Coloca un dedo bajo mi barbilla, levantando mi rostro hacia el suyo.

—Tú eres mi debilidad, *mia cara*. El único punto vulnerable en mi armadura. Y aun así, nunca, jamás podré renunciar a ti.

Está a punto de besarme. Lo veo en la tensión de su expresión, en cómo su mirada se enfoca en mis labios. Y quiero que lo haga, más que nada. Pero tengo que hablar primero. De alguna manera, encuentro la fuerza para zafarme de su agarre y poner unos metros entre nosotros. Solo entonces me giro para enfrentarlo. Me estudia con un leve ceño fruncido, como si lo hubiera sorprendido y no pudiera decidir cómo reaccionar.

—Me quedaré contigo, Río. Porque te amo. De una manera insana, incluso cuando sé que no eres bueno para mí. Creo que es tóxico lo que tú y yo tenemos. Y sin embargo, para bien o para mal, no puedo cambiar lo que siento. Pero...

Trago saliva con dificultad y termino rápidamente antes de perder completamente el valor.

—Tengo condiciones, y quiero que las aceptes antes de que prometa quedarme.

Capítulo Catorce

«Cuando alguien te muestra quién es, créele la primera vez».
Maya Angelou

Bianca

Su boca se entreabre ligeramente y escucho una brusca inhalación. Sí, esta vez no hay duda sobre su reacción.

Definitivamente he dejado a Río sin palabras.

Recupera la compostura al instante y esa implacabilidad indescifrable regresa a sus rasgos previamente suavizados. —¿Condiciones? ¿Esperas que cumpla *tus* condiciones?

Enderezo los hombros, tratando de ver a mi esposo en el hombre frente a mí, y no al temible jefe de la mafia. —Así es.

—¿Y cuáles podrían ser esas condiciones, Bianca?

Un camarero sube las escaleras y se dirige hacia nosotros con una bandeja de comida, pero Río hace un gesto violento con la mano. El hombre se detiene y luego se apresura hacia el extremo más alejado de la cubierta. Hay una mesa y sillas instaladas bajo un toldo que da sombra, y el camarero se ocupa de descargar la bandeja allí.

—¿Y bien? —dice Río, obligándome a volver mi atención hacia él.

Su voz es suave, pero el tono me dice que esa suavidad es engañosa. Quizás esté presionando demasiado.

No me importa. Esto tiene que decirse, y si resulta en que me encierre de nuevo en el calabozo, entonces patearé y gritaré y armaré un escándalo hasta que tenga que dejarme salir.

O hasta que decida matarte, susurra una vocecita traidora.

Pero él me ama y ya está haciendo concesiones por mí que nunca hará por nadie más. No lo sabía con certeza hasta hoy.

—Quiero que consideres la posibilidad de hacer una transición en tu negocio para incluir actividades legales —declaro, intentando usar un tono firme y molesta conmigo misma cuando las palabras salen en un apresuramiento tembloroso.

Sea lo que sea que esperaba de mí, no era eso, y se ríe bruscamente antes de pasarse una mano por el pelo oscuro, desordenando su habitual pulcritud.

—¿Ese es tu trato por quedarte conmigo? Es una condición extremadamente grande y difícil de lograr, Bianca.

—Lo sé. —Lo que le estoy pidiendo es imposible. Lo deseo, muchísimo, pero en el fondo, sé que es simplemente un sueño imposible—. Y hay más.

Arquea las cejas. —Eres tú. Por supuesto que hay más.

Cruzo los brazos sobre el pecho, sintiendo al bebé dar una patada repentina, como si nuestro hijo intentara unirse a la conversación. Río no podía ver la patada, no debajo de mi vestido veraniego, pero es como si estuviera tan sintonizado con mi cuerpo que lo sabe de todos modos. Su mirada baja a mi vientre y luego vuelve a subir. Esta vez, su expresión tiene un toque de humor.

—¿Y bien? ¿Cuál es el resto, entonces, querida esposa? ¿Debería dejar de llamarte pajarito y ahora llamarte mi pequeña brújula moral?

—Podría vivir con eso. —Tomo una respiración profunda y la suelto en una lenta exhalación—. También quiero que consideres financiar el Centro de Rescate Animal Paws, donde solía trabajar. —Levanto una mano para interrumpirlo cuando abre la boca—. No una donación única, sino algo continuo. Donde te conviertas en una fuente regular y constante de financiamiento para ellos. Arruinaste las vidas de varios de mis amigos y colegas cuando me secuestraste en su puerta. Es lo mínimo que puedes hacer, Río. *Por favor*.

No pretendo agregar la súplica, pero he tenido mucho tiempo a solas en el calabozo para pensar recientemente, y realmente quiero ayudarlos de alguna manera. Quemé mis puentes cuando me reuní

con Dave y mostré tan claramente que amo a Río, a pesar de su estilo de vida a veces violento y a pesar de que sus hombres dispararon a dos de mis amigos. Así que nunca podré volver a trabajar allí. Pero lo mínimo que Río y yo podemos hacer, como pareja, es donar algo de nuestro dinero para ayudarlos.

La herencia de los Carlotti era mía, después de todo, y aunque nunca supe de su existencia hasta que Río me lo dijo, aún debería tener la oportunidad de gastar al menos un poco de ella en formas que yo elija.

Él estalla en una risa franca, un sonido tan raro y hermoso que mis labios se levantan automáticamente. Luego me doy cuenta de que probablemente está a punto de destrozar mi idea, y mi sonrisa se desvanece.

Pero en lugar de responder a mis preguntas, hace un gesto hacia la mesa donde el camarero aún está merodeando en la esquina. —Ven, Bianca. Vamos a comer. Tengo algo que decirte que podría cambiar las cosas para ti.

—¿Al menos pensarás en...?

—Vamos a comer, y luego te contaré sobre mi pequeña sorpresa, y después hablaremos más sobre tus... condiciones.

Obviamente, eso es lo mejor que obtendré de él. Realmente no pensé que podría simplemente exigirle a un hombre como Río que se volviera legítimo, y que él diría que sí y caería en mis brazos en una situación de felices para siempre. O al menos, la parte lógica y razonable de mí no pensó eso. Pero una pequeña voz en el fondo de mi mente sigue susurrando.

Sí lo pensaste, y cuando él no lo cumpla, sabes que tendrás que huir una vez más. Tal vez no ahora, pero algún día.

Pero ya sé que si intento huir por segunda vez, no lo lograré. Él no me dejará. Y si lo intento, probablemente termine muerta. No importa cuánto me ame Río.

***

Río

Comemos mientras el yate serpentea por el río y sale al puerto. He pagado para asegurarme de que nos dejen solos durante nuestro paseo antes de regresar río arriba. No deseo ser molestado.

Mis órdenes a Danelli fueron claras. No permitan que nadie se acerque al yate esta tarde.

Finalmente retiran el almuerzo, el personal de servicio ha desaparecido bajo cubierta según lo ordenado, y me recuesto en el asiento acolchado, estudiando a Bianca. Su cabello oscuro está suelto, largos mechones se levantan suavemente con la brisa que barre la cubierta. Sus mejillas están rosadas, y el leve rocío de pecas sobre su nariz es más pronunciado hoy que de costumbre. No lleva maquillaje que yo pueda discernir, y sin embargo, en este momento, se ve más hermosa de lo que jamás la he visto.

Hasta que vuelve esos intrigantes ojos ámbar hacia mí y los entrecierra como si estuviera molesta.

—¿Y bien, Río? Comimos. Dijiste que tenías una sorpresa para compartir, y luego considerarías mis condiciones.

Inclino la cabeza. —No. Dije que tenía una sorpresa para ti, y luego hablaríamos.

—Hmm. —Incluso su gruñido irritado me suena sexy. Todo en ella es sexy—. ¿Tu sorpresa?

—Sí. Ven aquí. —Doy un golpecito en el cojín a mi lado. Quiero que esté cerca cuando le cuente lo que he arreglado.

Estudia mis dedos sobre el cojín, luego se encoge de hombros y se levanta de su sitio, reposicionándose a mi lado. A veces es una esposa obediente, y aun así me encanta el hecho de que nunca sé qué Bianca obtendré en cualquier momento dado.

Me inclino hacia ella, y su delicado perfume me envuelve. No estoy seguro si es su champú o su jabón corporal, o si el aroma es puramente suyo, pero mis sentidos lo absorben como si llevara puesto el embriagador perfume de la vida misma.

Embriagador, sin duda, para alguien como yo, que principalmente se dedica a la muerte.

—No voy a convertirme en una fuente de ingresos para el Centro Animal Paws, Bianca.

—Oh. Claro —empieza a cruzar los brazos sobre su pecho, un gesto que reconozco como autoprotección.

La detengo, agarrando una de sus manos y manteniéndola cautiva entre las mías—. Puedo ofrecer una mejor opción. Ya he puesto en marcha con mi abogado la creación de un nuevo centro de rescate animal aquí en Boston. He comprado un terreno adyacente a la finca. El centro te tendrá a ti al mando. Si lo deseas. Si no, entonces podemos poner a alguien más para que...

—¡*No*!

Parpadeo ante su vehemente negativa. Eso no era lo que esperaba.

—Quiero decir, no, ni se te *ocurra* poner a nadie más a dirigirlo. Y ¡*sí*! ¡Gracias! Esa es una noticia maravillosa, Rio. Cuándo... ¿es por...? No, dijiste que ya habías puesto las cosas en marcha. Así que fue antes de hoy. ¡Oh, estoy balbuceando! ¡Esa es una gran noticia!

Salta y luego se desliza sobre mi regazo para abrazarme.

Mi polla se endurece instantáneamente cuando su coño extendido presiona contra mí. Es como si mi órgano tuviera mente propia. Se acerca a ella y se pone en alerta lo quiera yo o no.

Percibo el momento en que ella se da cuenta de lo listo que estoy por su repentina quietud. Lentamente, levanta la cabeza y me mira a los ojos, los suyos tornándose de un tono más oscuro de miel mientras sus pupilas se dilatan. Su lengua sale para lamer su labio inferior, y luego sus dientes lo mordisquean brevemente antes de notar que estoy observando la acción.

—¿Tenías eso planeado antes de hoy? ¿Antes de... anoche?

—Llamé a Carnarvon la primera semana de tu regreso para pedirle que comenzara las negociaciones para comprar el terreno. La

propiedad será lo suficientemente grande para albergar un centro así, sin duda.

—Mi primera semana. Cuando estaba allá abajo, bajo tierra, despotricando contra ti y... tú estabas planeando esto. ¿Para *mí*?

—Por supuesto que para ti. Tal empresa nunca sería algo que elegiría para mí —la idea es tan ridícula que casi me río—. Aunque... —me encojo de hombros, tratando de provocarla un poco. No estoy acostumbrado a bromear, y se siente... *bien*—. Ahora que quieres que nuestra organización se vuelva legítima, puede que necesite recurrir a mi pequeña brújula moral para que se le ocurran otras ideas de negocios legales en los que canalizar nuestro dinero.

—Eso sí, tendrán que ser ideas de negocios que generen mucho dinero por sí mismas. Un cargamento de armas, por ejemplo, tiene un margen de beneficio extremadamente alto. No puedo creer que un centro de rescate animal produzca la misma ganancia financiera.

Bianca ríe suavemente, el sonido recorriendo su cuerpo en una vibración que ejerce más presión exquisita sobre mi polla—. No a menos que seas bueno solicitando subvenciones gubernamentales. Es posible que incluso opere con pérdidas, para ser honesta.

Frunzo el ceño en broma, disfrutando de este juego de provocación —. No necesito oír eso, pajarito.

—Oh Rio, no tienes idea de lo feliz que me hace esa idea. Cuán... esperanzada... —Se inclina hacia atrás en mi regazo, como si necesitara la distancia entre nosotros para estudiarme adecuadamente, y luego se acerca de nuevo.

Acuno sus mejillas y guío su rostro cerca del mío—. Voy a hacerte el amor ahora, esposa. Sin castigo. Sin reglas ni condiciones. No follar ni sexo. Haremos el *amor*, y nos recordaremos mutuamente lo que es no poder mantener nuestras manos alejadas el uno del otro. ¿Quieres eso, *mia cara*? ¿Lo deseas tanto como yo?

No responde. En su lugar, simplemente cierra la última distancia entre nosotros y reclama mi boca con la suya, aproximadamente un milisegundo antes de que yo haga lo mismo con ella.

Capítulo Quince

«El amor tiene el poder de hacer latir de nuevo un corazón muerto».

Wrushank Sorte

Bianca

Reclama mi boca con un beso, o quizás yo reclamo la suya. Ya no estoy segura de nada, excepto del hecho de que el hombre que deseo por encima de todo tiene sus brazos alrededor de mí, su miembro duro y listo entre mis piernas mientras lo monto, y su lengua provocando la mía en una parodia de lo que quiero que me haga allá abajo.

Froto mi sexo contra su carne. Queriendo más. Necesitando más. Necesitando estar incluso más cerca que esto.

Gimo, y él se traga el sonido y luego gruñe él mismo, el sonido regresando directamente a mí y bajando por mi garganta. Su gruñido atraviesa cada célula de mi cuerpo e inflama aún más mi necesidad.

Tengo que sentirlo dentro de mí. No hay manera de que pueda esperar un momento más por Rio.

Él coge mis caderas y me mantiene firme, alentando mi movimiento pero controlando lo que de otro modo sería un frenético vaivén. Me libero del beso y arqueo la espalda, dejando caer mi cabeza hacia atrás mientras le ofrezco mis pechos a través del vestido.

Supongo que habrá gente ocupando los edificios, apartamentos y fábricas que bordean el río, muchos de los cuales probablemente puedan vernos mientras navegamos. No me importa. Este es mi marido, y quiero que me haga el amor.

No sexo. No follar. Hacer el amor.

Los músculos de Rio se flexionan debajo de mí, y se pone de pie, llevándome con él con aparente facilidad a pesar del peso extra que llevo. Desliza sus manos por debajo de mis nalgas, sus dedos bailando a lo largo de mi hendidura en una caricia provocadora. Estoy húmeda para él, y estoy segura de que puede sentir el calor húmedo a través de mis bragas. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y me aferro fuertemente a su cuello mientras me lleva escaleras abajo al camarote.

Me pone de pie sobre la lujosa alfombra y se gira hacia el gran y suave sofá. Lamento la distancia entre nosotros, pero antes de que pueda abalanzarme hacia adelante y atraerlo de vuelta a mí, ha ajustado los cojines para hacer espacio en el sofá, luego se vuelve para enfrentarme.

Con un movimiento fluido, se inclina, levanta mi vestido por encima de mi cabeza, y luego engancha sus dedos en mis bragas y las rasga por la mitad. Jadeo ante la violencia de su acción, pero aumenta mi deseo diez veces más.

—Mejor —gruñe, luego cae de espaldas en el sofá, arrastrándome con él—. Ahora puedes montarme apropiadamente.

Coloco una rodilla a cada lado de sus muslos en el sofá y me preparo para frotarme contra el bulto en sus pantalones, pero luego me detengo.

—Desabrocha tus pantalones, Rio.

—¿Me estás dando órdenes?

—Lo estoy haciendo. Hazlo. —Luego arruino el efecto añadiendo—: *¿Por favor?*

Para mi sorpresa, hace lo que le pido, quitándose también la camisa al mismo tiempo, y su enorme y lista carne salta libre.

Un jadeo ahogado se me escapa. Imaginé este mismo escenario en los momentos oscuros y solitarios de la noche en Cleveland; su hermoso pecho bronceado bajo mis dedos exploradores, el duro

calor de su miembro deslizándose en mi canal listo. Los sueños eróticos alejaron la soledad tantas veces.

Y ahora está aquí, debajo de mí, y todo es real. Su aroma, el sonido de su gemido cuando rozo con una uña uno de sus pequeños pezones tensos. El olor almizclado y sexy que es todo Rio se eleva en el aire, rodeándome.

Me hundo en su carne, permitiendo que me guíe, haciendo una pausa cuando la cabeza de su órgano me penetra, y suspirando en total dicha cuando se desliza completamente dentro. —Se siente tan bien, Rio. Tan bien.

—*Joder*.

—¿Joder... bien? —No puedo articular más que eso.

Meneo mis caderas, y él empuja hacia arriba, su carne deslizándose hacia adelante y hacia atrás dentro de mí como si encajáramos perfectamente.

—Joder, está *jodidamente* bien. —Sus palabras son ahogadas, su voz ronca, y comienzo a moverme más rápido, el conocimiento de que él está tan afectado por esto como yo me envía volando cerca del borde casi inmediatamente.

No será mucho, no esta vez. Y mientras meneo y cabalgo a mi marido, le suplico que me deje llegar.

—Por favor, Rio. Por favor. No puedo soportar contenerme más. Por favor...

—Sí, Bianca. ¡Sí! Córrete. *¡Ahora!* ¡Justo *ahora*!

La orden estalla de él, y me dejo caer, explotando en un millón de pedazos, gritando mientras me corro alrededor de su miembro. Sus rugidos llenan mis oídos, y su semilla caliente se derrama dentro de mí, y caigo hacia adelante contra su pecho y me pierdo en la breve inconsciencia del puro éxtasis.

***

Algo cambia entre Rio y yo en el yate, y no es el hecho de que haya hecho algo que sé que está completamente fuera de su carácter y me haya regalado la oportunidad de construir un refugio para animales.

Tampoco es el hecho de que nuestro acto de amor se haya convertido exactamente en eso. Hacer el amor, como él dijo. No follar. Ya no.

El cambio viene de algo más profundo, más fundamental, que cualquiera de esas cosas. Algo en mi núcleo que reconoce que, para bien o para mal, estamos destinados a estar juntos por el tiempo que tengamos en este mundo.

Me casé con él porque no me dio otra opción. Me enamoré de él en contra de mi voluntad, llamándolo Síndrome de Estocolmo en mis pensamientos para darle sentido a la conexión de atracción-repulsión, amor-odio. Pero la verdad es más básica. Éramos enemigos, opuestos en todos los sentidos. No importó. Nos enamoramos. Ninguno de los dos lo esperaba, pero sucedió.

No sé cómo se desarrollará esto en el futuro, pero tengo que quedarme e intentar que funcione. Y si puedo ser su brújula moral, de alguna manera, lo seré. Él bromeó sobre eso, pero lo tomaré como mi misión para someter esa oscuridad dentro de él.

Si puedo. Si es posible en este mundo de la Mafia en el que habitamos.

Cuando regresamos del viaje en yate, asumo que me enviarán de vuelta a mi mazmorra. Pero ese no es el caso. Mientras hemos estado en el agua, redescubriéndonos el uno al otro de manera física, Rio ha hecho que suban mis cosas desde abajo y las coloquen en la suite contigua a la suya en el piso superior de la propiedad.

La puerta de conexión entre nuestras suites permanece abierta, y estoy feliz con ese arreglo. Al menos por ahora. Quiero ver si es posible que vivamos más como un verdadero matrimonio, o si esta tarde en el barco que acabamos de tener, lejos de todos los demás, fue simplemente una hermosa anomalía que no puede sostenerse.

Durante las siguientes semanas, él está fuera de la finca durante el día, presumiblemente atendiendo negocios en la ciudad, pero por la noche regresa y es un marido atento. Hacemos el amor la mayoría de las noches cuando me siento capaz, y en aquellas noches en que el cansancio de mi avanzado embarazo me golpea, me acurruco en sus brazos y duermo, sintiéndome amada y protegida cuando me abraza.

A medida que se acerca el momento del parto, ignoro las punzadas de miedo que surgen de vez en cuando, diciéndome a mí misma que si apareciera alguna amenaza externa, Rio se encargaría de ella. He sido testigo de varias reuniones hasta ahora, nunca con todos los jefes de familia juntos, pero generalmente con al menos uno o dos presentes en la finca.

Sé que todos están buscando a un hombre llamado Antonio. Un hombre que ha dificultado la vida de varias familias de la Mafia en los últimos meses. Aunque aparentemente, desde la reunión de los jefes de familia, los ataques a varios negocios parecen haber cesado.

¿Quizás se ha asustado y todo finalmente se calmará por un tiempo?

No estoy segura si mi enfoque miope es normal para el final del embarazo, cuando el mundo exterior se desvanece y el enfoque se reduce a anidar y prepararse para la llegada de mi hijo. Aunque, en realidad, difícilmente soy yo quien está anidando. Puede que haya sido yo quien eligió los muebles y la decoración, pero tengo un ejército de personas que realmente llevan a cabo el trabajo de montar la habitación del bebé y recrear la visión que tengo en mi cabeza para el espacio de mi bebé.

La habitación del bebé no es ni azul ni rosa, sino más bien una base neutral con una gama de piezas coloridas para darle vida y alegría a la habitación. Todavía no tengo idea si estoy esperando un niño o una niña, pero el género no me importa. Mientras mi bebé esté sano, seré feliz.

Rio insiste en que tendremos un hijo. Espero que no se sienta decepcionado si el bebé es una niña. Necesito que ame a este hijo

tanto como *yo* ya lo amo. Como heredero de los Carlotti-Agosti, el niño probablemente ejercerá un enorme poder algún día, y necesitará la fuerza y el apoyo de su padre para protegerlo, hasta que sea lo suficientemente mayor para protegerse a sí mismo.

Estoy reflexionando sobre este pensamiento una cálida tarde de otoño, sentada en el balcón que sobresale de nuestras suites de dormitorio contiguas, y observando los últimos rayos de sol extenderse por el paisaje, cuando me golpea el primer dolor.

Me inclino hacia adelante, agarrándome el vientre bajo.

—Ay, santo... cielos.

Jadeo cuando otro calambre me aprieta, solo un minuto o dos después del primero. *Es demasiado pronto*, grita mi cerebro en pánico, pero luego el pensamiento racional vuelve y recuerdo que solo son días antes, no semanas, y esto podría ser realmente el momento.

Rio y yo hemos hablado extensamente sobre el trabajo de parto y el nacimiento. Él quiere que tenga al bebé aquí, donde puede protegernos mejor, y planea traer a todo un equipo de personal médico en el momento en que lo necesitemos.

Otro dolor me aprieta alrededor de la espalda baja y hasta el abdomen, y luego un minuto después, otro, tan poderoso que siento como si me estuvieran partiendo en dos.

Está bien, me digo a mí misma. *No entres en pánico*. Puede que el dolor no esté comenzando suavemente como pensé que lo haría. Pero tener un bebé es normal y natural. Miles, millones... No, *miles de millones* de personas hacen esto todo el tiempo.

Joder, duele.

Es hora.

Me dirijo de vuelta a mi habitación y asomo la cabeza al pasillo, donde sé que al menos dos de nuestro equipo de seguridad estarán apostados. Hoy son Mitch y otro Leon, aunque no puedo llamarlo así

porque me recuerda al que murió, así que se ha convertido en Lee cada vez que lo saludo.

Ambos se ponen de pie de un salto cuando empiezo a hablar y luego gimo de nuevo. Lee inmediatamente ladra algo en su micrófono y sale corriendo por el pasillo. Mitch lo ve irse como si estuviera molesto por haber sacado la peor parte del trato.

Luego suspira y se acerca a mí, aunque parece todo menos cómodo cuando dice:

—Señora. ¿Hay algo que pueda... eh... ya sabe...?

Agito la mano y niego con la cabeza para sacarlo de su miseria.

Estos son tipos duros y no están acostumbrados a lidiar con "asuntos de mujeres", como escuché que uno de ellos le decía al otro hace solo unos días.

Se retira con rapidez a su puesto, y yo me tambaleo de vuelta a la habitación y me derrumbo de rodillas junto a la cama. Este dolor no es divertido. Y supongo que puede ser solo el comienzo de unas largas horas.

El mensaje debe pasar rápidamente por la cadena, ya que Rio entra corriendo solo minutos después, dejándose caer de rodillas a mi lado.

—*La mia cara moglie* —Me acaricia la espalda, tensándose cuando gimo, fuertemente—. Estás sufriendo.

—¿Tú crees? —Mi voz es áspera, y hablo con los dientes apretados.

Sé que no pretende ser obtuso. Probablemente esté tan nervioso como yo, y aunque sea el jefe de un cartel de la Mafia y probablemente haya ordenado asesinatos y sido responsable de decisiones de vida o muerte, no puedo imaginar que haya sido el apoyo de alguien dando a luz antes de este momento.

Me da palmaditas en la espalda, y si no estuviera cabalgando la ola de otro dolor punzante, me reiría del pánico que puedo sentir en el toque demasiado rápido.

—Está bien, Rio —logro decir—. Yo puedo con esto.

—Por supuesto que puedes. Eres una princesa de la Mafia y mi esposa. La fuerza está en tu sangre —El orgullo en su voz es palpable, y no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios.

Hasta que la siguiente ola de dolor me golpea, y aplasto mi cara contra la colcha.

—La doctora y su equipo están en camino —Está de vuelta en modo pánico, dándome palmadas en la espalda tan firmemente que me retuerzo para alejarme de su toque—. Estarán aquí en los próximos minutos.

—Ajá. Está bien. Bien. ¡*Joder*! —Cuando el dolor disminuye, lo miro —. Gracias. Ahora, querido esposo, ¿puedes dejar de golpearme la espalda y ayudarme a subir a la cama? Tal vez consigue algunas toallas también. Para proteger las colchas.

—Oh, hermosa esposa. Al diablo con las colchas. Compraré nuevas. Compraré una cama completamente nueva si es necesario.

Las siguientes horas son un borrón de dolor y puro esfuerzo de voluntad. He visto animales dar a luz en el refugio, por supuesto, y mi respeto crece por su silencio estoico y eficiencia en preservar su energía para cuando importa.

Resulta que no soy estoica. Grito y chillo y sudo y me agito tanto que el único trabajo de Rio se convierte en limpiarme la frente y besarme los nudillos mientras me dice lo fuerte que soy. Quizás eso es lo más seguro que la doctora puede darle para hacer para que no intervenga y simplemente saque al bebé de mí.

No debería ser posible expulsar a un ser humano por esa parte del cuerpo de una mujer, pero de alguna manera lo es, y a las cuatro y once minutos de la madrugada, exactamente tres semanas antes de mi vigésimo sexto cumpleaños, nace nuestra hermosa niña.

Y ahora, este violento mundo de la mafia realmente tiene los medios para hacernos daño.

Capítulo Dieciséis

"De todas las cosas que mis manos han sostenido, tú eres, por mucho, lo mejor".

Anónimo

Bianca

La llamamos Emilia, y es el ser humano más hermoso que he visto jamás. No creo que se parezca a ninguno de nosotros, aunque Rio dice que tiene mi color de piel y mi carácter impetuoso. Mi preocupación de que él no la amaría tanto como debería, por ser mujer y no el heredero varón que asumía, duró unos tres segundos.

El doctor le hizo cortar el cordón umbilical, y para ser un tipo duro de la mafia, se veía cómicamente mareado durante ese acto. Pero después, cuando nuestra hija estaba envuelta y él la sostenía en sus brazos, la expresión en su rostro no tenía precio.

Por primera vez, había asombro y verdadera ternura en sus ojos, y cuando bajó la mirada hacia mí y esbozó una pequeña sonrisa, una ola de amor me invadió.

En ese momento, hice verdaderamente feliz a Rio.

Y no estoy segura de que alguien más haya logrado eso con él alguna vez.

Ya no soy tan ingenua como para creer que este respiro del mundo exterior durará, pero atesoraré el recuerdo de esa experiencia compartida del nacimiento para siempre.

Durante las siguientes semanas, mi atención se centra en Emilia. Aprender a amamantar, que pensé sería instintivo pero resulta ser mucho más difícil de lo que esperaba. Lidiar con la falta de sueño. Aventurarme a los extensos jardines de la propiedad con Emilia en un portabebés en mi pecho, seguida por guardaespaldas y fingiendo que mi vida es tan normal como la de cualquier otra madre primeriza.

Rio me instaló en la suite contigua a la suya para que no nos despertáramos en el momento equivocado, ya que él a menudo se acuesta tarde y se levanta temprano, y mi horario actualmente gira en torno a nuestra hija.

Inmediatamente trajo a una niñera para ayudarme con Emilia, aunque todo el concepto de pagarle a alguien para que cuide a tu propio hijo está tan alejado de mi existencia anterior que me he esforzado por dejar que la pobre mujer haga algo. Excepto cambiar los pañales y hacerse cargo de una de las tomas nocturnas si he dormido menos de lo habitual por cualquier razón.

Cuando la doctora Conner regresa para el chequeo de las seis semanas después del parto, se declara complacida con mi progreso y feliz con la salud y el peso de mi hija.

—Es usted joven y está en forma, señora Agosti. Al igual que su hija. Claramente hay genes fuertes por ambos lados. Si aún no lo ha hecho, puede reanudar las relaciones normales con su esposo cuando lo desee.

—Oh. Bueno, está bien, gracias. —¿Relaciones normales? No he pensado en el sexo desde antes del parto. Simplemente no se me ha pasado por la cabeza con todo lo que he estado aprendiendo a manejar. Ahora que lo menciona, sin embargo, la idea de volver a intimar con Rio no abandona mi mente.

Pero él sigue ausente, ocupado con lo que sea que hacen los jefes de la mafia en el trabajo, y yo continúo cenando mayormente sola, paseando por los terrenos y luchando con Penn, la niñera, sobre quién debería hacer esta o aquella tarea cuando se trata de Emilia.

Dos meses después del parto, con Emilia dormida arriba y Penn cuidándola, estoy sentada en la biblioteca leyendo cuando me doy cuenta de que ya no puedo soportar el aislamiento. Necesito salir, fuera de la propiedad, aunque sea solo para visitar una cafetería o ir a un centro comercial. Sí, ahora tengo acceso a los hermosos jardines de la propiedad además de la casa, pero he llegado a conocer este espacio íntimamente y anhelo algo diferente.

Salgo de la biblioteca y encuentro a Lee en el pasillo de afuera, apoyado contra una pared y estudiando sus uñas. Parece tan aburrido como yo, aunque inmediatamente se endereza cuando aparezco y agacha la cabeza con deferencia.

—Buenas tardes, Lee. ¿Puedes por favor hacerle llegar un mensaje a mi esposo? Me gustaría reunirme con él unos minutos si puede dedicarme tiempo. Hoy, si es posible.

—Sí, señora. Enseguida. —Presiona su auricular y se da la vuelta para hablar en voz baja. Un minuto o así después, asiente y se gira de nuevo para mirarme—. Estará disponible en su oficina de abajo en media hora, señora Agosti. La escoltaré entonces.

Sonrío agradecida y vuelvo a la biblioteca. ¿Abajo? Ya estoy en la planta baja, así que debe referirse a las mazmorras debajo de la propiedad. Rio parece estar pasando cada vez más tiempo allí abajo. Antes, su oficina estaba en este nivel.

¿Debería preocuparme por la seguridad de Emilia aquí arriba?

Lo agrego a la lista de preguntas para hacerle a Rio, y espero a que Lee me escolte abajo para la reunión.

***

Rio

La petición de Bianca me sorprende un poco, y me pregunto qué querrá. Cuando entra en mi oficina, la examino cuidadosamente, buscando algo preocupante. Sus facciones están serias, pero por lo demás, parece estar bien.

—¿Estás bien? ¿Está todo bien con nuestra hija?

Ella asiente, aunque aún no sonríe. —Todo está bien. Estamos bien. La doctora dijo que estamos bien, saludables y fuertes. Todo bien.

—Hmm. —Me levanto y salgo de detrás de mi escritorio, luego me acerco y le tomo las manos.

He estado evitándola la mayor parte del tiempo desde el nacimiento, principalmente porque sé que no ha estado en condiciones para el

sexo, y cada vez que me acerco a ella, quiero deslizar mi polla dentro de ella y follarla tan fuerte que grite.

Solo el pensamiento de eso ahora me hace endurecer en mis pantalones. El aire cambia entre nosotros, chispeando con repentina conciencia. Ella inhala un pequeño suspiro y retira su mano, frotándose los nudillos de manera distraída. Al menos logré provocar algún tipo de reacción en ella.

Se dirige al gran sofá y se sienta con cuidado, aún frotándose la mano.

Después de un momento, la sigo, sentándome cerca pero teniendo cuidado de no tocarla de nuevo. —¿Qué es lo que quieres, Bianca?

—Oh, sí. —Se remueve en el sofá como si se estuviera recomponiendo y se inclina hacia adelante—. Un par de cosas. Me has dado libre acceso a la propiedad, Rio, y por eso estoy agradecida. Pero aún me siento como un pájaro enjaulado. No puedo soportar la idea de que este espacio confinado sea ahora toda mi existencia. ¿Hay alguna manera de que me des permiso para salir de la propiedad? ¿Un par de excursiones de un día a la ciudad? ¿Compras, café o un paseo por el parque? Cualquier cosa, realmente, solo para alejarme de aquí y sentirme normal. *Por favor*.

¿Sabe ella lo que me está pidiendo? Le he dado más concesiones que a cualquier otro ser vivo. Y está pidiendo más.

Golpeo mi dedo índice contra mis labios mientras considero qué hacer. Todos los que necesitan saberlo saben que la mantuve cautiva aquí abajo en el búnker subterráneo. La mazmorra, como ella la llama. Y todos también saben que está de vuelta bajo mi protección, especialmente ahora que tenemos una hija juntos.

¿Se atrevería alguien a dañar a la madre de mi hija?

El desarrollo de su nuevo refugio de animales está progresando. Lentamente, pero puede que haya oportunidades para involucrarla un poco más en ese proyecto. Quizás pueda ofrecer algo de la estimulación externa que parece necesitar.

—Consideraré tu petición —digo, y ella se deja caer contra el sofá con un suspiro fuerte y dramático.

Son momentos como estos los que me recuerdan lo joven que es en realidad.

—¿No es un no, entonces? —pregunta por fin.

—No es un no.

—Vale, puedo vivir con eso. Es un poco mejor de lo que esperaba.

Finalmente, permite que una sonrisa se apodere de ella. Mi respiración se detiene por un segundo ante la pura belleza que brilla cuando baja la guardia.

Y de alguna manera, mi boca empieza a hablar antes de que mi cerebro pueda detenerla. —*Sí* necesito una acompañante mañana por la noche, en un evento que se celebra en Washington. Puedes asistir conmigo, Bianca.

¿Qué estoy diciendo? Ella pidió una escapada de compras a la ciudad, ¿y yo le estoy concediendo un viaje fuera del estado?

Podría retirar la oferta. Por derecho, debería hacerlo. Pero la alegría que ilumina su rostro ante mis palabras vale más que mil dudas sobre la lógica de mi decisión.

Ella estará en mi brazo mañana por la noche, en lugar de mi asistente, Dana, quien a regañadientes renunció a las entradas para el partido de baloncesto de su novio cuando le dije que necesitaba una mujer en el evento.

Es casi como si la mente de Bianca estuviera sincronizada con la mía.

Frunce el ceño y me mira con curiosidad. —Entonces, si necesitabas una acompañante para esto, debes haber tenido a alguien más ya planeado. ¿A quién estabas pensando... *Oh*. ¿Dana?

Los celos impregnan su pregunta.

—En efecto. Y antes de que tus hermosos ojos color miel se pongan verdes de envidia, pajarito, debes saber que Dana estará muy feliz

de perderse este. Tiene un nuevo novio al que le gusta que vaya a verlo cuando practica su deporte.

—Oh. Vale. No sabía que tenía novio. Eso es... agradable.

Gruño ante el alivio en su tono. —No hay necesidad de que estés celosa de otras mujeres, *mia cara*. Estamos casados. Nunca te faltaría el respeto de esa manera.

Ella inclina la cabeza hacia un lado. —¿Me secuestrarías, me forzarías a casarme contigo, me encerrarías en una mazmorra de concreto, pero nunca me serías infiel?

—Por supuesto que no. Y tu *mazmorra* difícilmente era de concreto. Tenía papel tapiz y una alfombra lujosa, la última vez que miré.

Observo el juego de emociones en su rostro mientras intenta decidir si enojarse o no.

El humor gana, y se ríe con un aire de autodesprecio. —Estoy empezando a entender un poco más. Hay un código de honor en este mundo. Retorcido, tal vez, pero existe...

—Tienes mucho que aprender, pero sí. El honor y el respeto son importantes. Y tú eres mi esposa. Mi esposa y la madre de mi hijo. Si me traicionas, habrá consecuencias, al igual que las habría para mí si te faltara el respeto. Pero eso no sucederá. Siempre intentaré tratarte con respeto.

—Parece extraño estar agradeciendo por eso, pero puedo ver que realmente estás tratando de ser amable. Y moral, a tu manera. Así que, gracias, Rio.

Esta vez no me molesto en contener mi carcajada. —¿Así que realmente eres mi pequeña brújula moral, entonces?

Ella se sobresalta, y mis cejas se levantan. Seguramente, ¿no se ve realmente en ese papel? Cierro mi expresión para que no vea la repentina lástima reflejada allí. Se sentirá terriblemente decepcionada si piensa que puede guiar a alguien como yo por un camino virtuoso.

Demasiado tarde para eso, pajarito.

—No me agradezcas tan pronto —advierto—. No sabes lo que implica este evento, Bianca. Ni quién asistirá. Tal vez prefieras quedarte encerrada aquí en la finca. Es más seguro aquí, sin duda. Mucho menos una vez que te aventures fuera.

El humor que aún persistía en su expresión se disipa, y un ceño fruncido toma su lugar.

Levanto una mano tranquilizadora, adivinando hacia dónde han vagado sus pensamientos. —Emilia estará bien. Dejaremos a nuestra hija en casa con la niñera por esta vez.

—Oh, pero...

—Sin peros, Bianca. Puedes acompañarme, si lo deseas, pero Emilia se queda aquí. Estará bien protegida; te lo prometo.

La indecisión parpadea en sus ojos antes de que asienta lentamente. —Está bien. Me gustaría ir a Washington contigo. He estado extrayendo leche extra, así que hay suficiente para...

Levanto una mano. —No necesito saber los detalles. Este evento será formal, así que vístete en consecuencia. Enviaré a alguien por la mañana para ayudarte a prepararte.

Cuando finalmente sale de mi oficina, tomo asiento de nuevo detrás de mi escritorio, pero pasan varios minutos antes de que pueda concentrarme en los negocios una vez más.

¿Acabo de cometer un error de juicio, confiando en ella otra vez? ¿Usará esta oportunidad para traicionarme? La naturaleza de la reunión, y quienes asistirán, significa que es más que probable que haya agentes federales allí, así como rivales que adorarían verme caer.

Es un hecho que tendré enemigos presentes. Más de uno. Y necesito protegerme contra ellos.

La última vez que asistimos a un evento como este, Bianca fue acosada en el baño por un miembro de las fuerzas del orden. No

puedo garantizar que no intenten lo mismo de nuevo. Y si vuelve a suceder —o incluso si solo se *percibe* que Bianca se está comportando de manera sospechosa— es probable que sienta toda la ira del mundo de la Mafia cayendo sobre su cabeza.

Bebé o no bebé, mi esposa no sobrevivirá si intenta cruzar a la familia Agosti en el futuro. Incluso si mi amor por ella me ciega ante sus faltas, e incluso si no tengo la fuerza o la voluntad para lastimarla, hay otros dentro de la familia y el negocio que se esforzarán por asegurarse de que no vea el amanecer del día siguiente.

Y entonces, mi querida hija, Emilia, tendría que crecer sin su madre.

Capítulo Diecisiete

"Tenemos verdadero poder cuando nos apoyamos mutuamente."

Bert McCoy

Bianca

Me molesta dejar a Emilia en casa sin mí cuando aún es tan pequeña, pero entiendo por qué Rio ha tomado esa decisión. Quiere proteger a nuestra hija y no siente que pueda vigilarme a mí y a Emilia, además de llevar a cabo cualquier negocio que tenga en Washington, sin que algo o alguien se le escape de las manos.

Ninguno de los dos quiere que ese "alguien" sea Emilia.

Cuando un equipo de ayudantes llega tarde en la mañana para arreglarme las uñas, el cabello y el maquillaje, y elegir mi ropa y joyas para la noche, tengo que confesar que estoy menos sorprendida que la primera vez que esto sucedió. Hay que reconocer que tener dinero para permitirse este nivel de mimo tiene sus ventajas.

Puede parecer ridículo y un poco abrumador, pero cuando tengo a una persona peinándome, otra aplicando productos para la piel y delineando mis ojos con precisión, y dos más puliendo mis uñas y haciéndome manicura y pedicura, es difícil sentir odio por este lujoso estilo de vida.

Lo que sí me sorprende, sin embargo, es cuando una joven entra saltando en mi suite, con su largo cabello oscuro cayendo en un despliegue artístico por su espalda y sus ojos marrón chocolate abiertos de curiosidad mientras se detiene y me mira fijamente desde la mitad de la habitación.

—¿Bianca? ¡Dios mío, es tan hermoso conocerte finalmente en persona!

Atraviesa el resto del espacio de un salto y se detiene abruptamente frente a mí. No puedo levantarme ya que mis pies están actualmente sumergidos en un baño de aceite tibio y mis uñas se están secando en una pequeña máquina en la mesa al lado de mi silla.

De otro modo, podría haberme puesto de pie de un salto y haberle dado un abrazo espontáneo. Ella irradia ese tipo de energía positiva.

—Hola —sonrío y la estudio con curiosidad, notando cierta familiaridad, aunque nunca la he conocido antes. Entonces me doy cuenta de a quién se parece, y la miro boquiabierta con genuina admiración—. ¿Eres la... hermana de Rio?

Los mismos ojos que los de él me devuelven la mirada; las mismas facciones fuertes pero refinadas. Pero en esta joven, falta la rígida implacabilidad que forma el núcleo de Rio. En su lugar, hay una suave alegría en su rostro, y sus labios anchos se elevan en una sonrisa, a la vez pícara y natural.

Se agacha junto a mi silla para igualar mi altura sentada.

—Sí. Soy Angelica, aunque todos me llaman Angel, y quiero que tú también me llames así. He estado en Suiza, pero por fin he terminado la escuela. ¡Gracias a *joder*! Ups. No se supone que deba decir groserías aquí. Y ahora he vuelto para vivir aquí. Estoy segura de que seremos buenas amigas, Bianca. ¡Nicky me ha contado tanto sobre ti!

¿Nicky? ¿El hermano que conocí en la boda? ¿No Rio? Mi mente aún está procesando eso, pero ella está esperando mi respuesta.

—Yo... Ah, estoy muy contenta de conocerte, Angel. Rio me ha...

No me ha contado nada sobre ti, excepto el hecho de que está planeando arreglar un matrimonio para ti. Deberías huir, pequeña Angel. De vuelta a Suiza. Diviértete mientras aún puedas.

Reprimo los pensamientos inapropiados.

—Me ha contado mucho sobre ti —miento—. Y estoy segura de que seremos amigas también.

Esa última parte no es mentira. Angel emana una vibra tan energética, e instintivamente me siento feliz de que esté aquí.

—Me levantaría para darte un abrazo, Angel, pero... ¡*ay*!

La estilista me ha tirado del pelo, como si temiera que realmente intentara levantarme. Pero lo hizo más fuerte de lo necesario, y Angel frunce el ceño a la estilista, obviamente habiendo notado el acto.

—No vuelvas a hacer eso. La lastimarás —la regaña.

Luego dobla su cuerpo en posición de loto en el suelo frente a mí. Solo tengo veintiséis años, pero no creo tener la flexibilidad fácil que Angel muestra. ¿Cómo puedo sentirme repentinamente vieja a mi edad?

—Cuando termines aquí, ¿me llevarás a conocer a Emilia? Quiero que me presenten a mi hermosa sobrina. Oh, estoy tan contenta de que estés aquí, Bianca. Estaba preocupada de que me aburriría hasta la maldita muerte cuando regresara. Rodeada de un montón de viejos hombres de negocios estrictos y obligada a sentarme y esperar a que me casen con uno de ellos.

Una risa sorprendida sube por mi garganta ante su descripción. Encaja con la verdad, y es triste que parezca aceptarlo como su destino. Antes de que pueda responder, sin embargo, Angel continúa.

—Pero Rio dijo que solo tenía tantos ojos y que Danelli podría ser genial, pero no es sobrehumano, y me necesitaba de vuelta aquí en Boston para que sus hombres pudieran vigilarme. Y mantenerme a salvo. Lo cual, aparentemente, no pueden hacer si ando paseando por Europa como tenía planeado. Quiero decir, ni siquiera quería que me quedara con nuestros primos en Italia. Es un aguafiestas. Pero, ya sabes, el *peligro* y todo eso.

Hace el gesto de las "comillas aéreas" con las manos, obviamente esperando que me ría. Pero no puedo. Acaba de dar en el clavo del tema subyacente de la existencia de toda esta familia.

¿Saben lo horrible que es vivir sus vidas siempre al borde del peligro? ¿Una existencia en la que un paso en falso puede resultar en la muerte o daño para las personas que amamos? ¿O están todos tan acostumbrados que simplemente es natural para ellos prepararse para lo peor?

Por primera vez, surge en mi corazón una verdadera simpatía por Rio, y recuerdo con una punzada la primera vez que hicimos el amor cuando me trajo de vuelta aquí una vez más.

La oscuridad que acechaba en los bordes de su expresión esa noche, manteniendo sus músculos tensos y sus manos apretadas. Y manteniéndome a mí al borde del terror incluso cuando me estaba penetrando con total desesperación.

¿Esa oscuridad proviene de las circunstancias? Nunca tuvo opción de nacer en este mundo, y como el mayor, siempre iba a tener el liderazgo de la familia y su organización sobre sus anchos hombros.

Cuando *mis* padres fueron asesinados —aunque yo era demasiado joven para recordarlo y ni siquiera supe de la situación hasta hace poco— tuve la suerte de que alguien me alejara de esta vida y me diera la oportunidad de crecer y prosperar en un lugar normal.

Rio nunca tuvo la oportunidad de ser normal. O al menos, no como yo lo defino.

Cuando sus padres murieron, ¿siquiera tuvo la oportunidad de llorar? ¿O tuvo que dejar de lado la emoción para poder dar un paso adelante y hacerse cargo, aceptando la responsabilidad por el bien de esta joven frente a mí? Y por sus hermanos menores, Nicky y Luca. Y de hecho, por todos en su familia extendida y en la nómina.

Personas como Francine. Danelli. Todos los que dependen de él.

¿Y si Rio hubiera nacido como el hermano menor? ¿Habría tenido un poco más de esa naturaleza juguetona que Nicky mostró en nuestra boda y durante la recepción? ¿Tendría algo de la suavidad y alegría por la vida que veo ahora en el rostro de Angel?

Puede que no me guste lo que Rio es, ni esté de acuerdo con las decisiones que toma con respecto a su negocio, pero *puedo* empatizar con el hecho de que tal vez sea así porque es el único camino en la vida que se le ofreció.

—Me encantaría llevarte a conocer a Emilia —le digo a Angel, dándome cuenta de que he dudado demasiado. Impregno las palabras con calidez para transmitir lo genuinamente feliz que estoy de que esté aquí—. Pero primero, ¿qué te parece ayudarme a elegir un vestido adecuado para este evento al que debo asistir con Rio esta noche?

El chillido resultante confirma que Angel, efectivamente, desea ayudarme, y por primera vez desde que Rio me trajo de vuelta aquí desde Cleveland, el temor subyacente que reside en mí comienza a disiparse.

Será mucho más divertido tener a otra joven aquí para pasar el rato.

Angel salta de su asiento y corre hacia mi vestidor para examinar las diversas opciones de vestidos. Y aunque su presencia ha aligerado mi estado de ánimo, todavía hay una inquietud en el fondo de mi mente que trato de ignorar.

¿Por qué Rio ha sentido la necesidad de traer a Angel aquí en este momento? ¿Hay alguna nueva amenaza acechando de la que no estoy al tanto?

Un escalofrío de mal presagio recorre mi columna vertebral.

***

—¿Disfrutaste mi pequeña sorpresa? —pregunta Rio, mientras el jet privado en el que viajamos a Washington se prepara para aterrizar.

Ha tomado menos de dos horas llegar aquí, pero cada paso del viaje ha sido puro lujo, desde el Rolls-Royce que nos recogió en la finca, y ahora este avión con asientos de cuero, personal atento y canapés costosos para evitar que muramos de hambre en el corto trayecto.

—¿Te refieres a Angel? —No puedo evitar sonreír al pensar en la joven parlanchina—. Es encantadora. ¿Vivirá en la finca con nosotros

a partir de ahora? Ella lo mencionó, pero fue entre un montón de otras charlas, así que no estaba segura de si la había escuchado correctamente o no.

—Sí, en efecto. Angel habla demasiado. Eso será un factor en las negociaciones matrimoniales, sin duda.

—Yo... ¿*Qué*?

—Ya te lo he dicho. Es mi responsabilidad encontrarle un marido a mi hermana, pero tendré que resaltar sus atributos para contrarrestar lo negativo respecto a cuánto habla.

Abro y cierro la boca varias veces, incapaz de pensar en algo que no sea una palabrota o un insulto hacia Rio. Cada vez que empiezo a suavizar mi actitud hacia él, dice algo que me devuelve a la realidad.

Este mundo de la mafia dominado por hombres, misógino...

Finalmente, me decido por decir:

—Angel tiene todo el derecho de hablar tanto o tan poco como desee. Creo que es absolutamente encantadora. A diferencia de su hermano.

Él entrecierra los ojos, pero no he terminado.

—Y ella tiene, ¿qué? ¿Dieciocho? Honestamente, es demasiado joven para estar considerando el matrimonio, Rio. Especialmente si alguien más está planeando elegir un marido para la pobre chica.

Su boca se tensa.

—Angelica tiene ahora diecinueve años. Y ha sabido y aceptado la situación del matrimonio arreglado desde el momento en que pudo caminar y hablar. Se casará antes de cumplir veintidós.

—No puedes "aceptar" una situación así cuando eres solo una niña apenas capaz de hablar. ¡Ni siquiera habría entendido a qué estaba accediendo!

—Es así como se hacen las cosas, Bianca.

—Tal vez en tu mundo —murmuro, girando la cabeza para mirar por la ventana.

Las luces de Washington se extienden hasta donde alcanzan mis ojos. Concentrarme en un lugar que nunca antes he visitado es mucho más preferible que entrar en una discusión con Rio ahora mismo.

Porque sé que tengo razón, pero no puedo ganar contra él. Está tan apegado a la tradición, y cree que está ayudando a su hermana hacia un futuro mejor, no perjudicándola. La frustración se agita en mis entrañas, revolviendo el agua con gas y los blinis con caviar que he consumido durante el vuelo.

—También es tu mundo —dice suavemente, pero hay un filo en su tono que me indica que lo he molestado.

Bien. Él también me ha molestado a mí.

Estoy muy segura de que no dejaré que le haga eso a nuestra Emilia, aunque todavía me quedan unos años para hacerle cambiar de opinión. Tal vez pueda añadir eso a la lista de desafíos, siendo el principal dirigirlo hacia decisiones que sean menos... ilegales.

Y los cerdos podrían volar, pienso, mirando al cielo claro y completamente libre de cerdos.

—Bueno —me giro para mirarlo y dejo que se note mi molestia, mostrándole una amplia y falsa sonrisa—. Seguro que será una gran noche, ¿no?

—Será... interesante —es todo lo que dice antes de que su expresión se cierre, y cambia su atención a un informe que yace sin leer en el escritorio plegable frente a él.

—¿Para qué es este evento? ¿Quién lo organiza? ¿Es una recaudación de fondos?

Al principio, parece que no va a responder, y luego suelta un suspiro y vuelve a levantar la mirada hacia mí.

—El evento es un anuncio de compromiso para la hija del anfitrión —muestra los dientes en una parodia de sonrisa—. Para un matrimonio *arreglado*.

—Oh. Genial. *Mierda*.

—El anfitrión, por cierto, es Gianni Martelli.

Doble mierda. Todo el mundo ha oído ese nombre. Es tan infame en los medios como el propio Rio. Muchos años mayor que mi marido, y conocido por estar involucrado en actividades criminales pero con una aparente armadura recubierta de teflón. Tiene una reputación similar por ejercer el poder con mano de hierro.

Fue el único jefe de familia que no estuvo en la reunión que Rio organizó, recuerdo de repente, y hubo algunos murmullos sobre la posibilidad de que uno de los hombres de Martelli fuera el involucrado en el sabotaje.

Ya sea que Gianni Martelli sea enemigo de Rio, o que estén en negocios juntos, mis esperanzas de guiar a mi marido hacia un camino más moral son inútiles.

Estúpidas, ingenuas e inútiles.

Puede que sea más fácil tratar de convencer a un león africano de que se vuelva vegetariano.

Capítulo Dieciocho

"No puedes llegar a ninguna parte en la vida sin tomar riesgos".

Esme Bianco

Bianca

Pensé que el evento de compromiso se celebraría en un hotel lujoso en una de las zonas más caras de la ciudad, pero el Rolls-Royce que nos recoge en el aeropuerto viaja hacia el norte y finalmente se detiene suavemente frente a una gran casa antigua en la zona de Potomac, según los carteles que pasamos. La finca me recuerda a la de Rio, aunque esta está construida en un estilo más antiguo con una fachada color crema y enormes columnas que le dan al lugar un aire grecorromano.

Obviamente, vamos a celebrar en la mansión Martelli en lugar de en algún sitio público. Ese hecho me pone aún más nerviosa de lo que ya estaba. ¿Y si la seguridad de Martelli no es tan buena como la de Rio? ¿Y si alguien irrumpe y nos dispara a todos, como hizo Anders, y acabo tan muerta como Francine?

Deja de ser tonta, me reprendo. *Rio no dejará que nadie nos haga daño*.

Me sorprende darme cuenta de que realmente creo en ese pensamiento. Casi del todo.

Es curioso cómo he llegado a confiar un poco en mi marido para mi seguridad, en lugar de temer su ira todo el tiempo. Tengo la sensación de que los instintos protectores de Rio se han activado en lo que a mí respecta, y eso es definitivamente el caso en relación con Emilia.

La comprensión de que nos ve como dignas de protección envía una calidez a través de mi cuerpo. Me aferro a su brazo cuando bajamos del vehículo y somos escoltados al interior del edificio por varios

hombres trajeados. Hombres que ni siquiera se molestan en ocultar sus armas.

Miro alrededor, buscando a *nuestros* matones, pero no veo ninguna cara familiar.

Rio parece sentir mi inquietud porque se inclina para susurrarme al oído:

—Relájate, pajarito.

—¿Está aquí Danelli? ¿O sus hombres? ¿Lee? ¿Dónde están nuestros chicos?

—¿*Nuestros* chicos? —Sus labios se contraen—. Me gusta que los describas así. Desafortunadamente, hemos tenido que aceptar dejar a la mayoría de nuestro equipo en la puerta. A Danelli se le ha concedido permiso para entrar, y ya está dentro. Si hubiera visto algo sospechoso, ya se habría puesto en contacto. El anfitrión me ha dado garantías de que estaremos seguros aquí esta noche. No te habría traído si no creyera que eso es cierto.

Asiento sin responder. Estoy segura de que *Rio* lo cree, pero si yo creo en las garantías de alguien a quien nunca he conocido es otra cosa completamente distinta. Aun así, no hay nada que pueda hacer excepto aferrarme con fuerza a Rio, con mi mano en el hueco de su brazo, mientras seguimos a otros que acaban de llegar a través de un gran vestíbulo de entrada y hacia un enorme salón de baile con suelo de parqué.

El espacio está decorado con arreglos florales y mesas cubiertas con manteles blancos dispuestas alrededor de un espacio despejado frente a una pequeña orquesta que ya toca suavemente. Y en el centro de la entrada del salón, donde nadie puede perdérselo, hay una ostentosa exhibición que presenta una enorme escultura de hielo de una joven pareja colocada en un lecho de agua cubierto de hojas de nenúfar.

Madre mía. Esto es decadencia a una escala que nunca antes había visto.

—La feliz pareja, supongo —murmuro a Rio, mirando boquiabierta la escultura.

—Lo es —confirma, antes de fruncir el ceño—. Al menos *ella* lo es —se corrige—. El prometido es bastante mayor que esta representación. *Esto* parece el nieto del hombre.

Oh. Antes de que pueda procesar ese pensamiento, Rio extiende la mano y coge bebidas para ambos de una bandeja que lleva un camarero que pasa.

Ya hay cientos de personas deambulando, y a diferencia del último evento de gala en el que solo conocía a Rio y a Carlos Rossi, esta vez reconozco varias caras de las diversas reuniones a las que Rio me ha permitido asistir.

Y allí, finalmente, veo a Danelli, apoyado contra una columna y estudiando a la multitud. Me hace un gesto con la cabeza cuando me encuentro con su mirada vigilante, y la tensión en mis hombros se relaja un poco. Puede que no me guste lo que imagino que el *consigliere* de mi marido hace para Rio, pero sé que hará todo lo posible por mantenernos a salvo.

Diviso a un hombre con barba de chivo que recuerdo de la finca de Rio; creo que su nombre era Darov. El nombre me llamó la atención en su momento, ya que parecía ser uno de los pocos en el círculo de negocios de Rio que no tiene un origen italiano obvio. Está hablando con otro hombre que recuerdo de la misma reunión: Enzo. Ese sí es definitivamente italiano. Recuerdo que su acento era fuerte, y creo que quizás el inglés debe ser su segundo idioma.

Ellos y otros que he visto en la finca me saludan con gestos educados pero indiferentes, que es más o menos lo máximo que puedo esperar. Este mundo no está diseñado para que una mujer sea vista como algo más que un adorno para el hombre que han elegido.

Con un sobresalto de nervios, veo a Carlos Rossi moverse entre la multitud cerca del otro lado de la gran sala. No lo he visto desde aquella reunión en casa de Rio, y apenas hablamos en esa ocasión.

¿Intentará buscarme esta noche? El pensamiento envía fragmentos de tensión directamente de vuelta a mi sistema, y mi pulso se acelera ligeramente.

Rossi se detiene en seco cuando nos ve a Rio y a mí, y algo destella en su expresión antes de que descienda la habitual indiferencia insulsa. Articula algo ininteligible que no puedo leer en sus labios; supongo que es algún tipo de saludo. Lo sigue con una sonrisa sin compromiso antes de levantar su copa en un saludo y luego darse la vuelta.

Estoy aferrando mi bebida e intentando asociar más nombres con caras cuando siento la intensa mirada de Rio sobre mí. Mis mejillas se calientan cuando lo miro y noto el inesperado calor en sus ojos.

Se inclina cerca.

—He sido negligente, Bianca. Debería haberte dicho desde el principio que te ves absolutamente impresionante esta noche. Tu cuerpo se ha llenado desde que tuviste a Emilia. Estás más voluptuosa, y ese hermoso vestido rojo muestra tus curvas a la perfección. La forma en que cae elegantemente sobre tus caderas casi hasta el suelo resalta todo lo que encuentro deseable en ti. De hecho, te ves lo suficientemente bien como para comerte.

¿*Comer*? El zumbido de deseo entre mis piernas es instantáneo, y solo se intensifica más cuando levanta una mano hacia mi cara y traza con un dedo uno de mis pómulos.

—Tu cabello peinado hacia arriba así es un cambio encantador. Muestra tu estructura ósea y la delicada línea de tu cuello.

Su dedo desciende por mi cuello, a lo largo de mi clavícula, y luego sigue la línea de mi corpiño sin tirantes. Me estremezco bajo su toque. La caricia es ligera como una pluma, pero no menos impactante por su naturaleza apenas perceptible.

—Pero siempre te preferiré con el pelo suelto, sin maquillaje y con tus adorables pecas a la vista. Especialmente cuando tu hermosa boca rodea mi polla y me miras con ese ardiente deseo en tus ojos. El mismo deseo que estás mostrando ahora, de hecho.

—Inocencia y sensualidad. Ofreces ambas en un solo paquete, Bianca, y eso me distrae mucho más de lo que debería.

No tengo ni idea de cómo responderle. Y aunque encontrara las palabras adecuadas, no podría. Me ha dejado sin aliento.

Su pulgar se desliza por mis labios, y apenas logro contener el impulso de succionar su dedo en una parodia de lo que acaba de describir.

No aquí, me recuerdo. *No es apropiado*. No entre esta multitud de buitres asesinos.

La presión de su pulgar aumenta brevemente, como si pudiera sentir mi vacilación y me estuviera retando a hacer algo arriesgado de todos modos.

Luego su mano se aparta, y se gira para saludar a alguien, dejándome con un anhelo insatisfecho en mi interior y una creciente duda de que ese momento de intimidad haya existido fuera de mi cabeza.

—Martelli —dice Rio con suavidad, atrayéndome cerca de su costado sin mirarme. Los nervios revolotean en mi vientre, disipando cualquier vestigio de deseo, y levanto la mirada para encontrarme con la expresión fría del anfitrión de esta noche—. Felicidades a su hija y a su familia. Ha conseguido un buen partido para Daniela.

—Sí, lo he hecho, Agosti. Un muy buen partido. —La voz es baja y monótona. Nada amenazante en absoluto en la superficie.

Pero la mirada fija que acompaña las palabras, dirigida a mí en lugar de a Rio que habló, me provoca un escalofrío de temor.

Gianni Martelli es el equivalente de Rio aquí en Washington. Un jefe mafioso a cargo de una gran organización. Su poderosa energía vibra a su alrededor con tanta fuerza como la de Rio. Al estudiarlos lado a lado, reconozco ciertas similitudes entre los dos, pero no siento nada excepto repulsión por el hombre en cuya casa estamos ahora mismo.

Me toma un momento hacer que mi voz funcione. —Señor Martelli. Gracias por recibirnos como sus invitados esta noche.

Su sonrisa de respuesta me recuerda a la de una serpiente, y recuerdo de mis días en el refugio de animales que la única razón por la que una serpiente hace eso es cuando se prepara para morder. —Bianca Carlotti. Su reputación la precede. Qué encantador finalmente conocerla.

Trago saliva y, sin querer, me encuentro presionándome más firmemente contra el costado de mi marido. Pero a pesar de mi miedo, siento el extraño impulso de desafiar a nuestro anfitrión.

—No soy Bianca Carlotti. Soy Bianca Agosti —corrijo en voz baja.

Solo me doy cuenta del leve sobresalto de Rio porque estoy apretada tan fuertemente contra él, pero esa reacción reveladora me hace darme cuenta de que posiblemente he cometido un error al corregir a Martelli.

¿Una pequeña corrección se considera equivalente a una bofetada irrespetuosa? Seguramente no, ¿verdad?

Mi corazón se hunde. ¿Qué estoy haciendo? Cada vez que creo saber cómo funciona este mundo, el terreno se inclina y cambia, solo que esta vez, cuando se realinea, sé que acabo de ganarme un poderoso enemigo.

Hay un momento de silencio, donde todo a mi alrededor desaparece. ¿Es eso lo que hace el miedo real? ¿Te coloca en una burbuja de terror que corta todo excepto la amenaza inminente?

Entonces Martelli se ríe, un sonido delgado y falso, y la fiesta a nuestro alrededor vuelve a surgir.

—Como dije, un placer conocerla. —Se vuelve hacia Rio y asiente—. Hablaremos más tarde, cuando concluyan las formalidades de la noche. Hasta entonces, disfruten. Y Agosti, tal vez considere acortar la correa con la que tiene encadenada a esta encantadora criatura.

Se da la vuelta y se funde entre la multitud antes de que pueda siquiera comenzar el indignado balbuceo que sale de mi boca. —¿Mi

correa? ¿Qué demonios, Rio? ¿*Ese* es Martelli? Es el hijo de pu...

—*Silencio*, Bianca.

Parpadeo ante la ferocidad de su tono y levanto la mirada hacia un par de ojos oscuros furiosos.

—Recuerda dónde estamos. No antagonices a nuestro anfitrión. Es probable que te busque más tarde, y cuando lo haga, *debes* ser sumisa. Te presionará, buscando debilidad, pero no respondas con ira. Te estará observando para encontrar una grieta en *mi* armadura, y no podemos permitir que encuentre una.

—Él no tiene autoridad sobre mí. Nadie la tiene.

—¿Nadie?

—Bueno. —Dejo escapar un sonido casi como un gruñido ante la injusticia de esta situación—. *Tú* la tienes. Supongo.

—¿*Supones*? Hmm. Tendremos que remediar esa incertidumbre más tarde. En el dormitorio, quizás. Creo que es hora de recordarte, pajarito, quién está al mando.

La furia en su expresión ya se ha desvanecido, y ahora es reemplazada por algo más. ¿Deseo? Sí, lo leo claramente en las profundidades de esos ojos oscuros. Pero justo antes de que me tome del brazo y me arrastre más adentro de la multitud, estoy segura de ver también un destello de aprobación.

***

Rio pasa gran parte de la noche circulando y manteniendo conversaciones tranquilas e intensas que parecen girar en torno a los negocios. Me quedo cerca de él, captando fragmentos de conversación, pero la música, las risas y las voces de la multitud sirven como una pantalla efectiva que enmascara lo que está diciendo. Al final, me rindo en tratar de seguirlo y comienzo a observar a la gente en su lugar.

Un hombre que me resulta familiar pronto llama mi atención. El hermano de Rio, Nikolas. Solo lo he visto una o dos veces, alrededor

de la época de nuestra boda, pero como todos en la familia de Rio, su presencia carismática es memorable.

Cuando sonrío a modo de saludo cortés, él se dirige directamente hacia mí.

—¿Cómo está mi cuñada favorita? —pregunta, tomándome por ambos codos e inclinándose para besarme en las mejillas, primero un lado y luego el otro.

Es tan diferente en su manera de ser a Rio, menos rígido y con un toque de humor que suaviza su rostro y sus acciones.

Resoplo ante su pregunta y sacudo la cabeza. —A menos que tu hermano menor, Luca, se haya casado sin que Rio lo sepa, creo que podría ser tu única cuñada.

—Ah, pero incluso si tuviera diez hermanos, todos casados, seguirías siendo mi favorita.

No puedo evitar la risa que se me escapa. —¿Lo sería? *¿A pesar* del hecho de que intenté huir, o debido a eso, Nikolas?

Siento verdadera curiosidad por lo que piensa el resto de la familia sobre mi fuga y posterior recaptura. Rio ha dejado claro que mi huida se consideró una traición de la peor clase, pero aparte de Angel esta mañana, no he visto a nadie excepto a matones, personal médico y empleados de la finca, así que no ha habido nadie más que Rio para calibrar la reacción familiar.

Él también se ríe, una breve carcajada que desaparece casi tan rápido como llegó. —Nicky, por favor. Nunca Nikolas. Eso es demasiado formal —hace una pausa para estudiarme antes de añadir en un tono repentinamente serio—: Y *a pesar de* ello, Bianca, no por ello. Puede que a veces parezca un tonto superficial en comparación con Rio, pero quiero a mi hermano y le soy leal. Nunca aprobaría una traición a nuestra familia.

Un escalofrío me recorre la piel inesperadamente, haciendo que se me ponga la carne de gallina en los brazos.

—Nicky —asiento para confirmar que usaré el nombre que desea—. ¿Qué harías si traicionara a Rio de nuevo? No es que lo esté planeando, solo pregunto por curiosidad.

Sus ojos centellean y una rigidez desciende sobre su expresión. Por un momento, se parece exactamente a su hermano mayor. Violento. Implacable. *Peligroso*. —Creo que Rio es incapaz de hacerte daño, Bianca. Te quiere demasiado, y ese concepto es nuevo para él. Amar a alguien simplemente *porque sí*, y no por familia u obligación.

—¿Simplemente porque sí?

—Sí. Sois opuestos en todos los sentidos, y aun así, de alguna manera, parecéis encajar juntos. Nadie lo esperaba, tengo que admitirlo.

Miro a mi marido, todavía enfrascado en una discusión a varios metros de distancia. ¿Encajamos juntos? Me gusta esa idea, mucho, aunque en el fondo, una gran parte de mí no cree que sea cierto.

Entonces Nicky continúa hablando en un tono conversacional, y mi atención vuelve a él cuando dice: —Así que recaería sobre mis hombros matarte, querida cuñada, si vuelves a salirte de la línea.

Mis labios se separan, y de repente, me resulta difícil tragar.

—No me hagas hacer eso —entre un parpadeo y otro, el filo violento desaparece de sus rasgos y la jovialidad vuelve—. Me caes bien. Me gusta tu espíritu combativo, y me gusta el hecho de que tu presencia hace que mi hermano sea más feliz de lo que jamás lo he visto —me da una palmadita pseudo-amistosa en el hombro desnudo, y me estremezco bajo el contacto aunque sus dedos están calientes.

Una amenaza de muerte de un miembro de mi nueva "familia".

—Nunca te tomaré por tonto, Nicky —logro decir al fin—. Ni por superficial.

—Bien. Entonces creo que nos llevaremos de maravilla. ¿Te gustaría bailar?

Echo otra mirada a Rio, deseando que mire hacia aquí. No quiero bailar con Nicky. Acaba de amenazar con matarme. Como si sintiera mi angustia, Rio levanta la vista de su conversación, frunce el ceño cuando ve quién está conmigo, y murmura algo a su acompañante antes de venir hacia nosotros.

—Nicky. No esperaba verte aquí. ¿Qué quieres? —el tono de Rio es plano, y su mirada va de su hermano a mí como si intentara adivinar la naturaleza de nuestra conversación.

—Simplemente estoy teniendo una charla amistosa con tu encantadora esposa.

Me acerco a Rio y me coloco bajo su brazo. La ironía de buscar consuelo y protección en Rio no se me escapa. Ni a Nicky, al parecer, cuyos ojos brillan con evidente humor.

El brazo de Rio me rodea automáticamente. Abro la boca para pedirle que baile conmigo para que Nicky no pueda, pero este último retrocede y da una sonrisa y un asentimiento que parece a todos los efectos una despedida normal y amistosa.

—Hasta la próxima, hermano. Y nueva hermana —agita los dedos y luego desaparece entre la multitud.

Pasa algún tiempo antes de que mi ritmo cardíaco vuelva a un ritmo más normal.

Y no puedo evitar preguntarme si esta familia a la que me he unido acabará siendo mi muerte. Literalmente.

Capítulo Diecinueve

"Evitar el peligro no es más seguro a largo plazo que exponerse directamente. Los temerosos son atrapados con tanta frecuencia como los audaces."

Helen Keller

Bianca

A medida que avanza la noche, mis pechos empiezan a doler y, con el permiso de Rio, me retiro justo después de los discursos. Él me lanza una mirada indescifrable, pero me permite alejarme de su lado para buscar a un miembro del equipo de seguridad del anfitrión y comunicarle mis necesidades. De camino aquí, me informaron que ya se había discutido y arreglado un espacio privado para extraerme leche, sin duda gracias a la capaz y eficiente Dana.

Pasan varios minutos antes de que me dé cuenta de lo que probablemente significaba esa mirada de Rio. Seguramente estaba recordando la última vez que estuvimos en un evento elegante como este. Desaparecí en el baño durante una gala benéfica en Boston, y ahí fue donde conocí a Felicity de los federales.

Aunque no planeé ese encuentro, Rio debe estar preguntándose si algo similar podría ocurrir esta noche. Espero que no. Estoy empezando a disfrutar de mi recién encontrada libertad y no quiero que me envíen de vuelta a esa mazmorra prisión. No importa lo lujosa que sea.

Y ciertamente no quiero arriesgarme a que mi cuñado me mate.

Después de hablar por su auricular y micrófono y averiguar dónde llevarme, el guardia de seguridad de Martelli me conduce por un largo pasillo hasta una pequeña sala de estar. Mientras permanezco en la puerta, el tipo revisa la habitación, asegurándose de que esté vacía y de que las ventanas con cortinas estén bien cerradas, y luego me hace una señal para que entre.

Frunzo el ceño cuando toma posición cerca de uno de los sofás, y señalo el equipo que me espera en la mesa de centro baja.

—Estoy a punto de descubrir mis pechos y extraerme leche con este aparato. No creo que a mi esposo, Rio, le guste que alguien más que él mire ciertas partes de mi cuerpo. ¿Usted qué opina?

—¿Rio, señora? ¿Usted es... la señora *Agosti*?

Sonrío dulcemente ante su incomodidad.

—Lo soy. Y Rio es muy celoso, como todo el mundo sabe. Pero supongo que puede quedarse aquí si lo desea, aunque no puedo garantizar cuál será la reacción de mi esposo si se entera...

Él mueve los pies, mirando mi escote y apartando la vista rápidamente.

—Estaré justo fuera de la puerta, señora. Si me llama, entraré en cuestión de segundos.

—Me parece bien. Gracias. —Tal vez soy mejor en este juego de lo que pensaba.

Sale apresuradamente y cierra la puerta tras él, y me hundo en el sofá de cuero marrón con un suspiro de alivio. Las semanas en la suite subterránea fueron solitarias, pero nunca fui realmente aficionada a las fiestas o la vida nocturna. Un buen libro siempre me resultó más atractivo que una discoteca.

Suspiro de nuevo, disfrutando del casi silencio de la habitación. Todavía puedo oír sonidos apagados que llegan desde el salón de baile por el pasillo, pero ahora ofrecen un agradable ruido de fondo en lugar de una cacofonía desagradable.

No estoy demasiado preocupada por lo que pueda estar pasando fuera de las ventanas. Hay cortinas pesadas bloqueando la vista, y si la organización de Gianni Martelli es algo parecida a la de Rio, los jardines estarán repletos de seguridad. Danelli también estará por ahí en alguna parte. Probablemente esté tan segura aquí como en la pista de baile.

Me ocupo en conectar el extractor y dejo que haga su trabajo, aprovechando el tiempo para pensar en todo y en todos los que he conocido esta noche.

Mis pensamientos se desvían hacia Nicky y rápidamente se apartan. Para bien o para mal, es mi cuñado, y tendré que acostumbrarme a su presencia.

Considero a nuestro anfitrión, Martelli. Es bastante obvio que le desagrada Rio. No puede ser celos, ya que parecen ser considerados iguales a su manera. ¿Ve a Rio como una amenaza para su base de poder? ¿*Es* Rio una amenaza? Mi esposo ama Boston, y no puedo imaginar que quiera expandir sus operaciones hasta aquí en Washington.

Aunque tratándose de Rio, ¿quién sabe?

Solo puedo guiarme por el instinto, pero no veo que esa sea la razón del antagonismo de Martelli hacia Rio. Si no es eso, ¿entonces qué está impulsando ese desagrado subyacente?

No puedo evitar pensar en el mundo animal y cómo funciona en comparación con este. Echo mucho de menos el centro de rescate, aunque es poco probable que me quieran de vuelta. Pero si me quedo con Rio, al menos algún día podré ayudar a establecer y dirigir un nuevo refugio.

Y tal vez pueda aplicar algo de lo que aprendí a lo largo de los años trabajando en el refugio a este loco ambiente de la Mafia. Los animales luchan porque quieren poseer o ganar algo para su supervivencia. Puede ser comida, territorio o una pareja. Martelli definitivamente no me persigue a mí, no después de que las primeras palabras que salieron de mi boca fueran un insulto percibido. Ambos tienen suficiente dinero para iniciar una pequeña nación cada uno, así que es poco probable que sea eso. ¿Territorio? ¿Martelli quiere más? ¿Rio quiere más?

¿Y si este elusivo tipo que todos están buscando —este Antonio— trabaja para Gianni Martelli?

¿Estará Martelli ocultándolo entre sus filas en alguna parte, y Rio no ha tenido suerte en encontrarlo porque está menos familiarizado con esta área y sus operaciones que con lo que ocurre en su propia ciudad?

Cuanto más considero la idea, más parece cristalizarse en mi mente como una probabilidad. Necesito volver con Rio y compartir algunas de mis ideas con él.

Termino de extraerme la leche, disfrutando del alivio de los pechos vacíos, y guardo todo, luego me arreglo el vestido y me levanto de un salto para volver al salón de baile. Abro la puerta de la sala de estar, esperando ver al guardia de seguridad que me escoltó hasta aquí. En su lugar, me detengo abruptamente al ver a un hombre de esmoquin en el acto de extender la mano hacia el pomo de la puerta.

Gianni Martelli.

Inmediatamente me agarra por los hombros, me empuja hacia atrás sin mucha delicadeza dentro de la habitación, y entra en el espacio conmigo, cerrando la puerta de golpe detrás de él.

Alcanzo a ver el rostro del guardia de seguridad justo antes de que la puerta se cierre: sorpresa que inmediatamente se convierte en impasibilidad. Por supuesto. Este tipo trabaja para Martelli. Estoy por mi cuenta, al menos por el momento.

Miro fijamente a los ojos inexpresivos de mi anfitrión y empiezo a balbucear.

—Rio dijo que se reuniría conmigo aquí. Se ha retrasado. Llegará en cualquier momento. Estoy segura de ello.

Estoy soltando tonterías, y ambos lo sabemos.

Martelli esboza esa sonrisa de serpiente suya, y se me hiela la sangre.

—Tome asiento entonces, Bianca *Agosti*, y esperaremos a que llegue su esposo —hace un gesto hacia el sofá que acabo de abandonar, y

me deslizo de vuelta al asiento antes de que mis temblorosas rodillas delaten mi terror.

Me estudia por un momento antes de tomar asiento frente a mí. La mesa de café baja se encuentra entre nosotros, y no puedo evitar sobresaltarme cuando se inclina hacia adelante. Pero simplemente está alcanzando una caja de puros en la mesa junto a la bomba empacada. Se ocupa cortando y encendiendo un puro, dándole una calada antes de mirarme de nuevo.

—Espero que no le importe que encienda un puro, señora *Agosti*. Esta es mi habitación favorita para disfrutar de un cigarro.

Por supuesto que me importa, hombre horrible. Odio los puros. Excepto cuando se trata de Rio, añade mi mente recalcitrante. En él, el humo del puro huele delicioso. En este hombre, me dan ganas de vomitar.

Sonrío dulcemente, eso espero. Era fácil jugar con uno de los matones. Están preparados para obedecer órdenes, y yo *soy* la esposa de un jefe de la mafia, después de todo. Mucho más difícil es jugar con alguien como Martelli.

—No me importa —miento—. Y si empezamos con el pie izquierdo antes, me disculpo. Estaba... —Mi corazón late con fuerza, y espero estar diciendo las cosas correctas y no empeorar la situación—. Solo quería complacer a mi esposo, señor Martelli. Reconocer su nombre. Eso es todo. No pretendía ofenderle. De verdad, yo...

La mirada fija de esos ojos fríos congela mi caja de voz. De nuevo. Me aclaro la garganta, tratando de reiniciarla, sin éxito.

Él sigue dando caladas, luego dice:

—Bueno. Parece que su esposo se está retrasando *mucho*. Aunque no me sorprende. La última vez que lo vi, estaba teniendo una conversación bastante animada con Julia Veneto. Parecían estar muy acaramelados en uno de los nichos junto al salón de baile.

Eso reactiva mi voz de nuevo.

—¿Julia Veneto, la actriz?

¿La actriz de Hollywood muy hermosa, muy sexy y actualmente muy disponible?

—Esa misma. Oh, vaya. Qué lástima para usted, Bianca *Agosti*.

Entrecierro los ojos. De repente, ya he tenido suficiente de él. No me importa lo rico y poderoso que sea este tipo, ni me importa *qué* es.

—El asunto es, señor Martelli, que Rio es mi esposo. Me ama y es leal. Nunca me faltaría al respeto...

—En efecto, no lo haría —me giro hacia la puerta, donde Rio acaba de entrar.

Sus ojos arden con algún tipo de emoción y, mirándolo ahora, no puedo creer que alguna vez lo haya considerado frío.

No como el hombre sentado frente a mí. No hay comparación entre los dos. Ninguna en absoluto. Me pongo de pie de un salto y corro hacia Rio, mi tensión disipándose mientras me envuelve con sus fuertes brazos. Buscar su protección parece estar convirtiéndose en un hábito.

Puede que sea un monstruo violento que asusta a otros de la manera en que Martelli me asusta a mí. Pero Rio es *mi* monstruo. Y ahora mismo, estoy tan agradecida de tenerlo de mi lado.

—¿Estás... intacta? —murmura las palabras en voz baja en mi oído. Tan bajo que apenas puedo oírlo.

Asiento, pero estoy segura de que puede sentir mi temblor. No quiero que nada estalle entre estos dos. Especialmente no ahora, cuando estamos en pleno territorio de Martelli y rodeados de su gente.

—Estoy bien —confirmo—. La leche está extraída y en esa bolsa refrigerada lista para llevar a casa.

Señalo la mesa, y Rio hace una pequeña mueca, pero su postura se relaja un poco, y puedo notar que la ira subyacente está disminuyendo.

—Si vas directamente al salón de baile, Bianca, hay alguien que desea hablar contigo.

—¿Oh? Pero ¿qué hay de...?

—Ve, *mia cara*. Carlos Rossi está esperando.

Se me cae el alma a los pies. Quiero ir a casa, no hablar con otro gángster más con una personalidad superficial claramente falsa.

—Está bien. Pero ¿ya casi es hora de que nos vayamos? —mi voz sale más débil de lo que quisiera.

Rio acuna mi mejilla.

—Pronto. Y entonces creo que será el momento de discutir el asunto del *control*. Quién lo ejerce. Y quién no. ¿Te gustaría eso?

A pesar de la presencia del hombre mayor, mi interior se enciende ante la promesa de Rio.

—Me encantaría eso, *mio caro marito*.

Él suelta una risa, claramente sorprendido.

—Le pregunté a Angel esta mañana cómo decir "mi hermoso esposo".

—¿Ah, sí? —su mirada es cálida.

Lo he complacido, y me sorprende lo mucho que ese conocimiento me complace a *mí*.

—Ve, pajarito. Danelli te vigilará. Me reuniré contigo tan pronto como pueda. Debo hablar con nuestro anfitrión —lanza una mirada hacia Martelli, pero el hombre simplemente sigue dando caladas.

Hago lo que Rio dice, pero no puedo resistir detenerme en la puerta. Casi le pregunto a Martelli cómo está su empleado Antonio para ver si reaccionará al nombre, y para alertar a Rio sobre mis sospechas.

Apenas me contengo antes de que la pregunta salga. Esa información, y mis instintos al respecto, deberían compartirse en privado con Rio. No usarse aquí simplemente como una posible pulla contra un hombre insufrible.

En su lugar, sustituyo por una reprensión diferente.

—Gracias por su hospitalidad, señor Martelli. Tiene una casa maravillosa, y estoy segura de que su joven hija será muy feliz con el anciano abuelo que ha elegido para que se case con ella.

Capítulo Veinte

—No tropiezas con tu herencia. Está ahí, esperando a ser explorada y compartida.

Robbie Robertson

Rio

Mi traviesa esposa necesita una buena zurra, y estaré encantado de dársela en cuanto salgamos de aquí. Ese último comentario fue demasiado, pero aun así, apenas logro contener una risita cuando se va.

Martelli casi se atraganta con su puro cuando ella lanza la pulla y se marcha con aire desdeñoso antes de que él pueda responder.

Pocas veces he amado a Bianca más que en este preciso momento.

Martelli se inclina hacia adelante y aplasta la punta del puro con tanta fuerza en el cenicero de la mesa de café que la bandeja se parte en dos con un fuerte crujido. Maldice en italiano y luego hace un gesto airado con la mano. El extractor y la bolsa refrigerada salen volando. Parece que no llevaremos leche extra a casa para Emilia.

Me cruzo de brazos y espero a que su rabieta se calme, disfrutando de la falta de control que acaba de mostrar. Son las sutilezas las que importan en un juego de poder, y Martelli acaba de ponerse en la posición más débil.

Al menos, por el momento.

Deja que la colilla se apague sola en el desastre que ahora está esparcido por la mesa. —Deberías tener cuidado, Agosti. Estás perdiendo el control, como se evidencia ahora mismo. Esa mujer será tu muerte si no tienes cuidado, viejo amigo.

Le sonrío sin humor. Ambos sabemos quién acaba de perder el control de sus emociones, y no fui yo.

—Esa *mujer*, como tú la llamas, es mi esposa, y como tal, merece respeto. Incluso de ti, Martelli. Igual que yo ofrezco mi respeto cuando se trata de tu esposa.

No devuelvo la referencia de "amigo". No lo somos, y nunca lo hemos sido.

Inclina la cabeza. —De acuerdo. Respeto por nuestras esposas. Aunque solo será cuestión de tiempo antes de que te desvíes de su lecho. Mujeres como Julia Veneto, y otras igualmente hermosas, están disponibles en cualquier momento para hombres como nosotros.

Tiene razón en cuanto a la disponibilidad de mujeres. Ejerzo un gran poder en mi posición, al igual que el propio Martelli. El poder es un gran afrodisíaco. También lo es el dinero. Y las fortunas que aumentamos a diario son inmensas.

Mis apetitos sexuales del pasado son bien conocidos, y nunca me han faltado compañeras de cama dispuestas. Pero ahora que Bianca está en mi vida, no puedo imaginarme deseando a ninguna otra mujer.

Incluso cuando huyó de mí, antes de que la encontrara y la trajera de vuelta a casa desde Cleveland, no llevé a ninguna otra a mi cama. Mi obsesión por ella fue la razón por la que nadé miles de vueltas en esa maldita piscina sobre mi club. Día tras día. Y la razón por la que apenas dormí hasta que la tuve de vuelta bajo mi techo una vez más.

Ya fuera físicamente en mi vida, o en mis pensamientos como un espectro fantasmal mientras estuvo ausente, ella llenó cada espacio en mí hasta que no quedó lugar para nadie más.

No hay nadie más.

Sé en el fondo que de alguna manera he encontrado mi pareja en Bianca. Por improbable que parezca, ella se ha tallado un lugar en mi corazón.

Y ahora que ha vuelto, nunca la dejaré ir.

***

Bianca

No quiero dejar a Rio allí con Martelli. No confío en ese hombre víbora, ni en sus intenciones hacia mi marido.

Y probablemente acabo de empeorar la situación. No debería haber provocado a nuestro anfitrión con ese estúpido comentario. Si se ofendió antes, simplemente porque lo corregí sobre mi nombre, Dios sabe lo que hará con respecto a la pulla que acabo de lanzar sobre su hija.

Pero me enfureció tanto que no pude evitarlo. También hablaba en serio con lo que dije. Su hija, que he descubierto esta noche es un año menor que Angel. Durante los discursos, presentaron al futuro yerno de Martelli, y vi la expresión en el rostro de esa pobre chica cuando un anciano que parecía tener setenta años subió al escenario para unirse a ella.

Claramente no está de acuerdo con casarse con alguien casi sesenta años mayor que ella.

Espero no haber empeorado las cosas para Rio, al hacer saber mi disgusto por los matrimonios arreglados.

Es como el dicho de la paja y la viga, realmente, cuando considero las circunstancias de mi propio matrimonio. No arreglado, sino forzado. Mucho peor, si lo piensas así. Al menos la hija de Martelli tendrá tiempo para acostumbrarse a la idea. Y tal vez, como Angel, siempre ha conocido su destino, y simplemente lo acepta como se hacen las cosas en este mundo.

Me hago una nota mental para hablar con Rio sobre Angel e intentar asegurarme de que quien sea "elegido" para ella sea al menos una persona medio decente.

Carlos Rossi está esperando cuando regreso al salón de baile. Se abalanza sobre mí tan pronto como vuelvo a entrar por una de las aberturas arqueadas. Apenas logro contener un suspiro. La noche ha

sido interminablemente larga, y estoy más que lista para volver a casa con Rio.

Casa.

Me doy cuenta de repente que estoy pensando en la mansión de Boston como mi hogar. ¿Es porque sé que Emilia está allí, y donde está mi hija, también está mi hogar? ¿O es mi creciente conexión con ese lugar algo menos tangible?

No tengo la oportunidad de reflexionar. Rossi me toma del codo y me lleva a través de otro arco hacia un nicho ligeramente más tranquilo que el área principal bulliciosa. El alcohol ha estado fluyendo toda la noche, y los gritos de risa y las conversaciones ahora son mucho más fuertes que cuando Rio y yo llegamos.

—Quería aprovechar la oportunidad para disculparme adecuadamente con usted, querida Bianca. No hemos tenido la oportunidad de hablar mucho más allá de nuestro breve intercambio en la reunión en Boston.

Hay un reproche en su tono, y me suelto de su agarre. Estudio las líneas y arrugas de su rostro. No lo había notado realmente en la reunión, probablemente porque estaba demasiado nerviosa esa noche para notar mucho de nada, pero parece mucho mayor de lo que recuerdo, y solo han pasado unos meses.

¿Está esperando que caiga la mano de Rio? ¿Que su tiempo se acabe en el momento en que ya no sea visto como útil para mi marido? Sé de primera mano cómo se siente vivir en constante temor. Te envejece mucho más rápido de lo que la naturaleza pretende.

—Cuando desapareciste de Augusta y mis hombres no pudieron encontrarte —dice—, no me dejaste otra opción. Tuve que presentarme voluntariamente y contarle al menos algo a tu marido, o toda mi familia podría haber sido borrada de la existencia cuando descubriera mi implicación.

Abro la boca para hablar, pero él levanta una mano. —No me habría presentado en absoluto si no hubieras desaparecido. Te habría

protegido con mi vida. Por el bien de tu madre Rina, Bianca.

Mi corazón da un vuelco. Realmente *amaba* a mi madre.

—¿Me contarás sobre mis padres? —La petición es impulsiva; quiero saber más, por supuesto, pero he evitado preguntar. Tal vez porque temo las respuestas.

Pero sé tan poco, y ahora que tengo a Emilia, quiero averiguar más para poder ayudarla a entender su verdadera herencia cuando sea lo suficientemente mayor.

Rossi duda, luego se mueve hacia un banco de hierro forjado colocado a un lado del nicho. Cuando toma asiento y da una palmadita en el banco a su lado, cruzo y me siento en el borde.

—Sabes que estaba enamorado de tu madre —comienza, y yo asiento.

—Sí, eso fue obvio desde la primera vez que nos conocimos.

Él ríe ligeramente, pero hay poco humor en el sonido. —Nunca pude actuar sobre ese amor porque Rina estaba embelesada con tu padre. Y Stefano, querida mía, era muy parecido a como es Rio ahora. El jefe de la familia Carlotti, y absolutamente despiadado si alguien se atrevía a cruzarse en su camino.

—Pero mi madre... ¿lo amaba de todos modos?

—Con todo su corazón y alma —dice Rossi suavemente—. Ella y Stefano estaban comprometidos desde jóvenes en un matrimonio arreglado por sus familias. —Hay un leve tinte de amargura subyacente en sus palabras cuando añade—: No te gustará oír esto, pero es afortunado que murieran juntos en esa explosión de bomba. Ella habría sido solo media persona sin su Stefano en este mundo. Nadie habría podido llenar su corazón como él lo hizo.

¿Ni siquiera su hija? Trago el repentino nudo en mi garganta, preguntándome si yo podría ser alguna vez tan insensible si se tratara de Emilia. Por supuesto, mi madre probablemente no tuvo elección sobre si vivía o moría en ese momento, pero si *hubiera* sobrevivido, ¿habría sido yo suficiente para ella?

Mis ojos escuecen, y parpadeo con fuerza, negándome a llorar por una mujer que nunca conocí. Mis padres fueron la pareja amorosa que me crió. Si tengo que llorar en algún momento, que sea por el hecho de que mi madre adoptiva nunca tuvo la oportunidad de conocer a su nieta, y mi padre adoptivo estaba tan desconsolado por su muerte que desapareció en las montañas en algún lugar de Tailandia y ni siquiera sabe que tiene una nieta.

—Entonces, ¿mi padre biológico tenía muchos enemigos?

Como Rio.

—En efecto, los tenía. Incluso había algunos dentro de la propia familia Carlotti. *Tu* familia, Bianca. Una pugna a puerta cerrada por el control de la organización. No se sabe hasta el día de hoy quién ordenó el ataque, pero se cree que a alguien no le gustaba la dirección en la que tu padre estaba tratando de llevar el negocio.

—¿Qué dirección era esa? —Me siento extrañamente desconectada, como si estuviéramos discutiendo personajes de un libro o película.

Pero la realidad es que eran mi familia. Mis *padres*. Mi propia carne y sangre.

—No estaba al tanto de los detalles, pero se rumoreaba en ese momento que estaba considerando vender partes del negocio a otras familias. Quería recaudar capital para invertir en nuevos emprendimientos, pero algunos vieron la estrategia como una que debilitaría la base de poder de los Carlotti. Nuestro anfitrión de esta noche, Gianni Martelli, era uno de los que supuestamente estaban interesados.

Mis dedos, ya apretados en mi regazo, se contraen ligeramente ante esa revelación. Martelli parece mucho menos estable que el hombre sentado frente a mí, y sería un enemigo aterrador. Aunque tengo que recordar que la persona de abuelo de Rossi es solo una fachada. He visto destellos de la dureza debajo varias veces, y estoy segura de que él también sería un adversario formidable.

—¿Y tú, Carlos? —pregunto—. ¿Eras una parte interesada?

—Tal vez, pero todo eso fue hace mucho tiempo, querida. Y todo es discutible. Tu marido tiene el control del imperio Carlotti, gracias a tu matrimonio, y yo soy la última persona con la que consideraría hacer negocios estos días.

—¿Es por mí? ¿Porque me ayudaste?

—Ah. Es por muchas razones. Y no me hago ilusiones. Tú y yo sabemos que probablemente estoy viviendo tiempo prestado en lo que respecta a los planes de Rio para mí. Pero le he proporcionado información a Rio, y él cree que tengo más que ofrecer. Por esa razón y solo por esa, no estoy actualmente a dos metros bajo tierra.

Me estremezco ante la franqueza de su declaración, pero es probable que esté diciendo la verdad. Ha habido demasiadas transgresiones involucrando a Carlos Rossi, aunque nunca parece ser el culpable. Es poco probable que Rio permita que Carlos viva a menos que vea un beneficio para los Agosti.

—También te debo una disculpa, Carlos —admito—. Tomé tu dinero bajo falsos pretextos. Tengo que admitir que no tenía intención de detenerme en el apartamento que me arreglaste en Augusta. Y por eso, lo siento.

—No querías cambiar un señor del crimen por otro, ¿eh?

—Bueno... yo...

Afortunadamente, logro suprimir mi estremecimiento porque se ríe como si pudiera percibir mi incomodidad y disfrutarla.

—Como tu benefactor, querida. Nada más.

—Oh. —Mis mejillas se calientan, y brevemente bajo la mirada a mis pies—. Esa evaluación es bastante precisa —admito después de un momento—. Solo necesitaba alejarme lo más posible de este mundo a veces violento. Después de lo que pasó con Anders.

—Ah. ¿Y porque él era mi hombre, me culpaste?

—No. Te creí cuando dijiste que no tenías conocimiento de ese ataque. Y me aseguré de hacer llegar esa información a Rio, como

me pediste.

—Sí, lo hiciste, y estoy agradecido. *Esa* es una de las razones por las que estoy vivo ahora mismo.

Trago saliva con dificultad, esperando que no se ofenda por mis siguientes palabras. —Es solo que tú eres parte de ese mundo. Tú y Rio, Carlos. Y tenía miedo por mi bebé. Simplemente tenía que irme. Lo siento, pero es verdad.

Sus ojos se suavizan. —Dices la verdad, querida. Este *es* a menudo un mundo violento. Desafortunadamente, en el momento en que Rio te secuestró y luego se casó contigo, te convertiste en parte de él. Y no importa cuán rápido o cuán lejos corras, nunca escaparás de él. Ya no. Especialmente ahora que has traído a su hijo al mundo.

Sé cuán acertada es esa observación. He estado considerando ese mismo hecho en mi mente y viéndolo manifestarse en mis propias acciones incluso antes de poder articularlo de manera consciente. Ahora estoy atrapada en esta vida, y no veo cómo puedo salir jamás. Viva.

Me pongo de pie de un salto, tropiezo hacia una de las grandes columnas que marca la entrada a este nicho y apoyo mi espalda contra el frío mármol. Necesito concentrarme en respirar, lenta y constantemente, para intentar aplacar el pánico subyacente que amenaza mi calma superficial.

En el momento en que Emilia nació, algo cambió irrevocablemente.

Incluso si algún día Rio y yo decidimos terminar nuestro matrimonio, él siempre estará en mi vida como el padre de Emilia. No un padre promedio de fútbol los fines de semana, pero aun así un padre.

Nunca podré escapar, no importa cuánto pueda desearlo. La única manera en que puedo ver para protegerme a mí misma y a mi hija de ahora en adelante es confiar plenamente en el único hombre del que huí.

El propio Rio.

Capítulo Veintiuno

"Vivimos en un mundo de fantasía, un mundo de ilusión. La gran tarea en la vida es encontrar la realidad."

Iris Murdoch

Rio

Mi preocupación aumenta después de la conversación con Martelli. Finalmente admitió haber experimentado varios trastornos comerciales similares a los que estamos teniendo en Boston. Todavía no estoy convencido de que no sea su organización la que esté causando los problemas.

Pero había una mirada en sus ojos —una aprensión genuina— que hablaba de verdad. Alguien está intentando alterar el orden natural y el equilibrio de nuestro mundo.

Así que, cuando vuelvo a entrar al salón de baile y no veo a Bianca por ninguna parte, mi preocupación se dispara y mi respiración se acorta.

¿Dónde está? ¿Ha vuelto a huir? ¿Está a salvo?

No debería haberla traído conmigo en este viaje. ¿En qué estaba pensando?

La verdad es que no estaba pensando. Al menos, no con la cabeza. Nunca lo hago cuando se trata de Bianca.

Saco mi teléfono del bolsillo de la chaqueta y estoy a punto de marcar a Danelli —al diablo con la regla de Martelli sobre no tener seguridad excepto la suya— cuando veo a mi esposa emerger de detrás de una columna. Se ve... conmocionada, a falta de una mejor palabra.

Momentos después, Rossi aparece a su lado. Le da una palmadita en el brazo y luego la deja allí sola. Me precipito a través de la sala. Ella

levanta la mirada y me ve venir, estremeciéndose cuando la agarro del codo.

—¿Qué pasa? ¿Te hizo daño?

Ella parpadea un par de veces, posiblemente por el veneno en mi tono, y la expresión angustiada se desvanece. Me lanza una sonrisa torcida.

—No, todo bien. Él se disculpó, yo me disculpé... Todo bien.

Claramente, no está bien. Ya estoy harto de esta farsa de evento. Necesitamos salir de aquí.

—Es hora de irnos, Bianca —anuncio, y mantengo mi mano firmemente en su codo mientras la guío hacia la salida.

—Gracias a Dios —murmura, y mientras esperamos en la entrada del edificio a que un miembro del personal llame al coche que nos llevará al aeropuerto, se gira para mirarme y me da una sonrisa genuina esta vez—. He estado lista para irme desde el momento en que llegamos. No puedo esperar para volver a casa.

Una calidez florece en mi pecho, reemplazando la preocupación que había mantenido mis músculos tensos. ¿*Casa*? —Me gusta cómo suena esa palabra en tus labios, pajarito.

—¿Cuál? —bromea—. ¿Irme?

—Sabes cuál.

Sea lo que sea que la haya alterado en su conversación con Rossi, parece haberlo superado rápidamente. Averiguaré de qué hablaron, pero no ahora.

Algo cambió entre nosotros cuando nació Emilia. Sea lo que sea es indefinible en mi mente, pero es la razón por la que le permití acompañarme aquí esta noche. Es la razón por la que ha surgido una feroz protección en lo profundo de mí. Es la razón por la que ahora empiezo a entender el verdadero poder —y peligro— del amor, cuando nunca antes había tocado mi corazón.

Y esa *cosa* indefinible entre nosotros es la razón por la que ahora estudio sus delicadas facciones y sus curvas voluptuosas, e imagino todas las cosas que le haré incluso antes de que lleguemos a la finca de Boston.

Casa.

—Voy a hacerte gritar esta noche, Bianca. En los cielos muy por encima de esta multitud de aduladores sicofantes. Cuando el jet despegue, tú también lo harás. Seré implacable, y estarás suplicando por más antes de que estemos siquiera a mitad de camino a casa.

Su boca amplia se entreabre, y la punta de su lengua sale disparada para humedecer su labio inferior. Esos son los labios que pronto ordenaré que envuelvan mi polla. El deseo me inunda ante la imagen mental, y mis pantalones comienzan a abultarse.

No soy un adolescente, y puedo controlar mi cuerpo si lo deseo. Pero no lo deseo. Quiero que sepa cuánto la deseo, que se ahogue en el aroma de mi excitación. Quiero que imagine el sabor caliente de mi necesidad en esa sexy lengüita mientras sus labios vaginales se humedecen con su propia excitación resbaladiza.

—Esa es una gran promesa, esposo —murmura, sus ojos entornándose brevemente mientras aletea sus pestañas—. Es un vuelo corto.

—Es lo suficientemente largo, Bianca, para los preliminares. Un comienzo. Y luego continuaremos el resto hasta bien entrada la noche después de que lleguemos de vuelta a Boston. A nuestra casa.

El escalofrío que la recorre es visible incluso en la oscuridad de la noche que nos rodea, y sonrío, disfrutando del conocimiento de lo que significa ese escalofrío. Puede que esté bordeado de algo menos positivo que el deseo —de hecho, casi seguramente lo está, conociendo la naturaleza compleja de nuestra relación— pero incluso si todavía me teme, o detesta esta vida en la que ha sido arrojada, no puede ocultar su necesidad. No de mí. El aroma de ello se eleva a

nuestro alrededor, aumentando cuando el coche se desliza hasta detenerse bajo el pórtico en la entrada, y la ayudo a entrar en el compartimento trasero de la limusina.

Mis dedos rozan su cadera mientras la estabilizo, el pequeño jadeo de su respiración confirmando su estado de super-conciencia. Le dije una vez que el deseo es una espada de doble filo. Miedo y necesidad. Amor y odio. Enemigos y amantes apasionados.

Estoy a punto de cumplir en todos los frentes. Mi esposa nunca volverá a ser la misma.

***

Bianca

Voy a hacerte gritar esta noche.

Lo ha prometido en el pasado, y siempre ha logrado cumplirlo, incluso cuando yo estaba decidida a no dejar que sucediera. ¿Será esta noche diferente? ¿Seré capaz de mantener algún control sobre mi cuerpo? ¿Sobre mis emociones? ¿Sobre mi propia maldita voz?

¿*Quiero* mantener el control?

La verdad es que quiero que mi esposo me haga gritar. Y cuando miro en la oscuridad de sus ojos, sé que ya he perdido esta batalla.

El jet despega, y una vez que estamos en el aire y el capitán da permiso para moverse por la cabina, Rio ordena a todo el personal que salga del área principal del salón.

Les dice que regresen solo en caso de emergencia, y que para cualquier cosa menor, habrá consecuencias. Todos se apresuran a salir, y finalmente solo quedamos Rio y yo en el espacio compacto. Nos sentamos en sillones de cuero color crema, frente a frente en silencio.

Estoy casi vibrando de necesidad, mi centro húmedo y listo, y él no ha puesto un solo dedo sobre mí desde que me ayudó a entrar en la limusina en la finca de Martelli.

—¿Qué quieres, Rio? —Mi voz suena más entrecortada de lo que me gustaría.

Pero sus ojos me dicen que ya lo sabe, incluso sin escuchar la necesidad en mi tono, cuánto lo deseo.

—¿Que qué quiero? —comienza en un tono conversacional, pero luego el calor que arde entre nosotros parece estallar, y termina con una voz mucho más áspera—. Quiero que te arrodilles para mí, esposa mía. Aquí mismo, ahora mismo. Ven aquí. *Más rápido*.

Me levanto de un salto de mi asiento y doy un paso adelante, luego me arrodillo lentamente en el suelo de la cabina frente a él y avanzo de rodillas. Sus piernas se abren más, haciendo un espacio para mí entre sus muslos, y la tela de sus pantalones de traje se tensa sobre su carne hinchada.

—Libérame.

Me humedezco los labios, el dolor en mi cuerpo aumentando. Extiendo la mano para desabrochar su botón y la cremallera, permitiendo que su miembro salte libre en toda su gloria erecta. Mi centro está resbaladizo, mis labios vaginales pesados, y no puedo evitar que se me escape un gemido.

—Ahora tócame, Bianca. Acaríciame y luego inclina tu cabeza y tómame en tu boca. Y cuando lo hagas, puedes imaginar mi boca devorándote a *ti*. Lamiendo tu clítoris, bebiendo tus jugos, y luego invadiendo tu canal húmedo con mi lengua y mis dedos exploradores.

Agarro su carne dura y deslizo mi mano arriba y abajo, pasando mi pulgar por la punta y esparciendo la gota de líquido preseminal que me espera. Él se recuesta en su asiento, apoyando la cabeza contra el cuero, mirando al techo de la cabina como si estuviera aburrido con mi toque. Pero noto el movimiento de su nuez de Adán al tragar, y el rápido subir y bajar de su pecho mientras su respiración se acelera.

Aprieto mi puño, deslizo más rápido, y ahí está. Un pequeño gemido que no puede controlar.

Estoy sonriendo triunfante mientras me inclino y tomo su miembro en mi boca. Me encanta saber que puedo excitarlo tan fácilmente. Que un hombre tan poderoso y controlado en el resto de su vida puede deshacerse con el lamer y remolino de mis labios, lengua y dientes.

Me encanta su sabor, su aroma. La sensación de su carne sedosa tan dura y caliente dentro de mi boca y garganta. Pero amo más que nada sus estremecimientos cuando comienza a sacudirse y empujar debajo de mí.

Al darle placer, mi propia necesidad aumenta a niveles insoportables, y gimo alrededor de su carne, deseándolo profundamente dentro de mí.

Como si pudiera sentir mi frustración, me aparta de él y me arrastra sobre su regazo en un movimiento rápido. Toma mi boca con un beso tan profundo que es casi castigador en su intensidad.

Mi vestido se sube por encima de mis caderas, y sus dedos amasan mi trasero antes de que su agarre se apriete y constriña, luego el sonido de tela rasgándose llena la cabina. Interrumpo el beso y miro hacia su mano izquierda, que ahora sostiene mis bragas. Rotas en dos. Otra vez.

Voy a tener que conseguir un suministro completamente nuevo de ropa interior, solo para Rio.

Las arroja a un lado y comienza a besarme de nuevo, y froto mi sexo ahora desnudo contra su órgano. Estoy desesperada por liberarme e intento levantarme para empalarme en él. Pero no me deja. Sujeta mis caderas en su lugar, impidiéndome hacerlo. En su lugar, me froto frenéticamente contra él, mis gemidos volviéndose casi salvajes.

Sus labios dejan los míos y recorren mi cuello, y sus dedos, anteriormente rudos y codiciosos, se vuelven ligeros como plumas mientras roza los costados de mis pechos doloridos.

—Fóllame, Rio, por favor. ¡*Por favor*!

—Aún no, mi hermoso pajarito. No te he hecho gritar.

Cambia de posición en la silla, de alguna manera deslizándose por debajo de mí y volteándonos para que yo esté sentada y él ahora arrodillado en el suelo frente a mí. El cuero en mi trasero desnudo está caliente por el calor de su cuerpo. Incluso eso crea una llama a mi necesidad.

Sonríe, una expresión lobuna que inspira otro dolor que se ondula a través de mí y se centra en mi núcleo. Arrastra un dedo lánguidamente por mi humedad y lo lleva a sus labios.

—Tu esencia es como néctar, Bianca. Lo quiero todo. Pero aún no. No puedes venirte, esposa, hasta que haya bebido hasta saciarme. ¿Me entiendes?

Santo cielo. ¿Cómo voy a aguantar? Estoy lista para llegar al clímax ahora mismo, especialmente cuando separa mis piernas y mira mi sexo expuesto con esa expresión oscura y tentadora.

Y entonces se inclina y me reclama con su boca, y casi me deshago en el acto.

Pero no puedo. No sin su permiso...

Es mi turno de sacudirme y estremecerme bajo sus atenciones mientras me devuelve tanto como le di. Su lengua lame mi entrada, se sumerge dentro, y luego vuelve a rodear y provocar mi clítoris mientras uno, luego dos de sus dedos se deslizan dentro de mi humedad.

Sueno como un animal, gimiendo y gruñendo, pero no me importa. Tengo que esperar como él dijo. Tengo que contenerme de venirme... pero es tan difícil; es demasiado difícil. Es tan jodidamente bueno comiéndome y follándome con sus dedos que no puedo soportar aguantar un momento más... Tengo que...

—Vente ahora, nena —ordena contra mi carne caliente y húmeda—. Vente para mí. Ahora *mismo*.

Chupa mi clítoris y me atraviesa con sus dedos una vez más, y me deshago debajo de él.

El grito se desgarra de mí cuando me vengo, y luego, incluso mientras estoy temblando y pulsando por la fuerza del clímax, me levanta de la silla y rueda para acostarse en el suelo alfombrado de la cabina conmigo a horcajadas sobre él. Esta vez me deja hundirme en su miembro listo, y comienzo a cabalgarlo en un frenesí.

La tensión en mi cuerpo, recién liberada, se dispara instantáneamente mientras él empuja hacia arriba para encontrarse con mi movimiento ondulante. No puedo aguantar. La tortura es demasiado exquisita, y comienzo a venirme de nuevo, esta vez mis paredes internas apretando alrededor de su órgano mientras dejo escapar otro grito.

Él también ruge, y caemos juntos por el borde del precipicio de la sensación en el orgasmo más alucinante de mi vida.

Es solo después, cuando recobro el sentido aún tendida sobre él, nuestros corazones latiendo rápido al unísono, que comienzo a sollozar. Ha tomado cada pequeña parte de mí, desde mi nombre hasta mi cuerpo y mi propio sentido de identidad, y me ha reformado en alguien que apenas reconozco.

Y ahora sé que no importa lo que haga, no importa lo que *sea*, nunca podré estar completa de nuevo sin él, mi monstruo, en mi vida.

Capítulo Veintidós

"Ser digno de confianza es un halago mayor que ser amado".
George McDonald

Bianca

No hay una discusión real al respecto, pero cuando llegamos a la finca, Rio ordena que trasladen mis cosas de mi dormitorio contiguo a su suite. El paso final para unirnos. La decisión en sí, así como mi falta de molestia por la ausencia de consulta, señala algún tipo de punto de inflexión en nuestra relación. Otro punto de inflexión más, solo que este es uno que nunca pensé que alcanzaría.

Todavía estoy enamorada de mi marido, como lo he estado durante tanto tiempo.

Pero creo que ya no lo odio.

Caemos en una rutina que implica que Rio desaparezca durante el día para trabajar en la ciudad y regrese a la finca —y a nuestra cama — por la noche. Casi puedo convencerme de que estamos viviendo una vida matrimonial normal y cómoda.

Casi.

Si no fuera por el aumento de la seguridad alrededor de la finca y la creciente tensión que percibo en Rio cada vez que llega a casa. Obviamente, todavía está preocupado por cualquier agitación que esté ocurriendo en su negocio, pero está tratando de no dejar que yo lo vea.

A pesar de la tensión subyacente, me está dando más libertad estos días que antes del viaje a Washington. Eso puede ser en parte porque Angelica está en la residencia y claramente no está contenta de quedarse en casa, y no es tímida a la hora de expresar sus deseos. Quiere que la acompañe en sus diversas salidas y no acepta un no por respuesta.

Si hubiera tenido una hermana menor, me habría encantado que fuera como Angel. Dulce y de buen carácter, pero con un fuego oculto en su interior que no tolera tonterías.

Sospecho que Rio va a tener mucho trabajo si intenta elegirle un marido tan anciano como el futuro yerno de Gianni Martelli.

El día que Emilia cumple seis meses, Angel convence a su hermano para que nos deje hacer un viaje a la ciudad. No para visitarlo en el club, sino para fingir que somos turistas y hacer el Freedom Trail, con el plan de almorzar en una cafetería por el camino.

Suena tan "normal" que las lágrimas queman inesperadamente mis ojos cuando Angel confirma que Rio ha dado permiso.

—Junto con unas cinco mil reglas que tenemos que seguir, por supuesto. Y tendremos un séquito de seguridad. Pero podemos llevar a Emilia también, si quieres. Y a Penn. Y tal vez después Penn pueda llevar a Emilia a casa, y nosotras podamos ir a un bar o algo así y divertirnos un poco.

Le lanzo una mirada de reojo.

—Ah, cariño, recuerda que eres menor de veintiuno. Y tu familia es dueña de un bar. Varios bares y clubes, por lo que puedo deducir. No es que te llevara de todos modos, pero ¿en qué bar o club crees que podrías salirte con la tuya bebiendo siendo menor de edad?

—Aguafiestas —hace un puchero, luego se anima—. Bueno, pronto cumpliré veinte, así que no tendré que esperar mucho más. Vale, hagámoslo sin la parte del bar, entonces.

Su entusiasmo es tan contagioso que me encuentro llena de anticipación cuando nuestro "séquito", como lo llama Angel, se dirige a la ciudad. Al final, le di el día libre a Penn, así que somos solo Angel, Emilia y yo, junto con Lee, quien parece asumir el deber de vigilar a la esposa más que la mayoría del equipo, además de otros tres gorilas cuyos nombres no conozco.

Un quinto miembro del equipo nos deja en Boston Common y nos informa que conducirá por delante para que podamos alcanzarlo

fácilmente en el camino si lo necesitamos. Lee se acerca para ayudarme a desplegar el cochecito y cargar a Emilia. Ella es fuerte para su edad y acaba de empezar a sentarse, así que sé que disfrutará pudiendo mirar a su alrededor mientras caminamos.

Hace frío hoy, así que todos estamos bien abrigados. Pero al menos no llueve. Estoy ridículamente emocionada. Habiendo vivido en Boston durante gran parte de mi vida con mis padres adoptivos, es una locura que nunca haya caminado por el Trail. Aparentemente, Angel tampoco lo ha hecho, así que ambas somos tan novatas como cualquier turista cuando comenzamos en dirección al State House.

—¿Sabían que este es el primer parque público de América? —La voz de Lee murmura desde detrás de nosotras, y tanto Angel como yo nos volvemos para mirarlo.

Nos lanza una sonrisa avergonzada, como si no hubiera querido revelar nada de su humanidad no-gorila.

Le devuelvo la sonrisa, sin dejarlo escapar.

—No, no lo sabía. ¿Qué otras pequeñas curiosidades escondes en ese cerebro tuyo, Lee?

—No mucho —murmura, y seguimos caminando—. Se estableció en 1634 —añade después de un minuto.

Angel y yo intercambiamos una mirada, y luego compartimos una risa. Lee definitivamente me está cayendo bien.

Aparto el pensamiento recalcitrante que susurra: *Esperemos que no muera como Leon*.

Estamos teniendo el mejor día, acercándonos a la Old Corner Bookstore y hablando sobre dónde podríamos parar a comer, cuando una mujer rubia sale de las sombras del portal de un edificio y se acerca a nuestro pequeño grupo.

Lleva vaqueros, una camisa y botas de tacón bajo ligeramente desgastadas. Su abrigo largo está desabrochado, mostrando esposas colgando de su cinturón, y por el bulto bajo el abrigo, claramente lleva un arma.

—Oh, Dios mío —Me detengo abruptamente, aferrándome al cochecito y con mi ritmo cardíaco acelerándose.

Me invade una sensación de déjà vu, solo que esta vez, a diferencia de lo ocurrido fuera del centro de rescate de animales, tengo a Emilia de quien preocuparme.

Entonces mi cerebro se pone en marcha, enfocándose en algo más que la presencia del arma, y la reconozco.

Felicity. Si ese es su verdadero nombre.

Los gorilas perciben el peligro y entran en acción, rodeándonos como uno solo con sus manos dirigiéndose a sus armas.

—Esperen, esperen, por favor —Dirijo mi súplica a Lee, quien parece estar a cargo hoy—. La conozco. Es policía. Bueno, federal. Creo. No saquen sus armas, por favor. No quiero que nadie se meta en problemas.

O muera.

Angel se acerca más a mí como para buscar consuelo. O para protegerme. Quién sabe. Dado que es una Agosti, podría ser cualquiera de las dos opciones.

Felicity sonríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos. —¿Cómo está hoy, señora Agosti? Confío en que todos estos caballeros tienen licencias de armas, ¿verdad?

Sostengo su mirada firmemente, aunque mi respiración aún es más corta de lo normal. —Las tienen. Podemos perder el tiempo de todos verificándolo, si lo desea, pero ambas sabemos que Rio nunca enviaría a sus hombres sin la documentación correcta en regla.

No tengo idea si eso es cierto o no, pero confío en los arreglos de Rio. A estas alturas, tengo que hacerlo.

Parece que ella también lo hace, porque da otro paso hacia mí sin alcanzar su arma. Resisto el impulso de saltar frente al cochecito y ocultar a Emilia de su mirada aguda, y en su lugar, observo cómo se acerca.

Cuando los matones intentan detenerla, hago un gesto con la mano. —Está bien, chicos. Obviamente quiere hablar, y no va a lastimarme. Ni a arrestarme.

Eso espero.

Como mínimo, probablemente esté furiosa por mi acto de desaparición del año pasado. Ella y sus colegas pensaron que traicionaría a mi esposo y les daría la información que necesitaban para finalmente arrestar a Rio y encerrarlo. Y en algún momento, podría haberlo hecho realmente. Pero muchas cosas han cambiado desde entonces. Debe haberse sentido terriblemente decepcionada, y posiblemente avergonzada a nivel profesional también si había vendido mi traición a sus superiores y luego desaparecí inmediatamente después.

Sus ojos se entrecierran, y esta vez cuando se mueve hacia adelante, hay una nueva cautela en sus facciones. —Deseo hablar —confirma—. ¿Podemos tener unos minutos, Bree? —Parece darse cuenta de su error y se corrige rápidamente—. Lo siento. Bianca. Señora Agosti. ¿Podemos hablar... a solas?

—No. No podemos. —Enlazo mi brazo izquierdo con el de Angel para demostrar que lo digo en serio, y agarro el manillar del cochecito con fuerza con la otra mano—. Podemos hablar un minuto, si quieres, Felicity, pero no a solas. Puedes decir lo que necesites frente a los demás.

—Bien, entonces. —Pone sus manos en las caderas, estudiándome primero antes de mirar a Emilia y luego de vuelta a mí—. Felicidades por el nacimiento. Escuché que te secuestró de nuevo y te obligó a quedarte aquí hasta que tuvieras a su bebé.

—No fue exactamente así. —*Lo fue*, susurra una vocecita en el fondo de mi mente. *Fue exactamente así*.

—¿No lo fue? Vamos, Bianca, sé realista. El hombre es un criminal. ¿Realmente quieres que tu hija sea criada en ese estilo de vida? ¿No es por eso que intentaste escapar la última vez? ¿Qué pasó? ¿Te amenazó?

Angel se eriza a mi lado. —Estás hablando de mi hermano, señora. El jefe de nuestra familia. Cuida cómo hablas de Rio.

Sacudo un poco su brazo. —Déjalo, Angel. Por favor. No causes problemas innecesarios para ti. —Luego me vuelvo hacia la agente federal—. Él no me amenazó, Felicity. No sabía que planeaba irme. Si quieres culpar a alguien por eso, es todo culpa mía. No de él.

Felicity ignora a Angel y mantiene su mirada en mí. Su expresión se vuelve compasiva. —Podemos ayudarte, Bianca. Nuestra puerta sigue abierta. Solo necesitas contactarnos, y estaremos allí.

Lo cierto es que no creo que Felicity sea mi enemiga. Puede que sea enemiga de mi esposo, estando en el lado opuesto de la ley, pero no está tratando de hacerme las cosas difíciles. Ni engañarme para que haga algo que no quiero hacer. Puede que haya estado feliz de usarme para llegar a Rio la última vez, y estoy segura de que aún lo está, pero no hay duda de que lo ve como una situación en la que ambas ganamos.

La ira que comenzó a surgir en mí cuando la vi por primera vez se desvanece al darme cuenta de que probablemente todavía está tratando genuinamente de tenderme una mano y ayudarme.

Y en el fondo, sé que todo lo que dice es cierto. Rio *es* un criminal, y *no* quiero que mi hija sea criada en esta vida loca y violenta. Pero esta vez las cosas son diferentes. No soy la persona que era. He cambiado. E incluso si quisiera, que no quiero, nunca volveré a ser la persona que era antes de que Rio me secuestrara por primera vez en la calle.

Bree Walker está muerta. Soy Bianca Carlotti-Agosti, y es hora de que todos, incluida yo, lo acepten.

—No, Felicity. —Mantengo mi tono suave pero firme—. No soy quien era el año pasado. Ahora soy la esposa de Rio Agosti. La madre de su hija. Y lo amo. No lo traicionaré de nuevo. No esperes que me comunique contigo porque esperarás para siempre.

Miro a Angel, y luego a Lee. —Vamos, chicos. ¿Terminamos el Sendero?

Empujo el cochecito y paso junto a Felicity, que se queda allí apretando y aflojando los puños. Mantengo la barbilla en alto y mi actitud tranquila, aunque tengo miedo de que de repente se lance y me agarre. Tiene esas esposas colgando de su cinturón y un montón de frustración hirviendo en ese cuerpo suyo, estoy segura.

Pero entonces nuestro grupo la pasa, y comienzo a respirar más naturalmente. Es decir, hasta que su voz molesta resuena detrás de nosotros.

—Él te atrapó, Bree. Lo sé. Y ahora has elegido un bando. El bando *equivocado*. Buena suerte tratando de criar a tu hija de manera segura hasta la edad adulta.

¿En serio fue *por ahí*? Me doy la vuelta, lista para lanzarle una pulla de vuelta, pero ya ha desaparecido en las sombras. Me conformo con un gruñido inarticulado de frustración.

Angel se inclina, agarra una de las toallitas húmedas debajo del cochecito y luego me la entrega.

—¿Qué...?

—Tu cara. Estás sudando un poco.

—Oh. Gracias. —No me había dado cuenta de que una capa de sudor había aparecido en mi frente.

Gracias, Felicity, por nada, pienso, limpiándome la frente.

—Bueno, eso fue totalmente incómodo —dice Angel cuando termino, y me obligo a reír en respuesta.

—Lo fue un poco. Y déjame decirte, Angel, si *tuvieras* veintiún años, definitivamente estaríamos llamando a Penn de vuelta a su deber y entregándole a Emilia. Podría usar un trago. No he tomado uno desde que me enteré de que estaba embarazada, pero seguro que necesito uno gracias a esa maldita mujer.

El resto de nuestra salida transcurre sin incidentes, pero la alegría inicial de la excursión se ha esfumado, para todos nosotros, creo, a juzgar por las caras sombrías del equipo, y solo llegamos hasta la

Casa de Paul Revere antes de que Angel y yo decidamos que finalmente hemos tenido suficiente, y Lee llama al auto para que nos recoja y nos lleve a casa.

Me pregunto cuál de ellos llegará primero a Rio para contarle sobre el encuentro de hoy. Apuesto por Lee.

Durante el viaje de regreso a casa, tengo tiempo para preguntarme cuál será la reacción de Rio y si me arrojará directamente de vuelta al calabozo, obligándonos a reconstruir la confianza desde cero.

Hablaba en serio cuando se lo dije al agente. Estoy decidida a no traicionar a mi marido otra vez, al menos no a sabiendas. Pero en este mundo de engaños, miedo y violencia, nunca puedo prometer nada con total certeza, ya que el terreno de juego nunca está nivelado y se inclina y sacude a diario.

Acaricio el suave cabello oscuro de Emilia mientras está sentada plácidamente a mi lado en su silla de coche. Se ha quedado dormida, como suele hacer en el coche, sus oscuras pestañas acariciando sus mejillas rosadas con la simple belleza de una niña inocente. Ella es mi única constante verdadera. Y sé, en el fondo, que si mi hija se encuentra alguna vez bajo amenaza directa, de quien sea, todas las apuestas quedarán canceladas.

Capítulo Veintitrés

"El argumento del peligro solo se aplica a aquellos que viven en relativa seguridad".

Graham Greene

Rio

Apenas está anocheciendo cuando regreso a casa desde el club. El sol se está poniendo en el horizonte y las sombras se alargan sobre la propiedad mientras mi coche recorre el largo camino de entrada hacia el edificio principal.

Nadie sospecharía, mirando los jardines paisajísticos que rodean el edificio y la pulcra extensión de césped que desciende hacia el río, que existe una red de habitaciones bajo la propiedad. Mi padre las hizo construir como medida de seguridad hace muchos años, pero no se habían utilizado hasta el ataque de los hombres de Anders.

Mi hermana me recibe en la puerta principal y me acompaña a mi oficina subterránea, caminando alegremente a mi lado y claramente deseando compartir algo importante.

Espera hasta que me sirvo un whisky del aparador y me siento detrás de mi escritorio antes de posarse en el borde del sillón para visitantes. Entonces procede a explicarme lo que sucedió durante su salida con Bianca hoy.

Mi primer instinto al oír el nombre de esa agente es sacar mi pistola de su funda bajo el escritorio y disparar a algo.

¿Cómo se atreven los federales a intentar por segunda vez convencer a mi esposa de que me traicione?

La necesidad de una acción violenta es casi abrumadora, pero logro contener mi ira y respirar con calma mientras mi hermana sigue hablando. Parece no darse cuenta de lo cerca que he estado de perder el control, y por eso estoy agradecido. Ha estado en

internados durante gran parte de su vida y, como tal, ha estado protegida de mucha de la violencia que impregna nuestro mundo.

Pero si Bianca alguna vez vuelve a decir que sí a ayudar a los federales, no seré responsable de mis acciones. No importa quién esté sentado allí observándome.

Pero no lo ha hecho, me recuerdo una y otra vez. Angel acaba de confirmar que mi esposa despachó a la agente. Bianca no dijo que sí. Dijo que no.

Tan pronto como Angel se va, llamo a Danelli. Ha estado investigando a los varios Antonios que habíamos identificado como posibles saboteadores, y necesito saber qué ha descubierto. Hubo otro ataque a uno de nuestros almacenes hoy temprano, y si no recupero el control pronto, bien podría pegarme un tiro en la cabeza. O entregarle el arma a mi rival más cercano y quedarme mudo mientras me rematan. Toda la situación está fuera de control, y mi reputación pende de un hilo.

Empiezo a preguntarme si nos han dado información errónea. ¿Y si Rossi nos está engañando a todos? ¿Y si ha plantado la idea de un Antonio, y es alguien completamente diferente? Mi piel hormiguea con la certeza de que algo no cuadra. Simplemente no puedo señalar qué es.

Pero primero, necesito confirmar la historia de mi hermana. Angelica todavía es joven y siempre cree lo mejor de la gente. Necesito un punto de vista más experimentado.

—¿Has hablado con el equipo que acompañó a mi esposa en su salida hoy?

—Tenía al equipo Alfa con ellas hoy. Y sí, he hablado con León —su rostro permanece tranquilo, lo que empieza a calmar a mi propia bestia interior. Claramente, no hay nada alarmante que informar—. Le he pedido a León que ponga los detalles en un informe por correo electrónico para usted, pero no hay nada de qué preocuparse. La mujer, Felicity, quería hablar a solas con su esposa, pero Bianca no lo permitió. Y según el resumen de León, su esposa

dejó muy claro que los federales no obtendrán ninguna cooperación de ella en adelante.

—Bien —la *cosa* en lo profundo de mí, la oscuridad que siempre amenaza con surgir cuando siente peligro, se relaja volviendo a un estado de vigilancia.

Bianca lo hizo bien hoy. Sin duda me acusará de ser condescendiente cuando se lo diga más tarde, pero estoy orgulloso de la mujer en la que se ha convertido.

Levanto mi whisky y tomo un sorbo, disfrutando del sabor ahumado por un momento antes de cambiar de tema.

—Ahora. Antonio. El del muelle, y cualquier otro que hayas logrado encontrar. ¿Qué hay de ellos?

—Un callejón sin salida, jefe —confirma.

Todavía está de pie frente a mi escritorio. Lo invito a sentarse y le ofrezco una bebida, pero como de costumbre, se niega. Le gusta mantener cierta formalidad entre nosotros. Es un excelente segundo al mando, así que le permito su necesidad de pequeñas formalidades. Así como su amor ligeramente vergonzoso por todo lo militar.

—Todos son callejones sin salida hasta ahora —añade secamente—. Nunca he tenido tanta dificultad para localizar a un individuo. ¿Está seguro...?

Se traga lo que sea que iba a decir.

Frunzo el ceño y lo miro fijamente.

—Di lo que piensas. Eres mi segundo. Se te permite cuestionar mi juicio, aunque solo en privado. ¿Qué pasa, Danelli?

—Solo me pregunto si estamos persiguiendo a un fantasma, jefe. Alguien que no existe —se pasa una mano agitada por el pelo.

No es frecuente que mi segundo muestre su frustración tan claramente.

Comparto tanto su frustración como sus puntos de vista sobre este asunto.

—He estado pensando lo mismo —confirmo—. El nombre de Antonio vino de una sola fuente en primera instancia. Es fácil iniciar rumores una vez que una historia inicial está ahí fuera, ¿no es así?

Sus labios se tensan y asiente ligeramente.

—Esa fuente siendo... Rossi.

—En efecto. Siempre volvemos a él. Quiero que mantengamos vivo al hombre un poco más. Porque quiero profundizar en las circunstancias que rodearon las muertes de mis padres, así como las de los padres de mi esposa. Mis instintos me dicen que Rossi sabe más de lo que ha revelado. Creo que es hora de cambiar de enfoque en nuestra investigación del saboteador, Danelli. Investiga a Rossi en su lugar. Ve qué puedes encontrar. Y hazlo rápido. Mi instinto me grita que nos estamos quedando sin tiempo. Sea lo que sea que se está gestando, pronto llegará a su punto crítico. Estoy seguro de ello.

Se frota los brazos, como si mis palabras lo hubieran enfriado.

—Yo también lo creo, jefe. Me pongo en ello.

Cuando se va, junto mis dedos en forma de pirámide y miro fijamente la bebida sobre el escritorio frente a mí, considerando piezas del rompecabezas. Piezas que no tienen sentido. Al menos, no todavía. El peligro está en el horizonte. Está rodeando a nuestra familia, y no he podido identificar la fuente.

Solo una pieza parece encajar en el centro del rompecabezas cada vez. Carlos Rossi.

Es hora de que él y yo tengamos otra conversación. Una conversación en mis términos, no en los suyos.

Pero primero, hay algo que necesito hacer, algo que debería haber hecho hace meses. Tomo mi móvil y marco el número de mi abogado. Contesta al instante; le pago lo suficiente de anticipo para que sepa que nunca debe hacerme esperar.

—Necesito que redactes unos documentos, Carnarvon. Tenlos listos para mañana por la noche y reúnete conmigo en mi oficina encima del club.

***

Bianca

Rio está inusualmente callado durante la cena. Es naturalmente taciturno, rara vez sonríe o ríe, pero incluso para él, es notable que sus pensamientos estén en otra parte. Al principio, me pregunto si puede ser por mi encuentro involuntario con Felicity, del que estoy segura su equipo le informó. Pero gruñe y niega con la cabeza cuando le pregunto.

—No me preocupa eso, Bianca. Al contrario, estoy muy orgulloso de ti —dice—. Lo hiciste bien hoy, según todos los informes. Demostraste tu lealtad a nuestra familia.

Hago un puchero, fingiendo estar molesta. —Eso suena un poco condescendiente, Rio. ¿Merezco también una palmadita en la cabeza?

Nunca me habría atrevido a decirle algo así hace tan solo un mes o dos, pero hay una creciente comodidad entre nosotros que a veces me da valor.

Especialmente cuando está pensativo, como ahora. Quiero sacarlo de ese estado, aliviar cualquier preocupación que lo mantenga mentalmente alejado de mí. Parece que lo he logrado cuando suelta una pequeña risa.

—Le dije a Danelli que me llamarías la atención por mi actitud paternalista. Me has dado la razón.

Sus labios aún están curvados en las comisuras en una muestra de buen humor, y yo también río.

—Gracias, Rio. Me alegro de haber sido útil.

—Oh, se me ocurre una forma mucho más interesante en la que puedes ser útil, pajarito.

Las palabras sensuales me envuelven, y estoy a punto de levantarme de mi asiento en la mesa y contonerarme hasta su regazo, pero me detengo en el acto de levantarme. Hubo algo hueco en su tono que no suena sincero.

Así que, en lugar de responder a su comentario juguetón de esa manera, vuelvo a sentarme en mi silla y lo miro con el ceño fruncido. —¿Está todo bien, Rio? ¿Estás bien? ¿Estamos... *nosotros* bien?

—Estamos bien, Bianca. Solo tengo varias cosas en mente en este momento. Lo que me recuerda... Haré que los hombres de Danelli te traigan al club mañana por la noche. Tengo que revisar contigo algunos papeles relacionados con el futuro de Emilia. Necesitamos asegurar su seguridad financiera para que, si algo nos sucediera a alguno de nosotros, esté bien cuidada.

—Yo... Bueno, está bien. Suena... sensato. —No suena sensato. Suena aterrador.

Tanto la idea de que Rio y yo podamos estar a punto de morir, como el hecho de que me hará volver a ese club. El lugar donde presencié tanta muerte.

Pero no tengo la oportunidad de preguntar si podemos revisar los papeles aquí en su lugar, ya que Rio ya está hablando de nuevo.

—Carnarvon traerá los papeles arriba a las seis, y una vez que hayamos firmado todo, te llevaré a cenar después. Con Angel y Nicky.

—Oh, eso será... agradable. —Mi corazón se hunde.

No estoy particularmente ansiosa por ver a Nicky de nuevo pronto. Pero Rio continúa, ajeno a mi aprensión.

—Angel ya estará en la ciudad; me dijo que pasará la tarde con nuestro hermano, así que todos podremos reunirnos después. Será bueno pasar más tiempo en familia.

Le sonrío, pero mis pensamientos anteriores sobre retorcerme en su regazo y ser completamente seducida por él se han disipado en la nada. Perdidos en el polvo de la realidad.

Y cuando finalmente nos vamos a la cama, tampoco intenta hacer el amor conmigo como suele hacer. En su lugar, simplemente me atrae hacia él y me envuelve en su fuerte abrazo. Apoyo la cabeza en su pecho, la vibración de su corazón latiendo constantemente contra mi mejilla, en un momento que calma mis nervios alterados y se extiende durante varios minutos.

Esto se siente mucho más íntimo que cualquier acto sexual.

—Te amo, Rio —murmuro en el silencio, sin querer que este momento termine.

Después de un minuto, su aliento me hace cosquillas en el pelo, y sus labios rozan la parte superior de mi cabeza. —Tú y Emilia lo sois todo para mí, Bianca. Pase lo que pase en el futuro, quiero que sepas eso, *mia cara*.

—Lo sé —respondo, y sus brazos me estrechan con más fuerza.

Pero el momento de intimidad se rompe cuando los pensamientos de peligro y amenazas comienzan a agolparse de nuevo en mi mente.

Pase lo que pase en el futuro... En este mundo, la violencia acecha en cada esquina.

Y por alguna razón, se siente como si esa violencia se estuviera acercando cada día más.

Capítulo Veinticuatro

"Las cosas rara vez son lo que parecen".
W.S. Gilbert

Rio

Decido reunirme con Carnarvon y mi esposa en el club mismo en lugar de mi oficina arriba porque Bianca no ha vuelto aquí desde el tiroteo, y quiero demostrarle que ya no tiene nada que temer aquí.

He notado que ella evita ciertos lugares en la finca, aquellos puntos específicos donde sabe que mataron a gente, pero no tiene el mismo problema de evitación allí como lo tiene con este lugar. No hace falta ser un genio para entender que es porque ella estaba aquí cuando todo sucedió, y por lo tanto el club está mucho más ligado a sus recuerdos traumáticos que cualquier otro lugar.

Mi equipo trabajó duro, y rápidamente, para eliminar todos los rastros de violencia y destrucción. Los sofás en el área VIP son nuevos desde entonces, al igual que las alfombras y los accesorios. El aspecto moderno y lujoso es similar al que había antes, pero no hay evidencia que se vincule con sangre, casquillos de bala o rastros de materia corporal.

No importa cuánto se esforzó la policía por encontrar algo. Y vaya que se esforzaron.

Tomó algunas semanas para que las multitudes regresaran, pero la ubicación es buena y la reputación del club es significativa en esta ciudad. Ahora estamos más ocupados que nunca. En este momento, siendo apenas pasadas las seis de la tarde, es demasiado temprano para las multitudes que llenarán el espacio más tarde en la noche. Pero el bar está abierto, y hay muchos clientes de oficinas cercanas ya bebiendo y riendo mientras se relajan después de su día de trabajo.

Espero que Bianca esté cautelosa al volver aquí. Me paro en el área de la tarima elevada, apoyando mi espalda contra la barandilla de paneles de vidrio y observando de cerca el banco de ascensores para poder saludarla tan pronto como llegue e intentar aliviar cualquier preocupación que pueda tener.

Cuando las puertas plateadas se abren suavemente, Bianca sale, seguida de cerca por Leon, el hombre al que ella llama Lee, y el otro miembro habitual de su equipo de seguridad, Mitch. Ella se detiene, su mirada recorriendo el lugar, y la veo tragar antes de que sus brazos se envuelvan alrededor de su cintura. Es su señal habitual. Solo hace eso cuando se siente particularmente inquieta.

Se ha vestido elegantemente para la visita con un minivestido color crema que abraza sus curvas mientras se mueve. Su cabello está suelto, cayendo más allá de sus hombros justo como me gusta, y la familiar sensación de deseo vibra a través de mí.

Muchos hombres en nuestro mundo tienen una esposa en casa y una amante, o varias amantes, por fuera. Yo no necesito una amante. Mi esposa satisface todos mis antojos sexuales, y no puedo imaginar un momento en que no lo haga.

Los dos hombres con ella escanean la habitación, notando a mis hombres ya en posición, y ambos se giran para darme un respetuoso asentimiento mientras me dirijo hacia ellos.

Antes de que pueda alcanzarla, un hombre de traje en el bar se desliza de su taburete y se dirige hacia los ascensores. Leon se tensa, pero luego se relaja cuando el hombre parece no tener interés en Bianca. Es simplemente un cliente que ha terminado su bebida y obviamente quiere irse a casa.

Bianca le da al hombre una sonrisa educada, luego se gira y presiona el botón para mantener el ascensor en su lugar para él.

Mientras se vuelve para mirarme, el hombre la golpea ligeramente. Ella parece sobresaltada, no herida, y luego el hombre murmura lo que parece ser algún tipo de disculpa silenciosa antes de empujar un pequeño sobre en su mano.

Todo sucede en el espacio de uno o dos segundos, y él desaparece en el ascensor que lo espera. Las puertas se cierran antes de que yo procese completamente lo que acabo de ver.

Ella está bien. Todo está bien. Entonces, ¿por qué mi intestino de repente se revuelve de tensión?

¿Y por qué ella está parada congelada con esa mirada afligida en su rostro?

Leon está mirando las puertas cerradas del ascensor.

—¡Deténganlo! —grito, y Leon salta hacia el ascensor, golpeando el botón.

Demasiado tarde. El ascensor ya debe estar bajando. Habla con urgencia por su micrófono, y supongo que está contactando a alguien en el primer piso para detener al tipo cuando llegue abajo.

Bianca finalmente se mueve, saliendo de su estado previamente congelado y sacudiendo la cabeza. Mira el sobre en su mano y frunce el ceño, como si ni siquiera estuviera segura de cómo lo obtuvo.

¿Qué carajo le dijo ese hombre?

Mitch extiende una mano para tomar el sobre de ella, pero ella se aleja de él y comienza a abrirlo.

Las alarmas suenan en mi cabeza, y lanzo los últimos pasos hacia ella. No tengo idea de qué hay en el sobre, pero no será bueno.

Llego demasiado tarde. Ella saca un puñado de fotografías. Sus ojos se abren de par en par, y las deja caer al suelo donde se esparcen alrededor de sus tacones dorados.

Cae de rodillas y comienza a recoger las fotos con prisa frenética, junto con una nota escrita a máquina escondida entre ellas. Cuando miro hacia abajo para ver qué son, mi corazón se salta un latido antes de que el shock invada cada célula de mi cuerpo.

***

Bianca

El rostro inocente y sonriente de mi hija me devuelve la mirada desde el suelo, en fotos claramente tomadas ayer durante el paseo por el Sendero. También hay fotos mías y de Angel, pero me concentro en Emilia. Estaban allí, observándonos, y no lo sabíamos.

¿Cómo pudimos no saberlo? ¿Cómo pude yo no sentir que alguien se acercaba lo suficiente para tomar fotos de mi hija?

Hay mucho más alimentando mi shock que estas fotos, pero no puedo procesar el resto ahora mismo. Es demasiado. Demasiado obscenamente increíble.

No. No pienses en lo que dijo el hombre. Estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo. Piensa en el resto más tarde.

Concéntrate en estas fotos, me instruye mi cerebro. *Y en la nota que viene con ellas*.

La nota que dice: *Es hora de que lo pierdas todo, Rio. Tal como yo lo perdí*.

Aprieto las fotos y la nota contra mi pecho, aún de rodillas mientras Rio ladra órdenes sobre mí.

—Tráiganlo de vuelta aquí. ¡Ahora! Llamen a los hombres en la entrada. *Impidan que se vaya*.

—Ya lo hemos hecho, Jefe. Están esperando en el banco de ascensores abajo.

Más ruido y una ráfaga de actividad a mi alrededor mientras algunos de los matones de mi esposo corren hacia las escaleras de emergencia. Otros están hablando por sus micrófonos, escuchando respuestas y ladrando órdenes.

—No está ahí —dice alguien. ¿Mitch? ¿Lee? —Las puertas se abrieron y no estaba en el maldito ascensor.

—*¡Cierren este edificio y revísenlo! ¡Cada maldito piso*! —Ese es Rio.

Puedo decir por ese rugido que está al borde de perder el control.

Lo miro, suplicándole silenciosamente con mis ojos. *Por favor, no dejes que la oscuridad te domine. Aún no. No hasta que nos*

aseguremos de que nuestra hija está a salvo.

Se inclina y me levanta en sus brazos, papeles y todo, y se dirige a uno de los sofás en el área VIP. Ni siquiera tengo tiempo de registrar el hecho de que no quería sentarme aquí donde la muerte vino la última vez, antes de que me siente a su lado en el diván de cuero.

—Muéstrame la nota, Bianca.

Se la entrego y él lee rápidamente antes de arrugar el papel y lanzarlo al otro lado de la habitación. Cae y rueda, deteniéndose contra la partición de cristal que rodea este espacio VIP.

—Necesitamos llamar a la finca —susurro—. Llevar a Emilia al búnker. Llevar a todos allí.

Hay un extraño zumbido en mis oídos que parece distorsionar el sonido a mi alrededor, haciéndolo casi inexistente a pesar del número de personas en el bar. Como si estuviera en una burbuja.

Tal vez es este bar, pienso, casi estallando en risas. Cada vez que vengo aquí, algo malo sucede. Sé que es el shock lo que me hace sentir así, pero eso no alivia la extraña sensación de estar separada de la realidad.

Y entonces un rugido penetra el silencio distorsionado. Rio, dejando salir sus emociones en un grito que sacude los huesos. La realidad regresa con la fuerza de una explosión.

—*¡Fuera!* —grita—. *¡Todos fuera! ¡Ahora!*

Es testimonio de mi nivel de shock que ni siquiera me sobresalto ante el tono. Todos los demás sí lo hacen, sin embargo. Hay una avalancha de clientes y personal hacia las diversas salidas, como si todos en el club conocieran la reputación de Rio y temieran que la hubiera perdido.

Minutos después, solo quedamos nosotros y los matones.

Tiro suavemente de su brazo. —¿Podría usar tu móvil, Rio? Para llamar a la niñera.

Hurga en el bolsillo de su chaqueta y me entrega su teléfono, antes de volverse hacia alguien y ordenarle que llame al hombre que Danelli dejó a cargo en la finca.

Penn contesta después de un par de timbres, sonando sorprendida de oírme. —¿Todo bien, señora Agosti?

—Emilia. ¿Está...

—Está bien, señora. Ha comido, se ha bañado y la última vez que revisé, hace menos de dos minutos, estaba quedándose dormida en su cuna.

El alivio me inunda, debilitando mis miembros. —Está bien, bien. Bueno, si los hombres de Rio suben a verte, haz exactamente lo que te digan. Sin hacer preguntas.

Puedo oír su ceño fruncido en su tono cuando dice: —Claro. Um, de acuerdo.

Cuelgo, sintiéndome ligeramente mejor, aunque todavía está el asunto de lo que dijo el hombre...

No. No pienses en eso ahora.

Me vuelvo hacia Rio y le devuelvo su teléfono. —Acabo de hablar con Penn. Emilia está bien. Ella está...

—¿Jefe? —Uno de los matones se ha acercado y me ha interrumpido, lo cual es inusual.

Rio y yo lo miramos, y mis nervios se disparan de nuevo ante la expresión preocupada en el rostro del hombre.

—Lo siento, señor, pero... no podemos comunicarnos con la finca. Nadie allí parece estar contestando sus teléfonos. Hemos intentado con al menos diez del equipo.

—Intenta con el resto. Llámalos a todos. A mi hermana también. Llama a Angel.

—Sí, señor. Ya estamos en ello.

—Pero... acabo de hablar con Penn. La niñera —aclaro para el matón —. Está en la finca. Dijo que Emilia está durmiendo.

Rio se queda quieto, luego lentamente alcanza su teléfono y me lo vuelve a entregar. —Llámala de nuevo. Y dile que tome a Emilia y se dirija directamente al sótano. No debe esperar a nadie.

El temor me envía un escalofrío, y marco el número de nuevo con dedos temblorosos.

Esta vez cuando la niñera contesta, hay una nota extraña en su voz. —¿Señora? Algo está mal, ¿verdad? ¿Qué está pasando?

—Penn, escúchame. Toma a Emilia ahora y dirígete al búnker. No esperes a seguridad. Ve ahora.

—De acuerdo. Pero estamos bien aquí. Lo prometo.

Rio me arrebata el teléfono. —¿Quién del equipo está contigo? — Escucha y luego dice: —Pónmelo al teléfono. Ahora.

Entonces parpadea y aleja el teléfono de su oído antes de soltar una palabrota. —La llamada se cortó.

El matón frente a nosotros escucha su auricular, luego dice: —Su hermana está con Nikolas, señor, en su apartamento en Seaport.

—Eso es algo. Diles que se queden allí. Y que pongan a su seguridad en alerta. Diles que estén atentos a cualquier cosa sospechosa.

—Lo haré, señor.

Rio se levanta de un salto del sofá, con los puños apretados a los costados. —Lleva a mi esposa arriba a mi suite y cuídala con tu vida. Y llama a mi conductor. Y a Danelli. Sé que está coordinando la búsqueda en el edificio, pero tú estás a cargo de eso ahora. Danelli viene conmigo. Vamos de vuelta a la finca.

—Sí, señor.

—De ninguna manera. —Yo también me pongo de pie—. No voy a quedarme arriba mientras tú... No. De ninguna *jodida* manera, Rio.

—Bianca, este no es el momento para...

—*No*, Rio. Es mi hija. Tuya, por supuesto, pero *mía* también. Voy contigo. Sin discusión. —Le sonrío, consciente de que no hay ni pizca de humor en mi expresión. La rabia está comenzando a tomar el control sobre mi terror. ¿Cómo se atreven a amenazar a mi hija? —Como dijiste, no hay *tiempo* para discutir.

El hecho de que dude en absoluto, y mucho menos que finalmente asienta y comience a ladrar más órdenes, es testimonio del estrés bajo el que debe estar. Las náuseas me invaden, pero logro contenerlas. Si muestro el más mínimo signo de debilidad ahora, probablemente cambiará de opinión sobre llevarme con él.

No me van a dejar atrás. No cuando se trata de Emilia.

Capítulo Veinticinco

"El peligro era la piedra de afilar en la que el espadachín aguzaba su espíritu".

Eiji Yoshikawa

Bianca

Rio debe tener un arsenal arriba del club porque cada hombre en nuestra caravana de regreso a la finca está armado hasta los dientes. Más de lo habitual. Nunca había visto tantas armas juntas en un solo lugar, y mi mente rehúye el hecho de que bien podríamos estar dirigiéndonos hacia otro baño de sangre violento.

Y esta vez, me ofrecí voluntariamente para meterme de lleno en el meollo del asunto. Pero no tengo otra opción. No puedo dejar la seguridad de mi hija en manos de un montón de desconocidos.

Necesito volver con mi hija. Necesito asegurarme de que está a salvo.

Es lo único en lo que puedo concentrarme, y se convierte en un mantra que repito una y otra vez en la limusina.

Cuando estamos casi en casa, Rio se inclina hacia adelante y me pone una pistola en las manos. La tomo sin protestar, más que nada porque estoy demasiado sorprendida por su expectativa como para siquiera pensar en decir que no.

Miro fijamente el objeto negro en mi mano. El calor que siento en las palmas es inesperado. Siempre pensé que las pistolas estaban hechas de metal y que sostener una se sentiría frío al tacto. Esto no es metal. Parece ser un plástico duro.

¿Por qué me estoy enfocando en detalles tan mundanos? El hecho es que ¡estoy *sosteniendo una maldita pistola*! Y es poco probable que alguna vez sea capaz de apuntarla a otro ser humano, y mucho menos apretar el gatillo.

Si se trata de vida o muerte para Emilia, susurra una vocecita en lo profundo de mi mente. *Entonces lo harías.*

Entonces, y solo entonces. Tal vez.

—No sé cómo usar una pistola, Rio —intento devolvérsela, pero él agita las manos, obligándome a dejarla caer de nuevo en mi regazo.

—Lo sé, pajarito. Es algo que tal vez tengamos que remediar en el futuro. Pero ahora mismo, no sé a qué nos estamos enfrentando, y no quiero que te quedes indefensa si hay un ataque y llegamos a separarnos.

La histeria amenaza con apoderarse de mí, y estoy orgullosa de mí misma cuando no cedo ante ella.

Él gruñe cuando no le respondo, y luego se inclina hacia adelante para señalar diferentes partes de la pistola.

—Esta es una Glock 19. El retroceso si necesitas dispararla no es demasiado fuerte, lo cual es mejor para una principiante. El cargador ya está cargado para ti. Tiene un sistema de seguridad incorporado, así que es menos probable que te vueles el pie.

—Oh.

—Eso era una broma, Bianca.

—Oh.

—Una de mal gusto, puedo ver. Estaba tratando de disminuir tu tensión. Me disculpo.

—Vale —estoy prácticamente catatónica por el estrés. Ni siquiera puedo tragar bien porque creo que no me queda saliva. Cuando hablo, mi voz sale rasposa y áspera—. No bromees, por favor. Solo... ¿Cómo... Qué...?

—Aquí —toca diferentes partes de la pistola—. Esta es la empuñadura. Debes sostenerla con ambas manos. Para cargar una bala en la recámara, tiras de esta corredera hacia atrás y luego la sueltas. No pongas tu dedo aquí, en el gatillo, a menos que estés lista para disparar.

Me explica un poco más, pero apenas puedo concentrarme. Tengo una pistola cargada literalmente en mi regazo, y estoy completamente aterrorizada.

Pero no se la devuelvo. Porque, ¿y si *necesito* protegerme a mí misma o a Emilia? No tengo idea de a qué diablos nos estamos dirigiendo en la finca.

Cuando nos acercamos a la entrada con rejas de nuestra casa, el teléfono celular de Rio suena. Lo saca rápidamente, y veo el nombre de Danelli en la pantalla antes de que se lo lleve al oído.

—¿Sí?

Estudio su expresión, con el corazón latiendo fuertemente. ¿Son más malas noticias? Qué está pasando...

—Hmm. Haz que nos espere afuera. Quiero confirmarlo por mí mismo.

Cuelga y se inclina para darme una palmadita suave en la rodilla.

—Parece que fue una falsa alarma. Los hombres de Danelli han hecho contacto con todos los que están en la finca. Todo está tranquilo aquí, aparentemente. No tenemos idea de qué pasó antes, pero el equipo de Danelli asegurará el edificio mientras esperamos en la puerta principal.

—¿Y Emilia?

—Haré que la traigan del sótano. Supongo que está allí abajo. Y si todavía está arriba en la guardería, entonces reemplazaremos a la niñera porque las instrucciones que se le dieron fueron muy claras.

—De acuerdo —todavía me siento inquieta. Algo no está bien.

Y, a juzgar por la tensión que aún agudiza las facciones de Rio, sospecho que él siente la misma sensación de malestar que yo.

Pero parece que todo está realmente tranquilo aquí. Los equipos Alfa y Beta de Danelli nos encuentran bajo el pórtico en la entrada principal, aunque Rio me hace esperar en el vehículo hasta que se dé el visto bueno.

Todos están presentes. Y cuando revisan sus teléfonos, todos tienen señal. Solo entonces Rio me permite salir de la limusina.

Danelli se acerca para pararse frente a nosotros.

—¿Cree que fue un PEM, Jefe? Aunque, tal vez no. ¿Eso no habría dañado sus teléfonos?

—Posiblemente. A menos que el pulso fuera pequeño. Pero eso no explicaría cómo Bianca logró hablar con la niñera. *Su* teléfono funcionaba.

—Cierto —Danelli frunce el ceño y luego se da la vuelta por un momento, escuchando algo en su auricular.

—Rio, ¿qué es un PEM?

Siento que estoy recibiendo un curso intensivo sobre el estilo de vida de Rio. Mafia 101.

Se me escapa una pequeña risa, y Rio levanta una ceja. ¿Por qué siempre siento la necesidad de reír cuando mis nervios están destrozados?

—Pulso electromagnético —explica con calma—. Puede desactivar las comunicaciones temporalmente en un área en particular.

—Oh —frunzo el ceño—. Pero eso presumiblemente desactivaría *todas* las comunicaciones, ¿no? ¿Como el teléfono de Penn también?

—En efecto. Por lo tanto, es poco probable que haya sido un ataque PEM.

Abro la boca para hacer otra pregunta, pero Danelli levanta la cabeza, y su rostro se ilumina con lo que acaba de escuchar.

Le lanza a Rio lo más parecido a una sonrisa que he visto en el rostro del hombre.

—Atraparon al tipo en el club, Jefe. Estaba escondido en el cuarto piso, en esa sección que está siendo renovada actualmente.

—¿Está vivo?

—Sí. ¿Quiere que nosotros...?

—Extraigan primero la información que necesitan. Quién es. Qué quiere. Y lo más importante, quién lo envió allí con esas fotografías y la amenaza.

Mi corazón da un vuelco al darme cuenta de que aún no le he dicho a Rio lo que ese hombre me dijo en el club. Todavía necesito tiempo para procesar lo que significa, pero ahora no tengo ese lujo. Especialmente si los hombres de Rio están a punto de intentar "extraer" información...

—¿Vas a matarlo, Rio?

Su rostro se cierra y sus ojos son indescifrables cuando me mira fijamente. —¿Quieres que te responda con sinceridad, Bianca?

—Eso es un sí, entonces. —Mi mano se contrae, y bajo la mirada, sorprendida al darme cuenta de que aún sostengo la pistola.

Ni siquiera tengo dónde enfundarla. Me dio una pistola pero no una funda. Vuelvo a reír, sintiendo que podría estar perdiendo la cabeza. Si es que no la he perdido ya.

—Mi equipo hará lo que sea necesario para obtener la información que necesitamos. Así podremos confirmar quién está detrás de esta amenaza a nuestra familia y al negocio. Y entonces eliminaremos la amenaza, de una vez por todas. ¿No es eso lo que tú también deseas?

—Por supuesto. Solo que... —Tengo que decírselo—. Hay algo que necesito compartir contigo sobre...

—¿Jefe? —Danelli está de vuelta en el espacio de Rio, solo que esta vez no hay ni rastro de sonrisa en el rostro sombrío del *consigliere*.

La mirada de Rio se clava en Danelli. —¿Qué? —ladra.

—No podemos encontrar a Emilia. Ni a la niñera. No están en el búnker, ni arriba. Todos los demás están bien, y no hay señales de lucha, pero no hay rastro de su hija, señor. Ninguno en absoluto.

Capítulo Veintiséis

"La valentía se encuentra en lugares inesperados."
J.R.R. Tolkien

Rio

—¿Emilia ha desaparecido? —La voz de Bianca sale apenas audible, y su rostro palidece.

La distracción me impide caer en un colapso total. Pero por poco. La agarro por los codos cuando sus piernas comienzan a flaquear y la ayudo a sentarse suavemente en el escalón superior de la entrada principal.

Luego me siento a su lado.

—Respira —le indico, presionando la parte posterior de su cabeza hacia abajo hasta que descansa entre sus rodillas—. Solo respira. Y mantén la cabeza baja hasta que ya no sientas que vas a desmayarte.

Acaricio su cabello, tratando de mantener mi toque suave a pesar del horno de rabia que se ha encendido dentro de mí.

Levanto la mirada por encima de su cabeza hacia mi segundo al mando.

—Eso explica lo de las comunicaciones, entonces. La mujer no estaba aquí en la casa cuando recibió la llamada de Bianca. Así que es probable que *fuera* un PEM.

Los ojos de Danelli están afligidos cuando asiente en señal de acuerdo. Sabe que su equipo me ha fallado y que habrá consecuencias por ese fracaso. De todos los presentes, exceptuando quizás a la propia Bianca, Danelli entiende mis estados de ánimo mejor que nadie. Sabe que mi calma exterior es engañosa y que cuanto más tiempo contenga todo, mayor será la explosión. Es solo cuestión de tiempo.

Pero justo en este momento, Bianca me necesita.

A *mí*, no a mi monstruo interior. Lucho por volver a meter la oscuridad en la caja donde debe permanecer. Por ahora.

—Registra los terrenos —le digo—. Si *fue* un pulso, debe haber sido pequeño. Local. Es posible que ella misma lo haya activado al salir.

—Pero los hombres en la puerta confirmaron que no vieron salir a nadie...

Danelli tiene razón. Y en el camino de entrada, no nos cruzamos con nadie que viniera en sentido contrario. No creo que ella hubiera tenido tanta ventaja. Probablemente pensó que había calmado nuestros nervios cuando le aseguró a Bianca que todo estaba bien aquí.

Levanto la cabeza, mi instinto me grita con un mensaje innegable. Es hora de escuchar.

—El río —le espeto a mi segundo—. Habrá un bote.

—Pero mis hombres habrían oído...

—*Ahora*, Danelli. No creo que ella esperara que volviéramos a casa tan temprano. Puede que aún esté allá abajo...

Con mi hija. En la oscuridad. Junto a un río profundo y fangoso. Nunca cedo al pánico, pero sus zarcillos me aprietan el corazón.

Hace frío esta noche, pero no llueve ni hay mucho viento. Si Emilia está ahí fuera en la oscuridad, ¿por qué no puedo oír los llantos de mi hija en la suave brisa que llega desde el río?

¿Qué horror está a punto de revelar la búsqueda en la propiedad?

—Enseguida, jefe. —Mi hombre se lanza a la oscuridad tan rápido como mis pensamientos se dirigen hacia mi propia oscuridad.

Vuelvo a centrar mi atención en Bianca. Aferrándome a la poca luz que puede ofrecer.

Lentamente, ella levanta la cabeza, parpadeando hacia mí. Hay algo de color en sus mejillas nuevamente. No como la palidez de hace

unos minutos.

—¿Ha disminuido el mareo?

Ella asiente.

—Sí. No voy a desmayarme. No ahora.

Sin previo aviso, ella extiende la mano y acaricia mi mejilla. No he pedido consuelo, pero debe sentir que lo necesito.

—La recuperaremos, Rio.

Tenemos que hacerlo. No puedo enfrentarme a la idea de ningún otro escenario.

—Lo haremos. —Mi promesa resuena con convicción, pero es más por ella que por mí.

Mi vida no me ha convencido de que el "felices para siempre" exista, y el hecho de que me haya atrevido a aspirar a eso, con Bianca y Emilia, quizás haya tentado demasiado al destino.

El "felices para siempre" nunca es para alguien como yo.

Tomo su mano de mi mejilla, presiono mis labios contra su palma y luego la devuelvo a su regazo, donde ella vuelve a aferrar sus dedos alrededor de la Glock que cuelga entre sus piernas. Como si el arma fuera un salvavidas real, y ella se aferrara a él con fuerza.

—Ahora, voy a hacer que dos de mis hombres te acompañen al búnker, Bianca, y no quiero que discutas...

—No, Rio, espera. No me envíes lejos. Aún no. Tengo que...

Gritos y alaridos estallan en la oscuridad, provenientes de la dirección del río.

Me levanto de un salto y ladro una orden por encima de mi hombro.

—Ni se te ocurra salir de esta casa, Bianca. Baja al búnker con... —Miro frenéticamente alrededor y veo a sus dos guardaespaldas habituales trotando de vuelta por el camino de entrada desde la dirección de la puerta—. Mitch y Leon. Ve con ellos. Y espera hasta que regrese.

Luego salgo corriendo hacia los gritos, sacando mi arma de la funda y preguntándome si estoy a punto de descubrir a mi hija viva.

O muerta.

***

Bianca

Tengo que contarte sobre el tipo del club. Sobre lo que me dijo cuando me entregó ese sobre.

No puedo pronunciar las palabras a tiempo, y Rio desaparece mientras la oscuridad de la noche lo engulle.

Lanzo una mirada a Mitch y Leon, que se dirigen hacia mí con expresiones decididas idénticas, y luego me quito los tacones y me pongo de pie de un salto, corriendo tras Rio en dirección a las voces que gritan.

La hierba y la humedad se hunden bajo mis pies descalzos, pero no me detengo. ¿Alguien ha encontrado a Emilia? ¿Por qué están armando tanto alboroto? Gritando y gruñendo como animales.

Suena un disparo, y luego otro, y yo chillo de terror y bombeo mis piernas aún más fuerte. Tengo que llegar allí. Tengo que encontrar a mi niña...

Tropiezo con algo en la hierba. Una roca o una raíz de árbol expuesta. Sea lo que sea, caigo de bruces en la tierra con el aliento entrecortado. Cierro los ojos y me concentro en hacer que mis pulmones respiren de nuevo. Cuando abro los ojos y miro hacia arriba, retrocedo horrorizada ante la vista que tengo delante.

Alguien en la casa debe haber encendido todos los focos exteriores de la propiedad. La oscuridad ha desaparecido, y el paisaje de hierba aquí, cerca del sendero que conduce al muelle, está ahora iluminado por un brillante resplandor dorado que no deja nada a la imaginación.

Busco a tientas mi arma, la recojo y la aprieto contra mi pecho. Prefiero la oscuridad a este aterrador cuadro.

Los hombres se pelean por todo el césped, lanzando puñetazos y arremetiendo y esquivando mientras resuena el golpe de los puños contra la carne. Ni siquiera puedo distinguir cuáles son los hombres de Rio. Uno de los focos refleja en un cuchillo, haciendo que brille ferozmente cuando su portador levanta el brazo para atacar.

Suena otro disparo y el hombre del cuchillo cae al suelo. ¿No creo que fuera uno de los de Rio?

La acción continúa sin cesar. Los disparos no han detenido a ninguno de ellos en su intento de matarse entre sí.

Empiezo a levantar mi arma, pero la bajo al instante. Ni siquiera sé quiénes son estas personas o dónde está mi hija. ¿Estará aquí siquiera?

¿Qué coño debo hacer? ¿Dónde está Rio?

Mitch y Lee me alcanzan entonces, y Lee se arrodilla a mi lado mientras Mitch se lanza hacia la refriega.

—Señora, vamos. Tenemos que sacarla de aquí.

Me tira, arrastrándome hasta ponerme de pie. Arranco mi brazo de su agarre.

—No. Ve a ayudar a mi marido —ordeno.

—Dónde...

Agito mi arma alrededor.

—Ahí dentro en alguna parte. Ve.

Se gira en la dirección que señalo, pero se detiene para tomar un respiro profundo. Luego se lanza hacia la masa de cuerpos y desaparece de mi vista. ¿Acabo de enviar a Lee a su muerte? Pero dónde demonios está...

Oh. Ahí está. Rio está a un lado de la pelea, y parece que está persiguiendo a un hombre pequeño que se dirige hacia un área de matorrales a lo largo de la orilla del río. Es...

Mi corazón da un vuelco. No es un hombre. Es Penn, vestida con pantalones y con su pelo rubio mayormente cubierto por una gorra. No puedo ver a Emilia por ninguna parte. Me dirijo hacia ellos, tambaleándome hacia un lado para bordear a los hombres que pelean, y haciendo una mueca cuando suena otro disparo. Sigo de pie, aún erguida, así que supongo que no iba dirigido a mí.

Estoy lo suficientemente cerca como para llamar a Rio, pero cuando lo hago y su rostro sorprendido se vuelve hacia mí, también lo hace el de Penn. Ella se gira y levanta... ¿un arma? ¿Todo el mundo tiene armas en este mundo? La apunta directamente a mi marido.

Y entonces, como si el mundo se hubiera ralentizado y todo estuviera distorsionado, oigo el disparo.

Su arma. No la mía. No la de Rio. La suya. Y mi marido se tambalea y cae al suelo con un golpe seco.

—¡No! —grito, todo el terror acumulado del día saliendo de mí en ese sonido desesperado. Levanto mi arma y la apunto—. Le has disparado. Le has disparado a Rio Agosti. Al hombre que amo.

Mi arma tiembla en mis manos y, lejos de parecer asustada, ella empieza a reír.

—Oh, Bianca. Como si alguna vez fueras capaz de disparar realmente a otro ser humano. Ambas lo sabemos.

Apunta su arma hacia mí, todavía riendo, y una parte de mí se pregunta por qué no dispara y acaba con esto de una vez. La miro parpadeando, incapaz de procesar ningún pensamiento de manera coherente. Pero entonces la pregunta más importante aparece en mi mente.

—¿Dónde está Emilia? ¿Dónde está mi hija?

Camino hacia adelante, sintiéndome como si estuviera en una especie de aturdimiento, hasta que me paro junto a donde Rio está tirado en un charco de sangre. Estoy a solo unos metros de la niñera. Su cara debería serme tan familiar, y sin embargo, una extraña me devuelve la mirada.

—Quiero que me devuelvas a mi hija, Penn. ¿Dónde está?

—No es lo que parece, y sabes por qué, Bianca. Te lo dijeron.

¿Qué significa eso?

—Confié en ti. Pensé que querías a Emilia casi tanto como yo.

—¡Sí que me importaba! Me *importa*. —Me mira con el ceño fruncido, como si hubiera insultado su integridad—. Recibiste ese mensaje en el club. Sabes que te reunirás con tu querida hija pronto, si cooperas. Nos pondremos en contacto contigo con instrucciones sobre cómo recuperarla.

Se gira para alejarse, luego se vuelve cuando Rio hace un sonido incoherente, obviamente nacido del dolor.

—Pero no lo necesitamos a *él*.

Levanta el arma hacia Rio, con una cruel intención en su mirada, y dejo de pensar.

Simplemente aprieto los dientes y aprieto el gatillo.

Mis hombros se sacuden y retrocedo un paso tambaleándome.

Y la niñera de mi hija deja caer su arma y cae al suelo con un jadeo de sorpresa.

Rio me asusta entonces, incorporándose sobre sus manos y rodillas y arrastrándose por la hierba para agarrar el arma de Penn y sostenerla.

Pensé que estaba muerto, o muriendo. Tal vez lo está. Tal vez he perdido todo contacto con la realidad.

Penn me mira desde el suelo, abriendo y cerrando la boca con los ojos muy abiertos.

—Vaya. —Su voz es un gorgoteo húmedo—. No esperaba que tuvieras las agallas para *eso*, chica.

Tose, luego sigue tosiendo, y de repente mis piernas ya no quieren sostenerme.

Me encuentro de rodillas, todavía agarrando esta *maldita arma*. La arrojo a un lado y me inclino hacia adelante, vomitando violentamente y sacando todo lo que hay en mi estómago.

Apenas me estremezco cuando suena otro *pop*. ¿Rio, terminando el trabajo que yo empecé? Me arriesgo a mirar hacia arriba, luego rápidamente aparto la mirada.

Sí. Terminó el trabajo.

Mantengo la mirada apartada del resultado y empiezo a sollozar, abrazando mi estómago y preguntándome si voy a vomitar de nuevo. No queda nada ahí dentro. *No puedo* vomitar de nuevo.

¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo en un millón de *años* ha pasado esto? Me he convertido en una de ellos. Un monstruo. Una asesina.

Una princesa de la Mafia con sangre en las manos y el más oscuro de los vacíos donde solía estar mi corazón.

Igual que Rio. Solo que mucho, mucho peor. Porque Rio nació en esta vida, se crió en ella y nunca ha conocido nada diferente. En muchos sentidos, nunca ha tenido elección en cuanto a su camino en la vida.

A diferencia de mí. Yo conocía algo diferente. Sabía que había algo mejor, y sin duda he tenido opciones que no conducían aquí.

Pero las elecciones que he hecho me han llevado a esto. ¿Y para qué? Para *nada*.

Porque aún no he recuperado a mi hermosa hija.

Y ahora, he renunciado a todo. Incluyendo mi moralidad.

Capítulo Veintisiete

"La integridad es decirme la verdad a mí mismo. Y la honestidad es decir la verdad a otras personas."

Spencer Johnson

Bianca

La respiración laboriosa de Rio interrumpe mi creciente histeria, y vuelvo a la realidad con una descarga de adrenalina que dispara mi ritmo cardíaco.

Le dispararon. ¿Cómo pude olvidarlo? A mi esposo le *dispararon*, y necesito conseguirle ayuda.

Tengo que ser fuerte ahora. No débil.

Debo ser una verdadera esposa de jefe mafioso, y necesito dar un paso adelante y ayudarlo en su momento de necesidad, aunque quiera huir lo más rápido posible de este lugar de destrucción.

Ya lo ayudaste, susurra mi mente. *Le* disparaste *a alguien por él*.

Me tambaleo hasta ponerme de pie, alejándome del pútrido charco de vómito en el suelo. Ignoro deliberadamente a Pe-*no, no le des un nombre*, me grita mi mente. Ignoro el *cuerpo femenino* tirado en el suelo, y me dirijo hacia donde Rio terminó cuando se arrastró para agarrar el arma de la mujer.

Está balanceándose sobre sus rodillas, y su rostro normalmente bronceado tiene un brillo pálido y sudoroso.

—Acuéstate —digo entre jadeos, dándome cuenta de que necesito ralentizar mi respiración. Es probable que me hiperventile si no lo hago—. ¿Dónde te dio, Rio? ¿Qué puedo hacer?

Comienzo a palparlo por todas partes, buscando la herida, pero él aparta mis manos exploradoras antes de soltar una pequeña risa. El sonido es seguido por un gemido.

—Jesús. Está bien, nada de risas —su voz es áspera, pero luego añade—: Estoy bien, *mia cara*. Bueno, no lo estoy, pero lo estaré.

—Pero ella te disparó.

—En efecto. Aquí —levanta un brazo a medias y mira sus costillas del lado izquierdo, y grito cuando veo cuánta sangre empapa su ropa.

—¡Oh, Dios mío! —Esta vez, cuando alcanzo su camisa, trato de ser gentil, y él no me aparta. Levanto la camisa con cuidado para revelar la carne desgarrada debajo—. No sé qué hacer para ayudarte —digo —. Por favor, dime qué hacer. ¿Debería aplicar presión? ¿Ir a buscar ayuda?

No puedo perderte a ti y *a Emilia esta noche*. No expreso el miedo en voz alta, pero es como si él conociera la forma en que funciona mi cerebro y lo adivinara de todos modos.

—No me perderás, Bianca. Y toma valor de lo que ella dijo —inclina la cabeza en dirección a la mujer—. Emilia está viva y a salvo. Por ahora.

—Pero tu pecho...

—La bala golpeó una costilla y parece haberse desviado a lo largo del hueso. No ha entrado, creo. Aunque duele como la puta madre.

Cuando Rio maldice, generalmente lo hace en italiano. Escuchar la manera casual en que pronuncia las palabrotas en inglés suena tan mal saliendo de su boca.

—¿Puedes caminar? Necesito llevarte a que te ayuden. Puedo sostenerte, si puedes caminar un poco.

Desabotono su camisa y se la quito, la hago un bulto y la presiono suavemente contra su herida. Él sisea un poco, pero luego ríe ligeramente. Luego hace una mueca, como si no pudiera decidir si ceder al dolor o no.

—Tendrás que aprender a usar ropa oscura en este mundo, pajarito, como yo —señala la camisa, que es negra—. Ese hermoso vestido

crema tuyo ya está medio arruinado con sangre y barro. Pero me temo que soy un poco demasiado pesado para ti. Creo que simplemente haré lo que dices y me acostaré aquí un rato.

Empieza a caer, y gracias a Dios que solo está de rodillas porque, de alguna manera, logro amortiguar su caída, al menos un poco, y lo ayudo a recostarse sobre la hierba. Su rostro se ha vuelto aún más gris que antes, y sus párpados revolotean como si quisiera quedarse dormido. La bala puede que solo lo haya rozado, pero obviamente ha perdido mucha sangre, y sin duda el shock está comenzando.

—Iré a buscar ayuda, Rio. Seré rápida.

Me pongo de pie de un salto y corro de vuelta por el sendero a través de los árboles, hacia donde la pelea estaba ocurriendo antes. Ya no puedo oír más gritos ni forcejeos, solo conversaciones amortiguadas, así que asumo que la pelea debe haber terminado. Rezo para que el lado de Rio haya ganado porque no puedo moverlo yo sola, y no sé a quién voy a encontrar más adelante.

Salgo de los árboles y me detengo en seco al ver a unos treinta hombres levantando sus armas en mi dirección al unísono.

—Joder, Bianca —esa voz es de Danelli. Sobrevivió. Lo que significa que el lado de Rio debe haber ganado. Se apresura hacia adelante, su mirada horrorizada fija en mi vestido empapado de sangre—. Casi haces que te disparen mujer. ¿Estás herida? ¿Te dispararon?

Me tambaleo más cerca, viendo a Lee y Mitch entre los hombres que arrastran cuerpos muertos en dos pilas. ¿Los nuestros y los de ellos? Gracias a Dios que mis dos matones sobrevivieron. Entonces, solo uno de los Leon ha muerto bajo mi vigilancia.

Me vuelvo hacia Danelli.

—No es mi sangre. Es de Rio. Penn le disparó —explico—. Y luego yo le disparé a Penn. Y luego Rio le disparó a Penn. Y ahora está bien muerta. Realmente jodidamente muerta.

Quiero estallar en llanto, pero, de alguna manera, solo surge la risa. La mano libre de Danelli se levanta y hace la señal de la cruz.

No estoy segura si la señal es por Rio. O porque cree que me he vuelto loca y está buscando protección divina. El pensamiento detiene mi risa más efectivamente que una bofetada en la cara.

Tiempo para la histeria después. Concéntrate, Bianca. Concéntrate.

—Rio está vivo, Danelli. Necesita ayuda. Por favor. No puedo cargarlo yo sola —señalo de vuelta por el sendero—. Por ahí. No está lejos. Perdió mucha sangre.

***

Rio

Mi recuerdo de cómo regresé a la casa es un poco confuso. Creo que varios del equipo de Danelli pueden haberme llevado hasta aquí. Nuestro médico ya me está esperando en la sala de estar de la planta baja, aparentemente habiendo recibido una llamada de uno de los miembros del equipo. No tengo idea de qué estaba haciendo cuando fue convocado, ni me importa, pero debe haber estado cerca. Está contratado, y como tal, lo poseemos.

Aunque lo hemos utilizado muchas veces en el pasado, no había tenido motivo para llamarlo por mí hasta ahora.

Una vez que limpia y sutura mi herida, me administra algunos fluidos y me inyecta antibióticos, comienzo a pensar con más claridad.

Miro alrededor buscando a Bianca pero no puedo verla por ninguna parte.

—¿Dónde está mi esposa?

Danelli da un paso adelante.

—La señora Agosti estaba cubierta de sangre. Quería ducharse y cambiarse. Creo que también estaba un poco...

—¿Histérica?

—Sí —mi segundo al mando frunce el ceño—. Ha pasado mucho tiempo para mí, pero estoy seguro de que todos aquí recuerdan su primera muerte.

Un breve silencio cae entre los presentes en la habitación, y de inmediato me transporto a aquel día en que mi padre me hizo matar por primera vez a los trece años. Ciertamente fue hace mucho tiempo, pero el efecto de ello aún me acompaña hoy.

No quiero esa oscuridad para Bianca. Se supone que ella es mi fuente de luz.

Entonces el silencio es roto por el doctor, quien tose suavemente.

—¿Sí? —ladro.

—Le daré una inyección ahora para el dolor, señor Agosti.

—No.

—Pero...

—He dicho que no. Necesito tener la mente clara. ¿Puede garantizarme que eso —señalo la jeringa en su mano— me dejará la mente despejada?

—Yo, bueno, no, no lo hará. Lo más probable es que lo haga dormir.

—Entonces no. No voy a quedarme dormido mientras mi *jodida hija está desaparecida*.

El doctor retrocede rápidamente.

—Lo siento, señor. Yo solo...

Se apresura a recoger su equipo. Respiro hondo, lo que lamento al instante, apenas logrando contener el gemido. El alivio del dolor puede ser tentador, especialmente con la agonía en mi costado cada vez que respiro o ajusto mi posición. Pero el dolor pasará. Y cada minuto perdido es tiempo que podría dedicarse a localizar a Emilia.

—Al menos dejaré estas aquí para usted. Las *necesitará* para dormir, señor Agosti —murmura, y coloca un paquete de pastillas para el dolor sobre la repisa de la chimenea—. Volveré mañana para revisar la herida y cambiar el vendaje. Si nota algún enrojecimiento o si desarrolla fiebre, debe llamarme de inmediato. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo. Estaré bien.

—Le quedará una cicatriz —dice secamente.

—No me importa eso.

Me importa que mi hija esté desaparecida, y me importa que mi esposa no esté aquí a mi lado. No por mí, sino por ella. Conozco a Bianca. Estará ahogándose en un mar de culpa ahora mismo. No tiene por qué sentirse así porque ella no disparó el tiro mortal. Fui yo.

Pero eso no cambiará el hecho de que estará lidiando con lo que ha hecho.

La verdad es que Bianca mostró una valentía increíble esta noche. Si no hubiera disparado a la niñera de Emilia cuando lo hizo, el simple hecho es que yo no habría sobrevivido.

Mi esposa salvó mi vida. A cambio, le ofreceré mi fuerza para que pueda superar esta pesadilla y salir del otro lado sin fragmentarse en un millón de pedazos. O hundirse en la oscuridad que me llevó hace tantos años.

—Traigan a Bianca aquí, ahora.

Alguien sale corriendo para cumplir mi orden, y mientras espero que la traigan, me vuelvo hacia mi segundo al mando, que ha estado en posición de firmes cerca de la chimenea, esperando a que el doctor termine.

—Háblame, Danelli. ¿Qué tienes?

—Había veinticinco hombres, además de la niñera. Parece que los hombres llegaron por el río y solo debían estar allí como respaldo si la niñera no lograba entregar a su... —Se aclara la garganta y termina—: A su hija a quien fuera que estuviera esperando en el bote. Cuando algunos de mis hombres vieron el bote alejándose del muelle, corrieron hacia allí, y este grupo de hombres proporcionó una distracción. En la confusión, el bote escapó. Lo siento, jefe.

¿Lo siente? ¿Él lo *siente*? Mi boca se aprieta tan fuerte que temo que pueda romperme la mandíbula.

—¿En qué dirección se dirigió?

—Río abajo. Hacia el muelle.

Por supuesto que sí. Río arriba habría sido más fácil de rastrear.

—¿Y cuántos de ellos están muertos ahora?

—Diecisiete, jefe. Desafortunadamente, se llevaron a nueve de los nuestros.

Mi corazón se hunde. *Nueve*. Son muchas familias que estarán de luto mañana. Enviaré a alguien a cada familia, por supuesto, para dar la noticia y ofrecer el apoyo de la familia Agosti. Pero eso no suavizará el golpe de enterarse de que un ser querido ha sido abatido en cumplimiento del deber. Nada puede suavizar esa noticia.

—¿Y sabemos algo más sobre quién los envió? Seguramente, algunos de estos hombres le resultan familiares a *alguien*. Tenemos diecisiete cadáveres de la tripulación de alguien más ahí fuera en mis terrenos. Corre la voz. Quiero información, y la quiero *ya*. Ofrece una recompensa por la información. Un millón de dólares.

La boca de Danelli se abre de par en par.

—¿Un millón?

Lo atravieso con una mirada fija e imperturbable.

—Es mi hija, Danelli. Si no hay nada en las primeras doce horas, aumenta la recompensa a dos millones.

—Sí, señor —casi hace el saludo. Veo sus dedos deseando hacerlo. En su lugar, aprieta las manos en puños—. Tengo gente revisando los bolsillos mientras hablamos. Tomando fotos de sus caras. Correremos la voz. Con tantos hombres, alguien los conocerá. Y con ese nivel de recompensa... es solo cuestión de tiempo antes de que descubramos de qué tripulación son, jefe.

Estoy de acuerdo con su evaluación. Alguien hablará, y pronto. Al menos uno de esos hombres muertos será reconocido por alguien.

Quien esté a cargo de estos ataques sostenidos acaba de cometer un error que pronto será fatal.

Capítulo Veintiocho

"No es hasta que nos perdemos que empezamos a entendernos a nosotros mismos."

Henry David Thoreau

Bianca

Me quito la ropa ensangrentada tan pronto como llego al dormitorio y vuelvo a abrir la puerta para arrojarla al pasillo. No me importa que Lee, apostado afuera, pueda haber vislumbrado mi desnudez. No puedo soportar la idea de tener esa ropa en ningún lugar de este espacio. Ni siquiera en el cesto de la ropa sucia. Ni en la basura.

—Quémala —grito a través de la puerta.

—Lo haré, señora —llega la respuesta amortiguada.

Abro la ducha y pongo el agua tan caliente como puedo soportar. Luego me lavo el pelo y froto y froto mi cuerpo durante lo que parece horas. Pero no logro sentirme limpia. Finalmente, me hundo en el suelo de baldosas y apoyo la cabeza en mis rodillas dobladas, dejando que el agua corra sobre mis omóplatos y permitiendo que las lágrimas caigan.

Maté a una mujer. Bueno, técnicamente lo hizo Rio, pero yo fui fundamental en su muerte.

No cualquiera. Una mujer que *conocía*. Una mujer en quien confiaba lo suficiente como para dejar a mi hija a su cuidado.

Penn era *agradable*. Se preocupaba por Emilia —o al menos, lo aparentaba— casi tanto como yo. No puedo procesar el hecho de que esté realmente muerta y que yo fuera la causante de su muerte.

Sigo viendo su rostro, una y otra vez, incluso cuando cierro los ojos con fuerza. Hay una sensación hueca y vacía en mi pecho, como si el acto de matarla de alguna manera hubiera apagado la vida en mi

propio corazón. ¿Cómo vive Rio con esto? ¿Cómo vive cualquiera de ellos con este vacío en su interior?

No sé si alguna vez podré volver a dormir.

Y por encima de todo lo que siento por la muerte de Penn, estoy aterrorizada por mi bebé. Emilia se ha ido. Llevada por Dios sabe quién, con Dios sabe qué propósito, y quién sabe si alguna vez recuperaré a mi inocente niña.

¿Tendrá miedo de quien se la llevó? ¿La están tratando bien? ¿Le dan el tipo de comida adecuado? ¿Le cambian el pañal regularmente? ¿Siquiera saben cómo cuidar a una niña de seis meses? ¿Y si quiere a su mami, como me llama, o a su papi? ¿Y si ninguno de nosotros acude cuando llora? ¿Se sentirá abandonada por quienes se supone que deben amarla y protegerla?

Si la recuperamos, ¿recordará este incidente? ¿La traumatizará para siempre?

La única débil esperanza a la que intento aferrarme es que tiene la misma edad que yo tenía cuando mi niñera me llevó y me dejó en los escalones de una iglesia, y honestamente no recuerdo nada de eso.

Con suerte, si —no, me corrijo, *cuando*— esté de vuelta en mis brazos, sana y salva, no recordará nada de esto.

Mientras estoy aquí sentada, con el agua caliente cayendo sobre mi cuerpo, algo en mis pensamientos comienza a desentonar. Lentamente, levanto la cabeza.

Llevada por Dios sabe quién.

Pero eso no es correcto. *Sí* sé quién se la llevó. O al menos, creo que lo sé. Recordando lo que Penn dijo antes de morir, y cómo aludió al tipo del club, la sospecha se cristaliza en una certeza.

Me pongo de pie tambaleándome y cierro el agua, luego agarro una toalla blanca y esponjosa y me seco lo más rápido que puedo. Tengo que bajar y hablar con Rio. Incluso si ahora no está en condiciones

de hacer nada, tengo que contarle lo que me dijo el hombre en el club.

Y luego, juntos, descubriremos la verdad sobre nuestro enemigo. E iremos a recuperar a nuestra hija.

Si no es demasiado tarde para salvarla.

***

Rio

Cuando Bianca entra en la sala de estar, una oleada de su dulce aroma cítrico la acompaña. Su piel se ve rosada y limpia, y su cabello aún está húmedo. Lleva un suéter negro y pantalones deportivos negros casuales, y se ve tan hermosa e inocente como siempre.

Pero cuando se acerca, noto sutiles diferencias en su comportamiento. La tensión en su mandíbula, la línea rígida de sus hombros y, lo peor de todo, una oscuridad vacía detrás de sus ojos que nunca antes había visto allí.

Coincide con lo que veo en el espejo cada mañana cuando miro mi propio reflejo. Nunca quise ver eso en mi esposa, y sin embargo, ahí está, justo frente a mí.

La compasión surge en mi pecho por el viaje mental que sé que tiene por delante. Pero no importa lo difícil que sea, no le haré lo que mi madre me hizo a mí. Nunca le diré que encierre la oscuridad, porque cuando haces eso, solo crece.

Le conseguiré la ayuda que necesita para lidiar con el trauma de matar a alguien. Si ella lo quiere.

Pero no hasta que recuperemos a nuestra hija.

Se agacha a mi lado y acaricia suavemente mi muslo, y tengo que luchar para no envolverla en mis brazos y ordenarle que se quede allí para siempre.

En su lugar, cubro su mano con la mía, tomándome un momento para simplemente disfrutar de la conexión, piel con piel.

—¿Te sientes bien, Rio? ¿Qué dijo el médico? —Su voz es sorprendentemente fuerte.

Esperaba a medias que estuviera llorando y temblando, pero no muestra nada de la angustia que sé que debe estar carcomiéndola en lo más profundo.

—Estoy bien, *mia cara*. Todo cosido y casi tan bueno como nuevo. ¿Estás *tú*... bien?

Ah, ahí está, finalmente. El breve temblor de su boca, el sobresalto de su pulso bajo mis dedos mientras acaricio su muñeca.

Pero luego levanta sus labios en una sonrisa obviamente falsa y alza la barbilla para encontrarse con mi mirada. —Por supuesto. Estoy bien. Yo no fui... disparada.

—Bianca, hablaremos de lo que pasó allá en el bosque...

—No. No quiero. Ahora no. —Aparta su mano de debajo de la mía y frota sus palmas entre sí.

Abro la boca para decir algo más, pero ella niega con la cabeza, deteniendo mis palabras.

—Rio, espera. Hay algo que necesito decirte. Tengo información que creo que debes escuchar. Yo... Te lo habría dicho antes, pero toda esta noche ha sido... Bueno.

Traga saliva, y sus ojos se mueven nerviosamente. No está bien. Ni por asomo.

Doy una palmadita en el asiento a mi lado, en mi costado ileso, y ella sube y se desliza sobre él. Rodeo sus hombros con mi brazo derecho, asegurándola contra mí, y ella deja escapar un largo suspiro como si mi contacto le hubiera dado consuelo.

—Rio, por favor no te enfades conmigo. Quería decírtelo... Intenté decírtelo varias veces...

Mis sentidos se ponen instantáneamente en alerta. De alguna manera, sé que esto va a ser trascendental.

—¿Qué es, Bianca? La niñera insinuó algo allá afuera. Dijo que te lo habían dicho. En el club. ¿Es de eso de lo que quieres hablarme?

Ella asiente, y sigue asintiendo, como si los nervios la hubieran dominado.

Tomo su barbilla entre mi pulgar y mi índice y pongo fin a su asentimiento. —¿Qué te dijo el hombre, Bianca?

Su cuerpo empieza a temblar. Aprieta las manos en su regazo. —Dijo... Dijo... Es una locura, y no puede ser real. Estoy segura de ello. Pero Rio, dijo que mi madre, Rina...

De repente, se libera de mi agarre y salta sobre sus pies. Se gira para mirarme, y sus ojos destellan con una emoción indescifrable. Su voz resuena en la habitación mientras las palabras salen apresuradamente de ella.

—Dijo que mi madre, Rina Carlotti, de alguna manera sobrevivió a la bomba del coche que supuestamente la mató. Dijo que mi madre sigue viva.

La miro parpadeando de asombro, incapaz de formular palabras.

Ella aspira profundamente y lo suelta en un siseo antes de repetir la impactante acusación.

—Rio, creo que mi *madre biológica* sigue viva, y creo que ella es la responsable de todos estos ataques.

Capítulo Veintinueve

"Una vez que eliminas lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad".

Arthur Conan Doyle

Bianca

La cabeza de Rio se echa hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada. Luego, la máscara familiar cae sobre sus facciones y su expresión se vuelve inescrutable.

En el pasado, cada vez que veía esa expresión, asumía que era porque él era frío. Sin emociones. Un monstruo.

Pero ahora lo sé mejor. Un pequeño tic bajo su ojo izquierdo comienza, traicionándolo. No está sin emociones. Está hirviendo de rabia y aterrorizado por nuestra hija, tanto como yo, solo que está tratando de ocultar su reacción de mí y de todos los demás.

—Eso es imposible —dice por fin.

Su tono es rígido, formal. Obviamente, no cree que lo que he dicho pueda ser cierto.

Sé cómo se siente. Yo apenas puedo creerlo tampoco.

Pero cuanto más lo pienso, más siento que encaja. Penn no tenía miedo por Emilia, y no porque fuera simplemente una perra desalmada que secuestraba. No tenía miedo porque no sentía que necesitara tenerlo. Sabía que quien tiene a nuestra hija no quiere hacerle daño.

¿Y quién más tendría los mejores intereses de Emilia en el corazón? Su abuela.

—Sé que no me crees, pero...

—Había evidencia de ADN en la escena, Bianca. ADN que coincidía tanto con tu madre como con tu padre. Los testigos los vieron a

ambos subir al vehículo, y después, bueno, según todos los informes, nadie podría sobrevivir a una explosión así.

No puedo quedarme quieta. Siento como si hormigas estuvieran caminando por todo mi cuerpo. Necesito hacer algo. Moverme. Algo. Empiezo a caminar de un lado a otro frente a la chimenea, mis dedos de los pies se curvan en la alfombra mullida mientras me muevo.

De repente, me detengo y le apunto con un dedo. —¿Y tú nunca has fingido una muerte antes? ¿Preparado una escena para que parezca una cosa cuando realmente es otra? ¿Sobornado testigos? ¿Manipulado evidencia de ADN?

—Yo...

—Eso pensé.

No puede negarlo. Veo la verdad en sus ojos.

—No es imposible —dice en un tono lento y considerado—. Pero realmente es improbable. ¿No crees que tu madre se habría puesto en contacto contigo en algún momento de los últimos veintiséis años si estuviera viva?

—Tal vez no quería arriesgarse a ponerme en peligro.

—Bueno, ciertamente está haciendo lo contrario ahora. Si realmente es ella.

Dejo de caminar y me giro para mirar las llamas en la chimenea. Tiene razón. Todas sus acciones *nos* están poniendo en peligro ahora. A mí, a Emilia y a Rio. ¿Por qué haría eso?

Y si realmente quería recuperar el negocio Carlotti, ¿por qué no simplemente presentarse cuando se supo que Rio me había encontrado y planeaba casarse conmigo? De hecho, ¿por qué no presentarse hace todos esos años después de que mi padre biológico muriera?

Una parte de mí quiere que sea verdad. Desesperadamente. Si *está* viva, entonces tal vez algún día pueda conocerla y realmente tener

la oportunidad de entender quién soy y cuál es mi herencia. Emilia también podría tener la oportunidad de conocer y entender *su* herencia.

Pero tal vez Rio tiene razón después de todo. Tal vez solo me estoy aferrando a pajas inexistentes.

El núcleo de esperanza que se encendió cuando el hombre susurró esas palabras en mi oído se apaga, y mis hombros se hunden. Agarro el borde de la repisa y apoyo mi frente contra la madera pulida.

—Entonces estamos de vuelta en el punto de partida otra vez. Sin nada. Sin pista de quién tiene a Emilia, o por qué.

Las lágrimas queman mis ojos, y las parpadeo, negándome a dejarlas caer. Entonces el cuerpo cálido de Rio presiona contra mi espalda, y me giro y apoyo mi cabeza contra su pecho.

—No estamos en el punto de partida. Tenemos mucho más ahora de lo que teníamos esta mañana. O —mira el reloj en la repisa— ayer por la mañana.

—¿Como qué?

—Como diecisiete cadáveres allá afuera que trabajaban para alguien en la industria. Y cuando identifiquemos quién, los tendremos. También tenemos el mensaje sobre tu madre, que puede o no ser cierto. Pero podemos confirmarlo de una manera u otra, ya que creo que mis hombres aún tienen al tipo encerrado en el club. Tenemos a Penn, quien...

Se detiene abruptamente, y cuando levanto la mirada para ver qué sucede, su rostro se ha transformado en una máscara de rabia tal que casi gimo cuando la veo.

—¿Qué, Rio? Me estás asustando de repente.

—Penn —dice, y asiente—. Sí. Todo tiene sentido ahora.

—¿Qué quieres decir?

Rio se aleja de mí, y ahora es su turno de caminar de un lado a otro por la alfombra. Al ritmo que vamos, necesitaremos una nueva alfombra por la mañana. —Todo este tiempo pensé que era Martelli, buscando entrar en el área de Boston. Si no era él, entonces estaba considerando a Darov como una posible segunda opción.

—Yo también —digo, aún sin estar segura de adónde va esto—. Bueno, no Darov. Pero Martelli, sí. Casi le pregunté esa noche si tenía a alguien llamado Antonio trabajando para él.

Rio resopla, luego hace una mueca. —Me alegro mucho de que no lo hicieras, Bianca. Martelli habría tomado eso como una bofetada altamente ofensiva y, como sabes, no responde bien a los desaires percibidos.

—Pero estás diciendo que no fue él. Entonces quién...

Incluso antes de que continúe, la realización amanece en mi interior.

—No. —Me agarro el pecho, teniendo que forzarme a seguir respirando—. No *Rossi*. Seguramente no Carlos Rossi.

—Sí —dice Rio—. Es la única explicación que encaja. Hay una persona que ha estado en el centro de todo desde el principio. Conocía a mis padres y a los tuyos. Estaba enamorado de tu madre, Bianca. Te escondió y me dio el nombre de Antonio, enviando a todas las familias en varias búsquedas infructuosas. Enfrentándonos unos contra otros con insinuaciones y sospechas, y luego deslizándose para sabotear las cosas donde podía. Incluso me dio...

—¿Qué, Rio? ¿Qué te dio?

—Me dio a Penn, Bianca. Me dio una recomendación para una niñera, y me llevó directamente a Penn.

—Pero no puede ser cierto. Por qué...

Los labios de Rio se tuercen en una parodia de sonrisa. Pero sus ojos arden como agujeros negros en su rostro, y aunque sé que su rabia no está dirigida a mí, tropiezo un paso atrás, casi dentro de la chimenea.

—Tu madre, por supuesto —dice Río.

Extiende la mano y me aleja de la chimenea de una manera casi distraída. Tropiezo hacia el sofá y me dejo caer en él, encogiéndome para tratar de parecer más pequeña.

Su monstruo interior está cobrando vida ante mis propios ojos.

—Rina *está* viva —gruñe—. Tiene que estarlo. Y Carlos Rossi está trabajando con ella para derribarnos a todos y apoderarse de todo. Por ella.

***

Espero que hayas disfrutado del segundo libro de la trilogía *Enemigos Oscuros*. La serie concluye en el tercer libro, ***Enemigo Despiadado***.

Enemigo despiadado

Enemigos oscuros

Libro 3

Un romance oscuro de mafia con matrimonio forzado y enemigos que se convierten en amantes

Por Zoe Delaney

Capítulo Uno

—Hace mucho tiempo aprendí que lo más sabio que puedo hacer es estar de mi lado.

Maya Angelou

Bianca

¿Cuándo comenzó mi descenso hacia la oscuridad? ¿Fue en el momento en que los matones de Rio me secuestraron en la calle? ¿Fue cuando me enamoré de mi secuestrador? ¿O fue más reciente? ¿Fue anoche cuando Rio puso una Glock 19 en mi mano y la usé contra otro ser humano?

No importa cuándo empezó. Ya estoy aquí, en las aguas turbias de la locura mafiosa, con la muerte en mis manos y la venganza hirviendo en mi sangre como ácido.

Resulta que consideraré cualquier cosa para recuperar a mi hija.

Incluso si eso significa que tenga que matar a mi madre.

Rio me obligó a subir aquí a la cama para descansar al menos un poco después de que todos se fueran tras el tiroteo, pero es imposible conciliar el sueño. Mi niña está desaparecida, probablemente en manos de una loca, y aunque esa loca esté emparentada conmigo por sangre, no hay forma de que pueda relajarme lo suficiente como para hundirme en el olvido del sueño.

En su lugar, yago aquí en nuestra cama matrimonial, rígida como una tabla de madera, con el corazón haciendo extrañas palpitaciones de estrés y los músculos de la mandíbula y el cuello tan tensos que tengo un dolor de cabeza permanente. En algún momento Rio se une a mí en la cama, y al menos entonces logro relajar mi cuerpo ligeramente cuando su calor y proximidad me envuelven y persuaden a mis músculos a liberar algo de su tensión.

Aun así, no duermo.

Él tampoco. La respiración de Rio permanece uniforme y tranquila, pero de vez en cuando sus dedos se aferran a mi carne, y luego me acaricia suavemente como si no hubiera querido agarrarme tan fuerte y quisiera aliviar cualquier daño que su agarre convulsivo pudiera haber causado.

Anoche le dispararon, pero se negó a tomar analgésicos. Sí, al final resultó ser solo un roce, pero supongo que aún debe estar sintiendo mucho dolor.

Poco después del amanecer, Rio deja escapar un suspiro ahogado y luego se desliza fuera de la cama con un gruñido apagado antes de dirigirse al baño. Ruedo de mi costado a mi espalda y escucho el sonido de la ducha.

He estado exprimiendo mi cerebro tratando de averiguar qué hacer a continuación, pero tal vez no necesite planear ninguna acción más que esperar. Penn dejó claro con sus comentarios que "ellos" se pondrán en contacto con detalles sobre cómo puedo recuperar a Emilia.

"Ellos" siendo Rossi o mi madre, presumiblemente.

Así que, en lugar de tratar de averiguar cómo encontrarlos, solo necesito esperar a que se pongan en contacto, y entonces Rio y yo podremos apresurarnos a recuperar a nuestra hija. Junto con Danelli y los diversos miembros del equipo que apoyan a la organización Agosti.

Sí, claro. Va a salir tan suave como eso.

En el lado positivo de esta terrible situación, todos los empleados de Rio han demostrado estar firmemente de nuestro lado. Nuestra hija puede tener solo seis meses, pero Emilia es la heredera del imperio Carlotti-Agosti, y como tal, bien podría estar hecha de oro puro en lo que a ellos respecta.

Sé que todos harán lo que sea necesario para traerla a casa sana y salva con Rio y conmigo.

Dejo escapar un suspiro que refleja el que Rio soltó hace un rato, luego miro de nuevo hacia la puerta cerrada del baño. Han pasado varios minutos y la ducha sigue corriendo, lo cual es inusual en Rio. Es un hombre tan ocupado que normalmente no se demora.

De repente me invade un anhelo de sentir sus brazos a mi alrededor, de perderme en su calor y su fuerza, y antes de que tenga la oportunidad de sobreanalizar mis motivos, estoy fuera de la cama y cruzando la habitación.

Golpeo suavemente, luego entro sin esperar una respuesta. Está inclinado hacia adelante en la cabina de la ducha, con ambos brazos levantados y las palmas planas sobre la pared de azulejos. Su cabeza está colgando, y el agua cae en cascada sobre su espalda, formando riachuelos por su forma musculosa y sobre el vendaje que cubre sus costillas.

El vendaje debe ser impermeable. O eso, o se lo cambiará cuando salga.

Cuando entro, levanta la cabeza, y me encuentro con su mirada atormentada a través del vidrio empañado. Está sufriendo, y sospecho que no solo físicamente. Rio es un hombre acostumbrado a tener el control, y con nuestra hija desaparecida, el control ha pasado a alguien más.

Estoy segura de que odia eso.

Quita una mano de la pared y me la tiende, y sé que he tomado la decisión correcta al entrar aquí. Por ambos. Me quito rápidamente la camiseta grande de Rio que elegí usar anoche y me deslizo en la generosamente proporcionada cabina junto a él.

Sus brazos me envuelven con fuerza y me atraen cerca, y ni siquiera tengo la oportunidad de tomar aire antes de que su boca se aplaste contra la mía con una mezcla de necesidad y furia apenas contenida.

Abro mis labios y lo dejo entrar, sabiendo que la furia no está dirigida a mí y dando la bienvenida a su pasión abrasadora en cualquier forma que quiera entregarla.

Su furia coincide con la mía. Es *mi* madre biológica —y el supuesto "viejo amigo" de mi familia, Rossi— quien ha destrozado nuestras vidas.

Mientras Rio tiene el poder de la organización de su familia detrás de él, garantizando un ejército cuando lo necesite, yo no tengo nada a lo que recurrir excepto a mí misma y mi aún incipiente conexión con este hombre.

Lo imito en el beso frenético, mordiendo su labio inferior y gimiendo profundamente en mi garganta cuando sus dedos se deslizan en mi cabello suelto y lo agarran con fuerza para inclinar mi cabeza aún más hacia atrás.

Su erección no necesita estímulo. Está duro y listo desde el momento en que baja las manos y arrastra mis caderas cerca. El calor generado entre nosotros por su polla, evidente incluso con la cascada de agua tibia que cubre nuestros cuerpos, convierte mi vientre en deseo fundido, y rompo el beso y dejo escapar un gemido.

—Te necesito —respiro las palabras contra su pecho y luego inhalo su seductor aroma masculino, disfrutando del rumor que vibra a través de él cuando levanto dedos exploradores y rozo uno de sus pezones.

—No hay tiempo para juegos previos, pajarito. No hoy —su tono es áspero, sonando como si apenas se estuviera aferrando al control.

Conozco la sensación. Es lo mismo para mí.

—No. No hay tiempo —mi voz tiembla tanto que apenas puedo hablar.

Me agarra por el trasero y me levanta, mis muslos descansando sobre sus poderosos antebrazos, y automáticamente envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas antes de recordar.

—¡Espera! ¡Tus costillas!

—Estoy bien. El dolor es... necesario.

¿Qué significa eso? Entonces estrella mi espalda contra la pared de azulejos de la ducha, y el aire abandona mis pulmones de golpe. Mi cerebro deja de formular preguntas. La acción es más violenta de lo que esperaba, pero no me importa. El dolor en mi espalda se mezcla con la necesidad que me desgarra entre las piernas.

El agua caliente que aún fluye sobre nosotros arrastra cualquier cosa negativa por el desagüe. Aquí, envueltos por el vapor y el aroma del deseo, el mundo exterior desaparece. Me gusta así. Lo *necesito* así. Un respiro temporal del horror que nos espera afuera. Tiempo para que ambos simplemente... nos rindamos al instinto.

Necesito que mi marido me *folle*. Y lo necesito ahora.

Me baja hasta que la punta de su miembro se asienta en mi entrada, y mis gemidos se convierten en jadeos. Arqueo la espalda, moviendo mis caderas y retorciéndome en su agarre para intentar empujar hacia abajo. Quiero su carne expectante dentro de mí. No provocándome en la entrada. Quiero envolver mi vagina a su alrededor, succionarlo profundamente y dejar que llene mi canal con todo lo que es.

Necesito olvidar. Quiero que *ambos* olvidemos...

—Eres jodidamente hermosa, Bianca. *La mia bella moglie* —su voz es ronca, sus ojos brillan con una fuerte emoción.

No es amor, no en este momento, y sin embargo, paradójicamente, nunca me he sentido más amada.

En esta unión nos impulsa la rabia y una intensa necesidad de aniquilar el miedo por nuestro futuro.

Le sonrío, consciente de que probablemente no hay humor en mi expresión. Solo hambre. Él lo entiende. Tampoco hay humor en sus facciones, aunque sus labios también están estirados en una semblanza de sonrisa.

Él es el único que realmente entiende el terror que se esconde bajo cada una de mis respiraciones medio pánicas...

—Fóllame, Rio. Por favor. Hazme olvidar.

Finalmente, obedece, empujando hacia arriba y dentro de mí al mismo tiempo que me baja. La acción es dura y rápida, y duele un poco. Demasiado. Demasiado lleno. Jadeo mientras su carne preparada no deja espacio dentro de mí para nada más que necesidad. Me llena hasta el fondo, muy, muy adentro.

Mi cuerpo se ajusta a la invasión, y el placer se extiende en espiral mientras lo aprieto con mis músculos internos. *Deseo. Necesidad. Nunca lo dejaré ir*...

—Oh, Dios, se siente tan bien, tan correcto. Oh, *Rio*...

—Bianca, pajarito, nunca tendré suficiente de ti —embiste tan fuerte que todo mi cuerpo se sacude involuntariamente en sus brazos—. Nunca. Tendré. Suficiente —puntúa cada una de sus palabras con una embestida feroz en la que siento toda la furia contenida que ha estado tratando de controlar.

—Sí —me encuentro con cada una de sus embestidas con movimientos urgentes—. Fóllame duro.

Me pierdo en la sensación, retorciéndome contra él mientras continúa bombeando con fuerza dentro de mi cuerpo, una y otra vez. El agua cae en cascada desde la ducha sobre nosotros, el sonido es un dulce fondo para los gemidos y jadeos que salen de ambos.

Baja la cabeza y toma uno de mis pechos en su boca, succionando la carne antes de morder el pezón con sus dientes y lengua en una acción que causa ondas que se extienden desde ese punto sensible hasta mezclarse con el dolor en mi centro, y todo mi cuerpo anhela la liberación.

Estoy tan cerca del orgasmo, tambaleándome justo al borde. Cuando gruñe y muerde con fuerza mi pecho, ya no puedo contener la avalancha por más tiempo. Mis entrañas comienzan a apretarse alrededor de su miembro, y me pongo rígida en sus brazos antes de que mi cuerpo se haga añicos en un violento clímax que arranca un grito de mi garganta mientras lo cabalgo.

Él me sigue instantáneamente al abismo, su rugido amortiguado contra mi pecho mientras se sacude y tiembla y se libera profundamente dentro de mí.

Eventualmente, las sensaciones comienzan a disminuir, y él se desliza fuera de mí y me baja de nuevo al suelo de la ducha. Sus dedos trazan mi vientre, luego suben entre mis pechos hasta mi cuello, donde rodea mi garganta con un agarre no castigador, pero lo suficientemente firme para mantenerme en mi lugar contra la pared.

Mantengo la barbilla alta, permitiendo su toque. No, *deleitándome* en su toque, mientras su pulgar acaricia suavemente un lado de mi cuello.

—Tendrás moretones, pajarito —murmura, y logro asentir ligeramente a pesar de la prisión de su agarre.

—Lo sé. Ya los siento formándose —mi trasero y muslos duelen donde sus dedos apretaron mi carne con tanta fuerza—. Y una marca de mordida, creo.

Su mirada cae a mi pecho, y sus labios se tuercen ligeramente, como si no se hubiera dado cuenta hasta este momento de lo que hizo en el calor de su pasión.

—La piel no parece rota, pero de todos modos haré que te traigan un ungüento.

Su mano se aleja de mi cuello y golpea ligeramente mi pezón con la punta de un dedo. Incluso saciada, la acción hace que me estremezca, como si mi cuerpo estuviera listo para más, si él lo eligiera.

—No pretendía lastimarte, Bianca. No hoy.

—Lo sé —enredo mis manos sobre su pecho y las entrelazo detrás de su cuello, tirando de él hacia abajo para plantar un suave beso en sus labios aún torcidos—. Está bien —añado cuando se aparta—. Necesitaba escapar. Tú también.

Suelto su calidez antes de inclinarme para cerrar los grifos. El repentino silencio es asfixiante.

—¿Qué querías decir con que el dolor de esto es necesario? — acaricio la cubierta impermeable sobre su herida de bala, con cuidado de presionar solo ligeramente.

Aunque con lo que acabamos de hacer, sospecho que si fuera a abrirse y empezar a sangrar de nuevo, ya lo habría hecho.

Las cejas de Rio se fruncen.

—Me da motivación y agudiza mi mente. Un recordatorio de que nuestro enemigo es peligroso, y un movimiento en falso resultará en lesión o muerte. Subestimé a Rossi una vez. El dolor me ayuda a concentrarme. No puedo permitir que me vuelva a vencer.

—¿Eso es todo? ¿No es...?

¿Cómo le pregunto a un hombre tan poderoso como Rio si ve el dolor como su merecido porque siente que ha defraudado a su familia?

Sus ojos se entrecierran, como si pudiera percibir lo que temo expresar con palabras. —Eso es todo —dice en un tono tajante.

Sale de la ducha, poniendo fin efectivamente al momento de intimidad, y alcanza un par de grandes toallas blancas de la pila sobre el mostrador cercano. Me entrega una de ellas.

—Recuperaremos a nuestra hija, mi hermosa esposa —dice—. Te lo prometo.

De repente, quiero gritarle, decirle que no prometa algo que quizás no pueda cumplir. Pero lo que sucedió no es su culpa, y no merece mi ira mal dirigida. Y de todas las personas que conozco, él es, por mucho, el mejor capacitado para asegurar que recuperemos a nuestra bebé, sana y salva, donde pertenece. Con nosotros.

Así que, en lugar de despotricar contra él o abalanzarme para golpearlo con mis puños ahora apretados, asiento en silencio y

hundo mi rostro en la esponjosa toalla, frotando con fuerza mis ojos e intentando no imaginar lo peor.

El cuerpo mutilado de nuestra hija, o incluso peor, su pequeño cuerpo *sin vida*, arrojado al montón de desechos conocido en este retorcido mundo criminal como *daño colateral*.

Capítulo Dos

—La venganza es un acto de pasión; la revancha, de justicia.
Samuel Johnson

Rio

Mi enemigo por fin ha dado la cara, y lo *destruiré*.

Miro por la ventana de mi oficina en la planta baja de mi finca junto al río y me concentro en mantener mi respiración lenta y constante. Tengo que disipar algo de esta ira o afectará mi capacidad de concentración.

Un recuerdo destella en mi mente mientras observo los terrenos de la finca, una vez más prístinos, donde apenas anoche tuvo lugar la sangrienta batalla.

Mi padre estaba de pie sobre mí mientras yo yacía en la lona del ring de boxeo en su gimnasio, Nicky en la esquina luciendo ensangrentado pero de alguna manera triunfante. —Tenías la victoria, Gregorio. Y luego perdiste el enfoque, y tu hermano se aprovechó. Hoy eres un perdedor, y siempre serás un perdedor en la vida, a menos que mantengas el control sobre ese temperamento tuyo. Contén tu ira, muchacho.

Me tendió una mano para ayudarme a ponerme de pie, y tan pronto como estuve erguido y estable, su puño sin guante vino hacia mí tan rápido que apenas lo vi. El golpe me derribó directamente al suelo. Perdí el conocimiento esa vez. Cuando volví en mí, Nicky y mi padre se habían ido, y el médico de mi madre estaba agitando una especie de frasco bajo mi nariz.

Sales aromáticas anticuadas, descubrí más tarde, pero en ese momento, todo lo que dijo fue: —Si sigues decepcionando a tu padre, te matará un día, joven. Solo puedo hacer tanto para seguir recomponiéndote.

Perder el control no es una opción, me recuerdo. Debo mantener contenida a la bestia oscura que acecha dentro de mí. O Bianca y Emilia sufrirán.

La duda se ha colado por primera vez desde que asumí el manto como cabeza de la familia. No es ni bienvenida ni útil, y empujo los pensamientos recalcitrantes y los viejos recuerdos hacia abajo, imaginando aplastarlos en mi puño tan completamente como aplastaré a Rossi cuando lo encuentre.

Le prometí a Bianca que recuperaría a Emilia sana y salva, y tengo la intención de cumplir esa promesa.

Aun así, la voz interior continúa burlándose de mí. ¿La recuperaremos? Claramente, he juzgado mal a Rossi durante gran parte de mi vida, y me ha costado casi todo lo que aprecio.

¿Qué dice eso de mí, de mi capacidad para dirigir el imperio Agosti, que pude haber sido tan fácilmente engañado por otro?

Empiezo a caminar mientras espero que llegue Danelli, repasando mis acciones y decisiones hasta ahora.

No tenía sentido trasladarnos todos a una de mis otras propiedades, o a una de mis casas seguras, o escondernos en mi barco. Ya vinieron por nosotros, y se llevaron lo que es mío.

Y mataré hasta el último de ellos por atreverse a enfrentarse a mí y a mi preciosa familia.

Me aparto de la ventana cuando escucho una voz fuera de mi puerta, pero no antes de ver un vistazo de mi reflejo en el cristal tocado por el sol de la mañana temprana. Mis labios son una línea delgada, y mis ojos son pozos de sombras en un rostro más pálido de lo habitual.

Cualquiera que me vea ahora mismo sabrá que no debe desafiarme de ninguna manera. A pesar de mi resolución, mi control está al filo de la navaja.

Apenas son las siete y media, pero Dana ya está en su escritorio en la antesala. Era su voz la que podía oír; ha estado trabajando en la

lista de tareas que le di cuando llegó. Llamando a cada uno de los jefes de familia en la región noreste e informándoles sobre lo ocurrido antes de emitir una solicitud para asistir a una reunión aquí en la finca.

Sospecho que la mayoría ya lo sabe; la red de la jungla es rápida y efectiva, pero al menos debo hacer un espectáculo de seguir los canales de comunicación adecuados. Así como los diversos jefes probablemente fingirán ignorancia y conmoción cuando reciban la llamada.

La llamo por el intercomunicador y le imparto más instrucciones en un tono que no deja lugar a errores. Espero que la mayoría de mi equipo se reúna aquí en los terrenos. Rápido. Necesitamos un equipo mínimo para que permanezca en las diversas operaciones comerciales que continúan sin cesar, pero el resto del equipo debe estar aquí, terminando la limpieza de los terrenos, reforzando la seguridad y preparándose para partir en el momento en que obtengamos notificación de la ubicación del enemigo.

Necesito saber dónde se esconde ese hijo de puta de Rossi, y espero resultados de nuestra red de ojos y oídos en el terreno.

Finalmente, dejo de caminar y tomo asiento detrás del escritorio. Sorbo el café de doble fuerza que Dana entregó antes, aunque apenas registro el sabor. Está casi frío, pero necesito la dosis de cafeína. Mis pensamientos están dispersos, y debo reagruparme. *Concentrarme*. Una vez más convertirme en el despiadado jefe de familia que todos esperan en lugar de un padre temeroso por la seguridad de su hija.

Los jefes de familia, aquellos que elijan aceptar mi "invitación", deberían llegar dentro de las próximas dos o tres horas, y hay trabajo que hacer antes de eso.

Danelli llega unos minutos después. Mi segundo se pone en posición de firmes, mirando ligeramente más allá de mí sobre mi hombro izquierdo, como si no pudiera soportar encontrarse con mis ojos. Su culpa y vergüenza obviamente lo atormentan.

—Jefe, lo que sea que necesite, estoy en ello. Lo juro por mi vida.

Se culpa a sí mismo por el fiasco de anoche. Yo también. Pero afortunadamente para Danelli en este momento, me culpo más a mí mismo.

—Ten a todos los hombres que puedas reunir listos para partir a mi orden. Nos moveremos en el momento en que tengamos una ubicación.

Asiente rígidamente. —Sí, Jefe. Están listos. No le fallaremos.

Otra vez. La última palabra no se pronuncia, pero flota en el aire entre nosotros, manchando nuestra relación. Las cosas nunca volverán a ser las mismas entre Danelli y yo.

Cuando esta situación se resuelva, ya no será mi segundo. Ambos lo sabemos. No tengo amigos, solo aliados y enemigos. Danelli ha sido una constante a mi lado durante muchos años, y no deseo pensar en cómo será el futuro sin él. Nicky es el siguiente en la línea, y ya sé que disfrutará del papel. Simplemente no estoy seguro de que yo lo disfrute tanto.

—¿Qué tienes? —ladro la pregunta, más duramente de lo que pretendía—. Y mírame directamente, maldita sea.

Inhala profundamente y exhala lentamente antes de ajustar su mirada para encontrarse con la mía por fin. —Obtuvimos confirmación de un par de fuentes diferentes. Al menos seis de los hombres muertos son de la banda de Carlos Rossi.

Asiento, sin sorprenderme. Aun así, es bueno tener el hecho confirmado. Rechino los dientes. Rossi es un hombre muerto caminando.

Y Rina estará igualmente muerta cuando la encuentre, si es cierto que se ha aliado con mi enemigo. Mi mente reconoce ese pensamiento y luego lo evade. No tengo tiempo para lidiar con eso ahora. Por supuesto, hay complejidades en torno a la acción de matar a la madre de Bianca. Consecuencias para mi esposa que probablemente serán de largo alcance y duraderas.

Vuelvo a prestar atención a Danelli, que sigue hablando. —...y recibimos noticias de uno de nuestros hombres en los muelles hace unos veinte minutos. Un par de miembros de la tripulación vieron algo sospechoso en el embarcadero. Una transferencia de barco a coche, por lo que parece. Alguien captó el sonido de un bebé llorando. Rápidamente silenciado, pero en cuanto se enteraron de lo que había pasado aquí, se pusieron en contacto para informarnos.

—¿Un coche? —Estiro la boca en un simulacro de sonrisa, pero Danelli se estremece ligeramente.

Claramente, mi expresión no ofrece ningún humor.

Hay varios lugares sin vigilancia a lo largo de la costa donde podrían haberse escondido y cambiado a otro barco o a un coche. No tendríamos esperanza de rastrearlos en ese caso. Sin embargo, ya que se detuvieron en el embarcadero, es posible que Rossi y Rina hayan cometido un error fatal justo allí.

—Deberían haberse quedado en el agua. Pon a un equipo a revisar las cámaras de CCTV de la zona y que sigan todas las posibles rutas de salida de...

—En ello, jefe. —Mi segundo se da la vuelta y da unos pasos alejándose, sacando su teléfono mientras lo hace para hacer una llamada.

Hay muchos que están discretamente en mi nómina, incluidos aquellos que tienen acceso a las grabaciones de las cámaras de la ciudad. La reputación de los Agosti es de largo alcance, y aprovecharé eso al máximo para recuperar a mi hijo.

Cuando Danelli se vuelve hacia mí de nuevo, su expresión contiene un leve atisbo de esperanza, donde antes no existía más que desesperación. —Eso significa que probablemente aún estén por la zona, o al menos en algún lugar dentro del estado. Si se hubieran escapado en el barco...

Niega con la cabeza, y yo gruño. Estamos de acuerdo en ese punto.

Asiento hacia la puerta, con la intención de despedir a Danelli. —Por ahora, nos preparamos para la llegada de los demás. Y esperamos información.

Su mirada se agudiza. —¿Los demás?

—Jefes de familia. He tenido a Dana enviando solicitudes durante la última hora. Ya estarán de camino aquí, si saben lo que les conviene. Y si no lo están, entonces eso mostrará su mano, y serán castigados. O están con la familia Agosti o contra nosotros. Ya no hay terreno neutral.

Danelli sabe tan bien como yo que nunca hubo terreno neutral. El imperio Agosti es demasiado grande para tener a alguien que no sea aliado. O enemigo.

Lo neutral no existe en *La Cosa Nostra*.

Las cejas de mi segundo se elevan mientras considera lo que he dicho, y sus labios se separan como si tuviera algo que quisiera expresar, pero al final, simplemente asiente. En el pasado, si tenía una opinión diferente a la mía, la habría expresado. Hoy no. Ninguno de los dos confía en lo que tiene que decir ahora mismo.

—Se metieron con mi familia —declaro en voz baja, pero hay un zumbido de emoción que subyace en mis palabras. No puedo ocultar completamente mi rabia siempre presente—. Mi *hijo*. Rompieron una regla de oro cuando hicieron eso. Y si llegaron a *mi* familia, podrían llegar a cualquiera de nosotros. Los demás vendrán. Lo garantizo. Ya sea en persona, o enviarán un representante.

—Prepara la sala de conferencias. Y asegúrate de que todos nuestros hombres estén en espera. En el momento en que averigüemos dónde están, los golpearemos con todo lo que tenemos. ¿Entendido?

Mi segundo asiente, sus labios una fina línea de determinación. —Entendido, jefe.

Se gira para irse pero se detiene al sonido de un golpe vacilante en la puerta.

—Adelante —ladro, esperando a Dana.

La sorpresa me invade cuando la puerta se abre, y es Bianca, no Dana, quien está en el umbral.

Lleva un suéter oscuro de cuello alto con pantalones negros ajustados y botas de tacón bajo, e incluso en las actuales circunstancias graves, mis labios inesperadamente se curvan en las comisuras. Le dije, anoche en el bosque, que necesitaba empezar a usar ropa oscura en este tipo de trabajo para ocultar la sangre. Parece que me ha tomado la palabra, quizás no conscientemente, pero el efecto es casi hipnotizante.

Ya no parece mi elegante esposa. Frágil, inocente, casi rota. En su lugar, se ve feroz y decidida, y ni un solo centímetro de ella transmite inocencia.

Abruptamente, mi pequeño destello de humor se desvanece. Ella nunca debería haber tenido que preocuparse por la sangre y la muerte. Como mi esposa, debería estar protegida de ese lado de la vida. Adornada con ropa y joyas de diseñador. Mimada y sin preocupaciones.

Me lanza una media sonrisa desconcertada, como si no estuviera segura de mi reacción ante su presencia. —Siento molestarte, Rio, pero hubo algo que Penn dijo antes... —Se abraza a sí misma, pero continúa después de solo una pausa minúscula—. Antes de morir. Sé que estabas allí, pero te habían disparado, y tal vez sus palabras no se registraron completamente.

Recuerdo vagamente que la mujer habló, pero Bianca tiene razón. El dolor y la pérdida de sangre afectaron mi capacidad de pensar con claridad en ese momento.

—¿Qué fue lo que dijo?

Su angustia es casi palpable, incluso desde el otro lado de la habitación. Quiero dar zancadas y estrecharla entre mis brazos.

Toma una respiración profunda, y su comportamiento cambia. Deja caer los brazos a los costados, y sus puños se aprietan. Luego

levanta la barbilla, y encuentra mi mirada con un destello de determinación en sus hermosos ojos.

¿Frágil pajarito o fuerte reina de la mafia? Ella es ambas, mi Bianca, y en este momento, no podría estar más orgulloso de mi esposa.

—Dijo que se pondrían en contacto pronto, y que me reuniría con Emilia. Creo que planean contactarme, Rio. Supongo que no saben cómo... —Mira a Danelli, y el color inunda sus pálidas mejillas.

Él inmediatamente da unos pasos hacia la puerta alrededor de Bianca como si tuviera la intención de darnos privacidad.

—Espera.

Se detiene abruptamente ante mi orden.

Sospecho que él también debería escuchar esto. —Sí, Bianca. Puedes hablar libremente frente a mi segundo.

Danelli se endereza subrepticiamente, como si mis palabras le hubieran dado la confianza para asumir nuevamente su papel.

Traga saliva con dificultad y luego dice apresuradamente:

—No creo que sepan lo que siento por ti. Me imagino que piensan que aún me retienen contra mi voluntad, y que si se ponen en contacto conmigo, no correré simplemente hacia ti con la información. Sospecho que no saben que en realidad me he enamorado de ti. Podríamos usar eso a nuestro favor, utilizándome como cebo.

Capítulo Tres

—Intentaba alejarse y aferrarse al mismo tiempo... la mente en guerra con el corazón.

r.h. Sin, The Mind's Journal

Bianca

Al final, resulta mucho más fácil de lo que esperaba admitir la verdad sobre mis sentimientos por Rio, incluso con Danelli allí escuchando.

Porque *es* la verdad. *Amo* a Rio, desesperadamente. Él y Emilia ahora tienen mi corazón, de una manera que nadie lo había tenido antes.

Rio y yo quizás seamos oscuros y retorcidos en cómo empezamos, y tal vez incluso ahora, nuestra dinámica no es lo que otros verían como "convencional". Sin embargo, en Emilia, hemos creado un hermoso rayito de sol, y juntos, somos una familia. No puedo soportar la idea de que algo malo le suceda a ninguno de ellos.

Mi esperanza es que Rossi aún no sea consciente de ese hecho, y si *él* no lo sabe, entonces es poco probable que Rina también lo sepa.

Rina. Es demasiado difícil pensar en esa mujer como mi madre. Yo *tenía* una madre. Una mujer amorosa que me dio una vida feliz, hasta el accidente de coche que se cobró su vida y envió a mi padre corriendo a las selvas de Tailandia para tratar de escapar de su dolor.

El repentino ardor en la expresión de Rio ante mis palabras convierte el calor de mis mejillas en un infierno furioso, y cuando extiende una mano, corro hacia él y me hundo en su abrazo.

Finalmente, levanto la cabeza de la seguridad de su pecho y hablo.

—La niñera dijo que sería pronto, Rio. Así que, todo lo que necesitamos hacer es esperar a que se pongan en contacto conmigo, y entonces puedes usarme como cebo para ir a recuperar a Emilia.

Rio inmediatamente se tensa bajo mi abrazo, y luego me agarra por los brazos y me empuja varios centímetros hacia atrás. Su rostro cuando me mira está lleno de una furia inesperada.

—Pensé que estabas bromeando con eso. Mi esposa no será *cebo*. No va a suceder.

Si fuera por cualquier otra razón, me estaría retorciendo fuera de sus brazos y corriendo hacia la puerta para escapar de la amenaza inherente en su expresión, pero estamos hablando de nuestra hija.

Aprieto la mandíbula y entrecierro los ojos mirándolo fijamente.

—Por Emilia, haré *cualquier cosa* —digo firmemente, y apenas registro un silbido de Danelli sobre el rugido de la sangre en mis oídos—. Y si se ponen en contacto conmigo... no, *cuando* se pongan en contacto conmigo —corrijo—, eso ofrecerá la mejor oportunidad para averiguar dónde están y recuperarla. Dijeron que pronto me reuniría con ella, y eso significa que tienen la intención de traerla hasta mí o llevarme hasta ella.

Ahora sí me retuerzo fuera de su agarre, pero en lugar de huir, me inclino hacia adelante y presiono un dedo contra los firmes músculos de su pecho.

—Y cuando lo hagan, más te vale aceptarlo y estar listo, porque si no lo estás, entonces... entonces...

Vacilo ante las sombras que ocultan las facciones de Rio. Lo estoy empujando demasiado lejos. Incluso *yo* lo sé. Él cruza los brazos sobre su pecho.

—¿Y *entonces*, esposa? —Su voz es suave, peligrosamente suave.

No puedo echarme atrás ahora. Incluso si una oleada de miedo debilita los músculos de mis piernas y amenaza con hacerme desplomar a sus pies.

—Entonces no te lo diré, e iré a recuperarla yo sola.

Una pequeña parte de mí está tan asustada que siento que voy a orinarme encima. He provocado demasiado al oso, y se ha

despertado. *¿En qué estaba pensando?*

Estás pensando en Emilia, me recuerdo mientras nos miramos fijamente en un silencioso enfrentamiento.

Pasa un latido, luego otro, y entonces el clic de la puerta cerrándose detrás de mí parece romper el punto muerto. Rio mira por encima de mi hombro, sacude la cabeza y suelta una débil risa que es tan inesperada como un alivio.

—Asustaste a mi segundo. Y eso no es fácil.

Miro hacia atrás y me doy cuenta de que Danelli debe haberse escabullido mientras discutíamos.

—Entiende esto, Bianca. Eres literalmente la única persona en este mundo a la que le permitiré hablarme de esa manera. Cualquier otro, y estaría muerto. O le faltarían un dedo o dos. Danelli no estaría escabulléndose como un cobarde. Estaría aquí organizando una limpieza.

Suelto un gran suspiro. ¿Cómo logré pronunciar esas palabras anteriores cuando apenas podía respirar? Asiento, tomándome un momento para permitir que mi ritmo cardíaco vuelva a un rango cercano a lo normal.

—Te creo —respondo suavemente cuando finalmente me siento menos temblorosa—. Y si sentiste que eso fue irrespetuoso, me disculpo por mi comportamiento. Pero nunca me disculparé por querer hacer todo lo que esté en mi poder para recuperar a Emilia, Rio. Nunca.

—Ven aquí, pequeña. —Me envuelve de nuevo en su abrazo, y me hundo contra él sin resistencia, permitiendo que su calor relaje mi cuerpo tenso y disfrutando de su aroma que impregna el aire a nuestro alrededor. Sus labios acarician la parte superior de mi cabeza, y luego su voz murmura sobre mí—. No deseo ponerte en peligro, mi hermosa reina de fuego. Pero ella es nuestra, y veo que necesitas estar involucrada en su regreso tanto como yo.

—Por supuesto que sí. —Me inclino hacia atrás y lo miro fijamente—. ¡Es mi maldita *madre* quien se la llevó!

Como si alguno de nosotros necesitara el recordatorio.

Justo así, el proverbial elefante en la habitación se vuelve real. Tenemos que derribar a mi madre biológica para salvar a mi hija. Una vivirá, mientras que la otra... no. Conozco a Rio. No dejará vivir a ninguno de sus enemigos.

La náusea se revuelve en mi estómago. Quizás mi horror ante la elección imposible se muestra en mis ojos porque el comportamiento de Rio se vuelve gentil mientras toma mi mano y me lleva al área de asientos frente a la chimenea.

Me atrae para sentarme a su lado en el amplio sofá.

—Sabes que no puedo dejar que Rina viva. Si es cierto que está junto con Rossi en esto, entonces ambos deben morir. Es la única forma de mantenerte a ti y a Emilia a salvo y mantener intacta la reputación de los Agosti.

La emoción brota, fuerte y conflictiva. No puedo categorizar lo que estoy sintiendo. La complejidad es demasiado difícil de expresar con palabras. Se siente como una sobrecarga del sistema, como si toda una habitación llena de gente me estuviera gritando a la vez, y no pudiera distinguir ninguna voz en particular entre la multitud.

Rina me *dio a luz*. Sin importar lo que pasó después, ella siempre será mi madre biológica. Sin embargo, parece probable que ella y Rossi estén trabajando juntos para robarme a mi hijo. Y eso está mal en todos los sentidos. Puso a su propio nieto en peligro e intentó matar a mi esposo además de destruir el negocio familiar.

Si ella *está* involucrada, entonces entiendo por qué Rio cree que tiene que matarla. En su mundo —no, corrijo mis pensamientos, en *nuestro* mundo— es matar o morir, lo que probablemente hace que sus próximas acciones sean tan inevitables como respirar. Rio debe matar para proteger lo que es suyo, porque si no lo hace, todo lo que le importa será destruido.

Rina y Rossi también habrían sabido eso en el momento en que decidieron enfrentarse a Rio. Ellos son tanto parte de este mundo como cualquiera de nosotros.

Miro fijamente mis pies con botas, mis pensamientos en caos y el flujo de sangre en mi cabeza reduciendo mis sentidos casi a nada.

Matar o morir. ¿Es esa la lección de la Mafia para hoy? ¿O es proteger a los nuestros? ¿O la familia lo es todo?

¿Qué pasa si tu familia está en ambos lados de la batalla? ¿Cómo eliges?

No estoy segura de cuánto tiempo pasa antes de que registre a Rio diciendo mi nombre en un tono cada vez más alto.

—Bianca. Pajarito. Mírame.

Levanto la cabeza y encuentro su mirada oscura, que contiene tanto ira latente como compasión. ¿La compasión es para mí? ¿Estoy siendo tan transparente?

Levanta una mano y ofrece una suave caricia alrededor de mi mandíbula. —No deseo herirte con este conocimiento. Pero necesitas prepararte para lo que viene.

—Sí. Sé lo que viene. Se avecina una guerra. Y este es el momento —incluso más que anoche cuando tomé esa pistola y le disparé a alguien para protegerte— en que tengo que elegir mi bando.

Tomo una respiración profunda y la dejo salir lentamente, temblorosamente, sabiendo que estoy a punto de acceder a algo que nunca imaginé que aceptaría. Ni en mil vidas.

—Estoy contigo, Rio. Tú y Emilia son mi familia. Mi mundo. Y te apoyaré en cualquier acción que sea necesaria para proteger ese mundo.

Abre los labios, a punto de responderme, pero el teléfono celular en mi bolsillo comienza a vibrar.

Capítulo Cuatro

«La maternidad. Todo amor comienza y termina allí».
Robert Browning

Bianca

Miro fijamente el mensaje en la pantalla, con una tensión nerviosa que hace temblar mis dedos mientras sostengo el teléfono.

Responde cuando estés sola.

A pesar de mi bravuconería de hace unos minutos sobre mi determinación de ofrecerme como cebo para que Rio y su equipo vinieran a por mí, nunca pensé realmente en lo que eso podría significar.

Esto es real. No es un libro ni una película. Estoy a punto de poner mi vida en peligro, sin mencionar la de Emilia. Si cometo un solo error, todos los que amo podrían terminar muertos.

Sin embargo, por Emilia haré cualquier cosa, así que levanto la barbilla y trago saliva antes de encontrarme con la mirada intensa de Rio. —Bien, entonces. ¿Respondo inmediatamente? Yo... ¿Qué hago ahora? ¿Qué debería decir?

Un sudor repentino cubre mis axilas, y el teléfono se resbala un poco en mi agarre mientras mis palmas se humedecen igualmente.

—Diles que estás sola en tu suite.

Hago lo que Rio me indica. Luego no puedo resistir escribir un segundo mensaje.

Todos los demás están abajo. ¿Mi hija está bien?

Rio chasquea la lengua pero no me impide enviarlo. Pasan dos minutos, en los que el único sonido que impregna el silencio de la habitación es el siseo del fuego de gas cercano.

Cuando suena mi celular, doy un salto, y mi corazón inmediatamente se acelera. Pensé que responderían por mensaje, no que llamarían. El número aparece como llamada privada.

—Tranquila —murmura Rio, con su mano cálida sobre mi muslo, aunque puedo oír la tensión en su tono—. Contesta y pon el altavoz. Ten mucho cuidado con lo que dices, pajarito. No los asustes.

¡No me digas! Levanto el auricular y toco el botón verde, luego activo la función de altavoz. No necesito fingir mi ansiedad y miedo. Impregna cada palabra que sale de mi boca, cada respiración temblorosa que pasa por mis labios.

—¿Sí? ¿Es... Quién es?

—Bianca, a pesar de las circunstancias, es bueno escuchar tu voz una vez más.

Rossi.

Rio se pone rígido a mi lado, sus facciones se vuelven de piedra mientras aprieta los labios.

—¿Carlos? ¿Tienes a Emilia? ¿Está bien? *Por favor*...

—Ella está bien, querida. No tenemos intención de lastimarla, te lo prometo.

¿Tenemos? Mi respiración sale en un pequeño sollozo que no es fingido. Está bien. Por ahora, al menos. Me aferro a ese pensamiento.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué necesitas de mí? Solo quiero que mi niña regrese. Por favor, Carlos...

—Bianca. —Su tono cambia ligeramente, interrumpiendo mi divagación con una nueva firmeza—. No deseamos hacerte daño, tampoco. Todo lo contrario. Tengo a alguien aquí que quisiera decir unas palabras. Tendrá que ser rápido.

Una pausa, y luego una voz femenina entra en la línea. Su acento es fuertemente italiano, el sonido un poco ronco como si la hablante

estuviera luchando contra la emoción. —¿Bianca? ¿Eres realmente tú?

La mano de Rio en mi muslo se aprieta de forma convulsiva, y una opresión me agarra el pecho.

Pasan varios latidos antes de que pueda responder. —¿R-Rina?

No puedo forzar nada más. De repente me duele demasiado la garganta.

No quería que fuera verdad.

Por supuesto que quería que mi madre biológica siguiera viva, pero no esto. No su participación con Rossi.

Las lágrimas brotan y comienzan a caer por mis mejillas, pero me siento como si estuviera congelada en el lugar. Ni siquiera puedo levantar una mano para limpiarlas. Pasan unos segundos antes de que me dé cuenta de que la mano de Rio ya no está en mi muslo. Su pulgar acaricia primero una mejilla y luego la otra, eliminando la humedad allí. Su toque suave me da el coraje para continuar.

—Entonces, ¿es cierto? Tú... ¿Realmente estás... viva?

Estoy diciendo lo obvio, lo sé, pero mi cerebro es como papilla, tratando de procesar. Tantas preguntas. Tantas cosas que podría preguntar o decir... o *gritar* al teléfono. Pero no lo hago. En su lugar, espero su respuesta y me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que saboreo la sangre.

—Lo estoy. Y mi nieta está conmigo, como debe ser. Está a salvo, Bianca. Nunca lastimaré a Emilia. Su hermoso rostro... Es tan parecida a ti a la misma edad. Tan perfecta. La adoro, *mia figlia*.

¿*Mia figlia*? ¿Mi hija? Articulo la pregunta a Rio, quien me da un breve asentimiento.

Vuelvo a centrarme en el celular en mi palma, con una repentina ira pulsando a través de mí con cada latido. *¡No te atrevas a llamarme así, loca!*

—Quiero que seamos una familia de nuevo, mi Bianca.

El espectro de Francine se alza en mi memoria. Y Leon. Incluso Penn, que estaba haciendo lo mejor para Emilia a su manera retorcida. Todas las personas que ya han muerto en esta batalla, o han sido heridas, ¿y para qué? ¿Por esta mujer y su cómplice, Carlos Rossi, y una necesidad enfermiza de ser una *familia* de nuevo?

Los pensamientos dan vueltas en mi cerebro como buscando liberarse, pero todo lo que logro soltar es una media risa estrangulada.

—Siempre quise encontrarte, pero nunca supe a dónde te llevó la niñera. Perdí a mi esposo ese día, en la explosión, pero también perdí a mi hija.

Bueno, supongo que eso responde al menos una de mis mil preguntas. Una pequeña parte de mí se preguntaba si, de alguna manera, mi padre biológico también podría estar vivo.

—Y ahora te hemos encontrado —continúa Rina, su voz llena de emoción. Suena como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Como yo.

—Finalmente es el momento. Desde que tu *esposo* —escupe la palabra, y mis ojos se abren ante el repentino vitriolo— te encontró, Carlos me ha estado ayudando a preparar las cosas para reclamar el nombre y la fortuna de los Carlotti. Es nuestra, Bianca, no *suya*, y pronto nos reuniremos. Tenemos un plan para rescatarte de sus garras, y entonces todo estará bien. Finalmente estará bien.

—¿Dónde estás? Iré a ti. Déjame...

El sonido de sollozos interrumpe mis palabras, y luego Rossi vuelve a la línea. —Hemos hablado demasiado tiempo, Bianca, por hoy. Iremos por ti pronto, y cuando lo hagamos, debes estar lista.

—Yo... Sí, estaré lista. Por favor, solo quiero estar con mi hija. No...

—No le cuentes a nadie sobre esta llamada. Si lo haces...

Su decisión de no terminar la frase es de alguna manera peor que declarar su intención directamente. ¿Él qué? ¿Lastimará a Emilia?

¿La matará? Ahora que he hablado con Rina, no puedo imaginar que ella permitiría que eso sucediera. Pero suena un poco loca, así que ¿quién sabe?

Trago saliva con dificultad, sabiendo que solo hay una cosa que puedo decir.

—No se lo diré a nadie. Lo prometo.

—Júramelo. Por la vida de tu hija.

Dios mío. Cruzo los dedos de mi otra mano y miento con el tono más seguro que puedo manejar.

—Juro por la vida de mi hija que no le contaré a nadie sobre esta llamada.

La realidad es que en realidad no le he contado a Rio sobre la llamada. Solo le permití escuchar. Pero es una tecnicidad. Sé lo que Rossi estaba pidiendo, y acabo de jurar una mentira por la vida de mi hija.

Cuando la llamada termina abruptamente, cierro los ojos y envío una silenciosa oración hacia arriba. *Por favor, Dios. Sé que acabo de mentir más o menos, lo sé, y me disculpo por eso. Pero por favor, por favor, no dejes que lastimen a mi niña.*

Tampoco dejes que lastimen a Rio. Por favor, mantenlo a salvo también.

***

Rio

Dana ha confirmado que todas las familias —excepto los Rossi, por supuesto— han enviado un representante. Los últimos han llegado ahora, y todos están esperando en la sala de conferencias del búnker en el piso de abajo.

Me tomo el tiempo antes de entrar para llevar a Danelli aparte en el pasillo fuera de la sala del búnker para recibir una actualización. En el momento en que terminó la llamada telefónica entre Bianca y Rossi, le di órdenes estrictas con respecto a la respuesta coordinada

en las diversas propiedades de Rossi. Mi segundo ahora confirma que las instalaciones comerciales y personales de mi enemigo han sido arrasadas.

No esperaba que mi enemigo estuviera en ninguna de sus ubicaciones conocidas, y no me sorprende cuando Danelli confirma ese hecho. Pero al menos ahora no hay nada a lo que pueda volver. Tomará años reconstruir lo que mi equipo ha destruido en un par de horas.

—Quiero un rastreador en Bianca —le digo a Danelli—. Tan pronto como termine esta próxima reunión. Mierda. Quiero múltiples rastreadores en ella. En su ropa, en su teléfono, en cualquier vehículo en el que se suba. No dejes que mi esposa mueva un músculo sin saber exactamente dónde está en cualquier momento dado.

—Sí, señor. Me encargo. Aunque... —Se detiene, claramente con más que decir, y agito mi mano en un gesto de "suéltalo"—. Podría ser mejor intentar algo menos obvio en su lugar. En caso de que la capturen y la registren.

—Continúa.

—Hay un nuevo tipo de rastreador inyectable... Va debajo de la piel... Logramos conseguir varios hace solo unas semanas.

Doy golpecitos con los dedos en mi barbilla, considerándolo.

—¿Es seguro?

—Creo que sí, señor. Ha sido probado extensivamente por ciertas áreas del gobierno...

—Entonces úsalo. Lo que sea necesario. Si fallas en mantenerla a salvo, Danelli, mueres. ¿Está claro?

—Cristalino, Jefe. Si le fallo de nuevo, lo haré yo mismo. No necesitará hacerlo usted.

Me alejo sin más discusión. No hay necesidad de decir nada más. Está encargado de la vida de Bianca, y ambos conocemos las

consecuencias del fracaso. Su vergüenza aún lo impulsa, y su necesidad de salvar las apariencias con mi familia y equipo será la mejor motivación posible.

Hago una pausa en la puerta de la sala de conferencias para permitir que la turbulencia que agita mis entrañas se asiente. Quien acuñó el término "desgarrador" sabía de lo que hablaba.

Del otro lado de esta puerta, esperan ver a Rio Agosti, el frío y lógico jefe de una de las familias más poderosas del país. Independientemente de cualquier debilidad interna que esta situación me haya expuesto, el Jefe despiadado es lo que necesito presentar a todos los demás.

El niño acosado que aparentemente aún vive en lo profundo de mí, junto con la rabia negra que creció a partir del acoso, debe permanecer encerrado para siempre de miradas indiscretas.

El mundo nunca debe conocer al verdadero Rio Agosti. El niño que lloró en los brazos de su madre cuando su padre lo obligó a matar. Hay demasiado en juego sobre mis hombros como para flaquear públicamente de esa manera.

Los hombres en esta sala nunca deben sospechar ni un atisbo de debilidad, o soy un hombre muerto caminando. Al igual que todas las personas que dependen de mí.

Bianca lo sabe, me recuerda una pequeña voz interior. Ella ha vislumbrado al verdadero Rio y de alguna manera decidió que me ama de todos modos.

Como si mis pensamientos la hubieran conjurado, una mano se desliza por el hueco de mi codo. Bajo la mirada hacia Bianca parada a mi lado. La dejé con sus guardaespaldas hace casi dos horas, y no esperaba verla aquí ahora.

—Voy a entrar allí contigo —su voz es tranquila, sus ojos resueltos.

Recorro con la mirada su atuendo. Todavía está con su impresionante negro. El suéter y los pantalones son casuales pero sexys como el infierno, la forma en que se adhieren tan ajustados y

muestran su esbelta figura. Desde nuestra última reunión, ha recogido su cabello en un moño alto y desordenado y ha agregado maquillaje que convenientemente oculta sus rasgos pálidos.

—No —decido—. Necesitas mantenerte alejada de...

—*Sí*, Rio. *Voy* a entrar allí contigo.

Su boca se afina en una línea determinada, atrayendo mi atención hacia el lápiz labial carmesí con el que ha delineado sus labios.

—Estamos juntos en esto, Rio. Voy a entrar contigo, pero esta vez será como tu compañera e igual, no como alguien bonita para adornar tu brazo y confirmar tu masculinidad.

Parpadeo, sin estar seguro de si estoy más sorprendido por sus palabras o su obstinación.

—Debería ponerte sobre mi rodilla por esa impertinencia.

—Promesas, promesas —sus labios carmesí se elevan ligeramente—. Podemos hacer eso más tarde si quieres, cuando tengamos a nuestra niña de vuelta.

A pesar de la sonrisa, sus ojos se endurecen con una seriedad que no había visto en ella antes. La idea de llevar a cabo esta reunión con Bianca a mi lado —especialmente en este estado de ánimo suyo — es extrañamente emocionante.

—De acuerdo. Lo permitiré.

Ella se ríe suavemente.

—¿Lo permitirás, eh?

Elijo ignorar su pequeña provocación, agregando severamente:

—Recuerda, los hombres en esa habitación son pirañas. No responderán tan bien al secuestro de Emilia como lo harán a la percibida amenaza a sus propias bases de poder. *A eso* es a lo que apelaré para ganar su apoyo. No a nuestra hija.

Suavizo mi tono.

—Por favor, nunca pienses que no estoy poniendo a Emilia primero.

—Tiene sentido, Rio. Lo entiendo. Haz lo que necesites hacer.

—Bien —doy unas palmaditas a los dedos que agarran mi antebrazo —. Yo hago la conversación. ¿Está claro?

Ella sonríe de nuevo, un destello de humor que desaparece tan rápido como apareció.

—Ya veremos.

Entonces empuja la puerta, tira de mi codo y entra con confianza en una sala llena de las personas más peligrosas del país, como si no tuviera ni una pizca de miedo o ansiedad en su cuerpo.

Solo que siento el repentino temblor en sus dedos. Y en ese momento, me doy cuenta de que mi hermosa esposa es tan buena como yo fingiendo. Nunca he estado más orgulloso de ella, ni más aterrorizado por su seguridad y la de Emilia.

Capítulo Cinco

«Haz siempre lo que temes hacer».
Ralph Waldo Emerson

Bianca

Mi instinto es darme la vuelta y correr. Volver a mi suite para sentarme en relativa seguridad, o al menos tanta seguridad como es posible aquí ahora que la finca ha sido violada dos veces. Aun así, tendría a Lee y Mitch de guardia para protegerme, y podría esperar a que Angel regrese.

Preferiría hacer eso a enfrentar todo el poder latente y la crueldad no tan latente que me mira fijamente mientras rodeo la larga mesa de conferencias hasta donde el asiento de Rio permanece vacío al final.

Pero no puedo huir. No esta vez. Es el destino de *mi* hijo el que están aquí para discutir, y que me condenen si me voy a quedar sentada arriba mientras los hombres en esta sala deciden el futuro en nombre de mi familia. No dejaré que eso suceda sin mi opinión.

El cambio en mi relación con Rio es más evidente ahora que en cualquier otro momento, incluso superando el hermoso instante en que di a luz a Emilia y él sostuvo a nuestra hija en sus brazos.

Acaba de dejarme salirme con la mía allá en el pasillo. Y sus ojos brillaron con lo que parecía orgullo en lugar de molestia cuando me adelanté a él de manera probablemente imprudente hacia esta reunión.

Me aferro a su brazo con más fuerza de la que pretendo, buscando consuelo en su calidez y fuerza. Cuando llegamos a la cabecera de la mesa de conferencias, hace un gesto a uno de los muchos hombres de seguridad distribuidos por el borde de la sala para que tome una silla extra y la coloque junto a la que lo espera a él.

—Caballeros, estoy diciendo lo obvio, pero mi esposa se unirá a nuestra reunión —espera hasta que estoy sentada antes de agregar —: ¿Alguna objeción?

Atraviesa a cada hombre aquí con su mirada dura e intensa, mientras que en comparación, yo lanzo rápidas miradas nerviosas a los ocupantes alrededor de la mesa. Jefes de la mafia, todos y cada uno. De pie detrás de ellos hay una mezcla de seguridad y hombres que parecen abogados, apoyados contra la pared con maletines a sus pies.

He conocido a la mayoría de estos hombres una o dos veces en eventos sociales, y por supuesto todos estuvieron aquí en la reunión anterior, con la excepción de Gianni Martelli, quien me está mirando ahora con sus ojos sombríos como de reptil y una boca sin sonrisa.

Reprimo un escalofrío, no queriendo que vea que su escrutinio me afecta de alguna manera. Rio tenía razón cuando visitamos Washington. No debería haber antagonizado al hombre en la fiesta de compromiso de su hija. Las personas en este mundo tienen memoria larga y no parecen perdonar fácilmente.

Con otro sobresalto interno que espero ocultar de todos ellos, me doy cuenta de que el hermano de Rio, Nicky, también está aquí, sentado junto a Martelli. Mi cuñado me asusta muchísimo. No tanto como Rio siempre lo ha hecho, pero al menos con Rio, ahora sé que me ama. Sospecho que Nicky me aplastaría en un abrir y cerrar de ojos si alguna vez lastimara a su familia. Su dureza no se suaviza por ninguna forma de amor o afecto hacia mí.

El silencio se prolonga. Estoy segura de que todos ellos se oponen a mi presencia en la mesa. Las mujeres en este mundo son para decoración; no son tomadoras de decisiones. Pronto queda claro que nadie tiene las agallas para hablar.

Mala suerte, señores. No se saldrán con la suya hoy.

Las miradas nerviosas no servirán en este grupo. Levanto la barbilla y emulo a mi esposo, mirando por encima de la nariz a cada uno de ellos y asintiendo educadamente a todos, uno tras otro. Martelli baja

la cabeza para que no pueda leer su expresión. Los labios de Nicky se curvan en una sonrisa lobuna.

Rio no pierde más tiempo en ir al grano.

—Todos están al tanto de lo que sucedió aquí anoche, así que no lo repetiré. Ahora tengo confirmación de que Carlos Rossi está en el centro de los recientes ataques contra nuestras familias. Su intención era desestabilizarnos hasta el punto de que estallara una guerra territorial. Mientras estamos ocupados peleando y matándonos entre nosotros, su plan era entrar tranquilamente y tomar el control.

—Con *su* madre muerta milagrosamente recuperada a su lado —por supuesto, es Martelli quien interviene con esa joya.

—Sí, con mi madre biológica, Rina Carlotti, ayudándolo —estoy orgullosa de que mi voz suene segura y confiada.

E incluso logro contenerme de poner los ojos en blanco.

Martelli me concede menos de un segundo de su atención antes de volverse hacia Rio.

—¿Eso va a ser problemático?

Abro la boca para responder, pero Rio cierra la línea de conversación con una palabra dura:

—No.

—¿Qué pruebas tienes? —otro hombre que vi la última vez que se reunieron aquí, creo que su nombre es Sabino, si mal no recuerdo, interviene. Su tono es curioso, no agresivo, y Rio inclina la cabeza hacia el hombre.

—Rossi llamó a mi esposa hace poco más de dos horas y admitió su papel en el secuestro de nuestra hija. Bianca también habló con Rina... —levanta una mano cuando otro hombre abre la boca para hablar—. Y sí, la llamada estaba en altavoz, así que puedo verificar personalmente que la mujer está viva y muy involucrada en el complot propuesto contra nosotros, junto con Rossi.

—¿Quiere desestabilizarnos a todos? ¿Apoderarse del negocio de todos? —recuerdo que el nombre de ese hombre es Darov. Ha estado tamborileando con sus dedos manicurados sobre la mesa mientras los demás hablan. Ante el asentimiento de Rio, agrega—: Entonces es un problema que todos necesitamos abordar. Y rápidamente.

—De acuerdo —dice Rio con suavidad.

—Entonces, ¿qué has hecho ya para contener esta situación? —Martelli claramente está buscando debilidad en Rio, esperando que la respuesta sea nada aún.

Ja, pienso. *No conoces a mi esposo*.

Puede que no haya sido informada de todo lo que ha estado sucediendo entre bastidores esta mañana, pero he escuchado fragmentos de conversación aquí y allá. Sé que Rio tiene muchos hierros en el fuego. Su red es enorme, y confío en que está tan al tanto de esto como cualquiera podría estarlo.

Rio permanece exteriormente tranquilo. Me pregunto si soy solo yo quien puede sentir la molestia casi palpable que emana de él cada vez que Martelli abre la boca. Alcanzo y toco su mano, que descansa sobre la mesa frente a él, y lentamente desliza sus dedos sobre los míos.

Si no puedo hacer nada más por él en este momento, al menos mi toque puede ayudar a centrarlo un poco.

—Tan pronto como se completó la limpieza aquí en la finca, organicé equipos en tierra en cada una de las direcciones comerciales y personales conocidas de Rossi. En el momento en que terminó la llamada telefónica, di la señal. Todos los lugares fueron atacados —echa un vistazo a su reloj— hace poco más de una hora. No esperaba encontrarlo in situ, y eso resultó ser correcto, pero puedo confirmar que sus instalaciones comerciales y su finca y hogares personales han sido destruidos.

—¿Destruidos? —Martelli levanta una ceja inquisitiva.

—Bombardeados con fuego.

Resulta que estoy mirando a Nicky, cuyos ojos se ensanchan antes de fruncir los labios. Obviamente no estaba al tanto del plan. Luego me doy cuenta de los murmullos de asombro alrededor de la mesa.

Rio no les da oportunidad de procesar ese anuncio. Continúa.

—También tenemos información recibida de las imágenes de CCTV que ha reducido la ubicación actual del hombre a algún lugar de este lado de Augusta.

No puedo ocultar mi pequeño sobresalto. Seguramente, Rossi no sería tan estúpido como para usar el mismo lugar para alojar a Rina y Emilia que el que organizó para mí hace todos esos meses, ¿verdad?

Como si Rio estuviera en sintonía con cada una de mis emociones, me lanza una mirada y niega con la cabeza de manera casi imperceptible. De acuerdo. Así que no es *ese* apartamento. Pero Rossi obviamente tiene contactos en el área de Augusta, y ese es un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a buscar. Por primera vez desde que me di cuenta de que Emilia no estaba en la cuna de su habitación, una chispa de esperanza se enciende en mi pecho.

—Estamos esperando otra llamada para Bianca. Nuestros enemigos creen que ella está a mi lado contra su voluntad, y creemos que tienen la intención de recogerla y llevarla con su hija.

—Ella *estaba* aquí contra su voluntad —habla Nicky suavemente, sus ojos curiosos mientras su mirada va y viene entre Rio y yo—. Perdóname, pero ¿estás seguro de que ese ya no es el caso, hermano?

Ah, el uso de *hermano* para recordarle a Rio de qué lado está. Nicky es astuto, e inteligente, y claramente no piensa mucho de mí.

Todo bien. Realmente no me cae muy bien en absoluto.

Respondo antes de que Rio tenga la oportunidad de hacerlo. —Amo a Rio y a nuestro hijo más que a nada en el mundo, *cuñado* —digo

en el tono más calmado que puedo manejar—. Salvé la vida de tu hermano anoche. Nuestros enemigos no lo saben porque la niñera está muerta y no pudo decírselo, pero Rio lo sabe. Él estaba allí y consciente todo el tiempo. Tuve la oportunidad de huir anoche, pero elegí no hacerlo. Y nunca lo haré. Nunca más.

Un murmullo bajo comienza de nuevo mientras los hombres empiezan a susurrar entre ellos.

Rio resopla con un pequeño sonido de molestia. —Haré lo que sea necesario para derribar a Rossi y a Rina.

De alguna manera, incluso sin levantar la voz, logra hablar por encima de todos, y el murmullo se detiene al instante.

—Mi esposa y yo estamos unidos en nuestro matrimonio, y deseamos proteger lo que es nuestro. Ahora, es momento de decidir. ¿Quién está conmigo?

Mira alrededor de la habitación, y un escalofrío recorre mi espalda ante el repentino poder que emana de mi esposo. Lo oculta la mayor parte del tiempo y lo saca cuando es necesario. *Este* es el Rio al que todos temen. Está flotando justo ahí cerca de la superficie; puedo sentirlo.

Me encojo discretamente un poco en mi silla cuando añade suavemente: —¿Y quién, caballeros... *no* lo está?

Capítulo Seis

"El vínculo que une a tu verdadera familia no es de sangre, sino de respeto y alegría en la vida de los demás".

Richard Bach

Rio

Al final, todos los hombres en la sala de conferencias acuerdan apoyarme. No es que tengan otra opción real. Pero ahora el ejército que se está reuniendo para marchar contra Rossi es demasiado grande para que él pueda enfrentarlo, y es solo cuestión de tiempo antes de que lo encontremos y destruyamos a él y a cada miembro restante de su equipo.

Mientras esperamos, decido trasladar nuestra base de operaciones de vuelta a la ciudad e instalar a Bianca en el ático una vez más. Con muchos de mis hombres desplegados en los recientes ataques a las propiedades de Rossi, la finca está resultando demasiado grande y extensa para protegerla adecuadamente.

Hasta que nuestro enemigo sea destruido, el edificio en el centro de la ciudad es una propuesta mucho más fácil de vigilar. Está rodeado por otras propiedades que poseo y monitoreado por un sistema privado de CCTV operado por mi equipo. El edificio ofrece un punto de defensa más contenido, y será mucho más fácil detectar si un ataque es inminente desde allí.

Bianca no pone objeciones. De hecho, su alivio al dejar la finca es obvio, y en la limusina de regreso a la ciudad, finalmente habla por primera vez desde que salimos de la reunión de los jefes de familia.

—Ese lugar está embrujado para mí —señala detrás de nosotros, hacia las puertas de la finca que desaparecen en la distancia—. No solo porque Penn se llevó a nuestro hijo justo debajo de nuestras narices, sino por los otros que murieron allí. Tu tía, Francine...

—Sí. Mi tía no merecía lo que le pasó. Pero será vengada, Bianca, y pronto.

—Lo sé. Te creo —mira el teléfono que constantemente aprieta en su mano—. Pero estoy cansada de esperar. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que vuelvan a contactarme?

—Es difícil decirlo. Estoy seguro de que no será mucho, especialmente ahora que mi equipo ha hecho su movimiento contra las propiedades de Rossi. Querrá tomar lo que es mío en represalia. Y tú, Bianca, eres mi premio. Lo único que valoro por encima de todo. Todos lo saben a estas alturas.

—¿Cosa? —resopla un poco, como si mis palabras la hubieran ofendido, pero no pretendo faltarle al respeto.

Ella *es* mía. Y nadie me la arrebatará. Ni siquiera mi archienemigo y su madre loca combinados.

—Habrá ojos sobre nosotros, especialmente ahora —añado en advertencia—. ¿Deberíamos darles una pequeña actuación cuando lleguemos a la ciudad?

Sus ojos se entrecierran, y me estudia antes de asentir. Ha captado rápidamente. —¿Necesitarán confirmar si sigues controlando cada uno de mis movimientos? Claro.

El viaje termina bastante pronto, incluso con el tráfico pesado que nos golpea una vez que llegamos al área urbana interior, y espero a que mis hombres acompañantes revisen nuestro entorno y señalen que todo está bien antes de bajar del vehículo. Bianca permanece sentada adentro, así que me estiro y la saco arrastrándola por el brazo.

Ella se tambalea antes de enderezarse y luego suelta un pequeño sonido de protesta por el maltrato. Intenta valientemente zafarse de mi agarre. La arrastro a mis brazos y froto mi pelvis contra su vientre. Incluso asumiendo que probablemente hay una audiencia, mi polla tiene mente propia e instantáneamente comienza a endurecerse contra su suavidad.

—Compórtate, esposa, o te castigaré. Y te prometo que el castigo que imparta estará diseñado solo para mi disfrute, no el tuyo.

El pequeño jadeo de su respiración es demasiado bajo para que lo oiga alguien más. Luego su cabeza se inclina hacia atrás, y sus ojos destellan con emoción mientras me mira fijamente. Parece estar canalizando toda la rabia contenida por nuestra situación actual y dirigiéndola directamente hacia mí.

Buena chica.

Bianca siempre ha llevado todas sus emociones en el rostro, y quien esté observando verá que su angustia es genuina. Con suerte, lo atribuirán tanto a la desesperanza de ser controlada por mí como a una preocupación natural por su hijo.

Deslizo mi mano en su cabello y agarro la base del moño desordenado que aún sujeta sus trenzas. Le sacudo la cabeza para rematar. —Esta noche, te arreglarás para mí, esposa. Y llevarás el pelo suelto como me gusta.

Inclino la cabeza y tomo su boca amplia y deliciosa con la mía, devorando su dulce docilidad con un beso agresivo que la marca para cualquiera que pueda estar mirando como mía.

Mía.

Me cuesta todo no gemir en voz alta cuando siento que su resistencia disminuye y comienza a devolverme el beso. Eso no servirá en absoluto.

Abruptamente, libero sus labios y me giro, arrastrándola a través de la entrada del edificio. Ella inhala respiraciones entrecortadas y se acurruca en sí misma, y luego de repente comienza a sollozar.

Cuando la empujo delante de mí hacia el ascensor que espera, mi corazón late con fuerza. Esos sollozos son reales, no fingidos, y el sonido hace añicos mi resolución.

Me vuelvo hacia el guardia de seguridad que espera para presionar los botones y le gruño. —Sal.

—Pero señor...

—*¡Fuera!*

Obedientemente salta fuera de la cabina del ascensor, pero en su crédito por intentar hacer bien su trabajo, se vuelve para mirarme. —Ya hay hombres arriba en el ático. Ha sido revisado, Jefe. Está limpio.

Le doy un breve asentimiento y luego presiono los botones para cerrar las puertas ante su expresión curiosa. Cuando estamos a mitad de camino, presiono el botón de parada y me enfrento a Bianca, que todavía está sollozando, aunque mucho más tranquila ahora.

—Pajarito, ¿qué pasa? —la atraigo a mis brazos, y esta vez, a diferencia de afuera, ella viene voluntariamente—. Está bien. Puedes calmarte ahora. No tendrán ojos dentro del ascensor.

—Lo sé —se limpia la cara húmeda contra mi camisa y se presiona contra mí como si necesitara la cercanía. Ni siquiera estoy seguro de que sepa que lo está haciendo. La acción parece instintiva—. Lo siento, es que...

—¿Es que qué? —la insto cuando no termina.

—Sé que estabas fingiendo allá afuera. No es eso. Es solo... todo. La preocupación por Emilia. Saber que ayudé a matar a alguien anoche. Eso es terrible, Rio. Tan terrible. Aún no me he permitido concentrarme en ello adecuadamente. Y luego está el shock de descubrir que mi madre biológica está viva.

Suelta una pequeña risa, solo que el sonido es hueco y triste en lugar de alegre. —Y darme cuenta de que no es el tipo de madre que alguien anhelaría. Es todo. No he tenido tiempo de procesar nada de esto, no realmente. Y creo que apenas está empezando a afectarme.

Acuno su barbilla y la levanto hasta que no tiene más remedio que encontrarse con mi mirada. Quiero que lea la verdad en mis ojos. —

Eres fuerte, Bianca. Eres mi hermosa reina. Y sobrevivirás a esto. Ambos lo haremos. Me aseguraré de ello.

Sus ojos brillan con más lágrimas, pero estas permanecen sin derramarse. —No puedes prometer eso, Rio. Por favor, no digas...

—Puedo hacerlo. No hay nada que no haré para tenerte a ti y a nuestra hija a salvo una vez más, Bianca. Te doy mi palabra.

Ella asiente, luego frunce un poco el ceño. —*¿Por qué* me amas, Río? Realmente no lo entiendo. No soy especial. Y... no sé si alguna vez le has entregado tu corazón a alguien antes. Entonces, ¿por qué yo?

Su pregunta es como un golpe en el estómago. Me esfuerzo por considerar cómo responderla. ¿Por qué, en efecto?

—Puedo confirmar que nunca he estado enamorado antes de conocerte. ¿Y en cuanto al porqué? —Levanto la cabeza y miro mi reflejo ligeramente distorsionado en la pared de espejo, buscando en mi interior la verdad.

—No sé exactamente por qué —admito al fin—. No hay una cosa específica, o una lista de cosas, que pueda citar. ¿Por qué una persona se enamora de otra? Porque eres la persona para mí. Simplemente lo eres. Y eso te convierte en la persona más especial del mundo a mis ojos.

Su sonrisa es temblorosa, pero genuina. —Eres mi persona, Río. Sé quién eres, aquí dentro. —Toca mi pecho, justo sobre mi corazón—. He visto tu oscuridad. Te he visto a *ti*. Conozco algunas de las cosas que has hecho. Cosas que probablemente volverás a hacer en el futuro. No me gustan esas cosas ni esas acciones. Muchas de ellas son monstruosas. Pero no hace ninguna diferencia en cómo me siento, y ciertamente no me impide amarte. Porque eres *mío*.

—Y tú, pajarito, eres cien por ciento mía. Ahora y siempre.

Inesperadamente, ella se ríe de nuevo, solo que esta vez hay una nueva nota vibrando debajo. —¿Qué era eso que estabas diciendo afuera? ¿Sobre castigarme si no... me porto bien?

Me echo hacia atrás y la miro fijamente. —Bianca, no creo que este sea el momento para...

—Necesito una distracción, Río. Por favor. —La desesperación impregna su tono.

Sé exactamente lo que está haciendo, y no es saludable. Empujar las cosas oscuras al fondo, con la intención de lidiar con ellas otro día. Solo que, si hace eso, la oscuridad se pudrirá, y nunca sanará del trauma de las últimas veinticuatro horas.

La experiencia personal me ha enseñado que la oscuridad nunca permanece contenida si la ignoras. Cuando tengamos a nuestra hija de vuelta y nuestros enemigos estén muertos, prometo conseguirle terapia a Bianca.

Ella se mueve un poco en mis brazos. —Estamos solos aquí, ¿verdad? ¿No pueden vernos?

Miro la cámara en la esquina superior de la cabina, y por encima de su cabeza, hago un gesto de cortar la garganta y luego levanto cinco dedos. La pequeña luz roja sobre la cámara se apaga un momento después.

—Nadie estará observando durante al menos los próximos cinco minutos.

—¿Cinco minutos? Eso apenas es suficiente. Creo, Río, que he sido una chica muy traviesa. Y quiero saber qué vas a hacer al respecto.

Capítulo Siete

"Solo conozco un poder, y es el poder del amor".
Debasish Mridha

Bianca

Una parte de mí se siente tan mal pidiendo esto ahora. Pero mis pensamientos, miedos e incertidumbres se persiguen unos a otros en mi cabeza hasta que siento que realmente estoy empezando a volverme loca.

El único lugar donde parezco encontrar tranquilidad y algún tipo de consuelo es cuando estoy en los brazos de Rio. Paso mis manos por su cuerpo duro, disfrutando la sensación de su camisa de seda bajo mis dedos. Trazo el borde del vendaje de su herida, no visible a menos que sepas que está ahí, antes de explorar más abajo, deslizándome entre nuestros cuerpos presionados para encontrar y acariciar la carne dura entre sus piernas.

La carne que ya se ha levantado para mostrar su necesidad.

Al menos aquí, en el capullo semiprivado del ascensor, tenemos unos minutos para desconectarnos del mundo exterior y explorar nuestros cuerpos. E intentar olvidar.

Él suelta un gruñido bajo ante mi toque y atrapa mi mano errante.

—Si has sido traviesa, esposa mía, entonces no puedes tocar —junta mis muñecas y las rodea con una de sus manos, antes de levantar mis brazos sobre mi cabeza. De alguna manera, me hace girar y luego me empuja hacia adelante hasta que mi cara y mis pechos quedan aplastados contra la pared de la cabina—. Yo te haré *esto* a ti, pajarito travieso.

La palmada en mi nalga izquierda me hace saltar, tanto por lo inesperado como por el ardor. *Ay*. No se contuvo con esa. Un deseo repentino palpita entre mis piernas tan intensamente como el dolor de esa palmada. Justo cuando el dolor comienza a desaparecer, lo

hace de nuevo, y luego otra vez, cada palmada en mi trasero aumentando el calor y la necesidad.

Todo el tiempo, continúa sosteniendo mis brazos sobre mi cabeza, y aunque tiro de su agarre, tratando de girar y enfrentarlo, él es implacable. No puedo moverme, clavada a la pared de esta manera. No puedo escapar de sus azotes.

Gimo, abrumada por la sensación, y luego mi gemido se convierte en un jadeo cuando su dura polla se frota contra mi trasero, forzando mi monte contra la pared de la cabina donde meneo mis caderas y me froto, ansiosa por cualquier cosa que alivie la presión en mi clítoris.

—Nos quedan tres minutos y medio, esposa. Voy a inclinarte y voy a follarte, rápido y duro. Te correrás, pero no antes de que yo te lo diga. ¿Entendido?

Su voz es áspera y ronca. Apenas suena como el Rio que conozco. Está lleno de tanta necesidad como yo; lo conozco lo suficientemente bien ahora para saberlo.

La mano que sostiene mis muñecas en alto me suelta, y luego dedos hábiles hacen un trabajo rápido con mis pantalones. Los baja de un tirón, casi hasta mis rodillas.

—Inclínate.

Una mano en la parte baja de mi espalda me anima, y me inclino hacia adelante y hacia abajo, exponiéndome ante él.

Otra palmada, esta más intensa que antes ya que no hay tela que amortigüe el golpe, y luego sus dedos exploran mi hendidura expuesta antes de sumergirse brevemente en mi canal.

—Tan mojada —murmura—. Tan lista.

Ni siquiera puedo responder. No tengo aliento para palabras.

Entonces la cabeza de su órgano se presiona contra mi entrada, y el pensamiento desaparece por completo. No hay juegos previos. No hay necesidad. Estoy tan lista para que Rio esté dentro de mí. Se

desliza suavemente y luego comienza a bombear, duro y rápido tal como dijo que lo haría, cada embestida puntuada entre medio con una palmada.

La sensación de él llenándome, el calor y la deliciosa agonía de sus azotes, junto con sus gruñidos y gemidos sobre mí, me empuja al borde del orgasmo.

Mi clítoris está en llamas, listo para explotar, y todos los músculos dentro de mí se tensan, preparados y listos para destrozarse a su alrededor.

—No puedo aguantar —las palabras salen de mí en un gemido—. ¿Es hora...? *Dios mío. ¿Ya casi pasaron cinco minutos? Voy a correrme... pero él me dijo que no lo hiciera...*— ¡Rio! No puedo esperar...

—¡*Córrete*, esposa!

Su orden me empuja al límite, y grito mientras me corro a su alrededor, mis piernas convirtiéndose en gelatina. Solo sus fuertes manos en mis caderas me mantienen en pie mientras me pierdo en el éxtasis. Luego él está ahí conmigo, corriéndose también, su caliente semilla derramándose dentro de mí y profundizando mi orgasmo a algo aún mayor.

—Dios mío —cuelgo flácida, doblada y con Rio todavía empalado dentro de mí.

Momentos después, él sale de mí bruscamente, sube mis pantalones y luego los suyos, y luego me gira y me arrastra a su abrazo. Envuelvo mis brazos alrededor de su cintura, su corazón contra mi mejilla latiendo rápidamente y su respiración saliendo en bocanadas irregulares.

Igual que la mía. Cielos. ¿Eso realmente acaba de pasar?

—Oh, esposa mía. Necesitas ser una chica traviesa más a menudo.

Levanto la cabeza y miro fijamente la cámara en la esquina. ¿Estaban mirando? Una luz roja parpadea, y bajo la mirada,

acurrucándome de nuevo en Rio, aliviada de que nuestro breve momento fuera verdaderamente solo nuestro.

—Por favor, llévame arriba, Rio —no quiero dejar el capullo de este ascensor, pero la vida nos espera afuera—. Creo que necesito una ducha rápida.

Su risa sacude un poco mi cuerpo, y me mantiene abrazada mientras se inclina para presionar el botón del ático.

El ascensor comienza a subir justo cuando el teléfono en mi bolsillo vibra con un mensaje entrante.

***

El mensaje de los secuestradores de Emilia es claro y las instrucciones fáciles de seguir.

Mañana. 10 a.m. Iglesia Católica de Santa Rita en South Boston. Siéntate en el segundo banco desde atrás a la derecha. Ve sola, o no volverás a ver a tu hija.

¿Santa Rita? Esa es la iglesia donde me abandonaron de bebé. Casi me río de la ironía. Las cosas parecen estar cerrando el círculo. Mi niñera me alejó de Rina y Stefano y me dejó en Santa Rita hace todos esos años, y ahora necesito volver allí para intentar recuperar a mi propia niña. De mi madre biológica.

Solo que no puedo reír porque el terror de desobedecerlos sobre ir sola me llena por completo. Gimo y envuelvo mis brazos alrededor de mi cintura mientras Rio toma el teléfono y lee el mensaje en silencio. Al involucrar a Rio, estoy arriesgando la seguridad de Emilia. Quizás su propia vida.

Tan pronto como llegamos al ático, él ladra instrucciones a uno de los matones que espera, y una oleada de actividad comienza a nuestro alrededor.

Me apresuro a mi antigua suite, donde me mantuvieron cuando Rio me secuestró de la calle por primera vez. Desde allí, me dirijo al baño, donde me desnudo y me meto bajo una ducha caliente.

Mis manos no dejan de temblar, y dejo caer el frasco de gel de ducha dos veces antes de lograr poner un poco en mi palma y enjabonarme. Mañana. Hará o deshará la posibilidad de ver a Emilia de nuevo. Y posiblemente conocer a mi madre biológica.

Y luego ver a Rio matarla.

Tengo tantas emociones encontradas, pero ante todo, sé que no podré dejar que lo haga. Ahora entiendo su mundo, al menos un poco, y su necesidad de mantener el dominio en un ambiente donde todos se devoran entre sí.

Pero eso no. Rina no. No puede ser tan mala, seguramente. Parece querer lo mejor para mi niña, y ese es el único hecho al que necesito aferrarme ahora mismo.

No sé cómo lo detendré, pero tendré que encontrar una manera.

El resto de la noche transcurre en una bruma de tensión nerviosa. Solo una cosa destaca: la visita de un médico que, acompañado por Rio observando, me hace un chequeo rápido en mi habitación antes de sacar una jeringa.

—Ni hablar —lo fulmino con la mirada, luego a Rio, negando con la cabeza—. No, Rio. No necesito nada para dormir. Ni para relajarme. Por favor...

—Bianca, no es medicación.

—Oh. Bueno. ¿Qué es, entonces? —miro la jeringa con desagrado.

Este doctor apenas ha hablado, y me mira como si fuera un espécimen bajo un microscopio. Me da escalofríos, y si no fuera por la presencia de mi marido, le habría ordenado que se fuera tan pronto como llegó.

—Contiene un dispositivo de rastreo GPS —dice Rio.

Lo miro boquiabierta. Sus palabras no tienen sentido. —¿Un... qué?

—Un microchip. El doctor Samuel lo inyectará bajo tu piel, y nos permitirá rastrearte, en caso de que te perdamos de vista en la iglesia.

Mi corazón, que ya latía más rápido de lo normal, comienza a acelerarse de verdad. —No me siento realmente cómoda con...

—No es negociable, Bianca. ¿Deseas actuar como cebo? Lo estoy permitiendo, a regañadientes, y porque la idea tiene una extraña lógica. Pero no te permitiré caminar hacia el peligro sin tomar todas las oportunidades para protegerte. —Da un paso adelante y aparta mi cabello recién lavado de mis hombros—. Necesito protegerte, *mia cara*. Esta tecnología aún no está disponible públicamente, pero es segura. Tenemos acceso a través de ciertos canales, y ha sido probada.

El doctor se inclina, y yo retrocedo. ¿A qué canales se refiere? Esto suena a cosas relacionadas con el gobierno. ¿Acaso sus tentáculos llegan a todos los aspectos de la vida en este estado? ¿En este país?

Mis pensamientos se disparan hasta que me obligo a dejar de entrar en pánico con una sacudida de cabeza. Es mi marido, y está haciendo esto porque quiere ayudar a que Emilia y yo estemos a salvo. No matarnos.

Trago saliva y me enderezo desde mi posición en el borde de la cama. —De acuerdo. ¿Dónde propones inyectarlo?

¿Y acaso dolerá?

El doctor toca la parte posterior de su cuello. —Mueva su cabello.

Rio se aclara la garganta, aparentemente irritado con el médico a juzgar por su repentina mirada fulminante. —Doctor Samuel, creo que quiere decir, ¿señora Agosti, podría mover su cabello por favor?

Los ojos del doctor se abren antes de bajar la mirada. —Sí, disculpe, señora Agosti, por mi rudeza. ¿Le importaría, por favor, mover su cabello? Inyectaré el microchip en la parte posterior de su cuello, en la línea del cabello. Quedará subcutáneo, indetectable incluso si están buscando algo. Apenas sentirá nada.

Muevo mi cabello y aparto la cara mientras él hace lo suyo con la aguja. Hay un pequeño pinchazo y luego un dolor que dura varios

segundos antes de disiparse, y eso es todo. —¿Cuánto durará? Y... ¿se moverá por ahí dentro?

Tengo visiones de un pequeño equipo informático flotando por mis venas y perdiéndose. ¿Y si bloquea algo vital y me provoca un derrame cerebral?

El estrés probablemente me provocará un derrame antes que este diminuto microchip, reconozco irónicamente para mis adentros. *Piensa en Emilia. Estoy haciendo esto por ella.*

—Se quedará justo debajo de su piel y no se moverá. Y cuando el propósito de estar ahí se complete, el chip puede ser removido rápida y fácilmente bajo anestesia local.

El trabajo del doctor parece estar terminado. Guarda sus cosas y sale de la habitación, haciendo una extraña pequeña reverencia en la puerta, y yo me froto con cuidado la parte posterior del cuello. Pensé que tal vez habría un bulto, pero no se siente diferente.

—¿Estás seguro de que funciona? —pregunto.

Rio sonríe suavemente. —Positivo. Esta tecnología ha sido probada, y desde entonces he leído los informes. Ahora me siento mucho mejor, sabiendo que tendré los ojos puestos en ti, mi pequeña ave.

La realidad de lo que ofrece el rastreador comienza a amanecer. —Esto significa que puedo entrar sola mañana a la iglesia. —Ante su asentimiento, añado—: Oh, gracias a Dios. He estado tan asustada, Rio, de que perciban que no estoy sola. Que se echen atrás en el último minuto, y nunca la recuperemos.

—Lo haremos, te lo prometo.

Mientras me sumerjo una vez más en el fuerte abrazo de Rio, por primera vez, permito que un poco de esperanza entre en mi corazón. Tal vez realmente recuperaremos a nuestra niña sana y salva, y de alguna manera nuestros enemigos simplemente se desvanecerán en las oscuras sombras de las que surgieron y nunca volverán a molestarnos.

Solo que sé, tanto como Rio, que eso nunca va a suceder.

Esto es solo el comienzo, y una guerra total está a punto de estallar en el territorio Agosti aquí en Boston.

Y todavía no sé cuál de nosotros —si es que alguno— sobrevivirá.

Capítulo Ocho

—Olvídate de ese príncipe. Con tu cerebro y tu ingenio, puedes rescatarte a ti misma.

Brad Meltzer

Bianca

La pesada puerta de madera de la Iglesia de Santa Rita, a solo un par de manzanas de la imponente Academia Católica del Sur de Boston, se cierra con estrépito detrás de mí, aislando los sonidos de la ciudad y el tráfico, y silenciando todo excepto mi respiración demasiado acelerada.

No pierdo tiempo mirando alrededor. En su lugar, me deslizo rápidamente en el banco de madera donde me dijeron que me sentara. Solo entonces levanto la mirada y estudio mis alrededores.

No recuerdo haber sido dejada aquí, por supuesto. Solo tenía seis meses de edad. Por lo que sé de mi madre biológica hasta ahora, probablemente fue algo bueno que el programa de adopción de esta iglesia me acogiera y me encontrara un hogar tan amoroso con la pareja que siempre consideraré mis padres.

Si hubiera sido criada por Rina, y posiblemente también por Carlos Rossi... Me estremezco al pensar en cómo podría haber terminado.

El interior de la iglesia está tranquilo, la decoración es modesta pero limpia. Hay una sensación de paz y calma en el aire, pero eso no impide que mi pulso siga agitado y mis manos tiemblen mientras agarro el borde de mi asiento.

¿Dónde están? ¿Realmente traerán a Emilia aquí? ¿Puedo confiar en ellos? Tal vez todo es una treta, y estoy a punto de morir.

Está bien. Cálmate. Rio no dejará que muera.

Levanto una mano y me froto la parte posterior del cuello donde está enterrado el rastreador. No puedo sentirlo allí, pero el

conocimiento de su presencia ayuda a centrar mis pensamientos arremolinados y evitar que el pánico se eleve demasiado.

Hay velas encendidas cerca del altar en la parte delantera del espacio, y una pareja mayor está sentada lejos de mí, con las cabezas inclinadas. Una tercera persona —un hombre con ropa casual— está sentada cerca del altar. Más allá de ellos, nadie más parece estar aquí, pero ninguno de ellos me está prestando atención. Parecen fieles genuinos, aquí para rezar a Dios por cualquier consuelo que necesiten.

Miro la figura en la cruz detrás del altar. ¿Debería empezar a rezar yo también?

Justo cuando una risa histérica amenaza con burbujear y salir de mí, y estoy a punto de arrojarme de rodillas, un hombre sale de las sombras a mi derecha y se desliza en el banco para sentarse a mi lado. Su traje oscuro, expresión seria y esos ojos que parecen muertos a los que estoy empezando a acostumbrarme en este mundo proclaman su profesión. *Matón*. Un matón de los Rossi, sin duda.

—Mi jefe le envía saludos —habla mirando hacia adelante, no a mí.

—¿Carlos Rossi?

No responde.

Me aclaro la garganta.

—Por favor, ¿dónde está mi hija?

Finalmente, se vuelve para mirarme.

—Debe acompañarme. Y si vemos un indicio de que alguien nos sigue, no volverá a ver a su hija.

Trago saliva y miro mis manos. *Demonios*. ¿Cuándo se enredaron mis dedos así? Los obligo a separarse y aliso la falda de mi vestido antes de apoyar una mano en cada muslo. Dudo que esté convenciendo a ninguno de los dos de que mis nervios no están tan enredados como lo estaban mis dedos.

—De acuerdo —digo. Mejor seguir adelante—. Vamos.

Se levanta y sale del banco antes de deslizarse de vuelta a las sombras en un lado del espacio. Lo sigo rápidamente, sin querer perderlo de vista. Me lleva por un corto pasillo fuera del área principal de culto, y luego nos detenemos en una puerta que se abre a un callejón lateral.

Otro hombre está esperando en el callejón, de pie junto a un gran coche negro y golpeando con el pie en los adoquines.

El hombre de la iglesia —en mi cabeza, ya ha sido apodado Matón Uno— levanta una mano cuando salgo.

—Necesitamos registrarla antes de ir más lejos.

Asiento, habiendo sido advertida de esperar algo así, e intento no hacer una mueca cuando el Matón Dos se acerca y me cachea. Es más minucioso de lo que pensé que sería, y es un poco invasivo, pero al menos su rostro permanece impasible cuando sus dedos se deslizan bajo el dobladillo de mi vestido y rozan mis muslos internos.

Finalmente, toma el teléfono que tenía agarrado en una mano, lo apaga antes de quitar la tarjeta SIM, y luego me lo devuelve.

—Pero...

—No lo necesitará. No habrá más comunicación por teléfono de mi jefe.

—De acuerdo —Gracias a Dios estoy limpia, aparte de la bomba de tiempo bajo la piel de mi cuello, por supuesto.

Rio me dijo antes de que saliera del apartamento hoy lo que ordenaría a sus hombres hacer en estas circunstancias, y hasta ahora, han seguido el libro al pie de la letra.

Cuando el Matón Uno levanta mi cabello suelto y hurga en él, contengo la respiración, pero finalmente da un paso atrás.

—Nada —gruñe al otro hombre—. Vámonos.

El Matón Dos abre la puerta trasera del coche que espera, y rápidamente me meten dentro, luego uno se sube a mi lado

mientras el otro se dirige al asiento del pasajero delantero y se sube junto al conductor que ya estaba esperando.

Por favor, Rio, rezo, sabiendo lo irónico que es que esté rezando a mi jefe mafioso y esposo en lugar de a la deidad que estoy dejando atrás en esta iglesia. *Por favor, haz que este rastreador en mi cuello funcione. Por favor, mantén a Emilia y a mí a salvo*.

Cuando estamos en marcha, intento marcar nuestra ruta por lo que puedo ver por la ventana. Nos dirigimos al otro lado del río y hacia el norte, por lo que parece. Veo un letrero de la I-95 y lo grabo en mi memoria. Definitivamente hacia el norte, al menos en este punto.

Debo hacer algún tipo de sonido inadvertido. No sé exactamente qué alerta al matón a mi lado, pero gruñe, luego saca un trozo de tela negra del bolsillo de su traje.

—Debería haber hecho esto antes.

Antes de que pueda decir algo en respuesta, me pasa la tela por la cara, oscureciendo mi visión, y la ata detrás de mi cabeza.

—¡Espera! No hay necesidad de...

—Silencio. Tenemos nuestras instrucciones. Ahora quédese quieta y compórtese, y llegaremos pronto.

No hay nada más que hacer sino esperar, y rezar un poco más para que las cosas salgan a nuestro favor. Solo desearía poder controlar mi corazón acelerado y calmar el pánico que sigue sugiriendo los peores escenarios en mi cabeza.

***

Rio

Casi me mató permitir que Bianca entrara en esa iglesia sin protección evidente. Por supuesto, tenía tres personas esperando en el interior, de hecho, a los pocos minutos de que Bianca recibiera la ubicación. Esperaron toda la noche, por si acaso Rossi aparecía allí con Emilia.

En realidad no esperaba que él hiciera eso; yo no lo haría en su lugar. Pero aun así era una posibilidad que tenía que considerar, por si acaso.

Los tres de mi equipo informaron que se habían llevado a Bianca por una puerta lateral y la habían metido en un coche negro de la ciudad. Consiguieron una parte de la matrícula cuando doblaba la esquina, y esa parte ahora está siendo rastreada a través de las cámaras de seguridad por personal en mi nómina.

El rastreador implantado está activo. Se dirige hacia el norte según me han dicho, lo que concuerda con nuestra información previa sobre la zona cerca de Augusta. Por supuesto, hay mucho terreno entre aquí y Augusta, pero Danelli está en ello, y se ha ordenado al equipo que siga y esté listo para atacar, pero que se mantenga a distancia.

Necesitamos confirmar la ubicación de nuestro enemigo y asegurar a Bianca y Emilia, antes que nada. Y luego entraremos, literalmente con todas las armas, y acabaremos con esos hijos de puta.

Es una lástima que mi paciencia habitual sea inexistente cuando se trata de mi esposa y mi hija. Este juego de espera va en contra de todo lo que soy, todo lo que represento. Mi poder pende de un hilo, y de alguna manera siento como si le hubiera entregado a Bianca la responsabilidad de salvar a nuestra familia.

Y eso no me sienta bien a ningún nivel.

Tendré que confiar en ella tanto como la amo. Aunque confiar en otro ser humano con mi propia existencia es algo que nunca antes había hecho en mi vida.

***

Parece que ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí en mi oficina sobre el club, pero en realidad, fue hace solo unos días que se suponía que nos reuniríamos aquí con Carnarvon cuando recibimos la notificación sobre lo que estaba sucediendo en la finca.

El papeleo que Carnarvon redactó sobre un fondo fiduciario para Emilia todavía está en mi escritorio, esperando las firmas de Bianca y mía.

Toco los papeles con los dedos, luego tomo mi teléfono y hablo con Dana para organizar otra reunión con mi abogado. A principios de la próxima semana, le digo. Cuando Bianca y mi hija estén en casa y a salvo.

Apenas he colgado cuando ella vuelve a llamar inmediatamente.

—¿Sí?

—Gianni Martelli está al teléfono para usted, señor.

Frunzo el ceño. ¿Qué quiere? Después de la reunión de los jefes de familia en la finca, todos se dispersaron rápidamente, y aunque las líneas de comunicación permanecen abiertas, el canal habitual para que Martelli se acerque a mí sería a través de mi subjefe, en este caso, Nikolas, quien ha asumido el papel con más vigor últimamente. O incluso a través de Danelli.

Es inusual que Martelli me contacte directamente.

Tamborileo con los dedos sobre el escritorio, reuniendo mis pensamientos. Tratando de averiguar exactamente qué quiere que no pudo decir frente a los demás. —Pásamelo.

Momentos después, Martelli está en la línea. Interrumpo su saludo, con mi paciencia estirada al límite y mi temperamento al borde de la explosión simplemente porque no tengo idea de lo que está pasando con Bianca ahora mismo. No deseo perder el tiempo hablando con un hombre que desprecio.

—¿Qué pasa?

Martelli se aclara la garganta, la única señal de incomodidad, dado que su voz permanece tranquila. —He estado pensando en nuestro acuerdo, amigo mío, y tengo una nueva estipulación.

Entrecierro los ojos y giro en mi silla para mirar por la ventana cercana. El cielo está ominosamente oscuro hoy. Como mi humor. —

Acordaste proporcionar hombres y armas para apoyar a mi familia, Gianni.

—Lo hice. Y lo haré. Pero ¿cómo te gustaría tener más? Puedo ofrecer cada hombre que tengo, si aceptas una condición clave.

¿Cada hombre? Su base de poder en el área de Washington es casi tan grande como la mía. Esencialmente está ofreciendo duplicar mi ejército. ¿Por qué?

—Debe ser una condición del demonio.

—Lo es. —Hace una pausa, y esta vez, permite que se note algo de vacilación en su tono—. Lo que estoy a punto de decirte debe permanecer confidencial, Rio.

—De acuerdo. —Al menos ha despertado mi curiosidad.

—Mi hija, como sabes, se casó recientemente.

—¿No fue el fin de semana pasado?

—Así es. Y te agradezco tu generoso regalo para la novia y el novio, aunque tú y tu querida esposa no pudieron asistir. Pero... el problema es...

Resisto el impulso de gritar "Suéltalo ya" y respiro lentamente, concentrándome en mantener la calma.

—El problema es que el novio era bastante mayor, como sabes, y él...

—¿Era?

—Sí. Él... eh... Murió en su lecho conyugal hace dos noches, en medio de, bueno, ya sabes. Y mi hija ahora está sin marido. Con la clara posibilidad de que su reputación se vea manchada, si las circunstancias exactas del fallecimiento de su esposo salen a la luz.

Me recuesto en mi silla y me froto la barbilla. NO esperaba eso.

—Lamento mucho tu pérdida y la de tu hija, Gianni. Particularmente en este momento difícil en nuestro mundo con la amenaza de guerra sobre nosotros. Pero dime. ¿Qué tiene que ver esto conmigo? ¿Y con

tu apoyo ya prometido para nuestra familia en esta situación con los Rossi? ¿Qué condición esperas que acepte?

—Ah, sí. Bueno, entiendo que tu hermano, Nikolas, está soltero. Y es elegible. ¿Acaso necesita, por casualidad, una esposa complaciente?

No puedo evitarlo. Mi boca se abre. ¿Quiere a Nicky? ¿Para su hija? Me alegro de estar solo en mi oficina en este momento, ya que realmente me ha sorprendido.

Cuando estoy seguro de que tengo control de mi voz, digo de la manera más tranquila que puedo: —Sí. Mi hermano está soltero, aunque no estoy seguro de que esté actualmente en busca de esposa. Disfruta jugando en el campo, por lo que tengo entendido.

—Vamos, Rio. Sabes cómo funciona esto. No tendría que dejar de jugar en el campo. E imagina la fuerza de nuestras familias unidas, si estos hermosos jóvenes se casaran y crearan hijos juntos.

Gruño. No se equivoca. Tener un Agosti incrustado en la familia Martelli sería una gran ventaja para nosotros. Aunque nunca esperé que me pidieran arreglar un matrimonio para mi hermano. Para Angel, sí. Eso se espera para hermanas e hijas. Pero para Nicky...

No tomará bien esta noticia; estoy seguro de ello. SI elijo aceptar la oferta de Martelli.

—¿Estás diciendo que comprometerás a cada hombre de tu equipo en apoyo de la familia Agosti, si acepto que Nicky se convierta en el esposo de tu hija? ¿Su esposo de reemplazo?

—Bueno, sí, pero...

—Hay una cosa que debo saber —lo interrumpo cuando empieza a tartamudear una respuesta—, antes de aceptar cualquier cosa. ¿Cuáles son EXACTAMENTE las circunstancias del fallecimiento de tu yerno? Aparte de, presumiblemente, en medio del acto sexual. ¿Fue un ataque al corazón?

Hay una larga pausa.

—Más o menos —Martelli tose delicadamente—. Su corazón se detuvo... cuando mi dulce Daniela le atravesó con un cuchillo.

Lo último que esperaba de Martelli era su capacidad para hacerme reír.

Capítulo Nueve

«Hay una victoria en dejar ir tus expectativas».
Mike White

Bianca

Intenté mantener un registro del tiempo contando en mi cabeza, pero era difícil saber si estaba contando demasiado rápido, o demasiado lento, o si perdía la cuenta por completo debido a la pura tensión nerviosa.

Siento que en un momento giramos a la izquierda y luego a la derecha, pero podrían haber sido simplemente curvas en el camino. ¿Quién sabe?

Creo que pasan menos de dos horas antes de que el vehículo se detenga suavemente, pero de nuevo, es solo una suposición aproximada. Alguien toma mi brazo y me ayuda a salir del coche antes de que unas manos toquen detrás de mi cabeza y me quiten la venda de los ojos.

Parpadeo ante la repentina luz, luego miro alrededor para descubrir que estamos en una finca aislada no muy diferente a la de Rio en tamaño, a juzgar por el aspecto del largo y sinuoso camino de entrada. Sin embargo, esta propiedad parece menos cuidada que la de Rio, al menos en lo que respecta a los terrenos y el jardín, que parecen un poco descuidados.

La casa en sí es una sorpresa cuando me giro para estudiarla. Por alguna razón, esperaba la habitual grandeza del viejo mundo que estos jefes de la mafia parecen adorar, pero este lugar es todo lo contrario. Es una extensa residencia de una sola planta situada contra la colina y con ventanas del suelo al techo que deben proporcionar vistas gloriosas de la propiedad a lo largo de todo el frente del edificio.

Si alguien se tomara el tiempo de arreglar el césped y podar algunos de los árboles y macizos de flores, esta propiedad sería verdaderamente impresionante.

Miro boquiabierta las ventanas, buscando movimiento en el interior, pero rápidamente me doy cuenta de que están tintadas, probablemente para proteger la privacidad de los que están dentro. Sin duda, pueden ver fácilmente hacia afuera. Probablemente sea una cuestión de seguridad además de estética. Me pregunto si el cristal es también a prueba de balas además de oscurecido.

Me abrazo el cuerpo, luego me obligo a bajar los brazos a los costados. Rio mencionó una vez los signos delatores. Dijo que esa acción era uno de mis signos, que le hacía saber que me siento nerviosa, y no quiero revelar nada en este momento.

¿Estará Rossi observándome detrás de ese cristal? ¿Estará *ella*? ¿Rina? Mi corazón da un vuelco con una punzada de adrenalina, sabiendo que podría estar a punto de conocer a mi madre biológica.

Todavía no he procesado completamente el hecho de que esté viva, y mucho menos que haya secuestrado a mi hija y haya estado tramando intentar derrocar a mi marido y provocar una guerra entre bandas.

Mis pies parecen no querer funcionar. Me quedo congelada en el sitio, hasta que uno de los matones me empuja por la espalda, obligándome a avanzar.

Por favor, que el rastreador siga funcionando.

Nos dirigimos hacia un corto tramo de escaleras que llevan a la amplia entrada de doble frente. Las puertas se abren de par en par justo cuando llego al último escalón.

Se me cierra la garganta y, a pesar de mi resolución de mantener la calma, de repente las lágrimas me queman los ojos, nublándome la vista. Las parpadeo, decidida a no llorar.

Una mujer está allí mirándome fijamente, con las manos revoloteando cerca de su garganta como si estuviera igualmente

afectada por la tensión.

Su cabello es oscuro, pulcramente recogido en un moño suelto estilo chignon. Noto algunas canas alrededor de las sienes, pero aparte de eso, no hay señales de edad en su rostro inmaculadamente maquillado y su porte erguido.

¿Es realmente mi madre? Es muy hermosa. Busco en sus rasgos algo, cualquier cosa, familiar. ¿Tal vez un indicio en la forma de su mandíbula que coincida con lo que veo cuando me miro al espejo?

Pero sus ojos...

Esos ojos no son amigables. Para nada. Me están estudiando con un aire calculador, y apenas logro reprimir un escalofrío.

Recuerda, creen que estás aquí porque quieres escapar de Rio.

—Oh, *mia figlia* —dice la mujer, después de una pausa que se prolonga un poco demasiado—. ¿Eres realmente tú? Oh, *il mio cuore è pieno*.

La cascada de palabras me saca completamente del impulso de llorar.

Enderezo los hombros y doy un pequeño paso hacia ella.

—Solo hablo inglés, Rina. No sé qué acabas de decir.

Sus cejas se elevan como si estuviera herida, y su boca amplia tiembla. Pero sus ojos no vacilan en su escrutinio. Esta mujer es claramente buena ocultando su verdadero yo. Necesito recordar eso.

—Tendremos que corregir eso, hija mía. Dije que mi corazón ahora está lleno.

—¿Dónde está Emilia? ¿Está...? —Ahora es mi boca la que traicioneramente empieza a temblar. *Mierda*. Necesito mantenerme calmada y en control. No importa cuán locas sean estas circunstancias—. ¿Está bien?

La mujer asiente y me hace un gesto para que siga adelante y entre en el edificio.

—Está bien. Durmiendo ahora. Haré que te la traigan en breve.

Cuando paso junto a ella, intento torpemente no tocarla, pero su aroma flota a mi alrededor de todos modos. Es fresco y limpio, nada parecido a lo que esperaba. Aunque tampoco tenía nada en mente. ¿A qué huele el Eau de Secuestradora Asesina, de todos modos?

Me estoy centrando en los pequeños detalles porque ¡no puedo creer que *realmente esté aquí en la misma habitación que mi madre biológica*!

Cierra la puerta detrás de mí y me toca el brazo, y entonces, a pesar de mi intención de mantener una distancia entre nosotras, me atrae para un abrazo completo. Es demasiado. Jadeo e intento retroceder, fuera de su agarre, pero ella simplemente me sostiene con más fuerza.

¿Acaso Rina también hace ejercicio, además de todo lo demás? No es de extrañar que Rossi la ame. Es hermosa, astuta y obviamente también físicamente fuerte.

Finalmente, me suelta y da un paso atrás, y yo tomo unas cuantas respiraciones profundas. Cuando hace un gesto hacia una puerta a un lado del área de entrada, de repente noto su mano izquierda. Está marcada y desfigurada, la carne arrugada y la piel brillante y pálida.

Se ríe ligeramente cuando nota mi mirada.

—Ha pasado tanto tiempo, niña. Es un viejo recordatorio, pero uno que a menudo olvido estos días. Ven. Únete a nosotros en la sala de estar.

No puedo evitar la pregunta que se me escapa.

—¿Te hiciste eso intentando salvar a mi... tu... Stefano? —No puedo llamar papá a un hombre muerto que no recuerdo, del mismo modo que no puedo llamar mamá a esta mujer.

Ella simplemente niega con la cabeza, así que me encojo de hombros y la precedo hacia una gran habitación de estilo abierto que está bordeada a lo largo de toda su longitud por ventanas del

suelo al techo que iluminan el espacio de aspecto moderno. Eso es todo lo que noto antes de ver al hombre que se levanta del sofá de cuero blanco junto a una enorme chimenea de piedra.

—Carlos.

—Bianca. Bienvenida a nuestro hogar actual, querida. Es tan bueno verte de nuevo.

Rina pasa junto a mí, tomándome del brazo y llevándome con ella hacia la zona de asientos.

—Carlos, Bianca quiere saber si me lastimé la mano intentando salvar a su padre. ¿Debería decírselo?

Rossi dirige su atención a mi madre, y el suavizamiento de sus facciones es instantáneamente notable.

Vaya. Realmente la ama.

—Depende de ti, mi amor, cómo quieras proceder aquí. Hagas lo que hagas, te apoyaré siempre.

Los miro alternativamente, tratando de descifrar su dinámica. Es casi como si Rina fuera la que está a cargo, no Rossi. Pero entonces, él siempre ha parecido un poco obsequioso, y mira cómo resultó esa suposición. Este hombrecillo, al que le falta un dedo gracias a Rio, casi nos venció y robó a nuestra hija bajo nuestras narices.

Obsequioso no es.

Mis evaluaciones de carácter parecen haber estado completamente equivocadas desde el momento en que fui catapultada a este mundo.

Rina comienza a reír antes de empujarme hacia el sofá más cercano. Hay algo en ese sonido que me hace estremecer. Algo que no está del todo bien.

—Entonces le diré la verdad —dice, después de que la risa se desvanece en la nada—. Es hora de que mi hija conozca su verdadero linaje y tome su lugar conmigo —le lanza una mirada a

Rossi antes de corregirse— con *nosotros*, mientras tomamos el control de toda la Costa Este. Y más allá.

Santo cielo. Realmente es cierto. Quiere reclamar la fortuna Carlotti. Más que eso, por lo que parece.

La miro fijamente, mis ojos bebiendo los detalles incluso mientras mi cerebro grita que debe estar loca. Como mínimo, suena tan hambrienta de poder como Rossi.

Se ha mantenido en forma, y sentí la fuerza en su abrazo justo antes. Obviamente está en buena forma física, y apenas hay una arruga que manche su expresión de ojos oscuros. Mi estómago da un extraño retortijón cuando me doy cuenta de que sí me parezco algo a ella.

Esta mujer es la abuela de Emilia. Su única abuela viva, excluyendo a mi padre adoptivo, que todavía está en algún lugar de las regiones remotas de Asia.

Si alguna vez regresa a casa en Boston, le presentaré a su nieta, por supuesto, pero hasta entonces, la inmersión en este mundo —el de Rio, Rina y Rossi— significa que hay más para mí aquí en este momento que en cualquier otro lugar.

Y si soy completamente honesta, parte de mí está herida porque mi padre se fue tan fácilmente, básicamente sin mirar atrás, y me dejó sola para lidiar con ser secuestrada, casada a la fuerza con un extraño, y luego todo esto encima...

Apago esos pensamientos. Se sienten traidores, particularmente porque mi infancia y adolescencia fueron seguras y felices. Mi madre —mi madre adoptiva— era un alma maravillosa y amorosa, y en este momento de enfrentarme a Rina, la comparación es obvia.

Junto mis manos en mi regazo, tratando de contener mis emociones. Extraño tanto a mi mamá que duele. Desearía que estuviera aquí ahora mismo.

Rina se sienta frente a mí en el sofá junto a Rossi, quien se hunde inmediatamente. Él le da una palmadita suave en la rodilla mientras

ella se inclina hacia adelante y dice en un tono conversacional:

—Sí obtuve esta cicatriz en la mano, querida Bianca, en la explosión que mató a tu padre. Pero no porque estuviera tratando de salvarlo.

De repente hay un zumbido en mis oídos, y mi cara se siente alternativamente caliente y luego fría.

No creo que quiera escuchar esto. No quiero saber la verdad. Esto no. Esto no.

Ella continúa con una sonrisa, aparentemente ajena a mi creciente horror.

—Tenía que asegurarme, ¿sabes? De que no pudiera salir. Me quedé allí, sosteniendo la puerta todo el tiempo que pude, mientras él ardía y ardía. Tardó tanto, Bianca. Tanto tiempo. Finalmente, murió. Y entonces, por fin, fui libre.

Capítulo Diez

—Los monstruos más aterradores son los seres humanos y lo que nos hacemos unos a otros—

Jared Harris

Bianca

—¿Asesinaste a mi pa... quiero decir, a Stefano? ¿A tu esposo? —La admisión está ahí fuera, y no puedo evitarla. El anuncio es tan horroroso que algo dentro de mí clama por una aclaración.

Tal vez no lo dijo de la manera en que suena.

No te desmayes, me ordeno. *No. Te. Desmayes. Emilia está aquí. Piensa en ella. Tómala en tus brazos y todo estará bien*.

Rina frunce ligeramente el ceño mientras estudia mi reacción. Me pregunto si mi evidente conmoción la ha decepcionado. ¿Esperaba que me alegrara de que matara a Stefano?

Incluso si estuviera aquí porque odio a Rio y quiero unirme a ellos en su loca búsqueda de poder, seguramente debería entender la magnitud de lo que acaba de admitir, ¿no?

Rossi también me está estudiando, pero sus ojos están menos desconcertados que los de ella y más compasivos. —Stefano era un hombre malvado, Bianca. Sí, llevas su sangre, pero no te pareces en nada a él. Trató a Rina durante todo su matrimonio con el mayor desprecio.

—¡Oh! —Todavía me cuesta respirar profundamente. Al menos ahora la sensación de náuseas ha retrocedido un poco, y creo que podré mantenerme erguida sin devolver el desayuno—. Entonces, ¿él era... abusivo contigo, Rina?

¿Puede empeorar aún más la historia de mi familia?

Ella agita una mano. —Era espantoso. Exhibía a todas sus amantes en mi cara. Me humillaba una y otra y otra vez... —Comienza a

mecerse un poco, riendo de nuevo, y el conocimiento que empieza a surgir se cristaliza en certeza.

Puede empeorar. *Es* peor.

Mi madre biológica está completamente loca.

Rossi le frota la espalda, dándole palmaditas de una manera tranquilizadora que parece bien practicada. ¿Sabe que está loca? Seguramente lo sabe, ¿no?

—Carlos me ayudó a desaparecer por un tiempo. Me consiguió tratamiento médico para mis quemaduras. Y cuando me recuperé lo suficiente, también envió a alguien por ti, Bianca. Solo que ya habías desaparecido y no pudimos encontrarte. Te buscamos durante años. Pero *él* te encontró primero.

Recuerdo el placer de Rio al vencer a otros para encontrar a la princesa Carlotti, como me llamó en esos primeros meses. Ahora entiendo contra quién competía.

Si ella me hubiera encontrado primero, Rio probablemente estaría muerto, y yo nunca habría encontrado el amor, por extraño y retorcido que sea. Ciertamente nunca habría tenido a mi hermosa hija.

—¿Dónde... —Mi voz sale demasiado aguda, y lo intento de nuevo—. ¿Dónde está Emilia? ¿Puedo ver a mi niña, por favor?

Me encuentro dirigiendo mis palabras hacia Rossi. De los dos, él parece el menor de los males en este momento.

—Está en camino. Rina mandó por ella...

Un golpe en la puerta lo interrumpe, y ante el brusco —Adelante— de Rossi, entra una mujer joven con una bebé envuelta en brazos.

Apenas logro ahogar mi grito instintivo y me pongo de pie de un salto, corriendo hacia la mujer tan rápido que casi tropiezo con el borde de la alfombra. La mujer se sobresalta e intenta apartarse de mí, pero agarro a Emilia y la libero forcejeando.

—¡Es *mía*! —Prácticamente le escupo—. *Mi* hija.

Dirijo mi atención a Emilia, tirando de la manta que la envuelve y examinándola lo mejor que puedo sin desnudarla completamente. Se ve bien, mirándome con una expresión medio dormida. Gracias a Dios parece no verse afectada por mis movimientos frenéticos. La levanto y la aprieto contra mí, presionando suaves besos en su cabello dulcemente perfumado.

Mi hija está bien. Está a salvo. Y está de vuelta en mis brazos donde debe estar.

Solo ahora me vuelvo hacia Rina y Rossi, aún sentados juntos en el sofá y observando mi reacción. Rossi parece sospechoso, pero Rina sonríe de manera indulgente.

—Es hermosa, *mia figlia*. Una tercera generación de poderosas mujeres Carlotti preparadas para dominar el mundo. Bien hecho.

—Yo... Sí. Es hermosa. Y algún día será muy poderosa, sin duda.

Eso es verdad, y no parece irrespetuoso hacia Rio admitirlo. Pero, a juzgar por el escrutinio de Rossi, necesito empezar a actuar más como si quisiera estar aquí.

Si no lo hago, sospecho que simplemente me matará, muy probablemente en un accidente que pueda explicar a Rina, y luego él y mi madre biológica criarán a mi pequeña Emilia como si fuera suya.

Un anhelo feroz por Rio se apodera de mí mientras miro una vez más a mi niña. Pero él no está aquí, y si el rastreador no funciona correctamente, no tendrá idea de dónde estamos.

Extiendo un dedo y acaricio la mejilla de Emilia, reconfortándome con la suavidad bajo mis yemas. Ella se gira hacia mi toque antes de luchar por sentarse en mis brazos mientras comienza a despertarse completamente.

Me siento de nuevo en el sofá y la reacomodo en mi regazo. No quiero soltarla nunca más.

—Parece estar bien —le digo a Rina—. ¿La han estado alimentando con biberón? Yo la estaba amamantando hasta que...

—Sí. Se adaptó muy bien al biberón, según su niñera.

Miro a la joven, ahora de pie a un lado y observándome bajo sus pestañas bajas. No le agrado; puedo notarlo por su postura rígida.

Levanto la barbilla. No se la voy a devolver. Ni en un millón de años.

Puede que haya sido el estrés de toda la situación, pero mi leche se secó en uno o dos días después de que Emilia desapareciera. Estaba tan angustiada que ni siquiera pensé en intentar extraerla. Cuando me di cuenta de que la leche se había ido, una parte de mí pensó que simplemente volvería en el momento en que la tuviera en mis brazos, pero no hay nada, ni siquiera un indicio de bajada de leche.

Te amamanté hasta los seis meses, pequeña. Susurro las palabras solo en mi mente, pero algún día se las diré en voz alta. *Quería hacer más por ti. Lo siento.*

—¿Qué sucede ahora? —pregunto, genuinamente insegura de lo que tienen en mente y aterrorizada de que pueda implicar separarme de Emilia nuevamente.

Rina sonríe radiante mientras Rossi se levanta y alza el atizador para avivar el fuego moribundo en la chimenea.

—Ahora, te mostraremos tu habitación —dice ella—, y te proporcionaremos un refrigerio ligero, dado tu largo viaje. Luego, una vez que hayas tenido la oportunidad de instalarte, cenaremos temprano en el comedor.

—De acuerdo. Eso suena... bien. —¿Seré capaz de hacer pasar algo por mis labios sin vomitar? Tendré que intentarlo al menos.

Presiono otro beso en la cabeza de Emilia, encontrando consuelo en el hecho de que está viva y sin daño. Huele tanto familiar como diferente. Su habitual y reconfortante aroma de bebé está ahí, pero está cubierto por cualquier jabón o champú que hayan estado usando aquí.

¿Cuánto tardará Rio en encontrarnos? Espero que sea pronto.

—Quiero a Emilia conmigo. En mi dormitorio. Por favor.

Rina aparta su cabello oscuro de su rostro mientras considera mi petición. —Sí, creo que eso será aceptable.

Rossi se mueve incómodo a su lado, claramente en desacuerdo con la idea. —¿No crees que mantener a la niña separada sería mejor...?

—He decidido. Mi hija es la mejor persona para cuidar de mi nieta.

Él se encoge de hombros, pero me lanza una mirada que confirma que no está de acuerdo con esa estrategia.

¿Por qué? Lo estudio, todavía tratando de descifrar su motivo en todo esto. Seguramente, no puede ser simplemente que sea un hombre embelesado cediendo a cada capricho de la mujer que adora, ¿verdad?

Pero Rina ha avanzado en sus pensamientos, y sus siguientes palabras me hielan la sangre.

—Después de la cena —dice—, compartiremos nuestros planes para derrocar el imperio Agosti, matar a tu marido y restaurar a las familias Carlotti y Rossi como los reyes y reinas que siempre estuvimos destinados a ser.

Capítulo Once

Somos nuestros propios dragones, así como nuestros propios héroes, y tenemos que rescatarnos a nosotros mismos de nosotros mismos.

Tom Robbins

Rio

—Están en Maine, jefe. Cerca de Portland.

La voz de Danelli al otro lado de la línea casi vibra de emoción, y por primera vez desde que se llevaron a mi hija, admito sentir un poco de lo mismo. Presiono el botón para poner la llamada en altavoz y luego camino de un lado a otro en mi oficina. No puedo quedarme quieto para esto.

—¿Estás seguro?

—Lo estamos. El rastreador dejó de moverse hace más de una hora, y lo hemos localizado en una propiedad de este lado de Portland. A menos de dos horas de aquí, señor, incluso contando el tráfico. Ya tengo un equipo en camino.

Tomo aire y lo dejo salir lentamente. Estoy a punto de preguntar quién es el dueño de la propiedad, pero mi segundo se anticipa a la consulta.

—Ha estado alquilada durante los últimos dos años, aparentemente, a una mujer de mediana edad que quería privacidad para cuidar a su marido enfermo. La mujer está registrada como Anna Dorano, pero el agente inmobiliario identificó una foto de Rina como su inquilina. Teníamos una foto antigua de ella digitalmente ajustada para que coincidiera con su aspecto actual. No es exacta, pero... los tenemos, jefe.

—Los tenemos —estoy tan cerca que casi puedo saborear la victoria.

Pero Bianca y Emilia aún están en la guarida del enemigo, y necesitamos sacarlas antes de lanzar cualquier ofensiva.

Un golpe en mi puerta anuncia la probable llegada de mi hermano. Lo convoqué a la ciudad antes, después de mi conversación telefónica con Martelli, pero ahora ese asunto tendrá que esperar.

—Adelante.

Es, en efecto, Nikolas quien entra en la habitación, y le hago un gesto hacia el teléfono para que sepa que estoy en una llamada.

—Danelli, Nicky está aquí. Tienen la ubicación de Bianca —añado para beneficio de mi hermano.

Asiente aliviado y se pasa una mano por el pelo ya desordenado, como si fuera un gesto que utiliza regularmente para liberar el estrés.

—Lo primero es sacar a mi esposa y a mi hija de allí sanas y salvas. Ya discutimos esto en términos generales, pero ahora que has identificado la propiedad real, ¿tienes la información que necesitas?

—Sí, el equipo está estudiando los planos mientras hablamos. Hay un par de puntos de entrada estratégicos para entrar en la casa, y podemos montar una distracción en los terrenos. Es lo suficientemente aislado como para no causar demasiados problemas. El vecino más cercano está a kilómetros de distancia. Afinaremos los detalles en breve.

—No ataquen hasta que mi esposa y mi hija estén fuera y a salvo. ¿Entendido?

—Cristalino, jefe. Moriré antes de que les pase algo. Lo juro por el Juramento de Sangre.

El Juramento de Sangre, conocido como *omerta* en algunos círculos, es sacrosanto. Su lealtad a mi familia está fuera de toda duda. Son sus recientes fracasos, con la propiedad violada dos veces bajo la vigilancia de su equipo, lo que me preocupa.

—Envíame la dirección y un punto de encuentro para reunirme contigo y el equipo. Tengo hombres adicionales proporcionados por la organización Martelli. Deberían estar aquí en Boston antes del anochecer, y los enviaré directamente allí —lanzo una mirada a mi hermano, pero ahora no es el momento de revelar por qué Martelli está siendo tan servicial.

—Nicky y yo también estaremos allí para el golpe final. Danelli, no te muevas sin mi autorización.

De ninguna manera voy a dejar que alguien más acabe con Rossi, o con Rina, para el caso. Son míos, y solo míos.

Termino la llamada con Danelli, y los ojos de Nicky se iluminan ante la perspectiva de acción. Inmediatamente vuelvo a coger el teléfono y dispongo que uno de mis hombres abra la armería.

Mi hermano y yo estamos a punto de entrar en batalla, y no iremos con las manos vacías.

***

Bianca

Cuando regreso a mi habitación después de la cena, coloco a mi hija, ahora dormida, en su pequeña cuna y luego corro hacia la puerta para comprobar que el cerrojo está echado. Agarro la silla que está en un pequeño escritorio cerca de una de las ventanas y la empujo bajo el pomo de la puerta como medida adicional.

Necesito un tiempo fuera de esta gente loca antes de tener que enfrentarme a ellos de nuevo.

Durante toda la cena, seguí recordando aquella conversación anterior en la zona del salón. Rina y Rossi se sentaron frente a mí durante los tres platos que nos sirvieron, y Rina hizo preguntas aparentemente educadas sobre mi educación y mi trabajo en el centro de rescate de animales. Pero yo seguía visualizando a aquel pobre hombre ardiendo en su coche, atrapado y aterrorizado y sin duda sufriendo un dolor abrasador.

¿Y ella simplemente se quedó allí y lo dejó morir? Soportando sus propias quemaduras para asegurarse de que el trabajo estuviera hecho. ¡El padre de su hijo!

Puedo imaginar a Rio metiendo una bala rápida en la cabeza de alguien, lo cual es terrible en sí mismo, por supuesto, pero quedarse allí y ver morir quemado a alguien a quien se supone que amas, y estar feliz por ello...

Estoy aprendiendo que hay grados de horror en este mundo de la Mafia, y mi marido no está en la cima de la lista.

No, ese lugar pertenece a mi madre.

Cuando se retiraron los restos de la cena después del postre y el café, Rina se inclinó hacia delante con los codos sobre la mesa del comedor y habló un poco más sobre su intención de matar a Rio y a todos los miembros de su familia —exceptuándonos a mí y a Emilia — para que ella y Rossi pudieran tomar el control.

—Tenemos a alguien trabajando con nosotros para que eso suceda. Aunque todo va mucho más lento de lo que me gustaría. Todos estos años, Bianca, no tenía idea de dónde estabas. Rossi te estaba buscando en mi nombre, y sabíamos que Agosti también. No quería hacer mi movimiento hasta que te localizáramos porque todo es *por* ti, mi querida hija. Por ti y ahora también por Emilia. Quiero que el nombre Carlotti vuelva al lugar que le corresponde. A la cima.

Por un momento, mientras miro a los ojos de Rina al otro lado de la mesa, deseo ser Bree Walker otra vez. Inocente y sin saber nada de esta vida. Esta vida desordenada y violenta.

Pero luego el deseo momentáneo se desvanece. Podría llamarme como quisiera, pero la verdad es que seguiría siendo Bianca Carlotti en el fondo. La sangre Carlotti corre por mis venas. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Al igual que para Emilia.

Al menos ahora estoy marginalmente más preparada para lidiar con la mierda que viene con ese legado de lo que estaba cuando Rio me

secuestró en la calle por primera vez.

Dirijo mi mirada a Rossi, que me observa con un aire calculador que desaparece en el momento en que poso mis ojos en él. Ahora que conozco algo de su verdad, no puedo creer que nunca viera a través de su naturaleza falsa.

Puede que Rina me quiera aquí como su querida hija perdida hace mucho tiempo, pero está claro que esa no es la opción preferida de Rossi. Supongo que probablemente preferiría verme muerta.

Aun así, es obvio que realmente se preocupa por Rina. De una manera retorcida y tóxica. El hecho de que la haya apoyado —y probablemente facilitado— todos estos años lo convierte en un monstruo tan grande como ella.

Y ella es un monstruo. No puedo esconderme de la verdad sobre Rina.

Entonces algo que acaba de decir me penetra.

—¿Tienes a alguien trabajando contigo? —¿Significa eso que tienen a alguien infiltrado? ¿Alguien en la organización de Rio? Mi mente repasa rápidamente todas las posibilidades de quién podría ser, y apenas contengo un escalofrío ante el horror de saber que alguien en quien Rio confía podría estar trabajando para derribarlo.

Abro la boca para preguntar algo más, pero Rossi levanta una mano —la que tiene todos los dedos intactos.

—Creo que deberíamos dejarlo ahí por esta noche, querida —dice, dirigiendo sus palabras a Rina—. Tu hija parece cansada. Ha pasado por mucho últimamente y probablemente quiere descansar.

Rina me mira con duda. —¿Cansada? Oh, está bien. Disculpas, *mia figlia*. Debería dejarte descansar. Discutiremos más por la mañana.

Y ahora, estoy encerrada en mi habitación con la silla empujada contra el pomo de la puerta y preguntándome cómo puedo hacer llegar un mensaje a Rio de que alguien con quien está trabajando actualmente podría ser un traidor a su causa.

***

Algo me despierta de mi ya inquieto sueño. No estoy segura de qué es. ¿Quizás es simplemente ansiedad? Compruebo la hora en el reloj sobre el escritorio —2:15 a.m.— luego me deslizo fuera de la cama para asegurarme de que Emilia está bien, pero está tranquila en su cuna. ¿Qué fue lo que-

Un medio jadeo sale de mí, y doy un par de pasos involuntarios hacia atrás cuando un hombre vestido de negro se precipita desde las sombras de mi baño privado. La figura cruza la habitación y tiene su mano sobre mi boca antes de que pueda hacer más ruido.

Respiro pesadamente detrás de su mano, tanto aterrorizada como llena de esperanza. ¿Es esto un rescate, o algo mucho más siniestro? Entonces registro la voz que habla en voz baja en mi oído.

—Bianca. Señora Agosti. Soy yo, Lee. Hemos venido a sacarlas a usted y a la bebé.

¿Lee? ¿Mi guardaespaldas? No puedo ver su rostro ya que está cubierto con un pasamontañas, pero reconozco la voz y envuelvo mis brazos alrededor de su firme cintura, abrazándolo fuertemente.

—¿Estará callada? —pregunta.

Asiento vigorosamente, y él lentamente retira su mano de mi boca.

—Oh, gracias a Dios, Lee. Gracias a Dios. ¿Cómo entraste? El lugar debe estar alarmado hasta el tope.

No me importa cómo entró, en realidad. Mientras la alarma no se haya activado. Él está aquí, y eso significa que Rio está cerca.

—Tenemos un equipo de IT de primera como parte de nuestro grupo. Desactivaron el sistema. Solo estará inactivo por unos minutos, así que debemos ser rápidos. Voy a hacer algo que no le gustará, pero le prometo que su efecto es solo temporal.

—Qué...

Saca una jeringa de algún bolsillo y se inclina sobre la cuna.

—¡Oh! No, no-

Emilia deja escapar un pequeño chillido, y luego vuelve a estar en silencio.

—¿Qué has hecho? —le siseo—. ¿Qué le has dado?

—Un sedante. Necesitamos mantenerla callada por ahora. Fue medido y preparado por un médico basado en su edad y peso. Despertará bien en unas horas, lo prometo. Sin efectos secundarios duraderos, dijo el doctor.

Quiero protestar, pero es demasiado tarde. Me ocuparé de eso cuando salgamos de aquí.

—Reúna lo que necesite, señora. Tiene —mira su reloj— dos minutos y medio como máximo. Necesitamos movernos rápido.

—Date la vuelta.

Lee obedece al instante, y rápidamente me quito el camisón que habían dejado para mí en la cama y me pongo mi propia ropa. Luego corro hacia Emilia y la envuelvo firmemente en una de las suaves mantas de la cuna antes de levantarla en mis brazos.

—¿Por dónde?

—De vuelta por aquí. —Lee indica la puerta del baño, y empiezo a seguirlo pero me detengo y agarro el bolso de pañales de Emilia de donde estaba debajo de la cuna.

Lo revisé antes y encontré que estaba cargado aparentemente para una salida rápida, con biberón, fórmula en polvo, pañales, toallitas y un cambio de ropa para bebé.

Apuesto a que no estaban pensando en *mi* escape rápido. Más bien en el suyo propio, si necesitaban irse con prisa.

Siempre estar preparado. El lema encaja perfectamente para esta loca vida del submundo.

Me apresuro tras Lee, quien está de pie bajo la ventana abierta y colocando la silla de mi tocador debajo. La ventana está bastante alta, sin embargo, incluso con la silla.

Ante mi brusca inhalación, dice: —Está bien. Mitch está ahí fuera, listo para ayudar. Súbase aquí en la silla y entregue a su hija primero, luego la impulsaré.

Sé que tiene razón. No puedo pasar por esa ventana sosteniendo a mi bebé. Pero aún así es difícil obligarme a entregarla a la oscuridad a otra figura sombría.

—¿Mitch? —susurro.

—Sí, señora —llega la voz débil—. Confíe en mí. La mantendré a salvo.

Extiendo la mano y se la entrego, luego lanzo el bolso de pañales para que caiga en el suelo junto a él. Momentos después, Lee me impulsa hasta que estoy equilibrada sobre mi estómago a mitad de camino fuera de la ventana. Otra figura se acerca afuera, esta más alta y ancha que Mitch. Incluso en ropa de camuflaje negra, reconozco a mi marido.

—Rio.

Su fuerte agarre me estabiliza y me saca completamente por la ventana. Me aferro a él por un momento, temblando como una hoja. Realmente vino a rescatarme. A mí y a Emilia.

—Está bien, *mia cara*. Te tengo. Pronto estarás a salvo.

Esta pesadilla casi ha terminado.

Entonces una explosión desgarra la noche, y todo el infierno se desata a nuestro alrededor.

Capítulo Doce

—Quizás tengas que luchar una batalla más de una vez para ganarla.

Margaret Thatcher

Rio

Gritos y alaridos rasgan el aire, seguidos de más explosiones, y luego el sonido seco de disparos estalla desde diferentes direcciones.

No quiero dejar ir a Bianca, pero la distracción llegó un par de minutos antes de lo previsto, y ahora la alarma del edificio también está sonando.

El enemigo ha despertado.

Leon se lanza por la ventana y aterriza en un montón en el suelo antes de ponerse inmediatamente de pie.

—Ve —empujo a Bianca hacia él, luego miro al otro guardaespaldas que espera sosteniendo a mi hija con una bolsa de pañales colgada sobre un hombro—. Mantenlas a salvo a las dos.

—Con mi vida, señor —dice Leon—. Siempre.

El otro —Mitch, creo que se llama— asiente también.

La expresión de Bianca está ligeramente conmocionada, pero mientras Leon la arrastra por el césped hacia la sombra de la línea de árboles cercana, su voz flota hacia mí.

—Mantente a salvo, Rio.

¿Mantenerme a salvo? Muestro los dientes en una mueca, apenas logrando contener mi gruñido. Mi familia y mi organización nunca estarán a salvo hasta que Rossi y Rina estén muertos. Es hora de hacer lo que debería haber hecho hace años.

Acabar con ellos como los perros rabiosos que son.

Saco mi arma de la funda del hombro y me dirijo a la parte trasera de la propiedad, sospechando que Rossi probablemente huirá por cualquier punto de salida que ofrezca la menor amenaza. Danelli y un enjambre de mis hombres, apoyados por el equipo de Martelli, ya están en el frente, y es ahí donde Rossi enviará el grueso de su propia seguridad.

Asomo la cabeza por la esquina del edificio y veo lo que esperaba a medias: un vehículo negro que probablemente tenga cristales a prueba de balas se está deteniendo cerca de la entrada trasera de la casa. La puerta trasera del coche más cercana a la casa se abre de golpe. Listo y esperando para que el jefe huya.

Solo hay una corta distancia entre la casa y el coche que espera, a lo sumo unos pocos metros. No hay mucho margen de error. Sonrío sombríamente. Tiempo suficiente para que mi enemigo reciba una bala entre los ojos. Si puedo mantener el control de mi temperamento y no dejar que mi monstruo interior afecte mi visión o mi puntería.

Me mantengo presionado contra la pared, aprovechando las sombras para evitar que el conductor y quien sea que esté en ese coche me vean.

De repente, un chillido infernal impregna el aire. ¿Qué demonios es eso?

Entonces me doy cuenta de que estoy escuchando a una mujer teniendo un berrinche. Definitivamente no es Bianca, quien a estas alturas debería estar a salvo a través de los árboles y casi en nuestro vehículo blindado esperando en una de las carreteras laterales que bordean este lugar.

Además, ella nunca sonaría así. Tan fuera de control y... animal.

Mi pulso se acelera. Aunque ahora sé que es cierto que Rina escapó de la explosión hace todos esos años, una pequeña parte de mí lo dudaba. Ya no más. Esa debe ser Rina, ¿quién más podría ser? Suena demente.

Luego escucho la voz de un hombre, tratando de calmarla. *Rossi*. El odio arde caliente en mi sangre, y es todo lo que puedo hacer para no abalanzarme sobre la puerta.

Paciencia; necesito paciencia. Yo soy el depredador, y ellos son mi presa.

Recuerda eso.

—Rina —dice Rossi de nuevo, con irritación ahora tiñendo su tono—. Tenemos que irnos, rápido. Los hombres están conteniendo la entrada, pero no pasará mucho tiempo antes de que se abran camino hasta aquí atrás. Un minuto o dos como máximo, diría yo. Date prisa.

—Se ha ido. Se han ido. Voy a... —Las palabras degeneran una vez más en gritos incoherentes.

A juzgar por el volumen, deben estar justo dentro de esa puerta. Levanto mi arma y apunto, manteniéndola firme y esperando a que mi presa salga hacia mí.

Momentos después, una figura masculina robusta sale apresuradamente, flanqueada por dos hombres cuya presencia me impide tener un tiro limpio. Aprieto el gatillo en rápida sucesión. Un disparo. Dos. Los guardaespaldas caen. Justo cuando aprieto otra ronda, la figura más baja se agacha antes de lanzarse al coche. Le doy, definitivamente, pero no es el tiro mortal a la cabeza que pretendía.

¿Su costado, quizás? ¿La cadera?

La puerta del coche se cierra de golpe, y las ruedas del vehículo levantan grava mientras arranca a toda velocidad. Así que ha decidido no esperar a Rina Carlotti, después de todo.

¿Él o ella? Tengo que tomar una decisión dividida en ese instante. No tengo esperanza de alcanzar ese coche a pie, así que decido ir tras ella. Hablo por el micrófono de mi oreja para alertar al equipo.

—Rossi está en el vehículo negro subiendo por el camino de entrada. No estoy seguro si es a prueba de balas, pero supongo que sí. Le

disparé, pero no está muerto. Al menos hay uno más en el coche con él: el conductor. La mujer Carlotti aún está en la casa.

Los dejo encargarse de eso y me dirijo hacia la puerta de la casa. Es hora de conocer a mi suegra en carne y hueso.

***

Bianca

—¡Maldita sea! —La maldición de Lee se escapa en el aire nocturno, cortando a través de los gritos amortiguados y los sonidos de disparos detrás de nosotros.

Mitch está delante de nosotros con Emilia en sus brazos. Puedo ver el coche al que nos dirigimos en la distancia, y parece seguridad para mí. Lee dijo que era a prueba de balas.

Pero una pequeña parte de mí grita que necesito darme la vuelta y volver para ayudar a Rio.

Esta es mi madre biológica, después de todo. El lío de mi familia que ahora él tiene la tarea de limpiar.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando Lee no dice nada más.

Estamos siguiendo cuidadosamente la línea del largo camino de entrada, pero manteniéndonos en las sombras y arbustos tanto como podemos. La acción está mayormente detrás de nosotros ahora, centrada en el frente de la casa por los sonidos que se escuchan.

Lee se toca la oreja de nuevo. Debe estar escuchando las comunicaciones y no le gusta lo que oye.

Mi corazón da un vuelco. —¿Rio está bien?

Me mira de reojo, y sus dientes brillan brevemente mientras me sonríe. —El jefe está bien. Le disparó a Rossi, pero el bastardo está escapando.

El sonido de un motor de coche me llega a la conciencia y, instintivamente, sé que es *él*. Rossi. El hombre que apoyó a mi

madre en toda su locura. El hombre que robó a mi hijo y quiere a mi marido muerto.

Una rabia que nunca antes había sentido se eleva y casi me ahoga. Me detengo tambaleándome, sorprendida por la fuerza de mis sentimientos, antes de girarme para buscar el coche que se acerca. Todavía no puedo verlo, ya que hemos doblado una curva en el camino.

Nunca seremos libres ni estaremos a salvo mientras nuestro enemigo viva. El pensamiento surge de la nada, y obligo a callar a esa pequeña parte de mí, en lo más profundo, que todavía se siente como Bree Walker. O incluso como Aria Lowe.

Si voy a sobrevivir en este mundo, necesito más de lo que Bree o Aria pueden proporcionar.

Enderezo la espalda.

—Dame tu arma, Lee.

—Ni hablar, señora Agosti. Su marido me mataría.

—No es una petición, Lee. Es una orden. Soy Bianca Carlotti-Agosti, la esposa y socia de Rio, y te *ordeno* que me des tu arma.

Aún así no obedece, así que me acerco y simplemente deslizo el arma fuera de su funda bajo su hombro. Por supuesto, él podría haberme detenido fácilmente, pero quizás hay algo en mis ojos que confirma que no estoy jugando con esto.

Ya no más.

Soy una jodida *reina de la Mafia*, y es hora de que dé un paso adelante y tome el control de mi vida.

No más secuestros. No más miedo.

Después de un segundo, Lee se inclina y saca una segunda arma de una funda en su tobillo.

Levanto el arma y vacilo por un segundo. Es diferente a la que Rio me dio. Aquella era una Glock, recuerdo que dijo. No tengo idea de qué es esta.

—¿Cómo...?

Suspira.

—Aquí. El seguro puesto... Quitado, así. La bala en la recámara así. Aprieta el gatillo. Tiene retroceso, así que prepárate.

El coche que se acerca está casi sobre nosotros. Cuando dobla la curva, asiento a Lee, luego salgo de las sombras hacia el camino del vehículo.

No me detengo a pensar. Simplemente levanto mi arma y disparo hacia las proximidades de donde creo que debería estar la cabeza del conductor.

Capítulo Trece

—En momentos de dolor, buscamos venganza.
Ami Ayalon

Bianca

El arma se sacude en mi mano y el disparo se desvía. Por supuesto que sí. Simplemente no tengo la pericia para algo como esto.

Pero Lee no falla. Dispara una fracción de segundo después de mí, y el parabrisas del lado del conductor se desintegra. Luego Lee me arrastra del brazo fuera de la carretera y me empuja hacia el borde de hierba antes de cubrirme con su cuerpo. El coche se desvía en dirección opuesta a nosotros y se detiene abruptamente cuando choca contra un árbol.

El motor sigue acelerando, pero ese es el único sonido que puedo oír además de la respiración entrecortada de Lee en mi oído antes de que su voz ronca escupa:

—Jesús, María y José. Estás tan loca como tu maldito marido.

Obviamente la maldición no es un cumplido, pero decido tomármelo como tal. Lentamente, cuando no nos alcanza ningún fuego de respuesta, Lee se desliza fuera de mí y me ayuda a ponerme de pie.

El conductor está desplomado en su asiento, claramente muerto. La parte superior de su cabeza ha desaparecido. Su boca está abierta y sus ojos son agujeros negros vacíos.

Un airbag arrugado confirma que se desplegó correctamente, pero el disparo de Lee lo mató antes del impacto con el árbol.

Cuando la puerta trasera del coche se abre de golpe, Lee me empuja detrás de él y levanta su arma para apuntar al hombre que sale tambaleándose del vehículo.

Rossi. Se está sujetando el costado, gimiendo ligeramente, e incluso en la oscuridad, veo la sangre que gotea entre sus dedos mientras

presiona su mano contra la carne sobre su cadera. Lee dijo que Rio le disparó. Esa debe ser la herida de bala.

Lentamente, se endereza, tanto como puede, y mira más allá de Lee hacia mí.

—Sabía que no estabas con nosotros —dice en un tono conversacional. Su respiración es laboriosa, pero aún funciona lo suficiente para hablar coherentemente—. Intenté decírselo a Rina, pero ella no me creía. Quería hacerte matar, pero ella lo prohibió. Solo estás viva porque ella nunca me habría perdonado si hubiera hecho lo que debía en el momento en que huiste de Rio por primera vez.

Vaya. Todo ese tiempo, cuando pensaba que era uno de los hombres más agradables de este mundo, él albergaba pensamientos de asesinato.

—¿Fuiste tú quien la ayudó a organizar la muerte de Stefano? Ella no podría haberlo hecho sola.

Me siento entumecida ahora que mi rabia anterior se ha disipado. Demasiado que asimilar. Me ocuparé de todo más tarde, lo que parece ser mi lema actual. Me estoy convirtiendo en una Scarlett O'Hara cualquiera.

—¿Volaste su coche? —insisto cuando Rossi no responde a mi pregunta.

Hace una mueca y se desploma ligeramente hacia un lado, como si su dolor estuviera empeorando. Probablemente lo está.

—Lo hice —responde lentamente, después de una pausa—. Y lo haría de nuevo sin dudarlo. ¿Sabes cuántas mujeres le restregó en la cara? ¿Cuántas veces levantó la mano contra ella? Se merecía algo mejor que ese monstruo.

—Así que lo volaste y luego la ayudaste a escapar y esconderse todos estos años. ¿Por qué? Es decir... *¿por qué?*

Lee se mueve con impaciencia a mi lado, pero necesito saber la verdad.

Rossi intenta reír, pero termina en una tos que suena dolorosa.

—Podría decir que por amor, y sería parcialmente cierto. Pero el amor solo te lleva hasta cierto punto. El dinero, por otro lado, y el poder... Quería a Rina *y* la fortuna de los Carlotti. Pero ella estaba tan obsesionada con encontrarte...

—Y entonces Rio me encontró primero. —Gracias a Dios. No sabía en ese momento lo afortunada que era de que el destino me hubiera llevado a mi marido antes que a nadie más.

—Lo hizo. —Rossi vuelve a reír, y esta vez logra un gorgoteo ahogado.

¿Tal vez esa bala de Rio le alcanzó la parte inferior del pulmón?

—Pero yo tuve la última risa —añade, y hay un verdadero triunfo en su tono—. Maté a sus padres cuando descubrieron que Rina seguía viva, y el gran Gregorio Agosti nunca supo que fui yo.

—¿Mataste al jefe de la familia criminal Agosti? ¿Y a su esposa? —No debería ser capaz de más conmoción, pero aparentemente lo soy.

La sangre retumba en mis oídos mientras mi ritmo cardíaco se alborota.

Vagamente, oigo a Lee murmurar entre dientes. Maldiciendo de nuevo. Suena tan conmocionado como yo.

—Lo hice. También lo hizo Rina. Hicimos eso juntos, en tu nombre. Así que eres cómplice de sus muertes, Bianca Carlotti-Agosti, aunque solo fueras una niña y nadie supiera dónde estabas. Cuando Rio se entere de ese pequeño detalle divertido, te echará a un lado como la basura que eres.

Levanta su otra mano, que ha estado fuera de vista todo este tiempo, y antes de que Lee o yo podamos reaccionar a la vista de su arma, se escucha un fuerte estampido cuando Rossi aprieta el gatillo.

Lee cae a mi lado con un gruñido sorprendido, su arma cayendo inútilmente en la hierba mientras se agarra el hombro. Y luego cae

de cara y se queda inmóvil. Otro Leon perdido por esta maldita y horrible situación.

No puedo soportarlo. Tanta muerte. Todo por culpa de mi familia. Y mía.

—Sube al coche y conduce, Bianca. —Rossi se tambalea un poco, pero su arma permanece firme—. O muere aquí mismo en la oscuridad.

—No. —¿Por qué están matando a todos los Leon?

Tanto sufrimiento. Tanta sangre. Está por todas partes, a mi alrededor, y no puedo soportarlo...

—Si no lo haces, te cazaré y te haré mirar mientras despedazo a tu hija y luego arrojo los trozos a los tiburones en el puerto. Sube. Al. Maldito. Coche.

Un chillido sube por mi garganta y estalla fuera de mí.

—¡No tocarás a mi hija! ¡*Tú* mueres, maldito *bastardo*!

Cierro los ojos y aprieto el gatillo, y luego empiezo a gritar.

***

Rio

Los gritos en la distancia me detienen en seco mientras busco a Rina habitación por habitación dentro de la casa. ¿Bianca? Reconocería su voz en cualquier parte. ¿Qué demonios ha pasado para que haga un ruido así?

La sangre abandona mi rostro y mi corazón casi se detiene mientras los gritos se intensifican. *¿Emilia? ¿Está nuestra hija... muerta?*

Ni siquiera pienso, solo corro. De vuelta por la puerta trasera y a lo largo del camino de entrada, mis piernas bombeando tan fuerte y rápido como puedo, siguiendo el camino que habría tomado el coche...

Más disparos, pero vienen esporádicamente de lo que parece ser todas partes, así que no puedo decir si alguno viene de la misma

dirección que los gritos de Bianca.

El pánico le da alas a mi cuerpo hasta que doblo una curva y veo a Bianca con los ojos cerrados y los brazos extendidos, apuntando con una pistola. Hay un coche medio destrozado junto a un árbol con un hombre muerto dentro y dos cuerpos masculinos desplomados en el suelo cerca de ella. Mi carrera frenética se ralentiza hasta convertirse en un paseo, y me detengo para examinar el área, evaluando el peligro.

No parece haber nadie más cerca.

—Bianca —la llamo por su nombre, en voz alta, tratando de captar su atención.

Los gritos han cesado ahora, pero ella está gimiendo y lamentándose. ¿Dónde está Emilia? ¿Qué demonios ha pasado aquí?

La llamo de nuevo, y luego otra vez, acercándome un par de pasos cada vez, y finalmente abre los ojos y gira la cabeza para mirarme. El arma gira con ella, y yo enfundo la mía para evitar alterarla antes de cerrar la última distancia entre nosotros tan lentamente como me atrevo.

—Cariño. Pajarito. Soy yo, Rio. Baja el arma, *mia cara*. No quieres disparar a la persona equivocada, ¿verdad?

Parpadea varias veces, como si acabara de tomar conciencia de su entorno, y deja caer el arma con un jadeo. Hago una mueca, agradecido de que la pistola no se haya disparado accidentalmente y nos haya herido a alguno de los dos.

Tan pronto como lo hace, me lanzo y la tomo en mis brazos. Su cuerpo está temblando, y los sollozos la sacuden mientras se hunde en mi abrazo.

Miro por encima de su cabeza a los dos hombres caídos. Rossi. Y su guardaespaldas. Es bastante obvio que Rossi está muerto. Hay una enorme mancha roja en su pecho, y su mirada está fija y mirando a la nada.

Leon —el hombre al que mi esposa llama Lee— está desplomado hacia adelante, y necesito revisarlo, pero Bianca se aferra a mí con tanta fuerza que no puedo soltarla. En su lugar, murmuro palabras sin sentido en su cabello y le doy palmaditas suaves en la espalda, manteniendo una mirada vigilante en las sombras a nuestro alrededor mientras tanto.

Finalmente, cuando se calma, la suelto. —¿Dónde está nuestra hija?

—A salvo —dice—. Eso creo. Especialmente ahora que él está muerto.

Inclina la barbilla en dirección al cuerpo de Rossi.

—¿Qué pasó? ¿Se dispararon entre ellos?

Me agacho para comprobar el pulso del guardaespaldas, sin esperar nada. Mi mano se sacude ligeramente cuando me doy cuenta de que está vivo. Lo giro de lado, y él gime y parpadea.

Bianca grita de nuevo y cae de rodillas a su lado. —Lee. Pensé... Pensé que estabas muerto.

Sus ojos se abren. —No es tan fácil acabar con un buen hombre.

Gime, y la sangre chapotea mientras intenta levantarse. Está sangrando bastante por una herida en el hombro.

—Quédate quieto. Te conseguiremos ayuda tan pronto como podamos —hablo por mi micrófono de oreja, alertando a Danelli para que envíe al equipo médico que espera en cuanto tengamos el área asegurada, y que envíe a un hombre ahora para ayudar a detener la hemorragia tan pronto como pueda prescindir de uno.

—¿Y mi hija? —le pregunto a Danelli—. Necesito una actualización.

Presiono mis manos sobre la herida del guardaespaldas, aplicando presión allí hasta que alguien llegue a relevarme, mientras escucho la respuesta de Danelli.

Me giro hacia Bianca, sabiendo que apreciará las noticias. —Emilia está a salvo. Las están llevando a un lugar preestablecido para esperar por nosotros.

Ella se desploma a mi lado, claramente aliviada por mis palabras.

Frunzo el ceño ante el vehículo estrellado. —El de ellos no era a prueba de balas, ya veo. Un error de principiante, y uno que obviamente le ha costado la vida a mi enemigo. Entonces, ¿qué pasó aquí?

Bianca toma una respiración profunda y la suelta de golpe. Se arrastra sobre sus rodillas y amolda su cuerpo a mi costado. Logro contener un gruñido de dolor cuando presiona contra mi herida de la otra noche. El analgésico que me dio el médico me habría hecho somnoliento, así que apenas he tomado algo, y ciertamente nada en las últimas doce horas.

—Intenté disparar al conductor, pero fallé. Entonces Lee le disparó, y el coche se estrelló. Luego Rossi salió y le disparó a Lee. Entonces yo le disparé a Rossi.

—¿*Tú* mataste a Rossi? —Casi suelto la presión sobre el hombro del guardaespaldas por la sorpresa.

—Sí. Después de que dijo... Él dijo... —Tiembla, una acción tan sutil que no la habría sentido si no estuviera presionada tan cerca de mi costado.

—¿Qué dijo, Bianca?

—Dijo que me haría ver mientras cortaba a nuestra hija en pedacitos y se la daba de comer a los tiburones.

De repente, bordes negros nublan mi visión, y es solo el contacto físico proporcionado por Bianca a mi lado lo que mantiene mi rabia bajo control. Hasta que sus siguientes palabras desgarran mi control en pedazos.

—También dijo... Lo siento mucho, Rio. Pero dijo que tus padres descubrieron que Rina todavía estaba viva, así que él y Rina los mataron. Y dijo que lo hicieron... —Un pequeño sollozo que suena asustado se escapa de su boca—. En mi nombre.

Sus palabras son como el último golpe de un martillo contra la tapa hirviente que contiene mi rabia.

Con un rugido, me pongo de pie mientras mi visión se oscurece. Mientras los más débiles vestigios de coherencia mental aún permanecen, me tambaleo lejos de mi esposa, decidido a poner distancia entre nosotros antes de que mi monstruo interior surja por completo.

No quiero que ella se vea atrapada inadvertidamente en el fuego cruzado.

Capítulo Catorce

No temo a las tormentas, porque estoy aprendiendo a navegar mi barco.

Louisa May Alcott

Bianca

Es una suerte para Lee que uno de los hombres de Rio llegue en ese momento y se encargue de presionar su herida, porque Rio se tensó al escuchar mis palabras, me apartó, se puso de pie tambaleándose y se alejó hacia las sombras con un gruñido apagado.

Quiero correr tras él, llamarlo, asegurarme de que esté bien. Porque ciertamente no parecía estarlo.

Su rostro palideció tanto que podría haber sido esculpido en mármol, pero sus ojos ardían, y aun en la oscuridad, vi aparecer en su expresión una falta de alma que nunca antes había visto en él.

No lo persigo en la oscuridad porque tengo demasiado miedo de lo que pueda hacerme si lo hago.

Tengo miedo, tanto *de* él y esa oscuridad que mancha su alma, como *por* él. Porque me advirtió sobre ello, y aunque me ha permitido ver destellos aquí y allá, nunca lo había visto así.

Sé que esa oscuridad lo atormenta. Puedo adivinar el tipo de cosas que lo hace hacer.

Así que, en lugar de correr tras Rio, me quedo con Lee, arrodillada a su lado y rezando para que Mitch realmente haya llevado a Emilia a salvo al lugar que Rio preparó para nosotros. También rezo por mi esposo, cuya alma está tan dañada que no puede sacudirse al monstruo que lo domina.

Y en algún lugar, también rezo por mi madre biológica. No por su seguridad, sino por su salvación. Ella es tan oscura y retorcida como

cualquier otra persona en este mundo, y las cosas que ha hecho probablemente la enviarán directamente al infierno.

Como a todos nosotros.

Miro el cuerpo de Rossi, no tan aterrorizada por ver el resultado de mis acciones como lo estuve cuando maté a Penn. Puedo mirar su cuerpo arrugado y manchado de sangre con menos angustia de la que esperaba.

¿Matar se vuelve más fácil con cada cuerpo que cae?

En algún lugar profundo dentro de mí, los gritos que verbalicé antes siguen desenfrenados. *No. No estoy bien con matar. Nunca estaré bien con eso*. Más tarde, me permitiré derrumbarme. Ahora es momento de mantener el pánico a raya y mantenerme enfocada. Tranquila. Y en control, a toda costa.

Porque sospecho que Rio me va a necesitar, y pronto.

Entonces recuerdo lo que Rina dijo sobre alguien trabajando para ella desde adentro. Tengo que avisarle a Rio.

Me inclino y, con toda la delicadeza posible, le quito el micrófono de la oreja a Lee. Antes de ponérmelo en la oreja, me permito un pequeño escalofrío, casi riéndome de la ironía de sentir asco por ponerme algo de la oreja de otra persona en la mía, cuando a nuestro alrededor hay heridos, sangre y muertos.

Pero necesito mantenerme informada de lo que está pasando, y necesito hablar con Rio, y con Lee entrando y saliendo de la consciencia, él no necesita la tecnología en este momento.

Al instante, me conecto con un grupo más grande, voces hablando, gritando y actualizando. Rápidamente me doy cuenta de que no puedo decir nada usando el micrófono. La persona que trabaja para Rina posiblemente también esté conectada a las comunicaciones. Tendré que decírselo a Rio personalmente cuando lo vea de nuevo, lo que espero sea pronto.

Los disparos ahora son solo esporádicos, e identifico la voz de Danelli cuando dice:

—Todos los que no estén reunidos en la entrada principal, reporten.

Hay una oleada de voces, una tras otra. Muchos de nuestros hombres todavía están bien. El alivio inunda mi sistema. Luego, el segundo al mando de Rio da instrucciones para que todos los que aún estén de pie se dirijan al edificio donde están retenidos los miembros capturados de la tripulación de Rossi y Rina.

—Y envíen a los médicos del perímetro —agrega—. Solo queda uno de nuestros enemigos por contener, y probablemente ya se haya ido de aquí. Hay hombres desangrándose. Necesitamos médicos aquí ahora.

Un enemigo, probablemente ya lejos. Rina. ¿Se escapó? Me levanto tambaleándome, y las náuseas se revuelven en mi estómago ante la importancia de lo que eso significa para Emilia. Y para Rio y para mí, si es que todavía hay un Rio y yo después de lo que revelé justo antes de que se tambaleara y se fuera. Rina está obsesionada con el apellido Carlotti, y nunca dejará de perseguirnos. Hasta que ella termine muerta.

O nosotros lo hagamos.

—Rio, no, espera... Ah, mierda... —La voz de Nicky en el auricular contiene más que un indicio de preocupación.

Y eso me aterroriza. ¿Por qué Nikolas, de todas las personas, está preocupado?

Suenan disparos, uno tras otro, una y otra vez, tanto en mi auricular como en voz alta, resonando en la noche. Me hundo de nuevo de rodillas y me inclino hacia adelante, abrazando mi vientre. ¿Cuántos? ¿Cuántos acaba de matar mi esposo?

Por favor, Rio, no. No dejes que sea verdad. No dejes que el monstruo te venza...

El silencio cae por primera vez en lo que parece horas, y respiro pesadamente, dejando que las lágrimas caigan sin control por mis mejillas antes de que goteen al suelo.

Hasta que un susurro conmocionado sisea a través del auricular de un hombre desconocido, rompiendo el silencio. —*Joder. Eso fue...*

Me arranco el auricular y lo tiro al suelo, y luego dejo caer la cabeza entre mis manos y estallo en lágrimas al saber que el hombre complejo del que me he enamorado se ha perdido completamente en la oscuridad.

***

Rio y yo viajamos por separado a su casa segura, que resulta estar en Brookline, en las afueras de Boston. Para cuando llego allí, acompañada por dos matones cuyos nombres no conozco, ya ha amanecido. El cielo primaveral aún está gris y pesado, y amenaza lluvia, coincidiendo exactamente con mi estado de ánimo actual.

La propiedad es enorme, ubicada en jardines paisajísticos con un largo pabellón de piscina a un lado, y rodeada de árboles que parecen colocados artísticamente para dar privacidad más que haber crecido allí de forma natural.

No puedo ni imaginar el precio de este lugar. Lo único que sé es que es mucho. La casa en sí es más moderna que su finca a orillas del río. La decoración es de estilo georgiano, pintada de blanco con molduras color carbón, y cuenta con un largo ala de un solo nivel que sobresale de la parte principal de la imponente casa de dos pisos.

No he visto a Rio desde que se alejó tambaleándose de mí en la oscuridad. Me preocupa, pero mi prioridad al llegar es encontrar a Emilia y asegurarme de que esté bien.

Por supuesto, la necesidad de Rio de controlar cada detalle significa que ha dispuesto de antemano una niñera para ella. Cuando entro en la suite designada para mi hija, una mujer de mediana edad está de rodillas soplando burbujas a Emilia desde un pequeño frasco de líquido. Ambas se están riendo.

Se pone de pie y se presenta como Susan. Tiene ojos amables y una sonrisa fácil, pero sigue siendo una desconocida para mí, y pasará algún tiempo antes de que confíe en alguien con mi hija.

Emilia está claramente a salvo y feliz, sin aparentes efectos negativos de la droga que Lee le dio en casa de Rina. No me queda más que levantarla y abrazarla, inhalando su dulce aroma, antes de volver a colocarla en su corralito donde reanuda sus risitas ante las burbujas.

—Su suite está en la puerta de al lado, señora —dice Susan mientras me quedo indecisa, sin saber qué hacer—. Puede acceder a ella en cualquier momento a través de esa puerta. Solo se puede cerrar desde su lado.

Señala hacia un lado de la habitación, y asiento agradecida cuando veo que la puerta está completamente abierta. Me complace saber que tendré acceso las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, a Emilia.

—Gracias —noto la simpatía que ilumina su expresión. Debe de haber sido informada de algo sobre lo sucedido.

Por alguna razón, ese conocimiento me llena de vergüenza, como si fuera mi culpa haber permitido que mi hija fuera cuidada por alguien que finalmente la secuestró.

—Yo, eh... necesito una ducha. Y luego una siesta, pero esperaré a dormir hasta que Emilia esté lista. Tal vez... creo que la tendré a mi lado mientras dormimos.

—Por supuesto —dice Susan con naturalidad, ambas fingiendo ignorar la ansiedad que impregnaba mi declaración—. Yo diría que estará lista para una siesta en, digamos, ¿una hora, señora?

—Genial. Gracias. Eso me dará tiempo de ducharme y explorar un poco la casa.

Quiero preguntarle si Rio ya está aquí, pero me da demasiada vergüenza admitir que la niñera puede saber más sobre el paradero de mi marido que yo, así que al final cierro la boca de golpe, le hago otro gesto de asentimiento y me escabullo por la puerta de conexión hacia mi suite.

En la intimidad de la ducha, bajo el agua humeante, finalmente dejo salir todo lo que he intentado contener hasta este momento. Me hundo en el suelo de baldosas, apoyo la cabeza en mis rodillas y dejo caer las lágrimas.

El terror de no saber si volvería a ver a mi hija. La conmoción de descubrir que mi madre biológica está viva, y que no solo está loca, sino que es malvada. Y que mató a mi padre biológico, que puede o no haber sido igualmente monstruoso. La huida por la ventana y a través de los árboles en la oscuridad, rodeada de disparos y la amenaza de muerte. El miedo por Lee, y luego enfrentarme a Rossi... y matarlo...

Hay tanto que procesar, y ni siquiera sé por dónde empezar. Excepto llorar y llorar y llorar.

Lo que más pesa en mi mente, eclipsando todo lo demás, es Rio. ¿Cómo pudo simplemente salir allí y matar a tiros a tantos hombres, uno tras otro? En el calor de la batalla, o en un momento de defensa propia o de alguien a quien ama... sí, lo entendería. Demonios, yo lo he hecho ahora. Dos veces.

Pero acercarse a sangre fría a un grupo de hombres arrodillados y ejecutarlos así...

Y eso es exactamente lo que hizo. Le pedí a uno de los matones que me explicara lo que pasó durante el viaje en coche hasta aquí. Dijo que "el jefe" dio a todos los hombres capturados la opción de ponerse de su lado, de unirse a la tripulación de Agosti ya que Rossi ya estaba muerto.

A los que aceptaron, los perdonó. A los que escupieron en el suelo a sus pies, o juraron matarlo a él y a todos los miembros de su familia, les disparó, uno tras otro, hasta que no quedó ninguno de los disidentes.

Rio ha aplastado a la tripulación de Rossi hasta reducirla a nada, con la misma eficacia con la que arrasó las casas y negocios del hombre. Con Danelli, y Nicky, y otros innumerables, para recoger los pedazos después y limpiar su desastre.

Odio lo que Rio es: es un monstruo. Realmente lo es.

Debería odiarlo a *él*. Punto final. Pero no puedo.

Cuando miro en lo más profundo de mí misma, no encuentro ningún odio hacia Rio. Lo amo. Lo amo con todo mi corazón, y ni siquiera sé por qué. Simplemente lo hago. Se siente tan natural para mí como respirar.

No soy tan tonta como para no saber en qué me convierte eso también a mí.

No soy simplemente la esposa de un monstruo. También soy un monstruo, al menos tanto como él.

Deseo con cada célula de mi ser que fuera diferente para él y para mí. Pero no lo es.

Lloro hasta que no me quedan lágrimas en el cuerpo. Y entonces me pongo de pie, me froto por todas partes y salgo de la ducha. No hay nada que hacer excepto seguir avanzando, un paso delante del otro, un momento a la vez, un día a la vez... y esperar que las partes buenas de Rio no hayan sido totalmente consumidas por su oscuridad.

Y que podamos ser la salvación el uno del otro si sobrevivimos.

Capítulo Quince

No creo que el mundo sea un lugar particularmente hermoso,
pero sí creo en la redención.
Colum McCann

Rio

Termino una vuelta en la larga piscina cubierta y giro, lanzándome a otra sin pausa. El dolor en mi costado arde bajo el vendaje impermeable, pero lo ignoro y me concentro en mi objetivo. Llegar al otro extremo de la piscina, y luego girar y hacerlo todo de nuevo.

Una y otra vez, hasta que el agotamiento se apodere de mi mente y los recuerdos se desvanezcan en gris.

Aún no he llegado a ese punto. Los recuerdos de anoche y de mi pasado están grabados en mi cerebro con una claridad en blanco y negro.

Estoy nadando ahora para cansar a la bestia que vive dentro de mí.

Todos piensan que me encanta matar, pero no es así. Lo odio.

Lo odio porque cada muerte, sin importar cuán necesaria sea, me lleva de vuelta a aquella primera vez con mi padre. Siempre me pregunto qué habría pasado si hubiera tenido la fuerza para enfrentarme a él y simplemente decir que no.

No habría cambiado el resultado para la víctima. Mi padre habría hecho el asesinato, y probablemente yo también estaría muerto. O expulsado de la familia como un fracasado, con Nicky tomando mi lugar como heredero e hijo favorito.

Elegí este camino cuando apreté ese gatillo por primera vez. Poco sabía entonces que ese acto encendió la chispa y creó al monstruo que se sabe que soy hoy.

Los hombres de Rossi tuvieron la oportunidad de jurar lealtad a mi familia. Les di esa opción. Si lo hubieran hecho, habrían vivido. Dejé

eso claro.

Al elegir no hacerlo, aun sabiendo las consecuencias, representaron una amenaza para la familia y el imperio Agosti, y no tuve más opción que eliminarlos.

¿Por qué coño no juraron todos lealtad simplemente? Les habría encontrado un lugar en mi organización. Y no habrían muerto por nada.

Mientras hago una voltereta en el extremo profundo de la piscina y me lanzo a otra vuelta, me doy cuenta de que alguien me está observando nadar. Vacilo por un segundo, pero continúo cuando veo que es Bianca quien ha entrado por el otro extremo del pabellón. Está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos agarrando sus codos mientras me estudia.

La ignoro y sigo nadando. No puedo enfrentar su repulsión.

Dos vueltas más, manteniendo la cabeza baja, y luego escucho un chapoteo. Sorprendido, me detengo en medio de una brazada para ver a Bianca en la parte poco profunda justo delante de mí. Completamente vestida. Está bloqueando mi camino hacia la pared. El agua aquí solo tiene unos pocos pies de profundidad, así que ambos podemos estar de pie.

La miro fijamente y observo su expresión ceñuda. —¿Qué estás haciendo, Bianca?

—No me ignores, Rio. No me gusta.

—Sal de la piscina. Déjame solo. Necesitas...

—No. —Camina hacia mí, pero si está intentando ser elegante, el efecto se ve obstaculizado por el arrastre de su ropa ahora mojada que hace que se tambalee—. He esperado toda la mañana a que vinieras a mí, y estoy harta de esperar. Así que aquí estoy. Y aquí estás tú, nadando de un lado a otro durante tanto tiempo que es probable que te hundas bajo la superficie y te ahogues por puro agotamiento.

Finalmente, llega hasta mí y me mira fijamente a la cara. No lo entiendo. No puedo ver ninguna repulsión u odio. Eso es lo mínimo que esperaba de ella después de lo que hice anoche.

—Bianca, no sé qué decirte. Cómo explicar...

—No tienes que decir ni explicar nada si no quieres. —Se lanza hacia mí, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura y aferrándose con fuerza.

La acción es tan inesperada que me tambaleo, y me doy cuenta de que tiene razón en al menos una cosa. Estoy a punto de caer de agotamiento.

—Te amo, Rio. —Sus palabras se ahogan contra mi piel mojada.

Mi corazón se salta un latido. —¿Cómo puedes amarme? Ahora que he mostrado mis verdaderos colores...

La tristeza me invade por lo que podría haber sido con esta mujer, y para mi horror, mis ojos comienzan a arder. No puede ser por el cloro o la sal porque esta es agua de piscina con minerales.

No. Aprieto los dientes. *Rio Agosti no. Llora.*

Debo ser alérgico al magnesio.

El hipo de mi respiración debe delatarme porque ella se separa y me mira de nuevo. Sus propios ojos se llenan de humedad por lo que sea que lea en mi expresión.

—Algún día te ayudaré a conquistar ese demonio interior —dice en voz baja, y en este momento, sé que nunca amaré a otra como amo a esta mujer.

Me ve. Ve al monstruo dentro de mí, y no está huyendo. Ya no.

Abro la boca para responder cuando su mirada se desvía más allá de mí, y se pone rígida.

—¡Fuera! —Grita las palabras, y escucho una brusca inhalación detrás de mí.

Empiezo a girarme, a pesar de la humedad que sale de mis ojos, pero ella me mantiene en mi lugar. ¿Tratando de proteger mi reputación?

—Asegúrate de que nadie más entre hasta que uno de nosotros dé el visto bueno. ¿Está claro?

Una voz masculina murmura: —Sí, señora —y luego la puerta del pabellón se cierra con un chasquido.

Me hundo bajo el agua para limpiar mi rostro, llevándola inadvertidamente conmigo.

Cuando salimos a la superficie, ella está farfullando y riendo. —¡Un poco de aviso la próxima vez estaría bien!

Aparto los mechones de cabello que se han ido por todas partes de su rostro y beso su frente antes de declarar mi intención. —El verdadero yo salió a la superficie anoche. El que nunca quise mostrarte. Si lo deseas, te liberaré de nuestros votos matrimoniales. Te dejaré ir, Bianca. A ti y a Emilia. ¿Es eso lo que quieres?

Sus ojos se agrandan y su boca se abre. —¿Harías eso, por mí y por Emilia?

—Sí. He llegado a amarte, *mia cara*, más que a nada en este mundo. Pero mereces algo mejor que estar encadenada a alguien como yo.

—¿Y si *quiero* a alguien como tú? ¿Y si te quiero a... *ti*?

Seguramente, no puede decirlo en serio. —¿De verdad?

Me da un puñetazo en el brazo. —¡Por supuesto que sí, joder! Eres mi marido, Rio, y he llegado a amarte también. A pesar de quién eres en tu esencia. —Frunce el ceño—. ¿O tal vez por eso? Simplemente te amo a *ti*, y eso incluye todo de ti, lo bueno y lo malo. Lo que hiciste anoche fue...

Se estremece en el agua, y las ondas se extienden a nuestro alrededor. —Fue terrible. Ambos lo sabemos, pero todos hicimos cosas terribles anoche. Yo maté a otro ser humano. ¡Maté a *Rossi*!

¡Un hombre al que consideraba una especie de amigo! Ambos hemos hecho cosas terribles en otras ocasiones también.

El brillo en sus ojos se apaga, y sé que está pensando en Penn, la niñera. Quizás también en sus viejos amigos del refugio de animales. Hace unos meses me confesó que sentía mucha culpa por lo que les sucedió y cómo los había tratado después.

Quiero consolarla, decirle que todo estará bien. Pero esa no siempre es la verdad en esta vida. Ella continúa antes de que pueda formular una frase que no apeste a mentiras.

—Eso no cambia lo que siento por ti, Rio. Tú eres todo para mí. Tú y Emilia. Y cualquier otro hijo, si algún día tenemos la suerte de tener más.

Apenas puedo respirar. Nadie ha visto al verdadero yo tan completa y exhaustivamente como ella. Y aun así, me acepta sin importar lo que ve.

—Me sorprendes más cada día, Bianca.

El placer destella en sus ojos. —Me alegro. Me gusta sorprenderte.

Nos dejamos llevar por el agua, flotando más hacia la parte profunda, e intento analizar lo que estoy sintiendo. Cuando Bianca está cerca, trae luz consigo. Luz en lugar de oscuridad. Esperanza en lugar de la rabia que me he acostumbrado a alimentar.

De repente, se agita, como si se diera cuenta de que ha flotado más allá de su profundidad mientras aún está completamente vestida.

La atraigo hacia mí y la sostengo con más firmeza. —Relájate. Te tengo, Bianca. Todavía puedo tocar el fondo aquí. Aunque podría ser buena idea deshacernos de parte de esta ropa. Estás demasiado vestida para la ocasión.

—No entré aquí con la intención de saltar.

—Eso pensé.

—¿Me ayudarás? ¿A quitarme la ropa?

Una oleada de deseo va directamente a mi polla. —Con gusto.

Al menos dejó sus zapatos al borde de la piscina. La levanto para que se siente en el borde pavimentado de la piscina, y entre los dos, le quitamos los pantalones y las diminutas bragas rosa brillante que apenas cubren su monte. Se quita el suéter por la cabeza y lo tira sobre el montón de ropa empapada detrás de ella antes de quitarse y arrojar el sujetador también.

Sus pezones expuestos están erectos, sus pechos aún exuberantes y llenos por la lactancia, aunque ya no pueda hacerlo. La carne con puntas rosadas llama a mi boca, pero tengo algo mejor en mente. Ella empieza a deslizarse de vuelta al agua, pero la detengo con una mano firme en su vientre.

—No tan rápido.

—Pero...

—Esta es la posición perfecta para un festín.

—¿Un festín?

Sonrío, permitiendo que todo el hambre que pulsa por mi cuerpo se muestre en mi expresión, y luego abro sus piernas, exponiendo su coño desnudo a mi vista. Es hermosa, tan perfecta.

Y es toda *mía*.

Me inclino y comienzo a saciarme.

Capítulo Dieciséis

«No hay final. No hay principio. Solo existe la pasión de la vida».

Federico Fellini

Bianca

Rio se deleita con mi sexo como un hombre hambriento, lamiendo, besando y saboreando de arriba a abajo mi hendidura antes de atrapar mi clítoris con sus labios. Rodea el botón con su lengua, y jadeo cuando la sensación se extiende e inunda todo mi cuerpo de calor.

—Oh, Rio. Se siente tan... *bien* —Me recuesto un poco, apoyándome en mis manos, sintiéndome lánguida y sin control mientras él levanta mis piernas y las recoloca sobre sus fuertes hombros.

—¿Te gusta? —Sus palabras vibran contra mi clítoris, y me estremezco y empujo mis caderas hacia arriba, buscando instintivamente más.

—Me encanta.

Entonces su boca abandona mi centro, y lame y mordisquea a lo largo de mis muslos internos. Primero por el derecho, casi hasta la rodilla, luego de vuelta arriba rozando mis labios antes de bajar por el muslo izquierdo y subir otra vez. Mientras su boca explora, sus dedos se mantienen en el objetivo, acariciando a lo largo de mi hendidura antes de encontrar y juguetear con la entrada de mi canal.

Empuja con un dedo, luego con un segundo, y gimo ante la exquisita sensación de tenerlo dentro de mí al mismo tiempo que su pulgar acaricia mi clítoris.

Mi respiración se vuelve entrecortada y áspera a medida que el deseo aumenta. Cuando su boca regresa a mi centro y me mantiene

abierta para poder sumergirse en mí con su lengua, me arqueo hacia él, necesitando todo lo que tiene para dar. Necesitando más.

Su lengua... Sus dedos... No es suficiente...

Como si pudiera sentir exactamente cuánto lo anhelo, da un paso atrás, su boca aún devorándome mientras me lleva al agua con él. Finalmente, levanta la cabeza y mira hacia arriba mi cuerpo flotante con una expresión que no deja lugar a malinterpretaciones.

Rio está hambriento de mí. Y apenas está empezando.

Sus labios están ligeramente hinchados, brillantes y húmedos por su festín, y si pudiera reunir las fuerzas, alzaría la mano y pasaría mi pulgar por ellos para llevar mi propio sabor a mi boca. Pero estoy demasiado dolorida de deseo, demasiado necesitada. En su lugar, extiendo mis brazos a los lados y floto.

Mis piernas siguen abiertas de par en par, pero ahora cuelgan sobre sus codos en lugar de sus hombros. Sus manos acunan mi espalda baja, ayudando a mantenerme sobre el agua sin ningún esfuerzo de mi parte.

No parece justo que yo reciba todo el placer.

—Quiero tocarte también, Rio. Quiero sentir tu dureza en mis manos antes de que me folles.

Él patalea un poco debajo de mí, acercándonos a la parte poco profunda. Cuando se detiene, me suelta, y descubro que puedo pararme fácilmente aquí. Toma mis dos manos entre las suyas y las lleva a su miembro que ya está en posición de firmes.

—Tócame, entonces, esposa. Todo lo que quieras.

Me río suavemente mientras paso mis manos arriba y abajo por su sedosa dureza.

—¿Cuándo perdiste tu traje de baño?

Él también se ríe.

—Mientras te quitabas el suéter. Ya sabes que me gusta administrar el tiempo de manera eficiente.

Las palabras pueden ser lógicas, pero el tono ronco con el que las pronuncia no lo es, y su carne se sacude en mis manos mientras lo envuelvo con mis dedos y tiro.

—Pajarito, sí que sabes cómo excitarme.

Froto mi pulgar sobre la cabeza de su miembro, disfrutando de su tamaño y el pequeño gemido que mi acción le provoca. Incluso en el agua, puedo notar que está goteando líquido preseminal. Hay una diferencia en la consistencia bajo la punta de mi pulgar. Claramente está disfrutando lo que estoy haciendo.

Lo aprieto un poco y tiro de nuevo, y él se estremece y suelta otro gemido, este más fuerte que el anterior. Inmediatamente después de ese sonido, me agarra y me arrastra más cerca, inclinándose para reclamar mi boca en un beso que sabe tanto a Rio como a mí misma, mezclado con el sabor limpio de los minerales del agua de la piscina.

Me encanta besar a este hombre. Sus labios, su lengua y sus dientes son tan seguros sobre los míos, provocando una respuesta que viene desde lo más profundo de mí. Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas y mis brazos alrededor de su cuello, enredando mis dedos en su cabello oscuro.

Queriendo estar lo más cerca posible en todos los sentidos.

No me doy cuenta de que me estoy retorciendo contra él, frotando mi sexo de manera frenética contra su vientre, hasta que sus manos sujetan mis caderas para estabilizarme.

—No voy a follarte, Bianca.

—Oh, *no*. Pero...

—Voy a *hacer el amor* contigo. Reclamarte como mía. Ahora y para siempre.

Con esas palabras, me baja sobre su miembro, empujando hacia arriba con sus caderas al mismo tiempo y asentándose profundamente dentro de mí. Mi canal se aprieta a su alrededor como si nunca fuera a dejarlo ir. La sensación de plenitud es

hermosa, y me empuja justo al borde del orgasmo antes de que él siquiera se mueva.

Inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, concentrándome solo en la increíble sensación de ondular mi pelvis y cabalgarlo con fuerza. Superpuesto con la sensación de que *él* me cabalga a *mí*, bombeando en mi cuerpo lentamente al principio, y luego más rápido, hasta que no queda nada más que Rio y yo, cabalgándonos mutuamente en esta burbuja de perfección...

Me hago añicos en sus brazos, sacudiéndome y gritando mientras él ruge y se libera dentro de mí en el mismo momento exacto, en un clímax mutuo que continúa y continúa y continúa.

Finalmente, cuando vuelvo a la tierra, descubro que estoy sollozando contra él, mi cabeza acurrucada en el hueco de su cuello. Él está acariciando mi espalda, murmurando suaves palabras en italiano en mi cabello mojado. Miro hacia arriba y veo humedad escapando de nuevo de sus ojos, como lo hacía cuando envié a ese intruso a paseo antes. Pero esta vez no parece avergonzado ni intenta ocultármelo.

En su lugar, nos aferramos el uno al otro, llorando, en un momento compartido de cercanía emocional y belleza que ambos sabemos que es solo fugaz. El mundo y sus monstruos —los nuestros y los de muchos otros— aún nos esperan fuera de esa puerta.

***

Utilizamos la sala de duchas en el pabellón de la piscina para asearnos, y me visto con una de las batas blancas y esponjosas cuidadosamente dobladas que hay disponibles. Cuando empiezo a dirigirme hacia mi montón de ropa empapada, Rio me detiene con un movimiento de cabeza.

—Haré que el ama de llaves se encargue de eso. Ven. Necesitamos dormir un poco.

Tiene razón. Solo dormí unas pocas horas en casa de Rina y Rossi, y supongo que Rio ha dormido incluso menos que eso.

Me lleva de vuelta a mi suite, y un escalofrío de placer me recorre cuando la examino adecuadamente y veo que su ropa también está en el vestidor. No lo había notado cuando estuve aquí antes, ya que el suéter y los vaqueros que me puse ya estaban preparados para mí en el otomán al pie de la cama king-size.

—¿Esta es tu suite también? ¿Estamos aquí juntos?

Una de sus cejas se arquea. —Por supuesto. A menos que prefieras que durmamos separados.

—No. Estoy contenta. Muy contenta. —Lo arrastro hacia la cama.

Cuando estoy envuelta en sus brazos, recuerdo lo que necesitaba decirle. Me incorporo a medias y me giro hacia él, pero ya está dormido, con círculos oscuros de agotamiento bajo sus párpados cerrados.

Vuelvo a recostarme y me quedo quieta. Necesita descansar, así que se lo diré en cuanto despierte. Pronto, yo también caigo en un sueño profundo, envuelta en el abrazo de mi marido.

Cuando despierto, él me está mirando fijamente, con una pequeña sonrisa en los labios. No quiero destruir el momento de intimidad, pero tengo que hacérselo saber.

—Rio, cuando estuve con Rina y Rossi, ella dijo algo que necesitas saber.

Su sonrisa desaparece y su mirada se agudiza. —¿Sí?

—Dijo: "tenemos a alguien trabajando con nosotros", y lo tomé como que tiene a alguien aquí en tu organización, trabajando para derribarte desde dentro. Rossi cortó la conversación rápidamente antes de que pudiera averiguar más.

Rio se sienta en la cama y me mira fijamente, dando golpecitos con un dedo en su labio inferior en un gesto pensativo. —Si eso es cierto, entonces no importará a dónde vayamos a escondernos. Ya tendrán información sobre este lugar.

Yo también me siento y abrazo mis rodillas levantadas. —¿Entonces tampoco estamos a salvo aquí? ¿Necesitamos mover a Emilia otra vez?

Mi corazón se hunde. Este lugar se siente agradable, y la idea de movernos continuamente, sin establecernos hasta que Rina sea detenida, me llena de temor.

—Consideraré qué hay que hacer. Pero si conocen este lugar, conocerán cualquier sitio al que vayamos. Y aquí hay algunos extras ocultos que mi finca junto al río no tenía y que ayudarán a mantener la propiedad segura. ¿Dio alguna indicación de quién podría ser?

Niego con la cabeza con pesar. —Ojalá hubiera conseguido más de ella. Lo siento.

—No importa. —Se desliza fuera de la cama y se mueve hacia la ventana, mirando hacia afuera antes de volverse para mirarme.

Sé que mi noticia lo ha perturbado porque su expresión está firmemente cerrada. Estoy empezando a entender que hace eso para ocultar cuando sus emociones están a flor de piel.

—Hasta que sepamos más, no confíes en nadie, Bianca. Excepto en mí, por supuesto. Y en Angel y Nicky. No vayas a ningún lado con ninguno de los guardaespaldas a menos que haya al menos tres de ellos.

—¿Tres? ¿No es eso un poco exagerado?

—Si Rina tiene una persona en el interior, igualmente podría haber cooptado a una de mis parejas de seguridad. Es ampliamente conocido que Danelli configura mi seguridad de esa manera. Así que, tres contigo a partir de ahora como precaución adicional.

—De acuerdo. Pero... ¿Angel y Nicky? No están aquí, ¿verdad?

Me sonríe entonces, y por un momento, parece perder el exterior sombrío. —Todavía no. Pero estarán aquí más tarde hoy. Iba a contarte sobre nuestros invitados entrantes antes de que me distrajeras antes en la piscina.

Mi corazón se alegra con la noticia, particularmente en relación con Angel. —La he echado de menos. Me alegro de que venga. Quiero decir, que *vengan* —corrijo en aras de la imparcialidad.

Nicky no es del todo horrible.

—Quiero que todos los miembros cercanos de mi familia estén aquí mientras nos reagrupamos y planeamos nuestros próximos movimientos. Habría llamado también al hijo de Francine, pero Tommaso está en el extranjero en este momento ocupándose de un asunto en una de mis empresas del Mediterráneo. Prefiere mantenerse ocupado desde que falleció su madre y estaba feliz de que se le asignara esa tarea.

Mientras Rio se viste con pantalones negros y una de sus aparentemente obligatorias camisas de seda blanca, me siento y me deslizo fuera de la cama, sintiendo tanto placer como pesar. Pesar porque nuestra pesadilla aún no ha terminado y el mundo real está interfiriendo demasiado pronto. Y placer ante la idea de ver a Angel de nuevo.

—¿Cuándo llegarán?

Mira su reloj. —En aproximadamente una hora. Justo a tiempo para una cena familiar.

Me apresuro hacia el vestidor, gritando por encima del hombro: —Me gustaría preparar una comida para todos nosotros. ¿Y podríamos comer en la cocina por una vez, en lugar de hacerlo más formalmente? Eché un vistazo cuando llegué por primera vez y exploré la casa. Esa cocina es más grande que cualquier apartamento en el que haya vivido, y aun así tiene una sensación encantadora. Hogareña.

Un resoplido desde la otra habitación llega a mis oídos, luego dice: —Tenemos una cocinera. Ella puede preparar algo para nosotros.

Mis hombros se hunden. Por supuesto que hay una cocinera. Rio tiene a todos y todo a su disposición. Adiós a mi plan de cocinar *para* él.

—Pero si deseas comer informalmente, ciertamente podemos acomodar eso —dice, como si sintiera mi decepción—. Nuestra familia nunca antes ha cenado en la cocina, Bianca. Será interesante ver qué piensan Angel y Nikolas de la experiencia.

Termino de vestirme y vuelvo al dormitorio. Rio me sonríe con aire indulgente, pero puedo ver los engranajes girando en su mente. Sé que todavía está medio concentrado en tratar de averiguar quién puede ser el traidor interno.

Capítulo Diecisiete

«Una familia feliz no es sino un cielo anticipado».
George Bernard Shaw

Rio

—¡Bianca! ¡Oh, qué gusto verte!

La voz de Angel saludando a mi esposa me saca de la lectura de un contrato que Carnarvon me ha enviado para firmar. Me está costando concentrarme después de la revelación de Bianca sobre un posible topo.

La mayoría de mi equipo ha estado conmigo durante muchos años, y las incorporaciones más recientes han sido investigadas exhaustivamente por los equipos de Danelli y Carnarvon.

Me froto los ojos, agotado por mis pensamientos que dan vueltas y más vueltas, considerando a todos los que están a mi servicio. No es momento de soltar las riendas, ni siquiera por un segundo. El enemigo sigue ahí fuera, posiblemente mucho más cerca de lo que esperaba, así que necesito mantener el control ahora más que nunca.

Dejo el contrato sobre mi escritorio y salgo de mi oficina hacia el vestíbulo de la casa para ver a mi hermana y a mi esposa abrazándose tan fuerte como si fueran un salvavidas la una para la otra.

Quizás lo sean. Han sido tiempos difíciles para todos. Me alegra que Angel y Bianca puedan consolarse mutuamente.

Finalmente se separan, y mi hermana me ve observándolas. Chilla y corre a abrazarme también. —Rio. He estado tan preocupada por ti. Me alegro de que le dijeras a Nicky que me trajera aquí. Es bueno estar con Bianca y contigo en este momento. Y sé que nos mantendrás a salvo aquí.

Mi corazón se encoge un poco ante sus palabras. Haré todo lo posible por mantenerlos a todos a salvo. En realidad, esta propiedad no es infalible, haya o no un traidor entre nosotros. Ningún lugar está realmente a salvo de aquellos que, como yo, tienen suficiente poder y dinero para abrir paso a través de los secretos de los demás. Pero es tan seguro como puedo hacerlo. Por ahora.

La disposición de los terrenos es más fácil de vigilar que la finca junto al río, y las cámaras cubren la mayor parte de la superficie, así como el interior de la casa. El terreno es más compacto y menos boscoso que el de mis otras propiedades, y no hay acceso fluvial del que preocuparse.

El número de hombres que he apostado aquí, tanto dentro y alrededor de la casa como en los terrenos, es mayor que el que he utilizado nunca antes para seguridad personal. Y ahora está siendo complementado por Martelli.

Pero sería un tonto si no reconociera que ningún lugar está realmente a salvo de Rina Carlotti y quienes la apoyan. No hasta que esté muerta y enterrada. Dos metros bajo tierra.

Frunzo el ceño ante el pensamiento de esa mujer y su amplio impacto en nuestras vidas, justo cuando Nicky entra tambaleándose por la puerta principal. Viene cargado de bolsas, que deja caer en el suelo junto a una pila más pequeña que Angel ha abandonado obviamente hace poco.

—Pareces irritado —dice—. Lo cual es irónico porque tú no eres el que está cargando y acarreando. *Yo* lo soy. —Se encoge de hombros y gime—. Viajamos en clase turista.

Levanto una ceja. —Viniste en coche. Más fácil de evitar ser rastreados que si hubieran tomado un vuelo.

—Sí. Aun así. Sin servicio de valet en este viaje. Solo el conductor, que se fue en cuanto dejó la última maleta en el suelo frente a la casa.

—Uno de los hombres de Martelli.

Su equipo de Washington obviamente no está tan inclinado a "cargar y acarrear" para mi familia como lo habría hecho uno de mis propios hombres. Es un recordatorio de que necesito tener una conversación con Nicky sobre lo que significa el apoyo de Martelli. Pero eso puede esperar hasta después de la cena.

—Ven, entonces. Te mostraré tus habitaciones. Y —hago un gesto para que me siga— arreglaré que alguien, una especie de valet, lleve tus maletas para que no tengas que esforzarte más.

—Gracias, hermano. —Se acerca y me da una palmada en la espalda —. Es bueno verte, Rio. ¿Estás bien, después de...?

Hace un gesto con la mano, la curiosidad evidente en sus ojos. Debe referirse a lo que sucedió en la finca de Rossi, y lo último que deseo hacer ahora es discutir ese fiasco.

—Estoy bien. Bianca —llamo, más bruscamente de lo que pretendo.

Ella levanta la vista de su conversación con Angel y frunce un poco el ceño.

—Muéstrale a Angel sus habitaciones. La he puesto arriba, en el lado opuesto a la suite de Emilia. Nicky, tú vienes por aquí.

Lo guío por el amplio vestíbulo y el pasillo de conexión que lleva a la ampliación de un solo nivel. Esta sección solía ser una cochera separada, según me han dicho, pero fue renovada antes de mi compra para incorporarla a la casa principal. Perfecto para mi hermano, que sin duda apreciará la privacidad de su propia ala de invitados.

No es que vaya a poder recibir invitados privados en un futuro próximo. La ubicación de este lugar es confidencial, y las mujeres de Nicky pueden esperar a que regrese a la ciudad. También tendré que tener *esa* conversación con él.

—Ponte cómodo y luego reúnete con nosotros en la cocina dentro de una hora más o menos para cenar.

—De acuerdo... espera. ¿La *cocina*?

—Idea de Bianca. La estoy complaciendo.

Sus ojos se abren un poco antes de sonreír. —Por supuesto que lo estás haciendo. Bueno, será una experiencia interesante, sin duda.

***

Bianca

Rio dijo que no había entrado en la cocina de ninguna de sus casas desde que era niño. Por suerte, esta tiene un ambiente alegre mientras nos reunimos alrededor de la pequeña mesa de madera para ocho personas en un lado del enorme espacio cuadrado.

A pesar de ser temprano en la tarde y aún primavera, las nubes afuera se han despejado, y hay luz del sol moteada entrando por las ventanas que dan a una parte del jardín cuidado. Alrededor del borde de la habitación hay encimeras de mármol con armarios debajo, y dominando el centro del espacio hay una gran área cuadrada con una campana extractora de cobre sobre una placa de cocción y más espacio de encimera.

La cocinera, la señora Jarvis, a quien conocí antes cuando exploré la casa, ha dejado ensaladas y vino en el área central de la encimera y un estofado de ternera calentándose en el horno. Ya se ha ausentado. Todos en la casa parecían tan sorprendidos como Rio cuando les dije que pusieran la mesa para la cena aquí y no en el comedor.

—Esto es divertido —dice Angel, aplaudiendo antes de tomar asiento frente a Nicky—. Como un picnic.

Aseguro a Emilia en su silla alta y luego me giro para sonreírle a Rio. —Toma asiento. Yo traeré todo.

Sirvo el vino y le paso a Angel un refresco, ignorando deliberadamente su mirada de soslayo por la falta de alcohol, luego llevo las ensaladas y la cazuela a la mesa, aprovechando el tiempo mientras todos se sirven para darle a Emilia su puré de pera.

Es una escena de dicha doméstica que podría encontrarse en muchos hogares de América, y sin embargo, bajo nuestro disfrute

superficial acecha la oscuridad omnipresente. No puedo escapar de ella, ahora que sé que existe, y ninguno de nosotros en la mesa puede hacerlo.

Pero mi propósito esta noche es tratar de traer algo de luz a la vida de Rio y recordarle que hay placeres simples por los que vale la pena luchar, más allá de la acumulación de poder, riqueza y prestigio.

Angel, como era de esperar, domina la conversación, contándonos a Rio y a mí cómo era vivir en el extranjero en su internado y lo contenta que está de estar de vuelta aquí donde pertenece, con su familia.

—Probablemente era más seguro allá que aquí, Angel —dice Nicky secamente.

Ella se encoge de hombros y traga un bocado de comida antes de responder.

—Ciertamente era más interesante que quedarme contigo, Nicky. Pensé que nos divertiríamos en la ciudad, aunque estuviéramos escondidos allí para evitar lo que estaba pasando en la finca. Pero no. Me tuviste bajo llave, y ni siquiera tenías libros para que leyera para pasar el tiempo.

—Tenías tu teléfono. Siempre hay libros digitales —replica él.

Los dos continúan discutiendo suavemente, mientras termino de alimentar a Emilia y busco su biberón, y luego como yo también mientras Rio me observa, con una expresión cálida y una sonrisita graciosa elevando las comisuras de sus labios.

—¿Estás bien? —le digo sin emitir sonido, y su sonrisa se ensancha brevemente.

—Estoy muy bien —dice en voz baja.

Nicky y Angel dejan de hablar y miran fijamente a su hermano, luego a mí.

—Bueno —dice Nicky—. Creo que todos podríamos estar bien.

Hay múltiples capas de significado en esas palabras. Por primera vez desde que lo conocí, percibo la creciente aceptación de Nicky hacia mí como parte de esta familia. Una calidez se extiende en mi pecho, y cuando Emilia hace un pequeño ruido de eructo, una risa brota de mí sin querer.

—Se siente como una familia de verdad —dice Angel, y noto que de repente hay lágrimas en sus ojos.

—*Somos* una familia de verdad —replico—. ¿De verdad nunca habéis hecho esto antes? Simplemente... pasar el rato juntos, sin otra agenda que comer y charlar.

Miro de ella a Nicky, y finalmente a Rio, sin entender completamente su historia personal aunque soy consciente de que la historia de su familia está empapada de crimen y violencia.

Por los fragmentos que Rio ha dejado escapar desde que lo conozco, parece que su padre era abusivo y frío. Pero ¿qué hay de su madre? ¿Qué hay de Francine y su primo Tommaso, que debieron haber estado cerca al menos parte del tiempo cuando todos estaban creciendo?

Todos me responden a la vez.

—No, no lo hemos hecho —dice Rio.

—Demonios, no. ¿Por qué haríamos eso? —pregunta Nicky.

—Nuestros padres daban miedo, y apenas nos hablaban. —Esa última declaración viene de Angel, que está parpadeando con fuerza y claramente tratando de no llorar—. Padre no nos quería, y si alguna vez hacíamos ruido, nos castigaban. A Rio siempre más que a mí o a Nick, ya que era el mayor y tenía que ser perfecto porque era el heredero.

Miro el rostro repentinamente impasible de Rio. Está mirando fijamente a Emilia. *Su* heredera.

Cuando nota que lo miro, sus labios se tuercen.

—Nunca trataré a nuestra hija de esa manera.

Me acerco y toco su brazo, acariciando suavemente los músculos tensos.

—Lo sé —digo, con la verdad impregnando mi tono.

No será abusivo con Emilia. Ni conmigo. No ahora que ha descubierto el amor. Me estremezco un poco ante mis pensamientos cursis, pero son verdad. Simplemente lo sé, con cada fibra de mi ser, que Rio moriría antes de herirnos deliberadamente a cualquiera de las dos.

No habría dicho eso cuando nos casamos por primera vez. Pero ahora lo sé en mi corazón como la verdad.

—Padre simplemente daba terror —añade Angel—. Incluso madre le tenía miedo. Cuando estaba enfurecido...

Se estremece y levanta su refresco para dar un sorbo. Luego mira a Rio antes de bajar la vista a su plato, y todos oímos las palabras no dichas. *Como tú, Rio*.

Excepto que, pienso, hay una diferencia entre Rio y su padre. Mi marido ahora me tiene a mí de su lado. A mí y a Emilia. Y me niego a permitir que esa oscuridad lo trague por completo.

Nicky se mueve en su silla, como si estuviera incómodo con el giro de la conversación.

—Pronto estaremos cantando "Kumbaya". O jugando al Scrabble —interviene, y por alguna razón, eso nos parece gracioso a todos.

Incluso Rio se ríe y sacude la cabeza.

La ligera tensión que había entrado en la habitación al mencionar a su padre se disipa en la nada, y despejo la mesa y sirvo la tarta de nueces y el helado que dejó la señora Jarvis antes de que la velada finalmente llegue a su fin.

La cocinera dejó una nota encima de la tarta que decía: *Por favor, señora Agosti. Déjeme hacer mi trabajo. Deje la limpieza para mí*.

Estoy muy feliz de aceptar su oferta.

—Nicky, necesito hablar contigo en mi despacho —dice Rio, poniéndose de pie. La camaradería familiar claramente ha terminado —. Hay algo que debo discutir contigo respecto a Gianni Martelli.

—Claro. —Las cejas de Nicky se fruncen en evidente perplejidad, pero sigue a Rio fuera de la cocina, dejándome con Angel y Emilia, que se está quedando dormida en su silla.

La desabrocho, la levanto en mis brazos y subo las escaleras con Angel a mi lado.

—Bianca, estás haciendo una diferencia positiva en Rio —dice Angel cuando nos detenemos frente a la suite de Emilia—. Sigue siendo el jefe de la familia, y todo el mundo puede ver el peso que eso pone sobre sus hombros, pero desde que te recuperó, y esta pequeña entró en nuestras vidas... —Toca suavemente la nariz de Emilia, y luego se inclina para darle un beso en la cabeza—. Es diferente. Menos como nuestro padre. Menos aterrador.

¿Es eso bueno para un jefe de la Mafia? Abro y cierro la boca, sin saber qué decir.

Angel se ríe ligeramente y dice, como si pudiera leer mis pensamientos:

—Es algo bueno, Bianca. Créeme. Sois perfectos el uno para el otro.

—Y tú —la empujo suavemente con mi hombro libre— eres una joven muy perceptiva. Para tener diecinueve años.

—Oye —protesta—. Nada de esa discriminación por edad. Soy inteligente y perceptiva para *cualquier* edad.

—Así es, cariño. Y estoy tan feliz de que estés aquí.

Mientras nos despedimos y nos separamos, reflexiono sobre el camino que Rio y yo hemos recorrido para llegar a este punto. Desde el secuestro y el matrimonio forzado, hasta el amor y la familia. Con muerte y violencia en el medio.

Solo puedo rezar para que mi madre biológica —la única familia de sangre que me queda fuera de estas paredes— no aparezca de

repente para destruirlo todo, antes de que la encontremos y la destruyamos primero.

Capítulo Dieciocho

—Al principio todo era en blanco y negro.
Maureen O'Hara

Bianca

Separo las piernas y sostengo la Glock lo más firme que puedo mientras espero la señal. Cuando suena la señal de *ya*, apunto a la figura sombreada al final del túnel y aprieto el gatillo varias veces antes de bajar el arma y colocarla en el estante frente a mí.

—Recarga como te enseñé —la voz de Rio viene directamente de detrás de mí.

Recojo el arma y retiro el cargador, luego ajusto la corredera antes de rellenar el cargador con balas.

—¿Así?

—Sí. Mantenla apuntando en esa dirección, hacia el campo de tiro, y solo inclínala así —las manos de Rio cubren las mías mientras me muestra qué hacer.

Cargo, y luego me hace descargar de nuevo, asegurándose de que también saque la bala de la recámara para hacer el arma segura.

Coloco el arma de vuelta en un estuche ornamentado, que Rio dice que ahora es mío pero que necesitará ser guardado en la caja fuerte arriba en nuestra suite.

Acaricio la tapa del estuche, disfrutando del patrón filigranado del metal que decora la tapa.

Cuando le pedí que me enseñara a disparar correctamente, nunca esperé que abriera una puerta justo dentro de la entrada del ala de invitados de una sola planta donde se está quedando Nicky y me llevara por unas escaleras a un campo de tiro subterráneo.

—¿Esto vino listo con la casa? —le pregunté secamente, mirando con los ojos muy abiertos la fila de cabinas con blancos de papel

esperando al final de cada largo corredor.

—¿Tú qué crees? —su tono era igualmente seco, y tuve que reír.

—Creo que lo instalaste después de comprarla. Nadie normal tiene por casualidad un campo de tiro dentro de su casa.

Simplemente me sonrió y luego me llevó a lo que llamó la sala de armería para recoger un arma y munición para mi uso.

—Empezaremos con la Glock 19 hoy —dijo—. Dado que es con la que estás más familiarizada.

Se refería a la que usé para disparar a Penn, pero negué con la cabeza.

—No. Quiero probar la que le quité a Lee. Era más difícil de usar. Retrocedía tanto que fallé por completo al conductor de ese coche. Quiero ser capaz de protegerme a mí misma y a Emilia, si tú o los guardaespaldas no están aquí y hay una amenaza.

Hizo una pausa y luego negó con la cabeza.

—Hoy no. Primero la Glock, solo para acostumbrarte al campo de tiro. Luego puedes probar otro tipo de pistola mañana si quieres.

Hice un puchero, pero él se mantuvo firme. Y tengo que admitir que la sensación de la Glock en mi mano y el momento embriagador de disparar a algo que no está vivo me han dado una gran emoción. Tal vez simplemente acepte que la Glock 19 es *mi* arma y la use cada vez que necesite protegerme.

Esperemos que eso no ocurra a menudo.

El calor del cuerpo de Rio cerca detrás de mí es un consuelo, y doy un paso atrás y me apoyo en él, bajando mis protectores auditivos y girándome para mirar a mi marido.

—¿Puedo ver cómo lo hice, por favor?

—Claro —su tono es indulgente—. Quítate primero esas gafas, y luego presiona este botón aquí. Recogerá tu blanco.

Oh. Debo parecer ridícula, mirándolo con estas cosas puestas. Me quito las gafas y las coloco en la parte superior de mi cabeza, al estilo de gafas de sol, luego me giro y hago lo que me dice. Espero hasta que el blanco de papel con la silueta de la persona en el centro del círculo se acerca.

—Maldición —suelto un suspiro—. Estaría muerta si esa hubiera sido una persona real.

La mayoría de los agujeros de bala salpican el papel blanco alrededor de la figura.

—Este posiblemente habría sido un tiro mortal —toca el único agujero que apenas roza la parte superior de la cabeza de la persona—. No está mal para tu primer intento, Bianca. Bien hecho.

—Gracias —¿Quién hubiera pensado alguna vez que me alegraría de recibir elogios de alguien por tener un tiro mortal exitoso?

Disparar un arma aquí abajo en el campo de tiro, con figuras de papel como objetivos, es muy diferente de lo que sucedió allá arriba en el mundo real. Con personas reales que resultaron heridas y muertas con demasiada facilidad.

—Había algo en verte cuando apuntabas tu arma a ese objetivo y apuntabas...

Parpadeo y miro dos veces. ¿Es lo que creo que es en el tono de Rio? Bajo la mirada y me doy cuenta de que lo es. Está luciendo una saludable erección.

—Eres una mujer extremadamente sexy, pajarito. Especialmente cuando te concentras en dar en el blanco.

—Yo... eh... —abro y cierro la boca.

Ahora que lo menciona, había algo extremadamente empoderador en tomar el control de mi propia seguridad. Y cuando Rio está ahí parado, mirándome con deseo evidente en su expresión...

De repente me siento inexplicablemente tímida.

—Nunca he hecho el amor en un campo de tiro antes.

—Bien. No puedo decir que sea algo que yo haya hecho tampoco. Hasta ahora.

Da un paso adelante y mueve el estuche del arma a un lado del estante de la cabina y luego me gira para que esté de espaldas a él hacia el área del objetivo nuevamente. Cuando presiona contra mi trasero, su erección roza mi trasero.

—Esto va a ser rápido y sucio, mi esposa. Pero te prometo que lo haremos lento y sensual más tarde, en nuestra cama matrimonial.

***

Rio

Rápido y sucio es todo lo que puedo manejar. Apenas puedo mantener mi control el tiempo suficiente para bajar la cremallera de mis pantalones y levantar el dobladillo de su vestido.

Lleva unas bragas negras escasas debajo, y deslizo los dedos de cada mano debajo de los bordes y las rompo en dos. Ya no son necesarias. Caen al suelo en algún lugar detrás de nosotros.

Su jadeo hace eco en el campo de tiro, amplificado en el pequeño espacio.

—Abre las piernas —empujo sus muslos con mi rodilla y posiciono mi miembro erecto en su entrada. Ella se inclina hacia adelante, agarrando el borde del estante del cubículo, y arquea su trasero de tal manera que fuerza la punta dentro de ella.

Calor. Humedad. Divino.

Me retiro, decidido a durar más que un adolescente disfrutando de su primera vez.

Su sexo está tan listo para mí incluso sin juegos previos. Es casi como si el acto de verla apuntar a ese blanco hubiera sido el verdadero preludio para ambos.

Apenas podía mantener mis manos alejadas de ella mientras manejaba esa pistola. La forma en que se concentraba tan intensamente en el objetivo. Cómo sus dientes superiores

mordisqueaban su labio inferior mientras se concentraba. El jadeo de su respiración que empujaba sus hermosos pechos hacia adelante en una pose inocentemente provocativa. La curva de sus nalgas presentándose ante mí, como si suplicaran que mi miembro se hundiera profunda y duramente entre ellas.

La manera en que sostenía esa arma con ambas manos, agarrándola justo como le había enseñado, no demasiado apretada pero con el control suficiente para persuadir al arma a hacer su voluntad...

Mi miembro gotea líquido preseminal, desesperado por terminar a pesar de la determinación de mi cerebro de durar al menos unos minutos más.

Joder, la deseo. Tanto. Empujo hacia adelante, sumergiéndome en su calor húmedo una o dos pulgadas antes de retirarme de nuevo. Gimo contra la parte posterior de su cuello ante la exquisita sensación de su canal tratando de succionarme más adentro.

Follar a mi esposa es como finalmente encontrar el camino a casa. No puedo tener suficiente de ella.

Su respiración se vuelve entrecortada e irregular, el sonido al borde de un gemido, y sus caderas se retuercen contra mi entrepierna hasta que la agarro y la mantengo quieta.

—No, Bianca. Déjame hacer esto a mi manera —empujo de nuevo, dándole un par de pulgadas más esta vez, y los músculos de su canal se aprietan a mi alrededor tan fuertemente que casi pierdo el control allí mismo.

Me retiro de nuevo, sus jugos cubriéndome, y la provoco con la cabeza de mi miembro acariciando hacia adelante a lo largo de su hendidura para encontrar el botón hinchado de su clítoris y presionarlo con mi punta, y luego me deslizo hacia atrás, todo el camino hasta el capullo de su ano, antes de avanzar de nuevo.

—Dijiste rápido y sucio —gime ella, sus palabras roncas y su tono acusador—. Te necesito dentro de mí, Río.

—Eso dije —susurro contra su piel.

Su aroma me envuelve, y lamo la parte posterior de su cuello, saboreando el deseo. Saboreando su disposición.

Está resbaladiza y necesitada. Y ahora es el momento de cumplir.

Me hundo en ella, con fuerza, hasta el fondo, y ella deja caer su cabeza hacia atrás y libera un sonido gutural que vibra contra mi pecho. Empujo de nuevo, y luego le doy lo que prometí. Rápido y duro y sucio.

La penetro, moviéndome rápido, impulsándola hacia adelante hasta que el borde del estante añade presión a su clítoris mientras la bombeo desde atrás.

El golpeteo-golpeteo-golpeteo de nuestros cuerpos chocando llena el campo de tiro, sus gemidos y gruñidos mezclándose con los míos, y luego está el inconfundible endurecimiento de su espalda y su arco involuntario mientras alcanza el borde del precipicio del clímax y comienza a caer con un grito entrecortado.

Continúo embistiéndola, llevándola conmigo al borde y liberando un rugido mientras caemos juntos en la bendita inconsciencia de un orgasmo mutuo.

Un orgasmo alimentado por el olor a pólvora y rodeado de casquillos de bala gastados.

Capítulo Diecinueve

La vida no es lo que esperas. Está hecha de los giros y vueltas más inesperados.

Ilaiyaraaja

Bianca

Angel entrelaza su brazo con el mío mientras paseamos por los terrenos de la propiedad. Tres matones nos siguen, por orden de Rio, pero al menos nos dio permiso para salir de la casa, siempre que nos mantengamos dentro del perímetro, que está rodeado por estos árboles y arbustos frondosos.

No hay orilla del río aquí, ni vistas más allá de lo que se ve en los jardines, pero se siente bien salir y dejar que el aire fresco acaricie mi rostro.

Angel tira de mi codo.

—Esto me recuerda a aquel paseo por Boston, cuando fingimos ser turistas. Fue un día divertido —dice, y sonrío al recordarlo.

—Sí que lo fue. Hasta que aparecieron los federales y lo arruinaron.

Me pregunto qué habrá sido de Felicity, la agente que intentó que traicionara a Rio y su familia. No parecía del tipo que acepta dinero o sobornos, pero sospecho que alguien en su equipo era menos respetuoso de la ley. Probablemente la asignaron a un caso completamente diferente al final.

Me alegro, porque creo que habría sido una oponente bastante tenaz si le hubieran permitido continuar investigando la organización Agosti.

—Es cierto. Tendremos que terminar ese paseo algún día, Bianca. Hagámonos una promesa mutua de hacerlo cuando las cosas se calmen de nuevo.

Mi pulso da un pequeño salto ante la idea de una actividad tan normal, y luego la realidad vuelve a imponerse, y la emoción se desvanece. Ya no vivo una vida "normal", y no hay garantía de que las cosas se calmen por completo alguna vez.

—Me encantaría terminar ese paseo, Angel. Cuando las cosas se calmen.

¿Alguna vez lo harán? ¿O viviremos así por el resto de nuestras vidas, escondiéndonos de mi madre biológica, o de otros enemigos aún no identificados, moviéndonos de una de las casas secretas de Rio a otra cada vez que una de sus propiedades sea invadida?

Sí, me digo a mí misma, tratando de detener la espiral de preocupación antes de que se convierta en pánico. Por supuesto que las cosas se calmarán. Estaremos a salvo algún día. Y terminaré ese maldito paseo turístico con Angel.

—Lo prometo —digo, y ella suspira feliz.

Hemos estado aquí en esta casa segura por más de una semana, y ambas estamos volviéndonos locas de aburrimiento. Antes de conocer a Rio, trabajaba a tiempo completo en el refugio de animales, y este estar sentada sin hacer nada me está volviendo loca. Sé que Angel también está prácticamente rebotando en las paredes, así que este paseo por los terrenos de la propiedad nos hará bien a ambas.

Los días están empezando a alargarse, el clima se está calentando un poco, y hoy el sol ha atravesado las nubes. Es bastante agradable estar aquí entre los árboles, simplemente deambulando sin rumbo.

Miro hacia atrás a los matones de turno hoy. No conozco a ninguno por su nombre, pero solo están aquí para acompañarnos durante el paseo. Cuando volvamos a la casa, otro trío se hará cargo.

Lee se está recuperando bien de su herida de bala en el hombro, pero pasará algún tiempo antes de que se le permita volver al servicio. Si es que alguna vez lo hace. La bala destrozó algunos músculos y tendones vitales, aparentemente, así que Rio dijo que

necesitará mucha rehabilitación para que su cuerpo vuelva a estar completamente sano.

—¿Qué hará para conseguir dinero? —le pregunté a Rio cuando lo mencionó hace un par de días—. ¿Cómo va a...?

—Nosotros cuidamos de los nuestros, Bianca. Leon y su familia serán bien atendidos, hasta que pueda volver al trabajo. Y si no puede volver en absoluto, entonces se establecerá un acuerdo de pensión para él.

—Está bien. Eso suena bien. —El aspecto del cuidado en esta vida es algo a lo que todavía me estoy acostumbrando.

Puede que haya muerte y violencia y asesinatos por montones, pero para aquellos en la familia de Rio, o su equipo, él está obligado por el honor a cuidar de ellos si algo sucede en el cumplimiento del deber.

—¿Cómo se llaman? —les grito a los matones que nos siguen. Entonces me asalta un pensamiento horripilante—. Ninguno de ustedes se llama... Leon, ¿verdad?

Me estoy volviendo un poco supersticiosa con ese nombre.

—Soy John, señora —dice educadamente el más alto.

—Y mi nombre es Tony —dice uno más bajo, de pelo oscuro.

—Santo, señora —dice el tercero. Es rubio, pero a juzgar por su acento y el nombre, sospecho que el color proviene de un tinte más que ser natural.

Los tres son musculosos y de aspecto duro, y no hacen ningún intento de ocultar las armas en sus fundas de hombro.

—Oh, bien. Bueno, encantada de conocerlos, John, Tony y Santo. Daremos otra vuelta por los terrenos antes de volver adentro.

—Sí, señora —dice John—. Tómense todo el tiempo que necesiten.

Nos abrimos paso a través de una sección del jardín que contiene una plantación masiva de rosas y pasamos por un cenador cubierto de enredaderas hacia un área llena de manzanos.

—Oh, no sabía que esto estaba aquí —digo, mirando alrededor—. Algunas de estas manzanas parecen estar listas para recoger.

—¿Qué es eso? —pregunta Angel, soltando su agarre de mi brazo y señalando a través de los árboles.

Entrecierro los ojos, viendo un bulto oscuro de algo indefinible en el suelo más adelante.

—No estoy segura.

Mi corazón acelera el ritmo, y la preocupación anuda mi estómago. Eso no parece un montón de basura al azar. Parece...

Empiezo a caminar hacia allí, rápidamente, aunque una parte de mí quiere correr en la dirección opuesta. Angel está justo detrás de mí, hasta que una mano fuerte agarra mi brazo y me detiene.

—Señora, espere. —Es Tony, el matón más bajo. También ha agarrado a Angel con su otra mano.

Al igual que Angel y yo, los tres matones están mirando fijamente el bulto que hay más adelante.

Jadeo, mi cerebro finalmente admitiendo lo que estoy viendo.

—Eso es un cuerpo.

—Frío como una piedra, por lo que se ve —dice Angel.

A pesar de sus palabras despreocupadas, su tono contiene horror, y sus manos se han elevado para cubrir su boca.

John ya está hablando urgentemente por su micrófono de oreja, diciéndole a alguien que informe al jefe, luego dirigiendo a Tony para que nos lleve de vuelta a la casa.

—¡Pronto! —ladra mientras Santo saca su arma y escanea el huerto con la mirada entrecerrada.

Me resisto al tirón de Tony en mi brazo.

—No. Necesito ver quién es. —Ni siquiera puedo decir si es hombre o mujer. ¿Y si es Rina? Eso acabaría con la amenaza contra nosotros,

por supuesto, pero la idea de mi madre biológica tirada allí en la hierba como un trozo de basura desechada...

Arranco mi brazo del agarre de Tony y corro hacia el cuerpo, ignorando sus maldiciones y las de John mientras avanzo.

Tengo que ver. Tengo que saberlo con certeza.

Me detengo en seco cuando llego, mi respiración entrecortada por el miedo. No es Rina. El cabello enmarañado es rubio, no oscuro como el de ella. Pero puedo ver que es una mujer. O más bien, lo era.

Lleva vaqueros y una chaqueta de cuero negro, y tengo una horrible sensación de malestar en el estómago provocada por mucho más que el simple hecho de enfrentarme a otro cadáver. Hay algo familiar en esta mujer...

John se detiene derrapando a mi lado y luego se agacha para tocar el hombro del cadáver y darle la vuelta. Retrocedo de un salto con un gemido ahogado cuando se revela el rostro.

Es ella. Como si mis pensamientos la hubieran conjurado.

Estoy mirando a Felicity, la agente federal que se puso en contacto conmigo hace todos esos meses. El cadáver es el de la mujer que quería que me volviera contra mi marido y la ayudara a meterlo en prisión.

Y le han cortado el cuello de manera brutal.

***

Rio

Estoy en medio de otra discusión con Nicky sobre la situación de Martelli cuando llega la llamada de Danelli diciendo que se ha encontrado un cuerpo en el huerto.

Me levanto de un salto de detrás de mi escritorio y suelto una maldición cuando escucho quién es la persona muerta.

—Y jefe —añade Danelli—. Su esposa y su hermana también están allí abajo.

—¿*Qué*? ¡Llévalas de vuelta a la casa ahora mismo! Ponlas en el cuarto de seguridad hasta que sepamos más.

Junto con el campo de tiro, hice construir el cuarto de seguridad con un túnel de escape adjunto en el momento en que compré este lugar, pero esperaba no tener que usarlo nunca. La habitación está situada directamente debajo del vestíbulo de entrada, y el túnel pasa por debajo de la casa y la propiedad para emerger cerca del helipuerto.

Me vuelvo hacia mi hermano.

—Nicky...

—Lo sé, Rio. No he terminado con mis objeciones, pero podemos reanudar esa discusión en otro momento. ¿Qué necesitas?

—¿Vas armado?

Él sonríe y levanta su chaqueta para mostrar la pistola enfundada.

—Siempre.

—Entonces sígueme.

Nunca me he molestado en aventurarme en el huerto, pero por supuesto sé dónde está. He estudiado los planos y el diseño de esta propiedad con todo detalle. Incluso si no supiera qué dirección tomar al salir de la casa, sería fácil confirmarlo simplemente siguiendo la línea de hombres de seguridad que se apresuran hacia la zona.

Cuando llego al huerto, Danelli ya está allí, dirigiendo a los hombres para acordonar la zona mientras simultáneamente hace una llamada telefónica para organizar una bolsa para cadáveres y un equipo de remoción.

—Nicky, habla con Danelli. Averigua lo que puedas sobre la situación e infórmame. Recuérdale que esto podría ser una distracción, así que no quites guardias de las otras entradas, ni de la sala de control de CCTV.

—Necesito saber quién la mató, y si está trabajando sola o si estamos a punto de recibir la visita de un enjambre de federales. O algo peor.

El rostro de Nicky es sombrío, faltando su habitual expresión humorística.

—Lo haré, hermano.

Se dirige hacia mi segundo, y vuelvo mi atención al cuerpo. Bianca está arrodillada a su lado, inclinándose para mirar algo que uno de los tipos de seguridad le entrega, mientras Angel se mantiene cerca, siendo suavemente retenida por un guardaespaldas y luciendo pálida como si estuviera a punto de perder el desayuno.

—¿Por qué mi esposa y mi hermana siguen aquí? —Todos a mi alrededor se sobresaltan o retroceden ante mi tono alto.

Todos excepto Bianca, quien se gira para mirarme antes de hacerme un gesto para que me acerque.

—Rio, ven a ver.

Curiosamente, sus mejillas pueden estar tan pálidas como las de Angel, pero no parece que esté a punto de vomitar. Al contrario. En cambio, hay especulación en sus ojos mientras sostiene un pedazo de papel y me lo agita, luego se vuelve hacia el cadáver.

Avanzo a zancadas y me agacho a su lado.

—No hay herida de bala —dice, y luego se estremece—. Parece que le cortaron la garganta con un cuchillo.

Tiene razón. La garganta de la agente ha sido cortada de una manera limpia y que parece profesional. Un solo corte.

Hay un charco de sangre coagulándose alrededor de su cuerpo, lo que significa que no fue asesinada en otro lugar y arrojada aquí. Fue asesinada en este lugar, en mi tierra, y muy probablemente mientras mi familia y yo dormíamos esta mañana temprano, a juzgar por el rigor mortis que ha comenzado a instalarse en sus extremidades.

Bianca me entrega una placa y una tarjeta de identificación de una agencia gubernamental.

—John las encontró en el cuerpo —dice. Luego añade en un susurro que no estoy seguro de si debo oír—: Pobre.

Miro en silencio la identificación. Esta mujer, Felicity Ramirez, trabajó duro durante el último año o dos para intentar derribarme. No era lo suficientemente poderosa para tener éxito, pero causó problemas a mi equipo y creó mucho trabajo para mi abogado, Carnarvon.

Su fallecimiento puede que no me llene de tristeza, pero potencialmente podría causar todo tipo de problemas si hay algún indicio de que yo o alguien de mi organización está implicado en la muerte de una agente federal.

—Supongo que todavía estaba tratando de encontrar algo sucio sobre ti —dice Bianca en voz baja—. Aunque me da pena. No era... mala. Y siempre fue amable conmigo.

El guardaespaldas tiene algo en su puño. Cuando extiendo mi palma y le lanzo una mirada pétrea, se estremece un poco. Sabe que mis órdenes eran sacar a mi esposa y a mi hermana de esta escena. Pero cuando me pasa una nota manuscrita, mi molestia con él se desvanece mientras el shock toma su lugar.

La nota, garabateada a lápiz, contiene la dirección de esta propiedad y las palabras: *Huerto de manzanas, M. 06:00*.

¿M? ¿Se estaba reuniendo con alguien aquí? ¿Quién y por qué? ¿Alguien de mi equipo? ¿O alguien del equipo de Martelli? Sus hombres están encargados de vigilar el perímetro, y algunos de ellos están estacionados en pueblos cercanos para mantener un registro de las entradas y salidas en el área.

Si la agente entró en este condado por cualquiera de las principales rutas de automóviles, entonces ya se debería haber recibido una advertencia.

¿Es "M" Martelli? ¿O es peor que eso? ¿Una traición interna de mi equipo, como la niñera, Penn? ¿Como Bianca dijo que su madre

insinuó?

Levanto la cabeza y me giro para estudiar a todos en las cercanías, buscando cualquier indicio de algo fuera de lugar. Está aquí. Lo sé. Lo *siento*. Y sin embargo, los únicos hombres aquí son los de *mi* equipo.

Mitch, el guardaespaldas habitual de mi esposa que estaba libre esta mañana, obviamente ha sido llamado de su cama y está peinando la vegetación más allá del cuerpo. ¿M? Debe sentir mi mirada en su espalda porque de repente levanta la cabeza, como un sabueso olisqueando la brisa, y se gira para mirarme.

Un rápido asentimiento en mi dirección, y luego vuelve a su deber. Nada fuera de lo común allí... pero aún lo siento en mis entrañas... Algo no está del todo bien...

—Jefe, el equipo de limpieza está aquí. ¿Los hago pasar?

Me vuelvo hacia Danelli y le doy un breve asentimiento. —Saca primero a mi esposa y a mi hermana de aquí. No necesitan ver eso.

—Enseguida, señor —ladra órdenes, y yo escucho, y miro, y finalmente recuerdo que el nombre de pila de Danelli, que no he usado en años, es Michael.

Capítulo Veinte

—La paciencia no es simplemente la capacidad de esperar, es cómo nos comportamos mientras esperamos.

Joyce Meyer

Bianca

Tantas preguntas y ni una sola respuesta. Estoy encerrada aquí en lo que los guardaespaldas llaman "la habitación segura", con Angel, Emilia y la niñera, Susan, además de John, Tony y Santo, a quienes se les ha ordenado quedarse con nosotras y esperar instrucciones.

Camino de un lado a otro y me preocupo por lo que está sucediendo sobre nuestras cabezas.

La habitación no es enorme, pero es lo suficientemente grande para un área de estar con un par de sillones y sofás, y hay lo que parece ser una estación de café en la esquina, con un enfriador de agua, una cafetera y tazas. También hay un estante con revistas, y cuando reviso las fechas de publicación, mi corazón da un vuelco. Son de esta semana.

¿Rio acaba de abastecer la habitación con material de lectura, esperando una crisis inminente? ¿O simplemente es minucioso al mantener el espacio atendido regularmente? Conociendo a Rio, cualquiera de las dos opciones podría ser cierta.

Las paredes parecen de yeso pintado normal, solo que sin ventanas, por supuesto, porque estamos a varios metros bajo tierra.

Pero cuando le pregunto a Santo qué hace que este espacio sea más seguro que cualquier otro lugar de la casa, golpea la pared y dice: —Concreto, señora, y placas de acero debajo del yeso. Además, nadie va a atravesar ninguna de estas puertas rápidamente.

La puerta por la que entramos es pesada, algún tipo de metal reforzado con un enorme cerrojo que John corrió en el medio tan pronto como todos estuvimos dentro y bajando las escaleras. Santo

y Tony llevaron el cochecito, mientras yo me aferraba fuertemente a Emilia.

La puerta en el otro extremo de la habitación rectangular está igualmente cerrada.

—¿A dónde lleva esa? —pregunto, señalando la puerta.

De nuevo, es Santo quien responde: —Al túnel de escape. Sale más allá de la casa, cerca del helipuerto.

Mi mente se asombra ante la cantidad de dinero que debe haber costado a Rio instalar todo esto. Solo por si acaso algún día necesitáramos usar la casa. ¿Cuántas otras "casas seguras" tiene dispersas por el país, y están todas tan bien equipadas como esta?

Entiendo la necesidad de Rio de protegernos a nosotras, sus mujeres, pero yo también quiero estar allá arriba. Si algo le sucediera, solo tenemos la tenue comunicación por auricular en los oídos de los guardaespaldas para mantenernos informadas.

¿Por qué matarían a Felicity? Y quiénes son *ellos*, de todos modos? Ella trabajaba para el gobierno e intentó con ahínco derribar a Rio. Casi lo logra, hasta que desaparecí en Cleveland, y por lo que me dijeron después de que Rio me trajera de vuelta, Carnarvon logró resolver esa amenaza, presumiblemente pagando a las personas correctas y engrasando las palmas adecuadas.

No puedo imaginar a nadie en la nómina de Rio haciendo tal cosa. Matar a una agente federal y dejar el cuerpo en la propiedad de Rio para que sea encontrado de manera tan aleatoria es pedir toda clase de problemas.

¿Es esto obra de mi madre biológica o de la persona que ella dijo que estaba trabajando con ella? ¿De alguna manera Rina se enteró de dónde estamos y se lo dijo a los federales, luego hizo que Felicity viniera aquí para una reunión, solo para matarla? Simplemente no tiene sentido. ¿Y quién demonios es M, si esa nota se refería a una persona real?

Los hombres de Martelli están aquí, supuestamente en apoyo de Rio. Él no me ha dicho por qué, solo que involucra a Nicky y que el desagradable jefe de Washington ahora está firmemente de nuestro lado.

No confío en ese hombre. Me puso la piel de gallina cuando asistimos a la fiesta de compromiso de su hija hace poco, y nada ha cambiado en ese sentido.

¿Es él la M en la nota? Todavía no entiendo por qué él o uno de sus hombres matarían a una agente federal. A menos que fuera específicamente para inculpar a Rio.

Nada tiene sentido sobre esta última muerte, y los pensamientos que giran en mi cabeza me están frustrando hasta el infinito y más allá.

En cierto nivel, sé que estoy usando el enigma para ocupar mi mente y evitar recordar la imagen de las facciones flácidas y boquiabiertas de Felicity sobre esa herida abierta en su cuello. No quiero pensar en ese desastre coagulado de sangre viscosa que John expuso cuando volteó su cuerpo...

Mi estómago da un vuelco en protesta, y por un momento me preocupa que vaya a vomitar. Pero no puedo hacer eso. Necesito mostrar algo de control. La niñera está meciendo a Emilia dormida en su cochecito, pero me mira con miedo en los ojos y da la impresión de que busca en mí una señal para saber si debe entrar en pánico o no.

Y Angel... Mi cuñada está acurrucada en un sillón en un rincón sombrío de la habitación. Está llorando en silencio, y recuerdo de repente que solo tiene diecinueve años.

Ahora soy la esposa de Rio, lo que significa que no puedo desmoronarme. En su ausencia, la gente confía en que yo mantenga la calma.

Me acerco y me arrodillo frente a Angel. —Shh, cariño, está bien. Estaremos bien. Rio está solucionando todo, y luego, cuando sea seguro, nos lo hará saber. Él nos protegerá, Angel. Te lo prometo.

¿*Puedo* prometer eso? No, por supuesto que no. Pero ella necesita escuchar palabras positivas ahora mismo.

Levanta un rostro manchado de lágrimas y se frota las mejillas como si estuviera avergonzada. —Me enviaron lejos desde el principio, Bianca. Para mantenerme alejada de cosas como... como esta. Prácticamente me criaron los empleados de la escuela en Suiza, ¿sabes? Así que nunca había visto realmente un... —Traga convulsivamente antes de terminar—. Un cadáver, hasta hoy.

Casi me río, pero logro contener la respuesta totalmente inapropiada. Los únicos cadáveres que había visto antes de que su hermano me secuestrara en la calle eran los de aquellos animales en el refugio que no tuvieron la suerte de sobrevivir. Ni siquiera vi el cuerpo de mi madre después del accidente automovilístico. Mi padre no me lo permitió, dijo que sería demasiado traumático.

Y ahora soy una asesina, con sangre en mis propias manos, y estoy consolando a la hermana de una persona que es esencialmente un jefe de la mafia y un asesino. Mi esposo. A quien amo con todo mi corazón.

—Intenta no pensar en eso por el momento, cariño. —Froto su muslo suavemente, preguntándome si el consejo que estoy dando es realmente para ella o para mí. Aprieto su rodilla—. Fue bastante horrible, lo sé, y podemos hablar de todo más tarde porque es mejor que guardárselo, pero por ahora, concentrémonos en mantener la calma y saber que Rio nos cuidará. Saldremos de aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Eso espero.

Lanzo una mirada a los matones, que están de pie en grupo cerca de las escaleras que conducen aquí abajo. La puerta de la habitación segura está oculta detrás de un tapiz colgado en la pared justo dentro de la entrada del ala de invitados, y hasta que corrieron el tapiz y revelaron la puerta, nunca supe que estaba allí.

Los tres hombres están serios. Parece que sus rostros hubieran sido esculpidos en granito.

Levanto una ceja inquisitiva, preguntando sin palabras si hay alguna noticia de arriba, pero John niega con la cabeza. Aún no hay noticias.

Me vuelvo hacia Angel y sigo dándole palmaditas en la rodilla. —Cuéntame más sobre Suiza y la escuela a la que fuiste, Angel. Mi padre vive ahora en Tailandia, en algún lugar de las montañas, pero yo nunca he estado en el extranjero. ¿Es muy diferente Suiza? ¿Mejor que aquí? ¿Qué te gustó de allí? ¿Has viajado a otros lugares también? ¿Cuál es tu favorito?

Ella toma una respiración profunda y la deja salir lentamente, y aunque todavía hay un temblor en su respiración, me alegra que logre lanzarse a una descripción del lugar donde pasó la mayor parte de sus años de formación.

Escucho a medias, murmurando respuestas en los momentos apropiados de la conversación, pero la mayor parte de mi atención permanece enfocada en John. Cuando de repente levanta la cabeza y se lleva una mano a la oreja, me pongo de pie de un salto.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

Claramente acaba de recibir algún tipo de mensaje.

—Lo siento, señora —dice, y luego señala el sofá cerca de donde estoy parada—. Debería tomar asiento. El jefe dijo que necesitaremos quedarnos aquí abajo un rato más. Dijo que las fuerzas del orden acaban de llegar arriba.

—¿Las fuerzas del orden? —¿Se refiere a la policía local? O...

—Federales, señora. Aparentemente, han venido en fuerza. Con órdenes de registro.

Capítulo Veintiuno

—Cuídate del falso conocimiento; es más peligroso que la ignorancia.

George Bernard Shaw

Rio

—Te necesito aquí ahora, Carnarvon —ladro por teléfono, con la ira hirviendo en mi pecho como lava fundida.

Ahora estoy seguro de que esto es un trabajo interno. Alguien atrajo a una agente federal a mi propiedad y luego la mató. Y después se sentó a observar cómo se desarrollaba la carnicería.

Los agentes están invadiendo la casa y los terrenos, pero es demasiado tarde para encontrar a su colega. Mi equipo de limpieza ha venido y se ha ido. Y mi equipo de limpieza es el mejor en el negocio.

Probablemente encontrarán pronto la entrada de la habitación segura, o la salida de la habitación segura al final del largo túnel que hice construir si están peinando los terrenos tan minuciosamente. Quiero que mi abogado esté aquí antes de eso. Porque ni la entrada ni la salida del espacio seguro son posibles de abrir desde el exterior.

Y no les permitiré entrar para acosar a mi esposa. Cuanto más pueda mantener a Bianca, así como a mi hermana e hija, fuera de este lío, mejor para todas ellas.

—Ya estoy en camino, señor —responde mi abogado—. Voy en helicóptero.

Aparto el teléfono de mi oreja y lo miro con asombro antes de volver a ponérmelo. ¿Quién le dio permiso a Carnarvon para volar hasta aquí sin informarme primero? —¿Por qué?

—Tengo algunos asuntos que discutir relacionados con sus negocios en el Mediterráneo. Tommaso informó anoche y reveló información

que es mejor discutir en persona. Sin dejar rastro, por así decirlo. Alerté a su segundo al mando más temprano hoy para coordinar una hora, y él aprobó la visita.

Danelli. Otra vez. —¿Cuánto tiempo hasta que llegues?

—¿Diez minutos, quizás?

—Te esperaré en el helipuerto.

—No es necesario. Estoy familiarizado con su ubicación actual, si recuerda.

En efecto, Carnarvon fue fundamental en la compra de este lugar y en obtener la aprobación de las autoridades locales para las diversas modificaciones que he instalado desde entonces.

—Me permito sugerir que permanezca en la casa —agrega—, y asegúrese de que no se retiren papeles de su oficina antes de que yo llegue. Tengo plena confianza en que resolveremos esta situación rápidamente, señor.

Su sugerencia tiene sentido. Tengo los permisos relevantes —gracias a Carnarvon— para el campo de tiro interior y cada arma de fuego en este lugar para mí y para cada miembro de mi equipo. Los hombres de Martelli han estado ayudando solo periféricamente, vigilando el perímetro y realizando algunas de las tareas menores de transporte que han liberado a mi equipo para estar aquí en el terreno.

Francamente, si uno de los hombres de Martelli está portando armas sin un permiso de armas de fuego, ese no es mi problema. Será el suyo.

Algunos de los papeles en mi oficina, por otro lado, aunque no son incriminatorios, podrían ser sensibles para las operaciones y negociaciones comerciales actuales, y preferiría que permanezcan privados y fuera de las manos de las agencias federales.

Rápidamente, termino la llamada y hago lo que Carnarvon sugiere, dirigiéndome a mi oficina, donde encuentro a dos agentes ya hojeando papeles en mi escritorio.

Me relajo un poco. Aún no han descubierto la caja fuerte que se encuentra detrás del carrito de bebidas cerca de la librería.

Me acerco al carrito y hago un espectáculo de servirme un whisky. Es después del mediodía, y ya ha sido una semana infernal.

—¿Quieren uno? —Levanto mi vaso y doy un sorbo.

Ambos agentes niegan con la cabeza.

El mayor, que parece estar a cargo a juzgar por la forma en que el otro sigue mirándolo en busca de dirección, señala el gabinete de madera cerrado con llave que está detrás de mi escritorio, entre dos de las ventanas del piso al techo.

—No mientras estamos de servicio —dice en un tono aburrido, como si estuviera acostumbrado a las proposiciones de los jefes del crimen organizado—. Necesito que esto se abra.

—Solo estaba ofreciendo un whisky. No un soborno. —Les sonrío y bebo un poco más.

Sus ojos se entrecierran. —¿Dónde está la llave?

Coloco el vaso sobre el carrito y cruzo los brazos sobre el pecho, dejando que mi molestia se muestre. —Uno de sus colegas afuera en los jardines me informó que están aquí porque sospechan que he matado a uno de los suyos. Permítanme asegurarles que *no lo he hecho*.

Permito que la verdad de esa última declaración resuene en las palabras, y el agente mayor se endereza de mirar el gabinete y me estudia. Su cabeza se inclina ligeramente hacia un lado, como si no hubiera considerado la posibilidad de mi inocencia hasta este momento.

"Inocencia" siendo un término relativo, por supuesto. He hecho muchas cosas, y estoy tan lejos de ser inocente como se puede estar sin ser el diablo mismo. Pero no maté a su agente, y por lo tanto, en ese hecho solamente, puedo proclamar verdaderamente mi inocencia.

—Encontrarán archivos en ese gabinete, no un cadáver.

El agente me mira fijamente, disipándose la duda momentánea sobre mi culpabilidad. —¿Llave? —ladra y extiende una mano.

Sonrío. —Se guarda arriba en mi mesita de noche.

—Entonces guíenos.

—Síganme, caballeros.

¿Qué tan lejos está Carnarvon? ¿Cuánto tiempo tengo que seguir alargando esto de una manera tan ridícula? Salgo de la oficina y me tomo mi tiempo para llevarlos arriba.

Incluso si mi abogado llega en los próximos minutos, ¿qué podrá hacer en esta situación? Tiene permiso permanente para hacer lo que sea necesario para proteger a la familia y organización Agosti.

Pero aquí, donde una agente muerta fue asesinada y ahora se ha proporcionado una delación a la agencia en cuestión —una obvia dado cuántos agentes acudieron en masa al huerto de manzanas en lugar de a la casa—, ¿hasta dónde tendrá que llegar mi abogado para "resolver" la situación, como lo expresó en nuestra conversación telefónica?

Escucho el helicóptero que se acerca al mismo tiempo que los dos agentes que me acompañan escaleras arriba. Me detengo con la mano en el pomo de la puerta del dormitorio mientras ellos se detienen en el pasillo y se miran entre sí, claramente preguntándose quién está a punto de unirse a su fiesta.

—Mi abogado está a punto de llegar, creo.

—Mierda —murmura el agente más joven, y luego cierra la boca de golpe como si no hubiera querido que se le escapara eso.

—Ah, lo olvidé, caballeros —digo—. La llave no está aquí arriba después de todo. Acabo de recordar que la guardo abajo en un cajón de mi escritorio.

Se dan la vuelta y bajan tronando por la escalera, y entonces el agente mayor detiene al otro con una mano en el brazo. Se quedan

de pie al pie de las escaleras y murmuran entre ellos.

Mientras los sigo a un paso más sosegado, sus voces flotan hacia arriba. Están debatiendo si revisar el helicóptero o continuar su búsqueda. Deciden lo último, dirigiéndose de vuelta a la oficina.

Entro tranquilamente para verlos intentando abrir todos los cajones. —Aquí —ofrezco, inclinándome hacia adelante y sacando la pequeña llave de donde reposa bajo un juego de bolígrafos que están en un portaplumas de base sólida sobre el escritorio.

El más alto de los dos agentes me arrebata la llave de los dedos y la mete en el gabinete. Cuando lo abren, los cajones están vacíos. Acabo de instalar el gabinete y no he tenido tiempo de llenarlo.

—¿Qué mierda? —El agente mayor mira fijamente el cajón superior vacío y luego a mí—. Debería arrestarte por hacernos perder el tiempo.

—Puedes intentarlo, si lo deseas. —Trato de mantener un tono suave, pero el hombre más joven da un paso atrás involuntariamente. ¿Será algo en la forma en que lo miro? Como si quisiera borrarlo de la faz de la tierra—. Depende de si quieres mantener tu trabajo.

—¿Amenazas también, Agosti? Bien, ya tuve suficiente de esto. Tú...

—Caballeros. —Carnarvon entra apresuradamente en la habitación, luego se detiene y nos estudia a todos. Empuja sus gafas más arriba en su nariz y mira fijamente al agente mayor, a quien obviamente ha identificado en segundos como el más veterano de los dos.

Me admito a mí mismo que estoy bastante complacido de verlo.

—Mi cliente no ha hecho nada malo —continúa con su voz áspera pero efectiva—. Tienen agentes peinando los terrenos así como esta casa, por lo que he visto hasta ahora, pero no han encontrado nada, supongo. Porque, por supuesto, no hay nada que encontrar. ¿Cuál es la base para esta continua intrusión en la privacidad de mi cliente? ¿A quién deberíamos dirigir nuestra queja y nuestra reclamación de compensación?

—¿Su qué? Usted... usted...

—No es ciencia espacial, caballeros. ¿Quién está a cargo de esta operación hoy? Planeo presentar una queja en nombre de mi cliente, Gregorio Agosti, y necesito los datos de quien esté a cargo. ¿Es usted? Necesitaré su placa e identificación, gracias. —Señala con un dedo al agente más bajo.

Como era de esperar, rápidamente niega con la cabeza.

Cuando el abogado dirige su mirada al otro agente, aún de pie junto al gabinete vacío, el hombre se encoge de hombros. —Ninguno de nosotros está a cargo, como probablemente bien sabe. Nos han dado instrucciones de registrar esta habitación. El agente Jamie Frederick está a cargo hoy. Lo encontrará afuera en el huerto, creo.

Las cejas de Carnarvon se elevan, y no puedo contener del todo mi sonrisa burlona. Lo está haciendo muy bien hoy. —¿El huerto? Qué lugar más extraño para una investigación. Caballeros, será mejor que apresuren su búsqueda porque será detenida en menos de cinco minutos.

Carnarvon se da la vuelta, levantando su teléfono y marcando, y me guiña un ojo subrepticiamente mientras sale a grandes zancadas de la habitación. En privado, me prometo aumentar su retención a partir de mañana.

Fiel a su palabra, cualquiera que sean las llamadas que Carnarvon hace y con quien sea que hable resulta efectivo. La palabra se extiende entre los agentes que registran la casa, y lentamente, todos salen arrastrando los pies para congregarse en un grupo descontento en el camino de entrada cerca del frente de la casa. Me paro en el umbral de la entrada principal y observo cómo los que están en los terrenos también se acercan para unirse al grupo.

Un tipo alto y calvo con gafas sin montura agita la mano pidiendo atención. El agente Frederick, supongo.

—Rompan filas, muchachos —anuncia—. Falsa alarma, al parecer.

Su tono es a la vez molesto y resignado.

Se producen murmullos entre el equipo, y varios de ellos me lanzan miradas furiosas. Pueden odiarme todo lo que quieran; realmente no me importa. Siempre y cuando abandonen mi propiedad, y dejen en paz a mi familia y mis negocios, pueden mirarme con furia todo lo que quieran.

Yo no maté a su agente, aunque estoy seguro de que voy a averiguar quién lo hizo. Y entonces tal vez envíe la información sobre el asesino como un regalo al agente Frederick.

—¿A quién demonios llamaste? —le pregunto a mi abogado cuando se une a mí en el umbral.

Observamos cómo el ejército de agentes se amontona en sus vehículos y comienzan a irse en el mismo estilo de convoy lento en el que llegaron primero.

—Mejor no preguntar —murmura, pero cuando me giro y lo atravieso con una mirada inquisitiva, añade—: Disculpe, señor. Olvidé que prefiere estar informado de todos los detalles. Muchos de mis clientes no lo hacen. Le enviaré una lista de nombres por la mañana. Una mezcla de sobornos y chantajes. Hace maravillas.

—Envíamela esta noche —digo, afirmando mi autoridad de la manera más sutil que puedo, dado lo bien que se desempeñó hoy.

Asiente con aire respetuoso.

—Ahora —añado mientras Nicky dobla una esquina del edificio y mira fijamente los vehículos que se alejan—. Dame diez minutos para resolver algunos cabos sueltos aquí afuera, y luego me reuniré contigo adentro para nuestra discusión.

—Quizás en la sala de estar trasera en lugar de mi oficina. No me apetece intentar ordenar el desastre de papeles que dejaron en mi escritorio todavía.

La sala de estar, ubicada en la parte trasera de la casa principal en el primer piso, es más pequeña y privada que la gran sala de estar principal. Será adecuada para cualquier discusión que necesite tener lugar.

Lo cual me recuerda, ¿por qué Danelli no me avisó que Carnarvon venía en camino?

—Siéntete libre de pedirle al ama de llaves de camino que te prepare una bebida, Carnarvon. O algo de comer. ¿Supongo que te quedarás esta noche? Lo hiciste muy bien allí dentro.

—Gracias, señor. —Se desvanece en el interior, y yo bajo un escalón para hablar con Nicky y dar órdenes de que se dupliquen los guardias hasta nuevo aviso.

También le pido que vigile de cerca a Danelli.

Me lanza una mirada desconcertada. —¿Por qué? Es decir, sí, claro, lo haré, pero ¿por qué?

La admisión prácticamente se me atraganta, y tengo que forzar las palabras para que salgan de mis labios. —Alguien intentó tenderme una trampa, Nicky. Alguien que conoce este lugar, sabe que hay un huerto de manzanos casi oculto en la propiedad, y sabía lo suficiente sobre la agente Felicity y sus tratos previos conmigo para atraerla aquí, sin duda con promesas de ayudar a derribarme. Los federales fueron directamente al huerto cuando llegaron.

—Me di cuenta de eso, pero luego me enredé en la limpieza, así que no se me ocurrió preguntarme por qué. ¿Es probable que sea un trabajo interno, entonces? Oí sobre la nota y el misterioso M. Estaba tratando de averiguar cómo podría relacionarse con Rina Carlotti, pero su participación en esto no tenía sentido.

—En efecto, a simple vista no lo tiene. No sé cómo se relaciona con la madre de Bianca, o si, de hecho, se relaciona con ella en absoluto. Pero no soy un gran creyente en las coincidencias. Todo está conectado de alguna manera. Siento la verdad de eso aquí —Cierro el puño y me golpeo el pecho.

Me irrita no poder simplemente mirar a cada uno de mis hombres y discernir cuál de ellos es un traidor de doble cara. No es suficiente sentir que es uno de los míos. Debería poder percibir *quién*. El hecho de que no pueda identificar al individuo sugiere que probablemente

sea alguien en quien he aprendido a confiar. Y tal vez esa confianza me está cegando.

—¿Tal vez sea Martelli? —El tono de Nicky es esperanzador.

—O Mitch. O cualquiera de los otros miembros de mi equipo cuyos nombres empiezan con M. Hay varios.

Frunce el ceño. —Entonces, ¿por qué quieres que vigile a Danelli, si...?

—Nombre de pila, Michael.

—Ah. —Nicky silba, y yo levanto la mano y me froto la sien.

Se me está formando un dolor de cabeza, y no puedo permitirme la distracción. —Por supuesto, puede que no sea él, pero posiblemente estoy demasiado cerca para verlo. Ha estado a mi lado durante muchos años. Vigila al hombre y hazme saber si notas algo sospechoso. Cualquier cosa, Nicky.

—Lo haré. —Suelta un pequeño suspiro y luego una risa autocrítica —. Por mi bien, espero que M *sea* ese bastardo de Martelli. Lo último que quiero hacer es casarme con su hija asesina.

Capítulo Veintidós

«La violencia, incluso bien intencionada, siempre rebota sobre uno mismo».

Lao Tzu

Bianca

Cuando finalmente salimos del cuarto seguro, Rio nos recibe justo afuera de la puerta. Corro a sus brazos y lo rodeo fuertemente con los míos, inhalando su aroma para intentar calmar mi sistema sobreestimulado.

Sé racionalmente que debía haber flujo de aire allá abajo —aunque cómo la calidad se mantuvo decente fue algo que no le pregunté a los matones que me explicaran. Pero se sentía tan claustrofóbico y sofocante que era como si todos estuviéramos a punto de asfixiarnos. Es tan bueno estar libre. Y tener la cálida fuerza de Rio envolviéndome, aunque sea solo por un minuto o dos.

Espero que nunca tengamos que bajar allí de nuevo.

Angel está pálida y callada, lo cual es inusual en ella, y Susan se seca las lágrimas disimuladamente en la manta de Emilia mientras sale con mi hija en brazos. Todos nos quedamos de pie observando cómo Tony y Santo maniobran el cochecito de Emilia por las escaleras y lo sacan a la casa.

—¿Estás bien? —le pregunto a Rio en voz baja. Todavía no quiero alarmar a Angel, pero tengo que saber qué pasó—. Fue difícil allá abajo, sin saber lo que estaba sucediendo.

Rio me da un beso en la frente y me aparta mechones de pelo detrás de los hombros. Probablemente debería empezar a trenzármelo. O cortármelo. Siempre parece estar en el camino.

No sé por qué estoy pensando en mi pelo. Tal vez porque es más fácil que lidiar con la realidad de que la muerte ha vuelto a tocar a nuestra puerta. Literalmente.

El toque de Rio es suave, como si pudiera sentir mi angustia, y me apoyo en él.

—Todo está bien —dice—. Mi abogado hizo un pequeño milagro al enviar lejos de la finca a todo un pelotón de federales. Obviamente les habían dado el soplo sobre el agente muerto, pero mi equipo trabajó demasiado rápido y eficientemente como para que encontraran algo incriminatorio.

¿Cómo es eso posible? Frunzo el ceño y abro la boca para hablar, pero él levanta una mano.

—Confía en mí en eso. No había nada que pudieran encontrar, Bianca.

¿Qué hizo su equipo con la pobre Felicity? ¿Su familia se quedará preguntándose para siempre dónde está?

—Eh, Rio. ¿Le harás saber a sus seres queridos de alguna manera?

Rio se aparta y me estudia con el ceño fruncido, perplejo.

—Yo... ¿Por qué?

—Por favor. Imagina cómo te sentirías si yo simplemente desapareciera para siempre, aparentemente de la faz de la tierra. Sé que tú no la mataste, pero al menos dales la oportunidad de tener algo de cierre.

—Supongo que podría arreglar eso —suena desconcertado, como si mi petición fuera algo que nunca antes hubiera considerado.

—Gracias —es todo lo que puedo ofrecer a la agente, y por supuesto no es suficiente.

Trato de acallar la vocecita en mi cabeza que sigue susurrando: *¿Esto tiene que ver con Rina? ¿Es esto de alguna manera culpa de los Carlotti y nuestra loca y contaminada línea de sangre?*

Rio sigue hablando, usando un tono tranquilizador como si sintiera que estoy al borde de perder el control. Suena como yo cuando le hablaba a Angel antes, y reprimo una risa totalmente inapropiada.

—...Carnarvon hizo una especie de magia entre bastidores para hacer que los federales abandonaran su cacería. Tengo la intención de darle un aumento a partir de mañana.

Mis extremidades se llenan de una repentina y extraña letargia. ¿Me estaba manteniendo en pie antes la adrenalina? ¿Se ha agotado de repente? Siento que estoy a punto de desplomarme de alivio.

—Parece que se ganó el aumento.

Angel se aclara la garganta. Ha deambulado cerca y ha escuchado parte de nuestra conversación.

—Bianca estuvo increíble allá abajo —dice—. Me mantuvo calmada, Rio. Me hizo hablar sobre la escuela y los viajes para evitar que me asustara, aunque sé que probablemente estaba tan asustada como yo.

Rio coloca un dedo bajo mi barbilla y la levanta. Hay orgullo en sus ojos, y amor. Espero que pueda ver lo mismo reflejado en mí.

—Bianca *es* increíble —dice, y luego se inclina y me besa en los labios.

Sorprendentemente, sabe a whisky, y saco la lengua para lamerlo, apenas conteniéndome de gemir de placer.

Me encanta el sabor de mi marido. Con sabor a whisky o no. Ahora no es el momento de explorar eso, por supuesto, pero decido provocarlo un poco.

—¿Nosotras estábamos atrapadas allá abajo mientras tú estabas aquí arriba bebiendo, esposo?

Sé que lo que sea que haya pasado aquí arriba probablemente fue menos agradable que lo que estábamos enfrentando en el cuarto seguro. Todo lo que tuvimos que hacer fue sentarnos y esperar.

Él se ríe ligeramente.

—Es casi la hora de la cena, pajarito. El whisky es más que apropiado.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Estuvimos allá abajo tanto tiempo? Con razón mi estómago está rugiendo.

En realidad, la idea de comer algo en este momento me hace sentir mal, pero no puedo negar que mi estómago está protestando por su vacío.

Rio sonríe y me da un toquecito en la punta de la nariz.

—Me uniré a ustedes más tarde. Pero por ahora, debo ir a reunirme con Carnarvon. Estaremos en la sala de estar pequeña si me necesitas para algo.

Luego se inclina y me susurra al oído con una voz tan baja que sé que solo yo puedo oír las palabras.

—Estoy increíblemente orgulloso de ti, Bianca. Te amo.

Aprieto mis brazos con fuerza por un momento alrededor de su cintura, luego lo suelto.

—No te demores demasiado con tu reunión de negocios. Una esposa tiene necesidades, ¿sabes?

Angel de repente hace un ruido de arcadas, y el pequeño círculo de conciencia que se había reducido para incluir solo a Rio y a mí se expande una vez más para incluir a todos los presentes. Mis mejillas arden de calor al ver a la niñera y a los tres matones haciendo todo lo posible por apartar la mirada de nosotros.

Angel finge meterse los dedos en la garganta, y me río y me alejo de Rio.

—Vamos —enlazo mi brazo con el de Angel y le hago un gesto a Susan para que se una a nosotras con mi hija—. Poder femenino. Vamos arriba y tengamos una pequeña fiesta de celebración juntas en la suite de Emilia. Ha sido un día bastante de mierda, y lo superamos bien. Creo que todas nos merecemos un tiempo de descanso.

Cuando miro por encima de mi hombro, alcanzo a ver el rostro de Rio mientras se aleja de nosotras. La sonrisa indulgente que nos

había enviado desaparece como si nunca hubiera existido, y una sombría concentración toma su lugar.

No creo que se dé cuenta de que lo estoy observando. Endereza los hombros y camina a zancadas por el pasillo alejándose de nosotras, la línea de su cuerpo mostrando tensión y sus manos cerradas en puños a los costados.

En un segundo de hiperconciencia, recuerdo que nuestros problemas no han desaparecido.

Puede que esta tarde hayan sido «resueltos» por un abogado astuto y un equipo que sabe cómo ocultar las pruebas de un crimen, pero la amenaza a la seguridad y felicidad de nuestra familia aún persiste.

Y en ese momento fugaz, la tristeza casi me consume. Vacilo, perdiendo el equilibrio en el primer escalón y casi tropezando con mis propios pies antes de que Angel y Susan me enderecen y continuemos subiendo las escaleras.

Pero la verdad sobre mi futuro con Rio vuelve a estar clara en mi mente. La amenaza de violencia y muerte siempre estará presente, mientras siga casada con un jefe de la mafia.

Capítulo Veintitrés

«El mundo nos rompe a todos, y después, algunos se vuelven fuertes en las partes rotas».

Ernest Hemingway

Bianca

El crepúsculo ha llegado y se ha ido, y la noche se está asentando cuando salgo de la habitación de Emilia con la intención de bajar a buscar a Rio.

Mi hija finalmente está dormida, la niñera la está cuidando, y Angel acaba de retirarse a su habitación después de darme un gran abrazo y un tímido agradecimiento por ayudarla hoy.

La señora Jarvis nos envió bandejas con comida y bebidas, incluyendo dos tipos diferentes de deliciosas pizzas caseras, así como el obligatorio plato de puré de verduras y un biberón de leche para Emilia.

Pero no pude obligarme a comer más que un par de bocados. No dejaba de pensar en la agente, Felicity, y lo viva que estaba la última vez que la vi en ese paseo turístico en Boston. Apenas puedo equiparar ese recuerdo con el cadáver mutilado y ensangrentado que vi esta mañana.

Ella no se merecía eso.

Que yo me sentara y fingiera una familia feliz, leyéndole un cuento antes de dormir a Emilia mientras escuchaba a Susan y Angel charlar tranquilamente en el fondo, parecía absurdamente incorrecto. Noté cuando recogieron las bandejas después de la cena que las pizzas apenas se habían tocado. Parece que ninguna de nosotras tenía mucho apetito.

La casa está en silencio, pero en todas partes donde miro, los matones acechan en las sombras. Rio claramente ha aumentado la seguridad. Varios de ellos me siguen por las escaleras, y lanzo una

mirada por encima del hombro y niego con la cabeza cuando veo que mi guardaespaldas habitual, Mitch, es uno de ellos.

—¡Mitch! ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Él frunce el ceño. —Esta madrugada, señora. Estoy bien.

—Bueno, ¿sabes qué? Yo también lo estoy. Apenas puedo moverme sin tropezar con uno de ustedes. Por favor, solo voy a bajar a decirle buenas noches a Rio y luego coger un pequeño bocadillo de la cocina. Y después volveré aquí para meterme a salvo en la cama. Eso es todo, lo prometo.

—Pero, señora...

—Ve a montar guardia de nuevo fuera de la suite de mi hija. Por favor. —Miro más allá de él a los otros tres que están parados incómodamente en las escaleras—. Todos ustedes. Hay más guardias abajo, supongo.

El matón detrás de Mitch asiente con aire de mala gana, y extiendo mis manos.

—Así que estoy bien. Vuelvan a sus puestos. Protejan a mi hija.

Gracias a Dios que al final me escuchan. Esto es exagerado, y si sigue así, con un matón cada tres metros más o menos, todos acabaremos completamente locos después de unos días.

Deambulo por la casa hacia la pequeña sala de estar en la parte trasera donde Rio dijo que se reuniría con Carnarvon. Eso fue hace un rato, pero todavía puedo escuchar el murmullo bajo de voces al otro lado de la puerta.

Llamo y asomo la cabeza en la habitación ante la seca orden de Rio de entrar. Hay papeles esparcidos sobre la mesa de café entre él y su abogado. Una cafetera tres cuartos vacía está sobre la mesa junto a dos tazas usadas, y un plato de galletas azucaradas permanece aparentemente intacto y apartado a un lado.

Rio está en mangas de camisa, sin corbata, y su pelo normalmente impecable está un poco alborotado, como si se hubiera pasado la

mano por él demasiadas veces. Se ve cansado y harto.

Carnarvon, por otro lado, se ve tan pulcro y apropiado como siempre, todavía con chaqueta de traje y corbata, y con sus gafas posadas en lo alto de su nariz.

—Me voy a la cama pronto, Rio. ¿Tardarás mucho más aquí?

Él se frota la nuca y gira la cabeza de un lado a otro, estirando los músculos. —Terminaremos aquí pronto, Bianca.

—De acuerdo. —Asiento hacia el abogado—. Buenas noches. Supongo que nos veremos en el desayuno.

—Buenas noches, señora Agosti. Sí, nos vemos entonces.

Me cuelo y cojo rápidamente una galleta del plato con una sonrisa rápida a Rio antes de dejarlos con lo suyo. Me dirijo a la cocina, planeando coger un vaso de leche. Todavía no tengo hambre, pero necesito comer algo para mantener mis fuerzas. Las galletas y la leche son algo que mi delicado estómago probablemente tolerará.

La cocina está vacía, los mostradores limpios. La señora Jarvis debe haberse retirado por la noche. Hay una luz encendida sobre el mostrador central encima de la cocina, y un cuadrado de luz se derrama desde la despensa del mayordomo. El resto de la habitación está a oscuras.

Me hundo en una de las sillas de la mesa y le doy un mordisco a mi galleta antes de pasar los dedos de mi otra mano sobre la suave superficie de madera del comedor.

La última vez que me senté aquí con Rio y su familia parece hace una eternidad. Estaba llena de esperanza por el futuro en esa cena, decidida a traer una porción de "normalidad" a la vida de Rio.

Puede que haya sido solo hace unos días, pero ahora mismo, la esperanza por el futuro es mucho más difícil de mantener en mi corazón. Solo me siento cansada, como si no tuviera la energía para seguir huyendo de cualquier amenaza que probablemente se cruzará en nuestro camino a continuación.

Termino mi galleta y apoyo la cabeza sobre la superficie de la mesa, cerrando los ojos y simplemente disfrutando de la soledad por un minuto o dos. Pensando en el pasado. ¿Realmente fue hace menos de dos años que todavía era Bree Walker, trabajando en el rescate de animales y planeando tomar un martini de espresso con Dave y Shelley por mi vigésimo quinto cumpleaños?

Me río ligeramente y levanto la cabeza antes de abrir los ojos y soltar un suspiro.

Nunca en un millón de años habría imaginado entonces que mi vida me llevaría a esto.

Pero amo a Rio y a mi hija más que a nada, y voy a tener que encontrar una manera de sobrevivir en este mundo despiadado, avanzando. Porque no quiero dejarlo. Ya no. Sería como cortarme la mitad de mi propio corazón hacer algo así ahora.

Un pequeño sonido proveniente de la despensa del mayordomo llama mi atención, y ahogo un gemido antes de ponerme de pie. Mi soledad fue demasiado efímera. ¿Será un matón, que bajó como yo para tomar un bocado rápido antes de volver a su puesto, o será la cocinera terminando su trabajo para la noche?

—¿Señora Jarvis? —llamo mientras me dirijo hacia la despensa, pero no hay respuesta.

Solo un silencio ominoso.

Mi corazón empieza a acelerarse mientras que, paradójicamente, mis pies se ralentizan. Me detengo, observando el cuadrado de luz que emana de la puerta y preguntándome si me habré imaginado el sonido.

—¿Hola?

Nada.

De acuerdo. Esto no pinta bien. Comienzo a retroceder tan silenciosamente como puedo, pero solo logro avanzar unos metros antes de chocar contra el borde de la encimera central. Y en ese

momento, una forma sombría aparece en la entrada antes de dar un paso al frente para mostrar su rostro.

Sonriéndome como si mi aparición hubiera alegrado su día.

No es un matón. Ni por asomo. Y definitivamente no es la señora Jarvis.

Rina Carlotti está allí en mi cocina, sonriéndome, y en su mano derecha blande el cuchillo de chef más grande que he visto jamás.

Capítulo Veinticuatro

«Un falso amigo y una sombra solo aparecen cuando brilla el sol».

Benjamin Franklin

Rio

He pasado las últimas dos horas hablando con Carnarvon sobre una serie de problemas que han surgido recientemente en mis negocios en Catania. El ama de llaves nos trajo la cena y las bebidas en bandejas hace un rato, y terminamos comiendo mientras trabajábamos.

Carnarvon me alertó sobre algunas nuevas restricciones comerciales que podrían afectar el flujo de productos a través del puerto local, y hemos analizado varias opciones para sortear eso.

Los negocios allí son en gran parte legítimos, sin embargo, y no ha habido nada en la discusión hasta ahora que no pudiera haberse abordado por teléfono o correo electrónico.

Mientras intenta pasarme otro contrato para firmar, alguien llama a la puerta.

—Adelante —digo en voz alta, preguntándome si es el ama de llaves que vuelve para recoger las bandejas.

Bianca asoma la cabeza, preguntando cuánto tiempo más estaremos.

Mi dolor de cabeza es peor que antes, y me duelen el cuello y los hombros de estar inclinado sobre esta infernal mesa de café.

Me froto la nuca y estiro el cuello, tratando de aliviar los calambres.
—Terminaremos pronto, Bianca.

—De acuerdo. —Le desea buenas noches a Carnarvon y luego entra corriendo para llevarse una galleta de la bandeja.

Pequeña pícara. Mi miembro se agita cuando me lanza una sonrisa, pero reprimo el deseo, prometiéndome que tendremos tiempo juntos más tarde. Ahora, necesito averiguar qué es lo que realmente quiere Carnarvon.

Me reclino en el sofá fingiendo relajación. —Dime —digo en un tono conversacional—. ¿Por qué estás aquí, Carnarvon? ¿Qué es lo que no se podía decir por teléfono?

—Ah. —Él también se reclina, dejando caer el contrato que tenía en la mano sobre la mesa de café entre nosotros y quitándose las gafas para frotarse los ojos. Cuando se las vuelve a poner, suelta un pequeño suspiro—. He estado tratando de encontrar la manera de decírtelo, pero no hay una forma fácil, así que lo diré directamente. Tu segundo al mando, Michael Danelli, ha estado tomando algunas decisiones extrañas últimamente, así que me tomé la libertad de investigar su comportamiento.

Mi pulso se acelera, pero me quedo quieto, sin querer mostrarle a mi abogado que su revelación me perturba. Todavía no sé con certeza si Danelli es el traidor, pero suena cada vez más probable.

—¿Y qué has encontrado?

—He encontrado varias anomalías, señor. Lamento ser yo quien le traiga esto a su atención, pero creo que su segundo al mando podría estar filtrando información a alguien fuera de la organización Agosti.

—Ya veo. —El silencio cae en la habitación mientras proceso sus palabras.

Cuanto más lo considero, más sentido tiene. Alguien desde dentro está trabajando para mi enemigo. Y sin embargo...

Escucho mi instinto, y no puedo verlo. Genuinamente no puedo verlo. No Danelli.

No tengo amigos reales, nunca los he tenido ni probablemente los tendré en este mundo. Pero Danelli siempre ha sido lo más cercano a un amigo que tendré en esta vida. Algo en mi interior me dice que Danelli no es nuestra rata residente.

Pero entonces, ¿quién es? Y ahora, con la revelación de Carnarvon, ¿cómo puedo ignorar la posibilidad de que esté equivocado?

¿He estado dirigiendo a mi familia *hacia* el peligro todo este tiempo, en lugar de protegerlos de él?

—Necesito más, Carnarvon. Necesito evidencia que respalde esa afirmación. ¿Tienes alguna?

—Desafortunadamente, sí la tengo, señor. —Se inclina hacia adelante y revuelve algunos de los papeles en el escritorio, luego hace un ruido de *tsk* entre los dientes y se vuelve en cambio hacia el maletín que está sentado en el sofá a su lado—. Sabía que requeriría pruebas, y las he traído conmigo. Lo siento mucho, señor. Realmente lo siento por esto.

Gruño sin comprometerme, y mientras espero que produzca su evidencia, mi mirada cae sobre el desorden de papeles que ya está en la mesa. El contrato que quería que firmara está encima. Mi ojo capta el logotipo en la base de la página.

M. C. Carnarvon & Hijo.

Me quedo inmóvil, aunque mis pensamientos se aceleran a lo que parece un nivel de velocidad warp. El nombre de pila de Carnarvon es Miguel. He pasado tantos años refiriéndome a él por su apellido que no recordé ese hecho hasta este mismo momento.

Mi monstruo interior levanta la cabeza, gruñendo suavemente en lo profundo de mi ser. Apoyo un tobillo sobre mi rodilla, la acción acercando mi funda de tobillo a mis manos expectantes.

—Dime, Miguel. —Mantengo un tono pseudo-amistoso, pero en el momento en que uso su nombre de pila, Carnarvon se congela—. ¿Cuánto tiempo llevas en la nómina de Rina Carlotti?

Deja de revolver papeles y se vuelve lentamente para mirarme, palideciendo cuando ve el arma que he deslizado silenciosamente en mi mano y apuntado directamente a su pecho.

—No fallaré desde esta distancia. Y ni siquiera seremos interrumpidos. Tengo el silenciador puesto, ¿ves? —Toco la pieza al

final del arma—. Tienes diez segundos para decirme la verdad, Miguel.

—Rio, por favor...

—Nueve segundos. No, ahora son ocho.

—Espera. Yo...

—Siete.

—Sí, es cierto. Pero no me dispare, por favor. Es mi hijo, señor. La vida de mi hijo está en juego. Tengo que protegerlo. Usted sabe lo que es eso. Por favor... —Agita las manos frenéticamente, pareciendo que está a punto de devolver la cena.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto de nuevo.

—Desde que encontró a la chica Carlotti desaparecida —admite, y parpadeo un par de veces, sin haber esperado que el engaño se extendiera por tanto tiempo.

—Rossi se acercó a mí poco después de que la secuestrara. Dijo que tenía un plan en marcha para derrocarlo, y que si tenía éxito, me contratarían y tendría más dinero del que sabría qué hacer por el resto de mi vida.

Mi dedo se contrae en el gatillo, y los ojos de Carnarvon bajan y vuelven a subir a mi cara.

—¡Dije que no! —Prácticamente grita las palabras antes de desplomarse en la silla. Es la primera vez que he visto al hombre desconcertado—. De verdad, dije que no.

—Pero eventualmente dijiste que sí.

—Lo hice —admite—, pero no hasta que amenazaron a Rico. Mi hijo. No directamente, por supuesto, pero lo prepararon, consiguieron video y fotos de él en algunas situaciones extremadamente comprometedoras. Dijeron que lo publicarían en canales de medios de todo el mundo, así como en redes sociales. El chico estaría arruinado, Rio. No tuve elección. Créame, lo que tenían sobre él era...

Carnarvon se estremece. —Era muy malo.

El abogado se encarga de gran parte de mi trabajo sucio. Lo que sea que tengan sobre su hijo debe ser extremo.

Entiendo su motivación, pero la realidad es que sus acciones ponen en peligro a *mi* familia. Y eso es algo que no puedo perdonar. Carnarvon conoce las consecuencias de eso tan bien como yo. Pero parece que aún está dispuesto a intentar suplicar por su vida.

—Haré cualquier cosa, señor, cualquier cosa, por favor...

—¿Dónde está Rina Carlotti?

Abre y cierra la boca un par de veces, luego se desliza del sofá y cae de rodillas al suelo. Sus manos se juntan en posición de oración, y me mira con terror en su expresión.

—¿Dónde?

Hay una sensación nauseabunda en mi estómago que me dice que me mueva.

—¿*Dónde*? —rujo la pregunta, poniéndome de pie de un salto y parándome sobre él, y se estremece.

—Está aquí. Lo siento, señor. Vino conmigo en el helicóptero hoy. La dejé entrar a la casa antes de nuestra reunión. No sé dónde está ahora, pero sospecho que va a ir tras...

Pum, pum, pum.

Carnarvon ya no existe.

No tengo tiempo para lidiar con el desastre ni procesar la pérdida de alguien en quien confiaba implícitamente. Salgo corriendo por la puerta, gritando mientras voy para que la seguridad se forme y me siga. Me dirijo hacia las escaleras cuando un grito ensordecedor erupciona desde la dirección de la cocina.

Mi corazón casi se detiene cuando reconozco la voz de Bianca. Giro, corriendo tan rápido como puedo en esa dirección. Pero el grito continúa, sin cesar.

Capítulo Veinticinco

«Tan pronto como confíes en ti mismo, sabrás cómo vivir».
Johann Wolfgang von Goethe

Bianca

—Hola, querida hija. Qué casualidad encontrarte aquí esta noche. Como ves, esta vez hablo en inglés, no en italiano, porque ahora sé que el querido Carlos decía la verdad todo este tiempo. Has renegado de tu sangre. *La famiglia*. Has *escupido* sobre nuestra familia y nuestro patrimonio. Y por ese pecado, querida *hija*, vas a morir.

—Rina —mi voz sale sin aliento mientras el shock aprieta mis cuerdas vocales y amenaza con congelar la sangre en mis venas.

¿Cómo demonios entró aquí sin ser vista?

Hay matones por *todas partes*. Excepto aquí, obviamente, justo donde necesito uno.

No puedo apartar la vista del cuchillo. ¿Es uno de los nuestros, cogido de la despensa, o lo trajo ella?

¿Qué importa de dónde vino?

La verdadera pregunta que debería hacerme es cómo demonios voy a salir de aquí con vida.

Llevo una mano al pecho. *Respira. Y piensa*. Sea lo que sea que esté sintiendo, no puedo mostrarle ningún signo de debilidad. Se alimentará de ello.

Se ríe y agita el cuchillo. La luz del mostrador central se refleja en la enorme hoja plateada.

—Veo que estás fascinada por esta cosa —dice—. Yo tampoco pude resistir su atractivo cuando lo vi allí en su estuche especial.

Mueve la cabeza hacia atrás en dirección a la despensa del mayordomo y luego hace una mueca.

—Siempre lo mejor para tu marido, por supuesto. Su enorme base de poder. Su alcance efectivo. Su *esposa*, nada menos que una princesa Carlotti. Incluso sus malditos cuchillos. Solo Rio Agosti tendría una hoja Nesmuk de acero de Damasco en su cocina. ¿Sabes cuánto vale esto, mi querida niña? Ochenta mil dólares, más o menos.

Está diciendo tonterías. Debe ser así. Los cuchillos no cuestan tanto.

—Eso es mucho —murmuro, tratando frenéticamente de pensar qué decir para distraerla.

Si grito y corro, ¿me alcanzará antes de que lleguen los matones? ¿Dónde diablos están?

Da un par de pasos hacia mí, y yo retrocedo bruscamente, escabulléndome alrededor del mostrador para ponerlo entre nosotras. Solo que ella también se apresura, y de alguna manera, ahora he puesto el mostrador entre yo y la salida.

Rina está bloqueando la salida.

A la mierda. Tomo aire para gritar, y ella rápidamente levanta el cuchillo, ajustando su agarre en el mango.

—Yo no lo haría si fuera tú, querida. Soy muy, muy buena lanzando cuchillos. Posiblemente más hábil que mis habilidades para apuñalar. ¿Sabías que los cuchillos son mi arma preferida?

—Yo... No. No lo sabía.

—He amado los cuchillos desde que era una niña pequeña. Mi padre me enseñó a usarlos. Habría usado uno felizmente con Stefano el día que lo maté. Quería cortarle su estúpida garganta adúltera, pero Carlos no me dejó. Dijo que sería demasiado obvio. Me hizo usar el dispositivo explosivo en su lugar para que la gente no supiera que fui yo.

¿Quién diría que Carlos Rossi acabaría siendo el normal en su relación?

Apenas puedo apartar los ojos de ella mientras habla, pero tengo que encontrar algo para usar como arma...

Me arriesgo a mirar alrededor, pero las encimeras están limpias como una patena, gracias a la Sra. Jarvis y su inmaculada limpieza. No hay nada aquí que pueda usar excepto mi ingenio y mis manos desnudas.

Mis manos desnudas son inútiles y no están entrenadas en ningún tipo de habilidad de lucha. Y mi ingenio actualmente me está fallando debido al temor que detiene mis pensamientos en un solo bucle repetitivo.

Hoy es el día en que muero... o mi madre muere a mis manos. Ninguna opción es aceptable, y sin embargo el resultado parece inevitable.

—Armas... bah —Gira la cabeza y escupe en el suelo a su lado, y yo aprovecho los dos segundos de gracia para mirar debajo del mostrador.

El estante de abajo está abierto y solo contiene un par de jarrones de cristal.

Pero su atención vuelve a estar sobre mí una vez más.

—Las armas son para los hombres. Hombres estúpidos. Siempre disparándose entre ellos con sus armas símbolo fálico para demostrar lo viriles y enormes que son sus penes.

Parpadeo y trago con fuerza mientras surge en mí el loco impulso de reír. Dios mío, ¿qué me pasa? ¿Por qué siempre quiero reír en los momentos más inapropiados?

—Deberían simplemente salir y comprar autos deportivos —añade.

—Esa... um... es una observación interesante, madre —Tal vez pueda canalizar un poco de Nicky aquí. Él usa "hermano" cuando quiere que Rio esté de su lado.

¿Puedo alcanzar uno de esos jarrones y lanzárselo? Retrocedo un poco, posicionándome mejor para agarrarlo tan pronto como surja una oportunidad.

—Pero los cuchillos... —continúa, ignorando mi movimiento y acercando la hoja a su rostro para acariciar su propia mejilla—. Son tan cercanos y personales, ¿no crees, Bianca?

—No lo había... eh... pensado mucho, pero tienes razón, por supuesto. Muy personal. Um, ¿cómo encontraste nuestra ubicación, madre?

Me duele llamarla así, pero si eso hace que dude aunque sea por unos segundos antes de lanzar ese cuchillo y atravesarme el corazón... o abalanzarse con él y cortarme la garganta...

Como presumiblemente hizo con Felicity Ramirez.

—¿Mataste tú a la agente federal, madre?

—No hay necesidad de que sigas llamándome así, querida. Y no, mi querido amigo Miguel arregló ese asunto para distraer a tu marido de mi entrada en el helicóptero. Una distracción, una que tenía la posibilidad de causar problemas a Agosti si los agentes federales hubieran hecho bien su trabajo, pero no importa. Esa no era la verdadera motivación.

Miguel. ¿Quién demonios es Miguel? ¿Cuál de los hombres de Rio se llama Miguel? Conozco muchos de sus nombres ahora, pero no todos. *Mierda*. Tengo que avisarle a Rio.

Entonces lo que dijo penetra en mi mente.

—Espera. ¿Viniste... en el helicóptero? Pero... Carnarvon vino de esa manera.

—Así es. Conmigo. El encantador Miguel Carnarvon, que estaba tan abierto a ser chantajeado, gracias a ese hijo inútil y retorcido suyo.

Oh, Dios mío. Rio está en la otra habitación con Carnarvon ahora mismo. La náusea se revuelve en mi estómago. De alguna manera,

tengo que salir viva de esta cocina. Para poder advertirle. Doblo ligeramente las rodillas, preparándome para lanzarme por el jarrón.

—Madre, yo-

—Deja. De. Llamarme. Así —sus ojos destellan con ira repentina, y yo retrocedo un poco—. Sí, técnicamente te di a luz, y estaba tan feliz cuando Agosti te encontró, la princesa perdida de la mafia. Pensé que había una oportunidad de que pudiéramos ser una familia otra vez.

—Pero ambas sabemos que ahora has renunciado a tu derecho de llamarte una Carlotti. Eres una Agosti, de pies a cabeza, y como tal, es hora de que mueras.

Me lanzo hacia el jarrón más cercano y lo arrojo por encima del mostrador con un movimiento digno de un jugador de béisbol. La base pesada golpea la mejilla de Rina, y ella grita.

Me giro para pedir ayuda a gritos, pero en su lugar, mis piernas ceden inesperadamente. Caigo al suelo, mirando mi cuerpo con incredulidad y conmoción.

Resulta que ella fue más rápida que yo.

El mango del cuchillo sobresale de mi brazo, justo por encima del codo. La punta afilada asoma por el otro lado. Me ha dado. La hoja ha atravesado mi brazo por completo.

El shock me paraliza por un segundo, y luego me muevo, rodando sobre mis rodillas y usando mi mano buena para ponerme de pie otra vez. No puedo sentir nada en el brazo apuñalado. Está entumecido, y en algún nivel de mi conciencia, supongo que eso es bueno porque estoy segura de que va a doler como el infierno más tarde.

Rina me observa mientras me levanto, sujetando su mejilla, y yo la miro con cautela, preguntándome si tiene otra arma oculta en alguna parte de su cuerpo.

—Maldición —susurra, más para sí misma—. Fallé.

Mi cerebro se pone en marcha, y abro la boca para gritar pidiendo ayuda. Ya no hay necesidad de preocuparse por el cuchillo grande.

Yo lo tengo. En mi cuerpo.

Suelto un grito ensordecedor, y mantengo el sonido, sin detenerme incluso cuando Rina se da la vuelta y comienza a correr hacia la salida más lejana en la esquina opuesta de la habitación. Se tambalea un poco, como si el golpe en su cara hubiera afectado su equilibrio, pero está casi en la puerta que conduce al área de alojamiento del personal, que es un verdadero laberinto de lugares para esconderse.

No, zorra. No tan rápido.

Vagamente, soy consciente de rugidos y gritos detrás de mí y del sonido de pasos retumbantes. Los matones están llegando. Demasiado tarde.

No puedo esperar por ellos, ni pensar, más allá de saber que tengo que detenerla. Simplemente tomo el mango del cuchillo, lo saco de mi brazo y lo arrojo a la espalda de mi madre que huye. Contra todo pronóstico, le da cerca del omóplato derecho. Ella tropieza y luego cae al suelo.

Me tambaleo hacia su cuerpo inerte, ignorando la sangre que comenzó a brotar de mi herida cuando retiré el arma. *Ya me ocuparé de eso después.*

Caigo de rodillas junto a Rina y agarro el cuchillo con mi mano buena. Cuando tiro, ella gruñe, pero sale mucho más fácilmente de lo que esperaba. Un punto a favor de los cuchillos caros.

Ella se gira, agarrándose el hombro, y veo la mancha de sangre creciendo en la parte delantera de su camisa blanca bajo su mano.

Debería haberse puesto algo negro, pienso, preguntándome si estoy perdiendo la cabeza. *Mejor para la vida en la mafia*.

Mi sangre gotea, mezclándose con la suya mientras ambas respiramos pesadamente en un empate temporal. Sangre Carlotti, mezclándose. La mía es suya, y la suya ahora contiene la mía.

Coloco una rodilla sobre su estómago para mantenerla en su lugar, pero ella está sangrando tanto como yo y supongo que no tiene mucha fuerza para intentar moverse todavía. Empiezo a reír, incluso cuando mi visión comienza a volverse gris en los bordes. —Resulta que también soy una natural con el cuchillo.

Y ahora, de todos los momentos, ¿por qué ahora?, mi brazo comienza a arder.

—Debería haberte puesto en el coche con tu padre —susurra con dureza—. Y haber visto cómo ardíais juntos. Eres una traidora a tu familia, Bianca. Y no eres hija mía.

Intenta escupirme pero no lo consigue del todo. La saliva simplemente se desliza por el costado de su cara. Me inclino y se la limpio con la hoja del cuchillo.

Su mirada se ha vuelto perturbada, como si supiera que es el final del camino para ella, y estuviera perdiendo el poco control de la realidad que le quedaba. Se le ven los blancos alrededor de sus iris oscuros, y su boca está apretada en una fina línea. Sus ojos se mueven de un lado a otro, calculando. Buscando su oportunidad para matarnos a todos.

—No te dejaré... escapar... —Caigo de lado, de repente incapaz de distinguir dónde está arriba, y aterrizo en un par de brazos fuertes que me agarran y me sujetan con firmeza.

—Rio —lo miro, parpadeando cuando su cara entra y sale de foco—. Y los matones —Parece haber cientos de ellos aquí, apiñándose detrás de Rio—. Siempre los matones. Hoy llegaron tarde. Tarde. Caballeros... conozcan a mi mami...

Empiezo a reír de nuevo cuando mis palabras se distorsionan y luego gimo cuando el dolor en mi brazo crece hasta un nivel insoportable.

—Duele —gimo, y los brazos de Rio me aprietan ligeramente.

—Estamos consiguiendo ayuda, pajarito. El médico está en camino. Aguanta, mi amor. Sé fuerte.

Mi madre empieza a reír, sonando exactamente como yo. Somos como dos gotas de agua, ella y yo. Excepto que yo no soy como ella. No quiero ser como ella de ninguna manera.

—Qué conmovedor —se burla—. Los tortolitos Agosti, retozando en toda la sangre y la carnicería.

—Dame el cuchillo, Bianca —dice Rio suavemente en mi oído.

Intenta quitármelo de mi puño apretado, pero yo lo aparto, sin dejarlo.

—Uh-uh. Tengo que matarla. Tengo que deshacerme de este monstruo, Rio. Antes de que ella se deshaga de nosotros.

—Lo sé, mi amor. Lo haremos. *Yo* lo haré. Lo haré por ti. Por mis padres. Por Francine. Por todos nuestros muertos y heridos.

Niego con la cabeza otra vez, tratando de luchar contra la oscuridad que se acerca. —*Mi* mami. *Mi* lío. Tengo que...

—Bianca —Esta vez cuando Rio alcanza el cuchillo, no me quedan fuerzas en los dedos para detenerlo—. Si te dejo matar a esta mujer, mi amor, destrozará tu alma en dos. Déjame hacerlo por ti. Porque te amo.

Parpadeo de nuevo, segura de que mi visión se ha desintegrado. Porque parece que Rio tiene lágrimas en los ojos, y mi marido nunca llora. Excepto aquella vez en la piscina. Y me aseguré de que nadie más lo viera. A menos que mi memoria me esté jugando una mala pasada mientras mi cuerpo se desmorona.

Porque realmente no me siento nada bien...

—Lo hacemos... —me concentro y finalmente logro sacar la palabra de mi boca—. Juntos.

Amor y compasión brillan en los ojos de Rio, y asiente suavemente, luego me ofrece el cuchillo.

Pongo mi mano buena sobre la suya pero luego aprieto los dedos, dudando. Esta es mi madre. Estoy a punto de cruzar un puente

hacia un lugar del que nunca podré regresar. La duda me invade, y levanto mi mano de la suya.

—Quizás no... No creo que pueda...

—No pasa nada, cariño. Te tengo.

—Te maldigo, Bianca Agosti —mi madre me lanza esas palabras repentinas a la cara—. Y maldigo a tu marido y a todos los que amas. Y sobre todo, maldigo a tu hija, Em-

La mano de Rio se hunde con el cuchillo, directo en la garganta de Rina, impidiéndole terminar de pronunciar el nombre de nuestra hija. Muere al instante, la luz de locura abandonando sus ojos, con solo un pequeño gorgoteo y un leve borbotón de sangre derramándose por su boca.

Miro fijamente el cuchillo con Rio aferrando el mango. Y mi mano sujetando la de Rio. ¿Cuándo volví a poner mi mano sobre la suya?

No me importa. Se ha ido. Y estamos a salvo.

Nuestra enemiga ha sido eliminada, y lo hicimos juntos. Y al hacerlo, le dimos a nuestra familia una oportunidad más de vivir un día más.

La oscuridad me envuelve entonces, y mientras caigo en la inconsciencia, me pregunto si ahora tengo un monstruo interior igual que el de Rio.

Capítulo Veintiséis

«El odio nunca puede ganar un corazón, solo el amor puede hacerlo».

Debasish Mridha

Rio

Apenas puedo soportar dejar a Bianca fuera de mi vista. Casi muere por la pérdida de sangre, y el dolor en mi corazón cuando pensé que iba a perderla...

Nuestro médico de campo hizo lo mejor que pudo, como siempre hace por nosotros, pero al final, no pudo hacer lo que necesitaba en nuestra casa, y tuvo que ser trasladada en helicóptero al hospital privado de la organización Agosti al norte de Boston.

Fue pura suerte que el helicóptero y el piloto aún estuvieran en las instalaciones, gracias a Carnarvon, así que de una manera extraña, él y Rina salvaron la vida de Bianca. Pasó tres días en la unidad de cuidados intensivos del hospital, conmigo a su lado, antes de ser trasladada a una habitación general, donde se alegró de descubrir que su guardaespaldas Lee aún se estaba recuperando solo dos puertas más allá de su propia habitación.

Estaría celoso de su incipiente amistad si no estuviera tan seguro de que Bianca me ama tanto como yo la amo a ella. Y, por supuesto, el hecho de que Leon tenga más probabilidades de salir con uno de mis guardaespaldas masculinos que con una mujer. Eso ayuda a frenar mis celos. Un poco.

Ella se aferra a mí todo el tiempo como si yo fuera su persona de apoyo. Me hace querer ser mejor, y más grande, y más fuerte, simplemente porque ella lo necesita. Quiero ser su todo, de la manera en que ella se ha convertido en el mío.

Ahora que está en casa, de vuelta en la casa aquí en Brookline que hemos decidido hacer nuestra residencia principal, me encuentro

siguiéndola como un cachorro enamorado. Patético, por supuesto. Pero no lo tendría de otra manera.

Ella es mi sol, mi luna y mis estrellas, todo en uno, como dicen los libros y las películas.

Nunca creí en el amor, no completamente, hasta que casi la pierdo.

Mientras aún estaba en el hospital, y entraba y salía de la consciencia, le prometí a Bianca que me encargaría de reubicar el refugio de animales que estábamos construyendo junto al río en la propiedad adyacente aquí en Brookline.

Mi nuevo abogado, el tío de Dana, ya ha iniciado el papeleo para comprar el terreno a los actuales propietarios de al lado, así como obtener los permisos necesarios. Bianca tendrá mucho para mantenerse ocupada en el futuro. Cuando esté lo suficientemente bien.

Ahora mismo, acurrucada en nuestra cama con su cabello cayendo sobre sus hombros, sin maquillaje, y sus pecas brillando sobre su nariz, nunca la he amado ni deseado más. Pero estoy tratando de contener mi deseo porque ella necesita descansar más de lo que necesita mi codicioso miembro.

—¿Vas a unirte a mí esta noche? —Suena frustrada, y frunzo el ceño ante su tono petulante.

He estado durmiendo con ella, pero encima de las sábanas para poder estar cerca y sostenerla en mis brazos, pero no seré tentado a tocarla de manera íntima.

—Todavía te estás recuperando, Bianca...

—Rio. *Ya* estoy recuperada. Estoy entera y estoy bien, al menos físicamente. Mentalmente... Bueno, ya sabes. Eso llevará un tiempo, pero veré a ese consejero con el que me pusieron en contacto en el hospital la próxima semana. —Suspira ruidosamente—. Honestamente, si no te metes en esta cama y haces el amor conmigo esta noche, yo... yo...

—¿Tú qué, pajarito?

—Pediré un juguete sexual en línea, y luego nunca te necesitaré de nuevo.

Eso no es lo que esperaba que dijera.

—Bueno. —Me quito los bóxers que iba a usar para dormir y luego levanto las sábanas y me deslizo debajo de ellas con ella, desnudos juntos por primera vez en un tiempo—. Siempre eres muy bienvenida a comprar un juguete sexual, pero no se te permitirá usarlo a menos que yo esté allí para dirigir su uso.

Ella se desliza y me envuelve con sus brazos y piernas, aferrándose como una lapa. Su piel contra la mía está cálida, y hay un aroma limpio que emana de su cabello que me hace cosquillas en las fosas nasales y me calma.

Bianca huele a hogar.

—No quiero algo rudo, o rápido, o sucio esta noche —dice ella—. Solo te quiero a ti, Rio. Gentil. ¿Por favor?

Nos giro hacia un lado para que estemos frente a frente y luego deslizo mis dedos en su cabello para acunar la parte posterior de su cabeza. La acerco y reclamo su boca en un beso lento y delicioso.

—¿Así? —pregunto cuando libero sus labios.

La beso de nuevo y luego me balanceo contra su cadera, manteniendo mi movimiento suave aunque mi pene ya está duro solo por estar en proximidad a su hermoso calor. Mi estómago da un vuelco cuando ella presiona su pelvis contra mí, empujando su monte contra la parte superior de mi pierna y frotándose suavemente.

—Oh, sí —suspira, y nos mecemos suavemente de un lado a otro el uno contra el otro mientras el placer se extiende por mí—. Justo así.

El aumento del deseo es lento y constante, el calor y la pesadez entre mis piernas no menos intensos que siempre con Bianca. De hecho, la profundidad de mi necesidad parece mayor esta vez, el fuego extendiéndose por mis venas para abarcar cada célula de mi cuerpo. Me deleito en la sensación de sus dedos explorando mi

espalda mientras comienzo a acariciar y explorar sus curvas a cambio.

—Pensé que te había perdido, *mia cara* —murmuro, presionando besos en sus ojos ahora cerrados, los bordes de su boca, y luego bajando por la línea de su cuello hasta su pecho.

Levanto una mano y acaricio su pezón antes de pellizcarlo entre mi pulgar y mi índice. Ella se estremece debajo de mí y suelta un gemido, su sexo dejando un rastro de humedad a través de mi cadera y mi ingle mientras se mueve un poco para alinearnos más exactamente.

—Nunca me perderás —dice ella, levantando una de sus piernas más alto alrededor de mi cintura y abriendo su sexo ampliamente. Lista para mí—. Te amo, Rio.

—Y yo te amo a ti, pajarito. Tú posees mi corazón.

Ajusto mis caderas y empujo la cabeza de mi miembro dentro de ella, la entrada sin esfuerzo y perfecta.

Ella gime y se presiona hacia abajo, alentando a cada centímetro de mí a encontrar su camino a casa. —Tú posees mi corazón y mi cuerpo. Soy tuya, Rio. Siempre.

Cuando comienzo a moverme, empujando hacia adelante y hacia atrás dentro de ella, suelta otro pequeño gemido que desgarra mis entrañas y afloja mi control.

—Te siento —gime ella—, muy dentro de mí. Justo en mi centro, Rio. Oh, sí, eso es perfecto... Por favor, no pares...

El apretón de su sexo alrededor de mi miembro es la señal para que me deje llevar por completo, y mientras ella comienza a estremecerse en mis brazos y a gritar su liberación, me uno a ella en el clímax, gruñendo profundamente en mi garganta mientras la oleada de calor y pesadez estalla desde mi miembro y mi orgasmo me hace añicos.

Más tarde, mucho más tarde, cuando volvemos a la tierra, beso su hombro desnudo y le doy un pequeño mordisco allí. —La próxima

vez, mi hermosa esposa, por favor no retires el cuchillo de ninguna herida. Eso ayudará a contener el sangrado.

Ella se sacude con una risa repentina. —¿La próxima vez? Por favor, Dios, que pase algún tiempo antes de que haya una próxima vez. Si es que la hay. —Deja de reír y se apoya sobre su codo, mirando mi rostro con una expresión repentinamente seria—. Rio, hay algo que necesito decirte.

—¿Oh? —Paso suavemente mi pulgar por sus labios, disfrutando de su exuberante plenitud y el color rosa ligeramente más oscuro que siempre parece surgir después de hacer el amor—. ¿Qué es, Bianca?

Ella sonríe tímidamente y luego toma una de mis manos y la lleva hacia abajo para cubrir su abdomen. —Espero que estés listo para esto.

Levanto las sábanas y miro fijamente su vientre suavemente curvado. —¿Estás... Estamos...

Ella asiente, y es como si el sol acabara de atravesar las nubes en un día tormentoso.

Mientras la realización de lo que me está diciendo amanece, la oscuridad en mi mundo retrocede un poco más. Por primera vez en lo que parece una eternidad, hay una esperanza genuina en mi corazón por la alegría que el mañana podría traer.

***

Espero que hayas disfrutado la trilogía *Enemigos Oscuros*. Si es así, por favor considera dejar una reseña en tu lugar de compra.

Estate atento a *Heredero Imprudente,* la historia de Nikolas y Daniela, el primer libro del dúo *Votos Oscuros*.

Sobre la autora

Zoe Delaney es el seudónimo de suspenso romántico contemporáneo oscuro de la autora superventas del *USA Today*, Jen Katemi.

Cuando Zoe no está escribiendo, dirige un negocio de edición y corrección, mima a sus hijas y consiente a varios gatos, incluyendo uno rescatado con una cadera. Vive en Melbourne, Australia.

Libros de Zoe Delaney

Serie Enemigos Oscuros

Posesión Despiadada

Traición Despiadada

Enemigo Despiadado

Serie Votos Oscuros

Heredero Imprudente

Rey Temerario